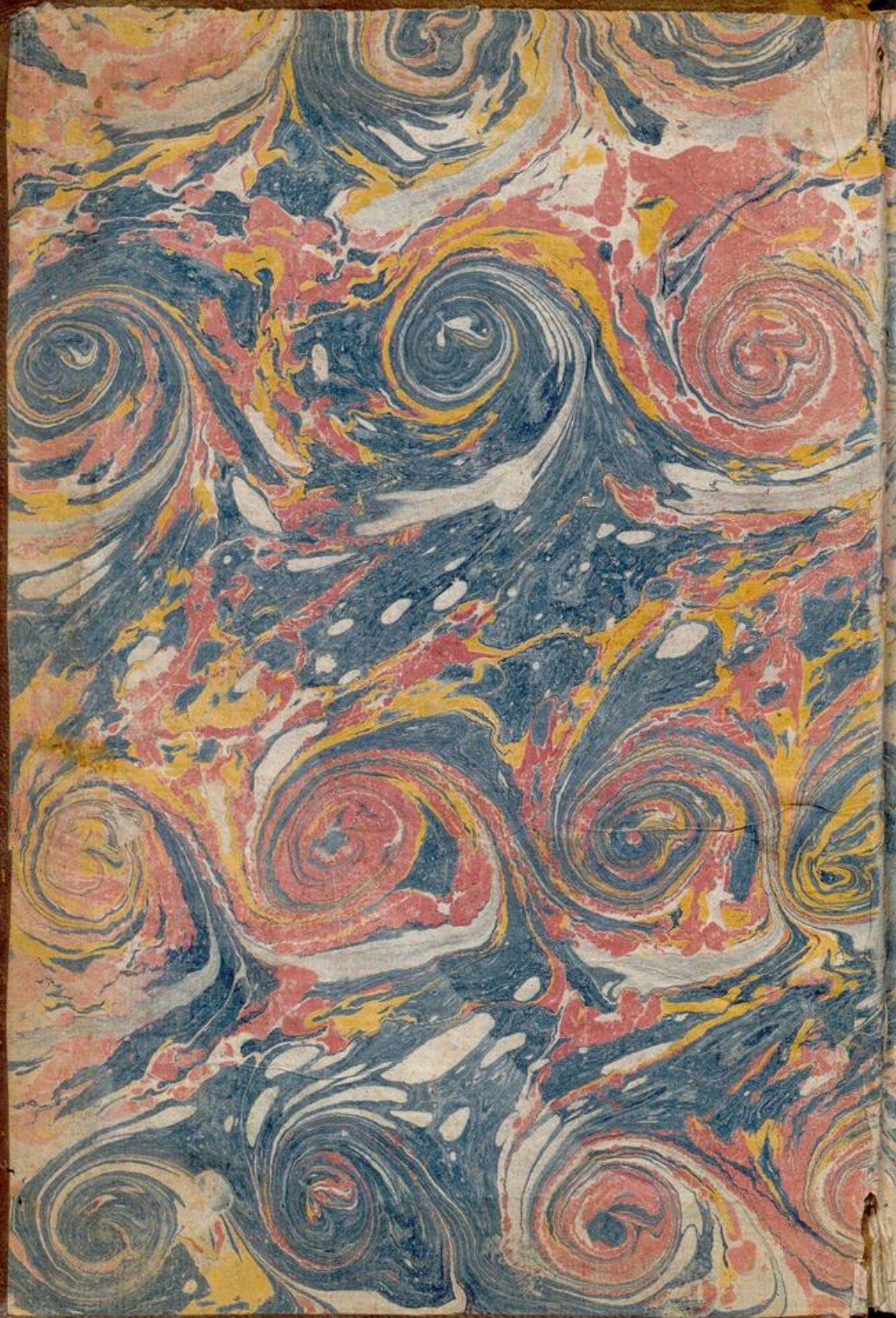
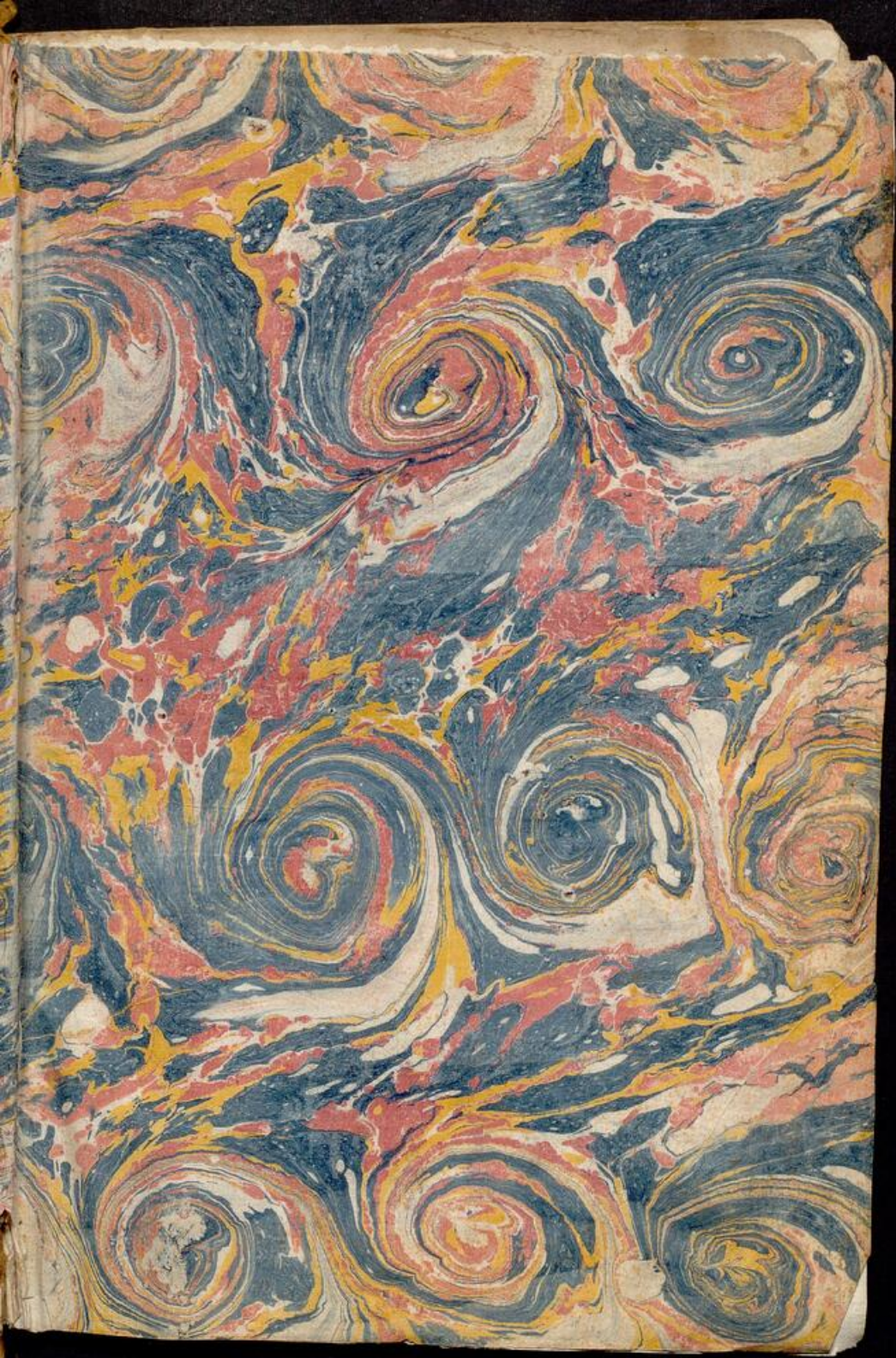


DON QUIXOTE

R-30





~~9-3~~

R-30

XV 17

XV 5.50

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QUI-
XOTE DE LA MANCHA.

Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.

DIRIGIDO AL DUQUE DE BEJAR,
Marques de Gibraleon, Conde de Barcelona, y Bañar-
res, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burgillos.



Garnier
Año,

1605.



Con priuilegio de Castilla, Aragon, y Portugal.

EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

6

4



De la Real Academia Española.

T A S S A.

YO Iuan Gallo de Andrada escriuano de Camara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, certifico, y doy fe, que auiendo visto por los señores del vn libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra: tassaron cada pliego del dicho libro, a tres marauedis y medio: el qual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro, dozientos y nouenta marauedis y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que a este precio se pueda vender. Y mandaron que esta tassa se ponga al principio del libro, y no se pueda vender sin ella. Y para que dello conste di la presente, en Valladolid, a veynte dias del mes de Diziembre, de mil y seyscientos y quatro años.

Iuan Gallo de Andrada.

E R R A T A.



Folio.2. pagina.2. linea.27. diga, *Caualleros.*
 Fol.23. lin. 25. diga, *mudassen.*
 Fol.32. pag. 2. lin. 2. diga, *aparieme.*

El Licenciado Francisco Murcia
 de la Llana.



Or quanto por parte de vos Miguel de Ceruantes, nos fue fecha relacion, que auiales cõpuelto vn libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, el qual os auia costado mucho trabajo, y era muy vtil y prouechoso, nos pedistes y suplicastes, os mandassemos dar licẽcia y facultad, para le poder imprimir: y priuilegio por el tiempo que fuessimos seruidos, o como la nuestra merced fuesse. Lo qual visto por los del nuestro Consejo, por quãto en el dicho libro se hizieron las diligencias que la prematica vltimamente por nos fecha, sobre la impresion de los libros dispone, fue acordado, que deuamos mandar dar esta nuestra cedula para vos, en la dicha razon, y nos tuuimoslo por bien. Por la qual, por os hazer bien y merced, os damos licencia y facultad, para q̃ vos, o la persona que vuestro poder huuiere, y no otra alguna, podays imprimir el dicho libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, q̃ de sufo se haze menciõ, en todos estos nuestros Reynos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuentẽ, desde el dicho dia de la data desta nuestra cedula. So pena, que la persona, o personas, que sin tener vuestro poder lo imprimiere, o vendiere: o hiziere imprimir, o vender, por el mesmo caso pierda la impresion que hiziere, con los moldes, y aparejos della: y mas incurra en pena de cinquenta mil marauedis, cada vez q̃ lo cõtrario hiziere. La qual dicha pena, sea la tercia parte para la persona que lo acusare: y la otra tercia parte, para nuestra camara: y la otra tercia parte, para el juez que lo sentenciare. Contanto, que todas las vezes que huuieredes de hazer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le traygays al nuestro Consejo, juntamente con el original que en el fue visto,

que va rubricado cada plana, y firmado al fin del, de Iuan Gallo de Andrada, nuestro escriuano de camara, de los que en el residen, para saber si la dicha impressiõ esta conforme el original: o tray gays fé en publica forma, de como por Corretor nombrado por nuestro mandado, se vio, y corrigio la dicha impressiõ, por el original, y se imprimio conforme a el, y quedan impressas las erratas por el apuntadas, para cada vn libro de los que assi fueren impressos, para que se tasse el precio que por cada volumen huieredes de auer. Y mandamos al Impresor que assi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni el primer pliego del, ni entregue mas de vn solo libro, con el original al Autor, o persona a cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha correccion, y tassa, hasta q̄ antes, y primero el dicho libro estè corregido, y tassado por los del nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio, y primer pliego; y sucesiuamente ponga esta nuestra cedula, y la aprouaciõ, tassa, y erratas, so pena de caer, é incurrir en las penas contenidas en las leyes, y prematicas destos nuestros Reynos. Y mandamos a los del nuestro Consejo, y a otras qualesquier justicias dellos, guarden, y cumplan esta nuestra cedula, y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid, a veynte y seys dias del mes de Setiembre, de mil y seysçientos y quatro años.

Y O E L R E Y.

Por mandado del Rey nuestro señor.

Iuan de Amezqueta.

EVEL Rey, Fazo saber a os que este aluara vieren, que eu hei por ben de fazer merced a Miguel de Ceruantes de Saauedra, de le dar licença para que possa imprimir nos meus Reynos de Portugal, o liuro intitulado, *Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha*. E isto por tempo de dez anos, que començaraon da feytura deste em diante. Dentro do qual tempo hei por ben, e mando, que nenhú Impressor, nem liureiro, nem outra alguã pessoa de qualquier calidad, e condiçaõ que seia non possaõ imprimir nem vender o dito liuro, nos ditos meus Reynos, e senhorios, nem traçellos de fora delles, saluo aquellos libeiros, ou pessoas q̄ para isso tiurem poder, e licença do dito Miguel de Ceruantes. E qualquier outra pessoa que sin sua licença imprimir, vender, ou traxer de fora o dito liuro, durante os ditos dez anos, perdera pera elle todos os bolomes q̄ lle foren achados: e alé disso encorrera en pena de cinquenta cruzados: a metade pera minha Camara, e outra metade pera quen o acusar. E mando a todas minhas justiças, officiaes, e pessoas dos destos meus Reynos, e senhorios a que este aluara for mostrado, eo conhecimento delle pertencer, que o cumpraõ, e guarden, e façãõ inteiramẽte cumprir e guardar, como nelle se cõthem. O qual quero que vala, tenha força, e vigor, como se fosse carta per mi assignada, e passada pe la Chancelleria, sen embargo da ordenaçao do segundo liuro, titul. 40. que diz, que as cosas cuyo effeito ouuer de durar maes de hum anno. passe per cartas: e passando por aluaras naõ va Kaõ: e vallerá outrosi, posto que naõ seia passado pilla Chanzilleria, sin embargo da ordenaçao en contrario. Antonio Campello o fez, en Valladolid, noue de Febreiro, de mil seyscentos e cinco anos.

R E Y,

AL

A L D V Q V E D E
BEIAR, MARQUES DE
Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y
Bañares, Vizconde de la Puebla de
Alcozer, Señor de las villas
de Capilla, Curiel, y
Burguillos.



*N FE Del buen acogi-
miento, y honra, que
haz e vuestra Excelen-
cia a toda suerte de li-
bros, como Principe tan
inclinado a fauorecer
las buenas artes, mayor
mente, las que por su no-
bleza no se abaten al ser-
uicio y grangerias del
vulgo, he determinado de
sacar a luz al ingenioso
hidalgo don Quixote de la
Mancha, al abrigo del claris-
simo nombre de vuestra
Excellencia, a quien, con
el acatamiento que deuo a
tanta grandexa, suplico,
le reciba agradablemente
en su proteccion, para que
a su sombra,
aunque*

aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia, y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, o se parecer seguramente en el juyzio de algunos, que no conteniese en los limites de su ignorancia, suelen cõdenar con mas rigor, y menos justicia, los trabajos agenos, que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen desseo, fio, que no desdeñará la cortedad de tan humilde seruicio.

Miguel de Ceruantes
Saauedra.

DESOCV-

Prologo.



DESOCVPADO Lector, sin juramento, me podras creer, que quisiera que este libro como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto, q̄ pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contrauenir la orden de naturaleza, que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y asì, que podia engendrar el esteril, y mal cultiuado ingenio mio, sino la historia de vn hijo seco, auellanado, antojadizo, y lleno de p̄samiētos varios, y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendrò en vna carcel, donde toda incomodidad tiene su asiēto, y dõde todo triste ruydo haze su habitacion? El sosiego, el lugar apazible, la amenidad de los cãpos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para que las musas mas esteriles, se muestrē fecundas, y ofrezcan partos al mundo, q̄ le colmen de marauilla, y de contento. Acontece tener vn padre vn hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone vna venda en los ojos, para q̄ no vea sus faltas: antes las juzga por discreciones, y lindezas, y las cuēta a sus amigos, por agudezas y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de don Quixote: no quiero yrme con la corriente del vso, ni suplicarte, casi con las lagrimas en los ojos, como otros hazen, Lector carisimo, que perdones, o disimules las faltas que en este mi hijo vieres: y ni eres su pariere, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre aluedrio, como el mas pintado, y estas en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcaualas, y sabes lo que comunmente se dize, que debaxo de mi manto, al

PROLOGO.

Rey mato. Todo lo qual te essenta, y hazel libre de todo respecto, y obligacion: y assi puedes dezir de la historia, todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dixeres della.

Solo quisiera dartela monda, y desnuda, sin el hornato de Prologo, ni de la innumerabilidad, y catalogo de los acostumbrados Sonetos, Epigramas, y elogios q̄ al principio de los libros suelē ponerse. Porque te se dezir, que aunque me costò algun trabajo componerla, ninguno tu ue por mayor, que hazer esta prefacion que vas leyèdo. Muchas vezes tomè la pluma para escriuilla, y muchas la dexè, por no saber lo que escriuiria: y estando vna suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mexilla, pensando lo que diria, entrò a deshora vn amigo mio, gracioso, y bien entendido. El qual viendome tan imaginatiuo, me preguntò la causa: y no encubriendosela yo, le dixè, que pensaua en el Prologo que auia de hazer a la historia de don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hazerle, ni me nos sacar a luz las hazañas de tan noble cauallero. Porq̄ como quereys vos que no me tenga confuso, el que dirà el antiguo legislador, que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo, en el silencio del oluido, salgo aora con todos mis años acuestras, con vna leyenda seca como vn esparto, agena de inuencion, menguada de estilo, pobre de còcetos, y falta de toda erudicion, y dotrina: sin acotaciones en las margenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros, aunque sean fabulosos, y profanos, tã llenos de sentencias de Aristoteles, de Platò, y de toda la caterua de Filosofos, q̄ admiran a los leyentes, y tienè a sus autores por hombres leydos, eruditos, y eloquètes? Pues q̄ quando citan la diuina escritura, no diran sino q̄ son vnos santos

PROLOGO.

santos Tomases, y otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto vn decoro tan ingenioso, q̄ en vn renglon han pintado vn enamorado distraido, y en otro hazé vn sermonzico Christiano, que es vn contéto, y vn regalo, oyr le, o lcelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos se que autores figo en él, para ponerlos al principio, como hazé todos, por las letras del A. B. C. Coméçando en Aristoteles, y acabádo en Xenofonte, y en Zoylo, o Zeuxis, aunque fue maldiciente el vno, y pintor el otro. Tambié ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, alomenos de Sonetos, cuyos autores sean Duques, Marquesés, Condes, Obispos, Damas, o Poetas celeberrimos. Aunque si yo los pidiese a dos, o tres oficiales amigos, yo se que me los dariá, y tales, que no les yqualassen los de aquellos que tienen mas nóbre en nuestra España.

En fin señor, y amigo mio, proseguí, yo determino, que el señor don Quixote se quede sepultado en sus archiuos, en la Mancha, hasta que el cielo de pare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia, y pocas letras; y porque naturalmente soy poltron, y perezoso, de andarme buscando autores, que digan lo que yo me se dezir sin ellos. De aqui nace la suspension, y elevamiento en que me hallastes, bastante causa para ponerme en ella, la que de mi aueys oydo. Oyendo lo qual mi amigo, dandose vna palmada en la frente, y disparando en vna larga rifa, me dixo: Por Dios hermano, que aora me acabo de defengañar, de vn engaño en que he estado, todo el mucho tiépo que ha que os eonozco, en el qual siempre os he tenido por discreto, y prudente, en todas vuestras acciones. Pero aora veo, que estays tan lejos de serlo, como lo está el cielo de la tierra.

PROLOGO.

Como que es posible, que cosas de tan poco momento, y tan faciles de remediar, puedan tener fuerças de suspender, y abortar vn ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper, y atropellar por otras dificultades mayores? Alase, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza, y penuria de discurso. Quereys ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereys como en vn abrir, y cerrar de ojos, confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que dezis que os suspenden, y acobardan, para dexar de sacar a la luz del mundo, la historia de vuestro famoso don Quixote, luz, y espejo de toda la caualleria andante. Dezid, le repliquè yo, oyendo lo que me dezia: De que modo pensays llenar el vazio de mi temor, y reducir a claridad, el caos de mi confusion. A lo qual el dixo: Lo primero en que reparays de los Sonetos, Epigramas, o Elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personajes graues, y de titulo, se puede remdiar, en que vos mesmo tomeys algun trabajo en hazerlos, y despues los podeys bautizar, y poner el nõbre que quisiereades, ahijandolos al Preste luan de las Indias, o al Emperador de Trapifonda: de quien yo se que ay noticia, que fueron famosos Poetas: y quando no lo ayan sido, y huuiere algunos pedantes, y bachilleres, que por detras os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os de dos marauedis, porque ya que os aueriguen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escriuistes.

En lo de citar en las margenes los libros, y autores de donde sacaredes las sentencias, y dichos que pusiereades en vuestra historia, no ay mas, sino hazer de manera que venga a pelo, algunas sentècias, o latines, que vos sepayes de memoria: o alomenos que os cuesten poco trabajo el buscarlos. Como serà poner, tratado de libertad,
y cautiu

P R O L O G O.

y cautiuerio. *Non bene pro toto libertas venditur auro.* Y luego en el margen citar a Oracio, o a quien lo dixo. Si trataredes del poder de la muerte, acudir luego con, *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas, Regumque turres.* Si de la amistad, y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la escritura diuina, que lo podeys hazer con tanto de curiosidad, y dezir las palabras por lo menos, del mismo Dios. *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* Si trataredes de malos pensamientos, acudid con el Euangelio. *De corde exennt cogitationes malas.* Si de la inestabilidad de los amigos, ahí està Caton que os dara su distico. *Donec eris felix, multos numerabis amicos, tempora si fuerint nubila solus eris.* Y con estos latinicos, y otros tales ostendran si quiera por Gramatico, que el ferlo no es de poca honra, y prouecho el dia de oy. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeys hazer desta manera. Si nõbrays algun Gigante en vuestro libro, haz el de que sea el Gigante Golias, y con solo esto (que os costarà casi nada) teneys vna grande anotacion, pues podeys poner: El Gigante Golias, o Goliath, fue vn Filisteo, a quien el pastor David matò de vna grã pedrada, en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capitulo que vos hallaredes que se escriue.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmografo, hazed de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereys luego con otra famosa anotacion, poniendo: El rio Tajo, fue afsi dicho por vn Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, bõsando los muros de la famosa ciudad de Lisboa: y es opinion que tiene las arenas de oro, &c. Si trataredes de ladrones, yo os dire la historia de Caco, que la se de coro. Si de mu-

PROLOGO.

geres rameras, ahi està el Obispo de Mondoñedo, que os prestarà a Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os dara gran credito. Si de crueles, Ouidio os entregará a Medea. Si de encantadores, y hechizeras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe. Si de capitanes valerosos, el mesmo Julio Cesar os prestara a si mismo, en sus Comentarios, y Plutarco os dara mil Alexandros. Si trataredes de amores, con dos onças que sepays de la lengua Toscana, topareys con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y sino quereys andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneys a Fonseca del amor de Dios, donde se cifra todo lo q̄ vos, y el mas ingenioso acertare a desfechar en tal materia. En resolució, no ay mas, sino que vos procureys nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dexadme a mi el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones, que yo os voto a tal de llenaros los margenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos aora a la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy facil, porque no aueys de hazer otra cosa, que buscar vn libro que los acote todos, desde la A. hasta la Z. como vos dezis. Pues esse mismo abecedario pondreys vos en vuestro libro. Que pues to que a la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprouecharos dellos, no importa nada. y quiza alguno aura tan simple, que crea que de todos os aueys aprouechado, en la simple, y sinzilla historia vuestra. Y quando no sirua de otra cosa, por lo menos seruirà a aquel largo Catalogo de autores, a dar de improuiso autoridad al libro. Y mas, que no aura quien se ponga a aueriguar, si los seguistes, o no los seguistes, no yendole nada en ello. Quanto mas, que si bien Caygo en la cuenta,
este

PROLOGO.

este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa, de aquellas que vos dezis que le falta, porque todo el es vna inuectiua contra los libros de cauallerias, de quien nunca se acordò Aristoteles, ni dixo nada san Basilio, ni alcançò Ciceron. Ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates, las puntualidades de la verdad, ni las obseruaciones de la Astrologia: ni le son de importancia las medidas Geometricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirue la Retorica: ni tiene para que predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo diuino, que es vn genero de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun Christiano entendimiento. Solo tiene q̄ aprovecharse de la imitacion, en lo que fuere escriuiendo, q̄ quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor sera lo que se escriuiere. Y pues esta vuestra escritura no mira a mas, que a deshazer la autoridad, y cabida que en el mundo, y en el vulgo tienen los libros de cauallerias, no ay para que andeys mendigando sentencias de filosofos consejos de la diuina Escritura, fabulas de Poetas, oraciones de Retoricos, milagros de santos: sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas, salga vuestra oraciõ y periodo, sonoro, y festiuo. Pintando en todo lo que alcançaredes, y fuere posible vuestra intencion, dando a entender vuestros conceptos, sin intricarlos, y escurecerlos. Procurad tambien, q̄ leyendo vuestra historia, el melancolico se mueua a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la inuenciõ, el graue no la desprecie, ni el prudente dexede alabarla. En efecto, lleuad la mira puesta a derribar la maquina mal fundada destos cauallerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: q̄ si esto alcançassedes, no auriades alcançado poco. Con silencio grande estuue escuchando, lo que mi amigo me

PROLOGO.

dezia, y de tal manera se imprimió en mi sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprouè por buenas, y de ellas mismas quise hazer este Prologo. En el qual veras, Lector suauè, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia, en hallar en tiempo tan necesitado, tal conseqero, y el aliuio tuyo, en hallar tan sinzera, y tan sin rebueltas, la historia del famoso don Quixote de la Mancha: de quien ay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado, y el mas valiente cauallero, que de muchos años a esta parte se vio en aquellos còtornos. Yo no quiero encarecer el seruicio que te hago, en darte a conocer tan notable, y tan honrado cauallero: pero quiero que me agradezcas el conocimièto que tendras, del famoso Sancho Pança su escudero, en quien a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterua de los libros vanos de cauallerias, estan esparzidas. Y con esto, Dios te de salud, y a mi no oluide.

VALLE.



AL LIBRO DE DON QUI-
xote de la Mancha, Virganda
la desconocida.

Si de llegarte a los bu
Libro fueres con letu
No te dira el boquirru
Que no pones bien los de.
Mas si el pan no se te cue
Por yr a manos de idio
Veras de manos a bo
Aun no dar vna en el cla
Si bien se comen las ma
Por mostrar que son curio
Y pues la esperiencia ense
Que el que a buen arbol se arri
Buena sombra le cobí
En Bexar tu buena estre.
Vn arbol real te ofre
Que dà Principes por fru
En el qual florece vn Du
Que es nuevo Alexandro Ma
Llega a su sombra que a osa
Fauorece la fortu.
De vn noble hidalgo Manche
Contaràs las auentu
A quien ociosa letu
Trastornaron la cabe.
Damas, armas, caualle
Le prouocaron de mo
Que qual Orlando furio
Templado a lo enamora.

Alcançò a fuerza de bra
A Dulzinea del Toba.
No indiscretos hierogli
Estampes en el escu
Que quando es todo figu
Con ruynes puntos se embi.
Si en la direccion te humi
No dirà mosante algu
Que don Alvaro de Lu
Que Anibal el de Carta
Que Rey Francisco en Espa
Se queixa de la fortu
Pues al cielo no le plu
Que salieſſes tan ladi
Como el negro Iuan Lati
Hablar latines rehu.
No me despuntes de agu
Ni me alegues con filo
Porque torziendo la bo
Dira el que entiende la le
No vn palmo de las ore
Para que conmigo flo?
No te metas en dibu
Ni en saber vidas age
Que en lo que no va ni vie
Passar de largo es cordu.
Que suelen en caperu
Darles a los que grace
Mas tu quemate las ce
Solo en cobrar buena fa
Que el que imprimo neceda
Dadas a censo perpe.
Adiuerſe que es de ſate

Siendo de vidrio el teja
Tomar piedras en la ma
Para tirar al vezj.
Dexa que el hombre de juy
En las obras que compo
Se vaya con pies de plo
Que el que saca a luz pape
Para entretener donze
Escriue a tontas, y alo.

AMADIS DE GAULA, A DON
Quixote de la Mancha.

SONETO.

TU que imitaste la llorosa vida,
Que tuue ausente, y desdenado, sobre
El gran ribaço de la peña Pobre,
De alegre a penitencia reduzida.
Tu, a quien los ojos dieron la beuida,
De abundante licor, aunque salobre,
Y alçandote la plata, estaño, y cobre,
Te dio la tierra, en tierra la comida.
Biuе seguro, de que eternamente,
En tanto al menos que en la quarta esfera,
Sus cauallos aguije el rubio Apolo.
Tendras claro renombre de valiente,
Tu patria serà en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo vnico, y solo.

DON

DON BELIANIS DE GRECIA, A DON
Quixote de la Mancha.

S O N E T O.

Rompi, cortè, abollè, y dixè, y hizè,
Mas que en el orbe cauallero andante,
Fuy diestro, fuy valiente, fuy arrogante,
Mil agrauios venguè, cien mit deshizè.
Haz años di a la fama que eternizè,
Fuy comedido, y regalado amante,
Fue enano para mi todo gigante,
Y al duelo en qualquier punto satisfizè.
Tuue a mis pies prostrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura,
A la calua ocasion, al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la luna,
Siempre se vio encumbrada mi ventura,
Tas proezas embidio, ò gran Quixote.

LA SEÑORA ORIANA, A DULZINEA
del Toboso.

S O N E T O.

O quien tuuiera hermosa Dulzinea,
Por mas comodidad, y mas reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus Londres con tu Aldea,
O quien de tus desseos, y librea,
Alma, y cuerpo adornara, y del famoso
Cauallero, que heziste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea.
O quien tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tu heziste,
Del comedido hidalgo don Quixote.

Que así embidiada fuera, y no embidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue triste,
Y gozara los gustos fúrescote.

GANDALIN ESCUDERO DE AMADIS
de Gaula, a Sancho Pança, escudero de
don Quixote.

SONETO.

Salve, varon famoso, a quien fortuna,
Quando en el trato escudero te puso,
Tan blanda, y cuerda mente lo dispuso,
Que lo passaste sin desgracia alguna.
Y a la agada, o la hoz poco repugna,
Al andante exercicio, ya está en uso
La llaneza escudera, con que acuso
Al soberuio que intenta hollar la Luna.
Embidio a tu jumento, y a tu nombre,
Y a tus alforjas y igualmente embidio,
Que mostraron tu cuerda prouidencia.
Salve otra vez, o Sancho, tan buen hombre,
Que a solo tu nuestro Español Ouidio,
Con bux corona te haze reuerencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO,
a Sancho Pança, y Rozinante.

Soy Sancho Pança escude
Del Manchego don Quixo
Puse pies en poluora
por viuir a lo discre.

Que

Que el tacito Villadie
Toda su razon de esta
Cifró en vna retira
Segun siente Celesti
Libro en mi opinion diui
Si encubriera mas lo huma.

A ROZINANTE.

Soy Rozinante el famo
Bisnieto del gran Babie
Por pecados de flaque
Fuy a poder de vn don Quixo.
Parejas corri a lo flo
Mas por vña de caua
No se me escapò ccua
Que esto saqué a Lazari
Quando para hurtar el vi
Al ciego le di lapa.

ORLANDO FVRIOSO; A DON
Quixote de la Mancha.

SONETO.

Sino eres Par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ser entre mil pares,
Ni puede auerle donde tu te hallares,
Inuicto vencedor, jamas vencido.
Orlando soy Quixote, que perdido
Por Angelica vi remotos mares,
Ofreciendo a la fama en sus altares,
Aquel valor, que respectò el oluido.

No puedo ser tu yqual, que este decore
Se deve a tus proezas, y a tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberuio Moro,
Y Cita fiero domas, que oy nos llama,
Y guales en amor con mal suceso.

EL CAVALLERO DEL FEBO, A DON
Quixote de la Mancha.

SONETO.

A Vuestra espada no ygalò la mia,
Febo Español, curiolo cortelano,
Nia la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace, y muere el dia.
Imperios despreciè, y la Monarquia
Que me ofrecio el Oriente (roxo) en vano,
Dexè por ver el rostro soberano
De Claridiana, Aurora hermosa mia.
Amela por milagro vnico, y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temio mi braço, que domò su rabia.
Mas vos Godo Quixote, illustre, y claro,
Por Dulzinea toys al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta, y sabia.

DE SOLISDAN, A DON QUIXOTE
de la Mancha.

SONETO.

M. Aguer señor Quixote, que sandezes
Vos tengan el cerbelo derrumbado,

Nunca

Nunca serays de alguno reprochado,
 Por hombre de obras viles, y soezes.
 Seran vuestras faxañas los joezes,
 Pues tuertos desfaxiendo auceys andado,
 Siendo vegadas mil apaleado,
 Por follones cautiuos, y rabezes.
 Y si la vueßalinda Dulzinea,
 Desaguisado contra vos comete,
 Ni a vuestras cuytras muestra buen talante.
 En tal desman vueßo conorte sea,
 Que Sancho Pança fue mal alcaguete,
 Necio el, dura ella, y vos no amante,

DIALOGO ENTRE BABIECA,
 y Rozinante,

S O N E T O.

- B. **C**omo estays Rozinante tan delgado?
 R. Porque nunca se come, y se trabaja.
 B. Pues que es de la ceuada, y de la paja?
 R. No me dexa mi amo ni yn bocado.
 B. Andà señor, que estays muy mal criado.
 Pues vuestra lengua de asno al amo vltraja;
 R. Asno se es de la cuna a la mortaja,
 Querey slo ver? miraldo enamorado.
 B. Es necedad amar? R. No es gran prudencia.
 B. Metafisico estays. R. Es que no como,
 B. Quexaos del escudero. R. No es bastante,
 Como me he de quexar en mi dolencia,
 Si el amo, y escudero, o mayordomo,
 Son tan Rozinos como Rozinante,



PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO
Hidalgo don Quixote de
la Mancha.

*Capitulo Primero. Que trata de la condi-
cion, y exercicio del famoso hidalgo don
Quixote de la Mancha.*



N Vn lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrátos los Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos, consumian las tres partes de su hazienda. El resto della concluian, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de

107 *Primera parte de don*

lo mesmo, y los dias de entre semana se honraua con su vellori de lo mas fino. Tenia en su casa vna ama q̄ passaua de los quarenta: y vna sobrina que no llegaua a los veynte: y vn moço de campo y plaça, q̄ asì ensi llaua el rozin, como tomaua la podadera. Frisaua la edad de nuestro hidalgo, con los cincuenta años. Era de cõplexion rezia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador, y amigo de la caça. Quieren dezir, que tenia el sobrenombre de Quixada, o Quesada (q̄ en esto ay alguna diferencia en los autores q̄ deste caso escriuen) aunq̄ por conjeturas verosimiles se dexa entender q̄ se llamaua Quixana. Pero esto importa poco a nuestro cuento, basta que en la narracion del no se salga vn punto de la verdad. Espues de saber, q̄ este sobredicho hidalgo, los ratos que estaua ocioso (que eran los mas del año) se daua a leer libros de cauallerias, con tanta aficion y gusto, q̄ oluidò casi de todo p̄to el exercicio de la caça, y aun la administraciõ de su hazienda: y llegò a tanto su curiosidad, y desatino en esto, q̄ védio muchas hanegas de tierra de fembra dura, para cõprar libros de cauallerias en q̄ leer, y asì lleuò a su casa todos quantos pudo auer dellos: y de todos, ningunos le parecìan tan bien, como los q̄ cõpuso el famoso Feliciano de Silua. Porque la claridad de su prosa, y aquellas enricadas razones suyas, le parecian de perlas: y masquãdo llegaua a leer aquellos requiebros, y cartas de desafios, donde en muchas partes hallaua escrito. *La razon de la sin razon q̄ a mirazon se haze, de tal manera mi razon enflaqueze, q̄ con razon me quexo de la vuestra fermosura.* Y tambien quando leia. *Los altos cielos que de vuestra diuinidad, diuinamente con las estrellas os fortifican, y os hazen merecedora del merecimiento q̄ merece la vuestra grandexa.*

Con

Con estas razones perdia el pobre cauallero el juyzio, y desuelauase por entenderlas, y desentrañarles el sentido, q̄ no se lo sacara, ni las entendiera el mesmo Aristoteles, si resucitara para solo ello. No estauamuy bien con las heridas que don Belianis daua, y recebia, porque se imaginaua, que por grandes maestros q̄ le huuiessen curado, no dexaria de tener el rostro, y todo el cuerpo lleno de cicatrices, y señales. Pero có todo alabana en su autor, aquel acabar su libro con la promessa de aquella inacabable auétura, y muchas vezes le vino desseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra, como alli se promete: y sin duda alguna lo hiziera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estoruaran. Tuuo muchas vezes competencia con el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Ciguéça) sobre qual auia sido mejor cauallero, Palmerin de Inglaterra, o Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, barbero del mesmo pueblo, dezia, que ninguno llegaua al cauallero del Febo, y que si alguno se le podia cóparar, era don Galador, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo, que no era cauallero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentia no le yua en çaga. En resolucion, el se enfrascò tanto en su letura, que se le passauã las noches leyêdo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y assi del poco dormir, y del mucho leer, se le fecò el cerebro de manera, q̄ vino a perder el juyzio. Llenosele la fantasia de todo aquello que leia en los libros, assi de encantamientos, como de pendécias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas, y disparates impossibles. Y assentosele de tal modo en la imaginacion, que era verdad toda aquella maquina

Primera parte de don

de aquellas soñadas inuenciones que leía, que para el no auia otra historia mas cierta en el múdo. Dezia el, q̄ el Cid Ruydiaz auia sido muy buen cauallero, pero q̄ no tenia q̄ ver con el cauallero de la Ardiente espada, q̄ de solo vn reues auia partido por medio dos fieros, y descomunales gigantes. Mejor estaua cō Bernardo del Carpio, por q̄ en Ronçesualles auia muerto a Roland el encátado, valiendose de la industria de Hercules, quando ahogò a Anteó el hijo de la Tierra entre los braços. Dezia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion Gigantea, que todos son soberuios y descomedidos, el solo era asable y bien criado. Pero sobre todos estaua bien con Reynaldos de Montaluan, y mas quando le veía salir de su castillo, y robar quantos topaua: y quando en Allende robò aquel idolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dize su historia. Diera el por dar vna mano de cozes al traydor de Galalon, al ama que tenia, y aun a su sobrina de añadidura. En efeto, rematado ya su juyzio, vino a dar en el mas estraño pensamiento que jamas dio loco en el mundo, y fue, que le parecio conuenible y necessario, assi para el aumento de su honra, como para el seruicio de su republica, hazerse cauallero andante, y yrse por todo el mundo cō sus armas y cauallo, a buscar las auenturas, y a exercitarse en todo aquello que el auia leydo que los caualleres andantes se exercitauan, deshaziendo todo genero de agrauio, y poniendose en ocasiones, y peligros, donde acabandolos, cobrasse eterno nombre y fama. Imaginauase el pobre, ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del Imperio de Trapi-fonda: y assi con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentia, se dio priessa

priessa a poner en efeto lo que desseaua. Y lo primero que hizo, fue limpiar vnas armas que auian sido de sus visabuelos, que tomadas de orin, y llenas de moho, ^{cuarenta} ~~lucen~~ ^{cuarenta} siglos auia que estauan puestas y olvidadas en vn rincõ. Limpiolas, y adereçolas lo mejor que pudo, pero vio que tenian vna gran falta, y era que no tenian zelada de encaxe, sino morrion simple: mas a esto suplio su industria, porque de cartones hizo vn modo de media zelada, que encaxada cõ el morrion, haziã vna apariencia de zelada entera. Es verdad que para pro-uar si era fuerte, y podia estar al riesgo de vna cuchillada, sacò su espada, y le dio dos golpes, y con el primero, y en vn punto deshizo lo que auia hecho en vna semana: y no dexò de parecerle mal, la facilidad con que la auia hecho pedaços, y por assegurarle deste peligro, la tornò a hazer de nueuo, poniendole vnas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que el quedò satisfecho de su fortaleza: y sin querer hazer nueua experiencia della, la diputò, y tuuo por zelada finisima de encaxe. Fue luego a ver a su rozin, y aunque tenia mas quartos que vn real, y mas tachas que el cauallo de Gonela, que *tantum pellis, & ossa fuit*, le parecio que ni el Buzefalo de Alexandro, ni Babiaca el del Cid con el se y equalauan. Quatro dias se le pasaron en imaginar que nombre le pòdria, porque (segun se dezia el a si mismo) no era razon que cauallo de cauallero tan famoso, y tan bueno el por si, estuuiesse sin nombre conocido, y asì procuraua acomodarsele, de manera que declarasse quien auia sido, antes que fuesse de cauallero andante, y lo que era entonces: pues estaua muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudasse el tambien el nombre, y le cobrasse famoso y de estruèdo, como cõuenia a la nueua

Primera parte de don

orden, y al nueuo exercicio que ya professaua: y assi despues de muchos nombres que formò, borrò, y quitò, añadió, deshizo, y tornò a hazer en su memoria, è imaginacion: al fin le vino a llamar Rozinante, nombre a su parecer, alto, sonoro, y significatiuo, de lo que auia sido quando fue rozin antes de lo que aora era, que era antes, y primero de todos los rozines del mundo. Puesto nombre, y tan a su gusto a su cauallo, quiso ponersele a si mismo, y en este pensamiento durò otros ocho dias, y al cabo se vino a llamar don Quixote: de donde (como queda dicho) tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se deuia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron dezir: pero acordandose que el valeroso Amadis, no solo se auia contentado con llamarse Amadis a secas, sino que añadió el nombre de su Reyno y patria, por hazerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, assi quiso como buen cauallero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse don Quixote de la Mancha, có que a su parecer declaraua muy al viuo su linage y patria, y la honraua con tomar el sobre nombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion zelada, puesto nombre a su rozin, y confirmandose a si mismo, se dio a entender, que no le faltaua otra cosa sino buscar vna dama de quien enamorarse: porque el cauallero andante sin amores, era arbol sin hojas, y sin fruto, y cuerpo sin alma. Dezia se el: Si yo por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahi con algun Gigante (como de ordinario les acontece a los caualleros andantes) y le derribo de vn encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o finalmente le venço, y le rindo, no será bien tener a quién embiarle presentado? y que entre y se hin-
que

que de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde, y rēdido: Yo, señora, soy el Gigante Caraculiambro, señor de la Insula Malindrania, a quien vencio en singular batalla, el jamas como se deue alabado cauallero, don Quixote de la Mancha, el qual me mandò, que me presentasse ante la vuestra merced, para q̄ la vuestra grandeza disponga de mi a su talante. O como se holgò nuestro buen cauallero, quando huuo hecho este discurso, y mas quando hallò a quien dar nombre de su dama: y fue a lo que se cree, que en vn lugar cerca del suyo, auia vna moça labradora de muy buen parecer, de quien el vn tiempo anduu enamorado, (aunque segun se entiene, ella jamas lo supo, ni se dio cata dello). Llamauase Aldonça Lorenço, y a esta le parecio ser bien darle titulo de señora de sus pensamientos: y buscandole nombre que no desdixesse mucho del suyo, y q̄ tirasse, y se encaminasse al de Princesa, y gran señora, vino a llamarla, Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre a su parecer musico, y peregrino, y significatiuo, como todos los demas que a el, y a sus cosas auia puesto.

Cap. II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote.



ECHAS Pues estas preuenciones, no quiso aguardar mas tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretandole a ello la falta que el pensaua que hazia en el mundo su tardança, segun eran los agrauios que pensaua deshazer, tuertos que endereçar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfazer. Y assi sin dar parte a persona alguna

Primera parte de don

de su intencion, y sin que nadie le viesse, vna mañana antes del dia (que era vno de los calurosos del mes de Julio) se armò de todas sus armas, subio sobre Rozinante, puesta su mal compuesta zelada, embraçò su adarga, tomò su lança, y por la puerta falsa de vn corral salio al campo con grandissimo contento, y alborozo, de ver con quanta facilidad auia dado principio a su buen desseo: mas a penas se vio en el campo, quando le assaltò vn pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiziera dexar la començada empresa: y fue, que le vino a la memoria que no era armado cauallero, y que conforme a ley de caualleria, ni podia, ni deuia tomar armas con ningun cauallero: y puesto que lo fuera, auia de llevar armas blancas, como no uel cauallero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerço la ganasse. Estos pensamientos le hizieron titubear en su proposito, mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hazerse armar cauallero del primero que topasse, a imitacion de otros muchos que asì lo hizieron, segun el auia leydo en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaua limpiarlas de manera (en teniendo lugar) que lo fuessen mas que vn armiño: y con esto se quietò, y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel q su cauallo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerça de las auenturas. Yendo pues caminando nuestro flamante auenturero, yua hablando consigo mesmo, y diziédo: Quien duda, sino q en los venideros tiempos, quando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escriuiere no ponga, quando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas auia el rubicundo Apolo, tendido por la faz de la ancha, y espaciosa

ciosa tierra, las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y a penas los pequeños y pintados paxarillos con sus harpadas lenguas, auian saludado cō dulce y meliflua armonia, la venida de la rosada Aurora, q̄ dexando la blanda cama del zeloso marido, por las puertas, y balcones del Manchego Orizonte, a los mortales se mostraua, quando el famoso cauallero don Quixote de la Mancha, dexãdo las ociosas plumas, subio sobre su famoso cauallo Rozinante, y començõ a caminar por el antiguo, y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por el caminaua) y aadiõ diziendo: Dichosa edad, y siglo dichoso, aquel adonde saldrã a luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronzes, esculpirse en marmoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. O tu sabio encantador, quien quiera que seas, a quien ha de tocar el ser cornista desta peregrina historia, ruegote que no te oluides de mi buen Rozinante, compañero eterno mio en todos mis caminos, y carreras. Luego boluia diziendo (como si verdaderamente fuera enamorado). O Princesa Dulcinea, señora deste cautiuo coraçõ, mucho agrauio me auedes fecho en despedirme, y reprocharme con el riguroso asincamiẽto, de mãdarme no parecer ante la vuestra fermosura: Plegaos señora, de membraros deste vuestro sujeto coraçõ, que tantas cuytas por vuestro amor padece. Con estos yua ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le auian enseñado, imitando en quanto podia su lenguaje: y con esto caminaua tan de espacio, y el sol entraua tan apriessa, y cõ tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos (si algunos tuuiera). Ca si todo aquel dia caminõ sin acontecerle cosa que de contar fuesse, de lo qual se desesperaua, porque

Primera parte de don

quisiera topar luego, luego, con quien hazer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores ay q̄ dizen, que la primera auentura que le auino, fue la del puerto Lapice, otros dizen, que la de los molinos de viento. Pero lo que yo he podido aueriguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los Anales de la Mancha, es, que el anduuo todo aquèl dia, y al anochezer, su rozin, y el se hallaron cansados, y muertos de hambre: y que mirando a todas partes, por ver si descubriera algun castillo, o alguna majada de pastores donde recogerse, y adóde pudiesse remediar su mucha necesidad: vio no lexos del camino por donde yua, vna venta, que fue como si viera vna estrella, que a los portales, sino a los alcaçares de su redenció le encaminaua. Diose priessa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anohecia. Estauan a caso a la puerta dos mugeres moças, destas que llaman del partido, las quales yuá a Sevilla con vnos harrieros, que en la venta aquella noche acertaron a hazer jornada: y como a nuestro auenturero, todo quáto pensaua, veía, o imaginaua, le parecia ser hecho, y passar al modo de lo q̄ auia leydo, luego que vio la venta, se le representò q̄ era vn castillo con sus quatro torres, y chapiteles de luziente plara, sin faltarle su puente leuadiza, y honda caua, con todos aquellos adherentes que semejâtes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta (que a el le parecia castillo) y a poco trecho della, detuuu las riendas a Rozinante, esperando que algun Enano se pusiesse entre las almenas, a dar señal con alguna trompeta, de que llegaua cauallero al castillo. Pero como vio que se tardauan, y que Rozinante se daua priessa por llegar a la caualleriza, se llegó a la puerta de la venta, y vio a las dos desfraydas moças que alli estauan, que

que a el le parecieron dos hermosas donzellas, ó dos graciosas damas, q̄ delante de la puerta del castillo se estauan solazádo. En esto sucedio a caso, q̄ vn porquero que andaua recogiendo de vnos rastrosos vna manada de puercos (que sin perdon así se llaman) tocò vn cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representò a don Quixote lo que desseaua, que era que algun Enano hazia señal de su venida: y así con estraño contento llegó a la venta, y a las damas. Las quales como vieron venir vn hombre de aquella suerte, armado, y con lança, y adarga, llenas de miedo se yuan a entrar en la venta: pero don Quixote, coligiendo por su huyda su miedo, alçandose la visera de papelon, y descubriendo su seco, y poluoroso rostro, con gentil talante, y voz reposada les dixo: Non fuyá las vuestras mercedes, nin teman defaguisado alguno, ca a la orden de caualleria que professo, non toca, ni atañe fazerle a ninguno, quanto mas a tan altas donzellas como vuestras presencias demuestran. Mirauanle las moças, y andauan con los ojos buscandole el rostro, que la mala visera le encubria. Mas como se oyeron llamar donzellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la rifa, y fue de manera, que don Quixote vino a correrse, y a dezirles: Bien parece la melura en las fermosas, y es mucha fandez a demas la rifa que de leue causa procede: pero non vos los digo porq̄ os acuytedes, ni mostredes mal talante, q̄ el mio non es de al que de feruiros. El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro cauallero, acrecentaua en ellas la rifa, y en el el enojo, y passará muy adelante, si aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo, era muy pacifico, el qual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas
tan

*Posada chambre garnie
podragon Cabas et un feuillet
taberna taverne
venta hostellerie des champs.*

Primera parte de don

tan desiguales, como eran la brida, lança, adarga, y cofete: no estuuo en nada en acompañar a las donzellas, en las muestras de su contento. Mas en efeto, temiendo la maquina de tantos pertrechos, determinò de hablarle comedidamente, y asì le dixo: Si vues tra merced, señor cauallero busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no ay ninguno) todo lo demas se hallarà en ella en mucha abundãcia. Viendo don Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza (que tal le parecio a el el ventero, y la venta) respondió: Para mi señor Castellano, qualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, &c. Pensò el huesped, que el auerle llamado Castellano, auia sido por auerle parecido de los sanos de Castilla, aunque el era Andaluz, y de los de la playa de San Lucar, no menos ladron q̄ Caco, ni menos maleante que estudiante, o paje. Y asì le respondió: Segun esso, las camas de vuestra merced seran duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo asì, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choça ocasion, y ocasiones para no dormir en todo vn año, quanto mas en yna noche. Y dizièdo esto, fue a tener del estribò a don Quixote, el qual se apeó con mucha dificultad, y trabaxo (como aquel que en todo aquel dia no se auia desayunado). Dixo luego al huesped, q̄ le tuuiesse mucho cuydado de su cauallo, porque era la mejor pieça que comia pan en el mundo. Mirole el ventero, y no le parecio tan bueno como don Quixote dezia, ni aun la mitad: y acomodandole en la caualleriza, boluio a ver lo que su huesped mandaua, al qual estauan desarmando las donzellas (que ya se auian reconciliado con el) las quales, aunque le auian quitado el peto, y el espaldar, jamas supie-

supieron, ni pudieron defencaxarle la gola, ni quitarle la contrahecha zelada, que traía atada con vnas cintas verdes, y era menester cortarlas por no poderse quitar los ñudos, mas el no lo quiso cōsentir en ninguna manera; y así se quedó toda aquella noche cō la zelada puesta, que era la mas graciosa, y estraña figura q̄ se pudiera pensar: y al de farmarle (como el se imaginaua que aquellas traydas y llevadas que le defarmauan, erā algunas principales señoras, y damas de aquel castillo) les dixo con mucho donayre: Nunca fuera cauallero de damas tan bien seruido, como fuera don Quixote quando de su aldea vino, donzellas curauan del, Princesas de su rozino. O Rozinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi cauallo, y don Quixote de la Mancha el mio; que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro seruicio y pro, me descubrieran, la fuerça de acomodar al proposito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepays mi nombre antes de toda sazón: pero tiempo vendra en que las vuestras señorias me manden, y yo obedezca, y el valor de mi braço descubra el desseo que tengo de seruiros. Las moças que no estauan hechas a oyr semejantes retóricas, no respondiā palabra; solo le preguntarō, si queria comer alguna cosa. Qualquiera y antaria yo, respondió don Quixote, porque a lo que entiendo, me haria mucho al caso. A dicha acertò a ser Viernes aq̄l dia, y no auia en toda la venta sino vnas raciones de vn pescado, que en Castilla llaman abadexo, y en Andaluzia bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntaronle, si por ventura comeria su merced truchuela, que no auia otro pescado que darle a comer. Como aya muchas truchuelas, respondió

don

Primera parte de don

don Quixote, podran seruir de vna trucha, porquẽ esso se me da que me den ocho reales en senzillos, que en vna pieça de a ocho. Quanto mas que podria ser que fuessen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas, no se puede llevar sin el gouierno de las tripas. Pusieronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y truxole el huesped vna porcion del mal remojado y peor cozido bacallao, y vn pan tan negro, y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la zelada, y alçada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daua y ponía, y assi vna de aquellas señoras seruía deste menester: mas al darle de beuer no fue posible, ni lo fuera, si el ventero no horudara vna caña, y puesto el vn cabo en la boca, por el otro le yua echádo el vino: y todo esto lo recebia en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la zelada. Estando en esto, llegó a caso a la venta vn castrador de puercos, y assi como llegó, sonò su siluato de cañas, quatro, o cinco vezes, con lo qual acabò de confirmar don Quixote, que estaua en algun famoso castillo, y que le seruian con musica, y que el abadexo eran truchas, el pan candeal, y las rameras, damas; y el ventero, Castellano del castillo, y con esto daua por bien empleada su determinacion, y salida. Mas lo que mas le fatigaua, era el no verse armado cauallero, por parecerle que no se podria poner legitimamente en auentura alguna, sin recibir la orden de ca-

ualleria.

Cap. III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quixote en armarse cauallero.



Afsi fatigado deste pensamiéto, abreuio su venteril y limitada cena, la qual acabada llamò al ventero, y encerrandose con el en la caualleriza, se hincò de rodillas ante el, diziendole: No me leuantaré jamas de donde estoy, valeroso cauallero, fasta q̄ la vuestra cortesía me otorgue vn don q̄ pedirle quiero, el qual redúdarà en alabança vuestra, y en pro del genero humano. El vetero q̄ vio a su huesped a sus pies, y oyò semejâtes razones, estaua confuso mirâdole, sin saber que hazerse, ni dezirle, y porfiava con el q̄ se leuantasse, y jamas quiso, hasta que le huuo de dezir, que el le otorgaua el don q̄ le pedia. No esperaua yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió don Quixote, y afsi os digo, que el don q̄ os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es, q̄ mañana en aquel dia me auays de armar cauallero: y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velarè las armas; y mañana, como tengo dicho, se cumplirà lo que tâtò desseo, para poder como se deue, yr por todas las quatro partes del mundo, buscando las auenturas, en pro de los menesterosos, como està a cargo de la caualleria, y de los caualleros andantes, como yo soy, cuyo desseo a semejantes faañas es inclinado. El ventero (q̄ como està dicho) era vn poco focarron, y ya tenia algunos barrûtos de la falta de juyzio de su huesped, acabò de creer lo quando acabò de oyr semejâtes razones: y por tener q̄ reyr aquella noche, determinò de seguirle el humor; y afsi le dixo, q̄ andaua muy acertado en lo q̄ deseaua, y pedia, y q̄ tal prosupuesto era propio, y natural de los

8
Primera parte de don

de los caualleros tan principales como el parecia, y como su gallarda presencia mostraua: y que el año mesmo en los años de su mocedad, se auia dado a aquel honroso exercicio, andando por diuersas partes del mundo, buscádo sus aventuras, sin que huuiesse dexado los percheles de Malaga, islas de Riaran, compas de Scuilla, azoguejo de Segouia, la oliuera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lucar, potro de Cordoua, y las ventillas de Toledo, y otras diuersas partes, donde auia exercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haziendo muchos ruelos, requestando muchas biudas, deshaziendo algunas donzellas, y engañando a algunos pupilos; y finalmente, dandose a conocer por quantas audiencias y tribunales ay casi en toda España: y q̄a lo vltimo se auia venido a recoger a aquel su castillo, donde viuia con su hazienda, y con las agenas, recogiendo en ella a todos los caualleros andantes, de qualquiera calidad, y condicion que fuessen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiessen con el de sus aueres, en pago de su buen desseo. Dixole tambien, que en aquel su castillo no auia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaua derribada para hazerla de nuevo: pero que en caso de necesidad, el sabia que se podiã velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en vn patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios seruido, se harian las deuidas ceremonias, de manera que el quedasse armado cauallero, y tan cauallero que no pudiesse ser mas en el mundo. Preguntole si traia dineros, respondió don Quixote, que no traia blanca, porque él nunca auia leydo en las historias de los caualleros andantes, que ninguno los huuiesse traydo. A esto dixo el ventero, que se engañaua, que
pues to

puesto caso q̄ en las historias no se escriuia, por auerles parecido a los autores della, q̄ no era menester escribir vna cosa tan clara, y tã necessaria de traerse; como eran dineros, y camisas limpias, no por esso se auia de creer q̄ no los truxerõ: y asì tuuiesse por cierto y aueriguado, q̄ todos los caualleros andãtes, de que tantos libros estan llenos, y atestados, lleuauan bien herradas las bolsas por lo q̄ pudiesse sucederles; y q̄ asì mesmo lleuauan camisas, y vna arqueta pequeña llena de vnguentos, para curar las heridas que recebían, porque no todas vezes en los campos, y desiertos donde se combatian, y salian heridos, auia quiẽ los curasse, si ya no era que tenían algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el ayre en alguna nube alguna donzella, o Enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedauan sanos de sus llagas, y heridas, como si mal alguno huuiesse tenido: mas q̄ en tanto que esto no huuiesse, tuuieron los passados caualleros por cosa acertada, q̄ sus escuderos fuesse proueydos de dineros, y de otras cosas necessarias, como eran hilas, y vnguentos para curarse: y quando sucedia que los tales caualleros no tenían escuderos (que eran pocas, y raras vezes) ellos mesmos lo lleuauã todo en vnas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, a las ancas del cavallo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas, no fue muy admitido entre los caualleros andantes; y por esto le daua por consejo, pues aun se lo podia mandar como a su ahijado, que rã presto lo auia de ser, que no caminasse de alli adelante sin dineros, y sin las preuenciones recibidas, y que veria quan bien se hallaua con ellas,

Primera parte de don

quando menos se pensase. Prometiole don Quixote, de hazer lo que se le aconsejaua, con toda puntualidad: y assi se dio luego orden como velasse las armas, en vn corral grande que a vn lado de la venta estaua, y recogiendo las don Quixote todas, las puso sobre vna pila que junto a vn pozo estaua: y embraçando su adargá, alio de su lança, y con gentil continente se començo a passear delante de la pila; y quando començo el passeo, començaua a cerrar la noche. Contò el ventero a todos quantos estauan en la venta, la locura de su huesped, la vela de las armas, y la armazon de caualleria que esperaua. Admiraronse de tan extraño genero de locura, y fueron selo a mirar desde lejos: y vieron que con sossegado ademan, vnas vezes se passeaua, otras arrimado a su lança, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por vn buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podia competir có el que se la prestaua: de manera, que quanto el nouel cauallero hazia, era biẽ visto de todos. Antojósele en esto a vno de los harrieros que estauan en la venta, yr a dar agua a su requa, y fue menester quitar las armas de don Quixote, que estauan sobre la pila, el qual viendole llegar, en voz alta le dixo: O tu quien quiera que seas, atreuido cauallero, que llegas a tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciñó espada, mira lo que hazes, y no las toques, sino quierdes dexar la vida en pago de tu atreuimiento. No se curò el harriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porq̄ fuera curarse en salud) antes trauando de las correas, las arrojò gran trecho de sí. Lo qual visto por don Quixote, alçò los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (a lo que parecio) en su señora Dulcinea, dixo:
Aco-

Acórrredme señora mia en esta primera afrenta que a este vuestro auassallado pecho se le ofrece: no me defallezca en este primero tráçe vuestro fauor, y amparo: y diziendo estas, y otras semejantes razones, soltando la adarga, alçò la lança a dos manos, y dio con ella tan grã golpe al harriero en la cabeça, que le derribò en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuuiera neccsidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogio sus armas; y tornò a passarse con el mismo reposò que primero. Desde alli a poco, sin saberse lo que auia passado (porque aun estava aturdido el harriero) llegò otro con la mesma intención, de dar agua a sus mulos, y llegando a quitar las armas para desembaraçar la pila, sin hablar don Quixote palabra, y sin pedir fauor a nadie, soltò otra vez la adarga, y alçò otra vez la lança, y sin hazerla pedaços, hizo mas de tres la cabeça del segundo harriero, porque se la abrio por quatro: al ruydo acudio toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto dõ Quixote, embraçò su adarga, y puesta mano a su espada, dixo: O señora de la fermosura, esfuerço, y vigor del debilitado coraçó mio, aora es tiempo q̄ bueluas los ojos de tu grãdeza, a este tu cautiuo cauallero, que tamaña auentura está atendiendo. Con esto cobrò a su parecer tanto animo, que si le acometieran todos los harrieros del mundo, no boluiera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, començaron desde lexos a llouer piedras sobre don Quixote, el qual lo mejor que podia, se reparaua con su adarga: y no se osaua apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daua voces que le dexasen, porq̄ ya lesauia dicho como era loco, y q̄ por loco se libraria, auq̄ los mataffe a todos. Tãbié dõ Quixote

Primera parte de don

las daua mayores, llamados de aleuofos, y traydores, y q̄ el señor del castillo era vn follon, y mal nacido cauallero, pues de tal manera consentia q̄ se tratassen los andantes caualleros: y q̄ si el huiera recebido la ordē de caualleria, que el le diera a entender su aleuofia: pero de vosotros, soez y baxa canalla, no hago caso alguno. Tirad, llegad, venid, y ofendedme en quāto pudieredes, que vosotros vereys el pago q̄ lleuays de vuestra fandez, y demasia. Dezia esto con tanto brio, y de nuedo, q̄ infundio vn terrible temor en los que le acometian: y assi por esto, como por las persuasiones del ventero, le dexaron de tirar: y el dexò retirar a los heridos, y tornò a la vela de sus armas, cò la misma quietud y fosiiego q̄ primero. No le pareció bien al ventero las burlas de su huesped, y determinò abreuiar, y darle la negra orden de caualleria luego, antes q̄ otra desgracia sucediesse: y assi llegando a el, se desculpò de la insolencia q̄ aquella gente baxa con el auia usado, sin q̄ el supiesse cosa alguna: pero q̄ bien castigados quedauan de su atreuimiento. Dixole como ya le auia dicho, q̄ en aquel castillo no auia capilla, y para lo q̄ restaua de hazer tãpoco era necessaria, q̄ todo el toque de quedar armado cauallero, cò si astia en la pescocada, y en el espaldarazo, segun el tenia noticia del ceremonial de la orden, y q̄ aquello en mitad de vn campo se podia hazer: y que ya auia cūplido con lo q̄ tocava al velar de las armas, q̄ con solas dos horas de vela se cūplia; quanto mas, q̄ el auia estado mas de quatro. Todo se lo creyò dō Quixote, y dixo, q̄ el estaua alli pròpto para obedecerle, y q̄ concluyesse con la mayor brevedad q̄ pudiesse: porq̄ si fuesse otra vez acometido, y se viesse armado cauallero, no pèsa dexar persona viua en el castillo, eceto aquellas q̄ el le mãdasse, a quiē por
su res.

su respeto dexaria. Aduertido, y medroso desto el Castellano, truxo luego vn libro donde assentaua la paja, y ceuada que daua a los harrieros: y con vn cabo de vela que le traia vn muchacho, y cõ las dos ya dichas donzellas, se vino a donde don Quixote estaua, al qual mandò hincar de rodillas, y leyendo en su manual (como que dezia alguna deuota oraciõ) en mitad de la leyda, alçò la mano, y diole sobre el cuello vn bué golpe, y tras el con su mesma espada, vn gentil espaldarazo (siempre murmurando entre diétes, como que rezaua). Hecho esto, mandò a vna de aquellas damas q̄ le ciñesse la espada, la qual lo hizo con mucha desemboltura, y discreciõ, porque no fue menester poca para no reventar de risa, a cada punto de las ceremonias: pero las proezas que ya auian visto del nouel cauallero, les tenia la risa a raya. Al ceñirle la espada, dixo la buena señora: Dios haga a vuestra merced muy venturoso cauallero, y le de ventura en lides. Don Quixote le preguntò como se llamaua, porq̄ el supiesse de allí adelante a quien quedaua obligado, por la merced recibida, porque pensaua darle alguna parte de la honra que alcançasse por el valor de su braço. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaua la Tolosa, y que era hija de vn remendon natural de Toledo, que uiuia a las tédillas de Sanchobienaya, y q̄ donde quiera que ella estuuiesse le seruiria, y le tédria por señor. Don Quixote le replicò, que por su amor le hiziesse merced, que de allí adelante se pusiesse don, y se llamasse doña Tolosa. Ella se lo prometio: y la otra le alçò la espuela, con la qual le passò casi el mismo colocio, que con la de la espada. Preguntole su nombre, y dixo que se llamaua la Molinera, y que era hija de vn honrado molinero de Antequera: a la qual también

Primera parte de don

rogò don Quixote, que le pudiesse don, y se llamasse doña Molinera, ofreciendole nueuos seruicios, y mercedes. Hechas pues de galope, y aprieſſa, las hasta alli nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quixote de verse a cauallo, y salir buscando las aventuras, y enſillando luego a Rozinante, subio en el, y abrançãdo a su huesped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciendole la merced de auerle armado cauallero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no menos retoricas, aunque cómas breues palabras, respondió a las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dexò yr a la buena hora.

Cap. IIII. De lo que le sucedio a nuestro cauallero quando salio de la venta.



A Del Alua seria, quando don Quixote salio de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado cauallero, que el gozo le rebentaua por las cinchas del cauallo. Mas viniendole a la memoria los consejos de su huesped, cerca de las preuenciones tan necessarias que auia de llevar consigo, especial la de los dineros, y camisas, determinò boluer a su casa, y acomodarse de todo, y de vn escudero: haziendo cuenta de recibir a vn labrador vezino suyo, que era pobre, y con hijos, pero muy a proposito para el officio escuderial de la caualleria. Con este pensamiento guiò a Rozinante házia su aldea, el qual casi conociendo la querencia, con tanta gana començo a caminar, que parecia que no ponía los pies en el suelo. No auia andado mucho, quando le parecio que a su diestra mano, de la espessura de vn bosque que alli estaua, salian vn

vnas voces delicadas, como de persona que se quexaua. Y a penas las huuo oydo, quando dixo: Gracias doy al cielo por la merced que me haze, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo q̄ deuo a mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos desseos. Estas vezes, sin duda, son de algun menesterofo, o menesterofa, que ha menester mi fauor y ayuda: y boluiendo las riendas, enca minò a Rozinante hàzia donde le parecio q̄ las voces salian. Y a pocos passos que entrò por el bosque, vio atada vna yegua a vna enzina, y atado en otra a vn muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quinze años, q̄ era el q̄ las voces daua: y no sin causa, porque le estaua dando cò vna pretina muchos açotes, vn labrador de buen talle, y cada açote le acompañaua con vna reprehension, y consejo: porque dezia: La lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: No lo hare otra vez, señor mio, por la pafion de Dios, q̄ no lo hare otra vez, y yo prometò de tener de aqui adelante mas cuydado con el hatò. Y viendo don Quixote lo q̄ passaua, cò voz ayrada dixo: Descortes cauallero, mal parece tomaros con quien defender no se puede, lubid sobre vuestro cauallo, y tomad vuestra lança (q̄ tambiè tenia vna lança arrimada a la enzina, adonde estaua arrendada la yegua) q̄ yo os hare conocer ser de cobardes lo q̄ estays haziendo. El labrador q̄ vio sobre si aquella figura llena de armas, blandiendo la lança sobre su rostro, tuose por muerto, y con buenas palabras respondió: Señor cauallero, este muchacho q̄ estoy castigando, es vn mi cria do, que me sirue de guardar vna manada de ouejas, q̄ tengo en estos contornos; el qual es tan descuydado, que cada dia me falta vna, y porque castigo su des-

Primera parte de don

cuydo, o vellaqueria, dize que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le deuo, y en Dios, y en mi anima que miente. Miente delante de mi, ruyn villano, dixo don Quixote: Por el sol que nos alumbra, que estoy por passaros de parte a parte con esta lança, pagalde luego sin mas replica, sino por el Dios q̄ nos rige que os concluya, y aniquile en este punto: desatado luego. El labrador baxò la cabeça, y sin responder palabra desató a su criado. Al qual preguntò don Quixote, que quãto le deuia su amo: el dixo que nueue meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quixote, y hallò que montauan setenta y tres reales: y dixole al labrador, que al momento los desembolfasse, sino queria morir por ello. Respondio el medroso villano, que para el passo en que estaua, y juramento que auia hecho (y aun no auia jurado nada) que no eran tantos: porque se le auian de descontar, y recibir en cuenta, tres pares de çapatos que le auia dado, y vn real de dos sangrias que le auian hecho estando enfermo. Bien està todo esso, replicò don Quixote: pero quedense los çapatos, y las sangrias, por los açotes que sin culpa le aueys dado; que si el rompiò el cuerò de los çapatos que vos pagastes, vos le aueys rompido el de su cuerpo: y si le sacò el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad sè la aueys sacado: assi que por esta parte no os deue nada. El daño està señor cauallero, en que no tengo aqui dineros, vengase Andres conmigo a mi casa, q̄ yo se los pagarè vn real sobre otro. Y rine yo con el, dixo el muchacho, mas mal año, no señor, ni por pienso, porque en viendose solo, me desfollarà como a vn S. Bartolome. No hara tal, replicò don Quixote, basta que yo se lo mande, para q̄ me tēga respeto: y con que el me lo jure, por la ley de caualleria

lleria que ha recebido, le dexarè yr libre, y affegurarè la paga. Mire vuestra merced señor lo que dize, dixo el muchacho, que este mi amo no es cauallero, ni ha recebido orden de caualleria alguna, que es Iuan Haldudo el rico, el vezino del Quintanar. Importa poco esso, respondió don Quixote, que Haldudos puede auer caualleros: quanto mas, que cada vno es hijo de sus obras. Afsi es verdad, dixo Andres, pero este mi amo de que obras es hijo, pues me niega mi soldada, y mi sudor, y trabajo? No niego hermano Andres, respondió el labrador, y hazedme plazer de veniros conmigo, que yo juro por todas las ordenes que de cauallerias ay en el mundo, de pagaros como tengo dicho, vn real sobro otro; y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia, dixo don Quixote, dadselos en reales, que con esso me contento: y mirad que lo cumplays como lo aueys jurado, sino por el mismo juramento os juro, de boluer a buscaros, y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondays mas que vna lagartija. Y si quereys saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado a cumplirlo: Sabed q̄ yo soy el valeroso don Quixote de la Mancha, el defazedor de agrauios, y sinrazones, y a Dios quedad: y no se os parta de las mientes lo prometido, y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diziendo esto, picò a su Rozinante, y en breue espacio se apartò dellos. Signiole el labrador con los ojos, y quãdo vio que auia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, boluiose a su criado Andres, y dixole: Venid aca hijo mio, que os quiero pagar lo que os deuo, como aquel deshazedor de agrauios me dexò mandado. Esso juro yo, dixo Andres, y como que andarà vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen

Primera parte de don

cauallero, que mil años viua: que segú es de valeroso, y de buen juez, viue Roque que fino me paga, q̄ buelua y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo el labrador: pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga. Y asiendo del braço, le tornò a atar a la enzina, donde le dio tantos açotes, que le dexò por muerto. Llamad señor Andres aora, dezia el labrador, al desfazedor de agravios, vereys como no desfaze aqueste, aunque creo q̄ no està acabado de hazer, porq̄ me viene gana de desfollaros viuo, como vos temiad: pero al fin le defatò, y le dio licencia que fuesse a buscar a su juez, para q̄ executasse la pronunciada sentencia. Andres se partio algo mohino, jurádo de yr a búscar al valeroso dó Quixote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que auia passado, y que se lo auia de pagar con las setenas. Pero con todo esto el se partio llorando, y su amo se quedò riendo: y desta manera deshizo el agravio el valeroso don Quixote, el qual contentissimo de lo sucedido, pareciéndole que auia dado felicissimo, y alto principio a sus cauallerias, con gran satisfacion de si mismo yua caminando házia su aldea, diciendo a media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre quantas oy viuen en la tierra, ô sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte, tener sujeto, y rendido a toda tu voluntad, è talante, a vn tan valiente, y tan nombrado cauallero, como lo es, y será don Quixote de la Mancha: el qual (como todo el mundo sabe) ayer recibió la orden de caualleria, y oy ha desfecho el mayor tuerto y agravio, que formò la sinrazon, y cómetio la crueldad. Oy quitò el latigo de la mano, a aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaua a aquel delicado

infan-

infante. En esto llegó a vn camino que en quatro se diuidia; y luego se le vino a la imaginacion las encruzadas donde los caualleros andantes se ponian a pensar qual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuu vn rato quedo, y al cabo de auerlo muy bien pensado soltó la rienda a Rozinante, dexando a la voluntad del rozin la suya, el qual siguió su primer intento, que fue el yrse camino de su caualleriza. Y auiendo andado como dos millas, descubrió don Quixote vn grande tropel de gente, que como despues se supo, eran vnos mercaderes Toledanos, que yuana comprar seda a Murcia. Eran seys, y venian con sus quitasoles, con otros quatro criados a cauallo, y tres moços de mulas a pie. A penas los diuísó don Quixote, quando se imaginó ser cosa de nueua auentura: y por imitar en todo quanto a el le parecia posible, los passos que auia leydo en sus libros, le pareció venir alli de molde vno que pensaua hazer. Y así, con gentil continente y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lança, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuu esperando que aquellos caualleros andantes llegassen, que ya el por tales los tenia, y juzgaua: y quando llegaron a trecho que se pudieron ver, y oyr, levantó don Quixote la voz, y con ademan arrogante, dixo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confieffa, que no ay en el mundo todo, donzella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Pararonse los mercaderes al son destas razones, y a ver la estraña figura del que las dezia: y por la figura, y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio, en que paraua aquella confesion que se les pedia:

y vno

Primera parte de don

y vno dellos que era vn poco burlon, y muy mucho discreto, le dixo: Señor cauallero, nosotros no conocemos quien sea essa buena señora que dezis, mostradnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significays, de buena gana, y sin apremio alguno confesaremos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicò don Quixote, que hizierades vosotros en confessar vna verdad tan notoria: la importancia està, en que sin verla lo aueys de creer, confessar, afirmar, jurar, y defender; donde no conmigo soys en batalla, gente descomunal, y soberuia: que aora vengays vno a vno (como pide la orden de caualleria) ora todos juntos, como es costumbre, y mala vfança de los de vuestra ralea, aqui os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor cauallero, replicò el mercader, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos principes que aqui estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias, confessando vna cosa por nosotros jamas vista, ni oyda, y mas siendo tan en perjuizio delas Emperatrizes, y Reynas del Alcarria, y Estremadura, que vuestra merced sea seruido de mostrarnos algun retrato de essa señora, aunque sea tamaño como vn grano de trigo, que por el hilo se sacará el ouillo, y quedaremos con esto satisfechos, y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado: y aun creo q̄ estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de vn ojo, y que del otro le mana bermeillon, y piedra açufre, con todo esso, por complazer a vuestra merced, diremos en su fauor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió don Quixote encendido en colera, no le mana digo esso que dezis, sino ambar, y algalia entre algodones: y

no es tuerta, ni corcobada, sino mas derecha que vn hufo de Guadarrama: pero vosotros pagareys la grande blasfemia que auays dicho, contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diziendo esto, arremetio con la lança baxa, contra el que lo auia dicho, con tanta furia, y enojó, que si la buena suerte no hiziera, que en la mitad del camino tropezara, y cayera Rozinante, lo passara mal el atreuido mercader. Cayò Rozinante, y fue rodando su amo vn buena pieça por el campo, y queriendose levantar, jamas pudo: tal embaraço le causauan la lança, adarga, espuelas, y zelada, con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaua por levantarse, y no podia, estaua diziendo: Non fuyais gente cobarde, gente cautiua atéded, que no por culpa mia, sino de mi cauallo, estoy aqui tendido. Vn moço de mulas de los que alli venian, que no deuia de ser muy bien intencionado, oyendo dezir al pobre caydó tantas arrogancias, no lo pudo sufrir, sin darle la respuesta en las costillas. Y llegandose a el, tomò la lança, y despues de auerla hecho pedaços, con vno dellos començò a dar a nuestro don Quixote tantos palos, que a despecho, y pesar de sus armas, le molio como cibera. Dauanle voces sus amos, que no le dieffe tanto, y que le dexasse: pero estaua ya el moço picado, y no quiso dexar el juego, hasta embidar todo el resto de su colera: y acudiendo por los demas troços de la lança, los acabò de deshazer sobre el miserable caydo, que có toda aquella tépestad de palos que sobre el via, no cerraua la boca, amenazado al cielo, y a la tierra, y a los Malandrines, que tal le parecian. Cansose el moço, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo el del pobre apaleado: el qual despues que se vio solo,

tornò

Primera parte de don

tornò a prouar si podia leuantarse; pero sino lo pudo hazer quando sano, y bueno, como lo haria molido, y casi deshecho? y aun se tenia por dichoso, pareciendole que aquella era propia desgracia de caualleros andátes, y toda la atribuía a la falta de su cauallo, y no era posible leuantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

Cap. V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero.

Miendo pues que en efeto no podia menear se, acordò de acogerse a su ordinario remedio, que era pēsar en algun passo de sus libros, y truxole su locura a la memoria, aquel de Valdouinos, y del Marques de Mantua, quando Carlotto le dexò herido en la montiña, historia fabida de los niños, no ignorada de los moços, celebrada, y aun creyda de los viejos: y con todo esto, no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le parecio a el que le venia de molde para el passo en que se hallaua: y assi con muestras de grande sentimiēto, se començò a bolcar por la tierra, y a dezir con debilitado aliento, lo mesmo que dizen dezia el herido cauallero del bosque: Donde estàs señora mia, que no te daele mi mal? o no lo sabes señora, o eres falsa, y desleal. Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dizen: O noble Marques de Mantua, mi tio y señor carnal. Y quiso la fuerte, que quando llegò a este verso, acertò a passar por alli vn labrador de su mesmo lugar, y vezino suyo, que venia de lleuar vna carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre alli tendido, se llegò a el, y le
pregun-

preguntò que quien era, y que mal sentia, que tan tristemente se quexaua? Don Quixote creyo sin duda, que aquel era el Marques de Mantua su tio, y asì no le respondió otra cosa, sino fue proseguir en su romance, donde le daua cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del Emperante con su esposa: todo de la mesma manera que el romance lo canta. El labrador estava admirado, oyendo aquellos disparates; y quitandole la visera, que ya estava hecha pedaços de los palos, le limpio el rostro, que lo tenia lleno de poluo. Y apenas le huuo limpiado quando le conocio, y le dixo: Señor Quixada (que asì se deuia de llamar quando el tenia juyzio, y no auia passado de hidalgo foflegado, a cauallero andante) quien a puesto a vuestra merced desta fuerte? pero el seguia con su romance a quanto le preguntaua. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitò el peto, y espaldas, para ver si tenia alguna herida; pero no vio sangre, ni señal alguna. Procurò leuantarle del suelo, y no con poco trabajo le subio sobre su jumento, por parecerle caualleria mas foflegada. Recogio las armas, hasta las astillas de la lança, y liolas sobre Rozinante, al qual tomò de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminò hàzia su pueblo, bien pensatiuo de oyr los disparates que don Quixote dezia: y no menos yuadon Quixote, que de puro molido, y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de quando en quando daua vnos suspiros que los ponìa en el cielo, de modo que de nuevo obligò a que el labrador le preguntasse, le dixesse que mal sentia: y no parece sino que el diablo le traìa a la memoria, los cuentos acomodados a sus sucessos; porque en aquel punto, oluidandose de Valdouinos, se acordo del Moro

Primera parte de don

Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Naruaez, le prendio, y lleuò cautiuo a su Alcaydia. De suerte, que quando el labrador le boluio a preguntar que como estaua, y que sentia, le respondió las mesmas palabras, y razones que el cautiuo Abencerraje respondia a Rodrigo de Naruaez, del mesmo modo que el auia leydo la historia en la Diana de Iorge de Montemayor, donde se escriue: aprouechandose della tan de proposito, que el labrador se yua dando al diablo de oyr tanta maquina de necedades. Por donde conocio que su vezino estaua loco, y dauale priessa a llegar al pueblo, por escusar el enfado que don Quixote le causaua con su larga arenga. Al cabo de lo qual dixo: Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Naruaez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es aora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago, y hare los mas famosos hechos de cauallerias que se han visto, vean, ni veran en el mundo. A esto respondió el labrador: Mire vuestra merced señor, pecador de mi, que yo no soy don Rodrigo de Naruaez, ni el Marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vezino: ni vuestra merced es Valdouinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quixada. Yo se quien soy, respondió don Quixote, y se que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los doze Pares de Francia, y aun todos los nueue de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos, y cada vno por si hizieron, se auentajaran las mias. En estas platicas, y en otras semejantes, llegaron al lugar, a la hora que anochecia: pero el labrador aguardò a que fuesse algo mas noche, porque no viesse al molido hidalgo tan mal cauallero. Llegada pues la hora que le parecio, entrò

entrò en el pueblo, y en la casa de don Quixote, la qual hallò toda alborotada: y estauan en ella el Cura, y el Barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quixote, que estaua diziendoles su ama a voces: Que le parece a vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que assi se llamaua el Cura) de la desgracia de mi señor, seys dias ha que no parecè el ni el rozin, ni la adarga, ni la lança, ni las armas: desuèturada de mi, que me doy a entender, y assi es ello la verdad, como naci para morir, que estos malditos libros de cauallerias que el tiene, y suele leer tan de ordinario, le han buelto el juyzio; q̄ aora me acuerdo auerle oydo dezir muchas vezes, hablado entre si, que queria hazerse cauallero andate, è yrse a buscar las auenturas por estos mundos. Encomendados sean a Satanas, y a Barrabas tales libros, que assi han echado a perder el mas delicado entendimiento que auia en toda la Mancha. La sobrina dezia lo mesmo, y aun dezia mas: Sepa señor Maese Nicolas (que este era el nombre del Barbero) que muchas vezes le acontecio a mi señor tio, estar se leyendo en estos desalmados libros de desuèturadas, dos dias con sus noches, al cabo de los quales, arrojaua el libro de las manos, y ponía mano a la espada, y andaua a cuchilladas con las paredes, y quando estaua muy cansado, dezia que auia muerto a quatro Gigantes como quatro torres, y el sudor que sudaua del cansancio, dezia que era sangre de las feridas que auia recebido en la batalla, y beuiase luego vn gran jarro de agua fria, y quedaua sano y fosegado, diziendo que aquella agua era vna preciosissima beuida, que le auia traydo

Primera parte de don

el sabio Esquife, vn grande encantador y amigo
fuyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no auí-
sê a vuestras mercedes de los disparates de mi se-
ñor tio, para que lo remediaran antes de llegar a lo
que ha llegado, y quemaran todos estos delcomul-
gados libros, que tiene muchos, que bien merecen
ser abrasados, como si fueffen de herejes. Esto di-
go yo tambien, dixo el Cura, y a sê que no se pas-
se el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto
publico, y sean condenados al fuego, porque no
den ocaſion a quien los leyere, de hazer lo que mi
buen amigo deue de auer hecho. Todo esto esta-
uan oyendo el labrador, y don Quixote, cõ que aca-
bõ de entender el labrador la enfermedad de su ve-
zino, y así començò a dezir a voces: Abran vues-
tras mercedes al señor Valdouinos, y al señor Mar-
ques de Mantua que viene mal ferido, y al señor
Moro Abindarraez, que trae cautiuo el valeroso
Rodrigo de Naruaez Alcayde de Antequera. A es-
tas voces salieron todos, y como conocieron los
vnos a su amigo, las otras a su amo, y tio, que aun
no se auia apeado del jumento, porque no podia,
corrieron a abraçarle. El dixo: Tenganse todos,
que vengo mal ferido por la culpa de mi cavallo:
lleuenme a mi lecho, y llameſe, si fuere poſible,
a la ſabia Vrganda, que cure y cate de mis feri-
das. Mirâ en hora maça, dixo a este punto el ama,
si me dezia a mi bien mi coraçon, del pic que co-
xeaua mi señor: Suba vuestra merced en buen ho-
ra, que sin que venga eſta vrgada le ſabremos aqui
curar. Malditos digo sean otra vez, y otras cien-
to, estos libros de cauallerias, que tal han parado a
vuestra

vuestra merced. Llevaronle luego a la cama, y ca-
randole las feridas, no le hallaron ninguna: y el di-
xo que todo era molimiento, por auer dado vna grá
cayda con Rozinante su cauallo, combatiendose
con diez layanes, los mas desaforados, y atreuidos,
que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta-
ta, dixo el Cura, layanes ay en la dança: Para mi
santiguada que yo los queme mañana antes que lle-
gue la noche. Hizieronle a don Quixote mil pre-
guntas, y a ninguna quiso responder otra cosa, sino
que le dieffen de comer, y le dexassen dormir, que
era lo que mas le importaua. Hizose assi, y el Cura
se informò muy a la larga del labrador, del modo
que auia hallade a don Quixote: el se lo contò todo,
con los disparates que al hallarle, y al traerle auia di-
cho, que fue poner mas deffeo en el Licenciado, de
hazer lo que otro dia hizo, que fue llamar a su ami-
go el Barbero Maese Nicolas, con el qual se vino a
casa de don Quixote.

*Cap. VI. Del donoso, y grande escrutinio que el Cura, y
el Barbero hizieron en la libreria de nuestro inge-
nioso hidalgo.*

EL Qual aun toda via dormia. Pidio las
llaues a la sobrina del aposento, don-
de estauan los libros, autores del da-
ño, y ella se las dio de muy buena ga-
na: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y ha-
llaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy
bien enquadernados, y otros pequeños: y assi como
el ama los vio, boluiose a salir del aposento con grã
priella,

Primera parte de don

priessa, y tornò luego con vna escudilla de agua ben-
dita, y vn hisopo, y dixo: Tome vuestra merced se-
ñor Licéciado, rozie este aposento, no esté aqui al-
gún encantador de los muchos que tienen estos li-
bros, y nos encanten, en pena de las que les quere-
mos dar, echandolos del mundo. Causò risa al Licen-
ciado, la simplicidad del ama, y mandò al Barbero
que le fuesse dando de aquellos libros vno a vno,
para ver de que tratauan, pues podia ser hallar al-
gunos que no mereciessen castigo de fuego. No, di-
xo la sobrina, no ay para que perdonar a ninguno,
porque todos han sido los dañadores: mejor será
arrojarlos por las ventanas al patio, y hazer vn
rimero dellos, y pegarles fuego, y sino llevar-
los al corral, y alli se hará la hoguera, y no ofen-
dera el humo. Lo mismo dixo el ama; tal era la
gana que las dos tenian, de la muerte de aquellos
inocentes, mas el Cura no vino en ello, sin pri-
mero leer si quiera los titulos. Y el primero que
Maesse Nicolas le dio en las manos, fue los qua-
tro de Amadis de Gaula, y dixo el Cura: Parece
cosa de misterio esta, porque segun he oydo de-
zir, este libro fue el primero de cauallerias que
se imprimio en España, y todos los demas han
tomado principio y origen deste: y assi me pare-
ce, que como a dogmatizador de vna secta tan ma-
la, le deuemos sin escusa alguna condenar al fue-
go. No señor, dixo el Barbero, que tambien he oy-
do dezir, que es el mejor de todos los libros que de
este genero se han compuesto, y assi como a vnico
en su arte se deue perdonar. Assi es verdad, dixo el
Cura, y por essa razon se le otorga la vida por aora.

Vca-

a
monceau
l. basse cour
c. rembrassement.

Veamos efforro que está junto a el. Es, dixo el Barbero, las Sergas de Esplandian, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad señora ama, abrid essa ventana, y echalde al corral, y dè principio al moñton de la hoguera que se ha de hazer. Hizolo afsi el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fue bolando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaua. Adelante, dixo el Cura. Este que viene, dixo el Barbero, es Amadis de Grecia: y aun todos los del te lado, a lo que creo, son del mesmo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, que a trueco de quemar a la Reyna Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y a sus Eglogas, y a las endiabladas y rebueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduiera en figura de cauallero andante. De esse parecer soy yo, dixo el Barbero: y aun yo, añadió la sobrina. Pues afsi es, dixo el ama, vengan, y al corral con ellos. Dieron selos, que eran muchos, y ella ahorrò la escalera, y dio có ellos por la ventana a baxo. Quien es esse tonel, dixo el Cura? Este es, respondió el Barbero, don Oliuante de Laura. El autor desse libro, dixo el Cura, fue el mesmo que compuso a Iardin de flores, y en verdad que nó sepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, o por dezir mejor, menos mentiroso; solo se dezir, que este yrá al corral, por disparatado, y arrogante. Este que se sigue, es Florismarte de Hircania, dixo el Barbero. Aí está el señor Florismarte, replicò el Cura, pues a fè que a de parar presto en el corral, a pesar de su estraño nacimiento, y

*monceau**de la rassa le. logre*

Primera parte de don

soñadas auenturas, que no da lugar a otra cosa la dureza, y se queda de su estilo. Al corral con el, y con effoiro, señora ama. Que me plaze señor mio, respondió ella: y con mucha alegría executaua lo que le era mandado. Este es el cauallero Platir, dixo el Barbero. Antiguo libro es esse, dixo el Cura, y no hallo en el cosa que merezca venia: acompañe a los demas sin replica, y así fue hecho. Abriose otro libro, y vieron que tenia por titulo, el Cauallero de la Cruz. Por nombre tã santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia, mas tambien se fuele dezir; tras la cruz està el diablo, vaya al fuego. Tomando el Barbero otro libro, dixo: Este es Espejo de cauallerias. Ya conozco a su merced, dixo el Cura, ai anda el señor Reynaldos de Montaluan, con sus amigos, y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doze Pares, con el verdadero historiador Turpin: y en verdad que estoy por condenarlos no mas que a destierro perpetuo, si quiera porque tienen parte de la inuencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien texio su tela el Christiano Poeta Ludouico Ariosto, al qual si aqui le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardarè respeto alguno: pero si habla en su Idioma, le pondre sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en Italiano, dixo el Barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bié que vos le entendierades, respondió el Cura, y aqui le perdonaremos al señor Capitan, que no le huiera traydo a España, y hecho Castellano, que le quitò mucho de su natural valor: y lo mesmo haran todos aquellos que los libros de verso quisieren boluer en otra lengua, que por mucho cuydado que pongan, y habilidad

dad que muestren, jamas llegaran al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan de estas cosas de Francia, se echen, y depositen en vn pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo q̄ se ha de hazer dellos, ecetuando a vn Bernardo del Carpio que anda por ahi, y a otro llamado Roncesuallés, que estos en llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remission alguna. Todo lo confirmò el Barbero, y lo tuuo por bien, y por cosa muy acertada: por entender q̄ era el Cura tan buen Christiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vio que era Palmerin de Oliua, y junto a el estaua otro, que se llamaua Palmerin de Ingalaterra. Lo qual visto por el Licenciado, dixo: Essa Oliua se haga luego raxas, y se quemee, que aun no queden della las cenizas: y essa Palma de Ingalaterra se guarde, y se conserue, como a cosa vnica, y se haga para ello otra caxa, como la que hallò Alexandro en los despojos de Dario, que la diputò para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la vna, porque el por si es muy bueno: y la otra, porque es fama q̄ le compuso vn discreto Rey de Portugal. Todas las auenturas del castillo de Miraguarda son bonissimas, y de grãde artificio, las razones cortesanas, y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, si luo vuestro buen parecer (señor Maese Nicolas) que este, y Amadis de Gaula, queden libres del fuego, y todos los demas, sin

*a recherche
en queste*

03 *Primera parte de don*

hazer mas ^acala y ^bcata, perezcan. No señor compadre, replicò el Barbero, que este q̄ aqui tēgo, es el afamado don Belianis. Pues esse, replicò el Cura, con la segunda, tercera, y quarta parte, tienen necesidad de vn poco de ruybarbo, para purgar la demasiada colera suya, y es menester quitarle todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinēcias de mas importācia, para lo qual se les da termino vltamarino, y como se enmendarē, assi se vfaracó ellos de misericordia, ò de justicia: y en tātō, tenedlos vos cō padre en vuestra casa, mas no los dexeys leer a ninguno. Que me plaze, respondió el Barbero; y sin querer cāfarse mas en leer libros de cauallerias, mādò al ama, que tomasse todos los grandes, y diesse con ellos en el corral. No se dixo a tonta, ni a forda, sino a quien tenia mas gana de quemallos, que de echar vna tela, por grande y delgada que fuera: y asiendo casi ocho de vna vez, los arrojò por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayò vno a los pies del Barbero, q̄ le tomò gana de ver de quien era, y vio que dezia: Historia del famoso cauallero Tirante el Blanco. Valame Dios, dixo el Cura, dando vna grā voz, que aqui estè Tirante el Blanco! Dadmele aca compadre, que hago cuenta que he hallado en el vn tesoro de contento, y vna mina de passatiempos. Aqui està don Quirieleyson de Montaluan, valeroso cauallero, y su hermano Tomas de Montaluan, y el cauallero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriciante hizo con el Alano, y las agudezas de la donzella Plazerdemiuida, con los amores, y embustes de la biuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Ipolito su escudero. Digoos verdad, se-

ñor

ñor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aqui comen los caualleros, y duermen, y mueren en sus camas, y hazen testamento antes de su muerte; con otras cosas, de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo esso os digo, que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necesidades de industria, que le echaran a galeras por todos los dias de su vida: Lleualde a casa, y leelde, y vereys que es verdad quanto del os he dicho. Así serà, respondió el Barbero; pero que haremos de estos pequeños libros que quedan? Estos dixo el Cura, no deuen de ser de cauallerias, sino de Poesia: y abrièdo vno, vio que era la Diana de Jorge de Montemayor, y dixo (creyendo que todos los demas eran del mesmo genero): Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hazen, ni haran el daño que los de cauallerias han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuzio de tercero. Ay señor, dixo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demas, porque no seria mucho, que auiendo sanado mi señor tío, de la enfermedad caualleresca, leyendo estos, se le antojasse de hazerse pastor, y andar se por los bosques y prados, cantando, y tañendo: y lo que seria peor, hazerse Poeta, que segun dizen, es enfermedad incurable, y pégadiza. Verdad dize esta donzella, dixo el Cura, y serà bien quitarle a nuestro amigo este tropieço, y ocasion delante. Y pues comencamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se quemé, sino que se le quite todo aquello q̄ trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada: y casi todos los versos mayores, y que dese le en hora

Primera parte de don

buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dixo el Barbero, es la Diana llamada segunda, del Salmantino, y este otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe, y acreciente el numero de los condenados, al corral: y la de Gil Polo se guarde, como si fuera del mesmo Apolo: y palse adelante señor compadre, y demonos priessa, que se va haziendo tarde. Este libro es, dixo el Barbero abriendo otro, los diez libros de Fortuna de Amor, compuestos por Antonio de Lofrafo, Poeta Sardo. Por las ordenes que recebi, dixo el Cura, que desde q̄ Apolo fue Apolo, y las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como esse no se ha compuesto: y q̄ por su camino es el mejor, y el mas vnico de quãtos deste genero han salido a la luz del mundo: y el que no le ha leydo, puede hazer cuenta que no ha leydo jamas cosa de gusto: Dadmele aca compadre, que precio mas auerle hallado, que si me dieran vna fortuna de raja de Florencia. Pusole a parte con grãdissimo gusto, y el Barbero prosiguió, diziendo: Estos que se figuen, son el pastor de Iberia, Ninfas de Enares, y Defengaños de zelos. Pues no ay mas que hazer, dixo el Cura, sino entregarlos al braço seglar del ama, y no se me pregunte el porque, que seria nunca acabar. Este que viene, es el Pastor de Filida. No es esse pastor, dixo el Cura, sino muy discreto cortesano, guardese como joya preciosa. Este grande que aqui viene, se intitula, dixo el Barbero, Tesoro de varias Poetas. Como ellas no fueran tantas, dixo el Cura, fueran mas estimadas: menester es que este libro se

escarde, y limpie de algunas baxezas que entre sus grandezas tiene: guardese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroycas, y leuãtadas obras que ha escrito. Este es, siguió el Barbero, el Cancionero de Lopez Maldonado. Tambié el autor desse libro, replicó el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran a quié los oye: y tal es la suauidad de la voz con q̄ los canta, que encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fue mucho: guardese con los escogidos. Pero que libro es esse q̄ está junto a el? La Galatea de Miguel de Ceruantes, dixo el Barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio esse Cerbantes, y se q̄ es mas versado en deídichas q̄ en versos. Su libro tiene algo de buena inuencion, propone algo, y no cõcluye nada: es menester esperar la segunda parte q̄ promete, quiça con la enmienda alcançarà del todo la misericordia q̄ aora se le niega, y entretanto q̄ esto se vè, tenel de recluso en vuestra posada. Señor cõ padre que me plaze, respondió el Barbero, y aqui vienen tres todos juntos: la Araucana de don Alonso de Ercilla, la Austriada de Iuan Rufo Jurado de Cordoua, y el Monferrato de Christoual de Virues, Poeta Valenciano. Todos effos tres libros, dixo el Cura, son los mejores q̄ en verso heroyco, en lègua Castellana estã escritos, y pueden cõpetir cõ los mas famosos de Italia: guardente como las mas ricas prèdas de Poesia que tiene España. Canfote el Cura de ver mas libros, y asì a carga cerrada, quiso que todos los demas se quemassen: pero ya tenia abierto vno el Barbero, q̄ se llamaua las Lagrimas de Angelica. Lloraralas yo, dixo el Cura en oyèdo el nõbre, si tal

Primera parte de don

si tal libro huuiera mandado quemar, porque su autor fue vno de los famosos Poetas del mundo, no solo de España: y fue felicissimo en la traduccion de algunas fabulas de Ouidio.

Cap. VII. De la segunda salida de nuestro buen cauallero, don Quixote de la Mancha.



Stando en esto, començo a dar voces dō Quixote, diziendo: Aqui, aqui valerosos caualleros, aqui es menester mostrar la fuerça de vuestros valerosos braços, que los cortesanos lleuan lo mejor del torneo. Por acudir a este ruydo, y estruendo, no se passò adelante cō el escrutinio de los demas libros q̄ quedauan: y asì se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oydos, la Carolea, y Leon de España, cō los hechos del Emperador, compuestos por don Luys de Auila, que sin duda deuián de estar entre los que quedauan: y quiza si el Cura los viera, no passaran por tan rigurosa sentencia. Quando llegaron a don Quixote, ya el estaua leuantado de la cama, y proseguia en sus voces, y en sus desatinos, dādo cuchilladas, y reueses a todas partes, estando tan despierto, como si nunca huuiera dormido: Abraçaronse con el, y por fuerça le boluieron al lecho, y despues que huuo sossegado vn poco, boluendose a hablar con el Cura, le dixo: Por cierto señor Arçobispo Turpin, que es grã mengua de los que nos llamamos doze Pares, dexar tan sin mas, ni mas, llevar la vitoria deste torneo a los caualleros Cortesanos, auiendo nosotros los auentureros ganado el prez en los tres dias antecodētes.

Calle

Calle vuestra merced señor compadre, dixo el Cura, que Dios será seruido que la suerte se mude, y que lo que ay se pierde se gane mañana: y aienda vuestra merced a su salud por aora, que me parece que deue de estar demasiadamente cansado, si ya no es que esta mal ferido. Ferido no, dixo don Quixote, pero molido y quebrantado no ay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldan, me ha molido a palos con el tróco de vna enzina, y todo de embidia, porque ve q̄ yo solo soy el opuesto de sus valétias: mas no me llamaria yo Reynaldos de Montaluan, si en leuantandome deste lecho no me lo pagare, a pesar de todos sus encantamentos, y por aora trayganme de yantar, q̄ se que es lo que mas me hará al caso, y quedese lo del vengarme a mi cargo. Hizieronlo así, dieronle de comer, y quedose otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemò, y abrasò el ama quãtos libros auia en el corral, y en toda la casa: y tales deuieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archiuos, mas no lo permitio su suerte, y la pereza del escrutinador, y así se cumplio el refran en ellos, de que pagan a las vezes justos por pecadores. Vno de los remedios que el Cura y el Barbero dieron por entòces para el mal de su amigo, fue, q̄ le mudassen, y tapiassen el aposento de los libros, porque quando se leuantasse no los hallasse, quiza quitado la causa, cesaria el efeto: y que dixessen que vn encantador se los auia lleuado, y el aposento y todo, y así fue hecho con mucha presteza. De alli a dos dias se leuantò don Quixote, y lo primero que hizo, fue yr a ver sus libros: y como no hallaua el aposento donde le
auia

Primera parte de don

auia dexado, andaua de vna en otra parte buscando-
le. Llegaua adonde solia tener la puerta, y tentauala
con las manos, y boluia y reboluia los ojos por todo
sin dezir palabra: pero al cabo de vna buena pieça,
preguntò a su ama que hàzia que parte estaua el apo-
sento de sus libros. El ama que ya estaua bien aduer-
tida de lo que auia de responder, le dixo: Que apo-
sento, o q̄ nada busca vuestra merced, ya no ay apo-
sento, ni libros en esta casa, porq̄ todo se lo lleuò el
mesmo diablo. No era diablo, replicò la sobrina, si-
no vn encantador que vino sobre vna nube vna no-
che, despues del dia q̄ vuestra merced de aqui se par-
tio, y apeandose de vna sierpe en que venia caualle-
ro, entrò en el aposento, y nosc lo que se hizo dètro,
que acabo de poca pieça salio bolando por el texa-
do, y dexò la casa llena de humo, y quando acorda-
mos a mirar lo que dexaua hecho, no vimos libro,
ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien, a
mi y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal
viejo, dixo en altas voces, que por enemistad secre-
ta que tenia al dueño de aquellos libros, y aposento,
dexaua hecho el daño en aquella casa que despues
se veria: dixo tambié, que se llamaua el sabio Muña-
ton. Freston diria, dixo don Quixote. No se, respon-
dio el ama, si se llamaua Freston, o Fritò, solo se que
acabò en ton su nombre. Así es, dixo don Quixo-
te, que esse es vn sabio encantador, grande enemigo
mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes
y letras, que tengo de venir andando los tiem-
pos, a pelear en singular batalla con vn cauallero a
quien el fauorece, y se tengo de vencer, sin que el
lo pueda estoruar, y por esto procura hazerme to-
dos

dos los sinfaores que puede, y mandole yo, que mal podra el contradezir, ni euitar lo que por el cielo està ordenado. Quien duda de esso, dixo la sobrina, pero quien le mete a vuestra merced, señor tio, en estas pendencias, no serà mejor estar se pacifico en su casa, y no yrse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana, y bueluen tresquilados. O sobrina mia, respondió don Quixote, y quan mal que estás en la cuenta, primero que a mi me tresquilen, tendre peladas, y quitadas las barbas a quantos imaginaren tocarme en la punta de vn solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encedia la colera. Es pues el caso, q̄ el estuuo quinze dias en casa muy fofegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros deuancos, en los quales dias passò graciosissimos cuentos con sus dos compadres el Cura, y el Barbero: sobre que el dezia, que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo, era de caualleros andantes, y de que en el se refucitasse la caualleria andantesca. El Cura algunas vezes le contradezia, y otras concedia, porque sino guardaua este artificio, no auia poder aueriguarse con el. En este tiempo solicitò dō Quixote a vn labrador vezino suyo, hombre de bien (si es q̄ este titulo se puede dar al q̄ es pobre) pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dixo, tanto le persuadio, y prometio, q̄ el pobre villano se determinò de salirse cō el, y servirle de escudero. Deziale entre otras cosas dō Quixote, que se dispusiesse a yr con el de buena gana, porque tal vez le podia suceder auentura, que ganasse en quitame alla estas pajas, alguna Insula,
y le

Primera parte de don

y le dexasse a el por gouernador della. Cõ estas promessas, y otras tales, Sancho Pança, q̃ así se llamaua el labrador, dexó su muger, y hijos, y assentò por escudero de su vezino. Dio luego don Quixote orden en buscar dineros: y vendiendo vna cosa, y empeñando otra, y malbaratandolas todas, llegó vna razonable cantidad. Acomodose asimesmo, de vna rodela q̃ pidio prestada a vn su amigo, y pertrechado su rota zelada lo mejor que pudo, auisó a su escudero Sancho, del dia, y la hora que pensaua ponerse en camino, para que el se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargò que lleuasse alforjas: è dixo que si lleuaria, y que asimesmo pensaua llevar vn asno que tenia muy bueno, por q̃ el no estaua duecho a andar mucho a pie. En lo del asno reparò vn poco don Quixote, imaginando, si se le acordaua si algun cauallero andante, auia traydo escudero cauallero asnalmete, pero nunca le vino alguno a la memoria: mas cõ todo esto determinò que le lleuasse, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caualleria en auiendo ocasion para ello, quitandole el cauallo al primer descortes cauallero q̃ topasse. Proueyose de camisas, y de las demas cosas q̃ el pudo, conforme al consejo que el ventero le auia dado. Todo lo qual hecho, y cumplido, sin despedirse Pança de sus hijos, y muger; ni don Quixote de su ama, y sobrina, vna noche se salieron del lugar, sin que persona los viesse: en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuuieron por seguros de que no los hallarian, aunque los buscasen. Yua Sancho Pança sobre su jumêto como vn Patriarca, con sus alforjas, y su bota, y con mucho des-

seo

feo de verſe ya gouernador de la inſula que ſu amo le auia prometido. Acertò don Quixote a tomar la miſma derrota, y camino, que el que el auia tomado en ſu primer viaje, que fue por el campo de Mòtiel, por el qual caminaua con menos peſadumbre que la vez paſſada, porque por ſer la hora de la mañana, y herirles a ſollayo los rayos del ſol, no les fatigauan. Dixo en eſto Sancho Pança a ſu amo: Mire vueſtra merced, ſeñor cauallero andante, que no ſe le oluide lo que de la Inſula me tiene prometido, que yo la ſabre gouernar por grande que ſea. A lo qual le reſpòndio don Quixote: Has de ſaber amigo Sancho Pança, que fue coſtumbre muy vſada de los caualleros andantes antiguos, hazer Gouernadores a ſus eſcuderos, de las Inſulas, o Reynos que ganauan, y yo tengo determinado, de que por mi no falte tan agradecida vſança, antes pienſo auentajarme en ella: porque ellos algunas vezes, y quiçal las mas, eſperauan a que ſus eſcuderos fueſſen viejos, y ya deſpues de hartos de ſeruir, y de llevar malos dias, y peores noches, les dauan algun titulo de Conde, o por lo menos de Marques, de algun Valle, o Prouincia de poco mas a menos: pero ſi tu viues, y yo viuo, bien podria ſer que antes de ſeys dias ganaffe yo tal Reyno, que tuieſſe otros a el adherentes, que vinielſen de molde para coronarte por Rey de vno dellos. Y no lo tengas a mucho, que coſas, y calos acontecen a los tales caualleros, por modos tan nunca viſtos, ni penſados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. Deſſa manera, reſpòndio Sancho Pança, ſi yo fueſſe Rey por algun milagro

Primera parte de don

de los que vuestra merced dize, por lo menos Iuana Gutierrez, mi oy sfo, vendria a ser Reyna, y mis hijos infantiles. Pues quien lo duda, respondio don Quixote. Yo lo dudo, replicò Sancho Pança, porque tengo para mi, que aunque llouieffe Dios Reynos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la cabeça de Mari Gutierrez. Sepa señor, que no vale dos marauedis para Reyna, Condesa le caera mejor, y aun Dios, y ayuda. Encomiendolo tu a Dios Sancho, respondio don Quixote, que el le dara lo q̄ mas le conuenga; pero no apoques tu animo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser Adelantado. No hare señor mio, respondio Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabra dar todo aquello que me estè biẽ, y yo pueda llevar.

Cap. VIII. Del buensucesso que el valeroso don Quixote tuuo, en la espantable y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.



EN Esto descubrieron treinta, o quarenta molinos de viento que ay en aquel campo: y asì como don Quixote los vio, dixò a su escudero: La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo q̄ acertamos a desear. Porque ves alli amigo Sancho Pança, donde se descubren treynta, o pocos mas desaforados Gigantes con quien pienso hazer batalla, y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enri-

a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios, quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. Que Gigantes, dixo Sancho Pança? Aquellos que alli ves, respondió su amo, de los braços largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que alli se parecen no son Gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen braços, son las aspás, que bolteadas del viento, hazen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió don Quixote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son Gigantes, y si tienes miedo quitáte de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar có ellos en fiera, y desigual batalla. Y diziendo esto, dio de espuelas a su cauallo Rozinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daua, aduirtiendole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no Gigantes, aquellos que yua a acometer. Pero el yua tan puesto en que eran Gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaua de ver, aunque estaua ya bien cerca lo que eran, antes yua diziendo en voces altas: Non fuyades couardes y viles criaturas, que vn solo cauallero es el que os acomete. Leuantose en esto vn poco de viento, y las grandes aspás començaron a mouerse, lo qual visto por don Quixote, dixo: Pues aunque mouays mas braços que los del Gigante Briareo, me lo auays de pagar. Y en diziendo esto, y encomendandose de todo coraçon a su señora Dulcinea, pidiendole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lança en el ristre, arremetio

Primera parte de don

a todo el galope de Rozinante, y enuistio con el primero molino que estaua delante, y dandole vna lançada en el aspa, la boluio el viento con tanta furia, que hizo la lança pedaços, lleuandose tras sí al caualllo, y al cauallero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudio Sancho Pança a socorrerle, a todo el correr de su asno: y quando llegò, hallò que no se podia menear: tal fue el golpe que dio con el Rozinante. Valame Dios, dixo Sancho, no le dixes yo a vuestra merced que mirasse bien lo que hazia, que no eran sino molinos deviento, y no lo podia ignorar, sino quien lleuasse otros tales en la cabeça. Calla amigo Sancho, respondió don Quixote, que las cosas de la guerra, mas que otras estan sujetas a continua mudança: quanto mas que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston que me robò el aposento, y los libros, ha buelto estos Gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento; tal es la enemistad que me tiene, mas al cabo alcabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Pança, y ayudandole a leuantar, tornò a subir sobre Rozinante, que medio despaldado estaua: y hablando en la passada auentura, siguiéron el camino del puerto Lapice, porque alli dezia don Quixote, que no era posible dexar de hallarse muchas, y diuersas auenturas, por ser lugar muy passagero, sino que yua muy pesadoso por auerle faitado la lança, y diziendoselo a su escudero, le dixo: Yo me acuerdo auer leydo, que vn cauallero Español, llamado Diego Perez de Vargas, auindosele

en vna batalla rota la espalda, desgajò de vna enzina vn pesado ramo, o tronco, y con el hizo tales cosas aquel dia, y machacò tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y assi el como sus descendientes, se llamaron delde aquel dia en adelante, Vargas, y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera enzina, o roble que se me depare, pienso desgajar otro tróco, tal y tã bueno como aquel, que me imagino y pienso hazer con el tales hazañas, q̄ tu te tengas por bienafortunado, de auer merecido venir a verlas, y a ser testigo de cosas q̄ apenas podrá ser creydas. A la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo assi como vuestra merced lo dize, pero enderecese vn poco, que parece que va de medio lado, y deue de ser del molimiento de la cayda: Assi es la verdad, respondió don Quixote, y sino me quexo del dolor, es porque no es dado a los caualleros andantes, queixarse de herida alguna, aũque se le salgan las tripas por ella. Si esso es assi, no tengo yo q̄ replicar, respondió Sancho, pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se queixara quãdo alguna cosa le doliera. De mi se dezir, que me he de queixar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiendo tambien con los escuderos de los caualleros andantes, esso del no queixarse. No se dexò de reyr don Quixote, de la simplicidad de su escudero, y assi le delarò que podia muy bien queixarse, como, y quando quisiessse, sin gana, o con ella, que hasta entõces no auia leydo cosa en contrario en la orden de caualleria. Dixole Sancho, que mirasse que era hora de comer. Respondiole su amo, que por entonces no le hazia menester, que comiesse el quando se le

Primera parte de don

antojasse. Con esta licencia se acomodò Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y tacando de las alforjas lo que en ellas auia puesto, y ua caminando y comiendo detras de su amo, muy de espacio, y de quando en quando empinaua la bota con tanto gusto, que le pudiera embúdiar el mas regalado bodegonero de Malaga. Y en tãto que el yua de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaua de ninguna promessa que su amo le huuiesse hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las auenturas, por peligrosas que fuessen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre vnos arboles: y del vno dellos desgañò don Quixote vn ramo seco, que casi le podia seruir de lança, y puso en el el hierro que quitò de la que se le auia quebrado. Toda aquella noche no durmio don Quixote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que auia leydo en sus libros, quando los caualleros passauan sin dormir muchas noches en las florestas, y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la passò assi Sancho Pança, que como tenia el estomago lleno, y no de agua de chicoria, de vn sueño se la lleuò toda: y no fueran parte para despertarle (si su amo no le llamara) los rayos del sol que le dauan en el rostro, ni el canto de las aues, que muchas, y muy regozijadamente la venida del nueuo dia saludauan. Allevantarse dio vn tiento a la bota, y hallola algo mas flaca que la noche antes, y affligiose el coraçon, por parecerle que no lleuauan camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quixote, porque como esta dicho,

cho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del puerto Lapice, y a obra de las tres del dia le descubrieron. Aqui (dixo en viendole don Quixote) podemos hermano Sancho Pança, meter las manos hasta los codos, en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden, es canalla, y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme: pero si fueren caualleros, en ninguna manera te es licito, ni concedido por las leyes de caualleria que me ayudes, hasta q̄ seas armado cauallero. Por cierto señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacifico, y enemigo de meterme en ruydos, ni pendencias: bien es verdad, q̄ en lo q̄ tocare a defender mi persona, no tendre mucha cuenta cō estas leyes, pues las diuinas y humanas permiten, q̄ cada vno se defienda de quien quisiere agrauarle. No digo yo menos, respondió don Quixote, pero en esto de ayudarme contra caualleros, has de tener a raya tus naturales imperus. Digo q̄ assi lo hare, respondió Sancho, y que guardare esse precepto, tan bien como el dia del Domingo. Estãdo en estas razones, asomaron por el camino dos frayles de la ordē de S. Benito, caualleros sobre dos Dromedarios, q̄ no erã mas pequeñas dos mulas en q̄ venian. Traian sus antojos de camino, y sus quitasoles. Detras dellos venia vn coche, con quatro, o cinco de a cavallo que le acompañauan, y dos moços de mulas a pie. Venia en el coche, como despues se supo, vna señora Vizcayna,

Primera parte de don

que yua á Seuilla donde estaua su marido, que passa-
ua a las Indias con vn muy honroso cargo. No ve-
nian los frayles cõ ella, aunque yua el mesmo cami-
no. mas a penas los diuisó don Quixote, quando di-
xo a su escudero: O yo me engaño, o esta ha de ser la
mas famosa auentura que se aya visto, porque aque-
llos bultos negros que alli parecen, deuen de ser, y
son sin duda algunos encantadores, que lleuan hur-
tada alguna Princesa en aquel coche, y es menester
deshazer este tuerto a todo mi poderio. Peor será
esto que los molinos de viento, dixo Sancho: Mire
señor, que aquellos son frayles de san Benito, y el co-
che deue de ser de alguna gēte passagera. Mire que
digo, que mire bien lo que haze, no sea el diablo q̃
le engañe. Ya te he dicho Sancho, respondió don
Quixote, que sabes poco de achaque de auenturas,
lo que yo digo es verdad, y aora lo veras: y dizien-
do esto se adelantò, y se puso en la mitad del cami-
no por donde los frayles venian, y en llegando tan
cerca, que a el le pareció que le podriá oyr lo que di-
xesse, en alta voz dixo: Gente endiablada, y desco-
munal, dexad luego al punto las altas Princesas que
en esse coche lleuays forçadas, sino aparejaos a rece-
bir presta muerte, por justo castigo de vuestras ma-
las obras. Detuieron los frayles las riendas, y que-
daron admirados, assi de la figura de don Quixote,
como de sus razones, a las quales respondieron: Se-
ñor cauallero, nosotros no somos endiablados, ni
descomunales, sino dos religiosos de S. Benito, que
vamos nuestro camino, y no sabemos si en este co-
che vienen, o no, ningunas forçadas Princesas. Para
conmigo no ay palabras bládas, q̃ ya yo os conozco
femen-

fementida canalla, dixo don Quixote, y sin esperar mas respuesta picò a Rozinãte, y la lança baxa arremetio contra el primero frayle, con tãta furia y denuedo, que si el frayle no se dexara caer de la mula, el le hiziera venir al suelo mal de su grado, y aùn mal ferido, sino cayera muerto. El segundo religioso q̄ vio del modo que tratauan a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y començò a correr por aquella campaña, mas ligero que el mismo viento. Sancho Pança, que vio en el suelo al frayle, apeandose ligeramente de su asno, arremetio a el, y le començò a quitar los habitos. Llegarò en esto dos moços de los frayles, y preguntaronle, que porque le desnudaua? Respondioles Sancho, que aquello le tocaua a el legitimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quixote auia ganado. Los moços que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, ni batallas, viendo que ya don Quixote estaua desuiado de alli, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con el en el suelo, y sin dexarle pelo en las barbas, le molieron a cozes, y le dexaron tendido en el suelo, sin aliento, ni sentido: y sin detenerse vn pùto, tornò a subir el frayle, todo temeroso, y acobardado, y sin color en el rostro: y quãdo se vio a cauallo, picò tras su compañero, que vn buen espacio de alli le estaua aguardando, y esperando en q̄ paraua aquel sobrefalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel començado suceso, siguieron su camino, haziendose mas cruces que si llevaran al diablo a las espaldas. Don Quixote estaua como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diziendole: La vuestra

Primera parte de don

fermosura señora mia, puede fazer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberuia de vuestros robadores yaze por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo: y porque no peneys por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quixote de la Mancha, cauallero andante, y auenturero, y cautiuo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mi auays recebido, no quiero otra cosa, sino que boluays al Toboso, y que de mi parte os presenteys ante esta señora, y le digays lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que don Quixote dezia, escuchaua vn escudero de los que el coche acompañauan, que era Vizcayno, el qual viendo que no queria dexar passar el coche adelante, sino que dezia que luego auia de dar la buelta al Toboso, se fue para don Quixote, y asiendole de la lança, le dixo en mala lengua Castellana, y peor Vizcayna, desta manera: Anda cauallero, que mal andes, por el Dios que criome, que sino dexas coche, asì te matas como estas ahì Vizcayno. Entendiole muy bien don Quixote, y con mucho sosiego le respondió: Si fueras cauallero como no lo eres, ya yo huiera castigado tu sandez, y atreuimiento, cautiuo criatura. A lo qual replicò el Vizcayno: Yo no cauallero: Iuro a Dios tan mientes como Christiano. Si lança arrojas, y espada facas, el agua quan presto veràs que al gato lleuas: Vizcayno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira li otra dizes cosa. Aora lo veredes dixo Agrages, respondió don Quixote, y arrojando la lança en el suelo, sacò su espada, y embraçò

braçò su rodela, y arremetio al Vizcayno, con determinacion de quitarle la vida. El Vizcayno que assi le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no auia que fiar en ella, no pudo hazer otra cosa, sino sacar su espada: pero auinole bien, que se hallò junto al coche, de donde pudo tomar vna almohada que le siruio de escudo, y luego se fueron el vno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque dezia el Vizcayno en sus mal trauadas razones, que sino le dexauan acabar su batalla, que el mismo auia de matar a su ama, y a toda la gente que se lo estoruasse. La señora del coche, admirada, y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desuïasse de alli algun poco, y desde lexos se puso a mirar la rigurosa contienda: en el discurso de la qual, dio el Vizcayno vna gran cuchillada a don Quixote encima de vn ombro, por encima de la rodela, que a darle la sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quixote que sintio la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dio vna gran voz, diciendo: O señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro cauallero, que por satisfazer a la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El dezir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcayno, todo fue en vn tiempo, lleuando determinacion de auenturarlo todo a la de vn solo golpe. El Vizcayno que assi le vio venir contra el, bien entendio por su desnudo su coraje, y determinò de hazer lo mesmo que don Quixote: y assi le aguardò bien cubierto
de su

Primera parte de don

de su almohada, sin poder rodear la mula a vna, ni a otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha a semejantes niñerías, no podia dar vn passo. Venia pues, como se ha dicho, don Quixote contra el cauto Vizcayno, con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio: y el Vizcayno le aguardaua ansí mesmo, leuantada la espada, y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estauan temerosos, y colgados de lo que auia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazauan, y la señora del coche, y las demas criadas suyas, estauã haciendo mil votos, y ofrecimientos a todas las imagenes, y casas de deuocion de España, porque Dios librasse a su escudero, y a ellas, de aquel tan grande peligro en que se hallauan. Pero estã el daño de todo esto, que en este punto, y termino, dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpandose, que no hallò mas escrito destas hazañas de don Quixote, de las que dexa referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra, no quiso creer que tan curiosa historia estuuiesse entregada a las leyes del oluido, ni que huuiessen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuuiessen en sus archiuos, o en sus escritorios, algunos papeles que deste famoso cauallero tratassen, y así con esta imaginacion, no se desesperò de hallar el fin desta apazible historia, el qual siendole el cielo favorable, le hallò del modo que se

contarã en la segun-

dã Parte.



SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO

Hidalgo don Quixote de
la Mancha.

*Cap. IX. Donde se concluye y da fin a la es-
tupenda batalla que el gallardo Vizcay-
no, y el valiente Manchego tuvieron.*



EXAMOS En la prime-
ra parte desta historia, al va-
leroso Vizcayno, y al fámo-
so don Quixote, con las espa-
das altas, y desnudas, en guisa
de descargar dos furibundos
fedientes, tales que si en lleno
se acertauan, por lo menos se
diuidiriã, y fenderiã de arriba

a baxo, y abririã como vna granada: y q̄ en aquel pũ-
to tan dudoso parò, y quedò destroncada tan sabrosa
historia, sin que nos dieffe noticia su autor donde se
podria hallar lo q̄ della faltaua. Causome esto mu-
cha pesadumbre, porq̄ el gusto de auer leydo tan po-
co, se boluia en disgusto, de pensar el mal camino
que se ofrecia, para hallar lo mucho q̄ a mi parecer
falta-

Segunda parte de don

faltaua de tan sabroso cuento. Pareciome cosa imposible, y fuera de toda buena costumbre, que a tã buen cauallero le huuiesse faltado algun sabio que tomara a cargo el escriuir sus nunca vistas hazañas, cosa q̄ no faltò a ninguno de los caualleros andãtes, de los que dizen las gentes que van a sus aventuras, porque cada vno dellos tenia vno, o dos sabios como de molde, que no solaméte escriuiã sus hechos, sino que pintauan sus mas minimos pensamientos, y niñerías, por mas escondidas que fuesen. Y no auia de ser tan desdichado tan buen cauallero, q̄ le faltasse a el lo que sobrò a Platir, y a otros semejantes. Y assi no podia inclinarme a creer q̄ tan gallarda historia huuiesse quedado manca, y estropeada, y echaua la culpa a la malignidad del tiempo, deuorador, y cõsumidor de todas las cosas: el qual, o la tenia ocul ta, o consumida. Por otra parte me parecia, q̄ pues entre sus libros se auian hallado tan modernos como Desengaño de zelos, y Ninfas, y pastores de Henares, que tambien su historia deuia de ser moderna, y que ya q̄ no estuiesse escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea, y de las a ella circunuezinas. Esta imaginacion me traia confuso, y desseoso de saber real, y verdaderaméte, toda la vida, y milagros de nuestro famoso Español don Quixote de la Mancha, luz, y espejo de la caualleria Manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo, y exercicio de las andantes armas: y al de desfazer agrauios, focorrer biudas, amparar donzellas, de aquellas que andauan con sus açotes, y palafrenes, y con toda su virginidad acueitas, de monte en monte, y de valle

en va-

en valle: que lino era que algun follon, o algun villano de acha, y capellina, o algun descomunal Gigante las forçaua, donzella huuo en los passados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmio vn dia debaxo de texado, se fue tan entera a la sepultura, como la madre que la auia parido. Digo pues, que por estos, y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quixote, de cõtinuas y memorables alabanças: y aun a mi no se me deuen negar, por el trabajo, y diligencia que puse, en buscar el fin desta agradable historia. Aunque bien se, q̃ si el cielo, el cato, y la fortuna no, me ayudaran, el mundo quedarà falto, y sin el passatiempo, y gusto q̃ bien casi dos horas podra tener, el que con atencion la leyere. Passò pues el hallarla en esta manera.

Estando yo vn dia en el Alcana de Toledo, llegò vn muchacho a vender vnos cartapacios, y papeles viejos a vn ^{escudero}, y como soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion, tomè vn cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caracteres que conosci ser Arauigos. Y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduue mirando si parecia por alli algun Morisco Aljamiado que los leyesse: y no fue muy dificultoso hallar interprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor, y mas antigua lengua le hallara. En fin la fuer te me deparò vno, que diziendole mi desseo, y poniendole el libro en las manos, le abrio por medio, y leyendo vn poco en el, se començò a reyr. Preguntele, que de que se reia? y respondiome, que de vna cosa que tenia aquel libro escrita en el

margen

+
deve decir
sedero

Segunda parte de don

margen por anotacion. Dixele que me la dixesse, y el fin dexar la rifa, dixo: Està, como he dicho, aqui en el margen escrito esto: Esta Dulcinea del Toboso, tantas vezes en esta historia referida, dicen que tuuo la mejor mano para salar puercos, que otra muger de toda la Mancha. Quando yo ohi dezir Dulcinea del Toboso, quedè atonito, y suspenso, porque luego se me representò que aquellos cartapacios contenian la historia de don Quixote. Con esta imaginacion, le di priessa que leyesse el principio: y haziendolo asì, boluiendo de improuiso el Arauigo en Castellano, dixo que dezia: Historia de don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador Arauigo. Mucha discrecion fue menester para disimular el contèto que recebi, quando llegò a mis oydos el titulo del libro: y saltandosele al sedero, comprè al muchacho todos los papeles, y cartapacios, por medio real: que si el tuuiera discrecion, y supiera lo que yo los desseaua, bien se pudiera prometer, y llevar mas de seys reales de la compra. Aparteme luego con el Morisco, por el claustro de la Iglesia mayor, y roguete me boluiesse aquellos cartapacios, todos los que tratauan de don Quixote, en lengua Castellana, sin quitarles, ni añadirles nada, ofrecièdole la paga que el quisiesse. Contètofe cò dos arrobas de passas, y dos fanegas de trigo, y prometio de traduzirlos bien, y fielmente, y cò mucha breuedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo, le truxe a mi cala, donde en poco mas de mes y medio la traduxo toda, del mesmo modo que aqui se refiere. Estaua en el primero cartapacio pintada

muy

muy al natural la batalla de don Quixote con el Vizcayno, puestos en la mesma postura que la historia cuenta, leuantadas las espadas, el vno cubierto de su rodela, el otro de la almohada: y la mula del Vizcayno tan al vigo, que estaua mostrádo ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenia a los pies escrito el Vizcayno vn titulo que dezia: Dō Sancho de Azpetia, que sin duda deuia de ser su nombre: y a los pies de Rozinante estaua otro que dezia: Don Quixote. Estaua Rozinante marauillosamente pintado, tan largo, y tendido, tan atenuado, y flaco, con tanto espinazo, tã etico confirmado, que mostraua bien al descubierto con quanta aduertencia y propiedad, se le auia puesto el nombre de Rozinante. Junto a el estaua Sancho Pãça, que tenia del cabestro a su asno: a los pies del qual estaua otro retulo, que dezia: Sancho Çancas, y deuia de ser, que tenia a lo que mostraua la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las çancas largas: y por esto se le deuio de poner nombre de Pança, y de çancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas vezes la historia. Otras algunas menudencias auia que aduertir, pero todas son de poca importancia, y que no hazen al caso a la verdadera relaciõ de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si a esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podra ser otra, sino auer sido su autor Arauigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos: aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender auer quedado falto en ella que demasiado. Y assi me parece a mi, pues quando pudiera, y deuiera estender la pluma, en las alabanças de tan buen cauallero.

Segunda parte de don

parece que de industria las passa en silencio. Cosa mal hecha, y peor pensada, auiendo, y deuiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interes, ni el miedo, el rancor, ni la aficion, no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia emula del tiempo, deposito de las acciones, testigo de lo pasado, exemplo, y auiso de lo presente, aduertencia de lo por venir. En esta se que se hallará todo lo q se acertare a desear en la mas apazible: y si algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin su segunda parte, siguiendo la traduccion, començaua desta manera.

Puestas, y leuantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estauan amenazando al cielo, a la tierra, y al abismo; tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fue a descargar el golpe, fue el colerico Vizcayno: el qual fue dado con tanta fuerça, y tanta furia, que a no boluersele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda, y a todas las auenturas de nuestro cauallero: mas la buena suerte que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo, que aunque le acertò en el ombro yzquierdo, no le hizo otro daño que defarmarle todo aquel lado, lleuandole de camino gran parte de la zelada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruyna vino al suelo, dexandole muy mal trecho. Valame Dios, y quien será aquel que buenamente pueda contar

hora

aora, la rabia que entrò en el coraçon de nuestro Manchego, viendose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fue de manera, que se alçò de nueuo en los èstribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargò sobre el Vizcayno, acertandole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeça, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre el vna montaña, començo a echar sangre por las narizes, y por la boca, y por los oydos, y a dar muestras de caer de la mula a baxo, de donde cayera sin duda, sino se abraçara cò el cuello: pero con todo esto sacò los pies de los èstribos, y luego soltò los braços, y la mula espátada del terrible golpe, dio a correr por el cãpo, y a pocos corcobos dio con su dueño en tierra. Estaua felo con mucho fofsiego mirando don Quixote: y como lo vio caer, saltò de su cauallo, y con mucha ligereza se llegó a el, y poniendole la pûta de la espada en los ojos, le dixo que se rindieffe, sino que le cortaria la cabeça. Estaua el Vizcayno tan turbado, que no podia responder palabra, y el lo passara mal, segun estaua ciego don Quixote, si las señoras del coche, q̄ hasta entonces con gran desmayo auian mirado la pendencia, no fueran adonde estaua, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hizieffe tan gran merced, y fauor, de perdonar la vida a aquel su escudero. A lo qual don Quixote respondió, con mucho entono, y grauedad: Por cierto fermosas señoras, yo soy muy contento de hazer lo que me pedis, mas ha de ser con vna condicion y concierto: y es, que este cauallero me ha de prometer de yr al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte,

Segunda parte de don

ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga del lo que mas fuere de su voluntad. La temerosa, y desconsolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quixote pedia, y sin preguntar quien Dulcinea fue fe, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fé de esta palabra, yo no le hare mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

Cap. X. De lo que mas le auino a don Quixote con el Vizcayno, y del peligro en que se vio con vna turba de langüeses.



A En este tiempo se auia levantado Sancho Pança, algo maltratado de los moços de los frayles, y auia estado atento a la batalla de su señor don Quixote, y rogaua a Dios en su curaçon, fuese seruido de darle vitoria, y que en ella ganasse alguna Infula de donde le hiziesse Gouvernador, como se lo auia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo boluia a subir sobre Rozinante, llegó a tenerle el estribo: y antes que subiesse se hincò de rodillas delante del, y asiendole de la mano se la besò, y le dixo: Sea vuestra merced seruido, señor don Quixote mio, de darme el gouerno de la Infula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerças de saberla gouernar, tal, y tambien, como otro que aya gouernado Infulas en el mundo. A lo qual respondio don Quixote, aduertid hermano Sancho, que esta auentura, y las a estas semejates,

no son auenturas de Insulas, sino de encruzijadas, en las quales no se gana otra cosa q̄ sacar rota la cabeça, o vna oreja menos. Tened paciencia, que auenturas se ofreceran donde no solamente os pueda hazer Governador, sino mas adelante. Agradeciofelo mucho Sancho, y besandole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayudò a subir sobre Rozinante, y el subio sobre su asno, y començò a seguir a su señor, q̄ a passo tirado, sin despedirse, ni hablar mas con las del coche, se entrò por vn bosque que allí junto estaua. Seguale Sancho, a todo el trote de su jumento: pero caminaua tanto Rozinante, q̄ viendo se quedar atras, le fue forçoso dar voces a su amo, q̄ se aguardasse. Hizolo assi don Quixote, tenièdo las riendas a Rozinante, hasta que llegasse su cansado escudero, el qual en llegando le dixo: Pareceme señor, q̄ seria acertado yrnos a retrair a alguna Iglesia, que segun quedò mal trecho aquel con quien os còbatistes, no serà mucho que den noticia del caso a la santa Hermandad, y nos prendan: y a fe que si lo hazen, que primero que salgamos de la carcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dixo don Quixote, y donde has visto tu, o leydo jamas, que cauallero andate aya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que huuiesse cometido. Yo no se nada de omeillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté a ninguno: solo se que la santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en effotro no me entremeto. Pues no tengas pena amigo, respondió don Quixote, que yo te sacarè de las manos de los Caldeos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has tu visto mas vale-

Segunda parte de don

roso cauallero que yo, en todo lo descubierto de la tierra? Has leydo en historias otro que tenga, ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leydo ninguna historia jamas, porque ni se leer, ni se feruir: mas lo que osaré apostar, es, que mas atreuido amo que vuestra merced, yo no le he seruido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atreuimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced, es que se cure, que le va mucha sangre de essa oreja, que aqui traygo hilas, y vn poco de vnguento blanco en las alforjas. Todo esso fuera bien escusado, respondió don Quixote, si a mi se me acordara de hazer vna redoma del balfamo de Fierabras, que con sola vna gota, se ahorraran tiempo, y medicinas. Que redoma, y que balfamo es esse, dixo Sancho Pança? Es vn balfamo, respondió don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no ay que tener temor a la muerte, ni ay pensar morir de ferida alguna. Y assi, quando yo le haga, y te le de, no tienes mas que hazer, sino que quando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas vezes suele acontecer): bonitamente la parte del cuerpo que huuiere caydo en el suelo, y có mucha sotileza, antes que la sangre se yele, la pondras sobre la otra mitad que quedare en la silla, aduirtiendo de encaxallo y igualmente, y al justo. Luego me darás a beuer solos dos tragos de balfamo que he dicho, y verasme quedar mas sano que vna mançana. Si esso ay, dixo Pança,

yo renuncio desde aqui el gouerno de la prometi-
da Infula, y no quiero otra cosa en pago de mis mu-
chos, y buenos seruicios, sino que vuestra merced
me de la receta de esse estremado licor, que para mi
tengo q̄ valdra la onça adonde quiera, mas de a dos
reales, y no he menester yo mas, para passar esta vi-
da honrada, y descansadamēte. Pero es de saber aora,
si tiene mucha costa el hazelle? Cō menos de tres
reales se pueden hazer tres azumbres, respōdio dō
Quixote. Pecador de mi, replicò Sancho, pues a q̄
aguarda vuestra merced a hazelle, y a enseñarmele?
Calla amigo, respondiò don Quixote, que mayores
secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes ha-
zerte: y por aora curemonos, que la oreja me duele
mas de lo q̄ yo quisiera. Sacò Sancho de las alforjas
hilas y vnguento: mas quando don Quixote llegò a
ver rota su zelada, pēsò perder el juyzio, y puesta la
mano en la espada, y alçando los ojos al cielo, dixo:
Yo hago juramento al criador de todas las cosas, y
a los santos quatro Euangelios, donde mas largamē-
te estã escritos, de hazer la vida q̄ hizo el grãde Mar-
ques de Mantua, quando jurò de vengar la muerte
de su sobrino Valdouinos; q̄ fue, de no comer pã a mã-
teles, ni con su muger folgar, y otras cosas, que aun-
que dellas no me acuerdo, las doy aqui por expres-
sadas, hasta tomar entera vengança del que tal defa-
guifado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: Ad-
uierta vuestra merced, señor dō Quixote, q̄ si el ca-
uallero cumplió lo q̄ se le dexò ordenado, de yrse a
presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya
aora cūplido con lo q̄ deuia, y no merece otra pena,
sino comete nueuo delito. Has hablado, y apuntado

Segunda parte de don

muy bien, respondió don Quixote, y así anulo el juramento, en quanto lo que toca a tomar del nueva vengança: pero hagole, y confirmole de nuevo; de hazer la vida que he dicho, hasta tãto que quite por fuerça otra zelada, tal, y tan buena como esta, a algũ cauallero. Y no pienses Sancho, que así a humo de pajas hago esto, que bien tengo a quien imitar en ello, que esto mesmo passò al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costò a Sacripante. Que dè al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicò Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuizio de la conciencia. Sino digame aora, si a caso en muchos dias no topamos hombre armado con zelada, q̄ hemos de hazer, ha se de cumplir el juramẽto, a despecho de tãtos inconuenientes, è incomodidades, como serà el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramẽto de aquel loco viejo del Marques de Mantua, q̄ vuestra merced quiere reualidar aora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros, y carreteros, q̄ no solo no traen zeladas, pero quiza no las han oydo nõbrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esso, dixo don Quixote, porque no auremos estado dos horas por estas encruzijadas, quando veamos mas armados que los que vinierõ sobre Albraca, a la cõquista de Angelica la Bella. Alto pues, sea así, dixo Sancho, y a Dios prazga que nos suceda bien, y que se lleque ya el tiempo de ganar esta Infula q̄ tan cara me cuesta, y muerame yo luego. Ya te he dicho Sancho, que no te de esso cuydado alguno, q̄ quãdo
falta

faltare Infula, ai està el Reyno de Dinamarca, o el de Sobradisa, que te vendran como anillo al dedo, y mas q̄ por ser en tierra firme te deues mas alegrar. Pero dexemos esto para su tiépo, y mira si traes algo en essas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde aloxemos esta noche, y hagamos el balsamo que te he dicho, porque yo te voto a Dios, que me va doliendo mucho la oreja. Aqui trayo vna cebolla, y vn poco de queso, y no se quantos mendrugos de pan, dixo Sancho, pero no son manjares que pertenecera tan valiente cauallero como vuestra merced. Que mal lo entiendes, respondió don Quixote: hagote saber Sancho, que es honra de los caualleros andantes, no comer en vn mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas a mano: y esto se te hiziera cierto, si huuieras leydo tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caualleros andantes comiessen, sino era a caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hazian, y los demas dias se los passauan en flores. Y aunque se dexa entender, que no podía passar sin comer, y sin hazer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entéder tambien, que andádo lo mas del tiempo de su vida por las florestas, y despoblados, y sin cozinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rusticas, tales como las que tu agora me ofreces. Así que Sancho amigo, no te congoje lo que a mi me da gusto, ni querras tu hazer múdo nueuo, ni facar la caualleria andáte de sus quicios. Perdoneme vuestra merced, dixo Sancho,

Segunda parte de don

que como yo no se leer, ni escreuir, como otra vez he dicho, no se ni he caydo en las reglas de la profesion caualleresca, y de aqui adelante yo prouere las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra merced, que es cauallero: y para mi la prouere, pues no lo soy, de otras cosas bolatiles, y demas sustancia. No digo yo, Sancho, replicò don Quixote, que sea forçoso a los caualleros andantes, no comer otra cosa sino essas frutas que dizes, sino que su mas ordinario sustento deuia de ser dellas, y de algunas yeruas que hallauan por los campos, que ellos conoçian, y yo tambien conozco. Virtudes, respondió Sancho, conocer essas yeruas, que segun yo me voy imaginando, algun dia serà menester vsar de esse conoçimiento. Y sacado en esto, lo que dixo que trahia, comieron los dos en buena paz, y compañía. Pero desseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha breuedad su pobre, y seca comida. Subieron luego a cauallo, y dieronse prisa por llegar a poblado antes que anocheçiese: pero faltoles el sol, y la esperança de alcançar lo que desseauã, junto a vnas choças de vnos cabreros, y así determinaron de passarla alli: que quanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar a poblado, fue de contento para su amo, dormirle al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hazer vn acto possessiuo que facilitaua la prueua de su caualleria.

(?)

Cap. XI. De lo que le sucedio a don Quixote con vnas
cabreros.

Fue recogido de los cabreros con buen
animo, y auiendo Sancho, lo mejor q̄ pu
do, acomodado a Rozináte, y a su jumē-
to, se fue tras el olor que despedian de si
ciertos rassaos de cabra, q̄ hiruiendo al fuego en vn
caldero estauan, y aunq̄ el quisiera en aquel mesmo
punto, ver si estauan en sazón de trasladarlos del cal-
dero al estomago, lo dexò de hazer, porque los ca-
breros los quitaron del fuego, y tendiēdo por el sue-
lo vnas pieles de auejas, aderezarõ con mucha pries-
ta su rustica mesa, y combidaron a los dos, con muef-
tras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sen-
taronse a la redonda de las pieles seys dellos, q̄ eran
los q̄ en la majada auia: auiendo primero cõ grosse-
ras ceremonias rogado a don Quixote q̄ se sentasse
sobre vn dornajo q̄ buelto del reues le pusierõ. Sen-
tose don Quixote, y quedauase Sancho en pie para
seruirle la copa, q̄ era hecha de cuerno. Viendole en
pie su amo, le dixo: Porque veas Sancho el bien que
en siencierra la andante caualleria, y quan a pique
están los que en qualquiera ministerio della se exer-
citan, de venir breuemente a ser honrados, y esti-
mados del mundo, quiero que aqui a mi lado, y en
compañia desta buena gente te sientes, y que seas
vna misma cosa conmigo, que soy tu amo, y natural
señor, que comas en mi plato, y beuas por donde yo
beuiere: porque de la caualleria andãte se puede de-
zir lo mesmo que del Amor se dize, que todas las co-
sas y guala. Gran merced, dixo Sãcho, pero se dezir
a vuest-

Segunda parte de don

a vuestra merced, que como yo tuuiesse bien de comer, tan bien, y mejor me lo comeria en pie, y a mis solas, como sentado a par de vn Emperador. Y aun si va a dezir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon, sin melindres, ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipauos de otras mesas donde me sea forçoso mascar despacio, beuer poco, limpiarme a menudo, no estornudar, ni toser si me viene gana, ni hazer otras cosas que la soledad, y la libertad traen consigo. Asi que señor mio, estas horas que vuestra merced quiere darme, por ser ministro, y aderente de la caualleria andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conuertalas en otras cosas que me sean de mas comodo, y prouecho que estas (aunque las doy por bien recibidas) las renuncio para desde aqui al fin del mundo. Con todo esto te has de sentar, porque a quien se humilla Dios le ensalça, y asiendole por el brazo, le forçò a que junto a el se sentasse. No entendian los cabreros aquella gerigonça de escuderos, y de caualleros andantes, y no hazia otra cosa que comer y callar, y mirar a sus huespedes, que con mucho donayre y gana embaulauan tassajo como el puño. Acabado el seruicio de carne, tendieron sobre las zalcas gran cantidad de bellotas auellanadas, y juntamente pusieron vn medio queso, mas duro que si fuera hecho de argamassa. No estaua en esto ocioso el cuerno, porque andaua a la redonda tan a menudo (ya lleno, ya vazio) como arcaduz de noria, que cò facilidad vazio vn zaque, de dos que estauan de manifesto. Despues que don Quixote huuo bien satisfecho su estomago, tomò vn puño de bellotas en la mano, y miran-

dolas

dolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones: Dichosa edad, y siglos dichosos, aquellos a quíe los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcanzasse en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella viuián, ignorauán estas dos palabras de Tuyo, y mio. Erá en aquella santa edad todas las cosas comunes, a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo, que alçar la mano, y alcanzarle de las robustas enzinas, que liberalmente les estauan combidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los arboles, formauan su republica las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a qualquiera mano, sin interes alguno, la fertil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio q̄ el de su cortesía, sus anchas y liuianas cortezas, con q̄ se comenzó a cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas q̄ para defenſa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se auia atreuido la pesada reja del corbo arado a abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forçada ofrecia por todas las partes de su fertil, y espacioso seno, lo que pudiesse hartar, sustentár, y deleytar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí, que andauan las simples, y hermosas çagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trença, y en cabello, sin mas vestidos
de

Segunda parte de don

de aquellos que eran menester para cubrir honestamente, lo que la honestidad quiere, y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que aora se vsan, a quien la purpura de Tyro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos, y yedra, entretexidas, con lo que quiza yuan tan pompofas, y compuestas, como van aora a nuestras cortelanas, có las raras y peregrinas inuenciones, que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decorauan los concetos amorosos del alma, simple, y senzillamente, del mesmo modo, y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No auia la fraude, el engaño, ni la malicia, mezclandose con la verdad, y llaneza. La justicia se estaua en sus propios terminos, sin que la ofassen turbar, ni ofender los del fauor, y los del interesse, que tanto aora la menoscaban, turban, y persiguen. La ley del encaxe, aun no se auia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no auia que juzgar, ni quien fuesse juzgado. Las donzellas, y la honestidad andauan como tengo dicho, por donde quiera, sola, y señora, sin temor que la agena desemboltura, y lasciuo intento le menoscabassen, y su perdicion nacida de su gusto, y propia voluntad. Y aora en estos nuestros detestables siglos, no està segura ninguna, aunque la oculte, y cierre otro nueuo laberinto como el de Creta, porque alli por los resquicios, o por el ayre, con el zelo de la maldita sollicitud, se les entra la amorosa pestilencia, y les haze dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los
tiem.

tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyò la orden de los caualleros andantes, para defender las donzellas, amparar las biudas, y socorrer a los huérfanos, y a los menesterosos. Desta orden soy yo hermanos cabreros, a quien agradezco el agasajo, y buen acogimiéto que hazeys a mi, y a mi escudero: que aunque por ley natural, estan todos los q̄ viuen obligados a fauorecer a los caualleros andantes, toda via, por saber que sin saber vosotros esta obligacion, me acogistes, y regalastes, es razon, que con la voluntad a mi posible, os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (q̄ se pudiera muy bien escusar) dixo nuestro cauallero, porq̄ las bellotas que le dieron, le truxeron a la memoria la edad dorada: y antojosele hazer aquel inutil razonamiento a los cabreros, q̄ sin respondelle palabra, embobados, y suspensos le estuieron escuchando. Sancho, asimismo callaua, y comia bellotas, y visitaua muy a menudo el segundo zaque, que porq̄ se enfriasse el vino, le tenian colgado de vn alcornoque. Mas tardò en hablar don Quixote, que en acabarse la cena: al fin de la qual, vno de los cabreros dixo: Para que con mas veras pueda vuestra merced dezir, señor cauallero andante, q̄ le agasajamos có prompta, y buena voluntad, queremos darle solaz y contento, con hazer que cante vn compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aqui: el qual es vn zagal muy entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer, y escreuir, y es musico de vn rabel, que no ay mas que desfiar. Apenas auia el cabrero acabado de dezir esto, quando llegò a sus oydos el son del rabel, y de alli a poco llegò el q̄ le tañia, que era vn

moço

Segunda parte de don

moço de hasta veynte y dos años, de muy buena gracia. Preguntaronle sus compañeros, si auia cenado, y respondiendo que si, el que auia hecho los ofrecimientos, le dixo: De essa manera Antonio, bien podras hazernos plazer de catar vn poco, porque vea este señor huésped, que tenemos quien tambien por los montes, y seluas ay quien sepa de musica. Hemosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres, y nos saques verdaderos: y así te ruego, por tu vida, que te sientes y cantes el Románcé de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me plaze, respondió el moço, y sin hazerse mas de rogar, se sentò en el tronco de vna desmochada enzina, y templando su rabel, de alli a poco con muy buena gracia, començò a cantar, diziendo desta manera.

ANTONIO.

Y O se Olalla que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho,
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amorios.
Porque se que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fue desdichado
Amor que fue conocido.
Bien es verdad, que tal vez
Olalla, me has dado indicio,

Quixote de la Mancha.

41

Que tienes de bronze el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas alla entre tus reproches,
Y honestissimos desuios,
Tal vez la esperanca muestra
La orilla de su vestido.
Abalançase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesia,
De la que tienes colijo,
Que en fin de mis esperanças,
Ha de ser qual imagino.
Y si son seruicios parte
De hazer vn pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalezan mi partido.
Porque si has mirado en ello,
Mas de vna vez auras visto,
Que me he vestido en los Lunes,
Lo que me honraba el Domingo.
Como el amor, y la gala
Andan vn mesmo camino,
En todo tiempo a tus ojos
Quise mostrarme polido.

F

Dixo

Segunda parte de don
Dexo el baylar por tu causa,
Ni las músicas te pinto,
Que has escuchado a deshoras,
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanzas,
Que de tu belleza he dicho,
Que aunque verdaderas, hazen,
Ser yo de algunas mal quisto.
Teresa del Berrocal,
Yo alabandote, me dixo,
Tal piensa que adora vn Angel,
Y viene a adorar a vn gimio.
Merced a los muchos dices,
Y a los cabellos postizos,
Y a hipocritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.
Desmentila, y enojose,
Boluio por ella su primo,
Desafíome, y ya sabes
Lo que yo hize, y el hizo.
No te quiero yo a monton,
Ni te pretendo, y te siruo,
Por lo de barraganía,
Que mas bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo,

*Pon tu cuello en la gamella,
Veras como pongo el mio.*

*Donde no, desde aqui juro
Por el santo mas bendito,
De no salir destas sierras,
Sino para Capuchino.*

CON Esto dio el cabrero fin a su canto, y aunque don Quixote le rogò que algo mas cantasse, no lo consintio Sancho Pança, porque estaua mas para dormir, q̄ para oyr canciones. Y assi dixo a su amo: Bien puede vuestra merced acomodarle desde luego, a donde ha de posar esta noche, que el trabajo q̄ estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que passen las noches cantando. Ya te entiendo Sancho, le respondió don Quixote, que bien se me trafluze, que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño, que de musica. A todos nos sabe biẽ, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicò don Quixote, pero acomodate tu donde quisieres, que los de mi profesion, mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo ello, seria bien Sancho, q̄ me buelvas a curar esta oreja, q̄ me va doliẽdo mas de lo q̄ es menester. Hizo Sancho lo q̄ se le mandaua. Y viendo vno de los cabreros la herida, le dixo, que no tuuiesse pena, q̄ el pondria remedio con q̄ facilmente se sanasse. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho q̄ por alli auia, las mascò. y las mezclò con vn poco de sal, y aplicãdose las a la oreja, se la vendò muy bien, assegurandole, q̄ no auia menester otra medicina, y assi fue la verdad.

Segunda parte de don

*Cap. XII. De lo que conto vn cabrero a los que estauan
con don Quixote.*



Stando en esto, llegò otro moço de los que les traían del aldea el bastimento, y dixo: Sabey's lo que passa en el lugar compañeros? Como lo podemos saber, respondió vno dellos. Pues sabed, prosiguió el moço, q̄ murio esta mañana, aquel famoso pastor estudiante llamado Grisostomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moça de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en habito de pastora por estos andurriales. Por Marcela diras, dixo vno? Por essa digo, respondió el cabrero: Y es lo bueno, que mandò en su testamento, que se enterrassen en el campo, como si fuera Moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque: porque segun es fama, y el dicen que lo dixo, aquel lugar es adonde el la vio la vez primera. Y tambien mandò otras cosas tales, que los abades del pueblo, dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de Gentiles. A todo lo qual, responde aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, que tambien se vistio de pastor con el, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dexò mandado Grisostomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado, mas a lo que se dize en fin, se hara lo que Ambrosio, y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen a enterrar con gran pompa, adonde tengo dicho. Y tengo para mi, que ha de ser cosa muy de ver, alomenos yo no dexarè de yr a verla, si supiesse no
bole

boluer mañana al lugar. Todos haremos lo mismo, respondierõ los cabreros, y echaremos suertes a quien ha de quedar a guardar las cabras de todos. Bien dizes Pedro, dixo, aunq̃ no serà menester vsar de esta diligencia, que yo me quedarè por todos: y no lo atribuyas a virtud, y a poca curiosidad mia, sino a que no me dexa andar el garrancho que el otro dia me passò este pie. Con todo esto te lo agradecemos, respondió Pedro. Y don Quixote rogò a Pedro le dixesse, que muerto era aquel, y que pastora aquella. A lo qual Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era vn hijodalgo rico, vezino de vn lugar que estaua en aquellas sierras, el qual auia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales auia buuelto a su lugar, con opinion de muy sabio, y muy leydo. Principalmente deziã, que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que passan alla en el cielo, el sol, y la luna: porque puntualmète nos dezia el cris del sol, y de la luna. Eclipse se llama amigo, que no cris, el escurecerse estos dos luminares mayores, dixo don Quixote. Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguiò su cuento, diciendo: Así mesmo adeuinaua, quando auia de ser el año abundãte, o estil. Esteril quereys dezir amigo, dixo don Quixote? Esteril, o estil, respondió Pedro, todo se sale alla. Y digo, que cõ esto que dezia, se hizierõ su padre, y sus amigos que le dauan credito, muy ricos, porque hazian lo que el les aconsejaua, diziendoles; Sembrad este año ceuada, no trigo: en este podeys sembrar garuãcos, y no ceuada: el que viene serà de guilla de azeyte: los tres siguientes no se cogerà gota. Esta ciencia se llama Astrologia, dixo

Segunda parte de don

don Quixote. No se yo como se llama replicó, Pedro, mas se que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente, no passaron muchos meses despues que vino de Salamanca, quando vn dia reinanecio vestido de pastor, con su ganado y pellico, auindose quitado los habitos largos que como escolar traía, y juntamente se vistio con el de pastor, otro su grande amigo llamado Ambrosio, que auia sido su compañero en los estudios. Oluidauaseme de dezir como Grisostomo el difunto, fue grande hombre de componer coplas, tanto que el hazia los villancicos para la noche del nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representauan los moços de nuestro pueblo, y todos dezian, que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improuiso vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adiuinar la causa que les auia mouido a hazer aquella tan estraña mudança. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisostomo, y el quedò heredado en mucha cantidad de hazienda, ansi en muebles, como en rayzes, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor, y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedò el moço señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritatiuo, y amigo de los buenos, y tenia vna cara como vna bendicion. Despues se vino a entender, que el auerse mudado de traje, no auia sido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados, empos de aquella pastora Marcela, que nuestro çagal nombrò denantes, de la qual se auia enamorado el pobre difunto de Grisostomo.

foftomo. Y quiero os dezir aora , porque es bien que lo sepays quien es esta rapaza , quiza , y aun sin quiza , no aureys oydo semejante cosa en todos los dias de vuestra vida , aunque viuays mas años que Sarna. Dezid Sarra , replicò don Quixote , no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto viue la sarna , respondió Pedro , y si es señor que me aueys de andar çaheriendo a cada passo los vocablos , no acabaremos en vn año . Perdonad amigo , dixo don Quixote , que por auer tanta diferencia de sarna , a Sarra , os lo dixè , pero vos respondistes muy bien , porque viue mas sarna que Sarra , y profeguid vuestra historia , que no os replicarè mas en nada. Digo pues , señor mio de mi alma , dixo el cabrero , que en nuestra aldea huuo vn labrador , aun mas rico que el padre de Grisoftomo , el qual se llamaua Guillermo , y al qual dio Dios , amen de las muchas , y grandes riquezas , vna hija , de cuyo parto murio su madre , que fue la mas honrada muger que huuo en todos estos contornos : no parece sino que aora la veo con aquella cara , que del vn cabo tenia el sol , y del otro la luna , y sobre todo hazendosa , y amiga de los pobres , por lo que creo que deue de estar su anima a la hora de hora , gozando de Dios en el otro mundo . De pesar de la muerte de tan buena muger , murio su marido Guillermo , dexando a su hija Marcela muchacha , y rica , en poder de vn tio suyo Sacerdote , y Beneficiado en nuestro lugar . Crecio la niña con tanta belleza , que nos hazia acordar de la de su madre , que la tuuo muy grande , y con todo esto se juzgaua que le auia de passar la de la

Segunda parte de don

hija. Y assi fue, que quando llegò a edad de catorze a quinze años, nadie la miraua, que no bendezia a Dios que tan hermosa la auia criado, y los mas quedauan enamorados, y perdidos por ella. Guardauala su tio con mucho recato, y con mucho encerramiento: pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura, se estendio de manera, que assi por ella, como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas a la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado, é importunado su tio se la diesse por muger. Mas el (que a las derechas es buen Christiano) aunque quiliera casarla luego, assi como la via de edad, no quiso hazerlo sin su consentimiento, sin tener ojo a la ganancia, y grangeria que le ofrecia el tener la hazienda de la moça, dilatando su casamiento. Y a fè que se dixo esto en mas de vn corrillo en el pueblo, en alabança del buen sacerdote. Que quiero que sepa señor andante, que en estos lugares cortos, de todo se trata, y de todo se murmura. Y tened para vos, como yo tengo para mi, que deuia de ser demasadamente bueno el clerigo, que obliga a sus feligreses a que digan bien del, especialmente en las aldeas. Assi es la verdad, dixo don Quixote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos buen Pedro, le cõtays con muy buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que haze al caso. Y en lo demas fabreys, que aunque el tio proponia a la sobrina, y le dezia las calidades de cada vno en particular, de los muchos que por muger la pedian, rogándole que se casasse, y escogiesse a su gusto, jamas ella respondió otra cosa, sino que por entòces no queria casar.

casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia abil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daua, al parecer justas escusas, dexaua el tio de importunarla, y esperaua a que entrasse algo mas en edad, y ella supiesse escoger compañia a su gusto, Porque dezia el, y dezia muy bien, que no auian de dar los padres a sus hijos estado contra su voluntad. Pero hetelo aqui, quando no me cato, que remanec vn dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, q se lo desaconsejauan, dio en yrse al campo, con las demas çagalas del lugar, y dio en guardar su mesmo ganado. Y assi como ella salio en publico, y su hermosura se vio al descubierto, no os sabre buenamente dezir, quantos ricos mancebos, hidalgos, y labradores, han tomado el traje de Grisostomo, y la andan requerebrando por esos campos. Vno de los quales, como ya està dicho, fue nuestro difunto, del qual dezian, que la dexaua de querer, y la adoraua. Y no se piense, que porque Marcela se puso en aquella libertad, y vida tan suelta, y de tan poco, o de ningun recogimiento, que por esso ha dado indicio, ni por semejias, que venga en menoscabo de su honestidad, y recato: antes estanta, y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la siruen y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podra alabar, que le aya dado alguna pequeña esperança de alcanzar su desseo. Que puesto que no huye, ni se esquiua de la compañia, y conuersacion de los pastores, y los trata cortès, y amigablemète, en llegando a descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa y tanta, como la del matrimonio, los

Segunda parte de don

arroja de si como con vn trabuco. Y cõ esta manera de condiciõ, haze mas daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad, y hermosura, atrae los coraçones de los que la tratan a seruiria, y a amarla: però su desden, y defengaño, los conduze a terminos de desesperarse: y assi no sabé que dezirle, sino llamarla a voces cruel, y desagradecida, con otros titulos a este semejante, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aqui estuieffedes señor algun dia, veria des resonar estas sierras, y estos valles, cõ los lametos de los defengañados que la figuen. No está muy lexos de aqui vn sitio, donde ay casi dos dozenas de altas hayas, y no ay ninguna que en su lisa corteza, no tenga grauado, y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna, vna corona grauada en el mesmo arbol, como si mas claramente dixera su amante, que Marcela la lleua, y la merece de toda la hermosura humana. Aqui suspira vn pastor, alli se quexa otro, aculla se oyen amorosas canciones, aca desesperadas endechas. Qual ay, que passa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna enzina, o peñasco, y alli sin plegar los llorolos ojos, embeuecido, y transportado en sus pensamientos, le hallò el sol a la mañana. Y qual ay, que sin dar vado, ni tregua a sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del Verano, tendido sobre la ardiente arena, embia sus queexas al piadoso cielo: y deste, y de aquel, y de aquellos, y destes, libre, y defenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos, estamos esperando en que ha de parar su altivez, y quien ha de ser el dichoso que

que ha de venir a domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan estremada. Por fer todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy a entender, que tambien lo es la que nuestro çagal dixo, que se dezia de la causa de la muerte de Grifostomo. Y afsi os aconsejo señor, que no dexey de hallaros mañana a su entierro, que ferà muy de ver, porque Grifostomo tiene muchos amigos, y no està deste lugar, a aquel donde manda enterrarse, media legua. En cuydado me lo tengo, dixo don Quixote, y agradezcoos el gusto que me aueys dado, con la narracion de tan sabroso cuento. O, replicò el cabrero, aun no se yo la mitad de los casos sucedidos a los amantes de Marcela, mas podria ser que mañana topassemos en el camino algun pastor que nos los dixesse: y por aora bien ferà, que os vays a dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no ay que temer de contrario accidente. Sancho Pança, que ya daua al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitò por su parte, q̄ fuamo se entrasse a dormir en la choça de Pedro. Hizolo afsi, y todo lo mas de la noche se le passò en memorias de su señora Dulcinea, a imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Pança se acomodò entre Rozinante, y su jumento, y durmio no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a

cozes.

Segunda parte de don

Cap. XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora
Marcela, con otros successos.



AS Apenas començò a descubrirse el dia por los valcones del Oriente, quando los cinco de los seys cabreros se leuataron, y fueron a despertar a don Quixote, y a dezille si estava toda via con proposito de yr a ver el famoso entierro de Grisostomo, y que ellos le harian compania. Don Quixote, q̄ otra cosa no desseaua, se leuantò, y mandò a Sancho que enfillasse, y enalbardasse al momento, lo qual el hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no huuieron andado vn quarto de legua, quando al cruzar de vna senda, vieron venir hàzia ellos hasta seys pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabeças con guirnaldas de cypres, y de amarga adelfa. Traia cada vno vn gruesso baston de azebo en la mano. Venian con ellos assi mesmo dos gentiles hombres de a cauallo, muy bien adereçados de camino, cò otros tres moços de a pie que los acompañauan. En llegando se a juntar, se saludaron cortesmente: y preguntandose los vnos a los otros donde yuan, supieron que todos se encaminauan al lugar del entierro, y assi començaron a caminar todos juntos. Vno de los de a cauallo, hablando con su compañero le dixo: Pareceme señor Vivaldo, que auemos de dar por bien empleada la tardança que hizieremos en ver este famoso entierro, que no podra dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado estranezas,

ñezas, afsi del muerto pastor, como de la pastora omicida. Afsi me lo parece a mi, respondió Viualdo: y no digo yo hazer tardança de vn dia, pero de quatro la hiziera, a trueco de verle. Preguntoles dō Quixote, que era lo que auian oydo de Marcela, y de Grisostomo. El caminante dixo, que aquella madrugada auian encontrado con aquellos pastores, y que por auerles visto en aquel tá triste traje, les auia preguntado la ocasion porque yuan de aquella manera, que vno dellos se lo contò: contando la estrañeza, y hermosura de vna pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requeftauan, con la muerte de aquel Grisostomo, a cuyo entierro yuan. Finalmente, el contò todo lo que Pedro a don Quixote auia contado. Cessò esta platica, y començose otra, preguntando el que se llamaua Viualdo, a don Quixote, que era la ocasion que le mouia a andar armado de aquella manera por tierra tá pacifica? A lo qual respondió don Quixote: La profesion de mi exercicio no consiente, ni permite que yo ande de otra manera: El buen passo, el regalo, y el reposo, alla se inuentò para los blandos cortesanos: mas el trabajo, la inquietud, y las armas, solo se inuentaron, è hizieron, para aquellos que el mundo llama caualleros andantes, de los quales, yo aũ que indigno, soy el menor de todos. A penas le oyeron esto, quando todos le tuuieron por loco. Y por aueriguarlo mas, y ver que genero de locura era el suyo, le tornò a preguntar Viualdo, que que queria dezir caualleros andantes? No han vuestras mercedes leydo, respondió don Quixote, los anales è historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas fazañas del Rey

Arturo,

Segunda parte de don

Arturo, que continuamente en nuestro Romance Castellano llamamos, el Rey Artus, de quié es tradición antigua, y comun en todo aquel Reyno de la gran Bretaña, que este Rey no murio, sino que por arte de encantamento se conuirtio en cueruo, y que andando los tiempos ha de boluer a reynar, y a cobrar su Reyno, y cetro. A cuya causa no se prouará que desde aquel tiempo a este, aya ningun Ingles muerto cueruo alguno. Pues en tiempo deste buen Rey, fue instituyda aquella famosa orden de caualleria, de los caualleros de la tabla Redonda, y passaron sin faltar vn punto, los amores que allise cuentan, de don Lançarote del Lago, con la Reyna Ginebra, siendo medianera dellos, y sabidora, aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nacio aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de Nunca fuera cauallero de damas tan bien seruido, como fuera Lançarote quando de Bretaña vino. Con aquel progreso tan dulce, y tan suaue, de sus amorosos, y fuertes fechos. Pues desde entonces, de mano en mano fue aquella orden de caualleria estendiendose, y dilatandose por muchas y diuersas partes del mundo: y en ella fueron famosos, y conocidos por sus fechos, el valiente Amadis de Gaula, con todos sus hijos, y nietos, hasta la quinta generacion: y el valeroso Felixmarte de Hircania: y el nunca como se deue alabado Tirante el Blanco: y casi que en nuestros dias, vimos, y comunicamos, y oymos al inuencible, y valeroso cauallero don Belianis de Grecia. Esto pues señores es ser cauallero andante, y la que he dicho, es la orden

den de su caualleria. En la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profission, y lo mesmo que professaron los caualleros referidos professo yo: y assi me voy por estas solledades, y despoblados, buscando las auenturas, con animo deliberado de ofrecer mi braço, y mi persona, a la mas peligrosa que la suerte me deparare, en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dixo, acabaron de enterarse los caminantes, que era don Quixote falto de juyzio, y del genero de locura que lo señoreaua, de lo qual recibieron la mesma admiracion, que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Viualdo, que era persona muy discreta, y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que dezian que les faltaua al llegar a la sierra del entierro, quiso darle ocasion a que passasse mas adelante con sus disparates. Y assi le dixo: Pareceme, señor cauallero andante, que vuestra merced ha professado vna de las mas estrechas profissions que ay en la tierra: y tengo para mi, que aun la de los frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro don Quixote, pero tan necessaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va a dezir verdad, no haze menos el soldado que pone en execucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordena. Quiero dezir, que los religiosos, con toda paz y folsiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados, y caualleros, ponemos en execucion lo que ellos piden, de-

fen.

Segunda parte de don

fendiendola con el valor de nuestros braços, y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los infribles rayos del sol en el Verano, y de los erizados yelos del Inuierno. Assi, que somos ministros de Dios en la tierra, y braços por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las a ellas tocantes, y concernientes, no se pueden poner en execucion, sino sudando, afanando, y trabajando, siguese, que aquellos que la professan, tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sossegada paz, y reposo, estan rogando a Dios, fauorezca a los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me passa por pensamiento, que es tan buen estado el de cauallero andante, como el del encerrado religioso, solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas hambriento, y sediento, miserable, roto, y piojoso, porque no ay duda, sino que los caualleros andantes passados, passaron mucha malauentura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron a ser Emperadores por el valor de su braço, a fê que les costò buen porque de su sangre, y de su sudor: y que si a los que a tal grado subieron les faltaran encantadores, y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus desseos, y bien engañados de sus esperanças. De esse parecer estoy yo, replicò el caminante: pero vna cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caualleros andantes, y es: Que quando se veê en ocasion de acometer vna grãde, y peligrosa auentura, en que se vee manifesto peligro de perder la vida, nũca en aquel instante de acometella

tella se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada Christiano està obligado a hazer en peligros semejantes, antes se encomiendan a sus damas, con tanta gana y deuocion, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo a Gentilidad. Señor, respondió don Quixote, esto no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el cauallero andante que otra cosa hiziesse, que ya està en vso, y costumbre en la caualleria andantesca, que el cauallero andante que al acometer algun gran fecho de armas, tuuiesse su señora delante, buelua a ella los ojos, blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le fauorezca, y ampare en el dudoso trance que acomete. Y aun si nadie le oye, està obligado a dezir algunas palabras entre dientes, en que de todo coraçon se le encomiende: y desto tenemos innumerables exemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han de dexar de encomendarse a Dios, que tiempo, y lugar les queda para hazerlo en el discurso de la obra. Contodo esto, replicò el caminante, me queda vn escrupulo, y es, que muchas vezes he leydo, que se trauan palabras entre dos andantes caualleros, y de vna en otra se les viene a encender la colera, y a boluer los caualllos, y a tomar vna buena pieça del campo, y luego sin mas, ni mas, a todo el correr dellos, se bueluen a encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan a sus damas: y lo que suele suceder del encuentro, es, que el vno cae por las ancas del caualllo, pasado con la lança del contrario de parte a parte: y al otro le viene tambien, que a no tenerse a las cri-

Segunda parte de don

nes del suyo, no pudiera dexar de venir al suelo. Y no se yo, como el muerto tuó lugar para encomendarse a Dios, en el discurso desta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gastò encomendandose a su dama, las gastara en lo que deuia, y estava obligado como Christiano. Quanto mas, que yo tengo para mi, que no todos los caualleros andantes tienen damas a quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Esto no puede ser, respondió don Quixote: Digo que no puede ser, que aya cauallero andante sin dama, porque tan propio, y tan natural les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas. Y a buen seguro que no se aya visto historia, donde se halle cauallero andante sin amores: y por el mesmo caso que estuuiesse sin ellos, no seria tenido por legitimo cauallero, sino por bastardo, y que entrò en la fortaleza de la caualleria dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como saltador, y ladrón. Con todo esso, dixo el caminante, me parece (si mal no me acuerdo) auer leydo, que don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuuo dama señalada a quien pudiesse encomendarse: y con todo esto, no fue tenido en menos, y fue vn muy valiente y famoso cauallero. A lo qual respondió nuestro don Quixote: Señor, vna golondrina sola no haze Verano. Quanto mas, que yo se que de secreto estava esse cauallero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer a todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural, a quien no podia yr a la mano. Pero en resolucion, aueriguado está muy bien, que el
tenia

tenia vna sola, a quien el auia hecho señora de su voluntad, a la qual se encomendaua muy a menudo, y muy secretamente, porque se precia de secreto cauallero. Luego si es de essencia, que todo cauallero andante, aya de ser enamorado (dixo el caminante) bien se puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la profesion. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañia, y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad, y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa que es querida, y seruida de vn tal cauallero como vuestra merced parece. Aqui dio vn gran suspiro don Quixote, y dixo: Yo no podre afirmar si la dulce mi enemiga, gusta, o no de que el mundo sepa que yo la siruo, solo se dezir (respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, vn lugar de la Mancha: su calidad por lo menos, ha de ser de Princesa, pues es Reyna, y señora mia. Su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienien a hazer verdaderos todos los impossibles; y quimericos atributos de belleza, que los Poetas dan a sus damas. Que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos, sus cejas arcos del cielo: sus ojos soles, sus mexillas rosas, sus labios corales: perlas sus dientes, alauastro su cuello, marmol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieue: y las partes q̄ a la vista humana encubrio la honestidad, son tales, segun yo pienso, y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerla, y no cõpa-

Segunda parte de don

rarlas. El linaje, profapia, y alcurnia, querriamos
saber, replicò Vivaldo. A lo qual respondió don
Quixote: No es de los antiguos Curcios, Gayos, y
Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas,
y Vrsinos: ni de los Moncadas, y Requesenes de Ca
taluña: ni menos de los Rebellas, y Villanovas de Va
lencia: Palafoxes, Nuças, Rocabertis, Corellas,
Lunas, Alagones, Vrreas, Fozes, y Gurreas de Ara
gon: Cerdas, Manriques, Mendoças, y Guzmanes
de Castilla: Alencastros, Pallas, y Meneses de Por
tugal: pero es de los del Toboso de la Mancha,
linaje, aunque moderno, tal que puede dar genero
so principio a las mas ilustres familias de los veni
deros siglos: y no se me replique en esto, sino fuere
con las condiciones que puso Cerbino, al pie del
trofeo de las armas de Orlando, que dezia: Nadie
las mueua, que estar no pueda con Roldan a prueva.
Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo,
respondio el caminante, no le osarè yo poner con
el del Toboso de la Mancha: puesto que para de
zir verdad, semejante apellido, hasta aora no ha lle
gado a mis oydos. Como esso no aurallegado, re
plicò don Quixote. Con gran atencion yuan es
cuchando todos los demas la platica de los dos:
y aun hasta los mesmos cabreros, y pastores, cono
cieron la demasiada falta de juyzio de nuestro don
Quixote. Solo Sancho Pança pensaua que quan
to su amo dezia era verdad, sabiendo el quien era, y
auriendole conocido desde su nacimiento. Y en
lo que dudaua algo, era en creer aquello de la lin
da Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nom
bre, ni tal Princesa, auia llegado jamas a su noticia,
aunque

aunque viuia tan cerca del Toboso. En estas platicas yuan, quando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hazian, baxauan hasta veynte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que a lo que despues parecio, erã qual de Texo, y qual de Cipres. Entre seys dellos traian vn as andas, cubiertas de mucha diuersidad de flores, y de ramos. Lo qual visto por vno de los cabreros, dixo: Aquellos que alli vienen, sãn los que traen el cuerpo de Grisostomo: y el pie de aquella montaña, es el lugar donde el mandò que le enterrassen. Por esto se dieron priessa a llegar, y fue a tiempo, que ya los que venian auian puesto las andas en el suelo: y quatro dellos con agudos picos estauan cauando la sepultura, a vn lado de vna dura peña. Recibieronse los vnos, y los otros cortésmente: y luego don Quixote, y los que con el venian, se pusieron a mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores vn cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treynta años: y aunque muerto, mostraua que viuo auia sido de rostro hermoso, y de disposiciõ gallarda. Alrededor del, tenia en las mesmas andas algunos libros, y muchos papeles abiertos, y cerrados. Y asì los que esto mirauan, como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli auia, guardauan vn maravilloso silencio. Hasta que vno de los que al muerto truxeron, dixo a otro: Mirà bien Ambrosio, si es este el lugar que Grisostomo dixo, ya que quereys q̃ tan puntualmente se cumpla lo que dexò mandado en su testamento? Este es, respondió Ambrosio, que muchas vezes en el me contò mi desdichado amigo, la his-

Segunda parte de don

toría de su desuétura. Allí me dixo el, que vio la vez primera, a aquella enemiga mortal del linaje humano: y allí fue tambien, donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado: y allí fue la vltima vez, donde Marela le acabò de defengañar, y desdeñar, de suerte, que puso fin a la tragedia de su miserable vida. Y aqui, en memoria de tantas desdichas, quiso el que le depositassen en las entrañas del eterno oluido. Y boluiendose a don Quixote, y a los caminantes, prosiguió, diziendo: Este cuerpo, señores, que con piadosos ojos estays mirando, fue depositario de vn alma, en quié el cielo puso infinita parte de sus riquezas: Este es el cuerpo de Grifostomo, que fue vnico en el ingenio, solo en la cortesía, estremo en la gentileza, Fenix en la amistad, magnifico sin tassa, graue sin presuncion, alegre sin baxeza: y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo q̄ fue ser deldichado. Quiso bien, fue aborrecido: adorò, fue desdeñado: rogò a vna fiera, importunò a vn marmol, corrió tras el viento, dio voces a la soledad, siruio a la ingratitude, de quien alcanço por premio, ser despojos de la muerte, en la mitad de la carrera de su vida. A la qual dio fin vna pastora, a quien el procuraua eternizar, para que viuiera en la memoria de las gentes: qual lo pudieran mostrar bien estos papeles que estays mirando, si el no me huiera mandado que los entregara al fuego, en auiendo entregado su cuerpo a la tierra. De mayor rigor, y crueldad vsareys vos con ellos, dixo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo, ni acertado, que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo

todo razonable discurso. Y no le tuuiera bueno Augusto Cesar, si consintiera que se pusiera en execucion, lo que el diuino Mantuano dexò en su testamento mandado. Assi que, señor Ambrosio, ya que deys el cuerpo de vuestro amigo a la tierra, no querays dar sus escritos al oluido, q̄ si el ordenò como agrauado, no es bien que vos cumplays como indifcreto: antes hazed, dando la vida a estos papeles, q̄ la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirua de exemplo en los tiempos que estan por venir a los viuientes, para que se aparten, y huyan de caer en femejantes despeñaderos; que ya se yo, y los que aqui venimos, la historia deste vuestro enamorado, y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dexò mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable historia, se puede sacar, quanto aya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisostomo, la fè de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que a rienda suelta corren por la senda que el desuariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisostomo, y que en este lugar auia de ser enterrado, y assi de curiosidad, y de lastima, dexamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir a ver con los ojos, lo que tanto nos auia lastimado en oyllo: y en pago desta lastima, y del desseo que en nosotros nacio de remedialla, si pudieramos, te rogamos, o discreto Ambrosio: alomenos, yo te lo suplico de mi parte, que dexando de abraçar estos papeles, me dexes llevar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondièsse, alargò la mano, y tomò algunos de los que mas cerca

Segunda parte de don

estauan, viendo lo qual Ambrosio, dixo: Por cortesia, consentirè que os quedeys señor con los que ya aueys tomado, pero pensar que dexarè de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Viualdo, que desseaua ver lo que los papeles dezian, abrio luego el vno dellos, y vio que tenia por titulo: Cancion desesperada. Oyolo Ambrosio, y dixo: Esse es el vltimo papel que escriuio el deldichado, y porque veays señor, en el termino que le tenian sus desueltas, leelde de modo que seays oydo, que bien os darà lugar a ello, el que se tardare en abrir la sepultura. Esto hare yo de muy buena gana, dixo Viualdo: y como todos los circunstantes tenian el mesmo desseo, se le pusieron a la redonda, y el leyendo en voz clara, vio que assi dezia.

Cap. XVIII. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucessos.

CANCION DE GRISOSTOMO.

Y A que quieres cruel que se publique
De lengua en lengua, y de vna en otra gente,
Del aspero rigor tuyo, la fuerça:
Harè que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mio vn son doliente,
Con que el vso comun de mi voz tuerça.
Y al par de mi desseo, que se esfuerça
A dezir mi dolor, y tus hazañas,
De la espantable voz yrà el acento,
Y en el mezcladas, por mayor tormento,
Redagos de las miseras entrañas.

Escu.

Escucha pues, y presta atento oydo,
No al concertado son, sino al ruydo,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llenado de vn forçoso desuario,
Por gusto mio sale, y tu despecho.
El rugir del Leon, del Lobo fiero,
El temeroso aullido, el siluo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable:
Balando de algun monstruo: el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable.
Del ya vencido toro, el implacable
Bramido, y de la biuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto
Del embidiado buho, con el llanto
De toda la infernal negra quadrilla.
Salgan con la doliente anima fuera,
Mezclados en vn son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mi se halla,
Para contarle pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo, oyran los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las oliuas:
Que alli se esparçiran mis duras penas,
En altos riscos, y en profundos huecos,
Con muerta lengua, y con palabras viuas.
Oya en escuros valles, o en esquiuas
Playas, desnudas de contrato humano,
O a donde el sol jamas mostrò su lumbre,
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras, que alimenta el libro llano.

Segunda parte de don

Que puesto que en los paramos desiertos,
Los ecos rancos de mi mal inciertos,
Suenen con tu rigor, tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Seran lleuados por el ancho mundo.
Mata vn desden, atierra la paciencia,
O verdadera, o falsa vna sospecha,
Matan los zelos con rigor mas fuerte:
Desconcierta la vida larga ausencia,
Contra vn temor de oluido no aprouecha
Firme esperança de dichosa suerte.
En todo ay cierta inenitable muerte,
Mas yo (milagro nunca visto) viuo
Zeloso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el oluido en quien mi fuego auino.
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista a ver en sombra a la esperança,
No yo desesperado la procuro,
Antes por estremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
Puedese por ventura en vn instante
Esperar, y temer? o es bien hazello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
Tengo si el duro zelo està delante
De cerrar estos ojos? si he de vello
Por mil heridas, en el alma abiertas?
Quien no abra de par en par las puertas
A la desconfiança, quando mira
Descubierto el desden? y las sospechas,
(O amarga conuersion) verdades hechas,
Y la limpia verdad, buelta en mentira?

O en el Reyno de amor, fieros tyranos
Zelos, ponedme vn hierro en estas manos,
Dame desden vn torcida foga,
Mas ay de mi, que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte, ni en la vida,
Pertinax estarè en mi fantasia:
Dirè, que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor, antigua tyrania.
Dirè que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
Y que su oluido de mi culpa nace,
Y que en fè de los males que nos haze
Amor su Imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinion, y vn duro lazo,
Acelerando el miserable plazo,
A que me han conduxido sus desdenes,
Ofrecerè a los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro, o palma de futuros bienes.
Tu, que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerça a que la haga,
A la cansada vida que aborrezco:
Pues ya ves que te da notorias muestras,
Esta del coraçon profunda llaga,
De como alegre a tu rigor me ofrezco.
Si por dicha conoces que merezco,
Que el cielo claro de tus bellos ojos,
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas,
Al darte de mi alma los despojos.

Segunda parte de don

Antes con risa en la ocasion funesta,
Descubre, que el fin mio fue tu fiesta,
Mas gran simpleza es auisarte desto,
Pues se que esta tu gloria conocida,
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tantalo con su sed, Sifiso venga
Con el peso terrible de su canto.
Ticio trayga su buytre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos, su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baxa,
(Si ya a vn desesperado son devidas)
Canten obsequias, tristes, doloridas
Al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras, y mil monstruos
Lleuen el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor, no me parece
Que la merece vn amador difunto.
Cancion desesperada, no te quexes,
Quando mi triste compañia dexes,
Antes pues que la causa do naciste,
Con mi desdicha aumentas su ventura,
Aun en la sepultura no estes triste.

Blen es pareció a los que escuchado auian la can-
ció de Grisostomo, puesto que el q̄ la leyo, dixo,
que no le parecia q̄ conformaua con la relacion q̄ el
auia oído del recato, y bondad de Marcela, porque
en ella se quexaua Grisostomo de zelos, sospechas,
y de

y de ausencia, todo en perjuizio del buen credito, y buena fama de Marcela. A lo qual respondió Ambrosio (como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo): Para que señor os satisfagays de esta duda, es bien que sepays, que quando este desdichado escriuio esta cancion, estaua ausente de Marcela, de quien se auia ausentado por su voluntad, por ver si vsaua con el la ausencia de sus ordinarios fueros. Y como al enamorado ausente, no ay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dè alcance: así le fatigauan a Grisostomo los zelos imaginados, y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona, de la bondad de Marcela: la qual, fuera de ser cruel, y vn poco arrogante, y vn mucho desdeñosa, la mesma embidia, ni deue, ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, respondió Viualdo, y queriendo leer otro papel de los que auia referuado del fuego, lo estoruò vna maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofrecio a los ojos: y fue, que por cima de la peña donde se cauaua la sepultura, parecio la pastora Marcela, tan hermosa que passaua a su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la auian visto, la mirauan con admiraciõ, y silencio: y los que ya estauan acostumbrados a verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la auian visto. Mas apenas la huuo visto Ambrosio, quando con muestras de animo indignado, le dixo: Vienes a ver por ventura, o fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia viertè sangre las heridas deste miserable, a quiè tu crueldad quitò la vida? O vienes a vfanarte
en las

Segunda parte de don

en las crueles hazañas de tu condicion? O a ver desde esta altura, como otro despiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma? O a pisar arrogante este desdichado cadaver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos prestora lo que vienes, o que es aquello de que mas gustas, que por saber yo, que los pensamientos de Grisoftomo, jamas dexaron de obedecerte en vida, haré que aun el muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos? No vengo, o ambrosio, a ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino a boluer por mi misma, y a dar a entender, quan fuera de razon van todos aquellos que de sus penas, y de la muerte de Grisoftomo me culpan: y asi ruego a todos los que aqui estays, me esteys atentos, que no será menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir vna verdad a los discretos. Hizome el cielo, segun vosotros dezis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos a otra cosa, a que me ameys os mueue mi hermosura. Y por el amor que me mostrays, dezis, y aun quereys que esté yo obligada a amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable: mas no alcanço, que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso, a amar a quien le ama. Y mas, que podria acótecer, que el amador de lo hermoso fuesse feo: y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el dezir: Quierote por hermosa, hasme de amar aun que sea feo. Pero puesto caso que corran y gualméte las hermosuras, no por esso han de correr y guales los desfeos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas
alc.

alegran la villa, y no rinden la voluntad. Que si todas las bellezas enamorassen, y rindiesen, seria vn andar las voluntades confusas, y descaminadas, sin saber en qual auian de parar: porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos auian de ser los deseos. Y segun yo he oydo dezir, el verdadero amor no se diuide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto assi, como yo creo que lo es, porque quereys que rinda mi voluntad por fuerça, obligada no mas, de que dezis que me quereys bien? Si no dezidme, si como el cielo me hizo hermosa, me hiziera fea, fuera justo que me quexara de vosotros porqué no me amauades? Quanto mas, que auerys de considerar, que yo no escogi la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y assi como la viuora no me rece ser culpada por la ponçoña que tiene, puesto que có ella mata, por auerfela dado naturaleza: tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta, es como el fuego apartado, o como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra, y las virtudes, son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo aunque lo sea, no deue de parecer hermoso. Pues si la honestidad es vna de las virtudes que al cuerpo, y alma mas adornan, y hermosean, porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerças, è industrias, procura que la pierda? Yo naci libre, y para poder viuir libre, escogi la soledad de los campos. Los arboles destas montañas son mi compañía,

las

Segunda parte de don

las claras aguas de estos arroyos mis espejos: con los arboles, y con las aguas, comunico mis pensamientos, y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lexos. A los que he enamorado con la vista, he defengañado con las palabras. Y si los deseos se sustentan con esperanças, no auiedo yo dado alguno a Grifostomo, ni a otro alguno: el fin de ninguno dellos, bié se puede dezir, que antes le matò su porfia, que mi crueldad. Y si se me haze cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaua obligado a corresponder a ellos: digo, que quando en esse mismo lugar donde aora se sauva su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dixeyo, que la mia era viuir en perpetua soledad, y de q sola la tierra gozasse el fruto de mi recogimiento, y los despojos de mi hermosura: y si el con todo este defengañó, quiso porfiar contra la esperança, y navegar contra el viento, que mucho que se anegasse en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuiera, fuera falsa: si le contentara, hiziera contra mi mejor intencion, y profupuesto. Porfió defengañado: desesperò sin ser aborrecido, mirad aora si será razon, que de su pena se me de a mi la culpa? Quexese el engañado: desesperese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanças: confiesse el que yo llamare, vfanese el que yo admitiere: pero no me llame cruel, ni omicida, aquel a quien yo no prometí, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta aora no ha querido que yo ame por destino: y el pensar que tengo de amar por eleccion, es escusado. Este general defengañó, sirua a cada vno de los que me solicitan, de su particular provecho: y entiendase
de aqui

de aqui adelante, q̄ si alguno por mi muriere, no muere de zeloso, ni desdichado, por q̄ quié a nadie quiere, a ninguno deve dar zelos, q̄ los defengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiero, y basilisco, dexeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirua: el q̄ des conocida, no me conozca: quien cruel, no me siga: q̄ esta fiero, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida; ni los buscará, seruirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si a Grisoftomo mató su impaciencia, y arrojado desseo, por q̄ se ha de culpar mi honesto proceder, y recato? Si yo cõseruo mi limpieza con la cõpañia de los arboles, por q̄ ha de querer q̄ la pierda, el q̄ quiere q̄ la tenga con los hombres? Yo como sabeys, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas. Tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero, ni aborrezco a nadie. No engaño a este, ni solicito aq̄l, ni burlo con vno, ni me entretengo con el otro. La conuersacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuydado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por termino estas montañas: y si de aqui salen, es a contéplar la hermosura del cielo, passos cõ q̄ camina el alma a su morada primera. Y en diziendo esto, sin querer oyr respuesta alguna, boluio las espaldas, y se entrò por lo mas cerrado de vn monte q̄ alli cerca estaua, dexando admirados tanto de su discrecion, como de su hermosura, a todos los q̄ alli estauan. Y algunos dieron muestras (de aquellos q̄ de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estauan heridos) de quererla seguir, sin aprouecharse del manifesto defengaño q̄ auian oydo. Lo qual visto por don Quixote, pare-

H ciendo.

Segunda parte de don

ciendole que allí venia bien usar de su caualleria, foy corriendo a las donzellas menestrosas. Puesta la mano en el puño de su espada, en altas, è intelegibles voces, dixo: Ninguna persona de qualquier estado, y condicion que sea, se atreua a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras, y suficientes razones, la poca, o ninguna culpa q̄ ha tenido en la muerte de Grisoftomo, y quan agena viue de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes: a cuya causa, es justo que en lugar de ser seguida, y seguida, sea honrada, y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en el, ella es sola la que con tan honesta intencion viue. O ya que fuesse por las amenazas de don Quixote, o porque Ambrosio les dixo, que concluyessen con lo que a su buen amigo deuián, ninguno de los pastores se mouio, ni apartò de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrafados los papeles de Grisoftomo, pusierò su cuerpo en ella, no sin muchas lagrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con vna gruessa peña, en tanto que se acabaua vna losa, que segun Ambrosio dixo, pensaua mandar hazer, cò vn epitafio que auia de dezir desta manera.

Y Aze aqui de vn amador
El misero cuerpo elado,
Que fue pastor de ganado,
Perdido por desamor.

Murio a manos del rigor
De vna esquiua hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tirania de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores, y ramos: y dando todos el pesame a su amigo Ambrosio, se despidieron del. Lo mesmo hizieron Vivaldo, y su compañero; y don Quixote se despidio de sus huespedes, y de los caminantes, los quales le rogaron se viniessse con ellos a Seuilla, por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle, y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradecio el auiso, y el animo que mostrauan de hazerle merced, y dixo, que por entonces no queria, ni deuia yr a Seuilla, hasta que huuiesse despojado todas aquellas fieras de ladrones Malandrines, de quien era fama que todas estauan llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornandose a despedir de nueuo le dexaró, y prosiguieron su camino: en el qual no les faltó de que tratar, assi de la historia de Marcela, y Grisostomo, como de las locuras de don Quixote: el qual determinó de yr a buscar a la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que el podia en su seruicio. Mas no le auino como el pensaua, segun se cuenta en

el discurso desta verdadera historia,

dando aqui fin la segun-

da parte.

(?)

TERCERA PARTE
DEL INGENIOSO
Hidalgo don Quixote de
la Mancha.

Cap. XV. Donde se cuenta la desgraciada auentura que se topò don Quixote, en topar con vnos desalmados langüeses.



VENTA El sabio Cide Hamete Venengeli, que assi como don Quixote se despido de sus huespedes, y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisostomo: el y su escudero, se entrarò por el mesmo bosque, donde vieron que se auia entrado la pastora Marcela. Y auiendo andado mas de dos horas por el, buscádola por todas partes sin poder hallarla, y vinierò a parar a vn prado lleno de fresca yerua, junto del qual corria vn arroyo apazible, y fresco: tanto que combidò, y forçò a pasar alli las horas de la siesta, que rigurosamente començaua ya a entrar. Apearonse don Quixote, y Sancho, y dexando al jumento, y a Rozinante a sus anchuras pacèr de la mucha yerua que alli auia, dieron saca a las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz, y compania, amo, y moço comieron lo que en ellas hallaron. No se auia curado Sancho de echar

ēchar sueltas a Rozinante, seguro de que le conocia por tan manso, y tan poco rijofo, que todas las yeguas de la dehesa de Cordoua no le hizieran tomar mal siniestro. Ordenò pues la suerte, y el diablo, que no todas vezes duerme, que andauan por aquel valle paciēdo vna manada de hacas Galicianas, de vnos harrieros Yāgueses: de los quales es costumbre festejar con su requa en lugares, y sitios de yerua y agua. Y aquel donde acertò a hallarse don Quixote, era muy a proposito de los Yāgueses. Succedio pues, que a Rozinante le vino en desseo de refocilar se con las señoras facas: y saliendo assi como las olio de su natural passo, y costūbre, sin pedir licencia a su dueño, tomò vn trotillo algo picadillo, y se fue a comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas, que a lo que parecio, deuiā de tener mas gana de paecer que de al, recibieronle con las herradoras, y con los diētes, de tal manera, que a poco espacio se le rompieron las cīnchas, y quedò sin silla en pelota. Pero lo que el deuio mas de sentir fue, que viēdo los harrieros la fuerça que a sus yeguas se les hazia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo. Ya en esto don Quixote, y Sancho (que la paliza de Rozinante auian visto) llegauan hijadeando. Y dixo don Quixote a Sancho: A lo que yo veo amigo Sancho, estos no son caualleros, sino gente soez, y de baxa ralea; Digolo, porque bien me puedes ayudar a tomar la denida vengança, del agrauio que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rozinante. Que diablos de vengança hemos de tomar, respondio Sancho, si estos son mas de veynte, y nosotros no mas de dos, y aun quiza

Tercera parte de don

no otros, sino vno y medio. Yo valgo por ciento, replicò don Quixote, y sin hazer mas discursos echò mano a su espada, y arremetio a los Yangueses, y lo mesmo hizo Sancho Pança, incitado, y mouido del exemplo de su amo. Y a las primeras, dio don Quixote vna cuchillada a vno, que le abrio vn sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los Yangueses que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron a sus estacas, y cogiendo a los dos en medio, començaron a menudear sobre ellos con grande ahinco, y veemencia. Verdad es, que al segundo toque, dieron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le auino a don Quixote, sin que le valiesse su deftreza, y buen animo. Y quiso su ventura, que viniesse a caer a los pies de Rozinante, que aun no scauia leuantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rusticas, y enojadas. Viendo pues los Yangueses, el mal recado que auian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su requa, y siguieron su camino, dexando a los dos auentureros de mala traça, y de peor talante. El primero que se refintio, fue Sancho Pança, y hallandose junto a su señor, con voz enferma, y lastimada dixo: Señor don Quixote? a señor don Quixote? Que quieres Sancho hermano, respondió don Quixote, con el mesmo tono afeminado, y doliente, que Sancho. Querria si fuesse posible, respondió Sancho Pança, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella beuida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced aï a mano, quiza serà de prouecho para los quebrantamientos de
hue

huelos, como lo es para las heridas. Pues a tenerla yo aqui, desgraciado yo, que nos faltava, respondió don Quixote: Mas yo te juro Sancho Pança, a fe de cauallero andante, que antes que passen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder, o mal me han de andar las manos. Pues en quantos le parece a vuestra merced que podremos mouer los pies, replicò Sancho Pança. De mi se dezir (dixò el molido cauallero don Quixote) que no sabre poner termino a estos dias: Mas yo me tengo la culpa de todo, que no auia de poner mano a la espada, contra hombres que no fuesen armados caualleros como yo. Y asì creo, que en pena de auer passado las leyes de la caualleria, ha permitido el Dios de las batallas, que se me diesse este castigo: por lo qual hermano Sancho, conuiene que estes aduertido en esto que aora te dire, porque importa mucho a la salud de entrambos: y es, que quando veas que semejante canalla nos haze algun agrauio, no aguardes a que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo hare en ninguna manera, sino pon tu mano a tu espada, y castigalos muy a tu sabor, que si en su ayuda, y defensa acudieren caualleros, yo te sabre defender, y ofendellos con todo mi poder, que ya auras visto por mil señales, y experiencias, hasta adonde se estiende el valor de este mi fuerte brazo. (Tal quedò de arrogante el pobre señor, con el vencimiento del valiente Vizcayno). Mas no le parecio tambien a Sancho Pança, el auiso de su amo, que dexasse de responder, diziendo: Señor, yo soy hombre pacifico, manso, sossegado, y se disimular

Tercera parte de don

qualquiera injuria, porque tengo muger y hijos que sustentan, y criar. Así, que seale a vuestra merced tambien auiso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondre mano a la espada, ni contra villano, ni contra cauallero. Y que desde aqui para delante de Dios, perdono quãtos agrauios me hã hecho, y han de hazer: ora me los aya hecho, o haga, o aya de hazer persona alta, o baxa, rico, o pobre: hidalgo, o pechero, sin eceptar estado, ni condicion alguna. Lo qual oydo por su amo, le respondió: Quisiera tener aliento para poder hablar vn poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara, tanto quanto, para darte a entender Pança, en el error en que estàs. Venaca pecador, si el viento de la fortuna hasta aora tan contrario, en nuestro fauor se buelue, llenandonos las velas del desseo, para que seguramente, y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las insulas que te tẽgo prometida: que seria de ti, si ganandola y o, te hiziesse señor della; pues lo vendras a impossibilitar por no ser cauallero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intención de vengar tus injurias, y defender tu señorío? Porque has de saber, que en los Reynos, y prouincias nueuamente conquistados, nõca estan tan quietos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nueuo señor, que no se tengan temor de que han de hazer alguna nouedad, para alterar de nueuo las cosas, y boluer como dizen, a prouar ventura: y así es menester, que el nueuo possessor tenga entendimiento para saberse gouernar, y valor para ofender, y defenderse, en qualquier acontecimiento. En este que aora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisie-

quisiera yo tener esse entendimiento, y esse valor que vuestra merced dize: mas yo le juro a fè de pobre hombre, que mas estoy para bizmas, que para plasticas. Mite vuestra merced si se puede leuantar, yayudaremos a Rozinante, aunque no lo merece, porque el fue la causa principal de todo este molimiento. Iamas tal crey de Rozinante, que le tenia por persona casta, y tã pacifica como yo. En fin, bien dizen, que es menester mucho tiempo para venir a conocer las personas: y que no ay cosa segura en esta vida. Quien dixera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra merced dio a aquel desdichado cauallero andante, auia de venir por la posta, y en seguimiẽto suyo, esta tan grande tẽpestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas Sancho, replicò don Quixote, deuen de estar hechas a semejantes nublados, pero las mias criadas entre sinabafas, y olandas, claro està que sentiran mas el dolor desta desgracia. Y sino fuesse por que imagino (que digo imagino) se muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al exercicio de las armas, aqui me dexaria morir de puro enojo. A esto replicò el escudero: Señor, ya q̃ estas desgracias son de la cosecha de la caualleria, digame vuestra merced, si suceden muy a menudo, o si tienẽ sus tiempos limitados en q̃ acacè, porque me parece a mi, q̃ a dos cosechas quedaremos inuitiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sabete amigo Sancho, respondió don Quixote, que la vida de los caualleros andantes està sujeta a mil peligros, y desuenturas: y ni mas, ni menos està en potencia propinqua de ser los caualleros

Tercera parte de don

andantes, Reyes, y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia, en muchos y diuersos caualleros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudierate contar aora (si el dolor me diera lugar) de algunos, que solo por el valor de su braço, han subido a los altos grados que he contado. Y estos mesmos, se vieron antes, y despues en diuersas calamidades, y miserias: por q̄ el valeroso Amadis de Gaula, se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quié se tiene por aueriguado, q̄ le dio teniêdo le preso, mas de dozientos açotes cõ las riêdas de su cauallo, atado a vna columna de vn patio. Y aun ay vn autor secreto, y de no poco credito, que dize, que auiendo cogido al cauallero del Febo con vna cierta trápa que se le hundio debaxo de los pies, en vn cierto castillo, y al caer se hallò en vna honda sima debaxo de tierra, atado de pies y manos, y alli le echaron vna destas que llaman melezinas, de agua de nieue, y arena, de lo que llegò muy al cabo: y sino fuera socorrido en aquella gran cuyta, de vn sabio grande amigo suyo, lo passara muy mal el pobre cauallero. Afsi, que bien puedo yo passar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las q̄ estos passaron, q̄ no las que aora nosotros passamos: porq̄ quiero hazerte sabidor Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que a caso se hallan en las manos. Y esto està en la ley del duelo, escrito por palabras expresas: que si el çapatero da a otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por esso se dirá que queda apaleado aquel a quien dio con ella. Digo esto, porque no pienes que puesto que quedamos

damos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hóbres traian con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos (a lo que se me acuerda) tenia estoque, espada, ni puñal. No me dieron a mi lugar, respondió Sancho, a que mirasse en tanto, porque a penas puse mano a mi tizona, quando me santiguaron los ombros con sus pinos, de manera q̄ me quitaron la vista de los ojos, y la fuerça de los pies, dando cōmigo a donde aora yago, y adonde no me da pena alguna, el pensar si fue afrenta o no, lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impressos en la memoria, como en las espaldas. Con todo esso, te hago saber hermano Pança, replicò dō Quixote, que no ay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consume. Pues que mayor desdicha pue de ser, replicò Pança, de aquella que aguarda al tiempo q̄ la consume, y a la muerte que la acabe. Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con vn par de bizmas se curan, aun no tan malo: pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de vn hospital, para ponerlas en bué termino siquiera. Dexa e desfo, y saca fuerças de flaqueza Sancho, respondió dō Quixote, q̄ assi hare yo, y veamos como està Rozinante, que a lo q̄ me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No ay de q̄ maravillarse de esso, respondió Sancho, siendo el tambiē cauallero andante. De lo q̄ yo me maravillo, es de q̄ mi jumēto aya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siēpre dexa la vétura vna puerta abierta en las desdichas, para dar remedio a ellas,

Tercera parte de don

ellas, dixo don Quixote. Digolo, porque essa bestezuela podra suplir aora la falta de Rozinante, lleuandome a mi desde aqui a algun castillo, donde sea curado de mis feridas. Y mas, que no tendre a deshonorar la tal caualleria, porque me acuerdo auer leydo, que aquel buen viejo Sileno, ayó, y pedagogo del alegre Dios de la rifa, quando entrò en la ciudad de las cien puertas, yua muy a su plazer cauallero sobre vn muy hermoso asno. Verdad serà, que el deuia de yr cauallero como vuestra merced dize, respondió Sancho: pero ay grande diferècia del yr cauallero, al yr atrauessado como costal de vasura. A lo qual respondió don Quixote: Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra, que la quitan. Así que Pança amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, leuantate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aqui antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oydo dezir a vuestra merced, dixo Pança, que es muy de caualleros andantes, el dormir en los paramos, y desiertos lo mas del año, y que lo tienen a mucha ventura. Esto es, dixo don Quixote, quando no pueden mas, o quando estan enamorados; y es tã verdad esto, que ha auido cauallero que se ha estado sobre vna peña, al sol, y a la sombra, y a las inclemencias del ciclo, dos años, sin que lo supiesse su señora. Y vno destos fue Amadis, quando llamandose Belte-nebros, se aloxò en la peña Pobre, ni se si ocho años, o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta. Basta que el estuuò alli haziendo penitencia, por no se que sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero

dexo.

dexemos ya esto Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento, como a Rozinante. Aun ahi feria el diablo, dixo Sancho, y despidiédolo treynta ayes, y sesenta sospiros, y ciento y veynete pesetes, y reniegos de quien alli le auia traído, se leuantò, quedandose agoujado en la mitad del camino, como arco Turquesco, sin poder acabar de enderezarse: y con todo este trabajo aparejó su asno (que tambien auia andado algo destraydo con la demasiada libertad de aquel dia. Leuantò luego a Rozinante, el qual si tuuiera lengua con que quejarse, a buen seguro que Sancho, ni su amo no le fuerã en çaga. En resolucion, Sancho acomodò a don Quixote sobre el asno, y puso de reata a Rozinante: y lleuãdo al asno de cabestro, se encaminò poco mas a menos hàzia donde le parecio q̄ podia estar el camino Real. Y la suerte, que sus cosas de bien en mejor yua guiãdo, aun no huuo andado vna pequeña legua, quando le deparò el camino, en el qual descubrio vna venta, que a pesar suyo, y gusto de dõ Quixote, auia de ser castillo. Porfiava Sancho que era venta, y su amo q̄ no sino castillo: y tanto durò la porfia, que tuuieron lugar sin acabarla de llegar a ella, en la qual Sancho se entrò sin mas aueriguacion con toda su requa.

Cap. XVI. De lo que le sucedio al ingenioso hidalgo en la venta, que el imaginava ser castillo.



L Ventero, que vio a don Quixote atravesado en el asno, preguntò a Sancho, q̄ mal traía? Sancho le respondió, que no era nada, sino que auia dado vna cayda de

Tercera parte de don

de vna peña a baxo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger a vna, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritatiua, y se dolia de las calamidades de sus proximos: y assi acudio luego a curar a don Quixote: y hizo que vna hija suya donzella, muchacha, y de muy buen parecer la ayudasse a curar a su huésped. Seruia en la venta assi mesmo vna moça Asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del vn ojo tuerta, y del otro no muy sana. Verdad es, que la gallardia del cuerpo suplía las demas faltas. No tenia siete palmos de los pies a la cabeça, y las espaldas que algun tanto le cargauan, la hazian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moça pues, ayudò a la donzella, y las dos hizieron vna muy mala cama a don Quixote en vn camaranchon, que en otros tiempos daua manifestos indicios, que auia seruido de pajar muchos años: en la qual tambien aloxaua vn harriero, que tenia su cama hecha vn poco mas alla de la de nuestro don Quixote. Y aunque era de las enxalmas, y mantas de sus machos, hazia mucha ventaja a la de don Quixote, que solo contenia quatro mal lisas tablas, sobre dos no muy yguales bancos, y vn colchon, que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que a no mostrar que eran de lana, por algunas roturas, al tiento en la dureza semejauan de guijarro, y dos sauanas hechas de cuero de adarga, y vna fraçada, cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera vno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostò don Quixote: y luego la ventera y su hija, le em-
plasta.

plastaron de arriba abaxo, alumbrandoles Maritornes, que así se llamaua la Asturiana. Y como al bizmalle vieffe la ventera tan acardenalado a partes a don Quixote, dixo, que aquello mas parecian golpes que cayda. No fueron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos, y tropeçones, y que cada vno auia hecho su cardenal. Y tambien le dixo: Haga vuestra merced señora de manera que queden algunas estopas, que no faltara quien las aya menester, que tambien me duelen a mi vn poco los lomos. Dessa manera, respondió la ventera, tambien deuistes vos de caer? No cay, dixo Sancho Pança, sino que del sobrefalto que tomè de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mi el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podra ser éssò, dixo la donzella, que a mi me ha acontecido muchas vezes, soñar que caía de vna torre abaxo, y que nunca acabaua de llegar al suelo, y quando despertaua del sueño, hallarme tan molida y quebrantada, como si verdaderamente huiera caydo. Aí està el toque señora, respondió Sancho Pança, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que aora estoy, me hallò con pocos menos cardenales que mi señor don Quixote. Como se llama este cauallero, preguntò la Asturiana Maritornes? Don Quixote de la Mancha, respondió Sancho Pança, y es cauallero auenturero, y de los mejores, y mas fuertes, que de luengos tiempos aca se han visto en el mundo. Que es cauallero auenturero, replicò la moça? Tan nueua foys en el mundo que no lo sabeys vos, respondió Sancho Pança: Pues sabed hermana mia, que

Tercera parte de don

que cauallero auenturero es vna cosa, que en dos palabras se vee apaleado, y Emperador. Oy está la mas desdichada criatura del mundo, y la mas menesterosa, y mañana tendra dos o tres coronas de Reynos que dar a su escudero. Pues como vos, siédole desta tan buen señor, dixo la vètera, no teneys, a lo que parece, si quiera algun Condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino vn mes que andamos buscando las auenturas, y hasta aora no hemos topado có ninguna que lo sea. Y tal vez ay que se busca vna cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi señor don Quixote sana desta herida, o cayda, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanças con el mejor titulo de España. Todas estas platicas estaua escuchando muy atento don Quixote, y sentandose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dixo: Creedme fermosa señora, que os podeys llamar venturosa, por auer alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele dezirse, que la alabança propia enuilece; pero mi escudero os dirà quien soy; solo os digo, que tendre eternamente escrito en mi memoria, el seruicio que me auedes fecho, para agradeceroslo mientras la vida me durare. Y pluguiera a los altos cielos, q̄ el amor no me tuiera tan rendido, y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa donzella fueran señores de mi libertad. Confusas estauan la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendolas razones del andante cauallero, que así las entendía como si hablara en Griego: aunque bien alcançaron que

que todas se encaminauan a ofrecimiento, y requie-
bros: y como no vsadas a semejante lenguaje, mira-
uanle y admirauanse, y pareciales otro hombre de
los que se vsauan, y agradeciendole con venteriles
razones sus ofrecimientos, le dexaron. Y la Asturia-
na Maritornes curò a Sancho, que no menos lo auia
menester que su amo. Auia el harriero concertado
con ella, que aquella noche se refocilarian juntos:
y ella le auia dado su palabra, de que en estando sof-
segados los huespedes, y durmièdo sus amos, le yria
a buscar, y satisfazerle el gusto en quanto le mandaf-
se. Y cuenta se desta buena moça, que jamas dio se-
mejantes palabras que no las cumpliesse, aunque las
diessse en vn monte, y sin testigo alguno: por q̄ presu-
mia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en
aquel exercicio de seruir en la vèta; por q̄ dezia ella,
q̄ desgracias, y malos sucessos, la auia traydo a aquel
estado. El duro, estrecho, apocado, y femètido lecho
de dō Quixote, estaua primero en mitad de aquel es-
trelado establo: y luego junto a el hizo el suyo San-
cho, q̄ solo contenia vna estera de enca, y vna manta,
que antes mostraua ser de ango ruidido, q̄ de lana.
Sucedia a estos dos lechos, el del harriero, fabricado
como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el ador-
no de los dos mejores mulos q̄ trahia: aunq̄ eran do-
ze, luzios, gordos, y famosos, por q̄ era vno de los ri-
cos harrieros de Arevalo, segun lo dize el autor des-
ta historia, q̄ deste harriero haze particular menció,
por q̄ le conocia muy biè, y aun quieren dezir q̄ era
algo pariete suyo. Fuera de q̄ Cide Mahamete Benè
geli fue historiador muy curioso, y muy puntual en
todas las cosas: y echase biè de ver, pues las q̄ quedã

Tercera parte de don

referidas, con ser tan minimas, y tan rateras, no las quiso passar en silencio. De donde podran tomar exemplo los historiadores graues, que nos cuentan las acciones, tan corta y sucintamēte, que apenas nos llegan a los labios, dexandose en el tintero, ya por descuydo, por malicia, o ignoracia, lo mas sustancial de la obra. Bien aya mil vezes el autor de Tablante, de Ricamonte, y aquel del otro libro, donde se cuenta los hechos del Conde Tomillas, y con que puntualidad lo descriuē todo. Digo pues, q̄ despues de auer visitado el harriero a su requa, y dadole el segundo pienso, se tēdio en sus enxalmas, y se dio a esperar a su puntualissima Maritornes. Ya estaua Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraua dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas: y don Quixote cō el dolor de las suyas, tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaua en silencio, y en toda ella no auia otra luz q̄ la que daua vna lampara, que colgada en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamiētos que siempre nuestro cauallero trahia, de los suceſſos que a cada passo se cūētan en los libros, autores de su desgracia, le truxo a la imaginacion, vna de las estrañas locuras que buenamente imaginarse pueden: y fue, que el se imaginò auer llegado a vn famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde aloxaua) y que la hija del ventero, lo era del señor del castillo: la qual vencida de su gentileza, se auia enamorado del, y prometido q̄ aquella noche a furto de sus padres, vendria a yazer con el vna buena pieça. Y teniēdo toda esta quimera (que el se auia fabricado) por firme y valedera, se començo a acuytar.

tar, y a pensar en el peligroso trance en que su honra se auia de ver. Y propuso en su coraçon, de no cometer aleuosia a su señora Dulcinea del Toboso, aunq̃ la mesma Reyna Ginebra, con su dama Quinañona, se le pudiesen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para el fue menguada) de la venida de la Asturiana, la qual en camisa, y descalça, cogidos los cabellos en vna aluanega de fustan, con tacitos y atentados passos, entrò en el aposento donde los tres aloxauan, en busca del harriero. Pero a penas llegó a la puerta quando don Quixote la sintio, y sentandose en la cama a pesar de sus bizmas, y cõ dolor de sus costillas, tendio los braços para recibir a su hermosa donzella la Asturiana, que toda recogida y callando, yua con las manos delante, buscando a su querido. Topò con los braços de don Quixote, el qual la asio fuertemente de vna muñeca, y tirandola hàzia si (sin que ella osasse hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y aunque ella era de harpillera, a el le parecio ser de finisimo, y delgado cendal. Trahia en las muñecas vnas cuentas de vidro, pero a el le dieron vislumbres de preciosas perlas Orientales. Los cabellos, que en alguna manera tirauan a crines, el los marcò por hebras de luzidissimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mesmo Sol escurecia. Y el aliento, que sin duda alguna olia a ensalada fiambre y traño chada, a el le parecio que arrojaua de su boca vn olor suave y aromatico: y finalmente el la pintò en su imaginacion, de la misma traça y modo, lo que auia leydo en sus libros de la otra Princesa, que

Tercera parte de don

vino aver el mal ferido cauallero, vécido de sus amores, con todos los adornos q̄ aqui van puestas. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que trahia en sí la buena dōzella, no le desengañauan, las quales pudierā hazer vomitar a otro que no fuera harriero. Antes le parecia que tenia entre sus braços a la diosa dela hermosura. Y teniendola bien asida, con voz amorosa y baxa, le començo a dezir: Quisiera hallarme en terminos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la que con la vista de vuestra gr̄a hermosura me auedes fecho: pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir a los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfazer a la vuestra, fuera imposible. Y mas que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fé que tengo dada, a la fin par Dulcinea del Toboso, vnica señora de mis mas escondidos péfamientos: q̄ si esto no huiera de por medio, no fuera yo tan sandio cauallero, que dexara passar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gr̄a bondad me ha puesto. Maritornes estaua congoxadissima, y trasudãdo, de verse tã asida de don Quixote, y sin entender ni estar atenta a las razones que le dezia, procuraua sin hablar palabra de safirse. El bueno del harriero, a quien tenian despierto sus malos desfeos, desde el punto que entrò su Coyma por la puerta la sintio: estuuo atentamente escuchando todo lo que don Quixote dezia, y zeloso de que la Asturiana le huiesse faltado la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de don Quixote, y estuouose quedo,

quedò, hasta ver en que parauan aquellas razones que el no podia entender. Pero como viò que la moça forcejaua por desafirse, y don Quixote trabaxaua por tenerla: pareciendole mal la burla, enarbolò el braço en alto, y descargò tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado cauallero, que le bañò toda la boca en sangre: y no contento con esto, se le subio encima de las costillas, y con los pies, mas que de trote, se las passò todas de cabo a cabo. El lecho, que era vn poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del harriero, dio cõsigo en el suelo, a cuyo grã ruido despertò el ventero, y luego imaginò que deuiã de ser pendencias de Maritornes, porque auiendola llamado a voces no respondia. Con esta sospecha se leuantò, y encendiendo vn candil, se fue házia donde auia sentido la pelaza. La moça vièdo que su amovenia, y que era de condicion terrible, toda medrosa y alborotada, se acogio a la cama de Sancho Pança, que aũ dormia, y alli se acorruçò y se hizo vn ouillo. El ventero entrò diziendo: Adonde estás puta? A buè seguro que son tus cosas estas. En esto despertò Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, pensò que tenia la pesadilla, y començò a dar puñadas a vna y otra parte, y entre otras alcançò con no se quantas a Maritornes, la qual sentida del dolor echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho, con tantas, que a su despecho le quitò el sueño: el qual viendose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alcançandole como pudo, se abraço con Maritornes, y començaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuça del múdo. Viendo pues

Tercera parte de don

el harriero a la lumbré del candil del ventero, qual andaua su dama, dexádo a don Quixote, acudio a dalle el focorro necessario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente; porque fue a castigar a la moça, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia. Y assi como suele dezirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo: daua el harriero a Sancho, Sancho a la moça, la moça a el, el ventero a la moça, y todos menudeauan con tanta priessa, q̄ no se dauã punto de reposo: y fue lo bueno, que al ventero se le apagò el cãdil, y como quedaron ascuras, dauãse tan lin cõpasion todos a bulto, que a do quiera q̄ ponian la mano, no dexauan cosa sana. Alo xaua a caso aquella noche en la venta vn quadrillero, de los q̄ llamã de la santa Hermãdad vieja de Toledo, el qual oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, alio de su mediavara, y de la caja de lata de sus titulos, y entrò ascuras en el aposento, diziendo: Tenganse a la justicia, tengãse a la santa Hermãdad. Y el primero con quiẽ topò, fue con el apuñeado de don Quixote, que estaua en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno, y echandole a tienta mano a las barbas, no cessaua de dezir: Fauor a la justicia: pero viendo q̄ el que tenia asido no se bullia ni meneaua, se dio a entender q̄ estaua muerto, y que los que alli dentro estauan eran sus matadores: y con esta sospecha, reforçò la voz, diziendo: Cierrese la puerta de la venta, mi ren no se vaya nadie, que han muerto aqui a vn hombre. Esta voz sobrefaltò a todos, y cada qual dexò la pendencia en el grado que le tomò la voz. Retirose el ventero a su aposento, el harriero a sus enxalmas,

la mo-

la moça a su rancho: solos los desventurados, don Quixote y Sancho, no se pudieron mouer de donde estauan. Soltò en esto el quadrillero la barba de don Quixote, y salio a buscar luz para buscar, y prender los delinquentes, mas no la hallò, porque el ventero de industria auia muerto la lámpara, quádo se retirò a su estancia, y fuele forçoso acudir a la chimenea, donde con mucho trabajo, y tiempo encédio el quadrillero otro candil.

Cap. XVII. Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança passaron en la venta, que por su mal penso que era castillo.



VIA Ya buelto en este tiempo de su paraisimo don Quixote, y cò el mesmo tono de voz con q̄ el dia antes auia llamado a su escudero, quando estaua tendido en el val de las estacas, le començo a llamar, dizièdo: Sancho amigo duermes? Duermes amigo Sancho? Que tégò de dormir, pesia a mi, respòdio Sancho lle no de pesadúbre, y de despecho, q̄ no parece sino q̄ todos los diablos hã andado còmigo esta noche. Puedeslo creer assi sin duda, respòdio dõ Quixote: porq̄ o yo se poco, o este castillo es encãtado. Porq̄ has de saber, mas esto q̄ aora quiero dezirte, hasme de jurar q̄ lo tendras secreto hasta despues de mi muerte. Si juro, respòdio Sancho. Digolo, replicò dõ Quixote, porque foy enemigo de que se quite la honra a nadie. Digo que si juro, tornò a dezir Sancho, que lo callarè hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega a Dios que lo pueda descubrir mañana. Tan

Tercera parte de don

malas obras te hago Sancho, respondió don Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por esto, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriessen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo dō Quijote, que mas fio de tu amor y de tu cortesía: y así has de saber, que esta noche me ha sucedido vna de las mas estrañas aventuras q̄ yo sabre encarecer, y por cōtártela en breue, sabras que poco ha q̄ a mi vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y hermosa donzella, que en gran parte de la tierra se puede hallar. Que te podria dezir del adorno de su persona? Que de su gallardo entendimiento? Que de otras cosas ocultas, que por guardar la fē que deuo a mi señora Dulcinea del Toboso, dexare passar intactas, y en silencio? Solo te quiero dezir, que embidioso el cielo de tanto bien como la ventura me auia puesto en las manos. O quiça (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho, es encantado este castillo: al tiempo que yo estaua con ella en dulcissimos y amorosissimos coloquios, sin que yo la viesse, ni supiesse por donde venia, vino vna mano pegada a algun braço de algũ descomunal Gigante, y assentome vna puñada en las quixadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molio de tal suerte, q̄ estoy peor que ayer quando los harrieros, que por demasias de Rozinante, nos hizierõ el agrauio q̄ sabes. Por donde conjeturo, que el tesoro de la hermosura desta dō zella, le deue de guardar algun encantado Moro, y no deue de ser para mi. Ni para mi tampoco, respondió Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han

me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas, fue tortas y pan pintado. Pero digame señor: Como llama a esta buena y rara aventura, auiedo quedado della qual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuuo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho. Pero yo que tuue, sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? Desdichado de mi, y de la madre q̄ me pario, que ni soy cauallero andante, ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanças me cabe la mayor parte. Luego tambien estàs tu aporreado, respondió don Quixote? No le he dicho que si, pese a mi linage, dixo Sancho. No tengas pena amigo, dixo dō Quixote, que yo hare aora el balsemo precioso, cō que sanaremos en vn abrir y cerrar de ojos. Acabòen esto de encender el candil el quadrillero, y entrò a ver el que pensaua que era muerto, y asì como le vio entrar Sancho, viendole venir en camisa, y con su paño de cabeça, y candil en la mano, y con vna muy mala cara, preguntò a su amo: Señor, si ferà este a dicha el Moro encâtado que nos buelue a castigar, si se dexò algo en el tintero? No puede ser el Moro, respondió don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Sino se dexan ver, dexanse sentir, dixo Sancho: sino diganlo mis espaldas. Tambié lo podrian dezir las mias, respondió dō Quixote, pero no es bastante indicio esse, para creer que este que se vee sea el encantado Moro. Llegò el quadrillero, y como los hallò hablando en tan fofegada conuersacion, quedò suspenso. Bien es verdad, que aundon Quixote se estaua boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llego-

Tercera parte de don

se a el el quadrillero, y dixole: Pues, como va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondio dō Quixote, si fuera que vos. V faze en esta tierra hablar dessa fuerte a los caualteros andantes, majadero? El quadrillero que se vio tratar tan mal, de vn hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alçando el candil con todo su azeyte, dio a don Quixote con el en la cabeça, de fuerte que le dexò muy bien descalabrado, y como todo quedò a escuras, saliose luego. Y Sancho Pança dixo: Sin duda señor que este es el Moro encâtado, y deue de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas, y los candilazos. Afsi es, respondio don Quixote, y no ay q hazer caso destas cosas de encâtamentos, ni ay para q tomar colera ni enojo con ellas, q como son inuisibles y fantásticas, no hallaremos de quien végarlos, aunque mas lo procuremos. Leuantate Sancho si puedes, y llama al alcayde desta fortaleza, y procura que se me de vn poco de azeyte, vino, sal, y romero, para hazer el salutifero balsamo, que en verdad q creo q lo he bien menester aora, porq se me va mucha sangre de la herida q esta fantasma me ha dado. Leuátose Sâcho cō harto dolor de sus huesos, y fue a escuras donde estaua el vétero, y encontrandose cō el quadrillero, q estaua escuchando en que paraua su enemigo, le dixo: Señor quienquiera q seays, hazednos merced y beneficio, de darnos vn poco de romero, azeyte, sal, y vino, q es menester para curar vno de los mejores caualteros andantes q ay en la tierra, el qual yaze en aquella cama mal ferido, por las manos del encantado Moro q està en esta venta. Quâdo el quadrillero tal oyò, tuole por hombre falso de

sefo.

feso. Y porque ya començaua amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dixo lo que aquel buen hōbre queria. El vétero le proueyò de quanto quiso, y Sancho se lo lleuò a dō Quixote, que estaua con las manos en la cabeça, queixandose del dolor del candilazo, q̄ no le auia hecho mas mal que leuantarle dos chichones algo crecidos: y lo q̄ el pensaua q̄ era sangre, no era sino sudor q̄ sudaua cō la congoxa de la passada tormenta. En resolució, el tomò sus simples, de los quales hizo vn compuesto, mezclandolos todos, y coziendolos vn bué espacio, hasta que le parecio q̄ estauan en su pūto. Pidio luego alguna redoma para echallo, y como no la huuo en la venta, se resoluió de ponello en vna alcuza, o azeytera de hoja de lata, de quié el ventero le hizo grata donacion. Y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres, y otras tātas Ave Marias, Salues, y Credos, y a cada palabra acōpañaua vna cruz, a modo de bendició: a todo lo qual se hallarō presentes, Sancho, el vétero, y quadrillero, q̄ ya el harriero sollegado méte andaua entēdiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso el mesmo hazer luego la esperiécia de la virtud de aquel precioso balsa mo q̄ el se imaginaua: y así se beuió de lo q̄ no pudo caber en la alcuza, y quedaua en la olla dōde se auia cozido casi media azūbre, y apenas lo acabò de beber, quādo comēço a vomitar de manera, q̄ no le quedò cosa en el estomago, y cō las ansias y agitació del vomito, le dió vn sudor copiosísimo, por lo qual mādò q̄ le arropassen, y le dexassen solo. Hizierolo así, y quedose dormido mas de tres horas, al cabo de las quales despertò y se sintio aliuiadísimo del cuerpo,

y en

Tercera parte de don

y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuuo por sano. Y verdaderamente creyo q̄ auia acertado con el balfamo de Fierabras, y q̄ con aquel remedio, podia acometer desde allí adelante sin temor alguno, qualesquiera ruynas, batallas, y penden-
cias, por peligrosas q̄ fuesfen. Sancho Pança que tã-
bié tuuo a milagro la mejoría de su amo, le rogò que
le dieffe a el lo que quedaua en la olla, que no era
poca cantidad. Concediofelo don Quixote, y el ro-
mandola a dos manos, cõ buena fè, y mejor talante,
se la echò a pechos, y enualó bien poco menos que
su amo. Es pues el caso, que el estomago del pobre
Sancho, no deuia de ser tan delicado como el de su
amo, y assi primero que vomitasse le dieron tantas
anfiyas y vascas, con tantos trasudores y desmayos,
que el penso bien y verdaderamente, que era llega-
da su vltima hora: y viendose tã affigido y congoxa-
do, maldezia el balfamo, y al iadrò que se lo auia da-
do. Viendole assi dõ Quixote, le dixo: Yo creo San-
cho que todo este mal te viene de no ser armado ca-
uallero: porque tengo para mi, que este licor no de-
ue de aprouechar a los que no lo son. Si effo sabia
vuestra merced, replicò Sancho, mal aya yo, y toda
mi parentela, para que consintio que lo gustasse? En
esto hizo su operacion el breuage, y començo el po-
bre escudero a desfaguarse por entrambas canales,
con tanta priessa, que la estera de enea sobre quien
se auia buuelto a echar, ni la manta de angeo con que
se cubria, fuerò mas de prouecho. Sudaua y trasuda-
ua con tales parasismos y accidentes, que no solamẽ-
te el, sino todos pensaron que se le acabaua la vida.
Durole esta borrasca, y mala andança, casi dos horas,
al

al cabo de las quales no quedò como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podia tener. Pero don Quixote, que como se ha dicho, se sintio aliviado y sano, quiso partirse luego a buscar aventuras, pareciendole que todo el tiempo que alli se tardaua, era quitar sele al mundo, y a los en el menesterosos de su fauor y amparo: y mas con la seguridad y confianza que lleuaua en su balsamo: y assi forçado deste desseo, el mismo enfillò a Rozinante, y enalbardò al jumento de su escudero, a quien tambien ayudò a vestir, y a subir en el asno. Pùtose luego a cauallo, y llegandose a vn rincon de la venta, alio de vn lançon que alli estaua, para que le siruiesse de lança. Estauanle mirando todos quantos auia en la venta, que passauã de mas de veynte personas, mirauale tambien la hija del ventero, y el tambié no quitaua los ojos della, y de quando en quando arrojaua vn suspiro, que parecia que lo arrancaua de lo profundo de sus entrañas, y todos pensauã que deuia de ser del dolor que sentia en las costillas, alomenos pensuanlo aquellos que la noche antes le auia visto bismar. Ya que estuuieron los dos a cauallo, puesto a la puerta de la venta, llamò al ventero, y con voz muy reposada y graue, le dixo: Muchas y muy grandes son las mercedes, señor Alcayde, q̄ en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadissimo a agradeceroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en hazeros vengado de algun soberuio que os aya fecho algun agrauio, sabed que mi officio no es otro sino valer a los que poco puedé, y vengar a los que reciben tuertos, y castigar a leuosias. Recorred vuestra memoria, y si hallays alguna cosa deste. jaez
que.

Tercera parte de don

que encomendarme, no ay sino dezilla, que yo os prometo, por la orden de cauallero que recebi, de fazeros satisfecho y pagado, a toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mesmo fofsiego: Señor cauallero, yo no tégono necesidad de que vuestra merced me venga ningú agrauio, porque yo se tomar la vengança q̄ me parece, quando se me hazen. Solo he menester que vuestra merced me pague el gasto q̄ esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y ceuada de sus dos bestias, como de la cena y camas. Luego venta es esta? Replicô don Quixote. Y muy honrada, respondió el vêttero. Engañado he vivido hasta aqui, respondió don Quixote, que en verdad que pense que era castillo, y no malo: pero pues es así, que no es castillo sino venta: lo q̄ se podra hazer por aora es, que perdoneys por la paga, que yo no puedo contrauenir a la ordē de los caualleros andâtes: de los quales se cierto (sin que hasta aora aya leydo cosa en contrario) que jamas pagaron posada, ni otra cosa, en vêta donde estuuieffen. Porque se les deue de fuero y de derecho, qualquier buen acogimiento que se les hiziere, en pago del insufrible trabajo que padecen, buscando las aventuras de noche y de dia, en inuierno, y en verano, a pie y a cauallo, con sed y có hambre, có calor, y có frio, sugetos a todas las inclemencias del cielo, y a todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en effo, respondió el ventero, paguefeme lo que se me deue, y dexemonos de cuétos, ni de cauallerias, q̄ yo no tengo cuenta có otra cosa, que con cobrar mi haziéda. Vos soys vn sandio, y mal hostalero, respondió don Quixote, y poniendo piernas a Rozinante, y ter-
ciando

quando su lançon se salio de la venta sin que nadie le detuiesse: y el sin mirar si le seguia su escudero, se alongo vn buen trecho. El ventero que le vio yr, y que no le pagaua, acudio a cobrar de Sancho Pança, el qual dixo, que pues su señor no auia querido pagar, que tampoco el pagaria, porque siendo el escudero de cauallero andante como era, la mesma regla y razon corria por el como por su amo, en no pagar cosa alguna, en los mesones y vêtas. Amohinose mucho desto el ventero, y amenazole que sino le pagaua, que lo cobraria de modo que le pesasse. A lo qual Sancho respondio, que por la ley de caualleria que su amo auia recebido, no pagaria vn solo cornado, aunque le costasse la vida, porque no auia de perder por el la buena y antigua vfança de los caualleros andantes, ni se auian de quejar del los escuderos de los tales, que estauan por venir al mundo, reprehandole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaua en la venta, se hallassen quatro perayles de Segouia, tres agujeros del potro de Cordoua, y dos vezinos de la heria de Seuilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y jugueta, los quales casi como instigados y movidos de vn mismo espiritu, se llegaron a Sancho, y apeandole del asno, vno dellos entrò por la manta de la cama del huesped: y echandole en ella, alzaron los ojos, y vieron que el techo era algo mas baxo de lo que auian menester para su obra, y de terminaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo. Y alli puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron

Tercera parte de don

çaron a leuantarle en alto y a holgar se con el, como con perro por carne stolendas. Las voces q̄ el misero manteado daua, fueron tantas, que llegaron a los oydos de su amo: el qual deteniendose a escuchar atentamente, creyò que alguna nueua auëtura le venia, hasta que claramente conocio que el que gritaua era su escudero, y boluiendo las riendas, con vn penado galope llegò a la venta, y hallandola cerrada la rodeò, por ver si hallaua por donde entrar. Pero no huuo llegado a las paredes del corral (que no eran muy altas) quando vio el mal juego que se le hazia a su escudero. Viole baxar y subir por el ayre, con tanta gracia y presteza, que si la colera le dexara, tengo para mi que se riera. Prouò a subir desde el cauallo a las bardas, pero estaua tan molido y quebrantado, que aun apear se no pudo: y assi desde encima del cauallo començo a dezir tantos denuestos, y baldones a los que a Sancho manteauan, que no es posible acertar a escreuillos, mas no por esto cessauã ellos de su rifa, y de su obra, ni el bolador Sancho dexaua sus queexas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos, mas todo aprouechaua poco, ni aprouechò, hasta que de puro cansados le dexaron. Truxeronle alli su asno, y subiendole encima, le arroparon con su gauan. Y la compassiua de Maritornes, vièdo le tan fatigado, le parecio ser bien socorrelle con vn jarro de agua, y assi se le truxo del pozo, por ser mas frio. Tomole Sancho, y lleuandole a la boca, se parò a las voces que su amo le daua, diziendo: Hijo Sancho no beuas agua, hijo no la beuas que te matara, ves aqui tengo el santissimo balmamo (y enseñauale la alcuza del breuage) que con dos gotas que del
beuas

beuas sanarás sin duda. A estas voces boluio Sancho los ojos como de traues, y dixo con otras mayores: Por dicha hasele olvidado a vuestra merced, como yo no soy cauallero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche. Guardese sulicor con todos los diablos, y dexeme a mi. Y el acabar de dezir esto, y el començar a beuer, todo fue vno: mas como al primer trago vio que era agua, no quiso passar adelante, y rogò a Maritornes que se le truxesse de vino: y assi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagò de su mesmo dinero, porque en efecto se dize della, que aunque estaua en aquel trato, tenia vnas sombras y lexos de Christiana. Assi como beuio Sancho, dio de los carcaños a su asno, y abriendole la puerta de la venta de par en par, se salio della, muy contento de no auer pagado nada, y de auer salido con su intenciõ, aunque auia sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdades, que el ventero se quedò con sus alforjas, en pago de lo que se le deuia: mas Sancho no las echò menos, segun salio turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, assi como le vio fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente, que aunque don Quixote fuera verdaderamente de los caualleros andantes de la tabla redonda, no le estimaran en dos ardites.

Cap. XVIII. Donde se cuentan las razones que passò Sancho Pança con su señor don Quixote, con otras auenturas dignas de ser contadas.

Tercera parte de don



LEGO Sancho a su amo, marchito y del mayado, tanto que no podia harrear a su jumento. Quando así le vio don Quixote, le dixo: Ahora acabo de creer Sancho bueno, que aquel castillo, o venta, es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron passatiempo contigo, que podian ser sino fantasmas, y gente del otro mundo. Y confirmo esto, por auer visto que quando estaua por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rozinante, porque me deuian de tener encantado: que te juro por la fè de quien soy, que si pudiera subir, o apearme, que yo te hiziera vengado de manera, que aquellos follones, y Malandrines, se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contrauenir a las leyes de caualleria, que como ya muchas vezes te he dicho, no consienten que cauallero ponga mano contra quien no lo sea, sino fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de vrgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera, o no fuera armado cauallero, pero no pude: aunque tengo para mi, que aquellos que se holgaron conmigo, no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra merced dize, sino hombres de carne, y de hueso como nosotros: y todos segùn los ohi nombrar, quando me bolteaua, renian sus nombres, q̄ el vno se llamaua Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernández; y el vètero oî q̄ se llamaua Iuã Palomeque el Zurdo. Así que señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del cauallo, en al estuuu, que en encantamètos. Y lo que

que yo faco en limpio de todo esto, es, que estas auenturas que andamos buscando, al cabo, al cabo, nos há de traer a tantas desuéturas, que no sepamos qual es nuestro pie derecho. Y lo q̄ seria mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el boluer nos a nuestro lugar, aora que es tiempo de la siega, y de entender en la hazienda, dexandonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dizen. Que poco sabes Sancho, respódió don Quixote, de achaque de caualleria, calla y ten paciencia, que dia vendra, donde veas por vista de ojos, quan honrosa cosa es andar en este exercicio. Sino dime, q̄ mayor contéto puede auer en el mundo, o que gusto puede ygualarse al de vécer vna batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna. Afsi deue de ser, respódió Sancho, pueſto que yo no lo se. Solo se que despues q̄ somos caualleros andantes, o vuestra merced lo es (que yo no ay para q̄ me cuente en tan honroso numero) jamas hemos vécido batalla alguna, sino fue la del Vizcayno, y aun de aquella salio vuestra merced cō media oreja, y media zelada menos, q̄ despues aca todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, lleuando yo de ventaja el máteamiento, y auerme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo végar me, para saber hasta dō dellega el gusto del vencimiéto del enemigo, como vuestra merced dize. Essa es la pena q̄ yo tengo, y la que tu deues tener Sancho, respódió don Quixote: pero de aqui adeláte, yo procurare auer a las manos alguna espada hecha por tal maestria, q̄ al que la truxere consigo, no le puedan hazer ningun genero de encantaméto. Y aun podria ser que me deparasse la

Tercera parte de don

ventura aquella de Amadis, quando se llamaua el cauallero de la ardiente espada, que fue vna de las mejores espadas que tuuo cauallero en el mundo: porq̄ fuera q̄ tenia la virtud dicha, cortaua como vna nauaja, y no auia armadura por fuerte y encantada que fuesse, que se le parasse delante. Yo soy tan vteroso, dixo Sancho, que quando esto fuesse, y vuestra merced viniessse a hallar espada semejante, solo vendria a seruir y aprouechar a los armados caualleros, como el balsamo, y a los escuderos q̄ se los papen dueños. No temas esto Sãcho, dixo don Quixote, q̄ mejor lo hara el cielo contigo. En estos coloquios yuã don Quixote y su escudero, quando vio don Quixote, q̄ por el camino que yuan, venia hàzia ellos vna grande y espessa poluareda, y en viẽdola se boluio a Sancho, y le dixo: Este es el dia, o Sãcho, en el qual se ha de ver el biẽ q̄ me tiene guardado mi fuerte. Este es el dia digo, en que se ha de mostrar tãto como en otro alguno, el valor de mi braço, y en el q̄ tengo de hazer obras q̄ queden escritas en el libro de la fama, por todos los venideros siglos. Ves aq̄lla poluareda, q̄ alli se leuãta Sãcho? Pues toda es quaxada de vn copiosissimo exercito, que de diuersas è innumerables gentes, por alli viene marchando. A essa cuenta dos deuẽ de ser, dixo Sancho, porq̄ desta parte contraria se leuanta afsi mesmo otra semejante poluareda. Boluio a mirarlo don Quixote, y vio que afsi era la verdad: y alegrandose sobremanera, penso sin duda alguna, que eran dos exercitos que veniã a enuestirse, y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenia a todas horas y momentos llena la fantasia, de aquellas batallas, encantamẽtos, successos,

defati-

defatinos, amores, defafios, que en los libros de cavallerias se cuentan: y todo quanto hablaua pensaua, o hazia, era encaminado a cosas semejantes, y la poluareda que auia visto, la leuantaúan dos grandes manadas de ouejas y carneros, que por aquel mesmo camino, de dos diferentes partes venian, las quales con el poluo no se echaron de ver, hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahincó afirmaua don Quixote, que eran exercitos, que Sancho lo vino a creer, y a dezirle: Señor, pues que hemos de hazer nosotros? Que, dixo don Quixote, fauorecer y ayudar a los menesterosos y desualidos. Y has de saber Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduze y guia, el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana: este otro que a mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del armangado braço, porque siempre entra en las batallas con el braço derecho desnudo. Pues porque se quieren tan mal estos dos señores, preguntò Sancho? Quieren se mal, respondió don Quixote, porque este Alifanfaron es vn furibundo pagano, y està enamorado de la hija de Pentapolin, que es vna muy fermosa, y ademas agraciada señora, y es Christiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, sino dexa primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se buelue a la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, sino haze muy bien Pentapolin, y que le tégode ayudar en quãto pudiere. En esto haràs lo que deues Sancho, dixo don Quixote, porq̃ para entrar en batallas semejãtes, no le requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza esto, respondió Sancho:

Tercera parte de don

pero donde pōdremos a este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de passada la refriega, porq̄ en entrar en ella en semejante cavalleria, no creo que está en vso hasta agora. Afsi es verdad, dixo don Quixote, lo que puedes hazer del, es, dexarle a sus aventuras, agora se pierda, o no, porque será tãtos los cauallos que tendremos despues que salgamos vendedores, que aun corre peligro Rozinate, no le trueque por otro. Pero estame atēro, y mira que te quiero dar cuenta de los cauallos mas principales que en estos dos exercitos vienen. Y para que mejor los veas y notes, retiremonos a aquel altillo q̄ alli se haze, de donde se deuen de descubrir los dos exercitos. Hizieronlo afsi, y pusieronse sobre vna loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que a don Quixote se le hizierō exercito, si las nuues del poluo que leuantauan no les turbara, y cegara la vista: pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia, ni auia, con voz leuantada començo a dezir: Aquel cauallo que alli ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo vn leon coronado, rendido a los pies de vna donzella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puēte de Plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata, en campo azul, es el temido Micocolembos, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros Giganteos, que está a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo vna puerra, que segun es fama, es vna de las del tēplo que derribò Sanson, quando cō su muerte se vengò de sus enemigos.

Pero

Pero buelue los ojos a estotra parte, y veras delante y en la frente destotro exercito, al siempre vencedor, y jamas vencido, Timonel de Carcajona, principe de la nueua Vizcaya, que viene armado con las armas partidas a quarteles azules, verdes, blancas, y amarillas, y trae en el escudo vn gato de oro, en campo leonado, con vna letra que dize, Miau, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dize es la fin par Miulina, hija del Duque Alfeñiquen del Algarue. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa Alfana, que trae las armas como nueue blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es vn cauallero nouel de nacion Frances, llamado Pierres Papiñ, señor de las Baronias de vtrique: el otro q̄ bate las hijadas cō los herrados carcaños, a aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia, Espartañlaro del Bosque, que trae por empresa en el escudo vna esparraguera, con vna letra en Castellano, que dize así, Rastrea mi suerte. Y desta manera fue nombrando muchos caualleros, del vno y del otro esquadron que el se imaginaua: y a todos les dio sus armas, colores, empresas, y motes de improuiso, lleuado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguio, diziendo: A este esquadron frontero, forman y hazen gentes de diuersas naciones; aqui estan los que beuen las dulces aguas del famoso Xanto, los Montuosos q̄ pisian los Masilicos campos: los que criban el finisimo y menudo oro en la felice Arabia: los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte: los que sangran por muchas y diuersas vias, al dorado Pactolo:

Tercera parte de don

los Numidas dudosos en sus promessas: los Persas, en
arcos, y flechas famosos: los Partos, los Medos, que
pelean huyendo: los Arabes de mudables casas: los
Citas tan crueles como blancos: los Etiopes de ho-
radados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros
conozco y veo, aunque de los nombres no me
acuerdo. En estotro esquadron vienen los que be-
uen las corrientes cristalinas del oliuifero Betis, los
que tersan y pulen sus rostros, con el licor del siem-
pre rico y dorado Tajo: los que gozan las prouecho-
sas aguas del diuino Genil: los que pisan los Tarte-
sios campos de pastos abundantes: los que se ale-
gran en los eliseos Xerezanos prados: los Manche-
gos ricos, y coronados de rubias espigas: los de hie-
rro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda:
los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mante-
dumbre de su corriente, los que su ganado apacien-
tan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadia-
na, celebrado por su escondido curso, los que tiem-
blan con el frio del siluoso Pirineo, y con los blan-
cos copos del leuantado Apenino. Finalmente,
quantos toda la Europa en si contiene y encierra.
Valame Dios, y quantas prouincias dixo, quantas
naciones nombrò, dandole a cada vna con maraui-
llosa presteza, los atributos que le pertenecian, to-
do absorto y empapado en lo que auia leydo en
sus libros mentirosos. Estaua Sancho Pança colga-
do de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando
en quando boluia la cabeça a ver si veia los cau-
lleros, y Gigantes que su amo nombraua: y como
no descubria a ninguno, le dixo: Señor encomiendo
al diablo hombre ni Gigante, ni cauallero de quan-

ros vuestra merced dize parece por todo esto, alomenos yo no los veo, quiza todo deve ser encântamêto, como las fantasmas de anoche. Como dizes esso, respondió dō Quixote? No oyes el relinchar de los cauallos, el tocar de los clarines, el ruydo de los atâbores? No oygo otra cosa, respôdio Sancho, sino muchos balidos de ouejas y carneros: y así era la verdad, porq̄ ya llegauan cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo don Quixote, te haze Sancho q̄ ni veas, ni oyas a derechas. Porq̄ vno de los efectos del miedo, es turbar los sentidos, y hazer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tâto temes, retirate a vna parte, y dexame solo, q̄ solo basto a dar la vitoria, a la parte a quien yo diere mi ayuda: y diziendo esto, puso las espuelas a Rozinante, y pueta la lança en el ristre, baxò de la costezuela como vn rayo. Diòle voces Sancho, diziendole: Bueluase vuestra merced señor don Quixote, que voto a Dios que son carneros, y ouejas las que va a enuestir. Bueluase, desdichado del padre que me engendrò, que locura es esta? Mire que no ay Gigante, ni cauallero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos, ni enteros; ni veros azules, ni endiablados: que es lo que haze pecador soy yo a Dios? Ni por essas boluio don Quixote, antes en altas voces yua diziendo: Ea caualleros, los que seguís y militays debaxo de las vanderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado braço, seguidme todos, vereys quan facilmente le doy vengança de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diziendo se entrò por medio del esquadron de las ouejas, y començo de alanceallas con tanto corage y denuedo;

Tercera parte de don

como si de veras aláccara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada veniã, dauãle voces que no hizieffe aquello, pero viendo que no aprouechauan, desciñeronse las hondas y començaron a saludalle los oydos, con piedras como el puño. Don Quixote no se curaua de las piedras, antes discurrendo a todas partes. Adonde estàs soberuio Alifanfaron, vente a mi que vn cauallero solo soy, que deslea de solo a solo prouar tus fuerças, y quitarte la vida, en pena de la q̄ das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegò en esto vna peladilla de arroyo, y dandole en vn lado le sepultò dos costillas en el cuerpo. Viendose tan mal trecho, creyò sin duda que estaua muerto, o mal ferido; y acordandose de su licor, sacò su alcuza y pufosela a la boca, y començò a echar licor en el estomago: mas antes que acabasse de enuasar lo que a el le parecia que era bastante, llegò otra almendra, y diole en la mano, y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedaços, lleuandole de camino tres o quatro dientes y muelas de la boca, y machucandole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero, y tal el segundo, que le fue forçoso al pobre cauallero, dar consigo del cauallo a baxo. Llegaròse a el los pastores, y creyeron que le auian muerto. Y asì con mucha priesa recogierò su ganado, y cargarò de las reses muertas, que passauan de siete, y sin aueriguar otra cosa se fueron. Estauase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hazia, y arrãcauase las barbas, maldiziendo la hora y el punto en que la fortuna se le auia dado a conocer. Viendole pues caydo en el suelo, y que ya los pastores se auian

ydo

ydo, baxò de la cuesta , y llegose a el y hallole de muy mal arte, aunque no auia perdido el sentido, y dixole: No le dezia yo, señor don Quixote, que se boluiesse, q̄ los que yua a acometer no eran exercitos, sino manadas de carneros. Como esso puede del parecer, y contrahazer, aquel ladron del sabio mi enemigo. Sabete Sancho que es muy facil cosa a los tales, hazernos parecer lo que quieré, y este Maglimo que me perligue, embidioso de la gloria que vio que yo auia de alcáçar desta batalla, ha buelto los esquadrones de enemigos, en manadas de ouejas. Sino haz vna cosa Sancho, por mi vida, porque te defenagães y veas ser verdad lo que te digo, sube en tu asno, y siguelos bonitamente, y veras como en alexándose de aqui algun poco, se bueluen en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pintè primero. Pero no vayas aora, que he menester tu fauor y ayuda: llegate a mi, y mira quantas muelas y dientes me faltã, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegose Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya auia obrado el balfamo en el estomago de don Quixote, y al tiempo que Sancho llegò a mirarle la boca, arrojò de si mas rezio que vna escopeta, quanto dentro tenia, y dio con todo ello en las barbas del compasiuuo escudero. Santa Maria, dixo Sancho, y que es esto que me ha sucedido, sin duda este pecador està herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando vn poco mas en ello, echò de ver en la color, sabor, y olor, que no era sangre, sino el balfamo de la alcuza q̄ el le auia visto beuer: y fue tanto
el asco

Tercera parte de don

el asco que tomò, que reboluiendose le el estomago, vomitò las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudio Sancho a su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar a su amo, y como no las hallò, estuuò a punto de perder el juyzio: maldixose de nuevo, y propuso en su coraçon, de dexar a su amo y bolverse a su tierra, aunque perdiessse el salario de lo seruido, y las esperanças del gouierno de la prometida insula. Leuantose en esto don Quixote, y puesta la mano yzquierda en la boca, porque no se le acabasssen de salir los dientes, asio con la otra las riendas de Rozinante, que nunca se auia mouido de junto a su amo (tal era de leal y bien acondicionado) y fuessse a donde su escudero estaua, de pechos sobre su asno, con la mano en la mexilla, en guisa de hombre pensatiuo ademas. Y viendole don Quixote de aquella manera, con muestras de tanta tritteza, le dixo: Sabete Sancho, que no es vn hombre mas que otro, sino haze mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serrenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aqui se sigue, que auiendo durado mucho el mal, el bien està ya cerca. Así que no deues congojarte, por las desgracias que a mi me suceden, pues a ti no te cabe parte dellas. Como no, respondió Sancho: por ventura el que ayer mantearon, era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que oy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo? Que te faltan las alforjas Sancho, dixo don Quixote? Si que me faltan, respondió Sancho. Desses modo

modo no tenemos que comer oy, replicò don Quixote. Eſto fuera, reſpondio Sancho, quando faltan por eſtos prados las yeruas que vueſtra merced dize que conoce, con que ſuelen ſuplir ſemejantes faltas, los tan malauenturados caualleros andantes como vueſtra merced es. Con todo eſto, reſpondio dō Quixote, tomara yo aora mas ayna vn quartal de pã, o vna hogaza, y dos cabeças de ſardinas arenques, que quantas yeruas deſcriue Dioſcorides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna. Mas con todo eſto ſube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mi, que Dios que es proueedor de todas las coſas, no nos ha de faltar: y mas andando tan en ſu ſeruicio, como andamos, pues no falta a los mosquitos del ayre, ni a los gufanillos de la tierra, ni a los renaquajos del agua. Y es tan piadoſo, que haze ſalir ſu ſol, ſobre los buenos y los malos, y llueue ſobre los injuſtos y juſtos. Mas bueno era vueſtra merced, dixo Sancho, para predicador, que para cauallero andante. De todo ſabian, y han de ſaber, los caualleros andantes Sancho, dixo dō Quixote, porque cauallero andante huuo en los paſſados ſiglos, que aſi ſe paraua a hazer vn ſermon, o platica en mitad de vn campo real, como ſi fuera graduado por la vniuerſidad de Paris: de donde ſe infiere, que nunca la lança embotò la pluma, ni la pluma la lança. Aora bien, ſea aſi como vueſtra merced dize, reſpondio Sancho, vamos aora de aqui, y procuremos donde aloxar eſta noche, y quiera Dios que ſea en parte donde no aya mantas, ni manteadores, ni fantafmas, ni Moros encantados, que ſi los ay, darè al diablo el hato, y el garuato. Pidelo tu a Dios
hijo,

Tercera parte de don

hijo, dixo don Quixote, y guia tu por donde quisieres, que esta vez quiero dexar a tu eleccion el alojarnos: pero dame aca la mano, y atientame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho, de la quixada alta, que alli siento el dolor. Metio Sancho los dedos, y estandole atentando, le dixo: Quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondió don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice señor, respondió Sancho. Digo quatro, sino eran cinco, respondió don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caydo, ni comido de neguion, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media: y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daua, que mas quisiera que me huierã derribado vn braço, como no fuera el de la espada. Porque te hago saber Sancho, que la boca sin muelas, es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar vn diente, que vn diamante. Mas a todo esto estamos sugetos los que professamos la estrecha orden de la caualleria: sube amigo, y guia, que yo te seguire al passo que quisieres. Hizolo así Sancho, y encaminose házia donde le parecio que podia hallar acogimiento, sin salir del camino Real, que por alli yua muy seguido. Y endose pues poco a poco, porque el dolor de las quixadas de don Quixote no le dexaua sossegar, ni atender a darse priessa, quiso Sancho

entretienelle, y diuertirle, diziendole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fue, lo que se dira en el siguiente capitulo.

Cap. XIX. De las discretas razones que Sancho passaua con su amo, y de la auentura que le sucedio con vn cuerpo muerto: con otros acontecimientos famosos.

PARECEME Señor mio, que todas estas desueltas que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced, contra la orden de su caalleria, no auiendo cumplido el juramêto que hizo, de no comer pan a manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello que a esto se sigue, y vuestra merced jurò de cumplir, hasta quitar aquel Almete de Malandrino, o como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon Sancho, dixo don Quixote. Mas para dezirte verdad, ello se me auia passado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no auermelo tu acordado en tiempo, te sucedio aquello de la manta: pero yo hare la enmienda, que modos ay de composicion en la orden de la caalleria para todo. Pues jurê yo algo por dicha, respondió Saicho? No importa que no ayas jurado, dixo don Quixote, basta que yo entiêdo que de participantes no estàs muy seguro: y por si, o por no, no será malo prouernos de remedio. Pues si ello es assi, dixo Sancho, mire vuestra merced no se le torne a olvidar esto, como lo del juramento, quiza le boluera

Tercera parte de don

boluera la gana a las fantasmas, de solazarse otravez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz. En estas y otras platicas, les tomò la noche en mitad del camino, sin tener, ni descubrir dõde aquella noche se recogiesen: y lo que no auia de bueno en ello, era, que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas, les faltò toda la despensa y matataje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedio vna auentura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecia. Y fue, que la noche cerrò con alguna escuridad, pero con todo esto caminauan, creyendo Sancho, que pues aquel camino era Real, a vna, o dos leguas, de buena razon hallaria en el alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mesmo camino que yuan, venian hàzia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se mouian. Pasmose Sancho en viendòlas, y don Quixote no las tuuo todas consigo: tirò el vno del cabestro a su asno, y el otro de las riendas a su Rozino, y estuuieron quedos, mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se yuan acercando a ellos, y mientras mas se llegauan, mayores parecian. A cuya vista Sancho començò a temblar como vn azogado, y los cabellos de la cabeça se le erizaron a don Quixote. El qual animandose vn poco, dixo: Esta sin duda Sancho due de ser grandissima y peligrosissima auentura, donde serà necessario q̄ yo muestre todo mi valor y esfuerço. Desdichado de mi, respondió Sancho, si a caso esta auentura fuesse de fantasmas, como me lo

me lo va pareciendo, adonde aura costillas que la sufran. Por mas fantasmas que sean, dixo don Quixote, no consentire yo que te toque en el pelo de la ropa: que si la otra vez se burlaron contigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero agora estamos en campo raso, donde podrè yo como quisiere esgremir mi espada. Y si le encantà y entomecen, como la otra vez lo hizieron, dixo Sancho, que aprouecharà estar en campo abierto, o no? Con todo esso, replicò don Quixote, te ruego Sancho, que tengas buen animo, que la experiècia te dara a entender el que yo tengo. Si tendrè, si a Dios plaze, respondió Sancho, y apartandose los dos a vn lado del camino, tornaron a mirar atentamente, lo que aquello de aquellas lumbres que caminauan podia ser: y de alli a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el animo de Sancho Pança, el qual comèço a dar diente con diente, como quiè tiene frio de quartana: y crecio mas el batir y dentellear, quando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veynte encamisados, todos a cauallo, con sus hachas encédidas en las manos: detras de los quales venia vna litera, cubierta de luto, a la qual seguian otros seys de a cauallo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caualllos en el fofsiego con que caminauan. Yuan los encamisados murmurando entre si, con vna voz baxa, y compasiua. Esta estraña vision a tales horas, y en tal despoblado, bié bastaua para poner miedo en el coraçon de Sancho, y aun en el de su amo: y assi fuera en quanto a don

28
Tercera parte de don

Quixote, que ya Sancho auia dado al traues con todo su esfuerço. Lo contrario le auino a su amo, al qual en aquel punto se le representò en su imaginacion al viuo, que aquella era vna de las auenturas de sus libros. Figurotele, que la litera eran andas donde deuia de yr algun mal ferido, o muerto cauallero, cuya vengança a el solo estaua referuada: y sin hazer otro discurso enristrò su lançon, pufose bien en la silla, y con gentil brio, y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forçosamente auian de passar; y quando los vio cerca açò la voz, y dixo: Deteneos caualleros, quien quiera que seays, y dadme cuenta de quien soys? de donde venis? adonde vays? que es lo que en aquellas andas lleuays? que segun las muestras: o vosotros aueys fecho, o vos han fecho algun defaguisado, y conuiene, y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que fezistes, o bien para vengaros, del tuerto que vos fizieron. Vamos de priesta, respondió vno de los encamisados, y está la venta lexos, y no nos podemos detener a dar tanta cuenta como pedis: y picando la mula passò adelante. Sintiose desta respuesta grandemente don Quixote, y trauando del freno, dixo: Deteneos, y sed mas bien oriado, y dadme cuenta de lo que os he pregütado, sino conmigo soys todos en batalla. Era la mula affombrazada, y al tomarla del freno se espantò de manera, que açandose en los pies dio con su dueño por las ancas en el suelo. Vn moço que yua a pie, viendo caer el encamisado, començò a denostar a dō Quixote, el qual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando

trando su lançon, arremetio a vno de los enlutados, y mal ferido dio con el en tierra: y reboluiendose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia, y desbarataua, que no parecia sino que en aquel instante le auian nacido alas a Rozinante, segun andaua de ligero, y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa, y sin armas, y assi con facilidad en vn momento dexaron la refriega, y començaron a correr por aquel campo, cõ las hachas encendidas, que no parecian sino a los de las mascararas, que en noche de regozijo y fiesta corren. Los enlutados assi mesmo, rebueltos, y embueltos en sus faldamentos, y lobs, no se podian mouer: assi que muy a su saluo don Quixote los apaleò a todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado: porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno que les salia a quitar el cuerpo muerto, que en la litera lleuauan. Todo lo miraua Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y dezia entre si: Sin duda este mi amo es tan valiente y esforçado como el dize. Estaua vna hacha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribò la mula, a cuya luz le pudo ver don Quixote, y llegando se a el le puso la punta del lançon en el rostro, diziendole, que se rindiesse, sino que le mataria. A lo qual respondió el caydo: Harto rendido estoy, pues no me puedo mouer, que tẽgo vna pierna quebrada: suplico a vuestra merced, si es cauallero Christiano, que no me mate, que cometerà vn gran sacrilegio, que soy Licenciado, y tengo las primeras ordenes. Pues quien diablos os ha traydo aqui, dixo don Quixote, siendo hombre de Iglesia?

Tercera parte de don

Quien señor, replicò el caydo, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo don Quixote, sino me satisfazeys a todo quanto primero os pregunte. Con facilidad serà vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado, y así sabra vuestra merced, que aunque denantes dixè que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller, y llamome Alonso Lopez, soy natural de Alcouendas, vengo de la ciudad de Baeça, con otros onze sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas: vamos a la ciudad de Segouia acompañando vn cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de vn cauallero que murio en Baeça, donde fue depositado, y aora (como digo) lleuauamos sus huesos a su sepultura, que está en Segouia, de donde es natural. Y quien le matò, preguntò don Quixote. Dios, por medio de vnas calenturas pestilentes que se dieron, respondió el Bachiller. Dessa suerte, dixo don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que auia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le huiera muerto: pero auiendole muerto quien le matò no ay sino callar, y encoger los ombros, porque lo mesmo hiziera si a mi mesmo me matara. Y quiero que sepa vuestra reuerencia, que yo soy vn cauallero de la Mancha, llamado don Quixote, y es mi oficio y exercicio, andar por el mundo endereçando tuertos, y desfaziendo agrauios. No se como pueda ser esso de endereçar tuertos, dixo el Bachiller, pues a mi de derecho me auèys buelto tuerto, dexandome vna pierna quebrada, la qual no se verà derecha en todos los dias de su vida: y el agrauio que en mi auèys deshecho, ha sido de xarme

xarme agraviado de manera, que me quedarè agraviado para siempre: y harta desventura ha sido topar con vos que vays buscando aventuras. No todas las cosas, respondió don Quixote, suceden de vn mismo modo: el daño estuuo, señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellizes, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejaades cosa mala, y del otro mundo, y así yo no pudo dexar de cumplir con mi obligacion acometiendoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que erades los mesmos Satanases del infierno, que por tales os juzguè, y tuue siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico a vuestra merced señor cauallero andante (que tan mala andança me ha dado) me ayude a salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada vna pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dixo don Quixote, y hasta quando aguardauades a dezir me vuestro afan? Dio luego voces a Sancho Pança, que viniesse: pero el no se curò de venir, porque andaua ocupado desbalijando vna azemila de repuesto, que trahian aquellos buenos señores, bien baltezida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gauan, y recogiendo todo lo que pudo, y cupo en el talego, cargò su jumento, y luego acudio a las voces de su amo, y ayudò a sacar al señor Bachiller, de la opresion de la mula: y poniendole encima della, le dio la hacha, y don Quixote le dixo, que siguiessse la derrota de sus compañeros, a quien de su parte pidiesse perdon del

Tercera parte de don

agrauio, que no auia sido en su mano dexar de auer le hecho. Dixole tambien Sancho: Si a caso quisieren saber estos señores, quien ha sido el valeroso que tales los puso, dirales vuestra merced, que es el famoso don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama, El cauallero de la triste Figura. Con esto se fue el Bachiller, y don Quixote preguntò a Sancho, que que le auia mouido a llamarle el cauallero de la triste Figura, mas entonces que nunca? Yo se lo dire, respondió Sancho, porque le he estado mirando vn rato a la luz de aquella hacha que lleua aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco aca, que jamas he visto: y de uelo de auer caulado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta de las muelas, y dientes. No es esto, respondió don Quixote, sino que el sabio a cuyo cargo deue de estar el escreuir la historia de mis hazañas, le aura parecido, que será bien que yo tome algun nombre apelatiuo, como lo tomauan todos los caualleros passados: qual se llamaua el de la ardiente Espada: qual el del Vnicornio: aquel de las Donzellas: aqueste el del auer Fenix: el otro el cauallero del Grifo: estotro el de la Muerte: y por estos nombres, è insignias eran conozidos por toda la redondez de la tierra. Y assi digo, que el Sabio ya dicho, te aura puesto en la lengua, y en el pensamiento aora, que me llamasses el cauallero de la triste Figura, como pienso llamarme desde oy en adelante: y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hazer pintar, quando aya lugar en mi escudo, vna muy triste figura. No ay para que gastar tiempo, y dineros en hazer
esta

esta figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hazer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro a los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imagen, ni escudo le llamaran el de la triste Figura: y creame que le digo verdad, porque le prometo a vuestra merced señor, (y esto sea dicho en burlas) que le haze tan mala cara la hambre, y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podra muy bien escusar la triste pintura. Riose don Quixote, del donayre de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo, ô rodela, como auia imaginado: y dixole: Yo entiendo Sancho, que quedo descomulgado, por auer puesto las manos violentamente en cosa sagrada; *Iuxta illud, si quis suadente diabo- lo, &c.* Aunque se bien que no puse las manos, sino este lançon: quanto mas, que yo no pense que ofendia a sacerdotes, ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto, y adoro como Catolico, y fiel Christiano que soy, sino a fantasmas, y a vestiglos del otro mûdo. Y quando esso así fuesse, en la memoria tengo lo que le passô al Cid Ruy Diaz quando quebro la silla del Embaxador de aquel Rey, delante de su Santidad del Papa, por lo qual lo descomulgò, y anduuo aquel dia el buen Rodrigo de Viuar, como muy honrado, y valiente cauallero. En oyêdo esto el Bachiller se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera don Quixote mirar, si el cuerpo que venia en la litera eran huesos, o no, pero no lo consintio Sancho, diziendole: Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa auentura lo mas a su saluo, de todas las que yo he visto, esta gente

aunque vencida y desbaratada, podria ser que
 cayesse en la cuenta de que los vencio sola vna
 persona, y corridos, y auergonçados desto, bol-
 uieffen a rehazerse, y a buscarnos, y nos dieffen
 en que entender. El jumento està como conuie-
 ne, la montaña cerca, la hambre carga, no ay que
 hazer sino retirarnos con gentil compas de pies:
 y como dizen, vayasse el muerto a la sepultura, y
 el viuo a la hogaza: y antecogiendo su asno, ro-
 gò a su señor que le siguiesse: el qual parecién-
 dole que Sancho tenia razon, sin boluerle a repli-
 car le siguió. Y a poco trecho que caminauan por
 entre dos montañuelas, se hallaron en vn espacio
 fo, y escondido valle, donde se apearon, y Sancho
 aliniò el jumento, y tendidos sobre la verde yer-
 ua, con la falsa de su hambre, almorçaron, comie-
 ron, merendaron, y cenaron a vn mesmo punto,
 satisfaziendo sus estomagos con mas de vna fiam-
 brera que los señores clerigos del difunto (que
 pocas vezes se dexan mal passar) en la azemila de
 su repuesto trahian. Mas sucedioles otra desgra-
 cia, que Sancho la tuuo por la peor de todas, y
 fue, que no tenían vino que beuer, ni aun agua que
 llegar a la boca: y acossados de la sed, dixo Sancho,
 viendo que el prado donde estauan estaua
 colmado de verde y menuda yerua,
 lo que se dirá en el siguiente
 capitulo.

Cap. XX. De la jamas vista ni oyda auentura que con mas poco peligro fue acabada del famoso cauallero en el mundo, como la que acabò el valeroso don Quixote de la Mancha.

NO Es posible señor mio, sino que estas yeruas dan testimonio de que por aqui cerca deue de estar alguna fuete, o arroyo, que estas yeruas humedece: y assi será bien que vamos vn poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciòle bien el consejo a dō Quixote, y tomando de la rienda a Rozinãte, y Sancho del cabestro a su alno, despues de auer puesto sobre el los relieues que de la cena quedaron, començaron a caminar por el prado arriba a tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaua ver cosa alguna: mas no huieron andado dozientos passos quando llegò a sus oydos vn grande ruydo de agua, como que de algunos grandes y leuantados riscos se despeñaua. Alegroles el ruydo en grã manera, y parandose a escuchar hàzia que parte sonaua, oyeron a deshora otro estruendo, que les agudò el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso, y de poco animo. Digo que oyeron que dauan vnos golpes a compas, con vn cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pavor a qualquier otro coraçon que no fuera el de don Quixote. Era la noche, como se ha

Tercera parte de don

dicho, escura, y ellos acertaron a entrar entre vnos arboles altos, cuyas hojas mouidas del blando viento, hazian vn temeroso y manso ruydo: de manera, que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruydo del agua, con el susurro de las hojas, todo causaua horror, y espanto: y mas quando vieró, que ni los golpes cessauan, ni el viento dormia, ni la mañana llegaua: añadiendose a todo esto, el ignorar el lugar donde se hallauã. Pero don Quixote, acompañado de su intrepido coraçon, saltó sobre Rozinante, y abraçando su rodela, terció su lançõ, y dixo: Sanchito amigo, has de saber, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad, de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como fuele llamarle. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quién ha de resucitar los de la tabla redonda, los doze de Francia, y los nueue de la fama; y el que ha de poner en oluido los Platires, los Tablantes, Oliuãtes, y Tirantes: los Febos, y Belianises, con toda la caterua de los famosos caualleros andantes del passado tiempo, haziendo en este en que me hallo, tales grandezas, estrañezas, y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos fizieron. Bien notas escudero fiel, y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y cófuso estruêdo destos arboles, el temeroso ruydo de aquella agua en cuya buscavénimos, que parece q̃ se despeña y derumba desde los altos montes de la luna, y quel incessable golpear que nos hiere y lastima los oydos; las quales cosas todas juntas, y cada vna por si, son bastantes a infundir miedo, te-
mor,

mor, y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado a semejantes acontecimientos, y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto, son incentiuos, y despertadores de mi animo, que ya haze que el coraçon me rebiente en el pecho, cõ el desseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa q̃ se muestra. Afsi q̃ aprieta vn poco las cinchas a Rozinante, y quedate a Dios, y esperame aqui hasta tres dias no mas, en los quales sino boluiere, puedes tu boluerte a nuestra aldea, y desde alli, por hazerme merced, y buena obra, y ras al Toboso, donde diras a la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautiuo caballero murio, por acometer cosas que le hiziesse digno de poder llamarse fuyo. Quando Sancho oyò las palabras de su amo, començò a llorar con la mayor ternura del mundo, y a dezirle: Señor, yo no se porque quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: aora es de noche, aqui no nos vee nadie, bien podemos torcer el camino, y defuiarnos del peligro, aunque no beuamos en tres dias: y pues no ay quien nos vea, menos aura quien nos note de cobardes. Quanto mas, que yo he oydo predicar al Cura de nuestro lugar (que vuestra merced bien conoce) que quien busca el peligro perece en el: afsi que, no es bien tentar a Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro: y basta los que ha hecho el cielo cõ vuestra merced, en librarle de ser manteado, como yo lo fuy, y en facarle vencedor, libre, y saluo de entre tantos enemigos como acompañauan al difunto. Y quando todo esto

Tercera parte de don

no mueua ni ablande esse duro coraçon, mueuale el pensar, y creer, que a penas se aura vuestra merced apartado de aqui, quando yo de miedo dè mi anima a quien quisiere lleuarla. Y osali de mi tierra, y dexè hijos y muger, por venir a seruir a vuestra merced, creyendo valer mas, y no menos: pero como la cudicia rôpe el saco, a mi me ha rasgado mis esperanças, pues quando mas viuas las tenia de alcançar aquella negra, y mal hadada insula, que tãtas vezes vuestra merced me ha prometido, veo q̄ en pago y trueco della, me quiere aora dexar en vn lugar tan apartado del trato humano. Por vn solo Dios, señor mio, que nõ se me haga tal desaguifado: y ya q̄ del todo no quiera V. m. desistir de acometer este fecho, dilatelo alomenos hasta la mañana, q̄ a lo que a mi me muestra la ciencia q̄ aprendi quando era pastor, no deue de auer desde aqui al Alua tres horas: porque la boca de la bozina està encima de la cabeça, y haze la media noche en la linea del braço yzquierdo. Como puedes tu Sancho, dixo dõ Quixote, ver donde haze essa linea, ni donde està essa boca, o esse colodrillo q̄ dizes, si haze la noche tan escura q̄ no parece en todo el cielo estrella alguna? Afsi es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos, y vee las cosas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto q̄ por buen discursobie se puede entender q̄ ay poco de aqui al dia. Falte lo q̄ faltare, respondió don Quixote, q̄ no se ha de dezir por mi aora, ni en ningun tiempo, q̄ lagrimas y ruegos me apartarõ de hazer lo q̄ deuia a estilo de cauallero: y afsi te ruego Sancho, q̄ calles, que Dios q̄ me ha puesto en coraçon de acometer

aora

aora esta tan no vista, y tan temerosa auentura, tendra cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza. Lo que has de hazer, es, apretar bien las cinchas a Rozinante, y quedarte aqui, que yo dare la buelta presto, o viuo, o muerto. Viendo pues Sancho la vltima resolucion de su amo, y quan poco valian con el sus lagrimas, consejos, y ruegos, determinò de aprouecharse de su industria, y hazerle esperar hasta el dia si pudiesse: y assi quando apretaua las cinchas al cavallo, bonitamente, y sin ser sentido atò con el cabestro de su asno, ambos pies a Rozinante, de manera que quando don Quixote se quiso partir no pudo, porque el cavallo no se podia mouer sino a saltos. Viendo Sancho Pança el buen suceso de su embuste, dixo: Ea señor, que el cielo conmouido de mis lagrimas, y plegarias, ha ordenado que no se pueda mouer Rozinante, y si vos quereys porfiar, y espolear, y dalle, serà enojar a la Fortuna, y dar cozes (como dicen) contra el aguijon. Desesperauase con esto dó Quixote, y por mas que ponía las piernas al cavallo, menos le podia mouer: y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuuo por bien de sossegar-se, y esperar, o a que amaneciesse, o a que Rozinante se meneasse, creyendo sin duda, que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y assi le dixo: Pues assi es Sancho, que Rozinante no puede mouerse, yo soy contento de esperar a que rria el Alua, aunque yo lllore lo que ella tardare en venir. No ay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendre a vuestra merced, contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es que se quiera apear, y echarse

Tercera parte de don

echarse a dormir vn poco sobre la verde yerua, a vso de caualleros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el dia, y punto de acometer esta tan desemejable auentura que le espera. A que llamas apear, o a que dormir, dixo don Quixote? Soy yo por ventura de aquellos caualleros que toman reposo en los peligros? Duermes tu que naciste para dormir, o haz lo que quisieres, que yo hare lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced señor mio, respondió Sancho, que no lo dixes por tanto: y llegando a el, puso la vna mano en el arzon delantero, y al otro en el otro, de modo que quedô abraçado con el muslo yzquierdo de su amo, sin osarse apartar del vn dedo: tal era el miedo que tenia a los golpes, que todavia alternatiuamente sonauan. Dixole don Quixote, que contasse algun cuento para entretenerle, como se lo auia prometido: a lo que Sancho dixo, que si hiziera, si le dexara el temor de lo que oia, pero con todo esso yo me esforçarè a dezir vna historia, que si la acierto a contar, y no me van a la mano, es la mejor de las historias: y esteme vuestra merced atento, q̄ ya comienço. Era se que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar. Y aduertia vuestra merced, señor mio, q̄ el principio que los antiguos dieron a sus consejas, no fue así como quiera, q̄ fue vna sentencia de Caton Conzorino Romano, que dize: Y el mal para quien le fuere a buscar: que viene aqui como anillo al dedo, para q̄ vuestra merced se estè quedo, y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos boluamos por otro camino, pues nadie nos fuerza
a que

a que sigamos este, donde tantos miedos nos sobrefaltan. Sigue tu cuento Soncho, dixo don Quixote, y del camino que hemos de seguir dexame a mi el euydado. Digo pues, profiguio Sancho, q̄ en vn lugar de Estremadura auia vn pastor cabrerizo, que ro dezir, q̄ guardaua cabras, el qual pastor, o cabrerizo, como digo de mi cueto, se llamaua Lope Ruyz: y este Lope Ruyz, andaua enamorado de vna pastora que se llamaua Torralua, la qual pastora llamada Torralua, era hija de vn ganadero rico, y este ganadero rico. Si deessa manera cuetas tu cueto Sancho, dixo dō Quixote, repitiendo dos vezes lo q̄ vas diciendo, no acabaras en dos dias: dillo seguidamente, y cuentalo como hōbre de entendimiēto, y sino no digas nada. De la misma manera q̄ yo lo cuento, respondió Sancho, se cuenta en mi tierra todas las cofejas, y yo no se contarle de otra, ni es bien q̄ V. m. me pida q̄ haga vfos nuevos. Di como quisieres, respondió don Quixote, q̄ pues la suerte quiere q̄ no pueda dexar de escucharte, profigue. Así q̄, señor mio de mi anima, profiguio Sancho, q̄ como ya tengo dicho, este pastor andaua enamorado de Torralua la pastora, q̄ era vna moça rolliza, zahareña, y tiraua algo a hōbruna, porque tenia vnos pocos vigotes, q̄ parece q̄ aora laveo. Luego conocistela tu, dixo dō Quixote? No la conoci yo, respondió Sancho, pero quien me contō este cueto me dixo, q̄ era tã cierto y verdadero, q̄ podia bien quãdo lo cōtasse a otro, afirmar y jurar, q̄ lo auia visto todo. Así q̄ yendo dias, y viniēdo dias, el diablo q̄ no duerme, y q̄ todo lo añasca, hizo de manera, q̄ el amor que el pastor tenia a la pastora se boluiesse en omezillo,
y mala.

Tercera parte de don

y mala voluntad, y la causa fue, segun malas len-
guas, vna cierta cantidad de zelillos que ella le dio,
tales, que passauan de la raya, y llegauan a lo veda-
do: y fue tanto lo que el pastor la aborrecio de alli
adelante, que por no verla se quiso ausentar de
aquella tierra, è yrse donde sus ojos no la vies-
sen jamas. La Torralua que se vio desdeñada del Lo-
pe, luego le quiso bien, mas que nunca le auia que-
rido. Esta es natural condicion de mugeres, dixo
don Quixote, desdeñar a quien las quiere, y amar
a quien las aborrece, passa adelante Sancho. Suce-
dio, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su
determinacion, y antecogiendo sus cabras se en-
caminô por los campos de Estremadura, para pas-
farse a los Reynos de Portugal. La Torralua que
lo supo se fue tras el, y seguiale a pie y descalça, des-
de lexos, con vn bordon en la mano, y con vnas al-
forjas al cuello, donde lleuaua (segun es fama) vn
pedaço de espejo, y otro de vn peyne, y no se que
botezillo de mudas para la cara: mas lleuasse lo que
lleuasse, que yo no me quiero meter aora en averi-
guallo. Solo dire que dizen, que el pastor llegó
con su ganado a passar el rio Guadiana, y en aque-
lla sazón yua crecido, y casi fuera de madre: y por
la parte que llegó no auia barca, ni barco, ni quien
le passasse a el, ni a su ganado de la otra parte, de lo
que se cógoxò mucho, porque veía que la Torral-
ua venia ya muy cerca, y le auia de dar mucha pe-
sadumbre con sus ruegos y lagrimas: mas tanto an-
duuo mirando, que vio vn pescador que tenia jun-
to a si vn barco tan pequeño, que solamente podía
caber en el vna persona, y vna cabra: y có todo esto

le hablò y concertò con el, que le passasse a el, y a trezientas cabras que lleuaua. Entrò el pescador en el barco, y passò vna cabra, boluio y passò otra, tornò a boluer, y tornò a passar otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va passando, porque si se pierde vna de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra del. Sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte, estaua lleno de cieno, y resbaloso, y tardaua el pescador mucho tiempo en yr y boluer. Con todo esto, boluio por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las passò todas, dixo don Quixote, no andes yendo y viniendo dessa manera, que no acabaràs de passarlas en vn año. Quantas hã passado hasta aora, dixo Sancho? Yo que diablos se, respondió don Quixote. He aì lo que yo dixi, que tuuiesse buena cuenta. Pues por Dios q̄ se ha acabado el cuento, que no ay passar adelante. Como puede ser esso, respondió don Quixote? tan de essencia de la historia es, saber las cabras que han passado por estenso, que si se yerra vna del numero, no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porq̄ asì como yo preguntè a vuestra merced, que me dixesse quãtas cabras auia passado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante se me fue a mi de la memoria quanto me quedaua por dezir, y a fe que era de mucha virtud y còtento. De modo, dixo don Quixote, q̄ ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Digote de verdad, respondió don Quixote, q̄ tu has contado vna de las mas nueuas confejias, cuèro, o historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal

Tercera parte de don

modo de contarla, ni dexarla, jamas se podra ver, ni aora visto en toda la vida, aunq̄ no esperaua y o otra cosa de tu buen discurso, mas no me marauillo, pues quiça estos golpes q̄ no cessan, te deué de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho, mas yo se que en lo de mi cuento, no ay mas que dezir, que alli se acaba, do comienza el yerro de la cuéta del passage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dixo don Quixote, y veamos si se puede mouer Rozinante. Tornole a poner las piernas, y el tornô a dar saltos y a estar se quedo, tanto estaua de bien atado. En esto parece ser, o que el frio de la mañana que ya venia, o q̄ Sancho huuiel-se cenado algunas cosas lenitiuas, o que fuesse cosa natural (que es lo que mas se deve creer) a el le vino en voluntad y desseo de hazer lo que otro no pudiera hazer por el. Mas era tanto el miedo que auia entrado en su coraçon, que no osaua apartarse vn negro de vna de su amo. Pues pensar de no hazer lo que tenia gana, tâpoco era posible, y assi lo que hizo por bien de paz, fue soltar la mano derecha, que tenia afida al arzon trasero, con la qual bonitamente y sin rumor alguno, se soltô la laçada corrediza, con que los calçones se sostenian, sin ayuda de otra alguna, y en quitandose la dieró luego a baxo, y se le quedaró como grillos: tras esto alçô la camisa lo mejor que pudo, y echô al ayre entrambas posaderas, (que no eran muy pequeñas). Hecho esto (que el pèfo que era lo mas que tenia que hazer, para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobreuino otra mayor, que fue, que le parecia que no podia mudarse, sin hazer estrepito y ruydo, y començo a apretar
los

los dientes, y a encoger los ombros, recogiendo en si el aliento todo quanto podia. Pero con todas estas diligencias, fue tan desdichado, que al cabo al cabo, vino a hazer vn poco de ruydo, bien diferente de aquel que a el le ponía tãto miedo. Oyolo don Quixote, y dixo: Que rumor es esse Sãcho? No se señor, respondió el, alguna cosa nueva deue de ser, que las auenturas y desauenturas, nunca comiençan por poco. Tornò otra vez a prouar ventura, y sucediole tã bien, que sin mas ruydo ni alboroto que el pasado, se hallò libre de la carga que tanta pesadumbre le auia dado. Mas como don Quixote tenia el sentido del holfato, tã viuio como el de los oydos, y Sancho estaua tan junto y cosido con el, que casi por linea recta subian los vapores hàzia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegassen a sus narizes: y apenas huieron llegado, quando el fue al socorro, apretandolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso, dixo: Pareceme Sancho, q̃ tienes mucho miedo? Si tengo, respondió Sancho, mas en que lo echa de ver vuestra merced aora mas que nunca? En que aora mas que nunca hueles, y no a ambar, respondió don Quixote. Bien podra ser, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae a deshoras, y por estos no acostumbrados passos. Retirate tres o quatro alla amigo, dixo don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narizes) y desde aqui adelãte ten mas cuenta con tu persona, y con lo que deues a la mia, que la mucha conuersacion q̃ tengo contigo, ha engẽdrado este menosprecio. Apostare, replicò Sancho, q̃ piensa vuestra merced, q̃ yo he hecho de mi persona alguna cosa q̃ no

Tercera parte de don

deua. Pero es meneallo amigo Sancho, respondi don Quixote. En estos coloquios, y otros semejates, passarõ la noche, amo y moço. Mas viendo Sancho que a mas andar se venia la mañana, con mucho tiẽto desligò a Rozinante, y se atò los calçones. Como Rozinante se vio libre (aunque el de suyo no era nada brioso) parece que se resintio, y començo a dar manotadas, porque corbetas (con perdon suyo) no las sabia hazer. Viendo pues don Quixote, que ya Rozinante se mouia, lo tuuo a buena seña, y creyò que lo era, de que acometiesse aquella temerosa auẽtura. Acabò en esto de descubrirse el alua, y de parecer distintamente las cosas, y vio don Quixote, que estaua entre vnos arboles altos, que eran castaños, que hazen la sombra muy escura: sintio tambien que el golpear no cessaua, pero no vio quien lo podia causar. Y assi sin mas detenerse, hizo sentir las espuelas a Rozinante, y tornando a despedirse de Sancho, le mandò que alli le aguardasse tres dias, a lo mas largo (como ya otra vez se lo auia dicho) y que si al cabo dellos no huuiesse buuelto tuuiesse por cierto, que Dios auia sido seruido, de que en aquella peligrosa auentura se le acabassen sus dias. Tornole a referir el recado y embaxada, q̄ auia de llevar de su parte a su seõora Dulcinea, y que en lo que tocava a la paga de sus seruicios, no tuuiesse pena, porque el auia dexado hecho su testamento, antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante a su salario, rata por cantidad del tiempo que huuiesse seruido. Pero que si Dios le sacaua de aquel peligro, sano, y saluo, y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta,

la prometida Infula. De nuevo tornò a llorar Sãcho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinò de no dexarle, hasta el vltimo transito y fin de aquel negocio. Destas lagrimas, y determinacion tan honrada de Sancho Pança, saca el autor desta historia, que deuia de ser bien nacido, y por lo menos Christiano viejo. Cuyo sentimiento enternecio algo a su amo, pero no tanto que mostrasse flaqueza alguna, antes dissimulãdo lo mejor q̄ pudo, començo a caminar házia la parte por donde le pareció que el ruydo del agua, y del golpear venia. Seguiale Sancho a pie, llevando como tenia de costumbre, del cabestro a su jumento, perpetuo compañero de sus prosperas y aduersas fortunas. Y auiendo andado vna buena pieça por entre aquellos castaños y arboles sombríos, dieron en vn pradezillo que al pie de vnas altas peñas se hazia, de las quales se precipitaua vn grandíssimo golpe de agua. Al pie de las peñas estauan vnas casas mal hechas, que mas parecian ruynas de edificios, que casas, de entre las quales aduirtieron que salia el ruydo y estruendo de aquel golpear (que aun no cessaua). Alborotose Rozinante con el estruendo del agua, y de los golpes: y fofsegandole don Quixote, se fue llegando poco a poco a las casas, encomendandose de todo coraçon a su señora, suplicandole que en aquella temerosa jornada, y empresa le fauoreciesse: y de camino se encomendauz tambien a Dios, que no le olvidasse. No se le quitaua Sancho del lado, el qual alargaua quanto podia el cuello, y la vista, por entre las piernas de Rozinante, por ver si veria ya, lo que tan suspenso

y medroso le tenia. Otros cien passos serian los que anduieron, quando al doblar de vna punta, parecio descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra de aquel horritono, y para ellos espantable ruydo, que tan suspensos y medrosos toda la noche los auia tenido. Y eran (sino lo has, o lector, por pesadumbre y enojo) seys maços de batan, que con sus alternatiuos golpes, aquel estruendo formauan. Quando don Quixote vio lo que era, enmudecio y pasmose de arriba a baxo. Mirole Sancho, y vio que tenia la cabeça inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró tambien don Quixote a Sancho, y viole que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con euidentes señales de querer reventar con ella: y no pudo su melancolia tanto con el, que a la vista de Sancho, pudiesse dexar de reyrse: y como vio Sancho que su amo auia comenzado, soltó la presa de manera, que tuuo necesidad de apretarse las hijadas con los puños, por no reventar riendo. Quatro vezes sossegò, y otras tantas boluio a su risa con el mismo impetu que primero: de lo qual ya se daua al diablo don Quixote: y mas quando le oyò dezir, como por modo de filga: Has de saber, o Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos. Y por aqui fue repitiendo, todas, o las mas razones que don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viédo pues don Quixote, que Sancho hazia burla del, se corrio y enojò en tanta manera, que alçò el lançon, y

çon, y le assentò dos palos, tales, que si como los recibio en las espaldas, los recibiera en la cabeça, quedara libre de pagarle el salario, sino fuera a sus herederos. Viendo Sancho que sacaua tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no passasse adelante en ellas, có mucha humildad le dixo: Solsie guese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlays, no me burlo yo, respondió don Quixote. Venid aca señor alegre, pareceos a vos que si como estos fueron maços de batan, fuerã otra peligrosa aventura, no auia yo mostrado el animo que conuenia, para emprédella yacaballa? Estoy yo obligado a dicha (siendo como soy cauallero) a conocer y destinguir los fones, y saber quales son de batan, o no? Y mas que podria ser (como es verdad) q̄ no los he visto en mi vida, como vos los aureys visto, como villano ruyn que soys, criado y nacido entre ellos. Sino hazed vos que estos seys maços, se bueluan en seys layanes, y echadmelos a las barbas vno a vno, o todos juntos, y quando yo no diere có todos patas arriba, hazed de mi la burla que quisieredes. No aya mas señor mio, replicò Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño, en demasia: pero digame vuestra merced, aora que estamos en paz, assi Dios le saque de todas las aventuras que le succierẽ, tan sano y saluo como le ha sacado desta, no ha sido cosa de reyr, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido, alomenos el que yo tuue, que de vuestra merced, ya yo se que no le conoce, ni sabe que es temor, ni espanto? No niego yo, respondió don Quixote, que lo que nos ha succedido, no sea cosa digna de rila, pero no es digna de contarse, que

Tercera parte de don

no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas. Alomenos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lançon, apuntandome a la cabeça, y dandome en las espaldas: gracias a Dios, y a la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldra en la colada, que yo he oydo dezir: Esse te quiere bien, que te haze llorar: y mas que suelen los principales señores, tras vna mala palabra que dizen a vn criado, darle luego vnas calças, aunque no le lo que le suelen dar tras auerle dado de palos: si ya no es, que los cauallos andantes, dan tras palos Insulas, o Reynos, en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo dó Quixote, que todo lo que dizes viniessse a ser verdad: y perdona lo passado, pues eres discreto, y sabes que los primeros mouimientos no son en mano del hombre: y està aduertido de aqui adelante en vna cosa (para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo) que en quantos libros de cauallerias he leydo, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablasse tanto con su señor, como tu con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta, tuya, y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas. Sique Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, Conde fue de la Insula firme. Y se lee del, que siempre hablaua a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeça, y doblado el cuerpo (more Turquesco). Pues q̄ diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fue tan callado, que para declarar nos la excelencia de su marauilloso silencio, solà vna vez se nombra su nombre, en toda aquella tan grande como verdadera.

dera historia. De todo lo que he dicho, has de inferir Sancho, que es menester hazer diferencia, de amo a moço, de señor a criado, y de cauallero a escudero. Así que desde oy en adelante, nos hemos de tratar cõ mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cantaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido, llegaràn a su tiempo, y sino llegaren, el salario alomenos no se ha de perder (como ya os he dicho). Eitã bien quanto vuestra merced dize, dixo Sancho. Pero querria yo saber (por si a caso no llegasse el tiempo de las mercedes, y fuesse necessario acudir al de los salarios) quanto ganaua vn escudero de vn cauallero andãte en aquellos tiempos? y si se concertauan por meses, o por dias, como peones de albañir? No creo yo, respondió don Quixote, que jamas los tales escuderos estuuieron a salario, sino a merced. Y si yo aora te le he señalado a ti, en el testamento cerrado que dexè en mi casa, fue por lo que podia suceder, que aun no se como prueua en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caualleria, y no querria que por pocas cosas penasse mi anima en el otro mundo. Porque quiero que sepas Sãcho, que en el no ay estado mas peligroso, que el de los auentureros. Así es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruydo de los maços de vn batã, pudo alborotar y desaffostegar el coraçon de vn tan valeroso andante auenturero, como es vuestra merced. Mas bien puede estar seguro, que de aqui adelante, no despliegue mis labios, para hazer donayre de las cosas de vuestra merced, sino fuere para honorarle, como a mi amo y señor natural. Dessa manera,

Tercera parte de don

replicò don Quixote, viuiras sobre la haz de la tierra, porque despues de a los padres, a los amos se ha de respetar, como si lo fuessen.

Cap. XXI. Que trata de la alta auentura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro inuencible cauallero.



EN ESTO Començò a llouer vn poco, y quisiera Sancho q̄ se entraran en el molino de los batanes. Mas auiales cobrado tal aborrecimiento don Quixote, por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro: y assi torciendo el camino a la derecha mano, dieron en otro como el que auian lleuado. el dia de antes. De alli a poco, descubrio don Quixote vn hombre a cauallo, que trahia en la cabeça vna cosa que relumbraua, como si fuera de oro, y aun el a penas le huuo visto, quando se boluio a Sancho, y le dixo: Pareceme Sancho, que no ay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas: especialmente aquel que dize: Donde vna puerta se cierra otra se abre. Digo lo, porque si anoche nos cerrò la ventura la puerta de la que buscauamos, engañandonos con los batanes, aora nos abre de par en par otra, para otra mejor y mas cierta auentura, que si yo no acertare a entrar por ella, mia sera la culpa, sin que la pueda dar a la poca noticia de batanes, ni a la escuridad de la noche. Digo esto, porque sino me engaño, hàzia nosotros viene vno, que trae en su cabe:

fu cabeza puestas el yelmo de Mambrino, sobre que yo hize el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dize, y mejor lo que haze, dixo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes, que nos acabassen de batanar, y aporrear el sentido. Valate el diablo por hombre, replicò don Quixote, que va de yelmo a batanes? No se nada, respondió Sancho, mas a fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quiza diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaua en lo q̄ dize. Como me puedo engañar en lo que digo, traydór escrupuloso, dixo don Quixote? Dime, no ves aquel cauallero que hàzia nosotros viene, sobre vn cauallò ruzio rodado, que trae puesto en la cabeza vn yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, respondió Sancho, no es sino vn hombre sobre vn alno pardo, como el mio, que trae sobre la cabeza vna cosa que relumbra. Pues esse es el yelmo de Mambrino, dixo don Quixote, apartate a vna parte, y dexame con el a solas, verás quan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta auentura, y queda por mio el yelmo que tanto he desseado. Yo me tengo en cuydado el apartarme, replicò Sancho: mas quiera Dios torno a dezir, que oregano sea, y no batanes. Ya os he dicho hermano, que no me menteys ni por pienso mas esso de los batanes, dixo don Quixote, que voto, y no digo mas, que os batanee el alma. Callò Sancho, con temor que su amo no cumpliesse el voto, que le auia echado redondo como vna bola. Espues el caso, que el yelmo, y el cauallò, y cauallero que don Quixote venia, era esto, que en aquel contorno auia dos lugares, el vno tan pequeño, que ni

tenia

Tercera parte de don

tenia botica, ni barbero, y el otro que estaua junto a si, y assi el barbero del mayor, seruia al menor: en el qual tuuo necesidad vn enfermo de sangrarse, y otro de hazerse la barba, para lo qual venia el barbero y trahia vna bazia de az ofar. Y quiso la suerte, q̄ al tiempo que venia, començô a llouer, y porque no se le m̄achasse el sombrero, que deuia de ser nuevo, se puso la bazia sobre la cabeça, y como estaua limpia, desde media legua relumbraua. Venia sobre vn asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasion que a don Quixote le parecio caualloruzio rodado, y cauallero, y yelmo de oro: que todas las cosas que veia, con mucha facilidad las acomodaua a sus desuarias cauallerias, y mal andantes pensamientos. Y quando el vio que el pobre cauallero llegaua cerca, sin ponerse con el en razones, a todo correr de Rozinante, le enristrô con el lançon baxo, lleuando intencion de passarle de parte a parte. Mas quando a el llegaua, sin detener la furia de su carrera, le dixo: Desfiédete cautiua criatura, o entriegame de tu voluntad, lo que con tanta razon se me deue. El barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo, vio venir aquella fantasma sobre si, no tuuo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lança, sino fue el dexarse caer del asno a baxo: y no huuo tocado al suelo, quando se leuantô mas ligero que vn gamo, y començô a correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dexose la bazia en el suelo, cõ la qual se contentô dô Quixote, y dixo, que el pagano auia andado discreto, y que auia imitado al Castor: el qual viendo se acosado de los caçadores, se taraça y harta cõ los dientes, a quello por lo que el por distinto natu-

to natural sabe, que es perseguido. Mandò a Sàcho, que açasse el yelmo, el qual tomàdola en las manos, dixo: Por Dios que la bazia es buena, y que vale vn real de a ocho, como vn maravedi. Y dandofela a su amo, se la puso luego en la cabeça, rodeandola a vna parte y a otra, buscandole el encaxe: y como no se le hallaua, dixo: Sin duda que el pagano, a cuya medida se forjó primero esta famosa celada, deuia de tener grandissima cabeça, y lo peor delloes, que le falta la mitad. Quando Sancho oyò llamar a la bazia, celada, no pudo tener la risa, mas vino se le a las mientes, la colera de su amo, y callò en la mitad della. De q̄ teries Sancho, dixo don Quixote? Riome, respòdio el, de considerar la gran cabeça que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja si vna bazia de barbero, pintiparada. Sabes que ymagino Sancho, que esta famosa pieça deste encantado yelmo, por algun extraño accidente deuio de venir a manos de quien no supo conoçer, ni estimar su valor, y sin saber lo que hazia, viendola de oro purissimo, deuio de fundir la otra mitad para aproucharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bazia de barbero, como tu dizes: pero sea lo que fuere, q̄ para mi que la conozco, no haze al caso su trásmutacion, que yo la adereçare en el primer lugar donde aya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el Dios de las herrerias, para el Dios de las batallas: y en este entretãto la traere como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas, que bien sera bastante para defenderme de alguna pedrada. Esto sera, dixo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los

Tercera parte de don

los dos exercitos, quando le fantiguaron a vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza, donde venia aquel benditissimo breuaje, que me hizo vomitar las assaduras. No me da mucha pena el auerle perdido, que ya sabes tu Sancho, dixo don Quixote, que yo tégola receta en la memoria. Tambien la tégoyo, respondió Sancho. Pero si yo le hiziere, ni le prouare mas en mi vida, aqui sea mi hora. Quanto mas que no piéso ponerme en ocasion de auerle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos, de ser ferido, ni de ferir a nadie. De lo del ser otra vez mantecado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden preuenir, y si vienē, no ay que hazer otra cosa, sino encoger los ombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse yr por donde la suerte, y la manta nos lleuare. Mal Christia no eres Sancho, dixo oyendo esto don Quixote, por que nunca olvidas la injuria q̄ vna vez te hā hecho: pues sabete que es de pechos nobles y generosos, no hazer caso de niñerías. Que pie facaste coxo, q̄ costilla quebrada, q̄ cabeça rota, para que no se te oluide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fue y passatiempo, q̄ a no entēderlo yo assi, ya y ohuiera buuelto alla, y huiera hecho en tu végança mas daño, que el q̄ hizieron los Griegos por la robada Elena. La qual si fuera en este tiēpo, o mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura, que no tuuiera tãta fama de hermosa como tiene: y aqui dio vn suspiro, y le puso en las nuues. Y dixo Sãcho, por burlas, pues la vengança no puede passar en veras: pero yo se de que calidad fueron las veras y las burlas, y se tambié q̄ no se me caeran de la memoria, como nũca se qui-

erán

eran de las espaldas. Pero dexãdo esto a parte, digame vuestra merced, q̄ haremos deste cauallo ruzio rodado, q̄ parece asno pardo, q̄ dexò aqui desamparado aquel Martino, q̄ vuestra merced derribò, q̄ segú el puso los pies en poluorosa, y cogio las de Villadiego, no llena pergenio de boluer por el jamas, y para mis barbas, sino es bueno el ruzio. Nunca yo acostumbro, dixo don Quixote, despojar a los q̄ venço, ni es uso de caualleria, quitarles los caualllos y dexar los a pie: si ya no fuesse q̄ el vencedor huuielle perdido en la pendècia el suyo, q̄ en tal caso, licito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita. Afsi q̄ Sancho dexa esse cauallo, o asno, o lo q̄ tu quisieres q̄ sea, q̄ como su dueño nos vea alongados de aqui, boluera por el. Dios sabe si quisiera llevarle, replicò Sancho, o por lo menos trocalle cõ este mio, q̄ no me parece tan bueno, verdaderamente q̄ son estrechas las leyes de caualleria, pues no se estiendè a dexar trocar vn asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos si quiera. En esso no estoy muy cierto, respòdio dõ Quixote, y en caso de duda (hãta estar mejor informado) digo q̄ los trueques, si es q̄ tienes dellos neccsidad estrema. Tã estrema es, respòdio Sancho, q̄ si fuerã para mi mesma persona, no los huuiera menester mas: y luego abilitado cõ aquella licècia, hizo mutacio caparù, y puso su jumèto a las mil lindezas, dexandole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorçarò de las sobras del real q̄ del azemila despojarò, beuierò del agua del arroyo d los batanes, sin boluer la cara a mirallos (tal era el aborrecimiento q̄ les teniã, por el miedo en q̄ les auia puesto, q̄ cortada la colera, y aun la malèconia, subieron

202
Tercera parte de don

subieron a cauallo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caualleros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron a caminar por donde la voluntad de Rozinante quiso (que se llevaua tras si la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaua, en buen amor y compañía). Con todo esto boluieró al camino real, y siguieron por el a la vêtura, sin otro designio alguno. Y endo pues asì caminando, dixo Sancho a su amo: Señor quiere vuestra merced darme licencia, q̄ de parta vn poco con el, que despues q̄ me puso aquel aspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estomago, y vna sola que aora tengo en el pico de la lengua, no querria q̄ se mal lograse? Dila, dixo dō Quixote, y se breue en tus razonamientos, que ninguno ay gustoso, si es largo. Digo pues señor, respòdio Sancho, que de algunos dias a esta parte he considerado, quã poco se gana y grangea, de andar buscando estas aventuras, que vuestra merced busca por estos desiertos y encruzijadas de caminos, donde ya q̄ se vençan y acaben las mas peligrosas, no ay quien las vea ni sepa, y asì se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuyzio de la intenciõ de vuestra merced, y de lo que ellas merecen. Y asì me parece que seria mejor (saluo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuessemos a seruir a algun Emperador, o a otro Principe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo seruicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerças, y mayor entendimiento: q̄ visto esto del señor a quié seruiremos, por fuerça nos ha de remunerar, a cada qual segun sus meritos;
y alli

y alli no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los limites escuderiles: aunque se dezir, que si se vfa en la caualleria escriuir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dizes mal Sancho, respondió don Quixote, mas antes que se llegue a esse termino, es menester andar por el mundo, como en aprouacion, buscando las auenturas: para que acabando algunas, se cobre nombre y fama, tal, que quando se fuere a la Corte de algun gran Monarca, ya sea el cauallero conocido por sus obras, y que apenas le ayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le sigan y rodeen dando voces, diziendo. Este es el cauallero del Sol, o de la Sierpe, o de otra insignia alguna, debaxo de la qual huuiere acabado grandes hazañas. Este es diran, el que vencio en singular batalla al Gigantazo Brocabruno de la gran fuerça, el que desencantò al gran Mameluco de Persia, del largo encantamento, en que auia estado casi nouecientos años. Afsi que de mano en mano yran pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos, y de la demas gente, se parará a las fenestras de su real palacio, el Rey de aquel Reyno: y afsi como vea al cauallero, conociendole por las armas, o por la empresa del escudo, forçosamente ha de dezir: Ea sus salgan mis caualleros, quantos en mi Corte está, a recibir a la flor de la caualleria que alli viene: a cuyo mandamiento saldrán todos, y el llegará hasta la mitad de la escalera, y le abraçará estrechísimamente, y le dará paz, besandole en el rostro, y

N luego

Tercera parte de don

luego le lleuara por la mano al aposento de la señora Reyna, adonde el cauallero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser vna de las mas fermosas y acabadas donzellas, que en gran parte de lo descubier-to de la tierra, a duras penas se puede hallar. Sucede-ra tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el cauallero, y el en los della, y cada vno pa-rezca a otro, cosa mas diuina que humana, y sin sa-ber como, ni como no, han de quedar presos y enla-zados en la intricable red amorosa, y con grã cuyta en sus coraçones, por no saber como se hã de hablar, para descubrir sus ansias y sentimiētos. Desde allí le lleuaran sin duda a algun quarto del palacio, ricamē-te adereçado: donde auriendole quitado las armas, le traeran vn rico manton de escarlata, con q̄ se cubra: y si bien parecio armado, tan bien, y mejor ha de pa-recer en farseto. Venida la noche, cenara cō el Rey, Reyna, è Infanta, donde nunca quitarà los ojos della, mirandola a furto de los circuntantes. y ella harà lo mesmo, con la mesma sagacidad, porque como tēgo dicho, es muy discreta donzella. Leuantar se hã las ta-blas, y entrará a deshora por la puerta de la sala, vn feo y pequeño enano, con vna hermosa dueña, q̄ en-tre dos Gigantes, detras del enano viene, con cierta auentura, hecha por vn antiquissimo sabio, que el q̄ la acabar e lerá tenido por el mejor cauallerodel mūdo. Mandará luego el Rey, q̄ todos los que estan pre-sentes la prueuē, y ninguno le dará fin y cima, sino el cauallero huésped, en mucho pro de su fama, de lo qual quedara contentissima la Infanta, y se tēdra por contēta y pagada ademas, por auer puesto y coloca-do sus pensamientos en tā alta parte. Y lo bueno es, que

que este Rey, o Principe, o lo que es, tiene vna muy reñida guerra, cõ otro tan poderoso como el: y el cauallero huesped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su Corte) licencia para yr a seruirle en aquella guerra dicha. Darafela el Rey, de muy buen talante, y el cauallero le besara cortesmente las manos, por la merced que le faze. Y aquella noche se despedira de su señora la Infanta, por las rejas de vn jardin, que cae en el aposento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas vezes la auia hablado, siendo medianera y sabidora de todo, vna donzella de quien la Infanta mucho se fia. Suspirarà el, desmayarase ella, traera agua la donzella, acuytarase mucho, porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la Infanta boluera en si, y dara sus blancas manos por la reja al cauallero, el qual se las besará mil y mil vezes, y se las bañara en lagrimas. Quedarà concertado entre los dos, del modo que se han de hazer saber sus buenos o malos successos: y rogarale la Princesa, q̃ se detenga lo menos que pudiere: prometerfelo ha el, con muchos juramentos: tornale a besar las manos, y despidese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida; vase desde alli a su aposento, echase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida: madruga muy de mañana, vase a despedir del Rey, y de la Reyna, y de la Infanta, dizenle auiendose despedido de los dos, q̃ la señora Infanta està maldispuesta, y q̃ no puede recibir visita: piensa el cauallero, que es de pena de su partida, traspassasele el coraçõ, y falta poco de no dar indicio manifesto de su pena: està la donzella media-

Tercera parte de don

nera delante, ha lo denotar todo, vase lo a dezir a su señora, la qual la recibe con lagrimas, y le dize, que vna de las mayores penas que tiene, es no saber quié sea su cauallero, y si es de linage de Reyes, o no: asegurala la donzella, que no puede caber tanta cortesía, gentileza, y valentia, como la de su cauallero, sino en sujeto real y graue. Consuelase con esto la cuytada, y procura consolarse, por no dar mal indicio de sí a sus padres. Y acabo de dos días sale en publico: ya se es ydo el cauallero, pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, buelue a la Corte, ve a su señora por donde fuele, conuertase que la pida a su padre por muger, en pago de sus seruicios, no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quien es. Pero con todo esto, o robada, o de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a aueriguar, que el tal cauallero, es hijo de vn valeroso Rey, de no se que Reyno, porque creo que no deue de estar en el Mapa. Muere el padre, hereda la Infanta, queda Rey el cauallero en dos palabras. Aqui entra luego el hazer mercedes a su escudero, y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado. Casa a su escudero con vna donzella de la Infanta, que será sin duda, la que fue tercera en sus amores, que es hija de vn Duque muy principal. Effeno pido y barras derechas, dixo Sancho, a esto me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamandose: El cauallero de la triste Figura. No lo dudes Sancho, replicó

plicò don Quixote, porque del mesmo, y por los mesmos passos que esto he contado, suben y han subido los caualleros andantes, a ser Reyes y Emperadores. Solo falta agora mirar, que Rey de los Christianos, o de los paganos tenga guerra, y tēga hija hermosa: pero tiempo aura para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, q̄ se acuda a la Corte. Tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle Rey con guerra, y con hija hermosa, y que yo aya cobrado fama increyble por todo el vniuerso, no se yo como se podia hallar q̄ yo sea de linage de Reyes, o por lo menos, primo segundo de Emperador? Porque no me querra el Rey dar a su hija por muger, sino està primero muy enterado en esto, aunq̄ mas lo merezcan mis famosos hechos: assi que por esta falta, temo perder lo que mi braço tiene bien merecido. Bien es verdad, que yo soy hijodalgo, de solar conocido, de possession y propiedad, y de deuengar quinientos sueldos: y podria ser que el sabio que escriuiesse mi historia, deslindasse de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallasse quinto, o sexto nieto de Rey. Porque te hago saber Sancho, que ay dos maneras de linages en el mundo: vnos que traen y describan su descendencia de Principes, y Monarcas, a quien poco a poco el tiēpo ha deshecho, y han acabado en punta, como piramides. Otros tuuierō principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar a ser grandes señores. De manera que està la diferencia, en que vnos fueron, que ya no son: y otros son que ya no fueron, y podria ser yo de estos, que despues de aueriguado, hauiessa sido mi

Tercera parte de don

principio grande y famoso, con lo qual se deuia de contentar el Rey mi suegro q̄ huuiere de ser. Y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de vn açacan, me ha de admitir por señor, y por esposo: y sino aqui entra el roballa, y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo, o la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Aí entra bien tambien, dixo Sancho, lo que algunos de salmados dizē; No pidas de grado, lo que puedes tomar por fuerça, Aunque mejor quadra dezir: Mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Digolo, porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quiso re domeñar a entregarle a mi señora la Infanta, no ay sino como vuestra merced dize, roballa y trasponella. Pero está el daño, que en tanto que se haga las pazes, y se goze pacificamente del Reyno, el pobre escudero se podra estar a diete, en esto de las mercedes: si ya no es, que la dōzella tercera, que ha de ser su mager, se sale con la Infanta, y el passa con ella su mala ventura, hasta q̄ el cielo ordene otra cosa, por q̄ biē po dra, creo yo, desde luego darla su señor, por legitima esposa. Eſto no ay quien la quite, dixo don Quixote. Pues como esso sea, respondió Sancho, no ay sino encomēdarnos a Dios, y dexar correr la suerte, por dōde mejor lo encaminare. Hagalo Dios, respondió don Quixote, como yo desseo, y tu Sancho haz me nester, y ruyn sea quien por ruyn se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo Christiano viejo soy, y para ser Conde esto me basta. Y aun te sobra, dixo don Quixote, y quando no lo fueras, no hazia nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar noble

nobleza, sin que la compres, ni me siruas con nada: porque en haziendote Conde, catate ahi cauallero, y digan lo que dixeren, que a buena fe que te han de llamar señoria, mal que les pese. Y montas que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sancho. Dicho has de dezir, que no litado, dixo su amo. Sea assi, respondió Sancho Pança. Digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que vn tiempo fuy munidor de vna cofradia, y que me assentaua tan bié la ropa de munidor, que dezian todos que tenia presencia para poder ser Prioste de la mesma cofradia. Pues que será, quando me ponga vn ropón Ducal acuestas, o me vista de oro y de perlas, a vso de Conde extranjero, para mi tengo, que me han de venir a ver de cien leguas. Bien parecieras, dixo don Quixote, pero será menester que te rapas las barbas a menudo, que segun las tienes de espessas, aborascadas y mal puestas, sino te las rapas a nauaja, cada dos dias por lo menos, a tiro de escopeta, se echara de ver lo que eres. Que ay mas, dixo Sancho, sino tomar vn barbero, y tenerle assalariado en casa, y aun si fuere menester, le hare que ande tras mi, como cauallerizo de grande: Pues como sabes tu, preguntò don Quixote, que los grandes lleuan detras de si a sus cauallerizos? Yo se lo dire, respondió Sancho: Los años passados estuue vn mes en la Corte, y alli vi que passeandose vn señor muy pequeño, que dezian que era muy grande, vn hombre le seguia a cauallo, a todas las bueltas que daua, que no parecia, sino que era su rabo. Preguntè que como aquel hombre no se juntaua con el otro, sino que siempre andaua tras del? Respondieron-

me, que era su cauallerizo, y que era vfo de grandes, llevar tras si a los tales. De fde entonces lo fe tanbié, que nunca fe me ha olvidado. Digo que tienes razón, dixo don Quixote, y que afsi puedes tu llevar a tu barbero, que los vfos no vinieron todos juntos, ni fe inuentaron a vna, y puedes fer tu el primero Conde que lleue tras si fu barbero: y aua es de mas confianza el hazer la barba, q en fillar vn cavallo. Quedese effo del barbero a mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced fe quede, el procurar venir a fer Rey, y el hazerme Conde. Afsi fera, respondió don Quixote, y alçando los ojos vio, lo que fe dira en el siguiente capitulo.

Cap. XXII. De la libertad que dio don Quixote a muchos defdichados, que mal de fu grado los lleuauan donde no quifieran yr.



CVENTA Cide Hamete Benégeli, autor Arauigo y Manchego, en esta grauífima, altisonante, minima, dulce, éimagi nada historia, que despues q entre el famoso don Quixote de la Mancha, y Sancho Pãca su escudero, passaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veynte y vno quedan referidas: Que don Quixote alço los ojos, y vio que por el camino que lleuaua, venian hasta doze hombres a pie, enartados como cuentas, en vna gran cadena de hierro, por los cuellos, y todos có esposas a las manos. Venian afsimesmo con ellos, dos hombres de acuallo, y dos de a pie. Los de acuallo, con escopetas de rueda, y

da, y los de apie con dardos y espadas, y que assi como Sancho Páça los vido, dixo: Esta es cadena de galeotes, gente forçada del Rey, que va a las galeras. Como gente forçada, preguntò dó Quixote es posible que el Rey naga fuerça a ninguna gente? No digo esso, respondió Sancho, sino que es gête, que por sus delitos va condenada, a seruir al Rey en las galeras de por fuerça. En resolució, replicò don Quixote: como quiera que ello sea, esta gente aunque los lleuã van de por fuerça, y no de su voluntad. Assi es, dixo Sãcho. Pues desta manera, dixo su amo, aqui encaxa la execució de mi oficio, desfazer fuerças, y fõ correr y acúdir a los miserables. Aduierta vuestra merced, dixo Sancho, q̄ la justicia, que es el mesmo Rey, no haze fuerça ni agrauio a semejante gente, si no q̄ los castiga en pena de sus delitos. Llegò en esto la cadena de los galeotes, y don Quixote, con muy corteses razones, pidio a los que yuan en su guarda, fuesen seruidos, de informalle y dezille, la causa, o causas, por q̄ lleuan aquella gête de aquella manera? Vna de las guardas de acuallo respondió, que eran galeotes, gente de su Magestad, que yua a galeras, y que no auia mas que dezir, ni el tenia mas que saber. Con todo esso, replicò don Quixote, querria saber de cada vno dellos en particular, la causa de su desgracia? Añadio a estas, otras tales y tan comedidas razones, para mouerlos a que le dixessen lo que desfeaua, que la otra guarda de a cauallo le dixo: Aunque lleuamos aqui el registro, y la fé de las sentencias, de cada vno destos malauenturados, no es tiempo este de detenerles a sacarlas, ni a leellas, vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mes-

mos, que ellos lo diran si quisieren, que si querran, porque es gente que recibe gusto, de hazer, y dezir vellaquerias. Con esta licencia que don Quixote se tomara, aunque no se la diera, se llegò a la cadena, y al primero le preguntò: Que porque pecados yua de tan mala guisa? El le respondió, que por enamorado yua de aquella manera. Por esso no mas, replicò don Quixote? pues si por enamorados echan a galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dixo el galeote, que los mios fueron, que quise tanto a vna canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracè conmigo tan fuertemente, que a no quitarmela la justicia por fuerça, aun hasta aora no la huiera dexado de mi voluntad. Fue en fragante, no huuo lugar de tormento, concluyose la causa, acomodaronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precios de gurapas, y acabose la obra. Que son gurapas, preguntò dō Quixote? Gurapas son galeras, respondió el galeote: el qual era vn moço, de hasta edad de veynte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahita. Lo mesmo preguntò dō Quixote al segundo, el qual no respondió palabra, segun yua de triste y melancolico; mas respondió por el primero, y dixo: Este señor va por Canario, digo, que por musico y cantor. Pues como, repitio don Quixote, por musicos y cantores van tambien a galeras? Si señor, respondió el galeote, que no ay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he yo oydo dezir, dixo don Quixote, que quien canta, sus males espanta. Aca es al reues, dixo el galeote, que quien canta vna vez, llora toda la vida. No lo entiendo, di-

yo don Quixote; mas vna de las guardas le dixo: Señor cauallero; cantar en el ansia se dize entre esta gente non fanta, confessar en el tormento. A este peccador le dieron tormento, y confesso su delito, que era ser quattrero, que es ser ladrón de bestias, y por auer confessado, le condenaron por seys años a galeras, amen de dozientos açotes que ya lleva en las espaldas. Y va siempre pensatiuo y triste, porque los demas ladrones que alla quedan, y aqui van, le maltratan y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco, porque confesso, y no tuuo animo de dezir nones. Porque dizen ellos, que tantas letras tiene vn no, como vn si: y que harta ventura tiene vn delinquente, que está en su lengua su vida, o su muerte, y no en la de los testigos, y prouanças, y para mi tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo assi, respondio don Quixote, el qual passando al tercero, preguntò lo que a los otros: el qual de presto, y con mucho defensado respondio, y dixo: Yo voy por cinco años a las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo dare veynte de muy buena gana, dixo don Quixote, por libraros dessa pesadumbre. Esto me parece, respondio el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se esta muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Digolo, porq̃ si a su tiempo tuuiera yo estos veynte ducados q̃ vuestra merced agora me ofrece, huuiera vntado cò ellos la pèdola del escriuano, y auinado el ingenio del procurador, de manera, q̃ oy me viera en mitad de la plaça de Çocoduer de Toledo, yno en este camino atrayllado como galgo, pero Dios es grãde, paciècia, y basta. Passò dõ

Quixo:

201 *Tercera parte de don*

Quixote al quarto, que era vn hombre de venerable rostro, con vna barba blanca, que le passaua del pecho: el qual oyendose preguntar la causa porque alli venia, començo a llorar, y no respodio palabra: mas el quinto condenado le siruio de lengua, y dixo: Este hombre honrado, va por quatro años a galeras, auiendo passeado las acostumbradas, vestido en pompa, y a cauallo. E esso es, dixo Sancho Pança, a lo q̃a mi me parece, auer salido a la verguença. A ssi es, replicò el galeote: y la culpa porque le dieron esta pena, es por auer sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efeto quiero dezir, que este cauallero va por alcahuete, y por tener asì mesmo sus puntas, y collar de hechizero. A no auerle añadido essas puntas y collar, dixo don Quixote, por solamente el alcahuete limpio, no merecia el yr a vogar en las galeras, sino a mandallas, y a ser general dellas, porque no es asì como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necessarissimo en la republica bien ordenada, y que no le deuia exercer sino gente muy bien nacida: y aun auia de auer veedor, y examinador de los tales, como le ay de los demas oficios, con numero deputado y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se escusarian muchos males que se causan, por andar este oficio y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiento; como son mugerzillas de pocas mas a menos, pajezillos, y truhanes de pocos años, y de poca experiencia, que a la mas necessaria ocasion, y quando es menester dar vna traça que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben qual es su mano derecha. Quisiera
passar

passar adelante, y dar las razones, porque convenia hazer eleccion de los q̄ en la republica auian de tener tan necessario officio: pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo dire, a quiẽ lo pueda proueer y remediar. Solo digo agora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tãta fatiga, por alcahuete, me la ha quitado el adfunto de su hechizero. Aunque bien se q̄ no ay hechizos en el mundo, que puedã mouer y forçar la voluntad, como algunos simples piẽsan, que es libre nuestro aluedrio, y no ay yerua ni encanto que le fuerce: lo q̄ suelen hazer algunas mugerzillas simples, y algunos embusteros vellacos, es algunas misturas y venenos con que buelue locos a los hõbres, dando a entẽder que tienen fuerça para hazer querer bien, siẽdo como digo cosa imposible, forçar la voluntad. Afsi es, dixo el buẽ viejo, y en verdad señor, q̄ en lo de hechizero q̄ no tuue culpa, en lo de alcahuete, no lo pude negar: pero nunca pense q̄ hazia mal en ello, q̄ toda mi intencion era, que todo el mũdo se holgasse, y viuiesse en paz y quietud, sin pendẽcias ni penas: pero no me aprouechò nada este buen desseo, para dexar de yr a dõde no espero boluer, segun me cargan los años, y vn mal de orina q̄ lleuo, q̄ no me dexa repõsar vn rato: y aqui tornò a solllanto como de primero, y tuuole Sãcho tanta cõpasion, q̄ facò vn real de a quatro del seno, y se le dio de limosna. Passò adelante dõ Quixote, y preguntò a otro su delito, el qual respondio con nõ menos, sino cõ muchas gallardia q̄ el pasado: Yo voy aqui, por q̄ me burle demasadamente cõ dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, q̄ no lo crã mias: finalmẽte
tanto

Tercera parte de don

tanto me burlè con todas, que resultò de la burla, crecer la parentela tan intricadamente, que no ay Sumista q̄ la declare. Prouofeme todo, faltò fauor, no tuue dineros, vime a pique de perder los tragaderos: sentenciaronme a galeras por seys años, consenti; castigo es de mi culpá, moço soy, dure la vida, que con ella todo se alcança. Si vuestra merced, señor cauallero, llena alguna cosa con que socorrer a estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuydado de rogar a Dios en nuestras oraciones, por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena, como su buena presencia merece. Este yua en habito de estudiante, y dixo vna de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil Latino. Tras todos estos, venia vn hombre de muy buen parecer, de edad de treynta años, sino que al mirar metia el vn ojo en el otro: vn poco venia diferentemente atado que los demas, porque traía vna cadena al pie, tan grande, que se la liaua por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta, la vna en la cadena, y la otra, de las que llaman guarda amigo, o pie de amigo. De la qual decendian dos hierros, que llegauan a la cintura, en los quales se asian dos espofas, donde lleuaua las manos, cerradas con vn gruesso candado, de manera que ni con las manos podia llegar a la boca, ni podia baxar la cabeça a llegar a las manos. Preguntò don Quixote, que como yua aquel hombre con tantas prisiones, mas que los otros? Respondiole la guarda: Porque tenia aquel soio mas delitos, q̄ todos los otros juntos: y que era tan atreuido, y tan grande vellaco, que aunque le lleuauan de aquella
manera,

manera, no yuan seguros del, sino que temian que se les auia de huyr. Que delitos pae de tener, dixo don Quixote, sino han merecido mas pena que echarle a las galeras? Va por diez años, replicò la guarda, q̄ es como muerte ceuil: No se quiera saber mas, sino que este buen hombre es el famoso Gines de Passamonte, que por otro nombre llaman, Ginesillo de Parapilla. Señor Comissario, dixo entonces el galeote, vayase poco a poco, y no andemos aora a deslindar nombres y sobrenombres, Gines me llamo, y no Ginesillo, y Passamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como boace dize, y cada vno se de vna buelta a la redonda, y no hara poco. Hable con menos tono, replicò el Comissario, señor ladron de mas de la marca, sino quiere que le haga callar mal que le pesse. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es seruido, pero algun dia sabra alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla, o no. Pues no te llaman asì embustero, dixo la guarda? Si llaman, respondió Gines, mas yo hare que no me lo llamen, o me las pelaria, donde yo digo entre mis dientes. Señor cauallero, si tiene algo que darnos, denoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas: y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Passamonte, cuya vida està escrita por estos pulgares. Dize verdad, dixo el Comissario, que el mesmo ha escrito su historia, que no ay mas que dessear, y dexa empeñado el libro en la carcel, en doziétos reales. Y le pienso quitar, dixo Gines, si quedara en doziétos ducados. Tan bueno es, dixo don Quixote. Es tan bueno, respondió Gines, q̄ mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos
quan-

Tercera parte de don

quantos de aquel genero se han escrito, o escriuieren. Lo q̄ le se dezir a boace, es, q̄ trata verdades, y que son verdades tan lindas, y tan donosas, que no pueden auer mentiras que se le ygualen. Y como se intitula el libro, preguntò don Quixote? La vida de Gines de passamonte, respondió el mismo. Y està acabado, preguntò don Quixote? Como puede estar acabado, respòdio el, si aun no està acabada mi vida: lo que està escrito, es desde mi nacimiento, hasta el punto q̄ esta vltima vez me han echado en galeras. Luego otra vez aueys estado en ellas, dixo dō Quixote? Para seruir a Dios, y al Rey, otra vez he estado quatro años, y ya se a que sabe el vizcocho, y el corbacho, respondió Gines: y no me pesa mucho de yr a ellas, porque alli tendre lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que dezir: y en las galeras de España, ay mas sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tēgo de escriuir, porque me lo se de coro. Abil pareces, dixo don Quixote? Y desdichado, respondió Gines, porq̄ siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen a los vellacos, dixo el Comissario. Ya le he dicho señor Comissario, respòdio Passamonte, que se vaya a poco a poco, q̄ aquellos señores no le dieron essa vara para que maltratasse a los pobretes que aqui vamos, sino para q̄ nos guiasse y lleuasse, adonde su Magestad manda: sino por vida de, basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada, las manchas que se hizieron en la venta; y todo el mūdo calle, y viua biē, y hable mejor, y caminemos, q̄ ya es mucho regodeo este. Alçò la vara en alto el Comissario, para dar a Passamote en respuesta
de sus

de sus amenazas, mas don Quixote se puso en medio, y le rogò que no le maltratasse, pues no era mucho, que quien lleuaua tan atadas las manos, tuuiesse alguntanto suelta la lengua: y boluiendose a todos los de la cadena, dixo: De todo quanto me aueys dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vays a padecer no os dan mucho gusto, y que vays a ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad: y que podria ser, que el poco animo que aquel tuuo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco fauor del otro, y finalmente el torcido juyzio del juez, huuiesse sido causa de vuestra perdicion, y de no auer salido con la justicia que de vuestra parte teniades. Todo lo qual se me representa a mi aora en la memoria, de manera que me està diziendo, persuadiendo, y aun forçando, que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojò al mundo, y me hizo profesar en el la orden de caualleria que professo, y el voto que en ella hize, de fauorecer a los menesterosos, y opressos de los mayores. Pero porque se, que vna de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hazer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes, y Comissario, sean seruidos de desataros, y dexaros yr en paz, que no faltaran otros que siruan al Rey en mejores ocasiones: porque me parece duro caso hazer esclauos a los que Dios, y naturaleza hizo libres. Quanto mas, señores guardas, añadió don Quixote, que estos pobres no han cometido nada còtra vosotros, ~~alta~~ lo aya cada vno con su pecado, Dios ay en el

O

ciclo

Tercera parte de don

cielo que no se descuyda de castigar al malo, ni de premiar al bueno: y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yendoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, por que tenga si lo cumplis, algo que agradeceros: y quando de grado no lo hagays, esta lança, y esta espada, con el valor de mi brazo, haran que lo hagays por fuerça. Donosa majaderia, respondió el Comissario: bueno està el donayre con que ha salido a cabo de rato, los forçados del Rey quiere que le dexemos, como si tuvieramos autoridad para soltarlos, o el la tuiera para mandarnoslo. Vayase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderecese esse bazin que trae en la cabeça, y no ande buscando tres pies al gato. Vos soys el gato, y ebrato, y el vellaco, respondió don Quixote: y diciendo y haziendo, arremetio con el tan presto, que sin que tuiesse lugar de ponerse en defensa, dio con el en el suelo, mal herido de vn lançada: y auinole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atonitas, y suspensas del no esperado acontecimiento, pero bolviendo sobre si, pusieron mano a sus espadas los de a cavallo, y los de a pie a sus dardos, y arremetieron a don Quixote, que con mucho sosiego los aguardaua: y sin duda lo passara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcançar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian enfierrados. Fue la rebuelta de manera, que las guardas, ya por acudir a los galeotes que se desatauan, ya por acometer a don Quixote, que los acometia, no hizieron cosa que
fuesse

fuesse de provecho. Ayudò Sancho por su parte, a la foltura de Gines de Passamonte, que fue el primero que saltò en la campaña libre, y desembaraçado; y arremetiendo al Comissario caydo, le quitò la espada, y la escopeta, con la qual apuntando al vno, y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedò guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, assi de la escopeta de Passamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tirauan. Entristeciose mucho Sancho deste suceso, porque se le representò que los que yuan huyendo auian de dar noticia del caso a la santa Hermandad, la qual a campana herida saldria a buscar los delinquentes, y assi se lo dixo a su amo, y le rogò que luego de alli se partiesen, y se emboscassen en la sierra, que estaua cerca. Bien está esso, dixo don Quixote, pero yo se lo que aora conuiene que se haga: y llamando a todos los galeotes, que andauã alborotados, y auian despojado al Comissario, hasta dexarle en cueros, se le pusieron todos a la redonda para ver lo que les mandaua, y assi les dixo: De gente bién nacida es agradecer los beneficios que recibè, y vno de los pecados que mas a Dios ofende, es la ingratitude. Digolo, porq̃ ya aueys visto, señores, con manifesta experiencia, el q̃ de mi aueys recebido, en pago del qual querria, y es mi voluntad, q̃ cargados de esta cadena q̃ quitè de vuestros cuellos, luego os pògays en camino, y vays a la ciudad del Toboso, y alli os presenteys ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digays, que su cauallero, el de la triste Figura, se le embia a encomendar: y le conteys punto por punto todos los que ha tenido esta famosa auentura,

Tercera parte de don

hasta ponerlos en la deseada libertad: y hecho esto os podreys yr donde quisiereades, a la buena ventura. Respondio por todos Gines de Passamonte, y dixo: Lo que vuestra merced nos manda, señor, y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos yr juntos por los caminos, sino solos y diuididos, y cada vno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hazer, y es justo que haga, es, mudar esse seruicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de Aue Marias, y Credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche, y de dia: huyendo, o reposando: en paz, o en guerra: pero pensar que hemos de boluer aora a las ollas de Egipto, digo, a tomar nuestra cadena, y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que es aora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir a nosotros esso, como pedir peras al olmo. Pues voto a tal, dixo don Quixote (y a puesto en colera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llamays, q̄ aueys de yr vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena acuestas. Passamonte que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quixote no era muy cuerdo (pues tal disparate auia cometido, como el de querer darles libertad) viendose tratar de aquella manera, hizo del ojo a los compañeros, y apartandose a parte, començaron a llouer tantas piedras sobre don Quixote, que no se daua manos.

á cubrirse con la rodela: y el pobre de Rozinante no hazia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronze. Sancho se puso tras su asno, y con el se defendia de la nuue, y pedrisco que sobre entrambos llouia. No se pudo escudar tan bien don Quixote, que no le acertassen no se quantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerça, que dieron con el en el suelo: y apenas huuo caydo, quando fue sobre el el estudiante, y le quitò la vazia de la cabeça, y diole con ella tres, o quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedaços. Quitaronle vna ropilla que trahia sobre las armas, y las medias calças le querian quitar, si las greuas no lo estoruaran. A Sancho le quitaron el gauan, y dexandole en pelota, repartiendo entre si los demas despojos de la batalla, se fueron cada vno por su parte, con mas cuydado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é yr a presentarse ante la Señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento, y Rozinante, Sancho, y don Quixote. El jumento cabizbaxo, y pensatiuo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no auia cessado la borrasca de las piedras que le perseguian los oydos. Rozinante, tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada. Sancho en pelota, y temeroso de la santa Hermandad. Don Quixote mohinissimo de verse tan mal parado, por los mismos a quien tanto bien auia hecho.

(.4.)

Tercera parte de don

Cap. XXIII. De lo que le acontecio al famoso don Quixote en Sierra Morena, que fue vna de las mas raras auenturas que en esta verdadera historia se cuentan.

Nlendo tan mal parado don Quixote, dixo a su escudero: Siempre Sancho lo he oydo dezir, que el hazer bien a villanos, es echar agua en la mar. Si yo huiera creydo lo q̄ me dixiste, yo huiera escusado esta pesadubre, pero ya està hecho, paciècia, y escarmètar paradesde aqui adelante. Assi escarmètarà vuestra merced, respòdio Sancho, como yo soy Turco: pero pues dize, q̄ si me huiera creydo se huiera escusado este daño, creame aora, y escusará otro mayor: porq̄ le hago saber, q̄ con la santa Hermandad no ay vsar de cauallerias, que no se le da a ella por quantos caualleros andantes ay dos marauedis: y sepa que ya me parece, q̄ sus saetas me zumban por los oydos. Naturalmente eres couarde Sancho, dixo don Quixote, pero porque no digas q̄ soy contumaz, y q̄ jamas hago lo q̄ me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu còsejo, y apartarme de la furia que tanto temes, mas hade ser cò vna condicion, q̄ jamas en vida ni en muerte has de dezir a nadie, que yo me retirè y apartè deste peligro, de miedo, sino por còplazer a tus ruegos: que si otra cosa dixeres, mètiràs en ello: y desde aora para entonces, y desde entòces para aora te desmiento, y digo q̄ mientes, y mètiràs todas las vezes q̄ lo pensares, o lo dixeres: y no me repliques mas, q̄ en solo pensar q̄ me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste, q̄ parece

parece que lleua algun es no es de sombra de miedo. Estoy ya para quedarme, y para aguardar aqui solo, no solamente a la santa Hermandad que dizes, y temes, sino a los hermanos de los doze Tribus de Israel, y a los siete Mancebos, y a Castor, y a Polux, y a una todos los hermanos, y hermandades que ay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirar no es huyr, ni el esperar es cordura, quando el peligro sobrepuja a la esperança: y de sabios es guardarse oy para mañana, y no auenturarse todo en vn dia. Y sepa, que aunque çaño, y villano, toda via se me alcança algo desto que llaman, buen gouierno: assi que no se arrepienta de auer tomado mi consejo, sino suba en Rozinante, si puede, o sino yo le ayudare, y sigame, que el caletre me dize, que hemos menester aora mas los pies que las manos. Subio don Quixote, sin replicarle mas palabra, y guiado Sancho sobre su asno, se entraron por vna parte de Sierra Morena, que alli junto estaua, lleuando Sancho intencion de atrauessarla toda, è yr a salir al Viso, o a Almodouar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscase. Animole a esto auer visto, que de la refriega de los galeotes se auia escapado libre la despena que sobre su asno venia, cosa que la juzgò a milagro, segun fue lo que lleuaron, y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron a la mitad de las entrañas de Sierramorena, a donde le parecio a Sancho, passar aquella noche, y aun otros algunos dias, alomenos todos aquellos que durasse el matalotaje que lleuaua: y assi hizieron noche entre dos peñas, y entre muchos alcornoques. Pero la

Tercera parte de don

suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera Fè, todo lo guia, guisa, y cõpone a su modo, ordenò, que Gines de Passamòte, el famoso embustero y ladrò, que de la cadena, por virtud y locura de don Quixote, se auia escapado, lleuado del miedo de la santa Hermandad (de quien con justa razon temia) acordò de esconderse en aquellas montañas: y lleuole su suerte, y su miedo, a la misma parte donde auia lleuado a don Quixote, y a Sancho Pança, a hora y tiempo q̄ los pudo conocer, y a punto que los dexò dormir. Y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir a lo que se deue, y el remedio presente vença a lo por venir, Gines, q̄ no era ni agradecido, ni bien intencionado, acordo de hurtar el asno a Sancho Pança, no curandose de Rozinante, por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho Pança, hurtole su jumento, y antes que amaneciese se hallò bien lexos de poder ser hallado. Salio el Aurora alegrando la tierra, y entristeciendo a Sancho Pança, por q̄ hallò menos su Ruzio, el qual viendose sin el, començò a hazer el mas triste y doloroso llanto del múdo: y fue de manera, q̄ don Quixote despertò a las voces, y oyò que en ellas dezia: O hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, embidia de mis vezinos, aliuio de mis cargas; y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veynte y seys marauedis q̄ ganaua cada dia, mediaua yo mi despena. Don Quixote que vio el llanto, y supo la causa, consolò a Sancho cõ las mejores razones que pudo, y le rogò q̄ tuuiese paciencia, prometiendole de

de darle vna cedula de cambio, para que le diessen tres en su casa, de cinco q̄ auia dexado en ella. Consolose Sancho con esto, y limpiò sus lagrimas, téplò sus folloços, y agradecio a don Quixote la merced que le hazia. El qual como entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, pareciédole aquellos lugares acomodados para las aventuras q̄ buscava. Reduziãsele a la memoria, los marauillosos acaeci miétos, q̄ en semejantes soledades, y asperezas auia sucedido a caualleros andantes: Y uia pensando en estas cosas, tan embeuecido, y trásporrado en ellas, q̄ de ninguna otra se acordaua. Ni Sãcho lleuaua otro cuydado (despues q̄ le parecio q̄ caminaua por parte segura) sino de satisfazer su estomago con los reliques que del despojo clerical auian quedado, y asy uia tras su amo, sentado a la mugeriega sobre su jumento, sacando de vn costal, y embaulando en su pãça: y no se le diera por hallar otra aventura entretãto q̄ yua de aquella manera, vn ardite. En esto alçò los ojos, y vio q̄ su amo estaua parado, procurando con la punta del lançon alçar no se que bulto q̄ estaua caydo en el suelo, por lo qual se dio priessa a llegar a ayudarle, si fueſſe menester: y quando llegò fue a tiempo, q̄ alçaua con la punta del lançon vn coxin, y vna maleta asida a el, medio podridos, o podridos del todo, y deshechos: mas pesaua tanto, que fue necesario q̄ Sancho se apeasse a tomarlos, y mandole su amo q̄ viesse lo que en la maleta venia. Hizolo cõ mucha presteza Sancho, y aunq̄ la maleta venia cerrada con vna cadena, y su candado, por lo roto y podrido della vio lo que en ella auia, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienço,

Tercera parte de don

no menos curiosas que limpias, y en vn pañizuelo hallò vn buen montonzillo de escudos de oro: y assi como los vio, dixo: Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado vna auentura que sea de prouecho. Y buscando mas, hallò vn librillo de memoria, ricamente guarnecido. Este le pidio don Quixote, y mandole que guardasse el dinero, y lo tomasse para el. Besole las manos Sancho, por la merced, y desbalijando a la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por don Quixote, dixo: Pareceme Sancho (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante desca- minado deuió de passar por esta sierra, y salteando- le Malandrines, le deuiéron de matar, y le truxeron a enterrar en esta tan escondida parte? No puede ser esso, respondió Sancho, porque si fueran ladro- nes, no se dexaran aqui este dinero. Verdad dizes, dixo don Quixote, y assi no adiuino, ni doy en lo que esto pueda ser: mas esperate veremos si en este librillo de memoria ay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear, y venir en conocimien- to de lo que desseamos. Abriole, y lo primero que hallò en el, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue vn Soneto, que leyendole alto porque Sancho tambien lo oyesse, vio que dezia desta manera.

O Le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, o no es mi pena
Igual a la ocasion que me condena,
Al genero mas duro de tormento,

*Pero si Amor es dios, es argumento,
Que nada ignora, y es razon muy buena,
Que vn dios no sea cruel: pues quien ordena
El terrible dolor que adoro, y siento?
Si digo que soys vos Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruyna.
Presto aure de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.*

Por esta troba, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por esse hilo que està ahi se saque el ouillo de todo. Que hilo està aqui, dixo don Quixote? Pareceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombrò ahi hilo. No dixè sino Fili, respondió don Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queixa el autor deste Soneto: y a fè que deue de ser razonable Poeta, o yo se poco del arte. Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende a vuestra merced de trobas? Y mas de lo que tu piensas, respondió don Quixote, y veraslo quando lleues vna carta, escrita en verso de arriba a baxo, a mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas Sancho, que todos, o los mas caualleros andantes de la edad passada, eran grandes trobadores, y grandes musicos, que estas dos habilidades, o gracias (por mejor dezir) son anexas a los enamorados andantes. Verdad es, que las coplas de los passados caualleros, tienen mas de espíritu, q
de

211
Tercera parte de don

de primor. Lea mas V. m. dixo Sancho, que ya hallará algo q̄ nos satisfaga. Boluio la hoja dō Quixote, y dixo: Esto es prosa, y parece carta. Carta miſiua, ſeñor, preguntō Sancho? En el principio no parece ſino de amores, reſpondio dō Quixote. Pues lea V. m. alto, dixo Sancho, que guſto mucho deſtas coſas de amores. Que me plaze, dixo don Quixote, y leyendola alto, como Sancho ſe lo auia rogado, vio que dezia deſta manera.

Tu falſa promeſſa, y mi cierta deſventura, me lleuan a parte donde antes boluerá a tus oydos las nueuas de mi muerte, que las razones de mis quexas. Deſechaſteme, o ingrata, por quié tiene, mas no por quien vale mas q̄ yo: mas ſi la virtud fuera riqueza q̄ ſe eſtimara, no embidiara yo dichas agenas, ni llorara deſdichas propias. Lo q̄ leuantō tu hermoſura, han derribado tus obras: por ella entendí q̄ eras Angel, y por ellas conozco q̄ eres muger. Quedate en paz, cauſadora de mi guerra, y haga el cielo, q̄ los engaños de tu eſpoſo eſten ſiempre encubiertos, porque tu no quedes arrepenſada de lo que heziſte, y yo no tome vengança de lo que no deſſeo.

Acabando de leer la carta, dixo dō Quixote: Menos por eſta que por los verſos ſe puede ſacar mas, de que quien la eſcriuio es algun deſdeñado amáte. Y hojeando caſi todo el librillo, hallō otros verſos, y cartas, que algunos pudo leer, y otros no: pero lo q̄ todos contenian, erá quexas, lamétos, deſconfianças, faores, y ſinfaores: faores, y deſdenes, ſolenizados los vnos, y llorados los otros. En tanto que don Quixote paſſaua el libro, paſſaua Sancho la maleta, ſin dexar rincón en toda ella, ni en el coxín que no buſcaſe.

buscasse, escudriñasse, e inquiresse, ni costura q̄ no deshiziesse, ni vedixa de lana q̄ no escarmenasse, por que no se quedasse nada por diligencia, ni mal reca- do: tal golosina auian despertado en el los hallados escudos, q̄ passauan de ciento. Y aunq̄ no hallò mas de lo hallado, dio por bien empleados los buelos de la manta, el vomitar del breuaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del harriero, la falta de las alforjas, el robo del gauan, y toda la hambre, sed, y cãfancio q̄ auia passado en seruicio de su buen señor, pareciendole que estaua mas q̄ rebien pagado cõ la merced recebida, de la entrega del hallazgo. Con gran desseo quedò el cauallero de la triste Figura, de saber quien fuesse el dueño de la maleta, conjeturãdo por el soneto, y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, q̄ deuia de ser de algũ principal enamorado, a quien desdenes, y malos tratamiẽtos de su dama, deuiã de auer conuzido a algũ desesperado termino. Pero como por aquel lugar inhabitable, y escabroso, no parecia persona alguna de quiẽ poder informarse, no se curò de mas, q̄ de passar adelante, sin llevar otro camino que aquel q̄ Rozinante queria, que era por dõde el podia caminar: siempre con imaginacion q̄ no podia faltar por aquellas malezas, alguna estraña auentura. Yendo pues con este pensamiẽto, vio que por cima de vna montaña, q̄ delante de los ojos se le ofrecia, yua saltando vn hõbre de risco en risco, y de mata en mata, con estraña ligereza. Figuro sole q̄ yua desnudo, la barba negra y espessa, los cabellos muchos y rabultados, los pies descalços, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubriã vnos calçones, al parecer de terciopelo leonado,

Tercera parte de don

nado, mas tan hechos pedaços, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traía la cabeça descubierta, y aunque passò con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias mirò, y notò el cauallero de la triste Figura: y aunq̃ lo procurò no pudo seguirle, porque no era dado a la debilidad de Rozináte andar por aquellas asperezas, y mas siendo el de suyo pisacorto, y flematico. Luego imaginò dõ Quixote, que aquel era el dueño del coxin, y de la malleta, y propuso en si de buscallo, aunque supiesse andar vn año por aquellas montañas hasta hallarle: y assi mandò a Sancho, que se apeasse del asno, y arajasse por la vna parte de la montaña, q̃ el yría por la otra, y podria ser q̃ topassen con esta diligencia, con aquel hombre que con tanta priessa se les auia quitado de delante. No podre hazer esso, respòdio Sancho, por que en apartandome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me assalta con mil generos de sobrefaltos, y visiones. Y si uale esto que digo de auiso, para que de aqui adelante no me aparte vnde de su presencia. Assi serà, dixo el de la triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi animo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el anima del cuerpo: y vente agora tras mi poco a poco, o como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serreguela, quiza toparemos con aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro, que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: Harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y a caso fuesse el dueño del dinero, claro està que lo tengo de restituyr, y assi fuera mejor sin hazer esta inutil diligencia:
posseer.

poscerlo yo con buena fe, hasta que por otra via menos curiosa, y diligente pareciera su verdadero señor, y quiza fuera a tiempo q̄ lo huiera gastado, y entonces el Rey me hazia franco. Engañaſte en eſſo Sancho, reſp̄d̄io don Quixote, que ya q̄ hemos caydo en ſoſpecha de quien es el dueño, caſi delante, eſtam̄os obligados a buſcarle, y boluerſelos: y quãdo no le buſcaſſemos, la vehem̄te ſoſpecha que tenemos de que el lo ſea, nos pone ya en tanta culpa como ſi lo fueſſe. Aſſi que Sancho amigo, no te d̄ pena el buſcallo, por la q̄ a mi ſe me quitara ſi le hallo: y aſſi pic̄ a Rozinante, y ſiguiole Sancho con ſu acotumbrado jum̄eto. Y auiendo rodeado parte de la montaña, hallar̄o en vn arroyo cayda, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, vna mula, enſillada, y enfrenada. Todo lo qual confirm̄o en ellos mas la ſoſpecha, de q̄ aquel que huia era el dueño de la mula, y del coxin. Eſtandola mirãdo, oyer̄o vn ſiluo, como de paſtor q̄ guardaua ganado: y a deſhora a ſu ſiniſtra mano, parecieron vna buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, parecio el cabrero, que las guardaua, que era vn h̄bre anciano. Dióle voces don Quixote, y rogole que baxaſſe donde eſtauan. El reſpondio a gritos, q̄ quien les auia traydo por aquel lugar, pocas, o ningunas vezes piſado ſino de pies de cabras, o de lobos, y otras fieras que por alli andauan? Reſpondiole Sancho, que baxaſſe, que de todo le darian buena cuenta. Bax̄o el cabrero, y en llegando a donde don Quixote eſtaua, dixo: A poſtare que eſtã mirando la mula de alquiler que eſtã muerta en eſſa hondonada, pues a buena fe que ha ya ſeys meſes que eſtã

Tercera parte de don

en esse lugar. Diganme, han topado por ahi a su dueño? No hemos topado a nadie, respondió don Quixote, sino a vn coxin, y a vna maletilla que no lexos deste lugar hallamos. Tambien la hallè yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise açar, ni llegar a ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidiessen por de hurto, que es el diablo foul, y debaxo de los piesse leuanta allombre cosa donde tropieçe, y caya, sin saber como, ni como no. Eppo mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, q̄ tambien la hallè yo, y no quise llegar a ella con vn tiro de piedra: alli la dexè, y alli se queda como le estaua, q̄ no quiero perro con cencerro. Deziidme buen hòbre, dixo don Quixote, sabeys vos quien sea el dueño destas prendas? Lo que sabre yo dezir, dixo el cabrero, es, que aura al pie de seys meses, poco mas a menos, q̄ llegò a vna majada de pastores, q̄ estará como tres leguas deste lugar, vn mancebo de gentil talle y apofura, cauallero sobre essa mesma mula que ahi està muerta, y con el mesmo coxin y maleta, que dezis q̄ hallastes, y no tocastes. Preguntanos, que qual parte desta sierra era la mas aspera, y escòdida. Diximosle, que era esta donde aora estamos: y es así la verdad, porque si entrays media legua mas adétro, quiça no acertareys a salir: y estoy marauillado de como aueys podido llegar aqui, por q̄ no ay camino, ni senda que a este lugar encamine. Digo pues, q̄ en oyendo nuestra respuesta el mancebo, boluio las riendas, y encaminò hàzia el lugar donde le señalamos, dexandonos a todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priessa con q̄ le vimos caminar, y boluerse hàzia la sierra: y desde entòces

nunca

nunca mas le vimos, hasta que desde alli a algunos dias salio al camino a vno de nuestros pastores, y sin dezille nada se allegò a el, y le dio muchas puñadas y cozes, y luego se fue a la borrica del hato, y le quitò quanto pan y queso en ella trahia: y có estraña ligereza, hecho esto, se boluio a entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduimos a buscar casi dos dias, por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de vn grueso y valiente alcornoque. Salio a nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro disfigurado, y tostado del Sol, de tal suerte, que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dieron a entender que era el que buscauamos. Saludonos cortesmente, y en pocas, y muy buenas razones nos dixo, que no nos marauillásemos de verle andar de aquella suerte, porque assi le conuenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le auia sido impuesta. Rogamosle que nos dixesse quien era, mas nunca lo pudimos acabar có el. Pedimosle tambien, que quando huiesse menester el sustento (sin el qual no podia passar) nos dixesse donde le hallariamos, porque con mucho amor y cuydado se lo llevariamos: y que si esto tã poco fuesse de su gusto, que alomenos saliesse a pedirlo, y no a quitarlo a los pastores. Agradecio nuestro ofrecimiento, pidio perdon de los asaltos passados, y ofrecio de pedillo de alli adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna a nadie. En quanto lo que tocava a la estancia de su habitacion dixo, que no tenia otra que aquella que le ofrecia

Tercera parte de don

la ocasion le ofrecia donde le tomaua la noche, y acabò su platica con vn tan tierno llanto, que bien fueros de piedra los que escuchado le auiamos, si en el no le acompañaramos: considerádole como le auiamos visto la vez primero, y qual le veiamos entonces. Porque como tengo dicho, era vn muy gentil, y agraciado mancebo, y en sus corteses y cócertadas razones, mostraua ser bien nacido, y muy Cortesana persona. Que puesto que eramos rusticos los que le escuchauamos, su gentileza era tanta, que bastaua a darse a conocer a la mesma rusticidad. Y estando en lo mejor de su platica parò, y enmudeciose: clauò los ojos en el suelo por vn buè espacio, en el qual todos estuimos quedos, y suspètos, esperando en que auia de parar aquel enuelesamiento, con no poca lastima de verlo, porque por lo que hazia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo, sin mouer pestaña gran rato, y otras vezes cerrarlos, apretando los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le auia sobreuenido: mas el nos dio a entender presto, ser verdad lo que pensauamos: porque se leuantò con gran furia del suelo, donde se auia echado, y arremetio con el primero que hallò junto a si, con tal denuedo y rabia, que sino se le quitaramos le matara a puñadas, y a bocados. Y todo esto hazia, diziendo: A fementido Fernando, aqui, aqui me pagaràs la sinrazon que me heziste, estas manos te sacarán el coraçon, donde aluer gan, y tienen manida todas las maldades juntas: principalmente la fraude, y el engaño: y a estas añadia otras razones, que todas se encaminauan a dezir mal de aquel Fernàdo,

y a tacharle de traydor, y fementido. Quitamos se le pues, con no poca pesadumbre, y el sin dezir mas palabra se apartò de nosotros, y se emboscò corriendo por entre estos xarales, y malezas, de modo que nos impossibilitò el seguille. Por esto conjeturamos, que la locura le venia a tiempos, y que alguno que se llamaua Fernando, le deuia de auer hecho alguna mala obra, tan pesada, quanto lo mostraua el termino a que le auia conduxido. Todo lo qual se ha confirmado despues aca, con las vezes (que han sido muchas) que el ha salido al camino, vnas a pedir a los pastores le den de lo que lleuã para comer, y otras a quitarfelo por fuerça: porque quando està con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma a puñadas: y quando està en su seso lo pide por amor de Dios, cortès, y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo, y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos míos, de buscarle, hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerça, ya por grado, le hemos de llevar a la villa de Almodouar, que està de aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si es que su mal tiene cura, o sabremos quien es quando estè en su seso: y si tiene parientes a quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabre dezíros de lo que me auays preguntado: y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes passar con tanta ligereza, como desnudez: que ya le auia dicho don Quixote, como

Tercera parte de don

auia visto passar aquel hombre saltando por la sierra. El qual quedò admirado de lo que al cabrero auia oydo, y quedò con mas dèssèo de saber quien era el dèsdichado loco, y propuso en si lo mismo q̄ ya tenia pensado, de buscallo por toda la montaña, sin dexar rincón, ni cueua en ella que no mirasse, hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte, de lo que el pensaua, ni esperaua: porque en aquel mismo instante parecio por entre vna quebrada de vna sierra que salia donde ellos estauan, el mancebo que buscava: el qual venia hablando entre si, cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lejos. Su traje era qual se ha pintado, solo que llegando cerca vio don Quixote, que vn colete hecho pedaços que sobre si trahia, era de ambar: por donde acabò de entender, que persona que tales habitos trahia, no deuia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo a ellos, los saludò con vna voz desentonada, y bronca: pero con mucha cortesia. Don Quixote le boluio las saludes, con no menos comedimiento, y apeandose de Rozinante, con gentil continente, y donayre le fue a abrazar, y le tuuo vn buen espacio estrechamente entre sus braços, como si de luengos tiempos le huiera conocido. El otro, a quien podemos llamar, el Roto de la mala Figura (como a don Quixote, el de la triste) despues de auerse dexado abrazar, le apartò vn poco de si, y puestas sus manos en los ombros de don Quixote, le estuuò mirando, como que queria ver si le conocia: no menos admirado quiza, de ver la figura, talle, y armas de don Quixote, que don Quixote lo estaua de verle a el.

En

En resolución, el primero que habló despues del abraçamiêto, fue el roto, y dixo lo q̄ se dirà adelante.

Cap. XXIIII. Donde se prosigue la auentura de la Sierra Morena.



DI ZE La historia, que era grandissima la atencion con que don Quixote escuchaua al astroso cauallero de la Sierra, el qual prosiguiendo su platica, dixo: Por cierto señor, quien quiera que seays, q̄ yo no os conozco, yo os agradezco las muestras, y la cortesia q̄ conmigo aueys vsado: y quisiera yo hallarme en terminos que con mas que la voluntad pudiera seruir la que aueys mostrado tenerme, en el buen acogimiento q̄ me aueys hecho, mas no quiere mi suerte darme otra cosa con q̄ corresponda a las buenas obras que me hazen, q̄ buenos desseos de satisfazerlas. Los q̄ yo tengo, respòdio don Quixote, son de seruiros, tâto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos, si al dolor q̄ en la estrañeza de vuestra vida mostrays tener, se podia hallar algun genero de remedio: y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia possible. Y quãdo vuestra desuventura fuera de aquellas q̄ tienen cerradas las puertas a todo genero de cõsuelo, pẽsaua ayudaros a llorarla, y a plañirla como mejor pudiera, que toda via es consuelo en las desgracias, hallar quiẽ se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun genero de cortesia, yo os suplico señor, por la mucha que veo q̄ en vos se encierra: y juntamente os conjuro, por la cosa que en esta

Tercera parte de don

vida mas aueys amado, o amays, que me digays quié
foys, y la causa que os ha traydo a viuir, y a morir
entre estas soledades, como bruto animal, pues mo-
rays entre ellos, tan ageno de vos mismo, qual lo
muestra vuestro traje, y persona. Y juro (añadio dó
Quixote) por la orden de caualleria que recebi (aun
que indigno, y pecador) y por la profesion de cau-
llero andante, que si en esto, señor, me complazeys,
de seruiros con las veras a que me obliga el ser quié
soy: ora remediado vuestra desgracia, si tiene reme-
dio: ora ayudando os a llorarla, como os lo he pro-
metido. El cauallero del bosque, q̄ de tal manera oyó
hablar al de la triste Figura, no hazia sino mirarle,
y remirarle, y tornarle a mirar de arriba a baxo: y
despues que le huuo bien mirado, le dixo: Si tienen
algo que darme a comer, por amor de Dios que me
lo den, que despues de auer comido yo hare todo
lo que se me manda, en agradecimiento de tan bue-
nos desleos como aqui se me han mostrado. Luego
sacaron, Sancho de su costal, y el cabrero de su curró
con q̄ satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que
le dieron como persona atontada, tan apriessa, q̄ no
daua espacio de vn bocado al otro, pues antes los en-
gullia que tragaua: y en tanto que comia, ni el, ni los
que le mirauan habluuan palabra. Como acabó de
comer, les hizo de señas que le siguissen, como lo
hizieron, y el los lleuó a vn verde pradezillo, que a
la buelta de vna peña, poco desuiada de alli estaua.
En llegando a el, se tendio en el suelo, encima de la
yerua, y los demas hizieron lo mismo: y todo esto
sin que ninguno hablasse, hasta que el Roto, despues
de auerse acomodado en su asiento, dixo: Si gustays
señor.

señores, que os diga en breues razones, la inmensidad de mis desuenturas, aueysme de prometer, de que con ninguna pregunta, ni otra cosa, no interrumpereys el hilo de mi triste historia: porq̄ en el punto que lo hagays, en esse se quedará lo q̄ fuere contando. Estas razones del Roto, truxeron a la memoria a don Quixote, el cuento que le auia contado su escudero, quando no acertó el numero de las cabras que auian pasado el rio, y se quedò la historia pendiente. Pero boluiendo al Roto, prosiguió, diciendo: Esta preuencion que hago, es, porque querria passar breuemente por el cuento de mis desgracias: que el traerlas a la memoria no me sirue de otra cosa, que añadir otras de nueuo: y mientras menos me preguntaredes, mas presto acabarè yo de dezillas, puesto que no dexarè por còtar cosa alguna, q̄ sea de importancia, para no satisfazer del todo a vuestro desseo. Don Quixote se lo prometio en nòbre de los demas: y el con este seguro, començo desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria vna ciudad de las mejores desta Andaluzia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desuètura tanta, q̄ la deuen de auer llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliuar con lu riqueza: que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Viuia en esta mesma tierra vn cielo, donde pufo el amor toda la gloria q̄ yo acertara a dessearme. Tal es la hermosura de Lusinda, donzella tan noble, y tan rica como yo, pero de mas ventura, y de menos firmeza de la que a mis honrados pensamientos se deuia. A esta Lusinda amè, quise, y adorè, desde mis tiernos, y primeros años: y ella me quiso a mi, con

Tercera parte de don

aquella senzillez, y buen animo, que su poca edad permitia. Sabian nuestrros padres nuestrros intetos, y no les pesaua dello, porq̄ bien uehian, que quãdo pasaran adelante, no podiã tener otro fin, q̄ el de casarnos: cosa que casi la concertaua la y gualdad de nuestrro linage, y riquezas. Crecio la edad, y con ella el amor de entrambos, q̄ al padre de Lusinda le parecia, q̄ por buenos respetos estaua obligado a negarme la entrada de su casa: casi imitando en esto, a los padres de aquella Tisbe, tan decãtada de los Poetas. Y fue esta negacion, añadir llama a llama, y desseo a desseo: porque aunq̄ pusieron silencio a las lenguas, no le pudieron poner a las plumas, las quales cõ mas libertad q̄ las lenguas suelen dar a entender a quien quieren, lo q̄ en el alma està encerrado, q̄ muchas vezes la presencia de la cosa amada, turba y enmudece la intencion mas determinada, y la lengua mas atreuida. Ay cielos, y quãtos villetes la escriui? Quan regaladas, y honestas respuestas tuue? Quantas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraua, y trassadaua sus sentimientos, pintaua sus encendidos desseos, entretenia sus memorias, y recreaua su voluntad? En efeto, viẽdome apurado, y q̄ mi alma se consumia con el desseo de verla, determinẽ poner por obra, y acabar en vn pũto, lo que me parecia q̄ mas conuenia para salir cõ mi desseo, y merecido premio: y fue, el pedir sela a su padre por legitima esposa, como lo hize. A lo q̄ el me respondió: Que me agradecia la voluntad q̄ mostraua de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero q̄ siendo mi padre viuo, a el tocaua de justo derecho, hazer aquella demanda: por q̄ sino fuesse

con mucha voluntad, y gusto suyo, no era Luscinda muger para tomarse, ni darse a hurto. Yo le agradeci su buen intento, pareciendome q̄ lleuaua razon en lo que dezia, y q̄ mi padre vendria en ello, como yo se lo dixesse. Y con este intento, luego en aquel mismo instante fuy a dezirle a mi padre lo q̄ desseaua: y al tiempo que entrè en vn aposento donde estaua, le hallè con vna carta abierta en la mano, la qual antes que yo le dixesse palabra, me la dio, y me dixo: Por esta carta veras Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hazerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores, deuòys de saber, es vn grande de España, q̄ tiene su estado en lo mejor desta Andaluzia. Tomè, y ley la carta, la qual venia tan encarecida, q̄ a mi mesmo me parecio mal, si mi padre dexaua de cumplir lo q̄ en ella se le pedia, que era, que me embiasse luego donde el estaua, q̄ queria que fuesse compañero, no criado, de su hijo el mayor: y q̄ el tomaua a cargo el ponerme en estado, q̄ correspondiesse a la estimacion en q̄ me tenia. Ley la carta, y enmudeci leyendola, y mas quando ohi q̄ mi padre me dezia: De aqui a dos dias te partiras Cardenio, a hazer la voluntad del Duque, y da gracias a Dios q̄ te va abriendo camino por donde alcanças lo que yo se q̄ mereces. Añadio a estas otras razones de padre consejero. Llegose el termino de mi partida, hablé vna noche a Luscinda, dixele todo lo que passaua, y lo mesmo hize a su padre, suplicandole se entretuiesse algunos dias, y dilataste el darla estado, hasta q̄ yo viesse lo que Ricardo me queria. El me lo prometio, y ella me la confirmò cō mil juramentos, y mil desmayos. Vine en fin donde el

Tercera parte de don

Duque Ricardo estaua, fuy del tan bien recebido, y tratado, que desde luego començò la embidia a hazer su officio, teniendomela los criados antiguos; parecièdoles, que las muestras q̄ el Duque daua de hazerme merced, auian de ser en perjuizio suyo. Pero el que mas se holgò con mi y da, fue vn hijo segundo del Duque, llamado Fernando: moço gallardo, gentil hombre, liberal, y enamorado: el qual en poco tièpo quiso que fuesse tan su amigo, que daua que dezir a todos: y aunque el mayor me queria bien, y me hazia merced, no llegò al estremo con que don Fernãdo me queria, y trataua. Es pues el caso, que como entre los amigos no ay cosa secreta, que no se comunique, y la priuança que yo tenia con don Fernando, dexaua de serlo, por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraua, especialmente vno enamorado, que le trahia con vn poco de desaffossiego. Quería bien a vna labradora, vassalla de su padre: y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta, y honesta, que nadie que la conocia se determinaua en qual destas cosas tuuiesse mas excelècia, ni mas se auentajasse. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora, reduxerò a tal termino los deseos de don Fernãdo, que se determinò para poder alcançarlo (y conquistar la entereza de la labradora) darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera, era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas viuos exemplos que pude, procurè estoruarle, y apartarle de tal proposito. Pero viendo que no aprouechaua, determinè de dezirle el caso al Duque Ricardo su padre. Mas don Fernando, como astuto,

astuto, y discreto, se rezelò, y temio deste, por parecerle que estaua yo obligado, en vez de bué criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuizio de la honra de mi señor el Duque venia: y así por divertirme y engañarme, me dixo: Que no hallaua otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sugeto le tenia, que el ausentarle por algunos meses: y que queria q̄ el ausencia fuese, que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasion que darian al Duque, que venia a ver, y a feriar vnos muy buenos cauallos que en mi ciudad auia, que es madre de los mejores del mundo. A penas le ohi yo dezir esto, quando (mouido de mi afición) aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprouara yo por vna de las mas acertadas que se podian imaginar: por ver quan buena ocasion, y coyuntura se me ofrecia, de boluer a ver a mi Luscin-da. Con este pensamiento, y desseo, aproué su parecer, y esforcè su proposito, diziendole, que lo pusiese por obra con la breuedad possible, porque en efeto la ausencia hazia su oficio, a pesar de los mas firmes pensamientos. Y quando el me vino a dezir esto, segun despues se supo, auia gozado a la labradora, con titulo de esposo, y esperaua ocasion de descubrirse a su saluo, temeroso de lo que el Duque su padre haria, quando supiese su disparate. Succedio pues, que como el amor en los moços, por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por vltimo fin el deleyte, en llegando a alcanzarle se acaba, y ha de boluer atras aquello que parecia amor: porque no puede passar adelante del termino que le puso naturaleza, el qual termino

no.

Tercera parte de don

no le puso a lo que es verdadero amor. Quiero dezir, que assi como don Fernando gozò a la labradora, se le aplacaron sus desseos, y se resfriarò sus ahincos: y si primero fingia querer se ausentar por remediarlos, aora de veras procuraua yrse, por no ponerlos en execucion. Diole el Duque licencia, y mandome q̄ le acompañasse. Venimos a mi ciudad, recibiole mi padre como quié era: vi yo luego a Luscinda, tornaron a viuir (aunq̄ no auian estado muertos, ni amortiguados) mis desseos, de los quales di cuenta, por mi mal, a don Fernando, por parecerme, q̄ en la ley de la mucha amistad que mostraua, no le deuia encubrir nada. Alabele la hermosura, donayre, y difrecion de Luscinda, de tal manera, que mis alabanzas mouieron en el los desseos de querer ver donzella de tan buenas partes adornada. Cumplifelos yo, por mi corta suerte, enseñandosela vna noche, a la luz de vna vela, por vna ventana por donde los dos soliamos hablarnos. Viola, ensayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por el vistas, las puso en oluido. Enmudecio, perdio el sentido, quedò absorto: y finalmente tan enamorado, qual lo vereys en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle mas el desseo (que a mi me zelaua, y al cielo a solas descubria) quiso la fortuna, que hallasse vn dia vn villete suyo, pidiendome que la pidiesse a su padre por esposa: tan discreto, tan honesto, y tan enamorado, que en leyendolo me dixo, que en sola Luscinda se encerrauan todas las gracias de hermosura, y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estauan repartidas. Bien es verdad, que quiero confesar aora, que puesto que yo veia con quan
justas

justas causas don Fernando a Lusinda alabaua, me pesaua de oyr aquellas alabanças de su boca, y comécè a temer, y a rezelarme del, porq̄ no se passaua momento donde no quisiessè que tratassèmos de Lusinda, y el mouia la platica, aunque la truxessè por los cabellos: cosa que despertaua en mi vn no se que de zelos, no por que yo temieffè reues alguno de la bondad, y de la fè de Lusinda, pero con todo esso me hazia temer mi suerte, lo mesmo que ella me assegúraua. Procuraua siempre don Fernando, leer los papeles que yo a Lusinda embiaua, y los que ella me respondia, a titulo, que de la discrecion de los dos gustaua mucho. Acaecio pues, que auiedome pedido Lusinda vn libro de cauallerias en q̄ leer; de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula. No huuo bien oydo don Quixote nombrar libro de cauallerias, quando dixo: Con que me dixera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Lusinda, era aficionada a libros de cauallerias, no fuera menester otra exageracion, para darme a entender la alteza de su entendimiento; porque no le tuuiera tan bueno como vos señor le auéys pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: assi que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor, y entendimiento, que con solo aver entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa, y mas discreta muger del mundo: y quisiera yo, señor, que vuestra merced le huuiera embiado junto con Amadis de Gaula, al bueno de don Ruygel de Grecia; que yo se que gustara la señora Lusinda mucho de Darayda, y Garaya, y de las discreciones

Tercera parte de don

ciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus Bucolicas, cantadas, y representadas por él, con todo donayre, discrecion, y desemboltura: pero tiempo podra venir en que se enmiende essa falta, y no dura mas en hazer se la enmienda, de quanto quiera vuestra merced ser seruido de venir se conmigo a mi aldea, que alli le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma, y el entretenimiento de mi vida: aunque tengo para mi, que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos, y embidiosos encantadores. Y perdoneme vuestra merced, el auer contrauenido a lo que prometimos, de no interromper su platica, pues en oyendo cosas de cauallerias, y de caualleros andantes, assi es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la Luna. Assi que, perdon, y profeguir, que es lo que aora haze mas al caso. En tanto que don Quixote estaua diziendo lo que queda dicho, se le auia caydo a Cardenio la cabeça sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensatiuo. Y puesto que dos vezes le dixo don Quixote, que prosiguiesse su historia, ni alçaua la cabeça, ni respondia palabra. Pero al cabo de vn buen espacio la leuantò, y dixo: No se me puede quitar del pensamiento, ni aura quien me lo quite en el mundo, ni quien me dè a entender otra cosa: y seria vn majadero el que lo contrario entendiessse, o creyessse, sino que aquel vellaconazo del Maestro Elisabar, estaua amancebado con la Reyna Madalima. Esto no, voto a tal, respondió con mucha colera don Quixote, (y arrojole como tenia de costumbre)

y essa

y esta es vna muy gran malicia, o vellaqueria, por mejor dezir. La Reyna Madafima fue muy principal señora, y no se ha de presumir, que tan alta Princesta se auia de amancebar con vn saca potras: y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran vellaco. Y yo se lo dare a entender, a pie, o a cauallo: armado, o desarmado: de noche, o de dia, o como mas gusto le diere. Estauale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya auia venido el accidente de su locura, y no estaua para profeguir su historia: ni tan poco don Quixote se la oyera, segun le auia disgustado lo que de Madafima le auia oido. Estrano caso, que assi boluio por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera, y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaua loco, y se oyò tratar de mentis, y de vellaco, con otros de nuestros semejantes, pareciòle mal la burla, y alçò vn guijarro que hallò junto a si, y dio con el en los pechos tal golpe a don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Pança que de tal modo vio parar a su señor, arremetio al loco, con el puño cerrado: y el Roto le recibio de tal suerte, que con vna puñada dio con el a sus pies, y luego se subio sobre el, y le brumò las costillas muy a su sabor. El cabrero que le quiso defender, corrio el mismo peligro. Y despues que los tuuo a todos rendidos, y molidos, los dexò, y se fue con gètil folsiego, a emboscar se en la montaña. Leuantose Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado, tan sin merecerlo, acudio a tomar la vengança del cabrero, diziendole, que el tenia la culpa de no auerles auisado que a aquel hombre le tomaua a

siem:

Tercera parte de don

tiempos la locura, que si esto supieran, huuieran estado sobre auiso para poderse guardar. Respondio el cabrero, que yalo auia dicho, y que si el no lo auia oydo, que no era suya la culpa. Replicò Sancho Pança, y tornò a replicar el cabrero: y fue el fin de las replicas, asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si don Quixote no los pusiera en paz, se hiziera pedaços. Dezia Sancho, asido có el cabrero: Dexe me vuestra merced, señor cauallero de la triste Figura, que en este que es villano como yo, y no està armado cauallero, bien puedo a mi saluo satisfazerme del agrauio que me ha hecho, peleando con el mano a mano, como hombre honrado. Afsi es, dixo don Quixote: pero yo se, que el no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguò, y don Quixote boluio a preguntar al cabrero, si seria posible hallar a Cardenio, porq̃ quedaua con grandissimo desseo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero auia dicho, que era, no saber de cierto su manida: pero que si anduiesse mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, o cuerdo, o loco.

Cap. XXV. Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente cauallero de la Mancha: y de la imitacion que hizo a la penitencia de Beltenebros.



Espidiose del cabrero don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rozinante, mandò a Sancho que le siguiesse, el qual lo hizo con su jumento, de muy mala gana.

gana. Yuanse poco a poco entrando en lo mas af-
pero de la montaña, y Sancho yua muerto por ra-
zonar con su amo, y desleaua que el començasse la
platica, por no contrauenir a lo que le tenia man-
dado: mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le di-
xo: Señor don Quixote, vuestra merced me eche
su bendicion, y me dè licencia, que desde aqui me
quiero boluer a mi casa, y a mi muger, y a mis hi-
jos, con los quales por lo menos hablaré, y depar-
tirè todo lo que quisiere, porque querer vuestra
merced que vaya con el por estas soledades, de dia
y de noche, y que no le hable quando me diere
gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la fuer-
te que los animales hablaran, como habluan en
tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque
departiera yo con mi jumento lo que me viniera en
gana, y con esto passara mi mala ventura: que es re-
zia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, an-
dar buscando auenturas toda la vida, y no hallar sino
cozes, y manteamientos, ladrillazos, y puñadas, y có
todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar dezir
lo que el hombre tiene en su coraçon, como si fuera
mudo. Ya te entiendo Sancho, respondió don Qui-
xote, tu mueres porque te alce el entredicho que te
tengo puestto en la lengua, dale por alçado, y di lo q̄
quisieres, con condicion, que no ha de durar este al-
çamiento mas, de en quanto anduieremos por estas
sierras. Sea asì, dixo Sancho, hable yo aora, que des-
pues Dios sabe lo que serà, y començando a gozar
de esse saluo conduto, digo: Que que le yua a vuesta
merced en boluer tanto por aquella Reyna Magi-
masa, o como se llama? O que hazia al caso, q̄ aquel

Tercera parte de don

Abad fuesse su amigo, o no? Que si vuestra merced passara con ello, pues no era su juez, bien creo yo, q̄ el loco, passara adelante con su historia, y se huiera ahorrado el golpe del guijarro, y las cozes, y aun mas de feys torniscones. A fè Sancho, respondió dō Quixote, que si tu supieras como yo lo se, quan honrada, y quan principal señora era la Reyna Madafima, yo se que dixeras que tuue mucha paciencia, pues no quebrè la boca por donde tales blasfemias salieron. Porque es muy gran blasfemia dezir, ni pensar, que vna Reyna estè amancebada con vn cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat, que el loco dixo, fue vn hombre muy prudente, y de muy sanos consejos, y siruio de ayo, y de medico a la Reyna: pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo. Y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir, que quando lo dixo, ya estaua sin juyzio. E esso digo yo, dixo Sancho, que no auia para que hazer cuenta de las palabras de vn loco, porque si la buena suerte no ayudara a vuestra merced, y encaminara el guijarro a la cabeça, como le encaminò al pecho, buenos quedaramos, por auer buelto por aquella mi señora, que Dios cohonda. Pues morras que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos, y contra locos, está obligado qualquier cauallero andante a bolueruer por la honra de las mugeres, qualesquiera que sean, quanto mas por las Reynas de tan alta guisa y pro, como fue la Reyna Madafima, a quien yo tengo particular aficion, por sus buenas partes: porque fuera de auer sido hermosa, ademas fue muy prudente y muy sufrida en sus calamidades.

dades, que lastuuo muchas. Y los consejos y compañía del maestro Elisabat, le fue, y le fueron de mucho prouecho y aliuio, para poder llevar sus trabajos, con prudencia, y paciencia. Y de aqui tomò ocasion el vulgo ignorante, y mal intencionado, de dezir y pensar, que ella era su manceba: y mienten digo otra vez, y mentiràn otras dozientas, todos los que tal pensaren, y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho, alla se lo ay an, con su pan se lo coman: si fueron amancebados, o no, a Dios auran dado la cuenta: de mis viñas vengo, no se nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente. Quanto mas, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: mas que lo fuessen, que me va a mi? Y muchos piensan que ay tozinos, y no ay estacas. Mas quien puede poner puertas al campo? Quanto mas, que de Dios Dixeron. Valame Dios, dixo don Quixote, y que de necedades vas Sancho ensartando, que va de lo que tratamos, a los refranes que enhilas? Por tu vida Sancho que calles, y de aqui adelante entremette en espolear a tu asno, y dexa de hazello en lo que no te importa. Y entiende con todos tus cincosentidos, que todo quanto yo he hecho, hago, è hiziere, va muy puesto en razon, y muy conforme a las reglas de caualleria, que las se mejor que quantos caualleros las professaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, y es buena regla de caualleria, que andemos perdidos por estas mótañas, sin senda ni camino, buscâdo, aun lo que el qual despues de hallado, quiza le vendra en voluntad, de acabar lo que dexò començado, no de su cuento, sino de la cabeça

de vuestra merced, y de mis costillas, acabando-
 nos las de romper de todo punto? Calla te digo otra
 vez Sancho, dixo don Quixote, porque te hago
 saber, que no solo me trae por estas partes, el des-
 fco de hallar al loco, quanto el que tengo de hazer
 en ellas vna hazaña, con que he de ganar perpetuo
 nombre y fama, en todo lo descubierto de la tie-
 rra, y sera tal, que he de echar con ella el sello a to-
 do aquello que puede hazer perfeto, y famoso a
 vn andante cauallero. Y es de muy gran peligro essa
 hazaña, preguntò Sancho Pança? No, respòdio el de
 la triste Figura: puesto que de tal manera podia aco-
 rrer el dado, que echassemos azar, en lugar de en-
 cuentro, pero todo ha de estar en tu diligencia. En
 mi diligencia, dixo Sancho? Si, dixo don Quixote,
 porque si buelues presto, de adonde pienso embiar-
 te, presto se acabará mi pena, y presto començará mi
 gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspen-
 so, esperando en lo que han de parar mis razones,
 quiero Sancho que sepas, que el famoso Amadis de
 Gaula, fue vno de los mas perfetos caualleros an-
 dantes: no he dicho bien, fue vno, fue el solo, el pri-
 mero, el vnico, el señor de todos quantos huuo en su
 tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para don
 Belianis, y para todos aquellos que dixeré, que se le
 yguale en algo, porque se engañan juro cierto. Di-
 go assi mesmo, que quando algun pintor quiere salir
 famoso en su arte, procura imitar los originales de
 los mas vnicos pintores que sabe. Y esta mesma re-
 gla corre por todos los mas officios, o exercicios de
 cuenta, que sirven para adorno de las republicas. Y
 assi lo ha de hazer y haze, el que quiere alcançar
 nombre.

nombre de prudente y sufrido, imitando a Ulises, en cuya persona y trabajos, nos pinta Omero, vn retrato viuo de prudencia, y de sufrimiento, como tambien nos mostrò Virgilio, en persona de Eneas, el valor de vn hijo piadoso, y la sagazidad de vn valiente, y entendido capitã, no pintandolo, ni descubriendolo como ellos fueron, sino como auian de ser, para quedar exèplo a los venideros honibres, de sus virtudes. Desta mesma suerte Amadis fue el norte, el luzero, el sol de los valientes, y enamorados caualleros, a quien deuemos de imitar todos aquellos, q̄ debaxo de la vadera de amor, y de la caualleria militamos. Siendo pues esto assi, como lo es, hallo yo Sancho amigo, que el cauallero andante q̄ mas le imitare, estará mas cerca de alcançar la perfeccion de la caualleria. Y vna de las cosas en que mas este cauallero mostrò su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza, y amor, fue quando se retirò, desdeñado de la señora Oriana, a hazer penitencia en la peña Pobre, mudando su nombre, en el de Beltenebros, nombre por cierto significatiuo, y propio para la vida que el de su voluntad auia escogido. Assi que me es a mi mas facil, imitarle en esto, que no en hender Gigantes, descabeçar serpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshazer encantamentos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no ay para que se dexen pasar la ocasion, que aora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dixo Sancho, que es lo q̄ vuestra merced quiere hazer, en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondió don Quixote, que quiero imitar a Amadis, haziendo aqui del desesperado,

Tercera parte de don

rado, del sandio, y del furioso. Por imitar juntamente al valiente don Roldan, quando hallò en vna fuente las señales de que Angelica la Bella auia comedido vileza con Medoro. De cuya pesadumbre se boluio loco, y arrancò los arboles, enturbio las aguas de las claras fuentes, matò pastores, destruyò ganados, abrasò choças, derribò casas, arrastrò yeguas, y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre, y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar a Roldan, o Orlando, o Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte, en todas las locuras que hizo, dixo y penso, hare el bosquejo, como mejor pudiere, en las que me pareciere ser mas essenciales. Y podra ser que viniessè a contentarme, con sola la imitacion de Amadis, que sin hazer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcançò tanta fama como el que mas. Pareceme a mi, dixo Sancho, que los caualleros q̄ lo tal fizieron, fueron prouocados y tuuieron causa para hazer essas necesidades y penitècias: pero vuestra merced, que causa tiene para boluerse loco? Que dama le ha desdenado? O que señales ha hallado, q̄ le den a entender, q̄ la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñeria, con Moro, o Christiano? Ahi està el punto, respondio don Quixote, y essa es la fineza de mi negocio: que boluerse loco vn cauallero andáte, con causa, ni grado, ni gracias: el toque està, de fatinar sin ocasion, y dar a entender a mi dama, que si en seco hago esto, que hiziera en mojado. Quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho, de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oyste dezir a aquel pastor de Marías Ambrosio

ño, quien está ausente todos los males tiene, y teme. Así que Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme, que dexes tan rara, tan felice, y tan vista imitación. Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tu bueluas con la respuesta de vna carta que contigo pienso embiar, a mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual a mi fè se le deue, acabarse ha mi sandez y mi penitencia: y si fuere al contrario, serè loco de veras, y siendolo no sentirè nada. Así que de qualquiera manera que responda, saldre del conflicto y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres, por cuerdo, o no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino, q̄ ya vi que le alçaste del suelo, quando aquel desagradecido le quiso hazer pedaços: pero no pudo, donde se puede echar de ver, la firmeza de su temple. A lo qual respõdido Sancho: Viue Dios señor cauallero de la triste Figura, que no puedo sufrir, ni llevar en paciencia, algunas cosas que vuestra merced dize, y que por ellas vengo a imaginar, que todo quanto me dize de cauallerias, y de alcançar Reynos, è Imperios, de dar Insulas, y de hazer otras mercedes y grandezas, como es vso de caualleros andantes, que todo deue de ser cosa de vieto y mentira, y todo pastraña, o patraña, o como lo llamaremos: porque quien oyere dezir a vuestra merced, que vna bazia de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error, en mas de quatro dias, que ha de pensar, sino que quien tal dize y afirma, deue de tener guero el juyzio. La bazia yo la lleuo en el costal, toda abollada, y lleuola para adereçarla en mi casa, y hazerme la barba en ella, si Dios

Tercera parte de don

me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi muger, y hijos. Mira Sancho, por el mesmo q̄ denantes juraste te juro, dixo don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento, que tiene, ni tuuo escudero en el mundo: que es posible, que en quanto ha q̄ andas conmigo, no has echado de ver, que todas las cosas de los caualleros andantes, parecen quimeras, necedades, y defatinos, y que son todas hechas al reves? Y no porque sea ello assi, sino porque andan entre nosotros siempre, vna caterua de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y les bueluen, segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos, o destruyrnos, y assi esso que a ti te parecia bazia de barbero, me parece a mi el yelmo de Mambrino, y a otro le parecera otra cosa. Y fue rara providencia del sabio que es de mi parte, hazer que parezca bazia a todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino: a causa, que siendo el de tanta estima, todo el mundo me perseguira, por quitarmele; pero como ven que no es mas de vn bacin de barbero, no se curan de procuralle. Como se mostrò bien, en el que quiso rompelle, y le dexò en el suelo sin llevarle, que a fè que si le conociera, que nunca el le dexara. Guardale amigo, que por aora no le ho menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como quando naci, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia, mas a Roldan, que a Amadis. Llegaron en estas plasticas al pie de vna alta montaña, que casi como peñon tajado estaua sola, entre otras muchas que la rodeauan. Corria por su falda vn manso arroyuelo, y haziale por todo su redondez, vn prado tan verde y vicioso,

vicioso, que daua contento a los ojos que le miraua. Auia por alli muchos arboles siluestres, y algunas plantas y flores, que hazian el lugar apazible. Este sitio escogio el cauallero de la triste Figura, para hazer su penitencia, y assi en viendolo, començo a dezir en voz alta, como si estuuiera sin juyzio: Este es el lugar, o cielos, que diputo y escogio para llorar la desuentura en que vosotros mesmos me aueys puesto. Este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrescentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos y profundos suspiros moueran a la continua las hojas destes montarazas arboles, en testimonio y señal, de la pena que mi assendecado coraçon padece. O vosotros, quien quiera que seays, rusticos dioses, que en este inhabitable lugar teneys vuestra morada, oyd las quejas deste desdichado amante, a quien vna lüenga ausencia, y vnos imaginados zelos, han traydo a lamentarse entre estas asperezas, y a quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, termino y fin de toda humana hermosura. O vosotras Napeas, y Driadas, que teneys por costumbre de habitar en las espessuras de los môtres, assi los ligeros y lasciuos satiros, de quien soys, aunque en vano amadas, no perturban jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeys a lamentar mi desuentura, o alomenos, no os canseys de oylla. O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, assi el cielo te la dê buena, en quanto acertares a pedirle, q̄ consideres el lugar, y el estado a que tu ausencia me ha conluzido, y que con buen termino correspondas, al que a mi se se le deue. O solitarios arboles (que

Tercera parte de don

desde oy en adelante auays de hazer compañía a mi soledad) dad indicio, con el blando mouimiento de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia. O tu escudero mio, agradable compañero, en mas profperos y aduersos sucesos, toma bien en la memoria lo que aqui me verás hazer, para que lo cuétes y recetes a la causa total de todo ello. Y diziêdo esto, se apeò de Rozinante, y en vn momento le quitò el freno, y la silla, y dandole vna palmada en las ancas, le dixo: Libertad te da, el que sin ella queda, o cauallo tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte. Vete por do quisieres, que en la frente lleuas escrito, que no te ygualò en ligereza el Hipogri fo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costò a Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo: Bien aya quien nos quitò aora del trabajo de desenalbardar al ruzio, que a fe que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que dezille en su alabança: pero si el aqui estuniera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no auia para que, que a el no le tocauan las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaua su amo, que era yo, quãdo Dios queria. Y en verdad señor cauallero de la triste Figura, que si es que mi partida, y su locura de vuestra merced, va de veras, que serà bien tornar a ensillar a Rozinante, para que supla la falta del ruzio, porque serà ahorrar tiempo a mi yda y buelta, que si la hago a pie, no se quando llegarè, ni quando boluere, porque en resolucion, soy mal caminãte. Digo Sancho, respondio don Quixote, que sea como tu quisieres, que no me parece mal tu designio: y digo que de aqui a tres dias te parturas, porque quiero que en
esto

este tiempo veas lo que por ella hago, y digo, para que se lo digas. Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estas en el cuento, respondió don Quixote, aora me falta rasgar las vestiduras, esparzir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te hã de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da essas calabazadas, que a tal peña podra llegar, y en tal punto, que con la primera se acabasse la maquina desta penitencia: y seria yo de parecer, que ya q̃ a vuestra merced le parece, que son aqui necessarias calabazadas, y q̃ no se puede hazer esta obra sin ellas, se contentasse, pues todo esto es fingido, y cosa contrahecha, y de burla, se contentasse, digo, cõ dar selas en el agua, o en alguna cosa blanda, como algodõ, y dexeme a mi el cargo, que yo dire a mi señora, que vuestra merced se las daua en vna punta de peña, mas dura que la de vn diamãte. Yo agradezco ru buena intencion, amigo Sancho, respondió don Quixote, mas quierote hazer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera, seria cõtrauenir a las ordenes de caualleria, que nos mandã, que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hazer vna cosa por otra, lo mesmo es que mentir. Afsi que mis calabazadas, han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleuen nada del sofisticõ, ni del fantastico. Y serã necessario, que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltasse el balsamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en el las hilas y todo, y ruegole a vuestra merced,

que

Tercera parte de don

que no se acuerde mas de aquel maldito breuage; que en solo oyrle mentar, se me rebuelue el alma, no que el estomago. Y mas le ruego, que haga cuenta que son ya passados los tres dias que me ha dado de termino, para ver las locuras que haze, que ya las doy por vistas, y por passadas en cosa juzgada, y dire maravillas a mi señora, y escriua la carta, y despacheme luego, porque tengo gran deseo de boluer a sacar a vuestra merced deste purgatorio donde le dexo. Purgatorio le llamas Sancho, dixo don Quixote, mejor hizieras de llamarle infierno, y aun peor, si ay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondio Sancho, nula es retencio, segun he oyo dezir. No entiendo que quiere dezir retencio, dixo don Quixote. Retencio es, respondio Sancho, que quien està en el infierno, nunca sale del, ni puede. Lo qual serà al reues en vuestra merced, o a mi me andaran mal los pies, si es que lleuo espuelas para auuiar a Rozinante: y pongame yo vna por vna en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le dire tales cosas, de las necesidades, y locuras (que todo es vno) que vuestra merced ha hecho, y queda haziendo, que la venga a poner mas blanda que vn guante, aunque la halle mas dura que vn alcornoque, con cuya respuesta dulce, y melificada, boluere por los ayres como bruxo, y sacare a vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues ay esperança de salir della qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que estan en el infierno, ni creo que vuestra merced dira otra cosa. Assi es la verdad, dixo el de la triste Figura, pero que haremos para escriuir la carta? y la
librag.

librança pollinezca, tambien añadió Sancho? Todo yra inferto, dixo don Quixote, y seria bueno, ya que no ay papel que la escriuiessemos, como hazian los antiguos, en hojas de arboles, o en vnas tablitas de cera, aunque tan dificultoso serà hallarse esso aora, como el papel. Mas ya me ha venido a la memoria, donde serà bien, y aun mas que bien escriuilla, que es, en el librillo de memoria que fue de Cardenio, y tu tendras cuydado, de hazerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde aya maestro de escuela de muchachos, o sino qualquiera sacristan te la trasladarà: y no se la des a trasladar a ningun escriuano, que hazen letra proceffada, que no la entendera Satanas. Pues que se ha de hazer de la firma, dixo Sancho? Nunca las cartas de Amadis se firman, respondió don Quixote. Está bien, respondió Sancho, pero la librança forçosamente se ha de firmar, y essa si se traslada, diran que la firma es falsa, y quedareme sin pollinos. La librança yra en el mismo librillo firmada, que en viendola mi sobrina, no pondra dificultad en cumplilla. Y en lo que toca a la carta de amores, pondras por firma: Vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. Y hara poco al caso, que vaya de mano agena, porque a lo que yo me se acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores, y los suyos, han sido siempre Platonicos, sin estenderse a mas, que a vn honesto mirar. Y aun esto tan de quando en quando, que ofaré jurar con verdad, que en doze años que ha que la quiero, mas que a la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro ve-

Tercera parte de don

zes, y aun podra ser, q̄ destas quatro vezes no huief se ella echado de ver la vna que la miraua. Tal es el recato y encerramiento con que sus padres, Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonça Nogales, la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenzo Corchuelo, es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre, Aldonça Lorenzo? Esta es, dixo don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el vniuerso. Bien la conozco, dixo Sancho, y se dezir, que tira tan bié vna barra, como el mas forçudo çagal de todo el pueblo. Viue el dador, que es moça de chapa, hecha, y derecha, y de pelo en pelo, y que puede sacar la barba del lodo, a qualquier cauallero andante, o por andar, que la tuuiere por señora. O hide puta, que rejo que tiene, y que voz: se dezir, que se puso vn dia encima del campanario del aldea, a llamar vnos çagales suyos, que andauan en vn baruecho de su padre, y aunque estauan de alli mas de media legua, assila oyeron, como si estuuieran al pie de la torre: y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortefana, con todos se burla, y de todo haze mueca, y donayre. Agora digo, señor cauallero de la triste Figura, que no solamente puede, y deue vuestra merced hazer locuras por ella, sino que con justo titulo puede desesperarse, y ahorcarse, que nadie aura que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleue el diablo: y querria ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y deue de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres, andar siempre al campo al sol, y al ayre. Y conaello a vuestra merced vna verdad,
señor

señor don Quixote, que hasta aqui he estado en vna grande ignorancia, que pensaua bien y fielmente, que la señora Dulcinea, deuia de ser alguna Princesa, de quien vuestra merced estaua enamorado, o alguna persona tal, que mereciesse los ricos presentes que vuestra merced le ha embiado: assi el del Vizcayno, como el de los galeotes, y otros muchos que deuen ser, segun deuen de ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado, y ganò en el tiempo que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, que se le ha de dar a la señora Aldonça Lorenzo, digo a la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della, los vécidos que vuestra merced embia, y ha de embiar? Porque podria ser, que al tiempo q̄ ellos llegassen, estuuiesse ella rastrillando lino, o trillando en las heras, y ellos se corriessen de verla, y ella se riessse y enfadasse del presente. Ya te tengo dicho antes de agora muchas vezes Sancho, dixo don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas vezes despuntas de agudo: mas para que veas quan necio eres tu, y quan discreto soy yo, quiero que me oigas vn breue cuéto. Has de saber, que vna biuda hermosa, moça, libre, y rica, y sobre todo defenfadada, se enamorò de vn moço motilò, rollizo y de buen tomo: alcançolò a saber su mayor, y vn dia dixo a la buena biuda, por via de fraternal reprehension: Marauillado estoy señora, y no sin mucha causa, de que vna muger tan principal, tan hermosa, y tan rica como vuestra merced, se aya enamorado de vn hombre tan soez, tan baxo, y tan idiota como fulano, auiendo en esta casa tantos maestros,

tros, tantos presentados, y tantos teologos, en quien
 vuestra merced pudiera escoger, como entre peras,
 y dezir, este quiero, a questo no quiero? Mas ella le
 respondió con mucho donayre, y desemboltura:
 Vuestra merced señor mio, está muy engañado, y
 piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogi-
 do mal en fulano, por idiota que le parece, pues para
 lo que yo le quiero, tanta filosofia sabe, y mas que
 Aristoteles. Así que Sancho, por lo que yo quiero
 a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta
 Princesa de la tierra. Si que no todos los Poetas que
 auran damas, debaxo de vn nombre que ellos a su
 aluedrio les ponen, es verdad que las tiene. Pien-
 sas tu que las Amariles, las Fies, las Siluias, las Dianas,
 las Galateas, las Alidas, y otras tales, de que los li-
 bros, los romances, las tiendas de los barberos, los
 teatros de las comedias estan llenos, fueron verdade-
 ramente damas de carne y hueso, y de aquellos que
 las celebran, y celebraron? No por cierto, sino que
 las mas se las fingen, por dar sujeto a sus versos, y
 porque los tengan por enamorados, y por hombres
 que tienen valor para serlo. Y así, bastame a mi pen-
 sar, y creer que la buena de Aldonça Lorenço, es her-
 mosa, y honesta: y en lo del linage importa poco, q̄
 no han de yr a hazer la informacion del, para darle
 algun abito, y yo me hago cuenta, que es la mas alta
 Princesa del mundo. Porque has de saber Sancho, si
 no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas
 que otras, que son la mucha hermosura, y la buena
 fama, y estas dos cosas se hallan consumadamēte en
 Dulcinea, porque en ser hermosa, ninguna le ygua-
 la, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para con-
 cluye

eluyr con todo, yo imagino, que todo lo que digo es assi, sin que sobre ni falte nada. Y pintola en mi imaginacion como la desseo, assi en la belleza, como en la principalidad: y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades preteritas, Griega, Barbara, o Latina. Y diga cada vno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no sere castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy vn asno: mas no se yo para que nombre asno en mi boca, pues no se ha de mentar la foga en casa del ahorcado: pero venga la carta, y a Dios que me mudo. Sacó el libro de memoria don Quixote, y apartandose a vna parte, con mucho sosiego començò a escriuir la carta, y en acabandola llamó a Sancho, y le dixo, que se la queria leer, porque la tomasse de memoria, si a caso se le perdiessse por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual respondió Sancho: Escríuala vuestra merced dos, o tres vezes ahi en el libro, y deme la, que yo le lleuare bien guardado: porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas vezes se me oluida como me llamo. Pero con todo esso, digame la vuestra merced, que me holgare mucho de oylla, que deue de yr como de molde. Escucha que assi dize, dixo don Quixote.

?

R

Carta

Tercera parte de don
Carta de don Quixote, a Dulcinea
del Toboso.

Soberana y alta señora.

EL Ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del coraçon, dulcissima Dulcinea del Toboso, te embia la salud que el no tiene. Si tu fermolura me desprecia? Si tu valor no es en mi pro? Si tus desdenes son en mi afincamiento? maguer que yo sea a saz de sufrido, mal podre sostenerme en esta cuyta, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho, te dara entera relacion, o bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y fino, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, aure satisfecho a tu crueldad, y a mi desseo.

Tuyo hasta la muerte.

El cauallero de la triste Figura.

Por vida de mi padre, dixo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oydo. Pesia a mi, y como que le dize vuestra merced ahi todo quanto quiere, y que bien que encaxa en la firma, el cauallero de la triste Figura. Digo de verdad, que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no ay cosa que no sepa. Todo es menester, respondio don Quixote, para el oficio que yo traygo. Ea pues, dixo

Sancho.

Sancho, ponga vuestra merced en essotra buelta, la cedula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad, porque la conozcan en viendola. Que me plazze, dixo don Quixote, y auierendola escrito se la leyò, que dezia assi.

Mandarà vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Pança mi escudero, tres de los cinco que dexè en casa, y estan a cargo de vuestra merced. Los quales tres pollinos, se los mando librar y pagar, por otros tantos aqui recibidos de contado, que consta, y con su carta de pago seran bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veynte y dos de Agosto, deste presente año.

Buena està, dixo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo don Quixote, sino solamente poner mi rubrica, que es lo mesmo que firma, y para tres años, y aun para trezientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho, dexeme yrè a enfillar a Rozinante, y aparejese vuestra merced a echarme su bendicion, que luego pienso partirme, sin ver las sandezes que vuestra merced ha de hazer, que yo dire que le vi hazer tantas que no quiera mas. Por lo menos quiero Sancho, y porque es menester assi, quiero digo que me veas en cueros, y hazer vna, o dos docenas de locuras, que las hare en menos de media hora: porque auierendolas tu visto por tus ojos, puedas jurar a tu saluo, en las demas que quisieres añadir: y assegurote que no diras tu tantas, quantas yo pienso hazer. Por amor de Dios señor mio, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me dara mucha

Tercera parte de don

lastima, y no podré dexar de llorar, y tengo tall la cabeza, del llanto que a noche hize por el ruzio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta, de que yo vea algunas locuras, hagalas vestido breues, y las que le viniere en mas a cuento. Quanto mas, que para mi no era menester nada desso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi buelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea, y merece. Y sino aparejese la señora Dulcinea, que sino responde como es razon, voto hago solene a quien puedo, que le tégode sacar la buena respuesta del estomago, a cozes, y a bofetones: porque donde se ha de sufrir, que vn cauallero andante, tan famoso como vuestra merced, se buelua loco, sin que, ni para que, por vna? No me lo haga dezir la señora, porque por Dios que despotriqué, y lo eche todo a doze, aunque nunca se venda. Bonico soy yo para esto, mal me conoce: pues a fè que si me conociesse, que me ayunasse. A fe Sancho, dixo don Quixote, que a lo que parece, que no estás tu mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colerico. Pero dexando esto a parte, que es lo que ha de comer vuestra merced, en tanto que yo bueluo? Ha de salir al camino como Cardenio, a quitarselo a los pastores? No te dé pena esse cuydado, respondió don Quixote, porque aunque tuuiera, no comiera otra cosa que las yeruas y frutos, que este prado, y estos arboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer, y en hazer otras asperezas. A esto dixo Sancho, sabe vuestra merced que temo, que no tengo de acertar a boluer a este lugar donde agora
le

le dexo, segun està escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme de estos contornos, dixo don Quixote: y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando buelvas. Quanto mas, que lo mas acertado será, para que no me yerres, y te pierdas, que cortes algunas retamas, de las muchas que por aqui ay, y las vayas poniendo de trecho a trecho, hasta salir a lorafo, las quales te seruiran de mojones y señales, para que me halles quando buelvas, a imitacion del hilo del laberinto de Perseo. Assi lo hare, respondió Sancho Pança: y cortando algunos, pidio la bendicion a su señor, y no sin muchas lagrimas de entrambos, se despidio del. Y subiendo sobre Rozinante, a quien don Quixote encomendò mucho, y que mirasse por el, como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparziendo de trecho a trecho los ramos de la retama, como su amo se lo auia aconsejado: y assi se fue, aunque toda via le importunaua don Quixote, que le viesse si quiera hazer dos locuras. Mas no huuo andado cien passos, quando boluio y dixo: Digo señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para q̄ pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hazer locuras, será bien que vea si quiera vna, aunque bien grãde la he visto, en la quedada de vuestra merced. No te lo dezia yo, dixo don Quixote, espérate Sancho, que en vn credo las hare. Y desnudandose con toda priessa los calçones, quedò en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas, dio dos çapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeça a baxo, y los pies en alto, descubriendo cosas, que por no verlas

Tercera parte de don

otra vez boluio Sancho la rienda a Rozinante, y se dio por contento y satisfecho, de que podia jurar, que su amo quedaua loco, y assi le dexaremos yr su camino hasta la buelta, que fue breue.

Cap. XXVI. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quixote en Sierra Morena.



YBOLVIENDO A contar lo que hizo el de la triste Figura, despues que se vio solo: dize la historia, que assi como don Quixote acabò de dar las tumbas, o bueltas, de medio a baxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se auia ydo, sin querer aguardar a ver mas sandezes, se subio sobre vna punta de vna alta peña, y alli tornò a pensar lo que otras muchas vezes auia pensado, sin auerse jamas resuelto en ello. Y era, que qual seria mejor, y le estaria mas a cuento, imitar a Roldan en las locuras desafortadas que hizo, o a Amadis en las Malenconicas: y hablando entre si mesmo, dezia: Si Roldan fue tan buen cauallero, y tan valiente como todos dizen, q̄ marauilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiendole vn alfiler de ablanca por la punta del pie, y el trahia siempre los çapatos con siete suelas de hierro. Aunque no le valierò tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendio, y le ahogò entre los braços, en Ronzesualles. Pero dexando en el lo de la valentia a vna parte, vengamos a lo de perder el juyzio, que es cierto q̄ le perdio, por las señales que hallò en la fortuna, y
por

por las nuevas que le dio el pastor, de que Angelica auia dormido mas de dos fieltas cō Medoro, vn Morillo de cabellos enriçados, y paje de Agramante. Y si el entendio que esto era verdad, y que su dama le auia cometido desaguissado, no hizo mucho en boluerse loco. Pero yo como puedo imitalle en las locuras, sino le imito en la ocasion dellas, porq̃ mi Dulcinea del Toboso, osare yo jurar, que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, assi como el es, en su mismo traje, y que se està oy como lá madre que la pario: y hariale agrauio manifesto, si imaginando otra cosa della, me boluiesse loco de aquel genero de locura de Roldan el furioso. Por otra parte vco, que Amadis de Gaula, sin perder el juyzio, y sin hazer locuras, alcançô tanta fama de enamorado, como el que mas. Porque lo que hizo, segū su historia, no fue mas, de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le auia mandado, q̃ no pareciesse ante su presencia hasta q̃ fuesse su voluntad: de que se retirò a la peña Pobre, en compaña de vn ermitaño, y alli se hartô de llorar, hasta q̃ el cielo le acorrio en medio de su mayor cuyta, y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, para q̃ quiero yo tomar trabajo aora, de desnudarme del todo, ni dar pesadúbre a estos arboles, q̃ no me han hecho mal alguno: ni tēgo para q̃ enturbiar el agua clara destos arroyos, losquales me han de dar de beuer, quãdo tenga gana. Viua la memoria de Amadis, y sea imitado de dō Quixote de la Mâcha, en todo lo q̃ pudiere: del qual se dira lo q̃ del otro se dixo, q̃ sino acabò grâdes cosas, murio por acometellas. Y si yo no soy desechado, ni desdeñado de mi Dulcinea, bastame, como ya he dicho,

Tercera parte de don

estar ausente della. Ea pues, manos a la obra, venida a mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por dónde tengo de comenzar a imitaros: mas ya se que lo mas que el hizo, fue rezar, y así lo hare yo. Y siruieronle de rosario vnas agallas grandes de vn alcornoque, que ensartó, de que hizo vn diez. Y lo que le fatigaua mucho, era, no hallar por alli otro hermitaño, que le confessasse, y con quien consolarse: y así se entretenia passeandose por el pradezillo, etcriuiendo y grauando por las cortezas de los arboles, y por la menuda arena, muchos versos. Todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabança de Dulcinea. Mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que a el alli le hallaron, no fueron mas que estos que aqui se figuen.

A rboles, yeruas, y plantas,
Que en aqueste sitio estays,
Tan altos, verdes, y tantas,
Si de mi mal no os holgays
Escuchad mis queexas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaras escote,
Aqui llora don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.
Es aqui el lugar, adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,

Quixote de la Mancha.

133

*Y ha venido a tanto mal
Sin saber como, o por donde.*

*Traele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea,*

Y assi hasta henchir vn pipote,

Aquilloró don Quixote

Ausencias de Dulcinea

Del Toboso.

Buscandola aventuras

Por entre las duras peñas,

Maldiziendo entrañas duras,

Que entre riscos, y entre breñas,

Halla el triste desventuras.

Hiriole amor con su açote,

No con su blanda correa,

Y en tocandole el cogote,

Aquilloró don Quixote

Ausencias de Dulcinea

Del Toboso.

No causó poca rifa en los que hallaron los ver-
fos referidos, el añadidura del Toboso, al nombre
de Dulcinea: porque imaginaron que deuo de ima-
ginar don Quixote, que si en nombrando a Dulci-
nea, no dezia tambien el Toboso, no se podria en-
tender la copla, y assi fue la verdad, como el des-
pues confesó. Otros muchos escriuio, pero como
se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni ente-

R s

ros,

Tercera parte de don

ros, mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar a los Faunos, y Siluanos de aquellos bosques, a las ninfas de los rios, a la dolorosa y humida Eco, que le respondiessse, consolassen, y escuchassen, se entretenia, y en buscar algunas yeruas con que sustentarse en tanto que Sancho boluia, que si como tardò tres dias, tardara tres semanas, el cauallero de la triste Figura quedará tòn desfigurado, que no lo conociera la madre que lo pario. Y ferà bien dexalle embuelto entre sus suspiros, y versos, por contar lo que le auino a Sancho Pança en su mandaderia. Y fue, que en saliendo al camino Real, se puso en busca del del Toboso, y otro dia llegó a la venta, donde le auia sucedido la desgracia de la manta, y no la hauo bien visto, quando le parecio que otra vez andaua en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegó a hora que lo pudiera y deuiera hazer, por ser la del comer, y llevar en desseo de gustar algo caliente, que auia grandes dias que todo era hambre. Esta necesidad le forçò a que llegasse junto a la venta, toda via dudoso, si entraria o no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron: y dixo el vno al otro; Digame señor Licenciado, aquel del caualllo no es Sancho Pança, el que dixo el ama de nuestro auenturero, que auia salido con su señor por escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el caualllo de nuestro don Quixote. Y conocieronle tambien, como aquellos que eran el Cura, y el Barbero de su mismo lugar, y los que hizieron el escrutinio, y acto general de los libros: los quales assi como acabaron de conocer a Sancho Pança, y a Rozinante, deslechosos
do

de saber de don Quixote se fueron a el, y el Cura le llamó por su nombre, diziendole: Amigo Sancho Pança, adonde queda vuestro amo? Conociolos luego Sancho Pança, y determinò de encubrir el lugar, y la suerte, donde, y como su amo quedaua: y así les respondió, que su amo quedaua ocupado en cierta parte, y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual el no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el Barbero, Sancho Pança, si vos no nos dezis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le auays muerto, y robado, pues venis encima de su cavallo: en verdad que nos auays de dar el dueño del rozin, o sobre esso morena. No ay para que conmigo ame nazas, que yo no soy hombre que robo, ni mato a nadie, a cada vno mate su ventura, o Dios que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy a su sabor. Y luego de corrida y sin parar, les contò de la suerte que quedaua, las aventuras que le auian sucedido, y como lleuaua la carta a la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenço Corchuelo, de quien estaua enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos, de lo que Sancho Pança les contaua, y aunque ya sabian la locura de don Quixote, y el genero della, siempre que la oían se admirauan de nuevo. Pidieronle a Sancho Pança, que les enseñasse la carta que lleuaua a la señora Dulcinea del Toboso. El dixo que yua escrita en vn libro de memoria, y que era orden de su señor, que la hiziesse trasladar en papel, en el primer lugar que llegasse. A lo qual dixo el cura, que se la mostrasse, que el la trasladaria
de

Tercera parte de don

de muy buena letra. Metio la mano en el seno Sancho Pança, buscando el librilla, pero no le hallò, ni le podia hallar si le buscara hasta aora, por que se auia quedado don Quixote con el, y no se le auia dado, nia el se le acordò de pedirsele. Quando Sancho vio que no hallaua el libro, fueſſe le parando mortal el rostro: y tornandose a tentar todo el cuerpo muy aprieſſa, tornò a echar de ver que no le hallaua, y sin mas ni mas, se echò entrambos puños a las barbas, y se arrancò la mitad dellas: y luego aprieſſa, y sin cesar se dio media dozena de puñadas en el rostro, y en las narizes, que se las bañò todas en sangre. Visto lo qual, por el Cura, y el Barbero, le dixerò, que que le auia sucedido, que tan mal se paraua? Que me ha de suceder, respondió Sancho, sino el auer perdido de vna mano a otra, en vn estante tres pollinos, que cada vno era como vn castillo. Como es esso, replicò el Barbero? He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia carta para Dulcinea, y vna cedula firmada de su señor: por la qual mandaua, que su sobrina me dieſſe tres pollinos, de quatro, ò cinco que estauan en casa; Y con esto les contò la perdida del ruzio. Consolole el Cura, y dixole, que en hallando a su señor, el le haria reualidar la manda, y que tornasse a hazer la librança en papel, como era vſo y costumbre, porque las que se hazian en libros de memoria, jamas se acetauan, ni cumplian. Con esto se consolò Sancho, y dixo, que como aquello fueſſe aſſi, que no le daua mucha pena la perdida de la carta de Dulcinea, porq̃ el la ſabia caſi de memoria, de la qual se podria traſladar, donde y quãdo quieſſen. Dezildo Sancho pues, dixo el Barbero,
que

que despues la trasladaremos. Parose Sancho Pança a rascar la cabeça, para traer a la memoria la carta: y ya se ponía sobre vn pic, y ya sobre otro. Vnas vezes miraua al suelo, otras al cielo: y al cabo de auerfe roydo la mitad de la yema de vn dedo, teniendo suspensos a los que esperauan q̄ ya la dixesse, dixo al cabo de grandissimo rato: Por Dios señor Licenciado, q̄ los diablos lleuen la cosa que de la carta se me acuerda, aunq̄ en el principio dezia: Alta y sobajada señora. No dira, dixo el Barbero, sobajada, si no sobrehumana, o soberana señora. Afsies, dixo Sancho. Luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, el ilego, y falto de sueño, y el ferido besa a vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa: y no se que dezia de salud, y de enfermedad, que le embiaua; y por aqui yua escurriendo, hasta que acabaua, en vuestro hasta la muerte, El cauallero de la triste Figura. No poco gustaron los dos, de ver la buena memoria de Sancho Pança, y alabaronfela mucho, y le pidieron que dixesse la carta otras dos vezes, para que ellos ansimesmo la tomassen de memoria, para trasladalla a su tiempo. Tornola a dezir Sancho otras tres vezes, y otras tantas boluio a dezir otros tres mil disparates. Tras esto contò asimesmo, las cosas de su amo, pero no habló palabra, acerca del manteamiento que le auia sucedido en aquella veta, en la qual rehusaua entrar. Dixo tambien, como su señor, en trayendo que le truxesse buen despacho, de la señora Dulcinea del Toboso, se auia de poner en camino, a procurar como ser Emperador, o por lo menos Monarca, que afsi lo tenian concertado entre los dos: y era
cosa

Tercera parte de don

cosa muy facil venir a serlo, segun era el valor de su persona, y la fuerza de su brazo, y que en fiendolo, le auia de casar a el, porque ya seria biudo, que no podia ser menos. Y le auia de dar por muger a vna donzella de la Emperatriz, heredera de vn rico y grãde estado, de tierra firme, sin Insulos, ni Insulas, que ya no las queria. Dezia esto Sancho con tanto reposo, limpiandose de quando en quando las narizes, y cõ tan poco juyzio, que los dos se admiraron de nueuo, considerando, quan vehemente auia sido la locura de don Quixote, pues auia llevado tras si el juyzio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en facarle del error en que estaua, pareciendoles que pues no le dañaua nada la conciencia, mejor era dexarle en el, y a ellos les seria de mas gusto oyr sus necesidades: y assi le dixeron, que rogasse a Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era, venir con el discurso del tiempo a ser Emperador, como el dezia; o por lo menos Arçobispo, o otra dignidad equiualente. A lo qual respondió Sancho: Señores, si la fortuna rodeasse las cosas de manera, que a mi amo le viniessse en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arçobispo, querria yo saber aora, que suelen dar los Arçobispos andantes a sus escuderos? Suelen les dar, respondió el Cura, algun beneficio simple, o curado, o alguna sacristania, que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para esso será menester, replicô Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar a Missa por lo menos; y si esto es assi, desdichado de yo, que soy casado, y no se la primera letra del A. b. c. que será de mi, si a mi amo

le da antojo de ser Arçobispo, y no Emperador, como es vfo y costumbre de los caualleros andantes? No tengays pena Sancho amigo, dixo el Barbero, que aqui rogaremos a vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea Emperador, y no Arçobispo, porque le serà mas facil, a causa de que el es mas valiente que estudiante. Afsi me ha parecido a mi, respondió Sancho, aunque se dezir, que para todo tiene habilidad; Lo que yo pienso hazer de mi parte, es, rogarle a nuestro Señor, que le eche a aquellas partes donde el mas se firua, y a donde a mi mas mercedes me haga. Vos lo dezis como discreto, dixo el Cura, y lo hareys como bué Christiano. Mas lo que aora se ha de hazer, es dar ordē como sacar a vuestro amo de aquella inutil penitencia que dezis que queda haziendo: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, serà bien nos entremos en esta venta. Sancho dixo, que entrassen ellos q̄ el esperaria alli fuera, y que despues les diria la causa por q̄ no entraua, ni le conuenia entrar en ella: mas que les rogaua q̄ le sacassen alli algo de comer, q̄ fuesse cosa caliente, y afsi mismo ceuada para Rozinante. Ellos se entraró y le dexaron, y de alli a poco, el Barbero le sacó de comer. Despues auiendo bien pensado entre los dos, el modo q̄ tendrían para conseguir lo q̄ desseauan, vino el Cura en vn pensamiento muy acomodado al gusto de don Quixote, y para lo q̄ ellos querían. Y fue que dixo el Barbero, q̄ lo que auia pensado era, q̄ el se vestiria en habito de dōzella andante, y q̄ el procurasse ponerse lo mejor q̄ pudieffe, como escudero, y q̄ afsi yrían adonde don Quixote estaua:
fingien-

Tercera parte de don

fingiendo ser ella vnã donzella afligida, y menestrosa, y le pediria vn dõ, el qual el no podria dexarse le de otorgar, como valeroso cauallero andante. Y que el don que le pensaua pedir, era que se viniessse con ella, donde ella le lleuassse, a desfazelle vn agrauio que vn mal cauallero le tenia fecho: y que le supplicaua ansimesmo, que no la mandassse quitar su antifaz, ni la demandassse cosa de su fazienda, fasta que la huuiessse fecho derecho de aquel mal cauallero, y que creyessse sin duda, que don Quixote vendria en todo quanto le pidieessse por este termino, y que desta manera le sacarian de alli, y le lleuarian a su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.

Cap. X XVII. De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.



OLE Parecio mal al Barbero, la inuencion del Cura, sino tambien, que luego la pusieron por obra. Pidieronle a la ventera vna saya y vnas tocas, dexandole en prẽdas vna sotana nueua del Cura. El Barbero hizo vna gran barba de vna cola ruzia, o roxa de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntoles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas? El Cura le contò en breues razones la locura de don Quixote, y como conuenia aquel disfraz, para sacarle de la montaña donde a la sazõ estaua. Cayeron luego el ventero, y la ventera, en que el loco era su huelped, el del balfamo, y el amo del mãteado escude.

escudero, y contaron al Cura todo lo que con el les auia passado, sin callar lo que tanto callaua Sancho. En resolucion, la ventera vistio al Cura de modo, que no auia mas que ver. Pusole vna saya de paño, llena de faxas de terciopelo negro, de vn palmo en ancho, todas acuchilladas: y vnos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con vnos ribetes de raso blanco, que se deuieron de hazer ellos, y la saya, entiendo del Rey Bamba. No consintio el Cura que le tocassen, sino pusose en la cabeça vn birretillo de lienço colchado que lleuaua para dormir de noche: y ciñose por la frente vna liga de tafetan negro, y con otra liga hizo vn antifaz con que se cubrio muy bien las barbas, y el rostro. Encasquetose su sombrero, que era tan grande que le podia seruir de quitasol: y cubriendose su herreruelo, subio en su mula a mugeriegas, y el Barbero en la suya, con su barba que le llegaua a la cintura, entre roja y blanca, como aquella que (como se ha dicho) era hecha de la cola de vn buey barroso. Despidieronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometio de rezar vn rosario, aunque pecadora, porque Dios les diesse buen suceso en tan arduo, y tan Christiano negocio, como era el que auian emprendido. Mas apenas huuo salido de la venta, quando le vino al Cura vn pensamiento, que hazia mal en auerse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que vn sacerdote se pusiesse assi, aunque le fuesse mucho en ello: y diziendoselo al Barbero, le rogò que trocassen trages, pues era mas justo que el fuesse la donzella menesterosa, y que el haria el escudero, y q̄ assi se profanana menos su dignidad:

271 *Tercera parte de don*

nidad: y que sino lo queria hazer, determinaua de no passar adelante, aunque a don Quixote se le lleuasse el diablo. En esto llegô Sancho, y de ver a los dos en aquel trage, no pudo tener la rifa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso: y trocando la inuencion, el Cura le fue informando el modo que auia de tener, y las palabras que auia de dezir a don Quixote, para mouerle, y forçarle a que con el se viniessen, y dexasse la querencia del lugar que auia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondio, que sin que se lo diessen licion, el lo pondria bien en tu punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuuessen junto de donde don Quixote estaua, y asì doblò sus vestidos, y el Cura acomodò su barba, y siguieron su camino, guiandolos Sancho Pança: el qual les fue contando lo que les acontecio con el loco que hallaron en la sierra: encubriendo empero el hallazgo de la maleta, y de quanto en ella venia, que maguer que tonto, era vn poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho auia dexado puestas las señales de las ramas, para acertar el lugar donde auia dexado a su señor: y en reconociendole, les dixo, como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hazia al caso para la libertad de su señor: por que ellos le auian dicho antes, que el yr de aquella suerte, y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar a su amo de aquella mala vida que auia escogido: y que le encargauan mucho, que no dixesse a su amo quien ellos eran, ni que los conocia. Y que si le preguntasse, como
se lo

Se lo auia de preguntar, si dio la carta a Dulcinea, dixesse que si, y que por no saber leer, le auia respondido de palabra, diziendole, que le mandaua, fopena de la su desgracia, que luego al momento se viniesse a ver con ella, que era cosa que le importaua mucho: porque con esto, y con lo que ellos pensauan dezirle, tenian por cosa cierta, reducirle a mejor vida, y hazer con el que luego se pudiesse en camino, para yr a ser Emperador, o Monarca, que en lo de ser Arçobispo, no auia de que temer. Todo lo escuchò Sancho, y lo tomò muy bien en la memoria, y les agradecio mucho la intencion que tenian de aconsejar a su señor, fuesse Emperador, y no Arçobiso, porque el tenia para si, que para hazer mercedes a sus escuderos, mas podian los Emperadores, que los Arçobispos andantes. Tambien les dixo, que seria bien, que el fuesse delante a buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante a sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pudiesen en tanto trabajo. Pareciores bien lo que Sancho Pança dezia, y asfi determinaron de aguardarle hasta que boluiesse con las nueuas del hallazgo de su amo. Entrose Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando a los dos en vna, por donde corria vn pequeño, y manso arroyo, a quien hazian sombra agradable, y fresca, otras peñas, y algunos arboles que por alli estauan. El calor, y el dia que alli llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la hora, las tres de la tarde: todo lo qual hazia al sitio mas agradable, y que combidasse a que en el esperassen la buelta de

Tercera parte de don

Sancho, como lo hizieron. Estando pues los dos alli, fofsegados, y a la sombra, llegò a sus oydos vna voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumèto, dulce y regaladamente sonaua: de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiesse auer quié tan bien cantasse. Porque aunque suele dezirse, que por las seluas, y campos se hallan pastores de voces estremadas, mas son encarecimientos de Poetas, que verdades: y mas quando aduertieron que lo que ohian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos Cortesanos. Y confirmó esta verdad, auer sido los versos que oyeron estos.

*Quien menoscaua mis bienes?
Desdenes.*

*Y quien aumenta mis duelos?
Los zelos.*

*Y quien prueua mi paciencia?
Ausencia.*

*De esse modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcança,
Pues me matan la esperança,
Desdenes, zelos, y ausencia.*

*Quien me causa este dolor?
Amor.*

*Y quien mi gloria repugna?
Fortuna.*

Y quien consiente mi duelo?

El cielo.

De esse modo yo rezelo

Morir deste mal extraño,

Pues se aunan en mi daño,

Amor, fortuna, y el cielo.

Quien mejorar à mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor quien le alcança?

Mudança.

Y sus males quien los cura?

Locura.

De esse modo no es cordura

Querer curar la passion,

Quando los remedios son,

Muerte, mudança, y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz, y la destreza del que cantaua, causò admiracion, y contento en los dos oyentes, los quales se estuuieron quedos, esperando si otra alguna cosa ohan: pero viendo que duraua algun tanto el silencio, determinaron de salir a buscar el musico, que con tan buena voz cantaua. Y queriendolo poner en efeto, hizo la mesma voz que no se mouiessen, la qual llegó de nueuo a sus oydos, cantando este Soneto.

Tercera parte de don
SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedandose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo,
Subiste alegre a las Impireas salas.
Desde alla (quando quieres) nos señalas
La justa paz, cubierta con vn velo,
Por quien a vezes se trasluze el zelo
De buenas obras, que ala fin son malas.
Dexa el cielo, o amistad, o no permitas,
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye a la incencion sincera.
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discord de confusion primera.

El canto se acabò con vn profundo suspiro, y los dos con atencion boluieron a esperar si mas se cantaua: pero viendo que la musica se auia buuelto en folloços, y en lastimeros ayes, acordaron de saber quien era el triste, tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduieron mucho, quando al boluer de vna punta de vna peña, vieron a vn hombre, del mismo talle, y figura que Sancho Pança les auia pintado, quando les contò el cuento de Cardenio el qual hombre, quando los vio, sin sobrefaltarse estuuò quedo, con la cabeça inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pensatiuo, sin alçar los ojos a mirarlos, mas de la vez primera, quan-

do de

do de improuiso llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le auia conocido) sellégô a el, y con breues, aunque muy discretas razones, le rogò y persuadio, que aquella tan miserable vida dexasse, porque alli no la perdiessse, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaua Cardenio entonces en su entero juyzio, libre de aquel furioso accidente, que tã a menudo le sacaua de si mismo: y assi viendo a los dos en trage tan no vsado de los q̄ por aquellas soledades andauan, no dexò de admirarse algun tanto: y mas quando oyò que le auian hablado en su negocio, como en cosa sabida (por q̄ las razones que el Cura le dixo, assi lo dierò a entèder) y assi respòdio desta manera: Bien veo yo, señores, quien quiera que seays, que el cielo q̄ tiene cuydado de socorrer a los buenos, y aun a los malos muchas vezes, sin yo merecerlo, me embia en estos tan remotos y apartados lugares, del trato comun de las gentes, algunas personas, que poniédome delante de los ojos, con viuas, y varias razones, quan sin ella ando, en hazer la vida q̄ hago, han procurado sacarme desta a mejor parte: pero como no saben que se yo, q̄ en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quiça me deuen de tener por hóbrec de flacos discursos: y aun lo q̄ peor seria, por de ningũ juyzio. Y no seria marauilla que assi fuesse, porque a mi seme trafuize, que la fuerça de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdiciò, que sin que yo pueda ser parte a estoruarlo, vengo a quedar como piedra, falto de todo buen sentido, y conócimièto: y vengo a caer en la cuèta desta verdad;

Tercera parte de don

quando algunos me dizen, y muestra señales de las cosas que he hecho en tanto q̄ aquel terrible accidente me señorea, y no se mas que dolerme en vano, y maldezir, sin prouecho, mi ventura: y dar por disculpa de mis locuras, el dezir la causa dellas, a quantos oyr la quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se marauillaràn de los efectos: y sino me dieren remedio, alomenos no me daràn culpa, conuirtiendoseles el enojo de mi desemboltura, en lastima de mis desgracias. Y si es que vosotros señores, venis con la mesma intencion que otros hã venido, antes que passays adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escuchays el cuento, que no le tiene de mis desueltas: porq̄ quiza despues de entendido, aborrareys del trabajo que tomareys en consolar vn mal, que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no desseauan otra cosa, que saber de su mesma boca, la causa de su daño, le rogó se la contasse, ofreciendole de no hazer otra cosa de la que el quisiessse, en su remedio, o consuelo: y con esto el triste cauallero començo su lastimera historia, casi por las mesmas palabras, y passos que la auia contado a don Quixote, y al cabrero, pocos dias atras, quando por ocasion del Maestro Elisabat, y puntualidad de don Quixote, en guardar el decoro a la caualleria, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo dexa cõtado. Pero agora quiso la buena suerte, que se detuu el accidente de la locura, y le dio lugar de contarle hasta el fin: y assi llegando al passo del villete, que auia hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio, que le tenia bien en la memoria, y que dezia desta manera.

Luscinda a Cardenio.

Cada dia descubro en vos valores, que me obligan, y fuerçan, a que en mas os estime: y assi si quisieredes sacarme desta deuda, sin executar me en la honra, lo podreys muy bien hazer. Padre tengo, que os conoce, y q̄ me quiere bien, el qual sin forçar mi voluntad cumplira lo q̄ será justo q̄ vos tengays, si es que me estimays como dezis, y como yo creo.

Por este villete me moui a pedir a Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fue por quien quedó Luscinda en la opinion de don Fernádo, por vna de las mas discretas, y auisadas mugeres de su tiempo. Y este villete fue, el que le puso en desseo de destruyrme, antes q̄ el mio se efetuasse. Dixele yo a don Fernando, en lo que reparaua el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidieffe: lo qual yo no le otaua dezir, temeroso que no vendria en ello: no porque no tuieffe bié conocida la calidad, bondad, virtud, y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para enoblecet qualquier otro linage de España: sino porque yo entendia del, que desseaua que no me casasse tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hazia conmigo. En resolucion, le dixi, que no me auenturara a dezirfelo a mi padre, assi por aquel inconueniente, como por otros muchos que me acobardauan, sin saber quales eran: sino que me parecia, que lo que yo desseaue, jamas auia de tener efeto. A todo esto me respondió don Fernando, que el se encargaua de hablar a mi padre, y hazer con el, que hablasse al de Luscinda. O Mario ambicioso, o Catilina cruel, o Quila facinoroso, o Galalon embustero, o

Tercera parte de don

Vellido traydor, o Iulian vengatiuo, o Iudas codicioso. Traydor, cruel, vengatiuo, y embuftero, que deseruicios te auia hecho este triste, que cõ tanta llaneza te descubrio los secretos, y contentos de su coraçon? Que ofensa te hize? Que palabras te dixen, o que consejos te di, que no fuessen todos encaminados a acrecentar tu honra, y tu prouecho? Mas de que me quexo, desuenterado de mi, pues es cosa cierta, que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto a baxo despeñandose con furor, y con violencia, no ay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que preuenirlas pueda. Quien pudiera imaginar, que don Fernando, cauallero illustre, discreto, obligado de mis seruicios, poderoso para alcanzar lo que el desseo amoroso le pidiessse, donde quiera que le ocupasse, se auia de enconar (como suele dezirse) en tomarme a mi vna sola oveja, que aun no possiea? Pero quedense estas consideraciones aparte, como inutiles, y sin prouecho, y añudemos el roto hilo de mi deldichada historia. Digo pues, que pareciendole a don Fernando, que mi presencia le era inconueniente para poner en execucion su falso, y mal pensamiento, determinò de embiarme a su hermano mayor, con ocasion de pedirle vnos dineros, para pagar seys cauallos, que de industria, y solo para este efeto de que me ausentasse (para poder mejor salir con su dañado intento) el mesmo dia que se ofrecio hablar a mi padre los comprò, y quiso que yo viniessse por el dinero. Pude yo preuenir esta traycion? Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, an-

tes con grandissimo gusto me ofreci a partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablè con Lusinda, y le dixè lo que con don Fernando quedaua concertado, y que tuuiesse firme esperança, de que tendrian efeto nuestros buenos y justos desseos. Ella me dixo, tan segura como yo de la traycion de don Fernando, que procurasse boluer presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardasse mi padre de hablar al suyo. No se que se fue, que en acabando de dezirme esto, se le llenaron los ojos de lagrimas, y vn nudo se le atrauessò en la garganta, que no le dexaua hablar palabra, de otras muchas que me parecia que procuraua dezirme. Quedè admirado deste nuevo accidente, hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos hablauamos, las vezes que la buena fortuna, y mi diligencia lo concedia, con todo regozijo y contento, sin mezclar en nuestras platicas, lagrimas, suspiros, zelos, sospechas, o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por auermela dado el cielo por señora. Exageraua su belleza, admirauame de su valor, y entendimiento. Boluiame ella el recambio, alabando en mi lo que como enamorada le parecia digno de alabança. Con esto nos contauamos cien mil niñerías, y acaccimientos de nuestros vezinos, y conocidos: y a lo que mas se estendia mi desemboltura, era a tomarle casi por fuerza, vna de sus bellas, y blancas manos, y llevarla a mi boca, segund daua lugar la estrechez de vna baxareja que nos diuidia. Pero la noche que precedio al triste dia de mi partida, ella llorò, gimiò, y suspi-

Tercera parte de don

fuspirò, y se fue, y me dexò lleno de confusion, y sobresalto, espantado de auer visto tan nueuas, y tan tristes muestras de dolor, y sentimiento en Lusinda. Pero por no destruir mis esperanças, todo lo atribuy a la fuerça del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me parti triste, y pensatiuo, llena el alma de imaginaciones, y sospechas, sin saber lo que sospechaua, ni imaginaua. Claros indicios que mostrauan el triste suceso, y desventura que me estaua guardada. Llegué al lugar donde era embiado. Di las cartas al hermano de don Fernando. Fuy bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandò aguardar (bien a mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viesse: porque su hermano le escriuia, que le embiasse cierto dinero, sin su sabiduria. Y todo fue inuencion del falso don Fernando, pues no le faltauan a su hermano dineros para despacharme luego. Orden, y mandato fue este, que me puse en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida, en el ausencia de Lusinda, y mas auendola dexado con la trizeza que os he contado. Pero con todo esto obedeci, como buen criado, aunque veia que auia de ser a costa de mi salud. Pero a los quatro dias que alli llegué, llegó vn hombre en mi busca, con vna carta que me dio, que en el sobrescrito conocí ser de Lusinda, porque la letra del era suya. Abrila temeroso, y con sobresalto, creyendo que cosa grande denia de ser la que la auia mouido a escribirme, estando ausente, pues presente pocas vezes

lo hazia. Preguntele al hombre, antes de leerla, quíe se la auia dado, y el tiempo que auia tardado en el camino. Dixome, que a caso passando por vna calle de la ciudad, a la hora de medio dia, vna señora muy hermosa le llamò desde vna ventana, los ojos llenos de lagrimas, y que con mucha priessa le dixo: Hermano, si soys Christiano, como pareceys, por amor de Dios os ruego, que encamineys luego, luego esta carta, al lugar, y a la persona que dize el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareys vn gran seruicio a nuestro Señor. Y para que no os falte comodidad de poderlo hazer, tomad lo que va en este pañuelo: y diziendo esto, me arrojò por la ventana vn pañuelo donde venian atados cien reales, y esta sortija de oro que aqui traygo, con essa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia, se quitò de la ventana; aunque primero vio como yo tomè la carta, y el pañuelo, y por señas le dixe, que haria lo que me mandaua. Y asì viendome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traerof la, y conociendo por el sobrescrito, que erades vos a quien se embiaua, porque yo, señor, os conozco muy bien: y obligado asì mismo de las lagrimas de aquella hermosa señora, determinè de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo a darosla. Y en diez y seys horas que ha que se me dio, he hecho el camino que sabeys, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido, y nueuo correo esto me dezia, estaua y colgado de sus palabras, temblandome las piernas de manera, que a penas podia sostenerme. En efeto abri la carta, y vi que contenia estas razones.

Tercera parte de don

La palabra que don Fernando os dio, de hablar a vuestro padre para que hablasse al mio, la ha cumplido mas en su gusto que en vuestro prouecho. Sabed señor, que el me ha pedido por esposa, y mi padre lleuado de la ventaja que el piensa que don Fernando os haze, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aqui a dos dias se ha de hazer el desposorio: tan secreto, y tan a solas, que solo han de ser testigos los cielos, y alguna gente de casa. Qual yo quedo, imaginaldo. Si os cumple venir, velado. Y si os quiero bien, o no, el suceso deste negocio os lo dará a entender. A Dios plega, que esta llegue a vuestras manos, antes que la mia se vea en condición de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fè que promete.

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hizieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros dineros: que bié claro conocí entonces, que no la compra de los cauallos, sino la de su gusto, auia mouido a dō Fernando a embiarme a su hermano. El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de seruicios, y desseos, tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en buelo, otro dia me puse en mi lugar, al punto, y hora que conuenia para yr a hablar a Lusinda. Entré secreto, y dexé vna mula en que venia, en casa del buen hombre que me auia lleuado la carta. Y quiso la suerte, que entonces la tuuiesse tan buena, que hallé a Lusinda puesta a la rexa, testigo de nuestros amores. Conociome Lusinda luego, y conocila yo, mas no como deuia ella conocerme, y yo

y yo la conocerla. Pero quien ay en el mundo que se pueda alabar, que ha penetrado, y sabido el confuso pensamiento, y condicion mudable de vna muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que assi como Lucinda me vio, me dixo: Cardenio de boda estoy vestida, y a me estan aguardando en la sala, don Fernão el traydor, y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo seran de mi muerte, que de mi desposorio. No te turbes amigo, sino procura hallarte presente a este sacrificio, el qual sino pudiere ser estoruardo de mis razones, vna daga lleuo escondida, que podra estoruar mas determinadas fuerças, dando fin a mi vida, y principio a que conozcas la voluntad que te hetenido, y tengo. Yo le respondi turbado, y apriessa, temeroso no me faltasse lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tu lleuas daga para acreditarte, aqui lleuo yo espada para defenderte con ella, o para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oyr todas estas razones, porque senti que la llamauan apriessa, porque el desposado aguardaua. Cerrose con esto la noche de mi tristeza: puso se me el sol de mi alegria: quedè sin luz en los ojos, y sin discurso en el entendimiento. No acertaua a entrar en su casa, ni podia mouerme a parte alguna: pero considerando quanto importaua mi presencia, para lo que suceder pudiesse en aquel caso, me animè lo mas que pude, y entrè en su casa. Y como ya sabia muy biè todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaua, nadie me echò de ver. Assi que sin ser visto, tuue lugar de ponerme en el hueco que hazia

Tercera parte de don

hazia vna ventana de la mesma sala, que con las puñtas y remates de dos tapizes se cubria, por entre las quales podia yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se hazia. Quien pudiera dezir aora, los sobrosaltos que me dio el coraçon mientras alli estuue? Los pensamientos que me gcurrieron? Las consideraciones que hize? que fueron tantas, y tales, que ni se pueden dezir, ni aun es bien que se digan: basta que sepays que el desposado entrò en la sala, sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Trahia por padrino, a vn primo hermano de Lusinda, y en toda la sala no auia persona de fuera, sino los criados de casa. De alli a vn poco salio de vna recamara Lusinda, acompañada de su madre, y de dos donzellas suyas: tan bié adereçada y compuesta, como su calidad y hermosura merecian: y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dio lugar mi suspenscion, y arrobamiento, para que mirasse, y notasse en particular lo que trahia vestido, solo pude advertir a los colores, que eran encarnado, y blanco: y en las vislumbres que las piedras, y joyas del tocado, y de todo el vestido hazian, a todo lo qual se auentajaua la belleza singular de sus hermosos, y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras, y de las luzes de quatro hachas que en la sala estauan, la suya con mas resplandor a los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi descanso, de que sirue representarme aora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y representes lo que entonces hizo, para que mouido
de

de tan manifiesto agrauio, procure, ya que no la vengança, alomenos perder la vida. No os canseys señores, de oyr estas digressiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni deuan contarse sucintamente, y de passo, pues cada circunstancia fuya, me parece a mi que es digna de vn largo discurso. A esto le respondió el Cura, que no solo no se cansauan en oyrle, sino que les daua mucho gusto las menudencias que contaua, por ser tales, que merecian no passarse en silencio, y la mesma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el Cura de la parrochia, y tomando a los dos por la mano, para hazer lo que en tal acto se requiere, al dezir: Quereys, señora Lusinda, al señor don Fernando que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa madre Yglesia? yo saqué toda la cabeça y cuello, de entre los tapizes, y con atentísimos oydos, y alma turbada, me puse a escuchar lo que Lusinda respondia: esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, o la confirmació de mi vida. O quien se atreuera a salir entonces, diciendo a voces: A Lusinda, Lusinda, mira lo que hazes, considera lo que me deues, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Aduierte, que el dezir tu, Si, y el acabarse me la vida, ha de ser todo a vn punto. A traydor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida, que quieres? que pretendes? considera, que no puedes Christianamente llegar al fin de tus desseos, porque Lusinda es mi esposa, y yo soy su marido. A loco de mi, aora que estoy ausente, y lexos del peligro, digo que auia de hazer lo

T

que

Tercera parte de don

que no hize. Aora que dexè robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuuiera coraçon para ello, como le tengo para que-xarme. En fin, pues fuy entonces couarde, y necio, no es mucho q̄ muera aora corrido, arrepentido, y loco. Estaua esperando el Cura la respuesta de Lus-cinda, q̄ se detiuo vn buen espacio en darla, y quan-do yo pense q̄ facua la daga para acreditarse, o des-ataua la lengua para dezir alguna verdad, o defen-gaño que en mi prouecho redundasse, oygo que di-xo con voz desmayada, y flaca: Si quiero: y lo mes-mo dixo don Fernando, y dandole el anillo, queda-ron en dissoluble nudo ligados. Llegò el desposado a abraçar a su esposa, y ella poniendose la mano so-bre el coraçon, cayò desmayada en los braços de su madre. Resta aora dezir, qual quedè yo, viendo en el Si que auia oydo, burladas mis esperanças, falsas las palabras, y promessas de Lus-cinda: impossibili-tado de cobrar en algũ tiempo, el bien que en aquel instante auia perdido. Quedè falto de consejo, des-amparado, a mi parecer, de todo el cielo, hecho ene-migo de la tierra q̄ me sustentaua, negãdome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentò de manera, que todo ardia de rabia, y de zelos. Alborotaronse todos con el desmayo de Lus-cinda, y desabrochandole su ma-dre el pecho para q̄ le diese el ayre, se descubriò en el vn papel cerrado, q̄ don Fernando tomò luego, y se le puso a leer a la luz de vna de las hachas, y en acabando de leerle se sentò en vna silla, y se puso la mano en la mexilla, con muestras de hõbre muy pẽ-satiuo, sin acudir a los remedios q̄ a su esposa se ha-
zian.

zian, para que del desmayo boluiesse. Yo viendo alborotada toda la gète de casa, me auèturè a salir, ora fuesse visto, o no, cò determinacion q̄ si me viesse, de hazer vn desatino, tal, que todo el mūdo viniera a entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traydora. Pero mi suerte, que para mayores males (si es posible que los aya) me deue tener guardado, ordenò, que en aquel punto me sobrasse el entendimiento que despues aca me ha faltado: y assi sin querer tomar vengança de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamièto mio fuera facil tomarla) quise tomarla de mi mano, y executar en mi la pena q̄ ellos mereciã: y aun quiza con mas rigor del que con ellos se vsara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata, sin acabar la vida. En fin, yo sali de aquella casa, y vine a la de aquel donde auia dexado la mula: hize que me la enfillasse, sin despedirme del subi en ella, y sali de la ciudad, sin osar, como otro Lot, boluer el rostro a miralle: y quando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio combidaua a quejarme, sin respeto, o miedo de ser escuchado, ni conocido, soltè la voz, y desatè la lengua en tantas maldiciones de Luscinda, y de don Fernando, como si con ellas satisfiziera el agrauio que me auian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa, y desagradecida: pero sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la auia cerrado los ojos de la voluntad, para quitarmela a mi, y entregarla

Tercera parte de don

a aquel con quien mas liberal y franca, la fortuna se auia mostrado, y en mitad de la fuga destas maldiciones, y vituperios, la desculpaua, diziendo: que no era mucho que vna donzella recogida en casa de sus padres, hecha, y acostumbrada siempre a obedecerlos, huuiesse querido condecéder con su gusto, pues le dauan por esposo a vn cauallero tan principal, tan rico, y tan gentil hombre: que a no querer recibirle te podia pensar, o que no tenia juyzio, o que en otra parte tenia la voluntad; cosa que redundaua tan en perjuyzio de su buena opinion, y fama. Luego boluia diziendo, que puesto que ella dixera, que yo era su esposo, vieran ellos que no auia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la desculparan, pues antes de ofrecerseles don Fernando, no pudieran ellos mesmos acertar a desfeear, si con razon midiesen su desseo, otro mejor que yo, para esposo de su hija: y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forçoso y yltimo, de dar la mano, dezir, que ya yo le auia dado la mia, que yo viniera, y concediera con todo quanto ella acertara a fingir en este caso. En fin me resolui, en que poco amor, poco juyzio, mucha ambicion, y deseos de grandezas, hizieron que se olvidasse de las palabras con que me auia engañado, entretenido, y sustentado en mis firmes esperanças, y honestos deseos. Con estas voces, y con esta inquietud, caminé lo que quedaua de la noche, y di al amanecer en vna entrada destas sierras, por las quales caminé otros tres dias, sin senda ni camino alguno, hasta que vine a parar a vnos prados, que no se a que mano destas montañas caen, y alli pregunté a vnos ganaderos,

naderos, que hàzia donde era lo mas aspero destas sierras. Dixerónme, que hàzia esta parte. Luego me encaminè a ella, con intencion de acabar aqui la vida: y en entrando por estas asperezas, del cansancio, y de la hambre, se cayò mi mula muerta: o lo que yo mas creo, por desfechar de si tan inutil carga como en mi lleuaua. Yo quedè a pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quiè me socorrièsse. De aquella manera estuue no se que tiempo, tendido en el suelo, al cabo del qual me leuantè sin hambre, y hallè junto a mia vnos cabreros, que sin duda deuieron ser los que mi necesidad remediaron: porque ellos me dixerón de la manera que me auian hallado, y como estaua diziendo tantos disparates, y defatinos, que daua indicios claros de auer perdido el juyzio: y yo he sentido en mi, despues aca, que no todas vezes le tengo cabal, sino tan desmedrado, y flaco, que hago mil locuras: rasgandome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiziendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso, ni intento entonces, que procurar acabar la vida vozeando: y quando en mi bueluo, me hallo tan cansado y molido, que a penas puedo mouerme. Mi mas comun habitacion, es en el hueco de vn Alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros, y cabreros que andan por estas montañas, mouidos de caridad me sustentan, poniendome el manjar por los caminos, y por las peñas por donde entienden que a caso podrè passar, y hallarlo: y así aunque enton-

Tercera parte de don

ces me falte el juyzio, la necesidad natural me da a conocer el mantenimiento, y despierta en mi el desso de apetecerlo, y la voluntad de tomarlo. Otras vezes me dizen ellos, quando me encuentran con juyzio, que yo falgo a los caminos, y que se lo quito por fuerça, aunque me lo den de grado, a los pastores que vienen con ello del lugar a las majadas. Desta manera passo mi miserable, y estrema vida, hasta que el cielo sea seruido de conduzirle a su vltimo fin, o de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura, y de la traycion de Lusinda, y del agrauio de don Fernando, que si esto el haze sin quitarme la vida, yo boluere a mejor discurso mis pensamientos: donde no, no ay sino rogarle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mi valor, ni fuerças para facar el cuerpo desta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, o señores, la amarga historia de mi desgracia: dezidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos, que los que en mi auays visto? Y no os canseys en persuadirme, ni aconsejarme, lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprouechar conmigo, lo que aprouecha la medicina recetada de famoso Medico, al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Lusinda: y pues ella gustà de ser agena, siendo, o deniando ser mia, gustete yo de ser de la desuentura, pudiendo auer sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudança hazer estable mi perdicion: yo querrè con procurar perderme, hazer contenta su voluntad, y serà exem-

plo a los por venir, de que a mi solo faltò lo que a todos los desdichados sobra, a los quales suele ser consuelo, la imposibilidad de tenerle, y en mas causa de mayores sentimientos, y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aqui dio fin Cardenio a su larga platica, y tan desdichada como amorosa historia. Y al tiempo que el Cura se preuenia para dezirle algunas razones de consuelo, le suspendio vna voz que llegò a sus oydos, que en lastimados acentos oyeron que de-

dia, lo que se dirà en la quarta parte desta narra-

cion, que en este punto dio fin a la tercera

el sabio, y atentado historiador

Cide Hamete Benengeli.

(.?.)



T 4

Q V A R T A

QVARTA PARTE
DEL INGENIOSO
Hidalgo don Quixote de
la Mancha.

*Cap. XXVIII. Que trata de la nueva, y agradable
auentura que al Cura, y Barbero sucedio en la
mesma Sierra.*



ELICISSIMOS Y ven-
turosos fueron los tiempos,
donde se echó al mundo el
audacissimo cauallero don
Quixote de la Mancha, pues
por auer tenido tan honrosa
determinacion, como fue el
querer resucitar, y boluer al
mundo, la ya perdida, y casi muerta orden de la
andante caualleria. Gozamos aora en esta nuestra
edad necesitada, de alegres entretenimientos, no
solo de la dulçura de su verdadera historia, sino de
los cuentos, y episodios della, que en parte no son
menos agradables, y artificiosos, y verdaderos, que
la misma historia: la qual prosiguiendo su rastrillado,
torcido, y haspado hilo, cuenta, que assi como el Cu-
ra començó a preuenirse para consolar a Cardenio,
lo

lo impidio vna voz que llegó a sus oydos, que con trist. sacentos dezia desta manera.

Ay Dios, si serà posible que he ya hallado lugar que pueda seruir de escondida sepultura a la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si serà, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. Ay desdichada, y quan mas agradable compañía haràn estos riscos, y malezas a mi intencion, pues me daràn lugar para que con quexas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no ay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar contejo en las dudas, alivio en las quexas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron, y percibieron, el Cura, y los que con el estauan: y por parecerles, como ello era, que alli junto las dezian, se leuataron a buscar el dueño, y no huieron andado veynte passos, quando detras de vn peñasco vieron sentado al pie de vn fresno, a vn moço, vestido como labrador, al qual por tener inclinado el rostro, a causa de que se lauaua los pies en el arroyo que por alli corria, no se le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto silencio, que del no fueron sentidos, ni el estaua a otra cosa atento, que a lauarse los pies, que eran tales que no parecian sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se auian nacido. Suspendioles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles que no estauan hechos a pisar terrones, ni a andar tras el arado, y los bueyes, como mostraua el habito de su dueño: y assi viendo que no auian sido sentidos, el Cura

T 5 que

Quarta parte de don

que yua delante, hizo señas a los otros dos, que se agaçaassen, o escondiessen detras de vnos pedaços de peña que alli auia, assi lo hizieron todos, mirando con atencion lo que el moço hazia: el qual trahia puesto vn capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo cõ vna toalla blanca. Trahia animesmo, vnos calçones, y polaynas de paño pardo, y en la cabeça vna montera parda. Tenia las polaynas leuantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acabose de lauar los hermosos pies, y luego con vn paño de tocar, que sacõ debaxo de la montera, se los limpio: y al querer quitarsele açõ el rostro, y tuuieron lugar los que mirandole estauan, de ver vna hermosura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura, con voz baxa: ¡Esta, ya que no es Luscinnda, no es persona humana, sino diuina. El moço se quitò la montera, y sacudiendo la cabeça a vna y a otra parte, se començaron a desco-ger, y desparzir vnos cabellos, que pudieran los del Sol tenerles embidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entones los ojos de los dos auian visto, y aun los de Cardenio, sino huieran mirado, y conocido a Luscinnda, que despues afirmò, que sola la belleza de Luscinnda podia contender con aquella. Los luengos y rruuos cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo de ellos, que sino eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia, tales y tantos eran. En esto les firuio de peyne vnas manos, q̄ si los pies en el agua

auian

auian parecido pedaços de cristal, las manos en los cabellos semejanan pedaços de apretada nieue: todo lo qual, en mas admiracion, y en mas desso de saber quien era, ponía a los tres que la mirauan. Por esto determinaron de mostrarse, y al mouimiento que hizieron de ponerse en pie, la hermosa moça alçò la cabeça, y apartandose los cabellos de delante de los ojos, con entrambas manos, mirò los que el ruydo hazian: y apenas los huuo visto, quando se leuantò en pie, y sin aguardar a calçarse, ni a recoger los cabellos, asio con mucha presteza vn bulto como de ropa, que junto a sí tenia, y quiso ponerse en huyda, llena de turbacion, y sobresalto: mas no huuo dado seys passos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dio consigo en el suelo. Lo qual visto por los tres, salieron a ella, y el Cura fue el primero que le dixo: Deteneos, señora, quien quiera que seays, que los que aqui veys solo tienen intencion de seruiros: no ay para que os pongays en tan impertinente huyda, porque ni vuestros pies lo podran sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atonita, y confusa. Llegaron pues a ella, y asiendola por la mano el Cura prosiguió, diziendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren señales claras, que no deuen de ser de poco momento las causas que han disfraçado vuestra belleza en habito tan indigno, y traydola a tanta soledad como es esta, en la qual ha sido vétura el hallaros: sino para dar remedio a vuestros males, alomenos para darles consejo, pues ningun mal puede

Quarta parte de don

puede fatigar tanto, ni llegar tan al estremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar si quiera, el consejo que con buena intencion se le da, al que lo padece. Afsi que, señora mia, o señor mio, o lo que vos quisieredes ser, perded el sobrefalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena, o mala suerte, que en nosotros juntos, o en cada vno, hallareys quien os ayude a sentir vuestras desgracias. Entanto que el Cura dezia estas razones, estaua la disfraçada moça, como enuelesada, mirandolos a todos, sin mouer labio, ni dezir palabra alguna: bien afsi como rustico aldeano, que de improuiso se le muestran cosas raras, y del jamas vistas. Mas boluiendo el Cura a dezirle otras razones, al mesmo efeto encaminadas, dando ella vn profundo suspiro, rompio el silencio, y dixo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos, no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo aora, lo que si se me creyesse, seria mas por cortesia, que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo señores, que os agradezco el ofrecimiento que me aueys hecho, el qual me ha puesto en obligacion de satisfazeros en todo lo que me aueys pedido: puesto que temo, que la relacion que os hiziere de mis desdichas, os hade causar al par de la compafsion, la pesadumbre, porque no aueys de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intéciones, auiedome ya conocido por muger,
y vien-

y viendome moça, sola, y en este trage, cosas todas juntas, y cada vna por si, que pueden echar por tierra qualquier honetto credito, os aure de dezir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dixo sin parar, la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suaue, que no menos les admirò su discrecion, que su hermosura. Y tornandole a hazer nueuos ofrecimientos, y nueuos ruegos, para que lo prometido cumplierse, ella sin hazer se mas de rogar, calçandose cò toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodò en el asiento de vna piedra, y puestos los tres al rededor della, haziendose fuerça por detener algunas lagrimas que a los ojos se le venian, con voz repofada y clara, començo la historia de su vida, desta manera.

En esta Andaluzia ay vn lugar, de quien toma titulo vn Duque, que le haze vno de los que llaman grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado, y al parecer, de sus buenas costumbres: y el menor, no se yo de que sea heredero, sino de las trayciones de Vellido, y de los embustes de Galalon. Deste señor son vassallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza y gualará a los de su fortuna, ni ellos tuuierã mas que dessear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo: porque quiza nace mi poca ventura, de la que no tuuieron ellos en no auer nacido ilustres. Bien es verdad, que no son tan baxos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que a mi me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, géte llana, sin mezcla de alguna

Quarta parte de don

alguna raça mal sonante , y como suele dezirse, Christianos viejos ranciosos, pero tan rancios , que su riqueza y magnifico trato, les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos , y aun de caualleros. Puesto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos se preciauan, era de tenerme a mi por hija : y assi por no tener otra, ni otro que los heredasse, como por ser padres, y aficionados, yo era vna de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron. Era el espejo en que se mirauan, el baculo de su vejez, y el sujeto a quien encaminauan, midiendolos con el cielo, todos sus desseos : de los quales , por ser ellos tan buenos, los míos no salia vn punto. Y del mismo modo que yo era señora de sus animos , assi lo era de su hazienda. Por mi se recibian, y despedian los criados. La razon y cuenta de lo que se sembraua y cogia, passaua por mi mano. Los molinos de azeyte, los lagares del vino, el numero del ganado mayor, y menor, el de las colmenas : finalmente, de todo aquello que vn tã rico labrador como mi padre puede tener, y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayor dama, y señora: con tanta sollicitud mia, y con tanto gusto fuyo, q̄ buenamente no acertarẽ a encarcelarlo. Los raros q̄ del dia me quedauã, despues de auerdado lo q̄ conuenia a los mayores, o capatazes, y a otros jornaleros, los entretenia en exercicios q̄ son a las donzellas tan licitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja, y la almohadilla, y la rucaca muchas vezes : y si alguna por recrear el animo, estos exercicios dexaua, me acogia al entretenimiento de leer algun libro deuoto, o a tocar vna harpa, porque la experiencia me mostraua, que la musica

compone

compone los animos descópuestos, y aliuia los trabajos que nacen del espíritu. Esta pues era la vida q̄ yo tenia en casa de mis padres: la qual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar a entender que soy rica, sino porque se aduierta quan sin culpa me he venido de aquel bué estado que he dicho, al infelice en que aora me hallo. Es pues el caso, q̄ passando mi vida en tantas ocupaciones, y en vn encerramiento tal, q̄ al de vn monesterio pudiera cópararse, sin ser vista, a mi parecer, de otra persona alguna, q̄ de los criados de casa, porque los dias que yua a Missa, era tan demañana, y tã acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, q̄ apenas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponía los pies: y con todo esto, los del amor, o los de la ociosidad, por mejor dezir, a quien los de lince no pueden y gualarse, me vieró, puestos en la sollicitud de dō Fernando, q̄ este es el nóbre del hijo menor del Duque, q̄ os he cótado. No huuo bien nombrado a don Fernando la q̄ el cuento contaua, quãdo a Cardenio se le mudò la color del rostro, y comẽço a trasudar con tã grande alteraciõ, q̄ el Cura, y el Barbero, q̄ miraró en ello, temieron q̄ le venia aquel accidente de locura, q̄ auia oydo dezir que de quando en quando le venia. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar, y estarse quedo, mirando de hito en hito a la labradora, imaginando quié ella era: la qual sin aduertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diziendo: Y no me huieró bien visto, quãdo (segú el dixo despues) quedò tan preso de mis amores, quanto lo dieron bien a entender sus demonstraciones. Mas

Quarta parte de don

por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero passar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad. Sobornò toda la gente de mi casa, dio, y ofrecio dadiuas, y mercedes a mis parientes. Los dias eran todos de fiesta, y de regozijo en mi calle. Las noches no dexauan dormir a nadie las musicas. Los villetes que sin saber como, a mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones, y ofrecimientos, con menos letras que promessas, y juramentos. Todo lo qual, no solo no me ablandaua, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reduzirme a su voluntad hazia, las hiziera para el efeto contrario: no porq̃ a mi me pareciesse mal la gentileza de don Fernando, ni q̃ tuuiesse a demasia sus sollicitudes, porq̃ me daua vn no se q̃ de contento, verme tã querida, y estimada de vn tan principal cauallero: y no me pesaua ver en sus papeles mis alabanças: q̃ en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece a mi, que siempre nos da gusto el oyr que nos llaman hermosas. Pero a todo esto se opone mi honestidad, y los consejos continuos que mis padres me dauan, que ya muy al descubierto sabiã la voluntad de don Fernando, porque ya a el no se le daua nada de que todo el mũdo la supiesse. Deziãme mis padres, que en sola mi virtud, y bondad dexauan, y depositauan su honra, y fama: y que consideraſse la desigualdad q̃ auia entre mi, y don Fernando, y que por aqui echaria de ver, que sus pensamientos (aunque el dixesse otra cosa) mas se encaminauan a su gusto, que a mi prouecho. Y que si yo quisiessse poner en
alguna

alguna manera algun inconueniente, para que el se dexasse de su injusta pretension, que ellos me casarian luego cõ quien yo mas gustasse, assi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunueziños, pues todo se podia esperar de su mucha hazienda, y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me dezian, fortificaua yo mi entereza, y jamas quise responder a don Fernando, palabra que le pudiesse mostrar, aunque de muy lexos, esperança de alcançar su deseo. Todos estos recatos mios, que el deuia de tener por desdenes, deuieron de ser causa de auuiar mas su lasciuo apetito (que este nombre quiero dar a la voluntad que me mostraua) la qual si ella fuera como deuia, no la supierades vosotros aora, porque uiera faltado la ocasion de deziros la. Finalmente don Fernando, supo que mis padres andauan por darme estado: por quitalle a el la esperança, de poseerme, o a lo menos, porque yo tuuiesse mas guardas para guardarme. Y esta nueua, o sospecha, fue causa para que hiziesse, lo que aora oyreys. Y fue, que vna noche estando yo en mi aposento, con sola la compania de vna donzella que me seruia, teniendo bié cerradas las puertas, por temor que por descuydo, mi honestidad no se viesse en peligro: sin saber, ni imaginar como, en medio destos recatos, y preuenciones, y en la soledad deste silencio, y encierro, me le halle delante. Cuya vista me turbò de manera, que me quitò la de mis ojos, y me enmudecio la lengua. Y assi no fuy poderosa de dar voces, ni aun el creo que me las dexara dar, porque luego se llegó a mi, y tomandome entre sus braços (porque

Quarta parte de don

yo como digo, no tuue fuerças para defenderme, segun estaua turbada) començo a dezirme tales razones, que no se como es posible, que tenga tanta abilidad la mentira, que las sepa componer, de modo que parezcan tan verdaderas. Hazia el traydor que sus lagrimas acreditassen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrezilla sola, entre los mios mal exercitada en casos semejantes, comence no se en que modo, a tener por verdaderas tãtas falsedades: pero no de suerte, que me mouiessen a compafsion, menos que buena, sus lagrimas, y suspiros. Y asì passandoseme aquel sobresalto primero, tornè algun tanto a cobrar mis perdidos espiritus, y cõ mas animo del que pense que pudiera tener, le dixè. Si como estoy señor en tus braços, estuiera entre los de vn leon fiero, y el librarme dellos se me assegurara, con que hiziera, o dixera, cosa que fuera en perjuizio de mi honestidad, asì fuera posible hazella, o dezilla, como es posible dexar de auer sido lo que fue. Asì que si tu tienes ceñido mi cuerpo con tus braços, yo tengo atada mi alma con mis buenos defectos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo veras, si con hazerme fuerça, quisieres passar adelante en ellos. Tu vassalla soy, pero no tu esclaua, ni tiene, ni deue tener imperio, la nobleza de tu sangre, para deshõrar, y tener en poco la humildad de la mia. Y en tanto me estimo yo villana, y labradora, como tu señor, y cauallero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerças, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros, y lagrimas, enternecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que

mis padres me dieran por esposo, a su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera. De modo, que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara, lo que tu señor aora con tanta fuerça procuras. Todo esto he dicho, porque no es pensar, que de mi alcance cosa alguna, el que no fuere mi legitimo esposo. Sino reparas mas que en esso, bellissima Dorotea, (que este es el nombre desta desdichada) dixo el desleal cauallero, ves aqui te doy la mano, de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, a quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de nuestra Señora que aqui tienes. Quando Cardenio le oyò dezir, que se llamaua Dorotea, tornò de nueuo a sus sobresaltos, y acabò de confirmar por verdadera su primera opinion, pero no quiso interromper el cuento, por ver en que venia a parar, lo que el ya casi sabia, solo dixo: *Que Dorotea es tu nombre, señora?* Otra he oydo yo dezir del mesmo, que quiza corre parejas con tus desdichas. Pasa adelante, que tiempo vendra, en que te diga cosas que te espanten, en el mesmo grado que te lastimen. Reparò Dorotea en las razones de Cardenio, y en su extraño, y desastrado traje, y rogole, que si alguna cosa de su hazienda sabia, se la dixesse luego. Porque si algo le auia dexado bueno la fortuna, era el animo que tenia, para sufrir qualquier desastre, que le sobreuinieste, segura de que a su parecer ninguno podia llegar, que el que tenia acrecentasse vn punto. No le perdiera yo señora, respondió Cardenio, en dezirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta

Quarta parte de don

ora no se pierde coyuntura, ni a ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento passa, fue. Que tomando don Fernando vna ymagen, que en aquel aposento estava, la puso por testigo de nuestro desposorio, cõ palabras eficacissimas, y juramentos esraordinarios, me dio la palabra de ser mi marido. Puesto que antes que acabasse de dezirlas, le dixé, que mirasse bien lo que hazia, y que considerasse el enojo que su padre auia de recibir, de verle casado con vna villana, vassalla fuya, que no le cegasse mi hermosura, tal qual era. Pues no era bastante, para hallar en ella disculpa de su yerro: y que si algun bien me queria hazer, por el amor que me tenia, fuesse dexar correr mi suerte a lo ygual, de lo que mi calidad podia. Porque nunca los tan desyguales casamientos, se gozan, ni duran mucho, en aquel gusto con que se comiençan. Todas estas razones que aqui he dicho, le dixé, y otras muchas, de que no me acuerdo, pero no fueron parte, para que el dexasse de seguir su intento, biẽ ansi como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconuenientes. Yo a esta sazõ, hize vn breue discurso conmigo, y me dixé a mi mesma: Si que no sere yo la primera, que por via de matrimonio aya subido de humilde a grã de estado, ni será don Fernando el primero, a quien hermosura, o ciega aficion (que es lo mas cierto) aya hecho tomar compañía desigual a su grandeza? Pues si no hago ni mundo, ni vso nueuo, bien es acudir a esta honra, que la suerte me ofrece. Puesto que en este, no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiẽto de su desseo, que en fin
para

Para con Dios, fere su esposa. Y si quiero con desdenes despedilla, en termino le veo, que no usando el que deue, usarà el de la fuerça, y vèdra a quedar del honrada, y sin disculpa, de la culpa que me podia dar, el que no supiere, quan sin ella he venido a este punto. Porque, que razones seran bastates, para persuadir a mis padres, y a otros, que este cauallero entrò en mi aposento, sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas, reboluió en vn instante en la imaginacion. Y sobre todo, me començaró a hazer fuerça, y a inclinarme a lo que fue (sin yo pensar) mi peticion, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponía, las lagrimas que derramaua, y finalmente su dispuficion, y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir a otro tan libre, y recatado coraçon, como el mio. Llamê a mi criada, para que en la tierra acompañasse a los testigos del cielo. Tornò don Fernando, a reysterar, y confirmar sus juramentos. Añadió a los primeros, nuevos santos por testigos, echose mil futuras maldiciones, sino cumpliesse lo que me prometia. Boluió a humedecer sus ojos, y a acrecentar sus suspiros, apretome mas entre sus brazos, de los quales jamas me auia dexado. Y con esto, y cò boluerse a salir del aposento mi dözella, yo dexè de serlo, y el acabò de ser traydor, y fementido. El dia que sucedio, a la noche de mi desgracia, se venia aun no tan aprieffa, como yo pienso que don Fernando desseaua. Porque despues de cumplido, aquello que el apetito pide, el mayor gusto q̄ puede venir, es apartarse de donde le alcançaron. Digo esto, porque don Fernãdo dio prieffa por partirse de mi,

221 *Quarta parte de don*

y por industria de mi dōzella, que era la misma que alli le auia traydo, antes que amaneciesse, se vio en la calle. Y al despedirse de mi, (aunque no con tanto ahinco, y vehemencia, como quando vino) me dixo que estuuiesse segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos: y para mas confirmacion de su palabra, sacò vn rico anillo del dedo, y lo puso en el mio. En efecto el se fue, y yo quedè, ni se si triste, o alegre: esto se bien dezir, que quedè confusa, y pensatiua, y casi fuera de mi, con el nueuo acaecimiento, y no tuue animo, o no se me acuerdo de reñir a mi donzella, por la trayciõ cometida, de encerrar a dō Fernando en mi mismo aposento: porque aun no me determinaua, si era bien, o mal, el que me auia sucedido. Dixele al partir a don Fernando, que por el mesmo camino de aquella, podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que quãdo el quisiesse, aquel hecho se publicasse. Pero no vino otra alguna, sino fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la yglesia, en mas de vn mes, que en vano me canse en sollicitallo: puesto que supe, que estaua en la villa, y que los mas dias yua a caça, exercicio de que el era muy aficionado. Estos dias, y estas horas, bien se yo que para mi fueron aziagos, y menguadas. Y bien se que comencè a dudar en ellos, y aun a descreer de la fe de don Fernando. Y se tambien, que mi donzella oyò entonces, las palabras que en reprehension de su atreuimiento, antes no auia oydo. Y se que me fue forçoso tener cuenta con mis lagrimas, y con la cõpostura de mi rostro, por no dar ocasiõ a que mis padres me preguntassen, que de que andaua descontenta, y me obligassen a buscar mentiras que dezilles.

Pero

Pero todo esto se acabò en vn punto, llegãdose vno donde se atropellaron respectos, y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia, y salieron a plaça mis secretos pensamientos. Y esto fue, porque de alli a pocos dias, se dixo en el lugar, como en vna Ciudad alli cerca, se auia casado dō Fernando, con vna donzella hermosissima, en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tã rica, que por la dote, pudiera aspirar a tã noble casamiento. Dixose, que se llamaua Luszinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiracion. Oyò Cardenio el nombre de Luszinda, y no hizo otra cosa, que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dexar de alli a poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por esto dexò Dorotea de seguir su cuento, diziedo, llegò esta triste nueua a mis oydos, y en lugar de clararse me el coraçon en oylla, fue tanta la colera y rabia, que se encendio en el, que faltò poco para no salirme por las calles, dando voces, publicando la aleuosiay traycion, que se me auia hecho. Mas templóse esta furia por entonces, con pensar de poner aquella mesma noche por obra, lo que puse. Que fue, ponerme en este habito, que me dio vno de los que llaman çagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubri toda mi desventura, y le rogue me acompañasse hasta la Ciudad, donde entendi que mi enemigo estaua. El despues que vuo reprehédido mi atreuimiento, y afeado mi determinacion, viendome resuelta en mi parecer, se ofrecio a tenerme compañía, como el dixo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerre en vna

Quarta parte de don

almohada de lienço, vn vestido de muger, y algunas joyas, y dineros, por lo que podia suceder. Y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta a mi traydora donzella, sali de mi casa acompañada de mi criado, y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la Ciudad apie, llevada en buelo del desseo de llegar, ya que no a estoruar, lo que tenia por hecho, alomenos a dezir a don Fernando, me dixesse con q̄ alma lo auia hecho. Llegué en dos dias y medio, donde queria, y en entrado por la Ciudad, pregunté por la casa de los padres de Luszinda, y al primero a quié hize la pregunta, me respōdio mas de lo que yo quisiera oyr. Dixome la casa, y todo lo que auia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan publica en la Ciudad, que se haze en corrillos, para contarla por toda ella. Dixome, que la noche que don Fernando se desposó cō Luszinda, despues de auer ella dado el si, de ser su esposa, le auia tomado vn rezi de smayo, y que llegando su esposo a desabrocharle el pecho, para que le diese el ayre, le halló vn papel escrito, de la misma letra de Luszinda, en que dezia, y declaraua, que ella no podia ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que a lo que el hombre me dixo, era vn cauallero muy principal, de la misma Ciudad. Y que si auia dado el si a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres: en resolucion, tales razones dixo que contenia el papel, que daua a entender, que ella auia tenido intencion de matarse, en acabándose de desposar, y daua alli las razones porq̄ se auia quitado la vida. Todo lo qual dizen que confirmò vna daga que le hallaron no se en que parte de sus vestidos. Todo lo qual, visto por don

don Fernando, pareciendole q̄ Luzinda le auia burlado, y escarnecido, y tenido en poco, arremetio a ella, antes que de su desmayo boluiesse, y con la misma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y lo hiziera, si sus padres, y los que se hallaron presentes, no se lo estoruaran. Dixerón mas, que luego se ausentò don Fernãdo, y que Luzinda, no auia buuelto de su parasismo, hasta otro dia, que contò a sus padres, como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun deziã, se hallò presente a lós desposorios, y que en viendola desposada, lo qual el jamas penso, se falió de la Ciudad desesperado, dexandole primero escrita vna carta, donde daua a entender, el agrauio que Luzinda le auia hecho, y de como el seyua, adonde gentes no le viesse. Esto todo era publico, y notorio en toda la Ciudad, y todós habluauan dello, y mas hablaron, quando supieron que Luzinda auia saltado de casa de sus padres, y de la Ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juyzio sus padres, y no sabian que medio se tomar para hallarla. Esto que supe, puso en vando mis esperanças, y tuue por mejor no auer hallado a don Fernãdo, que no hallarle casado, pareciendome que aun no estaua del todo cerrada la puerta a mi remedio, dandome yo a entender, que podria ser, que el cielo viuiesse puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle a conocer, lo que al primero deuia, y a caer en la cueta, de que era Christiano, y que esta ua mas obligado a se alma, que a los respetos humanos. Todas estas cosas reboluia en mi fantasia, y me consolaua sin tener consuelo, fingiendo vnas esperã

Quarta parte de don

ças largas, y de mayadas, para entretener la vida, q̄ ya aborrezco. Estando pues en la Ciudad, sin saber que hazerme, pues a don Fernando no hallaua, llegó a mis oydos vn publico pregon, donde se prometia grande hallazgo a quien me hallasse, dādo las señas de la edad, y del mesmo traje que traya. Y oï dezir que se dezia, que me auia sacado de casa de mis padres el moço que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver quan de cayda andaua mi credito, pues no bastaua perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo sujeto tan baxo, y tan indigno de mis buenos pēsamientos. Al punto que oï el pregon, me sali de la Ciudad con mi criado, que ya comenzaua a dar muestras de titubear, en la fe que de fidelidad me tenía prometida, y aquella noche nos entramos por lo espesso desta montaña, con el miedo de no ser hallados. Pero como suele dezirse, que vn mal llama a otro, y q̄ el fin de vna desgracia suele ser principio de otra mayor: assi me sucedio a mi, porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, assi como me vio en esta soledad, incitado de su mesma vellaqueria, antes que de mi hermosura, quiso aprouecharse de la ocasion, que a suparecer estos yerros le ofrecian. Y con poca vergüença, y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requirio de amores, y viendo que yo con feas, y justas palabras, respondia a las desuerguenças de sus prositos, dexò aparte los ruegos, de quien primero penso aprouecharse, y comenzó a vsar de la fuerça. Pero el justo cielo, que pocas, o ningunas vezes, dexa de mirar, y fauorecer a las justas intêciones, fauorecio las mias, demanera, que con mis pocas fuerças, y con poco trabajo

trabajo, di con el por vn derrumbadero, dōde le de xè, ni se si muerto, o si viuo. Y luego con mas ligereza, que mi sobresalto, y cansancio pedian, me entrè por estas montañas, sin lleuar otro pensamiento, ni otro disignio, que esconderme en ellas, y huyr de mi padre, y de aquellos que de su parte me andauã buscando cō este desseo. Ha no se quãtos meses que entrè en ellas, donde hallè vn ganadero, que me lleuò por su criado, a vn lugar q̄ està en las entrañas desta tierra, al qual he seruido de çagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo, por encubrir estos cabellos, que aora tan sin pensarlo me han descubierto. Pero toda mi industria, y toda mi sollicitud, fue, y ha sido, de ningũ prouecho, pues mi amor vino en conocimiento, de que yo no era veron, y nacio en el, el mesmo mal pensamiento, que en mi criado, y como no siempre la fortuna, con los trabajos da los remedios, no hallè derrumbadero, ni barranco, de donde despeñar, y despenar al amo, como le hallè para el criado. Y asi tuue por menor inconueniente, dexalle y asconderme de nueuo entre estas asperezas, que prouar con el mis fuerças, o mis disculpas. Digo pues, que me tornè a embocar y a buscar, donde sin impedimèto alguno pudiesse con suspiros, y lagrimas, rogar al cielo se duela de mi desuentura, y me de industria, y fauor para salir della, o para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, q̄ tan sin culpa.

fuya auro dado materia, para que de

ella se hable, y murmure en

la suya, y en las age-

nas tierras.

(..?)



Cap.

Quarta parte de don

Cap. XXIX. *Que trata de la discordia de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.*



STA Es señores, la verdadera historia de mitragedia, mirad y juzgad aora, si los suspiros que escuchastes, las palabras que oystes, y las lagrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante, para mostrarse en mayor abundancia: y considerada la calidad de mi desgracia, vereys que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego, lo que con facilidad podreys, y deueys hazer, que me acosegeys donde podré passar la vida, sin que me acabe el temor, y sobresalto que tengo, de ser hallada de los que me buscã, que aunque se que el mucho amor q̄ mis padres me tienē, no assegura que sere dellos bien recibida: es tanta la verguença que me ocupa, solo el pensar que no como ellos pensauan, tengo de parecer a su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siēpre, de ser vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mio, ageno de la honestidad, que de mi se deuiā de tener promerida. Callô en diciendo esto, y el rostro se le cubrio de vn color, que mostro bien claro el sentimiento, y verguença del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la auian, tanta lastima, como admiracion, de su desgracia: y aunque luego quisiera el cura consolarla, y aconsejarla, tomô primero la mano Cardenio, diciendo. En fin señora, que tu eres la hermosa

mosa Dorotea, la hija vnica del rico Clenardo Admirada quedò Dorotea, quando oyò el nombre de su padre, y de ver quan de poco era el que le nombrava, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaua vestido. Y assi le dixo. Y quié soys vos hermano, que assi sabeys el nombre de mi padre, porque yo hasta aora (si mal no me acuerdo) en todo el discurso del cuento, de mi desdicha, no le he nombrado? Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos señora aueys dicho, Lufzinda dixo que era su esposa. Soy el desdichado Cardenio, a quien el mal termino de aquel que a vos os ha puesto en el que estays, me ha traydo a que me veays, qual me veys, roto, desnudo, fulto de todo humano consuelo y lo que es peor de todo, fulto de juyzio, pues no le tengo, sino quando al cielo se le antoja dar melé, por algun breue espacio. Yo, Teodora, soy el que me hallé presente a las sin razones de don Fernando, y el que aguardò oyr el si, que de ser su esposa pronunciò Lufzinda. Yo soy el que no tuuo animo, para ver en que paraua su desmayo, ni lo que resultaua del papel, q̄ le fue hallado en el pecho. Porque no tuuo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y assi dexe la casa, y la paciencia, y vna carta que dexè avn huesped mio, a quien rogue que en manos de Lufzinda la pusiesse, y vineme a estas soledades, con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel pũto aborreci, como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la suerte quitarmela, contentandose con quitarme el juyzio, quiça por guardarme para la buena ventura, que he tenido en hallaros pues siendo verdad, como creo que lo es,
lo que

Quarta parte de don

lo que aqui aueys contado, aun podria ser, que a entrambos nos tuuiesse el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pêsamos. Por que presupuesto que Luszinda no puede casarse cõ don Fernando, por ser mia, ni don Fernãdo con ella, por ser vuestro, y auerlo ella tan manifestamente declarado, bien podemos esperar, que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues estã toda via en ser, y no se ha enagenado, ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desuariadas imaginaciones, suplicoos seõora, que tomeys otra resoluciõ en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodandoos a esperar mejor fortuna. Que yo os juro por la fe de cauallero, y de Christiano, de no desamparos, hasta veros en poder de dõ Fernando, y que quando con razones no le pudiere atraer, a que conozca lo que os deue, de vsar entonces la libertad que me cõcede el ser cauallero, y poder con justo titulo desafialle, en razon de la sinrazon que os haze, sin acordarme de mis agrauios, cuyavengança dexarẽ al cielo, por acudir en la tierra a los vuestros. Con lo que Cardenio dixo, se acabõ de admirar Dorotea, y por no saber que gracias boluer, a tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besarlos, mas no lo consitio Cardenio: y el Licenciado respondiõ por entrambos, y aprouo el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogò, aconsejõ, y persuadiõ, que se fuessen con el a su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltauan, y que alli se daria orden, como buscar a dõ Fernando, o como llevar a Dorotea a sus padres, o
hazer

hazer lo que mas les pareciesse coueniente. Cardenio, y Dorotea, se lo agradecieron, y acetarõ la merced que se les ofrecia. El barbero que a todo auia estado suspenso, y callado, hizo tambien su buena pratica, y se ofrecio con no menos voluntad que el cura, a todo aquello que fuesse bueno para seruirles. Contò asì mesmo cõ breuedad, la causa que alli los auia traydo, cõ la estrañeza de la locura de don Quixote, y como aguardauã a su escudero, que auia ydo a buscallo. Vinosele a la memoria a Cardenio, como por sueños, la pendencia que con don Quixote auia tenido, y cõtola a los demas, mas no supo dezir, por que causa fue su quistion. En esto oyerõ voces, y cõnocieron que el que las daua, era Sancho Pança, que, por no auerlos hallado, en el lugar donde los dexò, los llamaua a voces. Salieronle al encuentro, y preguntadole por don Quixote, les dixo, como le auia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo, y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulzinea, y que puesto que le auia dicho, que ella le mandaua que saliesse de aquel lugar, y se fuesse al del Toboso, donde le quedaua esperando: auia respondido, q̃ estaua determinado de no parecer ante su fermosura, falta que ouiesse fecho fazañas, que le fiziesse digno de su gracia. Y que si aquello passaua adelante, corria peligro de no venir a ser Emperador, como estaua obligado, ni aũ Arçobispo, que era lo menos que podia ser. Por esso que mirassen lo que se auia de hazer, para sacarle de alli. El Licenciado le respondió, que no tuuiesse pena, que ellos le sacariã de alli mal que le pesasse. Conto luego a Cardenio, y a Dorotea, lo que tenian pensado, para remedio de
don

Quarta parte de don

don Quixote, alomenos para llevarle a su casa. A lo qual dixo Dorotea, q̄ ella haria la donzella menester rosa mejor q̄ el barbero, y mas q̄ tenia alli vestidos con q̄ hazerlo al natural. Y que la dexassen el cargo, de saber representar todo aquello que fuesse menester, para llevar adelante su intento, porque ella auia leydo muchos libros de cauallerias, y sabia bien el estilo que tenian las donzellas cuyradas, quando pedian sus dones a los andantes caualleros. Pues no es menester mas, dixo el cura, sino que luego se ponga por obra. Que sin duda la buena suerte, se muestra en fauor mio, pues tan sin pensarlo, a vosotros señores, se os ha comenzado a abrir puerta para vuestro remedio, y a nosotros se nos ha facilitado, la que auiamos menester. Sacò luego Dorotea de su almohada vnafaya entera de cierta telilla rica, y vna mantellina, de otra vistosa tela verde, y de vna caxita vn collar, y otras joyas, con que en vn instante se adornò, de manera, que vna rica, y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dixo que auia sacado de su casa, para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le auia ofrecido ocasion de auello menester. A todos contentò en estremo su mucha gracia, donayre, y hermosura, y confirmaron a dō Fernando, por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaua. Pero el que mas se admirò, fue Sancho Pãça por parecerle (como era assi verdad) que en todos los dias de su vida auia visto tã hermosa criatura: y assi preguntò al cura con grande ahinco, le dixesse, quien era aquella tan hermosa señora? Y que era lo q̄ buscaba por aquellos andurriales? Estahermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es como quien no dize

nò dize nada, es la heredera por linea recta de varõ, del gran reyno de Micomicõ, la qual viene en busca de vuestro amo, a pedirle vn don, el qual es, que le desfaga vn tuerto, o agrauio que vn mal gigante le tiene fecho: y a la fama que de buen cauallero vuestro amo tiene, por todo lo descubierto de Guinea, ha venido a buscarle esta Princesa. Dichosa buscada, y dichoso hallazgo, dixo a esta sazõ Sancho Pança, y mas si mi amo es tan venturoso, que desfaga esse agrauio, y enderece esse tuerto, matando a esse hideputa desse gigante que vuestra merced dize: que si matará si el le encuêtra, si ya no fuesse fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero vna cosa quiero suplicar a vuestra merced, entre otras, señor Licenciado, y es que porque a mi amo no le tome gana de ser Arçobispo (que es lo que yo temo) que vuestra merced le acõseje, que se case luego con esta Princesa, y assi quedara impossibilitado de recibir ordenes Arçobispales, y vendra con facilidad a su imperio, y yo al fin de mis desseos: que yo he mirado biẽ en ello, y hallo por mi cuenta, que no me está bien que mi amo sea Arçobispo, porque yo soy inutil para la Yglesia, pues soy casado, y andarme aora a traer dispensaciones para poder tener renta por la Yglesia, teniendo, como tengo, muger, y hijos, seria nunca acabar. Assi que, señor, todo el toque está, en q̃ mi amo se case luego con esta Señora, que hasta aora no se su gracia, y assi no la llamo por su nombre. Llamase respondió el Cura, la Princesa Micomicona, porq̃ llamandose su Reyno Micomicõ, claro está que ella se ha de llamar assi. No ay duda en esso, respondió

X

Sancho,

Quarta parte de don

Sancho, que yo he visto a muchos, tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamandose Pedro de Alcalá, Juan de Vbeda, y Diego de Valladolid, y esto mesmo se deue de vsar alla en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus Reynos. Afsi deue de ser dixo el Cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo hare en ello todos mis poderios. Con lo que quedò tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver quan encaxados tenia en la fantasia los mesmos disparates que su amo, pues sin alguna dya se daua a entender que auia de venir a ser Emperador. Ya en esto se auia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se auia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixeron a Sancho, que los guiasse a donde don Quixote estava, al qual aduirtieron que no dixesse que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir a ser Emperador su amo. Puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisieron yr con ellos, porque no se le acordasse a don Quixote la pendencia que con Cardenio auia tenido: y el Cura, porque no era menester por entonces su presencia, y afsi los dexaron yr delante, y ellos los fueron figuiendo a pie, poco a poco. No dexò de auisar el Cura lo que auia de hazer Dorotea: a lo que ella dixo, que descuydassen, que todo se haria sin faltar punto, como lo pedian, y pintauan los libros de cauallerias. Tres quartos de legua aurian andado, quando descubrieron a don Quixote entre vnas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado: y afsi como Dorotea le vio, y
fue

fue informada de Sancho, que aquel era don Quixote, dio del açote a su palafren, siguiendole el bien barbado Barbero: y en llegando junto a el, el escudero se arrojò de la mula, y fue a tomar en los braços a Dorotea, la qual apeandose con grande desfemboltura, se fue a hincar de rodillas ante las de don Quixote: y aunque el pugnaua por levantarla, ella sin levantarse le fabiò en esta guisa. De aqui no me levantarè, o valeroso y esforçado cauallero, fasta que la vuestra bondad, y cortesia me otorgue vn don, el qual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada, y agrauiada donzella que el Sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde a la voz de vuestra inmortal fama, obligado estays a fauorecer a la fin ventura que de tan luènes tierras viene, al olor de vuestro famoso nombre, buscandoos para remedio de sus dichas. No os respondere palabra, fermosa señora, respondió don Quixote, ni oyre mas cosa de vuestra fazienda, fasta que os leuanteys de tierra. No me levantarè, señor, respondió la afligida donzella, si primero, por la vuestra cortesia, no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo, y concedo, respòdio don Quixote, como no se aya de cumplir en daño, o mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi coraçon y libertad tiene la llauè. No serà en daño, ni en mengua de los que dezis, mi buen señor, replicò la dolorosa donzella. Y estando en esto, se llegò Sancho Pança al oydo de su señor, y muy pasito le dixo: Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don

X 2

que

Quarta parte de don.

que pide, que no es cosa de nada, solo es matar a vn gigantazo, y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicona, Reyna del gran reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió don Quixote, que yo hare lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme a lo que professado tēgo: y boluiendose a la donzella, dixo: La vuestra gran fermosura se leuante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dixo la donzella, que la vuestra magnanima persona se venga luego conmigo donde yo le lleuare, y me prometa, que no se ha de entremeter en otra auentura, ni demanda alguna, hasta darme vengança de vn traydor, que contra todo derecho diuino, y humano, me tiene vsurpado mi Reyno. Digo que assi lo otorgo, respondió don Quixote, y assi podeys señora, desde oy mas, desechar la malencolia que os fatiga, y hazer que cobre nuevos brios, y fuerças vuestra desmayada esperança, que con el ayuda de Dios, y la de mi braço, vos os vereys presto restituyda en vuestro Reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, a pesar, y a despecho de los follones que contradezirlo quisieren: y manos a labor, que en la tardança dizen que suele estar el peligro. La menesterosa donzella, pugnò con mucha porfia, por besarle las manos, mas don Quixote, que en todo era comedido, y cortes cauallero, jamas lo consintio, antes la hizo leuantar y la abraçò con mucha cortesia, y comedimiento: y mãdò a Sancho, que requiriesse las cinchas a Rozinante, y le armasse luego al punto. Sancho descolgò las armas, que como trofeo, de vn arbol estauan pendientes,

dientes, y requiriendo las cinchas, en vn punto armò a su señor: el qual viendose armado, dixo: Vamos de aqui, en el nombre de Dios, a fauorecer esta gran señora. Estauase el Barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la rifa, y de que no se le cayesse la barua, con cuya cayda quiza quedaran todos sin conseguir su buena intencion: y viendo que ya el don estaua concedido, y con la diligencia que don Quixote se alistaua para yr a cumplirle, se leuantò, y tomò de la otra mano a su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subio don Quixote sobre Rozinante: y el Barbero se acomodò en su caualgadura, quedandose Sancho a pie, donde de nueuo se le renouò la perdida del ruzio, con la falta que entonces le hazia: mas todo lo lleuaua con gusto, por parecerle que ya su señor estaua puesto en camino, y muy a pique de ser Emperador: porque sin duda alguna pensaua que se auia de casar con aquella Princesa, y ser por lo menos Rey de Micomicon: solo le daua pesadumbre, el pensar que aquel Reyno era en tierra de negros, y que la gente que por las vassallos le diessen, auian de ser todos negros: a lo qual hizo luego en su imaginacion vn buen remedio, y dixose a si mismo. Que se me da a mi que mis vassallos sean negros, aora mas que cargar con ellos, y traerlos a España, donde los podrè vender, y adonde me los pagaràn de contado, de cuyo dinero podrè comprar algun titulo, o algun oficio con que viuir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormios, y no tengays ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treynta, o diez mil vassallos, en

Quarta parte de don

dacame effas pajas. Par Dios que los he de bolar chico con grande, o como pudiere: y que por negros que sean los he de boluer blancos, o amarillos: llegaos que me mamo el dedo. Con esto andaua tan folicito, y tan contento, q̄ se le oluidaua la pesadumbre de caminar a pie. Todo esto mirauan de entre vnas breñas, Cardenio, y el Cura, y no sabian q̄ hazerfe para juntarse con ellos: pero el Cura, que era gran tracista, imaginò luego lo que harian para cõseguir lo que desseauan, y fue, que con vnas tixerias que trahia en vn estuche, quitò con mucha presteza la barba a Cardenio, y vistiole vn capotillo pardo que el trahia, y diole vn herreruelo negro, y el se quedò en calças, y en jubon: y quedò tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que el mesmo no se conociera, auq̄ a vn espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya q̄ los otros auian passado adelante, en tanto q̄ ellos se disfracaron, con facilidad salieron al camino Real antes que ellos, porq̄ las malezas, y malos passos de aquellos lugares, no cõcedian q̄ anduieffen tanto los de acuallo, como los de apie. En efeto, ellos se pusieron en el llano a la salida de la sierra, y assi como salio della dõ Quixote, y sus camaradas, el Cura se le puso a mirar muy de espacio, dãdo señales de q̄ le yua reconociendo: y al cabo de auerle vna buena pieça estado mirando, se fue a el abiertos los braços, y diziendo a voces: Para biẽ sea hallado el espejo de la caualleria, el mi buen compatriote don Quixote de la Mancha, la flor, y la nata de la gẽtiliza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta essencia de los caualleros andantes: y diziendo esto, tenia abraçado por la rodilla de la pierna yzquier-

yzquierda a don Quixote: el qual espantado de lo q̄ veía, y oía dezir, y hazer aquel hombre se le puso a mirar con atenciõ, y al fin le conocio, y quedò como espantado de verle, y hizo grande fuerça por apearse, mas el Cura no lo consintio, por lo qual don Quixote dezia: Dexeme V. m. señor Licenciado, que no es razon q̄ yo estê a cauallo, y vna tan reuerêda persona como V. m. estê a pie. Eſso no consentirè yo en ningũ modo, dixo el Cura, estese la vuestra grandeza a cauallo, pues estando a cauallo acaba las mayores fazañas, y auenturas q̄ en nuestra edad se han visto, que a mi aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de vna destas mulas destes señores q̄ con V. m. caminan, fino lo han por enojo: y aun harè cuenta, que voy cauallero sobre el cauallo Pegaſo, o sobre la cebra, o alfana en que caualgaua aquel famoso Moro Muzaraque, que aun hasta aora yaze encantado en la gran cuesta Çulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caía yo en tâto, mi señor Licenciado, respondió don Quixote, y yo se que mi señora la Princesa serà seruida, por mi amor, demandar a su escudero, dê a V. m. la filla de su mula, q̄ el podra acomodar se en las ancas, si es q̄ ella las sufre. Si sufre, a lo que yo creo, respondió la Princesa: y tambien se que no será menester mandarselo al señor mi escudero, que el es tan cortes, y tan Cortesano, que no consentirà que vna persona eclesiastica vaya a pie, pudiendo yr a cauallo. Así es, respondió el Barbero, y apeandose en vn punto, combidò al Cura con la filla, y el la tomò sin hazer se mucho de rogar. Y fue el mal, que al subir a las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de

X4 alquiler,

Quarta parte de don

alquiler, que para dezir que era mala esto basta, alçò vn poco los quartos traseros, y dio dos cozes en el ayre, que a darlas en el pecho de Maese Nicolas, o en la cabeça, el diera al diablo la venida pór don Quixote. Con todo esso le sobresaltarõ de manera, que cayò en el suelo, con tan poco cuydado de las barbas, q̄ se le cayeron en el suelo: y como se vio sin ellas, no tuuo otro remedio, sino acudir a cubrirse el rostro cõ ambas manos, y a quejarse, q̄ le auian derribado las muelas. Don Quixote, como vio todo aquel maço de barbas, sin quixadas, y sin fangre, le-xos del rostro del escudero caydo, dixo: Viue Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran a posta. El Cura que vio el peligro q̄ corria su inuenciõ, de ser descubierta, acudio luego a las barbas, y fueffe con ellas a donde yazia Maese Nicolas, dando aun voces toda via, y de vn golpe, llegandole la cabeça a su pecho, se las puso, murmurando sobre el vn-as palabras, que dixo que era cierto ensalmo a propia-do para pegar barbas, como lo verian: y quando se las tuuo puestas se apartò, y quedò el escudero tam-bien barbado, y tan sano como de antes: de que se admirò dõ Quixote sobre manera, y rogò al Cura, que quando tuuiesse lugar le enseñasse aquel en sal-mo, que el entèdia que su virtud a mas q̄ pegar bar-bas se deuia de estender, pues estaua claro, que de donde las barbas se quitassen, auia de quedar la car-ne llagada, y mal trecha, y q̄ pues todo lo sanaua, a mas que barbas aprouechaua. Afsi es, dixo el Cura, y prometio de enseñarle en la primera ocasion. Concertaronse, que por entonces subiesse el Cura,

Quarta parte de don

teñga valor, o no, el que tuuiere, o no tuuiere, se ha de emplear en vuestro seruicio, hasta perder la vida: y assi dexando esto para su tiépo, ruego al señor Licenciado me diga, que es la causa q̄ le ha traydo por estas partes, tan solo, tan sin criados, y tan a la ligera, que me pone espanto? A esto yo respondere con breuedad, respondió el Cura, porque sabra V.m. señor don Quixote, que yo, y Macse Nicolas, nuestro amigo, y n̄o barbero, yuamos a Seuilla, a cobrar cierto dinero q̄ vn pariente mio que ha muchos años q̄ passò a Indias, me auia embiado, y no tã pocos q̄ no passan de sesenta mil pesos, en sayados, que es otro q̄ tal, y passando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro quatro falteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, q̄ le conuino al Barbero ponerse las postizas: y aun a este mancebo q̄ aqui va, señalãdo a Cardenio, le pusieron como de nueuo. Y es lo bueno, q̄ es publica fama por todos estos contornos, que los que nos faltearõ son de vnos galeotes, q̄ dicen que libertõ, casi en este mesmo sitio, vn hombre tã valiente, que a pesar del Comissario, y de las guardas, los soltõ a todos: y sin duda alguna, el deuia de estar fuera de juyzio, o deue de ser tan grande vellaco como ellos, o algun hombre sin alma, y sin conciẽcia, pues quiso soltar al lobo entre las ouejas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, y r contra su Rey y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos. Quiso, digo, quitar a las galeras sus pies, poner en alboroto a la santa Hermandad, que auia muchos años que reposaua. Quiso finalmente, hazer vn hecho por
donde

dõde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Auia les contado Sancho al Cura, y al Barbero, la auétura de los galeotes q̄ acabò su amo, con tanta gloria suya, y por esto cargaua la mano el Cura refiriendola, por ver lo q̄ hazia, o dezia dõ Quixote, al qual se le mudaua la color a cada palabra, y no osaua dezir q̄ el auia sido el libertador de aquella buena gente: Estos pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexò llevar al deuido suplicio.

Cap. XXX. Que trata del gracioso artificio, y orden que se tuuo en sacar a nuestro enamorado cauallero de la asperissima penitencia en que se auia puesto.

NO Huuo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: Pues miase, señor Licenciado, el que hizo essa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dixè antes, y le auisè, que mirasse lo que hazia, y que era pecado darles libertad, porque todos yuan alli por grandísimos vellacos. Majadero, dixo a esta sazón don Quixote, á los caualleros andantes no les toca, ni atañe aueriguar, si los affligidos, encadenados, y opressos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, o estan en aquella angustia por sus culpas, o por sus gracias, solo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus vellaqueras. Yo topè vn rosario, y farta de gente, mohina, y desdichada, y hize con ellos lo que mi religion me pide, y lo demás alla se auenga: y a quien mal le ha parecido
saluo,

Quarta parte de don

saluo la santa dignidad del señor Licenciado, y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caualleria, y que mierte como vn hideputa, y mal nacido: y esto le hare conocer cō mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo afirmando se en los estribos, y calandose el morrion, porque la vazia de barbero, que a su cuenta era el yelmo de Mambrino, lleuaua colgado del arzō delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hizieron los galeotes. Dorotea (que era discreta y de gran donayre) como quien ya sabia el menguado humor de don Quixote, y que todos haziã burla del, sino Sancho Pança, no quiso ser para menos, y viendole tan enojado, le dixo: Señor cauallero, miembrosele a la V. m. el don que me tiene prometido, y que conforme a el, no puede entremeterse en otra auentura, por vrgente que sea: sossiegue V. m. el pecho, que si el señor Licenciado supiera que por esse inuicto brazo auian sido librados los galeotes, el se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres vezes la lengua, antes que auer dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Eſso juro yo biẽ, dixo el Cura, y aun me huiera quitado vn vigote. Yo callarẽ, señora mia, dixo dō Quixote, y reprimirẽ la justa colera, que ya en mi pecho se auia leuanta do, y yrẽ quieto y pacifico, hasta tanto q̃ os cumpla el don prometido: pero en pago deste buen desſeo, os suplico me digays, sino se os haze de mal, qual es la vuestra cuyta? y quantas, quienes, y quales son las personas de quien os tengo de dar deuida, satisfecha, y entera vengança? Eſso hare yo de gana, respõdio Dorotea, si es que no os enfadan oyr lastimas, y desgra-

desgracias. No enfadará, señora mia, respondio dō Quixote, a lo que respondio Dorotea: Pues assi es, estenme vuestras mercedes atentos. No huuo ella dicho esto, quando Cardenio, y el Barbero se le pufierō al lado, desseofos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea: y lo mismo hizo Sancho, q̄ tan ensañado yua con ella como su amo. Y ella, despues de auerse p̄uesto bien en la silla, y preuenido-se con toser, y hazer otros ademanes, con mucho donayre, començo a dezir desta manera.

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que a mi me llaman: y deruiose aqui vn poco, porque se le olvidò el nombre que el Cura le auia p̄uesto: pero el acudio al remedio, porque entendio en lo que reparaua, y dixo: No es marauilla, señora mia, que la vuestra grãdeza se turbe, y empache, contando sus desuenturas, que ellas suelen ser tales, que muchas vezes quitan la memoria a los que maltratan, de tal manera, q̄ aun de sus mismos nōbres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoria, que se ha olvidado que se llama la Princesa Micomicona, legitima heredera del gran Reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reduzir aora facilmente a su lastimada memoria, todo aquello q̄ contar quisiere. Assi es la verdad, respondio la donzella, y desde aqui adelante, creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldre a buen puerto cō mi verdadera historia: la qual es, que el Rey mi padre, que se llamaua Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte Magica, y alcançò por su ciencia, que mi madre, q̄ se llamaua la Reyna Xaramilla,

auia

Quarta parte de don

auia de morir primero que el, y que de alli a poco tiempo el tambiẽ auia de passar desta vida, y yo auia de quedar huerfano de padre y madre. Pero dezia el, que no le fatigaua tanto esto, quanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta, que vn descomunal Gigante, señor de vna grande insula, que casi alinda con nuestro Reyno, llamado Pandafilando de la fosca Vista: porque es cosa aueriguada, que aunque tiene los ojos en su lugar, y derechos, siempre mira al reues, como si fuesse vizco: y esto lo haze el de maligno, y por poner miedo, y espanto a los que mira. Digo que supo, que este Gigante en sabiendo mi horfandad, auia de passar con gran poderio sobre mi Reyno, y me lo auia de quitar todo, sin dexarme vna pequeña aldea donde me recogiesse. Pero que podia escusar toda esta ruyna, y desgracia, si yo me quisiessse casar con el: mas a lo q̄ el entendia, jamas pensaua que me vendria a mi en voluntad de hazer tan desigual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha passado por el pensamiento, casarme con aquel Gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuesse. Dixo tambien mi padre, que despues que el fuesse muerto, y viesse yo que Pandafilando començaua a passar sobre mi Reyno, que no aguardasse a ponerme en defensa, porque seria destruyrme, sino que libremente le dexasse desembaraçado el Reyno, siqueria escusar la muerte, y total destruycion de mis buenos y leales vassallos, porque no auia de ser posible defenderme de la endiablada fuerça del Gigante: sino que luego, con algunos de los mios, me pusiessse en camino de las

Espa.

Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando a vn cauallero andante, cuya fama en este tiempo se estenderia por todo este Reyno, el qual se auia de llamar, si mal no me acuerdo, don Açote, o don Gigote. Don Quixote diria, señor, dixo a esta sazón Sancho Pança, o por otro nombre, el cauallero de la triste Figura. Así es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, que auia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debaxo del ombro yzquierdo, o por alli junto, auia de tener vn lunar pardo, con ciertos cabellos a manera de cerdas. En oyendo esto don Quixote, dixo a su escudero: Ten aqui Sancho, hijo, ayudame a desnudar, que quiero ver si soy el cauallero que aquel sabio Rey dexò profetizado. Pues para q̄ quiere vuestra merced desnudarse, dixo Dorotea? Para ver si tēgo esse lunar que vuestro padre dixo, respondió don Quixote. No ay para que desnudarse, dixo Sancho, que yo se que tiene vuestra merced vn lunar dessas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Esto basta dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, o que esté en el espinazo, importa poco, basta que aya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es vna mesma carne: y sin duda acertò mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor don Quixote, que el es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienē con las de la buena fama que este cauallero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha, pues apenas me huue desembarcado en Osuna, quando ohi dezir tantas hazañas suyas, q̄ luego me dio el alma, q̄ era el mismo

Quarta parte de don

mesmo q̄ venia a buscar. Pues como se desembarcò
vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntò don
Quixote, fino es puerto de mar? Mas antes que Do-
rotea respondiesse, tomò el Cura la mano, y dixo:
Deue de querer dezir la señora Princeffa, que des-
pues que desembarcò en Malaga, la primera parte
donde oyò nueuas de vuestra merced, fue en Osu-
na. Effen quise dezir, dixo Dorotea. Y esto lleua ca-
mino, dixo el Cura, y profiga vuestra Magestad ade-
lante. No ay que proseguir, respòdio Dorotea, fino
que finalmente mi suerte ha sido tã buena, en hallar
al señor don Quixote, que ya me cuento, y tengo
por Reyna y señora de todo mi Reyno, pues el por
su cortesia, y magnificencia me ha prometido el dõ
de yrse conmigo, donde quiera que yo le lleuare,
que no será a otra parte, que a ponerle delante de
Pandafilando de la fosca Vista, para que le mate, y
me restituya lo que tan contra razon me tiene vsur-
pado: que todo esto ha de suceder a pedir de boca,
pues asì lo dexò profetizado Tinacrio el Sabidor,
mi buen padre: el qual tambien dexò dicho, y escri-
to en letras Caldeas, o Griegas, q̄ yo no las se leer,
que si este cauallero de la profecia, despues de auer
degollado al Gigante, quisiessse casarse conmigo,
que yo me otorgassse luego sin replica alguna, por
su legitima esposa, y le diessse la possession de mi
Reyno, junto con la de mi persona. Que te parece
Sancho amigo? dixo a este punto don Quixote, no
oyes lo que passa? no te lo dixè yo? mira si tenemos
ya Reyno que mandar, y Reyna con quien casar.
Effen juro yo, dixo Sancho: Para el putõ que no se
casare en abriendo el gazznatico al señor Pandahi-
lado.

lado. Pues monta que es mala la Reyna, así se me bueluan las pulgas de la cama: y diziendo esto, dio dos çapatetas en el ayre, con muestras de grandissimo contento, y luego fue a tomar las riédas de la mula de Dorotea, y haziédola detener, se hincho de rodillas ante ella, suplicádole le diese las manos para besarlas, en señal q̄ la recibia por su Reyna, y señora. Quié no auia de reyr de los circustantes, viédo la locura del amo, y la simplicidad del criado. En efecto Dorotea se las dio, y le prometio de hazerle gran señor en su Reyno, quando el cielo le hiziesse tanto bien, q̄ se lo dexasse cobrar, y gozar. Agradecioselo Sancho con tales palabras, q̄ renouò la risa en todos. Esta señores, prosiguió Dorotea, es mi historia, solo resta por dezir, q̄ de quanta gente de acópañamiento saqué de mi reyno, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, por q̄ todos se anegaron en vna gran borrasca q̄ tuuimos a vista del puerto. Y el, y yo salimos en dos tablar a tierra, como por milagro, y así es todo milagro, y misterio, el discurso de mi vida, como lo aueys notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, o no tan acertada como deuiera, echad la culpa a lo q̄ el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, q̄ los trabajos còtingos, y extraordinarios, quitá la memoria al q̄ los padece. Esta no me quitará a mi, o alta, y valerosa señora, dixo dō Quixote, quátos yo passare en seruiros, por grâdes, y no vistos q̄ sean. Y así de nuevo còfirmo el don q̄ os he prometido, y juro de yr cō vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quié piéso con el ayuda de Dios, y de mi brazo, tajar la cabeza soberuia, con los filos desta (no quiero dezir buena) espada, merced a Gines de Passamonte, q̄ me

Y lleuò

Quarta parte de don

lleuó la mia: esto dixo entre diétes, y profugio dizié do: y despues de auer sela tajado, y puestoos en pacífica possiõ de vuestro estado, quedará a vuestra voluntad, hazer de vuestra persona lo q̄ mas en talante os viniere. Porque miétras q̄ yo tuuiere ocupada la memoria, y cautiuua la volúta, perdido el entédimiéto, a aquella, y no digo mas, no es posible q̄ yo arrofire, ni por pienso, el casarme, aunq̄ fuesse có el Auefenix. Pareciõle tã mala Sancho, lo q̄ vltimamente su amo dixo, acerca de no querer casarse, q̄ con grande enojo, alçando la voz, dixo: Boto a mi, y juro a mi, q̄ no tiene vuestra merced señor don Quixote cabaljuyzio: pues como es posible, q̄ pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa, como aquesta? Piēsa q̄ le ha de ofrecer la fortuna, tras cada cãtillo, semejãte vëtura, como la q̄ aora se le ofrece? Es por dicha mas hermosa mi señora Dulzinea? no porcierto, ni aun có la mitad, yaun estoy por dezir, q̄ no llega a su çapato de la q̄ està delãte. Afsi noramala alcãçare yo el Condado q̄ espero, si vuestra merced se anda a pedir cotufas en el golfo, casesse, casesse luego, encomiédole yo a fatanas, y tome esse reyno q̄ se le viene a las manos, de vobis, vobis, y en fiendo Rey, hagame Marques, o Adelantado, y luego si quiera se lo lleue el diablo todo. Don Quixote, q̄ tales blasfemias oyò dezir cótra su señora Dulzinea, no lo pudo sufrir, y alçãdo el lãçon, sin hablalle palabra a Sancho, y sin dezirle esta boca es mia, le dio tales dos palos, q̄ dio có el en tierra, y sino fuera porq̄ Dorotea le dio voces q̄ no le diera mas, sin duda le quitara alli la vida. Pēfays, le dixo, acabo de rato, villano ruyn, q̄ ha de auer lugar siempre para ponerme la mano en la horcaxadura, y q̄ todo ha de ser errar

VOS,

vos, y perdonaros yo? Pues no lo pēseys vellaco del comulgado, q̄ sin dudá lo estas, pues has puesto lengua en la sin par Dulzinea. Y no sabeys vos, gañá faquin, belitre, que sino fuesse por el valor que ella infunde en mi brazo, q̄ no le tēdria yo para matar vna pulga? Dezid locurió de légua viperina, y quié penlays q̄ ha ganado este reyno? Y cortado la cabeça a este Gigante? Y hechoos a vos Marques (q̄ todo esto doy ya por hecho, y por cosa passada, en cosa juzgada) sino es el valor de Dulzinea, tomádo a mi brazo por instrumēto de sus hazañas, ella pelea en mi, y véce en mi, y yo viuo, y respiro en ella, y tengo vida, y fer. O hideputa vellaco, y como fois desagradecido, q̄ os veys leuātado del poluo de la tierra, a fer señor de titulo, y correspōdeys a tā buena obra, con dezir mal de quien os la hizo. No estaua tā mal trecho Sācho, q̄ no oyesse todo quāto su amo le dezia, y leuātado se cō vn poco de presteza, se fue a poner detras del palafre de Dorotea, y desde alli dixo a su amo: Dime señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse cō esta grā Princesa, claro estā q̄ no sera el reyno suyo, y nõ siédolo, q̄ mercedes me puede hazer? Esto es de lo q̄ yo me queixo, casese vuestra merced vna por vna con esta Reyna, aora q̄ la tenemos aqui, como llouida del cielo, y despues puede boluerse con mi señora Dulzinea, q̄ Reyes deue de auer auido en el mūdo, q̄ ayā sido amācebados. En lo de la hermosura, nõ me entremeto, q̄ en verdad si va a dezirla, q̄ entrābas me parecē bien, puesto q̄ yo nõ ca he visto a la señora Dulzinea. Como q̄ no la has visto traydor blasfemo, dixo don Quixote, pues no acabas de traerme aora vn recado de su parte? Digo q̄ no la he visto tā despacio, dixo Sācho, q̄ pueda auer

Quarta parte de don

notado particularmente su hermosura, y sus bucnas partes, punto por punto, pero assi a bulto me parece biẽ. Agora te disculpo, dixo dõ Quixote, y perdona-me el enojo q̃ te he dado, q̃ los primeros mouimientos, no son en manos de los hõbres. Ya yo lo veo, refpõdio Sãcho, y assi en mi la gana de hablar, siẽpre es primero mouimiẽto, y no puedo dexar de dezir por vna vez siquiera, lo q̃ me viene a la lãgua. Con todo effo, dixo dõ Quixote, mira Sãcho lo q̃ hablas, por q̃ tãtas vezes va el cãtarillo a la fuẽte, y no te digo mas. Agora biẽ, refpõdio Sãcho, Dios esta en el cielo q̃ vee las trãpas, y fera juez de quiẽ haze mas mal, yo en no hablar biẽ, ovuestra merced en obrallo. No aya mas, dixo Dorotea, corred Sãcho, y besad la mano a vuestro seõor, y pedilde perdõ, y de aqui adelante andad mas atẽtado en vuestras alabãças, y vituperios, y no digays mal de aquefa seõora Tobosa, aquiẽ yo no conozco, sino es para seruilla, y tened cõfiãça en Dios, q̃ no os ha de faltar vn estado dõde viuays como vn Principe. Fue Sãcho cabizbaxo, y pidio la mano a su seõor, y el se la dio, cõ reposado cõtĩnẽte, y despues q̃ se la vuo besado, le echo la bẽdiciõ, y dixo a Sãcho q̃ se adelãtassen vn poco, q̃ tenia q̃ pregũtalle, y q̃ departir cõ el, cosas de mucha importãcia. Hizolo assi Sãcho, y apartarõse los dos algo adelãte, y dixole dõ Quixote, despues q̃ veniste no he tenido lugar, ni espacio, para pregũtarte muchas cosas de particularidad, a cerca dela embaxada q̃ lleuaste, y de la respuestã q̃ truxiste, y agora pues la fortuna nos ha cõcedido tiẽpo, y lugar, no me niegues tu la ventura, q̃ puedes dar me, cõ tã buenas nueuas. Pregũte vuestra merced lo que quisiere, refpõdio Sancho, q̃ a todo dare tan buena salida, como tuue la entrada. Pero suplico
a vuest-

a vuestra merced señor mio, que no sea de aqui adelante tan vengatiuo. Porque lo dizes Sancho, dixo don Quixote? Digolo, respondió, porque estos palos de agora, mas fueron por la pendencia que entre los dos traù el diablo la otra noche, que por lo que dixé contra mi señora Dulzinea, a quien amo, y reuencio como a vna reliquia, aunque en ella no lo aya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes a estas platicas Sancho, por tu vida, dixo don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdonè entòces, y bien sabes tu que suele dezirse, a pecado nueuo, penitencia nueua. Mientras esto passaua vieron venir por el camino donde ellos yuan a vn hõbre cauallero sobre vn jumento, y quando llegò cerca les parecia que era Gitano: pero Sancho Pança que doquiera que via asnos se le yuan los ojos, y el alma, a penas huuo visto al hombre, quando conocio que era Gines de Passamõte, y por el hilo del Gitano sacò el ouillo de su asno, como era la verdad, pues era el ruzio sobre que Passamonte venia: el qual por no ser conocido, y por vender el asno se auia puesto en traje de Gitano, cuya lengua, y otras muchas sabia hablar, como si fueran naturales suyas. Viole Sancho, y cogiõle, y a penas le huuo visto, y conocido, quando a grandes voces le dixo: A ladron Ginesillo dexa mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, dexa mi asno, dexa mi regalo, huye puto, ausentate ladron, y desampara lo que no es tuyo. No fuerã menester tantas palabras, ni baldones, porque a la primera saltò Gines, y tomando vn trote que parecia carrera, en vn punto se ausentò, y alexò de todos. Sancho llegò a su ruzio, y abraçandole, le dixo: Co-

Quarta parte de don

mo has estado bien mio, ruzio de mis ojos compañero mio, y con esto le besaua y acariciava, como si fuera persona el asno callava, y se dexava besar, y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y dieronle el parabien del hallazgo del ruzio, especialmente don Quixote, el qual le dixo, que no por esso anulava la poliza de los tres pollinos, Sancho se lo agradecio. En tanto que los dos yua en estas platicas, dixo el cura a Dorotea, que auia andado muy discreta, assi en el cuento, como en la breuedad del, y en la similitud que tuuo con los de los libros de cauallerias: ella dixo que muchos ratos se auia entretenido en leellos. Pero que no sabia ella, donde eran las prouincias, ni puertos de mar, y que assi auia dicho atiento, que se auia desembarcado en Ossuna. Yo lo entendi assi, dixo el cura, y por esso acudi luego a dezir, lo que dixi, con que se acomodò todo. Pero no es cosa estraña, ver con quanta facilidad cree este desuenerado hidalgo todas estas inuenciones, y mentiras, solo porque llevan el estilo, y modo, de las necedades de sus libros. Si es, dixo Cardenio, y tan rara, y nunca vista, que yo no se si queriendo inuentarla, y fabricarla mentirosamente, huiera tan agudo ingenio, que pudiera dar en ella. Pues otra cosa ay en ello, dixo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dize, tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonissimas razones, y muestra tener vn entendimiento claro, y apazible en todo. De manera, que como no le toquen en sus cauallerias, no aura nadie que le juzgue, sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos yua en esta

en esta conuersacion, profiguio don Quixote con la fuya, y dixo a Sancho: Echemos, Pança amigo, pelillos a la mar, en esto de nuestras pendencias, y dime aora, sin tener cuenta con enojo, ni rencor alguno. Donde, como, y quando, hallaste a Dulzinea? Que hazia? Que le dixiste? Que te respondió? Que rostro hizo, quando leya mi carta? Quien te la trasladò? Y todo aquello que vieres, que en este caso es digno de saberse, de preguntarse, y satisfazerse, sin que añadas, o mientas por darme gusto: ni menos te acortes, por no quitarme. Señor, respondió Sancho, si va a dezir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no lleué carta alguna. Así es como tu dizes, dixo don Quixote, porque el librito de memoria donde yo la escriui, le hallé en mi poder, acabo de dos dias de tu partida, lo qual me causó grandissima pena, por no saber lo que auias tu de hazer, quando te vieses sin carta, y crey siempre que te boluieras, desde el lugar donde la echaras menos. Así fuera, respondió Sancho, sino la huiera yo tomado en la memoria, quando vuestra merced me la leyo, de manera que se la dixé a vn sacristan, que me la trasladó del entendimiento, tan punto por punto, que dixo que en todos los dias de su vida, aunque auia leydo muchas cartas de descomunión, no auia visto, ni leydo tan linda carta como aquella. Y tienes la toda via en la memoria Sancho, dixo don Quixote? No señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no auia de ser de mas provecho, di en olvidalla. Y si algo se me acuerda, es aquello del sobajada, digo del soberana señora, y lo

Quarta parte de don

ultimo, vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. Y en medio destas dos cosas, le puse mas de trezientas almas, y vidas, y ojos mios.

Cap. XXXI. De los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quixote, y Sancho Pança su escudero: con otros successos.

TODO esto no me descontenta, prosigue adelante, dixo don Quixote. Llegate, y que hazia aquella Reyna de la hermosura? a buen seguro, que la hallaste en sartando perlas, o bordando alguna empresa, con oro de cañutillo, para este su cautivo cauallero. No la hallè, respondió Sãcho, sino ahechando dos hanegas de trigo, en vn corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste amigo, el trigo era candeal, o trechel? No era si no rubion, respondió Sancho. Pues yo te asseguro, dixo don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal, sin duda alguna: pero passa adelante. Quando le diste mi carta b^u sola? Pusofela sobre la cabeça? hizo alguna ceremonia, digna de tal carta? o q̄ hizo? Quando yo se la yua a dar, respòdio Sancho, ella estava en la fuga del menco, de vna buena parte de trigo, que tenia en la criua. Y dixome, poned amigo essa carta sobre aquel costal, q̄ no la puedo leer hasta que acabe de acriuar todo lo que aqui està. Discreta señora, dixo don Quixote, esso deuio de ser por leerla de espacio, y recrearse cõ ella. Adelante

lante Sancho, y en tanto que estaua en su menester, ¿còloquios pasó còtigo? Que te preguntò de mi? Y tu que le respondiste? Acaba cuentamelo todo, no se te quede en el tintero vna minima. Ella no me preguntò nada, dixo Sancho, mas yo le dixè de la manera que vuestra merced por su seruicio quedaua haziendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles, ni sin peynarse la barba, llorando, y maldiziendo su fortuna. En dezir que maldezia mi fortuna, dixiste mal, dixo don Quixote, porque antes la bendigo, y bendizire todos los dias de mi vida, por auerme hecho digno de merecer amar tan alta señora, como Dulzinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que a buena fe, que me lleua a mi mas de vn coto. Pues como Sancho, dixo don Quixote, haste medido tu con ella? Medime en esta manera, respondió Sancho, que llegando a ayudar a poner vn costal de trigo sobre vn jumento, llegamos tan juntos, que echè de ver, que me lleuaua mas de vn gran palmo. Pues es verdad, replicó dō Quixote, que no acompaña essa grandeza, y la adorna con mil millones, y gracias del alma. Pero no me negaràs Sancho vna cosa, quando llegaste juto a ella, no sentiste vn olor sabeo, vna frangancia aromatica, y vn no se que de bueno, que yo no acierto adalle nombre? Digo vn tubò, o tufo, como si estuieras en la tienda de algun curioso guàntero? Lo que se dezir, dixo Sancho, es que senti vn olor zillo algo homhruno, y deuia de ser, que ella cò el mucho exercicio estaua sudada, y algo correosa. No seria esso, respondió dō Quixote, sino q̄ tu deuias
Ys de

Quarta parte de don

de estar romadizado, o te deuiste de oler a ti mismo, porque yo se bien lo que huele, aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ambar desleydo. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas vezes sale de mi aquel olor, que entonces me parecio que salia de su merced de la señora Dulzinea, pero no ay de que maravillarse, que vn diablo parece a otro. Y bien, prosiguió don Quixote, he aqui que acabò de limpiar su trigo, y de embiallo al molino. Que hizo quando leyó la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyò, porque dixo que no sabia leer, ni escriuir, antes la rasgó, y la hizo menudas pieças, diziédo que no la queria dar a leer a nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaua lo q̄ yo le auia dicho de palabra, a cerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria, que por su causa quedaua haciendo. Y finalmente me dixo, que dixesse a vuestra merced, que le besaua las manos, y que alli quedaua con mas desseo de verle, que de escriuirle: y que así le suplicaua, y mandaua, que vista la presente, saliesse de aquellos matorrales, y se dexasse de hazer disparates, y se pudiesse luego, luego, en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediesse, porque tenia gran desseo de ver a vuestra merced. Riote mucho quando le dixes, como se llamaua vuestra merced el cauallero de la triste Figura. Pregútele si auia ydo alla el Vizcayno de marras, dixome que sí, y q̄ era vn hombre muy de bien. Tambien le pregunté por los galeotes, mas dixome q̄ no auia visto hasta entonces alguno. Todo va bien hasta agora, dixo dō Quixote. Pero dime, q̄ joya fue la que te dio al despedirte,

pedirte, por las nueuas que de mi le lleuaste? Porque es vsada, y antigua costumbre, entre los caualleros, y damas andátes, a dar los escuderos, dózellas, o enanos, que les lleuá nueuas de sus damas, a ellos, a ellas de sus andátes, alguna rica joya, en albricias, en agra decimiento de su recado. Bien puede esto ser así, y yo la tengo por buena vsança, pero esto deuia de ser en los tiépos passados, que aora solo se deue de acostumar a dar vn pedaço de pan, y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulzinea, por las bardas de vn corral, quando della me despedi: y aun por mas señas, era el queso ouejuno. Es liberal en estremo, dixo don Quixote, y sino te dio joya de oro, sin duda deuió de ser, porque no la tendria alli a la mano para dartela, pero buenas son mangas, despues de Pasqua, yo la vere, y se satisfara todo: Sabes de que estoy marauillado Sancho? De que me parece que fuyste, y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado, en yr, y venir, desde aqui al Toboso, auiendo de aqui alla, mas de treynta leguas. Por lo qual me doy a entender, que aquel sabio nigromãte, que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerça le ay, y le ha de auer, so pena que yo no seria buen cauallero andante. Digo que este tal, te deuió de ayudar a caminar, sin que tu lo sintiesse, que ay sabio destes, que coge a vn cauallero andante durmiendo en su cama, y sin saber como, o en que manera, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anohecio. Y sino fuesse por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caualleros andantes vnos a otros, como se socorré a cada passo. Que acaece estar vno pelecando en las fieras de Armenia

Quarta parte de don

nia con algun Lendirago, o con algun fiero Vestiglo, o con otro cauallero, donde lleua lo peor de la batalla, y està ya a punto de muerte: y quando no os me cato, assoma por aculla encima de vna nuue, o sobre vn carro de fuego, otro cauallero amigo suyo, q̄ poco antes se hallaua en Inglaterra, que le fauorece, y libra de la muerte, y a la noche se halla en su posada, cenando muy a su sabor, y fuele auer de la vna a la otra parte, dos, o tres mil leguas. Y todo esto se haze por industria, y sabiduria destos sabios encantadores, que tienen cuydado destos valerosos caualleros. Assi que amigo Sancho, no se me haze dificultoso creer, que en tan breue tiempo ayas ydo, y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te deuio de llevar en bolandillas, sin que tu lo sintiesses. Assi seria, dixo Sancho, porque a buena fe, que andaua Rozinante, como si fuera asno de Gitano, con azogue en los oydos. Y como si lleuaua azogue, dixo don Quixote, y aun vna legion de demonios, que es gente que camina, y haze caminar sin cansarse, todo aquello que se les antoja. Pero dexando esto a parte, que te parece a ti que deuo yo de hazer aora, cerca de lo q̄ mi señora me manda, que la vaya a ver, q̄ aunque yo veo que estoy obligado a cumplir su mandamiento, veo me tambien impossibilitado del don que he prometido a la Princesa, que con nosotros viene, y fuerçame la ley de caualleria, a cumplir mi palabra, antes que mi gusto? Por vna parte me acolla, y fatiga el desseo de ver a mi señora, por otra me incita, y llama, la prometida fe, y la gloria que he de alcançar en esta empresa. Pero lo que pienso hazer, serà ca-

minar

minar a priessa, y llegar presto donde està este Gigá-
te, y en llegando le cortarè la cabeça, y pondre a la
Princesa pacificamente en su estado, y al punto da-
re la buelta, a ver a la luz que mis sentidos alumbra.
A la qual dare tales disculpas, que ella venga a tener
por buena mi tardança, pues vera que todo redunda
en aumento de su gloria, y fama, pues quanta yo he
alcançado, alcanço, y alcançare por las armas en esta
vida, toda me viene del fauor que ella me da, y de
ser yo suyo. Ay, dixo Sancho, y como està vuestra
merced lastimado de effos cascós. Pues digame se-
ñor, pienfa vuestra merced caminar este camino en
balde? Y dexar pisar, y perder vn tan rico, y tã prin-
cipal casamiento como este? Donde le dan en dote
vn reyno, que a buena verdad, que he oydo dezir, q̃
tiene mas de veynte mil leguas de contorno, y que
es abundantissimo de todas las cosas que son neces-
sarias, para el sustento de la vida humana, y que es
mayor que Portugal, y que Castilla jutos. Calle por
amor de Dios, y tenga verguêça de lo que ha dicho,
y tome mi consejo, y perdoneme, y casesse luego en
el primer lugar que aya cura, y sino ahi esta nuestro
Licenciado, que lo hara de perlas. Y aduertta que ya
tengo edad para dar consejos; y que este que le doy
le viene de molde, que mas vale paxaro en mano,
que buytre bolando, porque quien bien tiene, y mal
escoge, por bien que se enoja, no se venga. Mira San-
cho, respondió don Quixote, si el cõsejo que me das
de que me case, es porque sea luego Rey, en matan-
do al Gigante, y tenga comodo para hazerte merce-
des, y darte lo prometido. Hagote saber, que sin ca-
sarme podre cumplir tu desseo, muy facilmete, por-
que

Quarta parte de don

que yo facare de adahala, antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar vna parte del reyno, para que la pueda dar a quien yo quisiere: y en dandomela, a quien quieres tu que la de, sino a ti? Eſto eſtá claro, respondió Sancho, pero mire vuestra merced que la escoria házia la marina, porque fino me contentare la viuienda, pueda embarcar mis negros vassallos, y hazer dellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cure de yr por agora a ver mi señora Dulzinea, sino vayasse a matar al Gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me afsienta, que ha de fer de mucha honra, y de mucho prouecho. Digote Sancho, dixo don Quixote, que eſtás en lo cierto, y que aue de tomar tu consejo, en quanto el yr antes con la Princesa, que a ver a Dulzinea. Y auisote que no digas nada a nadie, ni a los que con nosotros vienen, de lo que aqui hemos departido, y tratado, que pues Dulzinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mi los descubra. Pues si eſto es así, dixo Sâcho, como haze vuestra merced, que todos los que venen por su braço, se vayan a presentar ante mi señora Dulzinea, siendo eſto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado. Y siendo forçoso, que los que fueren, se han de yr a hincar de finojos ante su presencia, y dezir que van de parte de vuestra merced a dalle la obediencia, como se pueden encubrir los pensamiētos de entrambos? O que necio, y que simple que eres, dixo don Quixote. Tu no ves Sancho, que eſto todo redundá en su mayor enſalçamiēto. Porque has de saber, que en este nueſ

tro estylo de caualleria, es gran honra tener vna dama muchos caualleros andantes que la siruan, sin que se estiendan mas los pensamientos, que a seruilla, por solo ser ella quien es, sin esperar oir premio de los muchos, y buenos desseos, sino que ella se contenté de acetarlos por sus caualleros. Cō essa manera de amor, dixo Sancho, he oydo yo predicar, que se ha de amar a nuestro Señor, por si solo, sin q̄ nos mueua esperança de gloria, o temor de pena. Aunque yo le querria amar, y seruir, por lo que pudiefse. Valate el diablo por villano, dixo don Quixote, y que de discreciones dizes a las vezes, no parece sino que has estudiado. Pues afe mia que no te leer, respondió Sancho. En esto les dio voces, Maessenicolas, que esperassen vn poco, que querian derenerse a beuer en vna fonte zilla que alli estaua. Detuuose dō Quixote, con no poco gusto de Sancho, que ya estava cansado de mentir tanto, y temia no le cogiessse su amo a palabras. Porque puesto que el sabia que Dulzinea era vna labradora del Toboso, no la auia visto en toda su vida. Auiafe en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea trahia, quando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hazian mucha ventaja a los que dexaua. Apearonse junto a la fuente, y con lo que el cura se acomodò en la venta, satisfizierò, aunque poco, la mucha hambre que todos trahia. Estando en esto, acerto a passar por alli vn muchacho, que yua de camino, el qual poniendo se a mirar con mucha atencion a los que en la fuente estauan: de alli a poco arremetio a don Quixote, y abraçandole por las piernas, començo a llorar muy de proposito, diziendo: Ay señor mio, no me cono-

Quarta parte de don

ce vuestra merced? Pues mireme bien, que yo soy aquel moço Andres, que quitò vuestra merced de la encima donde estaua atado. Reconociole dõ Quixote, y afiédole por la mano, se boluio a los que alli estauan, y dixo: Porque vean vuestras mercedes, quando importancia es, auer caualleros andâtes en el mûdo, que desfagan los tuertos, y agrauios, que en el se hazen, por los insolentes, y malos hombres, que en el viuen. Sepan vuestres mercedes, que los dias passados, passando yo por vn bosque, oy vnos gritos, y vnas voces muy lastimosas, como de persona affligida, y menesterosa: acudi luego, lleuado de mi obligacion, hàzia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonauan, y hallé atado a vna encina a este muchacho que aora està delante (de lo que me huelgo en el alma, porque sera testigo que no me dexará mentir en nada.) Digo que estaua atado a la enzina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estauale abriendo a açotes con las riendas de vna yegua vn villano, que despues supe que era amo suyo: y assi como yo le vi, le pregunte la causa de tan atroz vapulamiento, respondió el zafio, que le açotaua porque era su criado, y que ciertos descuydos que tenia, nacián mas de ladrón, que de simple. A lo qual este niño dixo: Señor no me açota sino porque le pido mi salario. El amo replicò, no se que arengas, y disculpas, las quales aunque de mi fueron oydas, no fueron admitidas. En resolucion, yo le hize desfatar, y tomè juramento al villano, de que le lleuaria consigo, y le pagaria vn real sobre otro, yaun sahumados. No es verdad todo esto hijo Andres? no notaste con quanto imperio se lo mandè, y con quanta humildad

dad prometio de hazer todo quanto yo le impuse, y notifiqué, y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada, di lo que pasó a estos señores, porque se vea, y considere, ser del provecho que digo, auer cauallos andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho, es mucha verdad, respondió el muchacho, pero el fin del negocio sucedio muy al reues de lo que vuestra merced se imagina. Como al reues, replicò don Quixote, luego no te pagò el villano? No solo no me pagò, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque, y quedamos solos, me boluio a atar a la mesma enziña, y me dio de nueuo tantos açotes, que quedè hecho vn Sambartolome defollado. Ya cada açote que me daua, me dezia vn donayre, y chufeta, acerca de hazer burla de vuestra merced, que a no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que dezia. En efecto, el me parò tal, que hasta aora he estado curandome en vn hospital, del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante, y no viniera dode no le llamauan, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se contentara con darme vna, o des dozenas de açotes, y luego me soltara, y pagara quanto me deuia. Mas como vuestra merced le deshonró tan sin proposito, y le dixo tantas villanias, encendiofele la colera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, quando se vio solo descargò sobre mi el nublado, de modo que me parece, que no fere mas hombre en toda mi vida. El daño estuuò, dixo don Quixote, en yrme yo de alli, que no me auia de yr hasta dexarte pagado: porque bien deuia

Quarta parte de don

yo de saber por luégas experiencias, que no ay villa no que guarde palabra que tiene, si el vee que no le está bien guardalla. Pero ya te acuerdas Andres, que yo juré q̄ sino te pagaua, que auia de yr a buscarle, y que le auia de hallar, aunque se escódiessse en el vientre de la Vallena. Así es la verdad, dixo Andres, pero no aprouechò nada. Agora veràs si aprouecha, dixo don Quixote, y diziendo esto, se leuantò muy apriessa, y mandò a Sancho que enfrenasse a Rozináte, (que estaua paciendo entanto que ellos comian.) Preguntole Dorotea, que era lo que hazer queria? El le respondio, que queria yr a buscar al villano, y castigalle de tan mal termino, y hazer pagado a Andres, hasta el vltimo marauedi, a despecho, y pesar de quantos villanos huuiesse en el mundo. A lo que ella respondio, que advirtiesse que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa, hasta acabar la suya, y que pues esto sabia el mejor que otro alguno, que sollégasse el pecho, hasta la buelta de su Reyno. Así es verdad, respondio don Quixote, y es forçoso que Andres tenga paciencia hasta la buelta, como vos señora dezis, que yo le torno a jurar y a prometer de nueuo, de no parar hasta hazerle vengado, y pagado. No me creo de estos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener agora con que llegar a Senilla, que todas las venganças del mundo: deme si tiene ahi algo que coma, y lleue, y quedese con Dios su merced, y todos los cauallos andantes, que tambien andantes sean ellos para castigo, como lo han sido para conmigo. Sacò de su repuesto Sancho vn pedaço de pan, y otro de queso, y dandese lo al moço, le dixo: Toma herma-

no An-

no Andres, que a todos nos alcança parte de vuestra desgracia. Pues que parte os alcança a vos, preguntò Andres? Esta parte de queso, y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hazer falta, o no, porque os hago saber amigo que los escuderos de los caualleros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mala ventura, y aun a otras cosas, que se sienten mejor que se dicen. Andres asio de su pan, y queso, y viendo que nadie le daua otra cosa abaxò su cabeça, y tomò el camino en las manos, como fuele dezirse. Bien es verdad, que al partirse dixò a don Quixote: Por amor de Dios señor cauallero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hazen pedaços no me socorra ni ayude, sino dexeme có mi desgracia, que no sera tanta, que no sea mayor la que me vendra de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga, y a todos quantos caualleros andantes han nacido en el mundo. Yuase a levantar don Quixote para castigalle, mas el se puso a correr de modo, que ninguno se atreuió a seguirlo. Quedò corridissimo don Quixote del cuento de Andres, y fue menester que los demas tuieffen mucha cuenta con no reyrse, por no acaballe de correr del todo.

Cap. XXXII. Que trata de lo que sucedio en la venta a toda la quadrilla de don Quixote.



Cabose la buena comida, en fillaron luego, y sin que les sucediesse cosa digna de contar, llegaron otro dia a la venta espanto, y assombro de Sancho Pança:

Quarta parte de don

y aunque el quisiera no entrara en ella, no lo pudo huyr. La ventera, vétero, su hija, y Maritornes, que vieron venir a don Quixote, y a Sancho, les salieron a recibir con muestras de mucha alegría, y ella les recibio con graue continente y aplauso, y dixoles que le adereçasses otro mejor lecho, que la vez passada: a lo qual le respondió la huespeda, que como la pagasse mejor que la otra vez, que ella se la daria de Principes. Don Quixote dixo, que si haria, y assi le adereçaron vna razonable en el mismo camaranchon de marras: y el se acostò luego, porque venia muy quebrantado, y fulto de juyzio. No se huuo bien encerrado, quando la huespeda arremetio al barbero, y asiendole de la barba, dixo: Para mi santiguada, que no se ha aun de aprouechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de boluer mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos que es verguença, digo el peyne, que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraua, hasta que el Licenciado le dixo, que se la diese, que ya no era menester mas vsar de aquella industria, sino que se descubriessse, y mostrasse en su misma forma, y dixesse a don Quixote que quando le despojaron los ladrones galeotes se auia venido a aquella venta huyendo, y que si preguntasse por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le auia embiado adelante a dar auiso a los de su Reyno, como ella yua, y lleuaua consigo el libertador de todos. Con esto dio de buena gana la cola a la vétera el barbero, y assi mismo le boluierò todos los aderentes, que auia prestado para la libertad de don Quixote. Espantaronse todos los de la venta de la hermosa-

hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura, que les adereçassen de comer de lo q̄ en la venta huuiesse, y el huesped cō esperança de mejor paga, cō diligēcia les adereçovna razonable comida, y a todo esto dormia dō Quixote, y fueron de parecer de no despertalle. Porque mas prouecho le haria por entonces el dormir, que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija, Maritornes, todos los passageros, de la estraña locura de don Quixote, y del modo que le auian hallado. La huespeda les contò lo que con el, y con el barriero les auia acontecido, mirando si acaso estaua allí Sancho, como no le viesse, contò todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron. Y como el cura dixesse, q̄ los libros de cauallerias, que don Quixote auia leyendo le auian buuelto el iuyzio, dixo el ventero: No se yo como puede ser esto, que en verdad que a lo que yo entiendo no ay mejor ~~lectura~~ *lectura* en el mūdo, y que tengo ahi dos, o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo a mi, sino a otros muchos. Porque quando es tiempo de la siega se recogen aqui las fieltas muchos segadores, y siēpre ay alguno, que sabe leer, el qual coge vno destos libros en las manos, y rodeamonos del mas de treynta, y estamosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas: a lo menos de mi se dezir, que quando oyo dezir aquellos furibundos, y terribles golpes que los caualleros pegan, que me toma gana de hazer otro tanto, y que querria estar oyendolos noches, y dias. Y yo ni mas, ni menos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen ra-

Quarta parte de don

to en mi casa, sino aquel que vos estays escuchando leer, que estays tan embobado, que no os acordays de reñir por entonces. Afsi es la verdad, dixo Maritornes, ya buena fe, que yo tambien gusto mucho de oyr aquellas cosas, que son muy lindas, y mas quando cuentan, que se està la otra señora debaxo de vnos naranjos abraçada con su cauallero, y que les està vna dueña haziendoles la guarda muerta de embidia, y con mucho sobrefalto. Digo que todo esto es cosa de mieles. Ya vos que os parece señora donzella, dixo el cura, hablando con la hija del ventero? No se señor, en mi anima, respondió ella, tambien yo lo escucho, y en verdad q̄ aunq̄ no lo entiendo, que recibo gusto en oyllo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caualleros hazen, quando estan ausentes de sus señoras: que en verdad, que algunas vezes me hazen llorar de compasión que les tengo. Luego bien las remediaredes vos señora donzella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No se lo q̄ me hiziera, respondió la moça, solo se que ay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caualleros tigres, y leones, y otras mil inmundicias. Y Iesus, yo no se que gente es aquella tan desfalmada, y tan sin conciencia, que por no mirar a vn hombre honrado, le dexan que se muera, o que se buelua loco. Yo no se para que es tanto melindre si lo hazen de honradas, casense con ellos, que ellos no dessean otra cosa. Calla niña, dixo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas: y no està bien a las donzellas saber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dexar de

de respondelle. Aora bien, dixo el cura, traedme señor huesped aqueſſos libros, que los quiero ver. Que me plaze, respondió el, y entrando en su aposento facó del vna maletilla vieja cerrada con vna cadenilla, y abriendola hallò en ella tres libros grandes, y vnos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrio, vio que era don Cirongilio de Tracia: y el otro de Felixmarie de Yrcania: y el otro la historia del gran Capitan Gonçalo Hernandez de Cordoua, cò la vida de Diego Garcia de Paredes. Aſi como el cura leyò los dos titulos primeros, boluio el rostro al barbero, y dixo: Falta no hazen aqui aora el ama de mi amigo, y su sobrina. No hazen respondió el barbero, que tambien se yo llevarlos al corral, o a la chimenea, que en verdad, que ay muy buen fuego en ella. Luego quiere vuoſtra merced, quemar mis libros? dixo el ventero. No mas, dixo el cura, que estos dos el de don Cirongilio, y el de Felixmarie. Pues por ventura, dixo el ventero, mis libros son herejes, o flematicos, que los quiere quemar? Cismaſticos quereys dezir amigo, dixo el barbero, que no flematicos. Aſi es replicò el ventero: mas ſi alguno quiere quemar ſea eſſe del gran Capitan, y deſſe Diego Garcia, que antes dexarè quemar vn hijo, que dexar quemar ninguno deſſotros. Hermano mio, dixo el cura, estos dos libros ſon mentiroſos, y eſtan llenos de diſparates, y de uaneos. Y eſte del grã Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonçalo Hernandez de Cordoua: el qual por ſus muchas, y grandes hazañas, merecio ſer llamado de todo el mundo gran Capitan, renombre fa moſo, y claro,

Quarta parte de don

ro, y del solo merecido. Y este Diego Garcia de Pa-
redes, fue vn principal cauallero, natural de la ciu-
dad de Truxillo, en Estremadura, valentissimo sol-
dado, y de tantas fuerças naturales, que detenia con
vn dedo vna rueda de molino en la mitad de su fu-
ria. Y puesto con vn montante en la entrada de vna
puente detuvo a todo vn innumerable exercito,
que no passasse por ella. Y hizo otras tales cosas,
que como si ellas cuenta, y las escriue, el assi mes-
mo cõ la modestia de cauallero, y de coronista pro-
pio las escriuiera otro libre, y desapasionado, pusie-
rã en su oluido las de los Hetores, Aquiles, y Roldan-
nes. Tomaos con mi padre, dixo el dicho ventero,
mirad de que se espanta de detener vna rueda
de molino, por Dios aora: auia vuestra merced de
leer lo q̄ leyo Felixmarie de Yrcania, que de vn re-
ues solo partio cinco gigantes por la cintura, como
si fueran hechos de hauas, como los fraytezicos
que hazen los niños. Y otra vez arremetio con vn
grandissimo, y poderosissimo exercito donde lle-
uò mas de vn millon, y seyscientos mil soldados,
todos armados desde el pie hasta la cabeça, y los des-
baratò a todos, como si fueran manadas de ouejas.
Pues que me diran del bueno de don Cirongilio de
Tracia, q̄ fue tan valiente, y animoso, como se ve-
rà en el libro donde cuenta, que nauegando por vn
rio le salio de la mitad del agua vna serpiente de
fuego, y el assi como la vio se arrojò sobre ella, y se
puso ahorcaxadas encima de sus escamosas espal-
das, y la apretò con ambas manos la garganta, con
tanta fuerça, que viendo la serpiente que la yua aho-
gando, no tuuo otro remedio, sino dexarse yr a lo
hondo

Hei yo
de

hondo del río, lleuándose tras sí al cauallero, que nunca la quiso soltar, y quando llegó alla abaxo se halló en vnos palacios, y en vnos jardines tan lindos, que era marauilla: y luego la sierpe se boluió en vn viejo anciano, que le dixo tantas de cosas que no ay mas que oyr. Calle señor, que si oyesse esto se bolueria loco de plazer. Dos higas para el gran Capitan, y para esse Diego Garcia, que dize. Oyédo esto Dorotea, dixo callando a Cardenio: Poco le falta a nño huesped para hazer la segúda parte de don Quixote? Así me parece a mi, respondió Cardenio, por que segun dà indicio, el tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan passó, ni mas, ni menos que lo escriuen, y no le haran creer otra cosa frayles descalços. Mirad hermano, tornó a dezir el cura, que no huuo en el mundo Felixmarte de Yrcania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caualleros semejantes, que los libros de cauallerias cuentan. Porque todo es compostura, y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos dezis de entretener el tiempo, como lo entretienen leyendolos vuestros segadores: porque realméte os juro, que nunca tales caualleros fueron en el mundo, ni tales hazañas, ni disparates acontecieron en el. A otro perro con esse huesso, respondió el ventero, como si yo no supiesse quantas son cinco, y a donde me aprieta el çapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blãco. Bueno es, que quiera darme vuestra merced a entender, que todo aquello que estos buenos libros dizen sea disparates, y mentiras, estando impresso con licécia de los señores del Consejo Real,

Quarta parte de don

como si ellos fueran gente, que auian de dexar imprimir tanta mentira junta, y tantas barallas, y tantos encantamentos, que quitan el juyzio. Ya os he dicho amigo, replicò el cura, que esto se haze para entretener nuestros ociosos pensamientos: y assi como se consiente en las Republicas bien concertadas, que aya juegos de Axedrez, de pelota, y de trucos, para entretener a algunos, que ni tienen, ni deuen, ni pueden trabajar: assi se còsiente imprimir, y que aya tales libros: creyendo, como es verdad, que no ha de auer alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera licito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas a cerca de lo que han de tener los libros de cauallerias, para ser buenos, que quicça fueran de prouecho, y aun de gusto para algunos: pero yo espero, que vendra tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto, creed señor ventero lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y alla os auenid con sus verdades, o mentiras, y buèn prouecho os hagan, y quiera Dios, que no coxeys del pie que coxea vuestro huésped don Quixote. Eso no, respondió el ventero, que no serè yo tan loco, que me haga cauallero andante, que bien veo que aora no se vsa lo que se vsaua en aquel tiempo, quando se dize, que andauan por el mundo estos famosos caualleros. A la mitad desta platica se hallò Sancho presente, y quedò muy confuso, y pensatiuo de lo que auia oydo dezir, que aora no se vsauan caualleros andantes, y que todos los libros de cauallerias eran necedades, y mentiras: y propuso en su coraçon de esperar

perar en lo que paraua aquel viaje de su amo, y que fino salia con la felicidad, que el pensaua, determinaua de dexalle, y boluerse con su muger, y sus hijos a su acostumbrado trabajo. Lleuauase la maleta, y los libros el ventero, mas el cura le dixo: Esperad que quiero ver que papeles son effos, que de tan buena letra estan escritos: sacolos el huesped, y dandofelos a leer vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian vn titulo grande que dezia: Nouela del curioso impertinente: leyò el cura para si tres, o quatro renglones, y dixo: Cierto que no me parece mal el titulo desta nouela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondio el ventero: Pues bien puede leella su reuerencia, porque le hago saber, que a algunos huespedes que aqui la han leydo les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras, mas yo no se la he querido dar, pésando boluersela aquié aqui dexò esta maleta olvidada con estos libros, y estos papeles, que bien puede ser que buelua su dueño por aqui algun tiempo: y aunque se que me han de hazer falta los libros, a fe que se los he de boluer, q aunque ventero toda via soy Christiano. Vos tenays mucha razon amigo, dixo el cura, mas con todo effo si la nouela me contenta, me la auays de dexar trasladar: De muybuena gana, respondio el ventero. Mientras los dos esto dezian, auia tomado Cardenio la nouela, y començado a leer en ella: y pareciendole lo mismo que al cura, le rogò que la leyesse de modo que todos la oyessen. Si leyera, dixo el cura, sino fuera mejor gastar este tiempo

en

Quarta parte de don

en dormir, que en leer. Harto reposo serà para mi, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espiritu tan sossegado, que me conceda dormir, quando fuera razon. Pues dessa manera, dixo el cura, quiero leerla por curiosidad, si quiera quiça tendra alguna de gusto. Acudio Maese Nicolas a rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo qual visto del cura, y entendiendo que a todos daria gusto, y elle recibiria; dixo: Pues asi es, cf tenme todos atentos, que la nouela comiença desta manera.

Cap. XXXIII. Donde se cuenta la nouela del Curioso impertinente.



N Florencia, ciudad rica, y famosa de Italia, en la Prouincia que llaman Toscana, viuian Anselmo, y Lotario, dos cavalleros ricos, y principales, y tan amigos, que por excelencia, y antonomasia de todos los que los conocian, los dos amigos eran llamados: eran solteros, moços de vna misma edad, y de vnas mismas costumbres: todo lo qual era bastante causa a que los dos con reciproca amistad se correspondiesse. Bien es verdad, que el Anselmo era algo mas inclinado a los passatiempos amorosos, que el Lotario, al qual lleuauan tras si los de la caça. Pero quando se ofrecia dexaua Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario, y Lotario dexaua los suyos por acudir a los de Anselmo: y desta manera andauan tan a vna sus voluntades, que no auia concertado relox que assi lo anduiesse. Andaua Anselmo perdido de

do de amores de vna donzella principal, y hermosa, de la misca ciudad: hija de tan buenos padres, y tan buena ella por sí, que se determinò (con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hazia) de pedilla por esposa a sus padres, y así lo puso en execucion: y el que lleuò la embaxada, fue Lotario. y el que concluyò el negocio tan a gusto de su amigo, que en breue tiempo se vio puesto en la posesion que desseaua, y Camila tan contenta de auer alcançado a Anselmo por esposo, que no cessaua de dar gracias al cielo, y a Lotario, por cuyo medio tan to bien le auia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuò Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle, y regozijalle, con todo aquello que a el le fue posible. Pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas, y parabienes, començò Lotario a descuydarse con cuydado de las ydas en casa de Anselmo, por parecerle a el (como es razon que parezca a todos los que fueren discretos) que no se han de visitar, ni continuar las casas de los amigos casados, de la misma manera que quando eran solteros. Porque aunque la buena, y verdadera amistad no puede, ni deue de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender, aun de los mesmos hermanos, quanto mas de los amigos. Notò Anselmo la remission de Lotario, y formò del quexas grandes, diziendole, que si el supiera, que el casarse auia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo huuiera hecho: y que si por la buena correspondencia
que

Quarta parte de don

que los dos tenían mienras el fue soltero auian alcançado tan dulce nombre como el ser llamados los dos amigos, que no permitiessse por querer hazer del circumpecto, sin otra ocasion alguna, que tan famoso, y tan agradable nombre se perdiessse: y que assi le suplicaua, si era licito, que tal termino de hablar se vlassse entre ellos, que boluissse a ser señor de su casa, y a entrar, y salir en ella, como de antes, asegurandole que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad que la que el queria que tuuissse: y que por auer sabido ella con quantas veras los dos se amauan, estaua confusa de ver en el tanta esquiueza. A todas estas y otras muchas razones, q̄ Anselmo dixo a Lotario, para persuadille boluissse como solia a su casa. Respondio Lotario cō tanta prudēcia, discrecion, y auiso, q̄ Anselmo quedò satisfecho de la buena intencion de su amigo: y quedaron de concierto, que dos dias en la semana, y las fiestas fuesse Lotario a comer con el. y aunque esto quedò assi concertado entre los dos, propuso Lotario de no hazer mas de aquello que viesse que mas conuenia a la honra de su amigo, cuyo credito estaua en mas que el suyo proprio. Dezia el, y dezia bien, que el cañado a quien el cielo auia cōcedido muger hermosa, tanto cuydado auia de tener, que amigos lleuaua a su casa, como en mirar cō q̄ amigas su muger conuersaua, porque lo q̄ no se haze, ni concierto en las plaças, ni en los tēplos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones, (cosas que no todas vezes las han de negar los maridos a sus mugeres) se concierto, y facilita en casa de la amiga, o la parienta de quien mas satisfacion se tiene. Tambien dezia Lotario, que tenian

3501

nian necesidad los casados de tener cada vno algun amigo que le aduirtieffe de los descuydos, que en su proceder hizieffe, porque suele acótecer, que con el mucho amor que el marido a la muger tiene, o no le adierte, o no le dize por no enojalla, que haga, o dexede de hazer algunas cosas, que el hazellas, o no, le feria de honra, o de vituperio: de lo qual siendo del amigo aduertido facilmente pondria remedio en todo: pero donde se hallará amigo tan discreto, y tan leal, y verdadero, como aqui Lotario le pide: no lo se yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda sollicitud, y aduertimiento miraua por la honra de su amigo: y procuraua dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto del yr a su casa, porque no pareciesse mal al vulgo ocioso, y a los ojos vagabundos, y maliciosos la entrada de vn moço rico, gentilhombre, y bién nacido, y de las buenas partes, que el pensaua que tenia en la casa de vna muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bódad, y valor podia poner freno a toda maldiciente lengua, toda via no queria poner en duda su credito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaua, y entretenia en otras cosas, que el daua a entender ser inexcusables. Asci que en queexas del vno, y disculpas del otro, se passauan muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues, que vno, que los dos se andauan passeando por vn prado fuera de la ciudad, Anselmo dixo a Lotario las semejantes razones.

Pensauas amigo Lotario, que a las mercedes que Dios me ha hecho en hazerme hijo de tales padres, como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, assi los que llaman de naturaleza, como

Quarta parte de don

f^o 20

como los de fortuna , no puedo yo corresponder con agradecimiento, que llegue al bien recebido, y sobrepal que me hizo en darme a ti por amigo, y a Camila por muger propria, dos prendas, que las estimo, sino en el grado que deuo, y en el que puedo. Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen, y pueden viuir contentos, viuo yo el mas despechado, y el mas defabrido hombre de todo el vniverso mundo. Porque no se que dias a esta parte me fatiga, y aprieta vn desseo tan extraño, y tan fuera del vfo comun de otros, que yo me marauillo de mi mesmo, y me culpo, y me riño a solas, y procuro callarlo, y encubriillo de mis propios pensamientos: y assi me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara dezillo a todo el mundo: y pues que en efeto el ha de salir a plaça quiero que sea en la del archivo de tu secreto: confiado que con el, y con la diligencia que pondras, como mi amigo verdadero en remediarme, yo me verè presto libre de la angustia que me causa, y llegara mi alegria por tu sollicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi Locura. Suspenso tenian a Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en que auia de parar tan larga preuencion, o preambulo: y aunque yua reboluiendo en su imaginacion que desseo podria ser aquel que a su amigo tanto fatigaua dio siempre muy lexos del blanco de la verdad: y por salir presto de la agonía que le causaua aquella suspensíon le dixo, que hazia notorio agrauio a su mucha amistad en andar buscando rodeos, para dezirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que

to que se podia prometer del, o ya consejos para entre ellos, o ya remedio para cumplillos. Afsi es la verdad, respondió Anselmo, y con essa confianza te hago saber amigo Lotario, que el desseo que me fatiga, es pensar si Camila mi esposa es tan buena, y tan perfecta como yo pienso: y no puedo enterarme en esta verdad, sino es prouádola, de manera q̄ la prueua manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tengo para mi (o amigo) q̄ no es vna muger mas buena de quanto es, o no es solicitada: y que aquella sola es fuerte, que no se dobla a las promessas, a las dadiuas, alas lagrimas, y a las continuas importunidades de los sollicitos amantes. Por q̄ q̄ ay que agradecer, dezia el, que vna muger sea buena, si nadie le dize que sea mala? Que mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido, que encogiendola en la primera desemboltura, la ha de quitar la vida? Anfsi q̄ la que es buena por temor, o por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré a la solicitada, y perseguida, que salio con la corona del vencimiento. De modo que por estas razones, y por otras muchas que te pudiera dezir, para acreditar, y fortalecer la opinion que tengo, desseo que Camila mi esposa passe por estas dificultades, y se acrisole, y quilate en el fuego de verse requerida, y solicitada, y de quié tenga valor para poner en ella sus desseos: y si ella sale, como creo que saldra, con la palma desta batalla, tendré yo por sin ygual mi ventura. Podré yo dezir, que está colmo el vazio de mis desseos. Diré que me cupo en suerte, la mu-

Quarta parte de don

ger fuerte, de quien el Sabio dize, que quien la hallarà? Y quando esto suceda al reues de lo que pienso, con el gusto de ver que acertè en mi opinion, llevarè sin pena, la que de razon podra causarme mi tan costosa experiencia. Y propuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi desseo ha de ser de algun prouecho, para dexar de poner le por la obra, quiero, o amigo Lotario, que te dispongas a ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te dare lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar a vna muger honesta, honrada, recogida, y desinteressada. Y mueueme, entre otras cosas, a fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vècimiento a todo trance, y rigor, sino a solo a tener por hecho lo que se ha de hazer por buen respeto, y assi no quedarè yo ofendido mas de cõ el desseo, y mi injuria quedarà escondida en la virtud de tu silencio, que bien se que en lo que me tocara ha de ser eterno como el de la muerte. Assi que si quieres que yo tenga vida, que pueda dezir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia, ni perezosamente, sino con el ahinco, y diligencia que mi desseo pide, y con la confiança que nuestra amistad me assegura. Estas fueron las razones que Anselmo dixo a Lotario, a todas las quales estuuõ tan atento, que sino fueron las que quedan escritas que le dixo, no desplegó sus labios hasta que huuo acabado: y viendo que no dezia mas, despues que le estuuõ mirando vn buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas huuiera visto,
que

que le causara admiracion y espanto , le dixo : No me puedo persuadir , o amigo Anselmo , a que no sean burlas las cosas que me has dicho , que a pensar que de veras las dezias , no consintiera que tan adelante passaras , porque con no escucharte preuiniera tu larga arenga : sin duda imagino , o que no me conoces , o que yo no te conozco . Pero no , que bien se que eres Anselmo , y tu sabes que yo soy Lotario : el daño està , en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias , y tu deues de auer pensado , q̄ tampoco yo soy el Lotario que deuia ser : porque las cosas que me has dicho , ni son de aquel Anselmo mi amigo , ni las que me pides se han de pedir à aquel Lotario que tu conoces . Porque los buenos amigos hã de prouar a sus amigos , y valerse dellos , como dixo vn Poeta , *vsque ad Aras* , que quisoddezir , que no se auian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios . Pues si esto sintio vn Gentil de la amistad , quãto mejor es que lo sienta el Christiano , que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad diuina . Y quando el amigo tirasse tãto la barra , que pudiesse a parte los respetos del cielo , por acudir a los de su amigo , no ha de ser por cosas ligeras , y de poco momento , sino por aquellas en que vaya la hõra , y la vida de su amigo . Pues dime tu aora , Anselmo , qual destas dos cosas tienes en peligro , para que yo me aventure a complacerte , y a hazer vna cosa tan detestable como me pides ? Ninguna por cierto , antes me pides , segun yo entiendo , que procure , y solicite quitarte la honra , y la vida , y quitarmela a mi juntamente . Porque si yo he de procurar quitarte la honra , cla-

ro está que te quito la vida, pues el hombre sin hora, peores que vn muerto: y siendo yo el instrumento, como tu quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, no vengo a quedar deshonorado, y por el mismo conseqüente sin vida? Escucha amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme, hasta q̄ acabe de dezirte lo que se me ofreciere, acerca de lo q̄ te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para q̄ tu me repliques, y yo te escuche. Que me plaze, dixo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario profiguio, diziendo: Pareceme, o Anselmo, que tienes tu aora el ingenio como el que siempre tienen los Moros a los quales no se les puede dar a entender el error de su secta, con las acotaciones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en articulos de fè, sino que les han de traer exemplos palpables, faciles, intelegibles, demonstratiuos, indublitables, con demostraciones Matematicas, que no se pueden negar, como quando dizen: Si de dos partes y iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales. Y quando esto no entiédan de palabra, como en efecto no lo entienden, ha se les de mostrar con las manos, y ponerlo delante de los ojos, y aun con todo esto, no basta nadie con ellos a persuadirles las verdades de mi sacra religion. Y este mesmo termino y modo me conuendra vsar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido, va tan descaminado, y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado, el que ocupare en darte a entender tu simplicidad,

dad, que por aora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dexarte en tu desatino, en pena de tu mal desseo: mas no me dexa vsar deste rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te dexes puesto en tan manifesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime Anselmo, tu no me has dicho que tengo de solicitar a vna retirada? persuadir a vna honesta? ofrecer a vna desinteresada? feruir a vna prudente? Si que me lo has dicho. Pues si tu sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada, y prudente, que buscas? Y si piensas que de todos mis assaltos ha de salir vencedora, como saldra sin duda, que mejores titulos piensas darle despues, que los que aora tiene? o que será mas despues de lo que es aora? O es que tu no la tienes por la que dizes, o tu no sabes lo que pides. Sino la tienes por lo que dizes, para q̄ quieres provarla, sino como a mala, hazer della lo q̄ mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hazer experiéncia de la mesma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion q̄ primero tenia. Assi q̄ es razon concluyente, q̄ el intentar las cosas, de las quales antes nos puede suceder daño q̄ prouecho, es de juyzios sin discurso, y temerarios: y mas quando quieré intentar aquellas a q̄ no son forçados, ni cōpelidos, y que de muy lexos trae descubierto q̄ el intentarlas es manifesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, o por el mundo, o por entrábos a dos: las q̄ se acometē por Dios, son las q̄ acometieron los santos, acometiēdo a viuir vida de Angeles, en cuerpos humanos: las q̄ se acometē por respeto del mū-

Quarta parte de don

do, son las de aquellos que passan tanta infinidad de agua, tanta diuersidad de climas, tanta estrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman, bienes de fortuna. Y las que se intentan por Dios, y por el mūdo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que a penas veen en el contrario muro, abierto tāto espacio quanto es el que pudo hazer vna redonda bala de artilleria, quando puesto a parte todo temor, sin hazer discurso, ni aduertir al manifesto peligro que les amenaza, lleuados en buelo de las alas del desseo de boluer por su fè, por su nacion, y por su Rey, se arrojan intrepidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperā. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria, y prouecho intentarlas, aunque tan llenas de inconuenientes, y peligros. Pero la que tu dizes, que quieres intentar, y poner por obra, ni te ha de alcāçar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres: porque puesto que salgas con ella como desseas, no has de quedar ni mas vfano, ni mas rico, ni mas hōrado que estās aora: y sino sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda: porque no te ha de aprouechar pensar entōces, que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastarā para affligirte, y deshazerte, que la sepas tu mesmo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero dezir vna estancia, que hizo el famoso Poeta Luys Tansilo, en el fin de su primera parte de las Lagrimas de san Pedro, que dize assi.

*Crece el dolor, y crece la verguença
En Pedro quando el dia se ha mostrado,*

Y auer

*Tau uque alli no ve a nadie , se auerguença
de si mismo, por ver que auia pecado:*

Que a vn magnanimo pecho , auer verguença,

No solo ha de mouerle el ser mirado

Que de si se auerguença quando yerra,

Si bien otro no vea que cielo, y tierra.

Asi, que no escusaràs con el secreto tu dolor, antes tendras que llorar cõtino, sino lagrimas de los ojos, lagrimas de sangre del coraçon, como las lloraua aquel simple Doctor que nuestro Poeta nos cuenta, que hizo la prueua del vaso, que con mejor discurso se escusò de hazer la el prudente Reynaldos: que puesto que aquello sea ficcion Poetica, tiene en si encerrados secretos morales, dignos de ser advertidos, y entendidos, è imitados. Quanto mas, que con lo que aora pienso dezirte, acabaràs de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime Anselmo, si el cielo, o la suerte buena, te huiera hecho señor, y legitimo possessor de vn finisimo diamante, de cuya bondad, y quilates estuuiessen satisfechos quantos lapidarios le viesse, y que todos a vna voz, y de comun parecer dixessen, que llegaua en quilates, bondad, y fineza, a quanto se podia estender la naturaleza de tal piedra, y tu mesmo lo creyesses assi, sin saber otra cosa en contrario, seria justo que te viniessse en desso de tomar aquel diamante, y ponerle entre vn ayunque, y vn martillo, y alli apura fuerça de golpes y braços, prouar si es tan duro, y tan fino como dicen? y mas si lo pufiesses por obra: que puesto caso que la piedra hiziesse resistencia a tan necia

Quarta parte de don.

prueua. no por esso se le añadiria mas valor, ni mas fama: y si se rōpiesse, cosa q̄ podria ser, no se perdia todo? Si por cierto, dexãdo a su dueño en estimaciõ de q̄ todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finissimo diamante, assi en la estimacion, como en la agena, y que no es razon ponerla en contingēcia de q̄ se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir a mas valor del que aora tiene: y si faltasse, y no resistiesse, considera desde aora, qual quedarias sin ella, y con quanta razon te podrias quejar de ti mesmo, por auer sido causa de su perdicion, y la tuya? Mira que no ay joya en el mundo que tanto valga, como la muger casta, y honrada, y que todo el honor de las mugeres, consiste en la opinion buena q̄ dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes, para que quieres poner esta verdad en duda? Mira amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no se le han de poner embaraços donde tropiece, y cayga, sino quitarcelos, y despejalle el camino de qualquier inconueniente, para que sin pesadumbre corra ligera a alcançar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales, que el Arminio es vn animalejo que tiene vna piel blanquissima, y que quando quieren caçarle los caçadores, vfan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele passar, y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeandole, le encaminan hazia aquel lugar, y assi como el Arminio llega al lodo, se està quedo, y se dexa prender y cautiuar, a trueco de no passar por el cieno, y perder y enfuziar

su blancura, que la estima en mas que la libertad, y la vida. La honesta y casta muger, es Arminio, y es mas que nieue blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserue, ha de vsar de otro estilo diferente que con el Arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos, y seruicios de los importunos amantes, porque quiça, y aun sin quiça, no tiene tanta virtud y fuerça natural, que pueda por si mesma atropellar y passar por aquellos embaraços: y es necessario quitarselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en si la buena fama. Es assi mesmo la buena muger, como espejo de cristial luziète y claro, pero està sugeto a empañarse, y escurecerse con qualquiera aliento q̄ le toque. Hase de vsar con la honesta muger, el estilo q̄ cō las reliquias, adorarlas y no tocarlas. Hase de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima vn hermoso jardin que està lleno de flores, y rosas, cuyo dueño no cōfiente, q̄ nadie le pafsee, ni manosee, basta que desde lexos, y por entre las verjas de hierro gozen de su fragancia y hermosura. Finalmente, quiero dezirte vnos versos que se me han venido a la memoria, que los ohi en vna comedia moderna, q̄ me parece que hazen al proposito de lo que vamos tratando. Aconsejaua vn prudente viejo, a otro padre de vna donzella, que la recogiesse, guardasse, y encerrasse: y entre otras razones le dixo estas.

*Es de vidrio la muger,
Pero no se ha de prouar;*

Quarta parte de dor

Si se puede, o no quebrar,

Porque todo podria ser.

Y es mas facil el quebrarse,

Y no es cordura ponerse

A peligro de romperse

Lo que no puede soldarse.

Y en esta opinion esten

Todos, y en razon la fundo,

Que si ay Danaes en el mundo,

Ay pluias de oro tambien.

Quanto hasta aqui te he dicho, o Anselmo, ha sido por lo que a ti te toca, y aora es bien que se oyga algo de lo que a mi me conuiene: y si fuere largo, perdoname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tu me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no sólo pretendes esto, sino que procuras q̄ yo te la quite a ti. Que me la quieres quitar a mi, está claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra, y mal mirado, pues inteto y hago vna cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy, y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite a ti, no ay duda, porque viendo Camila q̄ yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liuiandad, que me dio atreuimiento a descubrirle mi mal desseo, y teniendose por deshonorada te toca a ti, como a cosa suya, su mesma deshonor. Y de aqui nace lo que comunmente se platica, que el

mari-

marido de la muger adultera, puesto que el no lo sepa, ni aya dado ocasion para que su muger no sea la que deue, ni aya sido en su mano, ni en su descuydo y poco recato, estoruar su desgracia, con todo le llaman, y le nombran con nombre de vituperio, y baxo: y en cierta manera le miran, los que la maldad de su muger saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lastima, viêdo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quierote dezir la causa, porque con justa razon es deshonorado el marido de la muger mala, aunque el no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni aya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canfes de oyrme, que todo ha de redundar en tu prouecho. Quando Dios criò a nuestro primero Padre en el Parayso terrenal, dize la diuina Escritura, que infundio Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacò vna costilla del lado siniestro, de la qual formò a nuestra madre Eua: y afsi como Adan despertò, y la mirò, dixo: Esta es carne de mi carne, y hueffo de mis hueffos. Y Dios dixo: Por esta dexara el hombre a su padre, y madre, y serã dos en vna carne misma. Y entonces fue instituydo el diuino sacramento del Matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede defatarlos. Y tiene tanta fuerça, y virtud este milagroso Sacramento, que haze q̄ dos diferentes personas, sean vna mesma carne: y aun haze mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tiené mas de vna voluntad. Y de aqui viene, que como la carne de la esposa sea vna mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen,

o los

Quarta parte de don

o los defectos que se procura, redundan en la carne del marido, aunque el no aya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño. Porque afsi como el dolor del pie, o de qualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo, por ser todo de vna carne mesma: y la cabeça siente el daño del touillo, sin que ella se le aya causado. Afsi el marido es participante de la deshonra de la muger, por ser vna mesma cosa con ella. Y como las honras, y deshonras del mundo, sean todas, y nazcan de carne, y sangre, y las de la muger mala sean deste genero, es forçoso, que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonorado, sin que el lo sepa. Mira pues, o Anselmo, al peligro q̄ te pones, en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa viue. Mira por quau vana, è impertinente curiosidad, quieres reboluer los humores que aora estan sossegados en el pecho de tu casta esposa. Aduierte, que lo q̄ auenturas a ganar, es poco y q̄ lo que perderas será tanto, q̄ lo dexarè en tu pũto, por que me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho no basta a mouerte de tu mal proposito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra, y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor perdida que imaginar puedo. Callò en dizièdo esto, el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedò tan confuso, y pensatiuo, que por vn buen espacio no le pudo responder palabra, pero en fin le dixò: Con la atenciõ que has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido dezirme, y en tus razones, exèplos, y cõparaciones, he visto la mucha dif.

discrecion que tienes, y el estremo de la verdadera amistad q̄ alcãças: y assi mesmo veo, y confieso, q̄ fino sigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyẽdo del biẽ, y corriẽdo tras el mal. Profupuesto esto, has d̄ cõsiderar, q̄ yo padezco abra la enfermedad q̄ suelen tener algunas muges, q̄ se les antoja comer tierra, y esso, carbõ, y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, quanto mas para comerse: assi q̄ es menester vsar de algun artificio para q̄ yo sane, y esto se podia hazer cõ facilidad, solo con q̄ comiẽces, aunq̄ tibia, y fingidamente, a solicitar a Camila, la qual no ha de ser en niẽra, q̄ a los primeros encuentros dẽ con su hermano, q̄ por tierra, y cõ solo este principio quedare contentõ, y tu auras cõplido con lo q̄ deues a nuestra amistad, no solamente dando me la vida, sino persuadiẽdome de no verme sin honra. Y estàs obligado a hazer esto, por vna razon sola, y es, que estando yo, como estoy determinado, de poner en platica esta prueua, no has tu dẽ consentir que yo dẽ cuenta de mi desatino a otra persona, con q̄ pondria en auẽtura el honor que tu procuras que no pierda: y quando el tuyo no estè en el punto que deue en la intencion de Camila, en tanto que la solicitares, importa poco, o nada, pues cõ brevedad, viendo ella la entereza q̄ esperamos, le podras dezir la pura verdad de nuestro artificio, con q̄ boluera tu credito al ser primero. Y pues tan poco auẽturas, y tanto contentõ me puedes dar auenturãdote, no lo dexes de hazer, aunq̄ mas inconueniẽtes se te pongã delante, pues como ya he dicho cõ solo que comiẽces dare por cõcluyda la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiẽdo q̄
mas

Quarta parte de don

mas exemplos traerle , ni q̄ mas razones mostrarle para que no la signieffe: y viendo que le amenazaua que daria a otro cuenta de su mal desseo , por euitar mayor mal, determinô de contentarle , y hazer lo q̄ le pedia, con proposito , è intencion de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila quedasse Anselmo satisfecho : y assi le respondio , que no comunicasse su pensamiento cõ otro alguno, q̄ el tomaua a su cargo aquella empresa, la qual comêçaria quãdo a el le diessè mas gusto. Abraçole Anselmo, tierna y amorosamête, y agradeçiole su ofrecimiento, como si alguna grãde merced le hauiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, q̄ desde otro dia siguiente se començasse la obra, q̄ el le daria lugar, y tiêpo como a sus solas pudieffe hablar a Camila , y assi mesmo le daria dineros, y joyas q̄ darla y que ofrecerla. Aconsejole, q̄ le diessè musicas, que escriuieffe versos en su alabãça, y q̄ quando el no quisiessè tomar trabajo de hazerlos, el mesmo los haria . A todo se ofrecio Lotario, bien cõ diferente intencion q̄ Anselmo pẽsaua: y cõ este acuerdo se boluierõ a casa de Anselmo, donde hallaron a Camila con ansia y cuydado, esperãdo a su esposo, por q̄ aquel dia tardaua en venir mas de lo acostũbrado. Fuese Lotario a su casa, y Anselmo quedô en la suya, tan cõtento, como Lotario fue pẽsatiuo, no sabiêdo q̄ traça dar para salir biẽ de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche penso el modo q̄ tendria para engañar a Anselmo, sin ofender a Camila: y otro dia vino a comer cõ su amigo, y fue bien recebido de Camila, la qual le recebia, y regalaua cõ mucha voluntad, por entêder la buena q̄ su

q̄ su esposo le tenia. Acabaron de comer, leuantarõ los manteles, y Anselmo dixo a Lotario, q̄ se quedasse alli cõ Camila, en tanto q̄ el yua a vn negocio forçoso, q̄ dentro de hora y media bolueria. Rogole Camila q̄ no se fuesse, y Lotario se ofrecio a hazerle compaña, mas nada aprouechõ cõ Anselmo, antes inportunõ a Lotario, q̄ se quedasse, y le aguardasse, por q̄ tenia q̄ tratar con el vna cosa de mucha importãcia. Dixo tãbien a Camila, q̄ no dexasse solo a Lotario, en tanto q̄ el boluiesse. En efeto el supo tãbien fingir la neçesidad, o neçedad de su ausencia, q̄ nadie pudiera entender q̄ era fingida. Fuese Anselmo, y quedarõ solos a la mesa Camila, y Lotario, por q̄ la demas gente de casa, toda se auia ydo a comer. Viose Lotario puesto en la estacada q̄ su amigo desseaua: y con el enemigo delante, que pudiera vencer cõ sola su hermosura, a vn esquadron de cauallos armados: mirad si era razõ que le temiera Lotario? Pero lo q̄ hizo fue, poner el codo sobre el braço de la silla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdõ a Camila, del mal comedimiẽto, dixo que queria reposar vn poco en tãto q̄ Anselmo boluia. Camila le respondió, q̄ mejor reposaria en el estrado, q̄ en la silla, y afsi le rogõ se entrasse a dormir en el. No quiso Lotario, y alli se quedõ dormido hasta q̄ boluio Anselmo: el qual como hallõ a Camila en su aposento, y a Lotario durmiẽdo, creyõ que como se auia tardado tanto, ya auriã tenido los dos lugar para hablar, y aũ para dormir, y no vio la hora en q̄ Lotario despertasse, para boluerse cõ el fuera, y preguntarle de su vçtura. Todo le sucedio como el quiso: Lotario despertõ, y luego salieron los dos
de

Quarta parte de don

de casa, y assi le preguntò lo que desseaua: y le respondió Lotario, q̄ no le auia parecido ser bien q̄ la primera vez se descubriessè del todo, y assi no auia hecho otra cosa, q̄ alabar a Camila de hermosa, dizien dole, q̄ en toda la ciudad no se trataua de otra cosa, q̄ de su hermosura, y discrecion, y q̄ este le auia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiendola a q̄ otra vez le escuchasse con gusto: vsando en esto del artificio q̄ el demonio vsa quando quiere engañar a alguno q̄ esta puesto en atalaya de mirar por si, q̄ se trãforma en Angel de luz, siendolo el de tinieblas, y poniéndole delãte apariencias buenas, al cabo descubre quiẽ es, y sale cõ su intencion, si a los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentò mucho a Anselmo, y dixo, q̄ cada dia darìa el mesmo lugar, aunq̄ no saliesse de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiesse venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues, que se passaron muchos dias que sin dezir Lotario palabra a Camila, respondia a Anselmo, que la hablaua, y jamas podia sacar della vna pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuesse, ni aun dar vna señal de sombra de esperança: antes dezia que le amenazaua, que si de aquel mal pensamiento no se quitaua, que lo auia de dezir a su esposo. Bien està, dixo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila a las palabras, es menester ver como resiste a las obras, yo os darè mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcays, y aun se los deys: y otros tantos para que compreys joyas con que cebarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas q̄ sean,

Sean, a esto de traerse bien, y andar galanas; y si ella resiste a esta tentacion, yo quedaré satisfecho, y no os dare mas pesadumbre. Lotario respondió, que ya que auia comenzado, que el lleuaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibio los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones, porque no sabia que dezirse para mentir de nueuo, pero en efeto determinò de dezirle, que Camila estaua tan entera a las dadiuas, y promessas, como a las palabras, y que no auia para que cansarse mas, porq̃ todo el tiempo se gastaua en balde. Pero la suerte que las cosas guiaua de otra manera, ordenò, que auiendo dexado Anselmo solos, a Lotario, y a Camila, como otras vezes solia, el se encerrò en vn aposento y por los agujeros de la cerradura estubo mirando, y escuchando lo que los dos tratauan, y vio que en mas de media hora Lotario no habló palabra a Camila, ni se la hablàra, si alli estuuiera vn siglo. Y cayò en la cuenta, de que quanto su amigo le auia dicho, de las respuestas de Camila, todo era ficcion, y mentira. Y para ver si esto era ansi, salio del aposento, y llamàdo a Lotario a parte, le preguntò, que nueuas auia, y de que temple estaua Camila? Lotario le respondió, que no pensaua mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan aspera, y desabridamente, que no tendria animo para boluer a dezirle cosa alguna. Hà, dixo Anselmo, Lotario, Lotario, y quan mal correspondes a lo que me deues, y a lo mucho que de ti confio. Ahora te he estado mirando, por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto q̃ no has dicho palabra a Camila. Por

Quarta parte de don

donde me doy a entender, que aun las primeras le tienes por dezir: y si esto es así, como sin duda lo es, para que me engañas? O porque quieres quitarme con tu industria, los medios que yo podría hallar para conseguir mi deseo? No dixo mas Anselmo, pero bastò lo que auia dicho, para dexar corrido, y confuso a Lotario. El qual casi como tomado por punto de hora, el auer sido hallado en mentira, jurò a Anselmo, que desde aquel momento, tomaua tan a su cargo el contentalle, y no mentille, qual lo veria, si con curiosidad lo espiaua: quanto mas, que no sería menester usar de ninguna diligencia, porque la que el pensaua poner en satisfazelle, le quitaria de toda sospecha, Creyole Anselmo, y para dalle comodidad mas segura, y menos sobresaltada, determinò de hazer ausencia de su casa, por ocho dias, yendose a la de vn amigo suyo, que estaua en vna aldea, no lexos de la Ciudad: Con el qual amigo concerto, que le embiasse a llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila, de su partida. Desdichado, y mal advertido de ti Anselmo, que es lo que hazes? que es lo que traças? que es lo que ordenas? Mira que hazes contra ti mismo, traçando tu deshonor, y ordenando tu perdicion: Buena es tu esposa Camila, quieta, y sossegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pesamientos no salen de las paredes de su casa, tu cres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustandola en todo con la tuya, y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad, y recogimiento, te da sin ningun trabajo, toda la riqueza que tiene, y tu puedes desfiar,
para

para que quierres ahondar la tierra, y buscar nuevas vetas, de nueuo, y nunca visto tesoro, poniendote a peligro, que toda venga abaxo, pues en fin se sustentaba sobre los debiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue. Como lo dixo mejor vn Poeta diziendo.

*B*usco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traydor lealtad.

*P*ero mi suere, e de quien
Jamás espero algun bien,
Con el cielo ha estatuydo,
Que pues lo imposible pido,
Lo posible aun no me den.

Fuese otro dia Anselmo a la aldea, dexando dicho a Camila, que el tiempo que el estuuiesse ausente, vendria Lotario a mirar por su casa, y a comer con ella, que tuuiesse cuydado de rattalle como a su mesma persona. Affligiose Camila, como muger discreta, y honrada, de la orden que su marido le dexaua: y dixole que aduertiesse, que no estaua bien, que nadie el ausente, ocupasse la silla de su mesa, y q̄ si lo hazia por no tener confiança, que ella sabria gouernar su casa, que prouasse por aquella vez, y veria por experiencia, como para mayores cuydados era bastante.

Quarta parte de don

Anselmo le replicò, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hazer, que baxar la cabeça, y obedecelle. Camila dixo, que ansi lo haria, aunque contra su voluntad. Partiose Anselmo, y otro dia vino a su casa Lotario, donde fue recebido de Camila, con amoroso, y honesto acogimiento. La qual jamas se puso en parte, donde Lotario la viesse a solas, porque siempre andaua rodeada de sus criados, y criadas, especialmente de vna donzella fuya, llamada Leonela, a quien ella mucho queria, por auerse criado desde niñas las dos jùtas, en casa de los padres de Camila, y quando se caso con Anselmo, la truxo consigo. En los tres dias primeros, nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera quando se leuantauan los manteles, y la gente se yua a comer cõ mucha priesa, porq̃ así se lo tenia mandado Camila. Y aun tenia orden Leonela, que comiesse primero que Camila, y que de su lado jamas se quitasse: mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y auia menester aquellas horas, y aquel lugar, para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas vezes el mandamiento de su señora, antes los dexaua solos, como si aquello le vñieran mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la grauedad de su rostro, la compostura de su persona, era tanta, que ponía freno a la lengua de Lotario. Pero el prouecho que las muchas virtudes de Camila hizieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundò mas en daño de los dos. Porque si la lengua caualla, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte, todos los estremos de bondad, y de hermosura que Camila tenia, bastantes a ena-

morar.

y de hermosura que Camila tenia, bastantes a enamorar vna estatua de Marmol, no que vn coraçon de carne. Mirauala Lotario en el lugar, y espacio que auia de hablarla, y consideraua, quan digna era de ser amada: y esta consideracion començo poco a poco, a dar assalto a los respectos que a Anselmo tenia, y mil vezes quiso ausentarse de la Ciudad, y yrse donde jamas Anselmo le viesse a el, ni el viesse a Camila: mas ya le hazia impedimento, y detenia el gusto que hallaua en mirarla. Hazia se fuerça, y peleaua consigo mismo, por desechar, y no sentir el contento, que le lleuaua a mirar a Camila. Culpauase a solas de su desatino, llamauase mal amigo, y aun mal Christiano. Hazia discursos, y comparaciones, entre el, y Anselmo, y todos parauan en dezir, que mas auia sido la locura, y confiança de Anselmo, que su poca fidelidad. Y que si assi tuuiera disculpa para con Dios, como para con los hombres, de lo que pensaua hazer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura, y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion q̄ el ignorante marido leuia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra. Y sin mirar a otra cosa, q̄ aquella a q̄ su gusto le inclinaua, alcabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los quales estuuò en cõtinuabatalla, por resistir a sus desseos, començo a requebrar a Camila, cõ tanta turbacion, y con tan amorosas razones, que Camila quedò suspensa, y no hizo otra cosa, que leuantarse de donde estaua, y entrarse en su aposento, sin respondelle palabra alguna. Mas no por esta sequedad, se desmayò en Lotario la esperança, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuuo en mas a Camila. La qual auiendo visto en Lotario

lo que jamás pensara, no sabia que hazerse. Y pareciéndole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasión, ni lugar, a que otra vez la hablasse, determinò de embiar aquella mesma noche, como lo hizo, a vn criado suyo con vn villete a Anselmo, donde le escriuio estas razones.

Cap. XXXVIII. Donde se prosigue la nouela del curioso impercinente.



SSI COMO suele dezirse, que parece mal el exercito sin su general, y el castillo sin su Castellano. Digo yo, que parece muy peor la muger casada, y moça, sin su marido, quando justissimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan impossibilitada, de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me ayre deyr a entretener en casa de mis padres, aunque dexe sin guarda la vuestra. Porque la que me dexastes, si es que quedò con tal titulo, creo que mira mas por su gusto, que por lo que a vos os toca, y pues soys discreto, no tengo mas que deziros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibio Anselmo, y entendio por ella, que Lotario auia ya comenzado la empresa, y que Camila deuia de auer respondido como el deseaua. Y alegre sobre manera, de tales nueuas, respondió a Camila de palabra, que no hiziesse mudamiento de su casa, en modo ninguno, porque el bolueria con mucha breuedad. Admirada quedò Camila, de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusio
que

que primero, porque ni se atreuia a estar en su casa, ni menos yrse a la de sus padres. Porque en la quedada, corria peligro su honestidad, y en la yda, yua contra el mandamiento de su esposo. En fin se resoluió en lo que le estuuó peor, que fue, en el quedarse, con determinacion de no huyr la presencia de Lotario, por no dar que dezir a sus criados, y ya le pesaua de auer escrito, lo que escriuió a su esposo, temerosa de que no pésasse, que Lotario auia visto en ella alguna desemboltura, que le vuisse mouido a no guardalle el decoro que deuia. Pero fiada en su bondad, se fio en Dios, y en su buen pensamiento, cõ que pésaua resistir callando, a todo aquello que Lotario dezirle quisiesse, sin dar más cuenta a su marido, por no ponerle en alguna pendencia, y trabajo. Y aun andaua buscando manera como disculpar a Lotario, con Anselmo, quando le preguntasse la ocasion, que le auia mouido a escriuirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados, ni prouechosos, estuuó otro dia escuchando a Lotario, el qual cargò la mano de manera, que començo a titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuuo harto que hazer en acudir a los ojos, para q̃no dieffen muestra de alguna amorosa compassiõ, que las lagrimas, y las razones de Lotario, en su pecho auian despertado. Todo esto notaua Lotario, y todo le encendia. Finalmẽte a el le pareció, que era menester en el espacio, y lugar, que daua la ausencia de Anselmo, apretar el cerco a aquella fortaleza. Y así acometio a su presuncion, con las alabãças de su hermosura, porq̃ no ay cosa que mas presto rinda, y allane las encastilladas torres de la vanidad de las

Quarta parte de don

hermosas, q̄ la mesma vanidad, puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto, el con toda diligencia mi nõ la roca de su entereza, con tales perrechos, que aunque Camila fuera toda de bronze, viniera al suelo. Llorò, rogò, ofreciò, adulò, porfiò, y fingio Lotario, con tantos sentimiètos, con muestras de tãtas veras, q̄ dio al traes con el recato de Camila, y vino a triunfar de lo q̄ menos se p̄sava, y mas desfeava. Rindiose Camila, Camila se rindo: pero q̄ mucho, si la amistad de Lotario no quedò en pie? Exẽplo claro, que nos muestra, que solo se vence la passion amorosa, con huylla, y que nadie se ha de poner abraços con tan poderoso enemigo. Porque es menester fuerças diuinas, para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir, los dos malos amigos, y nuevos amantes. No quiso Lotario dezir a Camila la pretension de Anselmo, ni que el le auia dado lugar, para llegar a aquel punto. Por q̄ no tuuiese en menos su amor, y pensasse que assi a caso, y sin pensar, y no de proposito, la auia solicitado. Boliuo de alli a pocos dias Anselmo a su casa, y no echo de ver lo que faltava en ella, que era lo que en menos tenia, y mas estimava. Fuese luego a ver a Lotario, y hallole en su casa, abraçaronse los dos, y el vno preguntò por las nueuas de su vida, o de su muerte. Las nueuas que te podrè dar, o amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes vna muger, que dignamẽte puede ser exemplo, y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras que le he dicho, selas ha lleuado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dadiuas no se han admitido, de algunas lagri-

mas.

mas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, asfi como Camila es cifra de toda belleza, es archiuo donde asfieste la honestidad, y viue el comedimiento, y el recato, y todas las virtudes q̄ pueden hazer loable, y bien afortunada a vna honrada muger. Buelue a tomar tus dineros amigo: que aqui los tēgo, sin auer tenido necesidad de tocar a ellos, que la entereza de Camila, no se rinde a cosas tan baxas, como son dadiuas, ni promessas. Cōtētate Anselmo, y no quieras hazer mas prueuas de las hechas. Y pues apie enxuto has passado el mar de las dificultades, y sospechas, que de las mugeres suelen, y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo pielago, de nuevos inconuenientes, ni quieras hazer experiencia con otro piloto, de la bondad, y fortaleza del nauio que el cielo te dio en suerte, para que en el passasses. la mar deste mundo. Sino haz cuenta que estās ya en seguro puerto, y aferrate cō las anclas de la buena consideraciō, y dexate estar hasta que te vengan a pedir la deuda, que no ay hidalguia humana, que de pagarla se escuse. Contentissimo quedò Anselmo, de las razones de Lotario, y asfi se las creyo, como si fueran dichas por algun Oraculo. Pero con todo esso le rogo, que no dexasse la empresa, aunque no fuesse mas de por curiosidad, y entretenimiento, aunque no se aprouechasse de alli adelante de tan ahincadas diligencias, como hasta entonces. Y que solo queria, que le escriuiesse algunos versos en su alabança, debaxo del nombre de Clori, porque el le daria a entender a Camila, que andaua enamorado de vna dama, a quien le auia puesto a quel nombre, por poder celebrarla, con el deco-

Quarta parte de don

ro que a su honestidad se le deuia. Y que quãdo Lotario no quisiera tomar trabajo de escriuir los versos, que el los haria. No sera menester esso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten. Dile tu a Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, q̄ los versos yo los hare, sino tã buenos como el sujeto merece, seran por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo, el impertinente, y el traydor amigo. Y buelto Lotario a su casa, preguntò a Camila, lo que ella ya se marauillaua, que no se lo vuisse preguntado. Que fue, que le dixesse la ocasiõ por que le auia escrito el papel que le embiò Camila, le respondió, que le auia parecido, que Lotario la miraua vn poco mas desembueltoamente, que quando el estaua en casa. Pero que ya estaua desengañada, y creya que auia sido imaginaciõ suya, por que ya Lotario huya de vella, y de estar cõ ella a solas. Dixole Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, por que el sabia que Lotario andaua enamorado de vna donzella principal de la Ciudad, a quiẽ el celebraua debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuiera, no auia que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amistad de entrambos. Y a no estar auisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y q̄ el se lo auia dicho a Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanças de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos: mas por estar ya aduertida, passò aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogò Anselmo a Lotario, dixesse alguna co-

sa de las que auia compuesto a su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia dezir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa a su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio haze a su buen credito. Pero sea lo que fuere, lo que se dezir, que ayer hize vn soneto a la ingratitude desta Clori, que dize assi.

SONETO.

EN el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño a los mortales
La pobre cuenta de mis ricos males,
Estoy al cielo, y a mi Clori dando.
Y al tiempo quando el sol se va mostrando,
Por las rosadas puertas Orientales,
Con suspiros, y acentos desiguales
Voy la antigua querella renouando.
Y quando el sol de su estrellado asiento,
derechos rayos a la tierra embia,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Buelue la noche, y bueluo al triste cuento,
Y siempre hállo en mi mortal porfia,
Al cielo sordo, a Clori sin oydos.

Bien le parecio el soneto a Camila, pero mejor a Anselmo, pues le alabò y dixo que era demasiadamente cruel la dama, que a tan claras verdades no correspondia. A lo que dixo Camila: Luego todo
aque.

Quarta parte de don

aquello que los Poetas enamorados dizen, es verdad? En quanto Poetas no la dizen, respondió Lotario, mas en quanto enamorados, siempre quedán rã cortos, como verdaderos. No ay duda de esso, replicò Anselmo, todo por apoyar, y acreditar los pẽfamiẽtos de Lotario, con Camila, tan descuydada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario. Y assi con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido, que sus desseos, y escritos, a ella se encaminauan, y que ella era la verdadera Clori, le rogò, que si otro soneto, o otros versos sabia, los dixesse? Si se, respondió Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, o por mejor dezir, menos malo. Y podrey sso biẽ juzgar, pues es este.

SONETO.

Y O se que muero, y si no soy creydo,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto,
Verme a tus pies, o bella ingrata muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podre yo verme en la region de oluido,
De vida, y gloria, y de fauor desierto,
Y alli ver se podra en mi pecho abierto,
Como tu hermoso rostro està esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu mismo rigor se fortaleze.
Ay de aquel que nauega el cielo escuro,
Por mar no vsado, y peligrosa via,
Adonde norte, o puerto no se ofrece.

Tambien alabò este segundo soneto Anselmo como auia hecho el primero, y desta manera yua aña diendo eslaupon, a eslaupon, a la cadena, có que se enlazaua, y trauaua su deshonra, pues quando mas Lotario le deshonraua, entonces le dezia que estaua mas honrado. Y con esto, todos los escalones que Camila baxaua házia el cétro d su menosprecio, los subia en la opinion de su marido, házia la cumbre de la virtud, y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallándose vna vez entre otras, sola Camila con su donzella, le dixo: Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en quan poco he sabido estimarme. pues si quiera no hize, que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion, que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de ~~estimar~~ *de estimar* mi presteza, o ligereza, sin que eche de ver la fuerça que el me hizo, para no poder resistirle. No te de pena esto señora mia, respondió Leonela, que no está la monta, ni es causa para mengua, la estimacion, darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno, y ello por si digno de estimarse. Y aun suele dezirse, q̄ el que luego da, da dos vezes. Tambien se suele dezir, dixo Camila, que lo q̄ cuesta poco, se estima en menos. No corre por ti esta razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oydo dezir, vnas vezes buela, y otras anda, con este corre, y con aquel va de espacio, a vnos entibia, y a otros abraza, a vnos hiere, y a otros mata. En vn mesmo p̄nto comiēça la carrera de sus desseos, y en aquel mesmo p̄nto la acaba, y cōcluye. Por la mañana suele poner el cerco a vna fortaleza, y a la noche la tiene rendida, porque no ay fuerça que le resista. Y siendo así, de que te espantas, o de que te-
mes,

Quarta parte de don

mes, si lo mismo deue de auer acontecido a Lotario, auiendo tomado el amor por instrumento de rēdirnos la ausencia de mi señor? Y era forçoso q̄ en ella se concluyesse lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuuiesse de boluer, y cō su presencia quedasse imperfecta la obra? Porq̄ el amor no tiene otro mejor ministro, para executar lo que dessea, que es la ocasion: de la ocasion se firue en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto se yo muy bien mas de experiencia, q̄ de oydas: y algun dia te lo dire señora, q̄ yo tambien soy de carne, y de sangre moça. Quanto mas señora Camila, que no te entregaste, ni diste tã luego, que primero no uuieses visto, en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promessas, y dadiuas de Lotario, toda su alma, viendo en ella, y en sus virtudes, quã digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es anși, no te assalten la imaginacion, esos escrupulosos, y melindrosos pensamiētos, sino asegurate, que Lotario te estima, como tu le estimas a el, y viue con contento, y satisfacion, de que ya que cayste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor, y de estima. Y que no solo tiene las quatro. SS. que dicen que hã de tener los buenos enamorados, sino todo vn A. b. c. entero: sino escuchame, y veras como te le digo de coro. El es segũ yo veo, y a mi me parece, agradecido, bueno, cauallero, dadiuoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, illustre, leal, moço, noble, honesto, principal, quantioso, rico, y las. S. que dicen Y luego, tacito, verdadero. La. X. no le quadra, porq̄ letra aspera. La. Y. ya estã dicha. La. Z. zelador de tu honra. Riose Camila del A. b. c. de su donzella,

es

donzella, y tuuola por mas platica en las cosas de amor, que ella dezia. Y assi lo confesso ella, descubriendo a Camila, como trataua amores cõ vn mãcebo bien nacido, de la mesma Ciudad. De lo qual se turbò Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apurota, si passauan sus platicas a mas que serlo. Ella con poca verguença, y mucha desemboltura, le respondio, que si passauan. Porque es cosa ya cierta, que los descuydos de las señoras, quitan la verguença a las criadas, las quales quando ven a las amas, echar tras pies, no se les da nada a ellas, de coxear, ni de que lo sepan. No pudo hazer otra cosa Camila, sino rogar a Leonela, no dixesse nada de su hecho, al que dezia ser su amante, y que tratasse sus cosas con secreto, porque no viniessen a noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondio, que assi lo haria, mas cumpliolo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella auia de perder su credito. Porque la deshonesto, y atreuida Leonela, despues que vio, que el proceder de su ama no era el que solia, atreuiõse a entrar, y poner dentro de casa a su amante, confiada que aunque su señora le viesse, no auia de osar de cubrirlle. Que este daño acarrear entre otros, los pecados de las señoras, que se hazen esclauas de sus mismas criadas, y se obligan a encubrirles sus deshonestidades, y vilezas, como acontecio con Camila. Que aunque vio vna, y muchas vezes, que su Leonela estaua con su galan en vn aposento de su casa, no solo no la osaua reñir, mas dauale lugar a que lo encerrasse, y quitauale todos los estoruos, para que no
fuesse

Quarta parte de don

fuesse visto de su marido. Pero no los pudo quitar, que Lotario no le viesse vna vez salir, al romper del alua. El qual sin conocer quien era, penso primero que deuia de ser alguna fantasma. Mas quando le vio caminar, emboçarse, y encubrirse, con cuydado, y recato, cayò de su simple pensamiento, y dio en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Penso Lotario, que aquel hombre que auia visto salir tan a deshora de casa de Anselmo, no auia entrado en ella por Leonela, ni aũ se acuerdo si Leonela era en el mudo. Solo creyò que Camila, de la misma manera que auia sido facil, y ligera cõ el, lo era para otro, que estas aña diduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de su honra, con el mesmo a quien se entregò rogada, y persuadida. Y cree que con mayor facilidad se entrega a otros, y da infalible credito a qualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece, sino que le faltò a Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus aduertidos discursos. Pues sin hazer alguno que bueno fueffe, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes que Anselmo se leuantasse impaciente, y ciego de la zelosa rabia, que las entrañas le roya, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le auia ofendido, se fue a Anselmo, y le dixo: Sabete Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo, haziendome fuerça, a no dezirte lo que ya no es posible, ni justo, que mas te encubra. Sabete que la fortaleza de Camila, està ya rendida, y sugeta a todo aquello que yo quisiere hazer della, y si he tarda
do

do en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liuiano antojo suyo, o si lo hazia por prouarme, y ver si eran con proposito firme tratados, los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Crey anſi mismo, que ella si fuera la que deuia, y la q̄ entrambos pensauamos, y a te vuiera dado cuêta de mi sollicitud. Pero auiendo visto que se tarda, e nozco que son verdaderas las promessas que me ha dado, de que quãdo otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablarã en la recamara, dõde estã el repuesto de tus alhajas, (y era la verdad, que alli le solia hablar Camila,) y no quiero que precipitosamente corras a hazer alguna vengança. Pues no estã aun cometido el pecado, sino con pensamiento, y podria ser, q̄ deste, ~~este~~ hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudasse el de Camila, y naciessse en su lugar el arrepentimiento. Y assi ya que en todo, o en parte has seguido siempre mis consejos, sigue, y guarda vno que aora te diré, para que sin engaño, y con medroso aduertimiento te satisfagas de aquello q̄ mas vieres que te conuenga. Finge que te ausentas por dos, o tres dias, como otras vezes sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recamara, pues los tapizes que alli ay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces veras por tus mismos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere: y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad, y discrecion podras ser el verdugo de tu agrauio. Absorto, suspenso, y admirado quedò Anselmo, con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaua oyr, porque ya tenia a

103
Quarta parte de don

Camila por vencedora de los fingidos assaltos de Lotario, y començaua a gozar la gloria del vencimiento. Callando estuuo por vn buen espacio mirando al suelo sin mouer pestaña, y alcabo dixo: Tu lo has hecho Lotario, como yo esperaua de tu amistad, en todo he de seguir tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto, que ves que conuiene en caso tan no pensado. Prometioselo Lotario, y en apartandose del, se arrepintio totalmente de quanto le auia dicho, viendo quan neciamente auia andado, pues pudiera el vengarse de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deshonorado. Maldezia su entendimiento, afeaua su ligera determinacion, y no sabia que medio tomarse para deshazer lo hecho, o para dalle alguna razonable salida. Al fin acordò de dar cuenta de todo a Camila, y como no faltaua lugar para poderlo hazer, aquel mismo dia la hallò sola: y así como vio que le podia hablar, le dixo: Sabed amigo Lotario que tengo vna pena en el coraçon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere rebentar en el pecho, y ha de ser marauilla, si no lo haze. Pues ha llegado la desuerguença de Leonela a tanto, que cada noche encierra a vn galan suyo en esta casa, y se està con el hasta el dia, tan acosta de mi credito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir a horas tan inuitadas de mi casa: y lo q̄ me fatiga es que no la puedo castigar, ni reñir. Que el ser ella secretario de nuestros ratos me ha puesto vn freno en la boca, para callar los suyos, y temo que de aqui ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto dezia, creyo Lotario que era artificio para desmentille, que el
hombre

ella

hombre que auia visto salir era de Leonela, y no supyo: pero viendola llorar, y afligirse, y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y en creyendola acabó de estar confuso, y arrepentido del todo. Pero con todo esto respondió a Camila, que no tuuiesse pena que el ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Dixole así mismo lo que instigado de la furiosa rauia de los zelos auia dicho a Anselmo, y como estaua concertado de esconderse en la recámara para ver desde allí a la clara la poca lealtad, que ella le guardaua. Pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla, y salir bien de tan rebuelto laberinto, como su mal discurso le auia puesto. Espantada quedó Camila de oyr lo que Lotario le dezia, y con mucho enojo, y muchas, y discretas razones le riñò, y afeò su mal pensamiento, y la simple, y mala determinacion que auia tenido. Pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien, y para el mal, mas que el varon: puesto q̄ le va faltando, quando de proposito se pone a hazer discursos: luego al instante hallò Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dixo a Lotario que procurasse que otro dia se escondiesse Anselmo donde dezia, porque ella pensaua sacar de su escondimiento comodidad, para q̄ desde allí en adelante los dos se gozassen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento le aduirtio q̄ tuuiesse cuydado q̄ en estando Anselmo escondido, el viniessse quando Leonela le llamasse, y q̄ a quanto ella le dixesse, le respondiessse, como respondiessse, aunque no supiera q̄ Anselmo le escuchaua. Poriò Lotario, q̄ le acabasse de declarar

Quarta parte de don

su intenció, porq̄ có mas seguridad, ya uiso guardasse todo lo q̄ viesse ser necesario. Digo, dixo Camila, q̄ no ay mas q̄ guardar, sino fuere responderme como yo os preguntare. No queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaua hazer, temerosa que no quisiesse seguir el parecer que a ella tan bueno le parecia, y siguiessse, o buscasse otros, q̄ no podrian ser tã buenos. Con esto se fue Lotario, y Anselmo otro dia có la excusa de yr a aquella aldea de su amigo, se partio, y boluio a esconderse, que lo pudo hazer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila, y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar, que tendria el que esperaua ver por sus ojos hazer notomia de las entrañas de su honra, yuase a pique de perder el sumo bien, que el pensaua que tenia en su querida Camila. Seguras ya, y ciertas Camila, y Leonela, que Anselmo estaua escondido, entraró en la recamara, y apenas huuo puesto los pies en ella Camila, quando dando vn grande suspiro dixo: Ay Leonela amiga, no seria mejor que antes que llegasse a poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estoruarlo, que tomasses la daga de Anselmo que te he pedido, y passasses con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no sera razon que yo lleue la pena dela agena culpa. Primero quiero saber, que es lo que vieron en mi los atreuidos, y deshonestos ojos de Lotario, q̄ fuesse causa de darle atreuimiento a descubrirme vn tan mal desseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo, y en deshonra mia. Ponte Leonela a essa ventana, y llamale, que sin duda alguna el deue de estar
en la

en la calle esperando poner en efeto su mala intencion. Pero primero se pondra la cruel, quanto honrada mia. Ay señora mia, respondió la sagaz, y aduertida Leonela, y que es lo que quieres hazer con esta daga? Quieres por ventura quitarte la vida, o quitarsela a Lotario? que qualquiera destas cosas q̄ quieras ha de redundar en perdida de tu credito, y fama. Mejor es que disimules tu agrauio, y no des lugar a que este mal hombre entre aora en esta casa, y nos halle solas: mira señora que somos flacas mugeres, y el es hóbne, y determinado, y como viene con aquel mal proposito ciego, y apasionado, quizá antes que tu pongas en execucion el tuyo hara el lo que te estaria mas mal, que quitarte la vida. Mal aya mi señor Anselmo, que tanto mal ha querido dar a este desuella caras en su casa. Y ya señora que le mates, como yo pienso, que quieres hazer, que hemos de hazer del despues de muerto? Que amiga, respondió Camila, dexaremosle, para que Anselmo le entierre: pues serà justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia. Llamale acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la deuida vengança de mi agrauio, parece que ofendo a la lealtad que a mi esposo deuo. Todo esto escuchaua Anselmo, y a cada palabra que Camila dezia, se le mudauan los pensamientos. Mas quando entendio que estaua resuelta en matar a Lotario, quiso salir, y descubrirse, porque tal cosa no se hiziesse: pero detuuole el deseo de ver en que paraua tanta gallardia, y honesta resolucion, con proposito de salir a tiempo que la estoruasse. Tomole en esto a Camila vn fuerte des-

Quarta parte de don

mayo, y arrojandose encima de vna cama que alli estaua, començò Leonela a llorar muy amargamente, y a dezir: Ay desdichada de mi, si fuesse tan sin ventura, que se me muriesse aqui entre mis braços la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la castidad, có otras cosas a estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuuiera por la mas lastimada, y leal donzella del mundo: y a su señora por otra nueua, y perseguida Penelope. Poco tardó en boluer de su desmayo Camila, y al boluer en si, dixo: Porque no vas Leonela a llamar al mas leal amigo de amigo q̄ vio el Sol, o cubrio la noche. Acaba, corre, aguija, camina, no se esfogue con la tardança el fuego de la colera que tengo, y se passe en amenazas, y maldiciones la justa vengança que espero. Ya voy a llamarle, señora mia, dixo Leonela, mas has me de dar primero essa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida a todos los que bien te quieren. Ve segura Leonela amiga, que no haré, respondió Camila: porque ya que sea atreuida, y simple a tu parecer en boluer por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dizen, que se matò sin auer cometido error alguno, y sin auer muerto primero a quien tuuo la causa de su desgracia: yo morire si muero, pero ha de ser vengada, y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir a este lugar a llorar sus atreuimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliesse a llamar a Lotario, pero en fin falio, y entretanto que boluia quedò Camila diziendo, como que hablaua consigo misma:

misma: Valame Dios, no fuera mas acertado auer despedido a Lotario, como otras muchas vezes lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesto, y mala, si quiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tã a manos lauadas, y tan a passo llano se boluiera a salir de donde sus malos pensamientos le entraron. Pague el traydor con la vida, lo que intentó con tan lasciuo desseo. Sepa el mundo (si acaso llegare a saberlo) de que Camila no solo guardò la lealtad a su esposo, sino que le dio vengança del que se atreuio a ofendelle. Mas con todo creo, que fuera mejor dar cuenta desto a Anselmo, pero ya se la apuntè a dar en la carta que le escriui al aldea, y creo que el no acudir el al remedio del daño que alli le señalè, deuio de ser que de puro bueno, y confiado, no quiso, ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiesse caber genero de pensamiento que contra su honra fuesse, ni aun yo lo crey despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara a tanto, que las manifestas dadiuas, y las largas promessas, y las continuas lagrimas no me lo manifestaran. Mas para que hago yo aora estos discursos? tiene por ventura vna resolucion gallarda, necesidad de consejo alguno? no por cierto. A fuera pues traydores, aqui venganças: entre el falso, vengaga, llegue, muera, y acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entrè en poder del que el cielo me dio por mio, limpia he de salir del, y quando mucho saldre bañada en mi casta sangre, y en la impu-

Quarta parte de don

ra del mas falso amigo que vio la amistad en el mūdo, y diziendo esto se passeaua por la sala con la daga desembaynada, dando tan desconcertados, y desaforados passos, y haziendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaua el juyzio, y que no era muger delicada, sino vn rufian desesperado. Todo lo miraua Anselmo cubierto detras de vnos tapizes donde se auia escondido, y de todo se admiraua, y ya le parecia que lo que auia visto, y oydo era bastante satisfacion para mayores sospechas: y ya quisiera la prueua de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino suceso: y estando ya para manifestarse, y salir para abraçar, y desgastar a su esposa, se detuvo, porque vio que Leonela boluia con Lotario de la mano, y assi como Camila le vio haziendo con la daga en el suelo vna gran raya delante della, le dixo: Lotario, aduertete lo que te digo si a dicha te atreuieres a passar desta raya q̄ ves, ni aun llegar a ella, en el punto que viere que lo intentas, en esse mismo me passarè el pecho con esta daga que en las manos tengo: y antes q̄ a esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderas lo que mas te agradare. Lo primero, quiero Lotario que me digas si conoces a Anselmo mi marido, y en que opinion le tienes? Y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces a mi? Respondeme a esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder: pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dixo que hiziesse esconder a Anselmo, no huuiesse dado en la cuenta de lo que ella pensaua ha-

zer,

que

zer, y assi correspondio con su intencion tan discretamente, y tan a tiempo, que hizieran los dos passar aquella mentira por mas que cierta verdad, y assi respondio a Camila desta manera: No pense yo, hermosa Camila, que me llamauas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: si lo hazes por dilatarme la prometida merced, desde mas lexos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, quanto la esperança esta mas cerca de posseello: pero porque no digas que no respondo a tus preguntas, ~~de~~ digo que conozco a tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero dezir lo que tu tambien sabes de nuestra amistad por me hazer testigo del agrauio que el amor haze que le haga poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco, y tengo en la misma possession que el te tiene, que a no ser assi, por menos prendas que las tuyas, no auia yo de yr contra lo que deuo a ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, aora por tan poderoso enemigo como el amor por mi rompidas, y violadas. Si esto confiesas, respondio Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, con que rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tu te deuieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agrauias? Pero ya cayo, ahi desdichada de mi, en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que a ti mismo deues, que dene de auer sido alguna de-

Quarta parte de don

semboltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no aura procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuydo de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hazer inaduertidamente. Sino dime quando, o traydor, respondi a tus ruegos, con alguna palabra, o señal, que pudiesse despertar en ti alguna sombra de esperança, de cumplir tus infames deseos? Quando tus amorosas palabras no fueron deshechas, y reprehendidas de las mias, con rigor, y con aspereza? Quando tus muchas promessas, y mayores dadiuas fueron de mi creydas, ni admitidas? Pero por parecerme q̄ alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, sino es sustentado de alguna esperança, quiero atribuyrme a mi la culpa de tu impertinencia: pues sin duda algun descuydo mio ha sustentado tanto tiempo tu cuydado, y assi quiero castigarme, y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dexar de serlo contigo, quise traerte a ser testigo del sacrificio que pienso hazer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuydado que te ha sido posible: y de mi tambien con el poco recato q̄ he tenido del huyr la ocasion si alguna te di para fauorecer, y canonizar tus malas intenciones. Torno a dezir, que la sospecha que tengo que algun descuydo mio engendró en ti tan desuaviados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la q̄ yo mas desseo castigar con mis propias manos: porque castigandome otro verdugo, quiza seria mas publica

publica mi culpa: pero antes que esto haga quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfazer el desseo de la vengança que espero, y tengo, viendo alla donde quiera que fuere la pena que da la justicia desinteressada, y que no se dobla al que en terminos tan desesperados me ha puesto. Y diziendo estas razones con vna increíble fuerça, y ligereza, arremetio a Lotario con la daga desembaynada, con tales muestras de querer enclauarsela en el pecho, que casi el estuuvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, o verdaderas, porque le fue forçoso valerse de su industria, y de su fuerça, para estoruar que Camila no le diese, la qual tan viuamente fingia aquel extraño embuste, y fealdad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre: porque viendo que no podia auer a Lotario, o fingiendo que no podia, dixo: Pues la suerte no quiere satisfazer del todo mi tan justo desseo, a lomenos no serà tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga: y haziendo fuerça para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiesse herir, no profundamente, se la entró, y escondio por mas arriba de la isilla del lado yzquierdo junto al ombro, y luego se dexó caer en el suelo como desmayada. Estauã Leonela, y Lotario suspensos, y atonitos, de tal suceso: y toda via dudauan de la verdad de aquel hecho, viendo a Camila tendida en tierra, y bañada en su sangre: acudio Lotario con mucha presteza, despavorido, y sin aliento a sacar la daga, y en ver la pequeña herida salio del temor que hasta entonces tenia, y
de nuevo

200 *Quarta parte de don*

de nuevo se admirò de la sagacidad, prudencia, y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que a el le tocava, començò a hazer vna larga, y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuiera difunta, echandose muchas maldiciones, no solo a el, sino al que auia sido causa de auelle puesto en aquel termino. Y como sabia que le escuchaua su amigo Anselmo, dezia cosas, que el que le oyerale tuuiera mucha mas lastima que a Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomò en braços, y la puso en el lecho, suplicando a Lotario fuesse a buscar quien secretamente a Camila curasse. Pediale assi mismo consejo, y parecer de lo que dirian a Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniessse antes que estuuiesse sana. El respondió que dixessen lo que quisiessen, que el no estaua para dar consejo que de provecho fuesse, solo le dixo que procurasse tomarle la sangre, porque el se yua adonde gentes no le viesse. Y con muestras de mucho dolor, y sentimiento se salio de casa, y quando se vio solo, y en parte donde nadie le vebia, no cessaua de hazerse Cruces, marauillandose de la industria de Camila, y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraua quan enterado auia de quedar Anselmo de que tenia por muger a vna segunda Porcia, y deseaua verse con el, para celebrar los dos la mentira, y la verdad, mas dissimulada, que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomò, como se ha dicho, la sangre a su señora, que no era mas de aquello que bastò para acreditar su embuste, y lauando con vn poco de vino la herida, se la atò lo mejor que supo, diziendo

diziendo tales razones en tanto que la curaua, que aunque no huuieran precedido otras, bastaran a hazer creer a Anselmo que tenia en Camila vn simulacro de la honestidad. Juntaronse a las palabras de Leonela, otras de Camila, llamandose cobarde, y de poco animo, pues le auia faltado al tiempo que fuera mas necessario tenerle, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo a su donzella, si diria, o no todo aquel suceso a su querido esposo, la qual le dixo, que no se lo dixesse, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho ~~ruego~~ *riesgo* suyo, y que la buena muger estaua obligada, a no dar ocasion a su marido a que riñesse, sino a quitalle todas aquellas que le fuesse posible. Respondio Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria. Pero que en todo caso conuenia buscar que dezir a Anselmo de la causa de aquella herida, que el no podria dexar de ver a lo que Leonela respondia, que ella, ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo hermana, replicò Camila, que tengo de saber? que no me atreuerè a forjar, ni sustentar vna mentira si me fuesse en ello la vida? Y si es que no hemos de saber dar salida a esto, mejor serà dezirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena señora de aqui a mañana, respondio Leonela, yo pensarè que le digamos, y quiça que por ser la herida donde es, la podra encubrir sin que ella vea, y el cielo ferà seruido de fauorecer a nuestros tan justos, y tan honrados pensamientos. Sossiegate señora mia, y procura sossegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobrefaltada: y lo de-
mas

Quarta parte de don

mas dexalo a mi cargo, y al de Dios, que siempre acude a los buenos deseos. Atentissimo auia estado Anselmo a escuchar, y a ver representar la tragedia de la muerte de su honra: la qual con tan estrafios, y eficaces afectos la representaron los personajes della, que parecio que se auian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaua mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y yr a verse con su buen amigo Lotario, congratulandose con el de la Margarita preciosa q̄ auia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuuieron cuydado las dos de darle lugar, y comodidad a que saliesse, y el sin perdella salio, y luego fue a buscar a Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abraços que le dio, las cosas que de su contento le dixo, las alabanças que dio a Camila. Todo lo qual escuchò Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria: porque se le representaua a la memoria quan engañado estaua su amigo, y quan injustamente el le agrauiaua. Y aunque Anselmo uehia que Lotario no se alegraua, crehia ya ser la causa por auer dexado a Camila herida, y auer el sido la causa. Y asì entre otras razones le dixo, que no tuuiesse pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera: pues quedauan de cócierto de encubrirse la a el. Y que segun esto no auia de que temer, sino que de alli adelante se gozasse, y alegrasse con el, pues por su industria, y medio el se veía leuantado a la mas alta felicidad, que acertara desfearse, y queria que no fuessen otros sus entretenimientos que en hazer versos en alabança de Camila, que la hiziesse eterna en la memoria de los
figlos

figlos venideros. Lotario alabò su buena determinacion, y dixo, que el por su parte ayudaria a levantar tan illustre edificio. Con esto quedò Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo auer en el mundo: el mismo lleu^{er}a por la mano a su casa, creyendo que lleuaua el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama. Recebiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Durò este engaño algunos dias, hasta que alcabo de pocos meses boluio fortuna su rueda, y salio a plaça la maldad con tanto artificio hasta alli cubierta, y a Anselmo le costó la vida, su impertinente curiosidad.

Cap. XXXV. Donde se da fin a la nouela del Curioso impertinente.

POco mas quedaua por leer de la nouela, quando del caramanchon donde reposaua don Quixote, salio Sancho Pança todo alborotado, diziendo a voz es: Acudid señores presto, y socorred a mi señor, que anda embuelto en la mas reñida, y trauada batalla, que mis ojos han visto. Viue Dios que ha dado vna cuchillada al gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeça cercen, a cercen, como si fuera vn nabo. Que dizes hermano, dixo el cura, (dexando de leer lo que de la nouela quedaua) estays en vos Sancho? Como diablos puede ser esto que dezis, estando el gigante dos mil leguas de aqui. En esto oyeron vn gran ruydo en el aposento, y que don Quixote dezia a bozes: Tente
ladron

Quarta parte de don

ladron Malandrin follon, que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecia que daua grandes cuchilladas por las paredes. Y dixo Sancho, no tienen que pararse a escuchar, sino entrena despartir la pelea, o a ayudar a mi amo: aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta a Dios de su pasada, y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada, y caída a vn lado que es tamaña como vn gran cuero de vino. Que me maten, dixo a esta sazón el ventero, si don Quixote, o don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que a su cabecera estauan llenos, y el vino derramado deue de ser lo que le parece sangre a este buen hombre. Y con esto entró en el aposento, y todos tras el, y hallaron a don Quixote en el mas extraño traje del mundo: estaua en camila, la qual no era tan cumplida, que por delante le acabáse de cubrir los muslos, y por detras tenia seys dedos menos: las piernas eran muy largas, y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeza vn bonetillo colorado grasiendo, que era del ventero. En el brazo yzquierdo tenia rebuelta la manta de la cama, con quien tenia ogeriza Sancho, y él se sabía bien el porque. Y en la derecha desembaynada la espada, con la qual daua cuchilladas a todas partes, diciendo palabras, como si verdaderamente estuiera peleando con algun gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaua durmiendo, y soñando que estaua en batalla con el gigante. Que fue tan intensa la imaginacion de la auentura que yua a fenecer, que le hizo soñar que
ya

ya auia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya estaua en la pelea con su enemigo, y auia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daua en el gigante, que todo el aposento estaua lleno de vino: lo qual visto por el ventero, tomò tanto enojo, q̄ arremetiò con don Quixote, y a puño cerrado le començo a dar tantos golpes, que si Cardenio, y el cura no se le quitaran, el acabara la guerra del gigante, y con todo aquello no despertaua el pobre cauallero, hasta que el barbero truxo vn gran caldero de agua fria del pozo, y se le echò por todo el cuerpo, de golpe, con lo qual despertò don Quixote, mas no con tanto acuerdo, que echasse de ver de la manera que estaua. Dorotea que vio quan corta, y forilmente estaua vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaua Sancho buscando la cabeça del Gigante, por todo el suelo, y como no la hallaua, dixo: Ya yo se que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez, en este mesmo lugar donde aora me hallo, me dieron muchos moxicones, y porrazos, sin saber quien me los daua, y nunca pude ver a nadie: y aora no parece por aqui esta cabeça, que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo, como de vna fuente. Que sangre, ni que fuente dizes, enemigo de Dios y de sus santos, dixo el ventero? No vees, ladron, que la sangre, y la fuente no es otra cosa, que estos cueros que aqui estan horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos, de quien los horadó? No se nada, respondió Sancho, solo se, que vendré a ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeça

Quarta parte de don

beça se me ha de deshazer mi Condado, como la fal en el agua. Y estaua peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: tal le tenian las promessas que su amo le auia hecho. El ventero se desesperaua de ver la flema del escudero, y el maleficio del señor, y juraua que no auia de ser como la vez passada, que se le fueron sin pagar: y que aora no le auian de valer los priuilegios de su caualleria, para dexar de pagar lo vno y lo otro, aun hasta lo que pudieffen costar las botanas q̄ se auia de echar a los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos a don Quixote, el qual creyendo que ya auia acabado la aventura, y que se hallaua delante de la Princeffa Micomicona, se hincò de rodillas delante del Cura, diziendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta, y famosa señora, vivir de oy mas segura, que le pueda hazer mal esta mal nacida criatura y yo tambien de oy mas soy qui to de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios, y con el fauor de aquella por quien yo viuo, y respiro, tambien la he cumplido. No lo dixeyo, dixoy oyendo esto Sancho, si que no estaua yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al Gigante? Ciertos son los toros, mi Condado està de molde. Quien no auia de reyr con los disparates de los dos, amo, y moço? Todos reian, sino el ventero, que se daua a Satanas. Pero en fin, tanto hizieron el Barbero, Cardenio, y el Cura, q̄ cò no poco trabajo dierrò con dó Quixote en la cama, el qual se quedò dormido, cò mœstras de grandissimo cansancio. Dexaronle dormir, y salieronse al portal de la venta, a còsolar a Sancho Pança, de no auer hallado la cabeça del Gigante: aunque mas tuuierò q̄ hazer en aplacar
al

al ventero, que estaua desesperado por la repentina muerte de sus cueros: y la ventera dezia en voz, y en grito: En mal punto, y en hora menguada entró en mi casa este cauallero andante, que nunca mis ojos le huieran visto, que tan caro me cuesta. La vez passada se fue con el costo de vna noche, de cena, cama, paja, y ceuada, para el, y para su escudero, y vn rozin, y vn jumento, diziendo que era cauallero auenturero, que mala aventura le dé Dios, a el, y a quantos auentureros ay en el mundo: y que por esto no estaua obligado a pagar nada, que assi estaua escrito en los aranzeles de la caualleria andantesca. Y aora por su respeto, vino estotro señor, y me lleuó mi cola, y ha mela buelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede seruir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo, romperme mis cueros, y derramarme mi vino: q̄ derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huessos de mi padre, y por el siglo de mi madre, sino me lo han de pagar vn quarto sobre otro, o no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas, y otras razones tales, dezia la ventera, con grande enojo: y ayudauala su buena criada Maritornes. La hija callaua, y de quando en quando se sonreia. El Cura lo sossegó todo, prometiendo de satisfazerles su perdida, lo mejor que pudiesse, assi de los cueros, como del vino: y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hazian. Dorotea consolò a Sancho Pança, diziendole, que cada y quando que pareciesse auer sido verdad que su amo huiesse descabeçado al Gigante, le prometia, en viendose pacífica en su

Quarta parte de don

Reyno, de darle el mejor Condado q̄ en el huuiesse. Consolose con esto Sancho, y assegurò a la Princesa, que tuuiesse por cierto que el auia visto la cabeza del Gigante, y que por mas señas, tenia vna barba que le llegaua a la cintura, y que sino parecia, era, porque todo quanto en aquella casa passaua, era por via de encantamento, como el lo auia prouado otra vez que auia posado en ella. Dorotea dixo, que assi lo crehia, y que no tuuiesse pena, que todo se haria bien, y sucederia a pedir de boca. Sosegados todos, el Cura quiso acabar de leer la novela, porque vio que faltaua poco. Cardenio, Dorotea, y todos los demas le rogaron la acabasse: el, que a todo quiso dar gusto, y por el que el tenia de leerla, prosiguió el cuento, que assi dezia.

Sucedio pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia, de la bondad de Camila, viuia vna vida contenta y descuydada: y Camila de industria, hazia mal rostro a Lotario, porque Anselmo entendiesse al reues, de la voluntad que le tenia: y para mas confirmacion de su hecho, pidio licencia Lotario, para no venir a su casa, pues claramente se mostraua la pesadumbre que con su vista Camila recibia, mas el engañado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hiziesse. Y desta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonor, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el que tenia Leonela de verse qualificada, no de con sus amores, llegó a tanto, que sin mirar a otra cosa, se yua tras ella suelta rienda: fiada en que su señora la encubria, y aun la aduertia del modo que con poco rezelo pudiesse ponerle en execucion. En fin, vna
noche

noche sintio Anselmo passos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar a ver quien los daua, sintio que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerça hizo, que la abrió, y entrò dentro a tiempo que vio que vn hombre saltaua por la ventana a la calle: y acudiendo con presictez a alcançarle, o conocerle, no pudo conseguir lo vno, ni lo otro, porque Leonela se abraçó con el, diziendole: Sossiegate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aqui saltò: es colamia, y taato, que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo, sacò la daga, y quiso herir a Leonela, diziendole, que le dixesse la verdad, sino que la materia. Ella con el miedo, sin saber lo que se dezia, le dixo: No me mates, señor, que yo te dirè cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, sino muerta eres. Por aora será imposible, dixo Leonela, segũ estoy de turbada, dexame hasta mañana, que entonces sabras de mi lo que te ha de admirar: y està seguro, que el que saltò por esta ventana, es vn mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosségose con esto Anselmo, y quiso aguardar el termino que se le pedia, porque no pensaua oyr cosa q̄ contra Camila fuesse, por estar de su bondad tan satisfecho, y seguro, y assi se salio del aposento, y dexò encerrada en ella Leonela, diziendole, q̄ de alli no saldria, hasta q̄ le dixesse lo que tenia que dezirle. Fue luego a ver a Camila, y a dezirle, como le dixo, todo aquello q̄ con su donzella le auia passado, y la palabra que le auia dado de dezirle grandes cosas, y de importancia. Si se turbò Camila, o no, no ay para q̄ dezirlo,

Quarta parte de don

porque fue tanto el temor que cobrò, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela auia de dezir a Anselmo, todo lo que sabia de su poca fe, que no tuuo animo para esperar si su sospecha salia falsa, o no. Y aquella mesma noche, quando le parecio que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salio de casa, y se fue a la de Lotario, a quien contò lo que passaua, y le pidio, q̄ la pusiesse en cobro, o q̄ se ausentassen los dos, donde de Anselmo pudicissen estar seguros. La confusion en que Camila puso a Lotario, fue tal, que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resoluerse en lo q̄ haria. En fin, acordò de llevar a Camila a vn monesterio, en quíe era Priora vna su hermana. Consintio Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la lleuò Lotario, y la dexò en el monesterio: y el ansi mesmo, se ausentò luego de la ciudad, sin dar parte a nadie de su ausencia. Quando amanecio, sin echar de ver Anselmo, q̄ Camila faltaua de su lado, con el desseo que tenia de saber lo que Leonela queria dezirle, se leuantò, y fue a donde la auia dexado encerrada. Abrio, y entrò en el aposento, pero no hallò en el a Leonela, solo hallò puestas vnas sauanas aňudadas a la ventana, indicio y señal, q̄ por alli se auia descolgado, è ydo. Boluio luego muy triste, a dezirfelo a Camila, y no hallandola en la cama, ni en toda la casa, quedò assombreado. Preguntò a los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertò a caso, andádo a buscar a Camila, q̄ vio sus cofres abiertos, y que dellos faltauan las mas de sus joyas, y con esto acabò de caer en la cuenta de su desgracia, y en q̄ no
era

era Leonela la causa de su desventura. Y así como estaua, sin acabar se de vestir, triste, y pensatiuo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario: mas quando no le hallò, y sus criados le dixerón, q̄ aquella noche auia faltado de casa, y auia lleuado consigo todos los dineros que tenia, pensò perder el juyzio. Y para acabar de concluir con todo, boluiendose a su casa, no hallò en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta, y sola. No sabia que pensar, q̄ dezir, ni que hazer, y poco a poco se le yua boluiendo el juyzio. Contemplauase, y miraua se en vn instante, sin muger, sin amigo, y sin criados: desamparado, a su parecer, del cielo q̄ le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vio su perdicion. Resoluiose en fin, a cabo de vna gran pieza de yrse a la aldea de su amigo, donde auia estado quando dio lugar a q̄ se maquinasse toda aquella desventura. Cerrò las puertas de su casa, subio a cauallo, y con desmayado aliento se puso en camino: y a penas huuo andado la mitad, quando acostado de sus pensamientos, le fue forçoso apear se, y arrendar su cauallo a vn arbol, a cuyo tronco se dexò caer, dando tiernos, y dolorosos suspiros: y allí se estuuò, hasta casi q̄ anochezia, y aquella hora vio que venia vn hombre a cauallo de la ciudad: y despues de auerle saludado le preguntó, que nueuas auia en Florencia? El ciudadano respondió: Las mas estrañas que muchos dias ha se han oydo en ella, porque se dize publicamente, que Lotario aquel grande amigo de Anselmo el rico, que viuia a san Iuan, se lleuò esta noche a Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho vna criada de Ca-

Quarta parte de don

mila, que a noche la hallò el Governador, descolgándose con vna sauana, por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto, no se puntualmente como pasó el negocio, solo se, que toda la ciudad està admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho, de la mucha, y familiar amistad de los dos, que dizen que era tanta, que los llamauan, Los dos amigos. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que lleuan Lotario, y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano, puesto que el Governador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vays, señor, dixo Anselmo. Con el que deys, respondió el ciudadano, y fuesse. Con tan desdichadas nuevas, casi, casi llegó a terminos Anselmo, no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Leuantose como pudo, y llegó a casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia: mas como le vio llegar, amarillo, consumido, y seco, entendio que de algun graue mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo, que le acostassen, y que le diessen adereço de escriuir. Hizole assi, y dexaró le acostado, y solo, porque el assi lo quiso, y aunque le cerrassen la puerta. Viendose pues solo, comenzó a cargar tanto la imaginacion de su desventura, q̄ claramente conocio que se le yua acabando la vida, y assi ordenò de dexar noticia de la causa de su estraña muerte: y comenzando a escriuir, antes que acabasse de poner todo lo que queria, le faltò el aliento, y dexò la vida en las manos del dolor, que le causò su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaua, acordò de entrar a saber, si passaua a delante su indisposicion, y hallole tendido boca a baxo, la mitad del

rad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaua con el papel escrito, y abierto: y el tenia aun la pluma en la mano. Llegose el huesped a el auendolo llamado primero, y trauandole por la mano, viendo que no le respondia, y hallandole frio, vio que estaua muerto. Admitose, y congoxose en gran manera, y llamò a la gente de casa para que viesse la desgracia a Anselmo sucedida: y finalmente leyò el papel, que conocio que de su mesma mano estaua escrito, el qual contenia estas razones.

Vn necio, è impertinente deffco me quitò la vida. Si las nueuas de mi muerte llegaren a los oydos de Camila, sepa que yo la perdono, porq̃ no estaua ella obligada a hazer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiziesse: y pues yo soy el fabricador de mi deshonra, no ay para que.

Hasta aqui escriuió Anselmo, por donde se echò de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabò la vida. Otro dia dio auiso su amigo, a los parientes de Anselmo, de su muerte: los quales ya sabian su desgracia, y el monesterio donde Camila estaua, casi en el termino de acompañar a su esposo, en aquel forçoso viage, no por las nueuas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dizete, q̃ aunque se vio biuda, no quiso salir del monesterio, ni menos hazer profelsion de monja, hasta que no de alli a muchos dias le vinieron noeuas, que Lotario auia muerto en vna batalla que en aquel tiempo dio Monsiur de Lautrec, al gran Capitan Gonçalo Fernández de Cordoua, en el Reyno de Napoles, donde auia ydo a parar, el

Quarta parte de don

tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camilla, hizo profefsion, y acabó en breues dias la vida, a las rigurofas manos de tristeszas, y melancolias. Este fue el fin que tuuieron todos, nacido de vn tan defatinado principio. Bien, dixo el Cura, me parece esta nouela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad, y si es fingido, fingio mal el autor, porque no se puede imaginar, que aya marido tan necio, que quiera hazer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre vn galan, y vna dama, pudierase llevar, pero entre marido y muger, algo tiene del imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

Cap. XXXVI. Que trata de la braua, y descomunal batalla que don Quixote tuuo con vnos cueros de vino tinto, con otros raros successos que en la venta le sucedieron.



STANDO En esto, el ventero, que estaua a la puerta de la venta, dixo: Esta que viene es vna hermosa tropa de huessedes: si ellos paran aqui, gaudeamus tenemos. Que gente es, dixo Cardenio? Quatro hombres, respondió el ventero, vienen a cauallo, a la gineta, con lanças, y adargas, y todos con antifazes negros: y junto con ellos viene vna muger, vestida de blanco, en vn fillon, ansi mesmo cubierto el rostro: y otros dos moços de a pie. Vienen muy cerca, preguntò el Cura? Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrio

brio

brio el rostro, y Cardenio se entrò en el aposento de don Quixote, y casi no auian tenido lugar para esto, quando entraron en la venta todos los que el ventero auia dicho: y apeandose los quatro de a cauallo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron a aprear a la muger que en el fillon venia: y tomandola vno dellos en sus braços, la sentò en vna silla q̄ estaua a la entrada del aposento donde Cardenio se auia escondido. En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se auian quitado los antifazes, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dio vn profundo suspiro, y dexò caer los braços, como persona enferma, y desmayada. Los moços de a pie, lleuaron los cauallos a la caualleriza. Viendo esto el Cura, desseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage, y tal silencio estaua, se fue donde estauan los moços, y a vno dellos le preguntò lo que ya desseaua: el qual le respondió: Par diez, señor, yo no sabro deziros que gente sea esta, solo se, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó a tomar en sus braços a aquella señora que auéys visto: y esto digolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se haze otra cosa mas de la que el ordena, y manda. Y la señora quien es, preguntò el Cura? Tampoco sabro dezir esso, respondió el moço, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar si la he oydo muchas vezes, y dar vnos gemidos, que parece que con cada vno dellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que auemos dicho, porque mi compañero, y yo, no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque auiendolos encon-

Quarta parte de don

encontrado en el camino, nos rogaron, y persuadieron, que viniessimos con ellos hasta el Andaluzia, ofreciendose a pagarnoslo muy bien. Y auçys oydo nombrar a alguno dellos, preguntò el Cura? No por cierto, respondió el moço, porque todos caminan con tanto silencio, que es marauilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los suspiros, y suspiros de la pobre señora, que nos mueuen a lastima: y sin duda tenemos creydo, que ella va forçada donde quiera que va: y segun se puede colegir por su habito, ella es monja, o va a serlo, que es lo mas cierto: y quiza porque no le deue de nacer de voluntad el mongio, va triste, como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexandolos, se boluio a donde estaua Dorotea, la qual como auia oydo suspirar a la emboçada, mouida de natural compassion, se llegó a ella, y le dixo: Que mal sentis señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener vso, y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco vna buena voluntad de seruiros? A todo esto callaua la lastimada señora: y aunque Dorotea tornò con mayores ofrecimientos, toda via se estaua en su silencio, hasta que llegó el cauallero emboçado (que dixo el moço que los demas obedecian) y dixo a Dorotea: No os canleys, señora, en ofrecer nada a esta muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se haze, ni procureys que os responda, sino quereys oyr alguna mentira de su boca. Iamas la dixes (dixo a esta sazon la que hasta alli auia estado callando) antes por ser tan verdadera, y tan sin traças mentiroças, me veo agora en tanta desventura: y desto

deſto vos meſmo quiero que ſeays el teſtigo, pues mi pura verdad os haze a vos ſer falſo, y mentiroſo. Oyó eſtas razones Cardenio, bien clara y diſtintamente, como quien eſtaua tan junto de quien las dezia, que ſola la puerta del apoſento de don Quixote eſtaua en medio, y aſi como las oyò, dando vna gran voz, dixo: Valgame Dios, que es eſto q̄ oygo? Que voz es eſta que ha llegado a mis oydos? Boluió la cabeça a eſtos gritos, aquella ſeñora, toda ſobrelaltada, y no viendo quien las daua, ſe leuantò en pie, y fueſſe a entrar en el apoſento: lo qual viſto por el cauallero, la detuuó, ſin dexarla mouer vn paſſo. A ella, con la turbacion, y deſaſſoſiego, ſe le cayò el tafetan con que trahia cubierto el roſtro, y deſcubrio vna hermoſura incomparable, y vn roſtro milagroſo, aunque deſcolorido, y aſſombrado: porque con los ojos andaua rodeando todos los lugares donde alcançaua con la viſta, con tanto ahinco, q̄ parecia persona fuera de juyzio, cuyas ſeñales, ſin ſaber porque las hazia, puſieron gran laſtima en Dorotea, y en quantos la mirauan. Teniala el cauallero fuertemente aſida por las eſpaldas, y por eſtar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir a alçarſe el emboço que ſe le cahia, como en eſeto ſe le cayò del todo: y alçando los ojos Dorotea (que abraçada con la ſeñora eſtaua) vio, que el que abraçada aſi meſmo la tenia, era ſu eſpoſo don Fernando: y a penas le hauo conocido, quando arrojando de lo intimo de ſus entrañas vn luengo, y triſtiſſimo ay, ſe dexò caer de eſpaldas, deſmayada: y a no hallarſe alli junto el Barbero, que la recogio en los braços, ella diera conſigo en el ſuelo. Acudio luego el Cura a quitarle

Quarta parte de don

quitarle el emboço, para echarle agua en el rostro, y assi como la descubrió la conoció don Fernando, que era el que estaua abraçado con la otra, y quedó como muerto en verla, pero no porque dexasse con todo esto, de tener a Lucinda, que era la que procuraua foltarse de sus braços: la qual auia conocido en el suspiro, a Cardenio, y el la auia conocido a ella. Oyó assi mesmo Cardenio, el ay que dio Dorotea, quando se cayò desmayada, y creyendo que era su Lucinda, salio del aposento despauorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenia abraçada a Lucinda. Tambien don Fernando conoció luego a Cardenio: y todos tres, Lucinda, Cardenio, y Dorotea, quedaron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les auia acontecido. Callauan todos, y mirauanse todos, Dorotea a don Fernãdo, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Lucinda, y Lucinda a Cardenio. Mas quien primero rompio el silencio fue Lucinda, hablando a dō Fernando desta manera: Dexadme señor don Fernando, por lo q̄ deueis a ser quien soys, ya q̄ por otro respeto no lo hagays dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promessas, ni vuestras dadiuas. Notad como el cielo, por desusados, y a nosotros encubiertos caminos, me ha puesto a mi verdadero esposo delante. Y bien sabeys por mil costosas experiencias, q̄ sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean pues parte, tan claros desengaños, para que boluays (ya que no podays hazer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con el la vida,

vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la dare por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve, hasta el último trance de la vida. Avia en este entretanto buuelto Dorotea en sí, y avia estado escuchando todas las razones que Lucinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era: que viendo que don Fernando aun no la dexava de los brazos, ni respondia a sus razones, esforçandose lo mas que pudo, se levantò, y se fue a hincar de rodillas a sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas, y lastimeras lagrimas, así le començo a decir.

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclypsado vienes, te quitan, y ofuscan los de tus ojos, ya auras echado de ver, que la que a tus pies está arrodillada, es la sin ventura (hasta que tu quieras) y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, a quien tu, por tu bondad, o por tu gusto, quisiste levantar a la alteza de poder llamarse tuya. Soy la que encerrada en los límites de la honestidad, viuo vida contenta, hasta que a las voces de tus importunidades, y al parecer, justos, y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato, y entregó las llaves de su libertad: dadiua, de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro. aver sido forçoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo a ti de la manera que te veo. Pero con todo esto, no querria que cayesse en tu imaginación, pensar que he venido aquí con passos de mi deshonor, aviendome traydo solo los del dolor, y sentimiento de verte de ti olvidada. Tu quisiste que yo fuesse tuya, y quisiste;

Quarta parte de don

quisillo de manera, que aunque aora quieras que no lo sea, no será posible que tu dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa a la hermosura, y nobleza por quien me dexas, la incomparable voluntad que te tengo. Tu no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio: ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio. Y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad a querer a quien te adora, que no encaminar la que te aborrece a que bien te quiera. Tu solicitaste mi descuydo, tu rogaste a mi entereza, tu no ignoraste mi calidad: tu sabes bien de la manera que me entreguè a toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte a engaño. Y si esto es así, como lo es, y tu eres tan Christiano como cauallero, porque por tantos rodeos dilatas de hazerme venturosa en los fines, como me heziste en los principios? Y fino me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legitima esposa, quiere me alomenos, y admiteme por tu esclaua, que como yo estè en tu poder, me tendre por dichosa, y bien afortunada. No permitas, con dexarme, y desamparar me, que se hagan, y junten corrillos en mi deshonor. No des tan mala vejez a mis padres, pues no lo merecen los leales seruicios, que como buenos vassallos a los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, confidera, que pocas, o ninguna nobleza ay en el mundo, que no aya corrido por este camino: y que la que se toma de las mugeres, no es la que haze al caso en las ilustres decendencias. Quanto mas, q̄ la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta a ti te falta, negandome

gandome lo que tan justamente me deues, yo quedaré con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo, es, q̄ quieras, o no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, que no han, ni deuen ser mentirosas, si ya es q̄ te precias de aquello por q̄ me desprecias. Testigo sera la firma q̄ hiziste, y testigo el cielo, a quié tu llamaste por testigo de lo q̄ me prometias. Y quando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar bozes callando en mitad de tus alegrías, bolviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos, y contentos. Estas, y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento, y lagrimas, que los mismos que acompañauan a don Fernando, y quantos presentes estauan, la acompañaron en ellas. Escuchola don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dio fin a las fuyas, y principio a tantos solloços, y suspiros, que bien auia de ser coraçon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirandola estaua Lusinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion, y hermosura: y aunque quisiera llegarle a ella, y decirle algunas palabras de consuelo, no la dexauan los braços de don Fernando, que apretada la teniã: el qual lleno de confusion, y espanto, alcabo de vn buen espacio, que atentaméte estuuo mirando a Dorotea abrio los braços, y dexãdo libre a Lusinda, dixo: Venciste hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener animo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Lusinda auia tenido, assi como la dexò don Fernando, yua a caer en el

Quarta parte de don

luelo, mas hallandose Cardenio alli junto, que a las espaldas de don Fernãdo se auia puesto, porque no le conocieffe, por el puesto todo temor, y auenturando a todo riesgo, acudio a sostener a Lusinda, y cogiendola entre sus braços, le dixo: Si el piadoso cielo gusta, y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendras mas seguro que en estos braços que aora te reciben, y otro tiempo te recibieron quando la fortuna quiso que pudieffe llamarte mia. A estas razones puso Lusinda en Cardenio los ojos, y auiendo comenzado a conocerle primero por la voz, y assegurandose que el era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta a ningun honesto respeto, le echò los braços al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: Vos si señor mio, soys el verdadero dueño desta vuestra captiua, aunque mas lo impida la cõtraria suerte, y aunq̃ mas amenazas le hagan esta vida, que en la vña se sustenta. Ta Extraño espectáculo fue este para don Fernando, y para todos lo circũstantes, admirandose de tan no visto suceso. Pareciole a Dorotea que don Fernando auia perdido el color del rostro, y que hazia ademã de querer vengarse de Cardenio, porque le vio encaminar la mano a ponella en la espada, y assi como lo penso con no vista presteza se abraço con el por las rodillas, besandofelas, y teniendole apretado que no le dexaua mouer, y sin cessar vn punto de sus lagrimas, le dezia: Que es lo que piensas hazer vnico refugio mio, en este tan impensado trance? Tu tienes a tus pies a tu esposa, y la que quieres q̃ lo sea està en los

los brazos de su marido, mira si te estara bien, o te será posible deshazer lo que el cielo a hecho, o si te conuendra querer leuantar a igualar a ti mismo a la que ^{poosopuesto} todo inconueniente, confirmada en su verdad, y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañados de licor amoroso el rostro, y pecho de su verdadero esposo. Por quié Dios es, te ruego, y por quien tu eres te suplico, que este tã notorio defengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengue en tal manera, que cõ quietud, y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo, todo el tiempo que el cielo quisiere concedersele, y en esto mostraras la generosidad de tu ilustre, y noble pecho, y vera el mundo que tiene contigo mas fuerça la razon, que el apetito. En tanto que esto dezia Dorotea, aunque Cardenio tenia abraçada a Lusinda, no quitaua los ojos de don Fernando, con determinacion de q̄ si le viesse hazer algun mouimiento en su perjuizio, procurar defenderse, y ofender, como mejor pudieffe a todos aquellos que en su daño se mostrassen, aunque le costasse la vida pero a esta sazón acudieron los amigos de don Fernando, y el cura, y el barbero, que a todo auian estado presentes, sin que faltasse el bueno de Sancho Pança, y todos rodeauan a don Fernando, suplicandole ruiessse por bien de mirar las lagrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creyan que lo era lo que en sus razones auia dicho, que no permitieffe se quedasse defraudada de sus tan justas esperanças. Que cõsiderasse q̄ no a caso, como parecia, sino con particular prouidencia del cielo se auian todos jũta-

Quarta parte de don

do en lugar donde menos ninguno pensaua. Y que aduertiesse, dixo el cura, q̄ sola la muerte podia apartar a Lusinda de Cardenio, y aunque los diuidiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicissima su muerte: y que en los casos inremediables era suma cordura forçandose, y vencendose a si mismo mostrar vn generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozassen el biẽ que el cielo ya les auia concedido, que pudiesse los ojos ansi mesmo en la beldad de Dorotea, y verla que pocas, o ninguna se le podiã igualar, quãto mas hazerle ventaja, y que juntasse a su hermosura su humildad, y el extremo del amor que le tenia: y sobre todo aduertiesse, que si se preciaua de cauallero, y de Christiano, que no podia hazer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumplendose la cumpliria con Dios, y satisfaria a las gentes discretas, las cuales saben, y conocen que es prerrogatiua de la hermosura, aunque este en sujeto humilde como se acompañe con la honestidad, poder leuuntarse, è igualarse a qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la leuanta, è iguala a si mismo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no interuenga pecado, no deue de ser culpado el que las sigue. En efeto a estas razones añadieron todas otras tales, y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con illustre sangre, se ablandò, y se dexò vencer de la verdad que el no pudiera negar, aunque quisiera: y la señal que dio de auerse rendido, y entregado al buen parecer que se le auia propuesto, fue abaxarse, y abraçar a Dorotea, diziendole: Leuantaos
señora

señora mia, que no es justo que esté arrodillada a mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aquí no he dado muestras de lo q̄ digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amays, os sepa estimar en lo que mereceys: lo que os ruego es, que no me reprehendais mi mal termino, y mi mucho descuydo. Pues la misma ocasion, y fuerça que me mouio para acetaros por mia, essa misma me impelio para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, bolued, y mirad los ojos de la ya contenta Luscinde, y en ellos hallareys disculpa de todos mis yerros: y pues ella hallò, y alcãçò lo que deseaua, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viua ella segura, y contenta luengos, y felices años con su Cardenio, que yo rogarè al cielo que me los dexè viuir con mi Dorotea: y diciendo esto, la tornò a abraçar y a juntar su rostro con el sayo con tan tierno sentimiento, que le fue necesario tener grã cuenta con que las lagrimas no acabassen de dar indubitables señales d̄ su amor, y arrepentimiento. No lo hizieron asì las de Luscinde, y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estauan, porque començaron a derramar tantas los vnos de contento proprio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun graue, y mal caso a todos auia sucedido. Hasta Sancho Pança lloraua, aunque despues dixo, que no lloraua el, sino por ver que Dorotea no era como el pensaua la Reyna Micomicona, de quien el tantas mercedes esperaua. Durò algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio, y Luscinde se fueron a poner de rodillas ante don Fernando,

dandole gracias de la merced que les auia hecho con tan corteses razones, que don Fernando no sabia que responderles, y assi los leuanto, y abraço cō muestras de mucho amor, y de mucha cortesia. Preguntò luego a Dorotea, le dixesse como auia venido a aquel lugar tan lexos del suyo? Ella con breues, y discretas razones contò todo lo que antes auia contado a Cardenio: de lo qual gustò tanto don Fernando, y los que con el venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo, tanta era la gracia con que Dorotea contaua sus desuenturas. Y assi como huuo acabado, dixo don Fernando lo que en la ciudad le auia acontecido despues que hallò el papel en el seno de Lusinda, donde declaraua ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya, dixo que la quiso matar, y lo hiziera si de sus padres no fuera impedido: y que assi se salio de su casa despechado, y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad, y que otro dia supo como Lusinda auia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese dezir donde se auia ydo, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino a saber como estaua en vn monesterio cō volûtad de quedarse en el toda la vida, sino la pudiesse passar con Cardenio, y que assi como lo supo escogiendo para su compania aquellos tres caualleros, vino al lugar donde estaua, a la qual no auia querido hablar temeroso, q̄ en sabiendo que el estaua alli auia de auer mas guarda en el monasterio: y assi aguardando vn dia a que la porteria estuiesse abierta, dexò a los dos a la guarda de la puerta, y el con otro auian entrado en el monesterio buscando a Lusinda, la qual hallaron en

el claustro hablando con vna monja, y arrebatando la sin darle lugar a otra cosa se auian venido con ella a vn lugar donde se acomodaron de aquello que huieron menester para traella. Todo lo qual auian podido hazer bien a su saluo por estar el monestrio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, que assi como Lusinda se vio en su poder, perdio todos los sentidos, y que despues de buelta en si, no auia hecho otra cosa sino llorar, y suspirar sin hablar palabra alguna: y que assi acompañados de silencio, y de lagrimas auian llegado a aquella ventura, que para el era auer llegado al cielo, donde se rematan, y tiené fin todas las desuenturas de la tierra.

Cap. XXXVII. Que trata donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas auenturas.

TODO Esto escuchaua Sancho no con poco dolor de su anima, viendo que se le desaparecian, è yuan en humo las esperanças de su ditado: y que la linda Princesa Micomicona se le auia buuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaua durmiendo a sueño suelto, bien descuydado de todo lo sucedido. No se podia assegurar Dorotea si era soñado el bien que poseya. Cardenio estaua en el mismo pensamiento: y el de Lusinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daua gracias al cielo, por la merced recebida, y auerle sacado de aquel intricado laberinto donde se hallaua tan apique

que de perder el credito, y el alma: y finalmente quantos en la venta estauan, estauan contentos, y gozosos del buen suceso que auian tenido tan trauados, y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el cura como discreto, y a cada vno daua el parabien del bien alcançado: pero quien mas jubilaua, y se contentaua, era la ventera, por la promessa que Cardenio, y el cura le auian hecho de pagalle todos los daños, è intereses que por cuenta de don Quixote le huieffen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el affigido, el desuenturado, y el triste: y assi con malenconico semblante entrò a su amo, el qual acabaua de despear, a quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuydado de matar a ningun gigante, ni de boluer a la Princesa su Reyno, que ya todo está hecho, y concludo. Effeno creo yo bien, respondió don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal, y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de vn reues, zas, le derribè la cabeça en el suelo, y fue tanta la sangre que le salio, que los arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced dezir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto, es vn cuero horadado, y la sangre, seys arrobas de vino tinto, que encerraua en su vientre: y la cabeça cortada, es la puta que me pario, y lleuelo todo Satanás. Y que es lo que dizes loco, replicò don Quixote, estás en tu seso? Leuantase vuestra merced,

dixo.

dixo Sancho, y verá el buen recado que a hecho , y lo que tenemos que pagar, y verá a la Reyna conuertida en vna dama particular llamada Dorotea, con otros sucessos, que fucac en ellos, le han de admirar. No me marauillaria de nada deffo, replicô don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuuimos, te dixé yo, que todo quanto aqui sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que aora fuesse lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi mantamiento fuera cosa desse jaez, mas no lo fue, sino real, y verdaderamente: y vi yo que el ventero que aqui está oy día tenia del vn cabo de la manta, y me empujaua hàzia el cielo con mucho donayre, y brio, y con tanta rifa, como fuerça, y donde interuiene conocerse las personas tengo para mi, aunque simple, y pecador, que no ay encantamento alguno, sino mucho molimiento, y mucha mala ventura. Aora bien, Dios lo remediara; dixo don Quixote, dame de vestir, y dexame salir alla fuera, que quiero ver los sucessos, y transformaciones que dizes. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contô el cura a don Fernando, y a los demas las locuras de don Quixote, y del artificio que auian usado, para sacarle de la peña pobre dôde el se imaginaua estar, por desdenes de su señora. Contolles assi mismo casi todas las auenturas que Sancho auia contado, de que no poco se admiraron, y rieron, por parecerles, lo que a todos parecia, ser el mas extraño genero de locura que podia caber en pensamiento desparatado. Dixo mas el cura, que pues ya el buen successo de la señora Dorotea impi-

Quarta parte de don

dia passar con su disignio a delate, que era menester inuentar, y hallar otro para poderle llevar a su tierra. Ofreciose Cardenio de profeguir lo comenzado, y que Lusinda haria, y representaria la persona de Dorotea. No, dixo don Fernando, no ha de ser assi, que yo quiero que Dorotea profiga su inuencion, que como no sea muy lexos de aqui el lugar deste buen cauallero, yo holgare de que se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aqui, pues aunque estuiera mas, gustara yo de caminallas, atruenco de hazer tan buena obra. Salio en esto don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino, en la cabeça, abraçado de su rodela, y arrimado a su tronco, o lançon. Suspendio a don Fernando, y a los demas la estraña presencia de don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco, y amarillo, la desigualdad de sus armas, y su messurado continente, y estuierõ callando hasta ver lo que el dezia, el qual con mucha granuedad, y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo.

Estoy informado (hermosa señora) deste mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna, y gran señora que soliadades ser, os aueys buelto en vna particular donzella: si esto ha sido por orden del Rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diesse la necessaria, y deuida ayuda: digo, que no supo, ni sabe de la Miffa la media, y q̄ fue poco versado en las historius cauallerescas, porque si el las huiera leydo, y passado tan aten-

ramente, y con tanto espacio como yo las passè, y lei, hallara a cada passo, como otros caualleros de menor fama que la mia, auian acabado cosas mas dificultosas, no siendolo mucho matar a vn gigante, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con el, y quiero callar, porque no me digan que miento: pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirà, quando menos lo pèfemos. Vistes os vos con dos cueros, que no con vn gigante, dixo a esta sazõ el ventero, al qual mãdò don Fernando que callasse, y no interrumpiesse la platica de don Quixote en ninguna manera: y don Quixote prosiguió, diciendo: Digo en fin alta, y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este Metamorfoseos en vuestra persona, q̄ no le deys credito alguno: porque no ay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la qual poniendo la cabeça de vuestro enemigo en tierra, os pondre a vos la corona de la vuestra en la cabeça en breues dias. No dixo mas don Quixote, y esperò a que la Princesa le respondiesse, lo qual como ya sabia la determinacion de don Fernando, de que se prosiguiesse adelante en el engaño hasta llevar a su tierra a don Quixote, con mucho donayre, y gravedad le respondió: Quienquiera que os dixo, valeroso cauallero de la triste Figura, que yo me auia mudado, y trocado de mi ser, no os dixo lo cierto, porque la misma que ayer fuy, me soy oy: verdad es, que alguna mudança han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desfarme: pero no
por

Quarta parte de don

por esso he dexado de ser la que antes , y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso , è inuenciable braço , q̄ siépre he tenido: assi q̄ señor mio, vuestra bondad buelua la honra al padre que me engendró , y tengale por hombre aduertido , y prudente , pues con su ciencia hallò camino tan facil , y tan verdadero para remediar mi desgracia , que yo creo que si por vos señor no fuera , jamas acertara a tener la ventura que tengo , y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los mas destos señores que estan presentes: lo que resta es , que mañana nos pōgamos en camino , porque ya oy se podra hazer poca jornada , y en lo demas del buen suceso que espero , lo dexaré a Dios , y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea , y en oyendolo don Quixote , se boluio a Sancho , y con muestras de mucho enojo , le dixo : Agora te digo Sanchuelo , que eres el mayor vellaquelo que ay en España : dime ladrón , bagamundo , no me acabaste de dezir agora que esta Princesa se auia buuelto en vna donzella que se llamaua Dorotea ? y que la cabeça que entiendo que corté a vn gigante , era la puta que te pario ? con otros disparates que me pusieron en la mayor confusión que jamas he estado en todos los dias de mi vida ? Voto , y mirò al cielo , y a pretò los dientes , que estoy por hazer vn estrago en ti , que ponga sal en la mollera a todos quantos mentirosos escuderos huuiere de caualleros andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se folsiegue , señor mio , respondió Sancho , que bien podria ser que yo me huuiesse engañado en lo que toca a la mu-

ración

acion de la señora Princesa Micomicona : pero en lo que toca a la cabeça del gigante , o alomenos a la horadacion de los cueros , y a lo de ser vino tinto la sangre , no me engaño viue Dios, porque los cueros alli estan heridos a la cabecera del lecho de vuestra merced , y el vino tinto tiene hecho vn lago el aposento , y fino al freyr de los huevos lo verá : quiero dezir , que lo verá quando aqui su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demas , de que la señora Reyna se este como se estaua , me regozijo en el alma , porque me va mi parte , como a cada hijo de vezino. Ahora yo te digo Sancho , dixo don Quixote , q̄ eres vn mentecato , y perdoname , y basta. Basta , dixo don Fernando , y no se hable mas en esto : y pues la señora Princesa dize que se camine mañana , porque ya oy es tarde , hagase assi , y esta noche la podremos passar en buena conuersacion , hasta el venidero dia donde todos acompañaremos al señor don Quixote , porque queremos ser testigos de las valerosas , è inauditas hazañas , que ha de hazer en el discurso desta grande empresa que a su cargo lleua. Yo soy el que tengo de seruiros , y acompañaros , respondió don Quixote : y agradezco mucho la merced q̄ se me haze , y la buena opinion que de mi se tiene , la qual procurarè que salga verdadera , o me costara la vida , y aun mas , si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento , y muchos ofrecimientos passaron entre don Quixote , y don Fernando : pero a todo puso silencio vn passagero q̄ en aquella fazon entrò en la venta : el qual en su traje mostraua ser Christiano rezien venido de tierra de Mo-

Quarta parte de don

rös, porque venia vestido con vna casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas, y sin cuello: los calçones eran asì mismo de lienço azul, con bonete de la misma color: traya vnos borzequies datilados, y vn alfanje Morisco, puesto en vn tahali que le atrauessaua el pecho. Entrò luego tras el encima de vn jumento vna muger a la Morisca vestida, cubierto el rostro con vna toca en la cabeça: traya vn bonetillo de brocado, y vestida vna almalfá, que desde los ombros a los pies la cubria. Era el hombre de robusto, y agraciado talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de vigotes, y la barba muy bien puesta, en resolucion el mostraua en su apostura, q̄ si estuuiera bien vestido le juzgaran por persona de calidad, y bien nacida. Pidio en entrando vn aposento, y como le dixerón que en la venta no le auia, mostro recibir pesadumbre, y llegando se a la que en el traje parecia Mora, la apeò en sus braços. Lusinda, Dorotea, la ventera, su hija, y Maritornes llevados del nueuo, y para ellos nunca visto traje, rodearon a la Mora, y Dorotea que siempre fue agraciada, co medida, y discreta, pareciendole q̄ asì ella, como el que la traya se congoxauan por la falta del aposento, le dixo: No os de mucha pena soñora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es proprio de ventas no hallarse en ellas: pero con todo esto si gustaredes de passar con nosotras, señalando a Lusinda, quiza en el discurso de este camino aureys hallado otros no tan buenos acogimientos? No respondió nada a esto la emboçada, ni hizo otra cosa que leuantarse de donde sentado se auia, y puestas

y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeça doblò el cuerpo, en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna deuia de ser Mora, y que no sabia hablar Christiano. Llegò en esto el cautiuo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces auia estado, y viendo que todas tenian cercada a la que con el venia, y que ella a quanto le dezian callaua, dixo: Señoras mias, esta donzella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme a su tierra, y por esto no deue de auer respondido, ni responde a lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinða, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía, y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hara el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga a seruir a todos los estrangeros que del lo tuuieren necesidad, especialmente siendo muger a quien se sirue. Por ella, y por mi, respondió el cautiuo, os beso señora mia las manos, y estimo mucho, y en lo que es razon, la merced ofrecida, q̄ en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echã de ver que ha de ser muy grande. Dezidme señor, dixo Dorotea, esta señora es Christiana, o Mora? porque el traje, y el silencio nos haze pensar, que es lo que no querriamos que fuesse? Mora es en el traje, y en el cuerpo: pero en el alma es muy grande Christiana, porque tiene grandissimos desseos de serlo. Luego no es baptizada replicò Luscinða? No ha auido lugar para ello, respondió el cautiuo, despues que

falio

Quarta parte de don

falio de Argel su patria, y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligasse a baptizalla sin que supiesse primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia manda: pero Dios será seruido que presto se bautize con la decencia que la calidad de su persona merece, q̄ es mas de lo q̄ muestra su habito, y el mio. Estas razones puso gana en todos los que escuchandole estauan, de saber quien fuesse la Mora, y el captiuo: pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella fazon era mas para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomò por la mano, y la lleuo a sentar junto a si, y le rogo que se quitasse el emboço. Ella mirò al captiuo, como si le preguntara le dixesse lo que dezian, y lo que ella haria. El en lengua Arauiga le dixo, que le pedian se quitasse el emboço, y que lo hiziesse, y asise lo quitò, y descubriò vn rostro tan hermoso, que Dorotea la tuuo por mas hermosa q̄ a Lusinda, y Lusinda por mas hermosa q̄ a Dorotea, y todos los circustâtes conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun huuo algunos que le auentajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerrogatiua, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al desseo de seruir y acariciar a la hermosa Mora. Preguntò don Fernando al captiuo como se llamaua la Mora, el qual respondio que Lela Zorayda, y asì como esto oyò, ella entendio lo que le auian preguntado: al Christiano, y dixo con mucha priessa llena de congoxa, y donayre: No, no Zorayda, Maria, Maria, dādo

do a entender que se llamaua Maria, y no Zorayda. Estas palabras el grande afecto con que la Mora las dixo, hizieron derramar mas de vna lagrima a algunos de los que la escucharon, especialmente a las mugeres que de su naturaleza son tiernas, y compasivas. Abraçola Luscinda con mucho amor, diziendole: Si, si, Maria, Maria, a lo qual respondió la Mora: Si, si, Maria, Zorayda macange, que quiere dezir, no. Ya en esto llegaua la noche, y por orden de los que veniá con don Fernando, auia el ventero puesto diligencia, y cuidado en adereçarles de cenar, lo mejor que a elle fue posible. Llegada pues la hora, sentaronse todos a vna larga mesa, como de tinelo, porque no la auia redonda, ni quadrada en la venta. Y dieron la cabecera, y principal assiento, puesto que el lo rehusaua, a don Quixote, el qual quiso que estuuiesse a su lado la señora Micomicona, pues el era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda, y Zorayda, y frontero dellas don Fernando, y Cardenio, y luego el cautiuo, y los demas caualleros, y al lado de las señoras, el cura, y el barbero. Y assi cenaron con mucho contento, y acrecentoseles mas, viendo que dexando de comer don Quixote, mouido de otro semejante espiritu, que el que le mouio a hablar tanto, como habló quando cenó con los cabreros, comenzó a dezir: Verdaderamente si bié se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas vé, los q̄ profellan la ordé de la andante caualleria. Sino qual de los viuientes aura en el mundo, que aora por la puerta deste castillo entràra, y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue, y crea, que nosotros somos, quien somos? Quien podrá dezir que esta señora que està

Quarta parte de don

a mi lado, es la grã Reyna que todos sabemos, y que yo soy aquel cauallero de la triste Figura, que anda por ahi, en boca de la fama? Aora no ay que dudar, si no que esta arte, y exercicio, excede a todas aquellas, y aquellos, que los hombres inuentaron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto a mas peligros està sugeto. Quiden se me delante, los que dixeren que las letras hazen ventaja a las armas, que les dire, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen. Porque la razon que los tales suelen dezir, y a lo que ellos mas se atienen, es, que los trabajos del espiritu exceden a los del cuerpo. Y que las armas, solo con el cuerpo se exercitan, como si fuese su exercicio officio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerças. O como si en esto que llamamos armas, los que las professamos, no se encerrassen los actos de la fortaleza, los quales piden para executarlos mucho entendimiento. O como si no trabajasse el animo del guerrero, que tiene a su cargo vn exercito, o la defensa de vna Ciudad sitiada, assi con el espiritu, como con el cuerpo. Sino vease si se alcanza con las fuerças corporales, a saber, y congeturar el intento del enemigo. Los designios, las estratagemas, las dificultades, el preuenir los daños que se temen, que todas estas cosas, son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues assi, que las armas requieren espiritu como las letras. Veamos aora, qual de los dos espíritus, el del lettrado, o el del guerrero, trabaja mas? Y esto se vendra a conocer por el fin, y paradero a que cada vno se encamina, porque aquella intencion se ha

se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin, y paradero de las letras, (y no hablo aora de las diuinas, que tienen por blanco, llevar, y encaminar las almas al cielo, que a vn fin, tan fin fin como este, ninguno otro se le puede ygualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar a cada vno lo que es suyo, entender, y hazer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso, y alto, y digno de grande alabança: pero no de tanta, como merece aquel a que las armas atienden, las quales tienen por objeto, y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y assi las primeras buenas nueuas que tuuo el mundo, y tuuieron los hombres, fueron las que dieron los Angeles, la noche que fue nuestro dia, quando cantaron en los ayres: Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra, a los hombres de buena voluntad: y a la saluracion, que el mejor maestro de la tierra, y del cielo, enseñò a sus allegados, y fauorecidos, fue dezirles, que quando entrassen en alguna casa, dixessen: Paz sea en esta casa. Y otras muchas vezes les dixo: Mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros. Bien como joya, y prenda dada, y dexada de tal mano, joya que fin ella, en la tierra, ni en el cielo, puede auer bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es dezir armas, que guerra. Profu- puesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto haze ventaja al fin de las letras, vengamos aora a los trabajos del cuer- po del letrado, y a los del professor de las armas, y vease quales son mayores. De tal manera,

Quarta parte de don

y por tan buenos terminos yua prosiguiendo en su platica don Quixote, que obligò a que por entonces ninguno de los que escuchandole estauan, le tuuiesse por loco. Antes como todos los mas eran cavalleros, a quien son anejas las armas, le escuchauan de muy buena gana, y el prosiguió diziendo: Digo pues, q̄ los trabajos del estudiante son estos: Principalmente pobreza, (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el estremo que pueda ser) y en auer dicho que padece pobreza, me parece que no auia que dezir mas de su mala ventura. Porque quien es pobre, no tiene cosa buena, esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto. Pero con todo esto no es tanta que no coma, aunque sea vn poco mas tarde de lo que se vsa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante, este que entre ellos llaman andar a la sopa, y no les falta algun ageno brasero, o chimenea, que sino callenta, alomenos entibie su frio, y en fin la noche duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conuiene a saber de la falta de camisas, y no sobra de çapatos, la raridad, y poco pelo del veltido, ni a quel ahitarse con tanto gusto, quando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he piniado, aspero, y dificultoso, tropeçando aqui, cayendo alli, leuantandose aculla, tornando a caer aca, llegan al grado que dessean, el qual alçando, a muchos hemos visto (que auiendo pasado por estas Sirtes, y por estas Scilas, y Caribdis, como llevados en buelo, de la fauorable fortuna) digo que los hemos visto mandar, y gouernar el mundo

el mundo desde vna filla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en vna estera, en reposar en olandas, y damascos. Premio justamente merecido de su virtud, pero contrapuestos, y comparados sus trabajos, con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como aora dire.

Capit. XXXVIII. Que trata del curioso discurso que hizo don Quixote, de las armas, y las letras.

PROSIGVIENDO Don Quixote, dixo: Pues començamos en el estudiante, por la pobreza, y sus partes, veamos si es mas rico el soldado. Y veremos que no ay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque està atenido a la miseria de su paga, que viene, o tarde, o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida, y de su conciencia. Ya vezes suele ser su desnudez tanta, que vn colete acuchillado le sirve de gala, y de camisa, y en la mitad del inuierno se suele reparar de las inclemencias del cielo. Estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vazio, tengo por aueriguado, que deue de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades, en la cama que le aguarda. La qual sino es por su culpa, jamas pecara de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisie

Ff 3

re, y

Quarta parte de don

re, y rebohuerse en ella a su labor, sin temor que se le encojan las fauanas. Lleguese pues a todo esto el dia, y la hora, de recibir el grado de su exercicio: lleguese vn dia de batalla, que alli le pondran la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle algun balazo, que quiza le aura passado las sienes, o le dexara estropeado de braço, o pierna. Y quando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde, y conserue, sano, y viuo, podra ser que se quede en la mesma pobreza que antes estaua, y que sea menester que suceda, vno, y otro rencuentro, vna, y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo. Pero estos milagros venise raras vezes. Pero dezidme señores, si auays mirado en ello? Quan menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda auays de responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reduzir a cuenta los muertos, y que se podran contar los premiados viuos, con tres letras de guarismo. Todo esto es al reues en los letrados, porque de faldas, que no quiero dezir de mangas, todos tienen en que entretenerse. Asi que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder, que es mas facil, premiar a dos mil letrados, que a treynta mil soldados. Porque a aquellos se premian con darles officios, que por fuerça se han de dar a los de su profesion: y a estos no se pueden premiar, sino con la mesma hazienda del señor a quien sirven: y esta impossibilidad, fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino boluamos a la pre-
nencia

nencia de las armas, contra las letras. Materia que hasta aora està por aueriguar, segun son las razones, que cada vna de su parte alega: y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas. Porque la guerra, tambien tiene sus leyes, y està sujeta a ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras, y letrados. A esto responden las armas, q̄ las leyes no se podran sustentar sin ellas. Porque con las armas, se defienden las republicas, se conseruan los Reynos, se guardan las Ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cofarios. Y finalmente, si por ellas no fuesse, las republicas, los Reynos, las Monarquias, las Ciudades, los caminos de mar, y tierra, estarian sujetos al rigor; y a la confusion que trae consigo la guerra, el tiempo que dura, y tiene licencia de vsar de sus privilegios, y de sus fuerças. Y es razon aueriguada, que aquello que mas cuesta, se estima, y deve de estimar en mas. Alcançar alguno a ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliã, hambre, desnudez, vaguido de cabeça, indigestiones de estomago, y otras cosas a estas aderentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar vno por sus terminos, a ser buen soldado, le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque a cada passo està a pique de perder la vida. Y que temor de necesidad, y pobreza, puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene vn soldado, que hallandose cercado en alguna fuerça, y estando de posta, o guarda, en algun rebellin, o cauallero, siente que los enemigos estan minando, hàzia la parte donde el està, y no pue-

Quarta parte de don

de apartarse de alli, por ningun caso, ni huyr el peligro, que de tan cerca le amenaza. Solo lo que puedes hazer, es, dar noticia a su capitan de lo que passa, para que lo remedie, con alguna contramina, y el estarse quedo temiendo, y esperando, quando improuisamente ha de subir a las nuues sin alas, y baxar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le yguala, o haze ventaja, el de enuestirle dos galeras por las proas, en mitad del mar espacio. Las quales enclauijadas, y traçadas, no le queda al soldado mas espacio, del que concede dos pies de tabla del espolon. Y cõ todo esto, viendo que tiene delante de si, tantos ministros dela muerte, que le amenazan, quantos cañones de artilleria se affestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo vna lança, y viendo que al primer descuydo de los pies, yria a visitar los profundos senos de Neptuno: y con todo esto, con intrepido coraçon, lleuado dela honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabuzeria, y procura passar por tan estrecho passo al baxel cõtrario. Y lo que mas es, de admirar, que apenas vno ha caydo, donde no se podra leuantar hasta la fin del mundo, quãdo otro ocupa su mesmo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro, y otro, le sucede, sin dar tiempo al riempo de sus muertes, valentia, y atreuimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien ay an aquellos benditos siglos, que carrecieron de la espantable furia, de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, a cuyo inuétor, tengo para mi, que en el inferno se le està dando el premio de su diabolica inuencion, cõ la qual dio causa, que

sa, que vn infame, y cobarde braço, quite la vida a vn valeroso cauallero, y que sin saber como, o por donde, en la mitad del corage, y brio, que enciende, y anima a los valientes pechos, llega vna desmandada bala (disparada, de quien quiça huyò, y se espantò, del resplandor que hizo el fuego, al disparar de la maldita maquina) y corta, y acaba en vn instante, los pensamientos, y vida, de quien la merecia gozar luengos siglos. Y assi considerando esto, esto y por dezir, que en el alma me pesa de auer tomado este exercicio de cauallero andante, en edad tan detestable, como es esta en que aora viuiamos: porque aunque a mi ningun peligro me pone miedo, toda via me pone rezelo, pensar si la poluora, y el estaño, me han de quitarla ocasion, de hazerme famoso, y conocido por el valor de mi braço, y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere seruido, que tanto fere mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto a mayores peligros me he puesto, que se pusieron los caualleros andantes, de los passados siglos. Todo este largo preambulo, dixo don Quixote, en tanto que los demas cenauan, olvidandose de llevar bocado a la boca, puesto que algunas vezes le auia dicho Sancho Pança, que cenasse, que despues auria lugar, para dezir todo lo que quisiese. En los que escuchado le auian, sobrevino nueua lastima, de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento, y buen discurso, en todas las cosas que tratauan, le huuiese perdido tan rematadamente, en tratandole de su negra, y pizmieta caualleria. El cura le dixo, que tenia mucha razon, en todo quanto

Quarta parte de don

auia dicho en fauor de las armas, y que el aunque letrado, y graduado, estaua de su mesmo parecer. Acabaron de cenar, leuantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija, y Maritornes, adereçauan el camaranchon de don Quixote de la Mancha, donde auian determinado, que aquella noche, las mugeres solas en el se recogiesen: don Fernando rogò al cautiuo, les contasse el discurso de su vida, por que no podria ser, sino que fuesse peregrino, y gustoso, segun las muestras que auia començado a dar viniendo en compañia de Zorayda. A lo qual respondió el cautiuo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaua, y que solo temia, que el cuento no auia de ser tal, que les diesse el gusto que el dessea. Pero que con todo esso, por no faltar en obedecelle le cõtaria: el cura, y todos los demas se lo agradecieron, y de nueuo se lo rogaron. Y el viendose rogar de tantos, dixo: Que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerça. Y assi esten vuestras mercedes atentos, y oyan vn discurso verdadero, a quien podria ser que no llegassen los mentirosos, que con curioso, y pensado artificio, fuelen componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodassen, y le prestassen vn grande silencio, y el viendo que ya callauan, y esperauan lo que dezir quisiessse, con voz agradable, y reposada, començo a dezir desta manera.

(.?.)

Cap. XXXIX. Donde el cautiuo cuenta su vida, y successos.



EN VN lugar de las Montañas de Leon, tuuo principio mi linaje, con quien fue mas agradecida, y liberal la naturaleza, que la fortuna. Aunque en la estrechez de aquellos pueblos, toda via alcançaua mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si assi se diera maña a conseruar su hazienda, como se la daua en gastalla. Y la condicion que tenia, de ser liberal, y gastador, le procedio de auer sido soldado, los años de su juventud. Que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se haze franco, y el franco prodigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras vezes. Passaua mi padre los terminos de la liberalidad, y rayaua en los de ser prodigo. Cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre, y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que segun el dezia, no podia yrse a la mano contra su condició, quiso priuarse del instrumento, y causa, que le hazia gastador, y dadiuoso, que fue priuarse de la hazienda, sin la qual, el mismo Alexandro pareciera estrecho. Y assi llamandonos vn dia a todos tres, a solas en vn aposento, nos dixo vnas razones, semejantes a las que aora dire. Hijos, para dezirós que os quicero bien, basta saber, y dezir, que soys mis hijos,

hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy a la mano, en lo que toca a cōseruar vuestra hacienda. Pues para q̄ entendays desde aqui adelante, que os quiero como padre, y q̄ no os quiero destruyr como padrastro, quiero hazer vna cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideraciō dispuesta. Vosotros estays ya en edad de tomar estado, o alomenos de elegir exercicio, tal q̄ quando mayores os hōre, y proueche. Y lo que he pensado, es, hazer de mi haziēda quatro partes, las tres os dare a vosotros, a cada vno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedarē yo, para viuir, y sustētarme, los dias q̄ el cielo fuere seruido de darme de vida. Pero querria, q̄ despues que cada vno tuuiesse en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiesse vno de los caminos que le dire. Ay vn refrā en nuestra Espaņa, a mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breues, sacadas de la luenga, y discret a experiēcia, y el q̄ yo digo, dize: Yglesia, o mar, o casa Real: como si mas claramēte dixera. Quien quisiere valer, y ser rico, siga, o la Yglesia, o nauegue, exercitando el arte de la mercancia, o entre a seruir a los Reyes en sus casas: Porq̄ dizen, Mas vale migaja de Rey, q̄ merced de seņor. Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, q̄ vno de vosotros siguiesse las letras, el otro la mercācia, y el otro siruiesse al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar a seruirle en su casa que ya q̄ la guerra no de muchas riquezas, suele dar mucho valor, y mucha fama. Dētro de ocho dias os dare toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en vn ardite, como lo vereys por la obra. Dezid-

me aora, si quereys seguir mi parecer, y consejo, en lo que os he propuesto, y mandandome a mi por ser el mayor, que respondiessse. Despues de averle dicho que no se deshiziesse de la hazienda, sino que gastasse todo lo que fuesse su voluntad, que nosotros eramos moços para saber ganarla: vine a concluir, en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, sirviendo en el a Dios, y a mi Rey. El segundo hermano, hizo los mesmos ofrecimientos, y escogio el yrse a las Indias, lleuando empleada la hazienda que le cupiessse. El menor, y a lo que yo creo el mas discreto, dixo que queria seguir la Yglesia, o yrse a acabar sus començados estudios a Salamãca. Así como acabamos de concordarnos, y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abraçò a todos, y con la breuedad que dixo, puso por obra quanto nos auia prometido, y dando a cada vno su parte, que a lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque vn nuestro tio comprò toda la hazienda, y la pagò de contado, porque no saliesse del tronco de la casa. En vn mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciendome a mi ser inhumanidad, que mi padre quedasse viejo, y con tan poca hazienda, hize con el, que de mis tres mil tomasse los dos mil ducados, porque a mi me bastaua el resto, para acomodarme, de lo que auia menester vn soldado. Mis dos hermanos, mouidos de mi exemplo, cada vno le dio mil ducados. De modo, que a mi padre le quedaron quatro mil en dineros, y mas tres mil, que a lo que parece valia la hazienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedar se con ella en

rayzes.

rayzes. Digo en fin, que nos despedimos del, y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento, y lagrimas de todos, encargandonos que les hiziessemos saber, todas las vezes que huuiesse comodidad para ello, de nuestros sucessos, prosperos, o aduersos. Prometimoslelo, y abraçandonos, y echandonos su bendicion, el vno tomò el viage de Salamanca, el otro de Scuilla, y yo el de Alicante, adonde tuue nueuas que auia vna naue Ginouefa, que cargaua allí lana para Genoua. Este hara veynte y dos años, que sali de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido del, ni de mis hermanos nùeua alguna. Y lo que en este discurso de tiempo he passado, lo dire breuemente. Embarqueme en Alicante, lleguè con prospero viaje a Genoua, fuy desde allí a Milan, donde me acomodè de armas, y de algunas galas de soldado, de donde quise yr a assentar mi plaça al Piamonte, y estando ya de camino para Alexandria de la Palla, tuue nueuas que el gran Duque de Alua passaua a Flandes. Mudè proposito, fuy me con el, seruile en las jornadas que hizo, halleme en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hornos, alcancè a ser Alfercz de vn famoso Capitan de Guadalajara, llamadò Diego de Urbina. Y acabo de algun tiempo que lleguè a Flandes, se tuuo nueuas de la liga, que la Santidad del Papa Pjo quinto, de Felice recordacion, auia hecho con ~~Francia~~ Francia, y con España, contra el enemigo comun, que es el Turco. El qual en aquel mesmo tiempo auia ganado con su armada, la famosa Isla de Chipre, que estaua debaxo del dominio de Veneciano, y perdida lamentable,

Venecia

ble, y desdichada. Supose cierto que venia por general desta liga, el serenissimo don Iuan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey don Felipe. Diulgose el grandissimo aparato de guerra que se hazia. Todo lo qual me incirò, y conmovio el animo, y el desseo de verme en la jornada que se esperaba y aunque tenia barruntos, y casi promessas ciertas, de que en la primera ocalion que se ofreciesse, seria promovido a Capitan, lo quise dexar todo, y venirme, como me vine a Italia. Y quiso mi buena suerte, que el señor don Iuan de Austria acabaua de llegar a Genoua, que passaua a Napoles, a juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Medina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicissima jornada, ya hecho Capitan de infanteria, a cuyo honroso cargo me subio mi buena suerte, mas que mis merecimientos. Y aquel dia, que fue para la Christiadad tan dichoso, porque en el se desengañò el mundo, y todas las naciones, del error en que estan, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia. Digo donde quedò el orgullo, y soberuia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como alli huuo. Porque mas ventura tuuieron los Christianos que alli murieron, que los que viuos, y vencedores quedaron. Yo solo soy el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos alguna naual corona, me vi aquella noche, que siguió a tan famoso dia, con cadenas a los pies, y esposas a las manos. Y fue desta suerte, que auiedo el Vchali Rey de Argel, atreuido, y venturoso cofario, enuellido, y rendido la capita-

na

Quarta parte de don

na de Malta, que solos tres caualleros quedaron viuos en ella, y estos mal heridos, acudio la capitana de Iuan Andrea a socorrerla, en la qual yo yua con mi compañia, y haziendo lo que deuia en ocasion se mejante, salte en la galera contraria, la qual desuiandose de la que la auia enuestido, estoruò que mis soldados me figuiesen, y assi me hallè solo entre mis enemigos, a quien no pude resistir por ser tantos, en fin me rindieron lleno de heridas. Y como ya auays señores oydo dezir, que el Vchali se salud con toda su esquadra, vine yo a quedar cautiuo en su poder, y solo fuy el triste entre tantos alegres, y el cautiuo entre tantos libres, porque fueron quinze mil Christianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la Turquesca armada. Llevaronme a Costantinopla, donde el gran Turco Selin hizo general de la mar a mi amo, porque auia hecho su deuer en la batalla, auiendo lleuado por muestra de su valor, el estandarte de la religion de Malta. Halleme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Nauarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi, y note, la ocasion que alli se perdio, de no coger en el puerto toda el armada Turquesca. Porque todos los leuentes, y genizaros, que en ella venian, tuuieron por cierto, que les auian de enuestir dentro del mesmo puerto, y tenian a punto su ropa, y passamaques, que son sus çapatos, para huyrse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que auian cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenò de otra manera, no por culpa, ni descuydo del general, que a los nuestros regia,
fino

si no por los pecados de la Christiandad: y porque quiere, y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto el Vchali se recogio a Modon, que es vna isla que està junto a Naurino, y echando la gente en tierra, fortificò la boca del puerto, y estuuose quedo, hasta que el señor don Iuan se boluio. En este viage se tomò la galera, que se llamaua la Presa, de quien era Capitan vn hijo de aquel famoso coffario Barba Roxa: tomola la Capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso, y jamas vencido Capitan don Aluaro de Bazan, Marques de santa Cruz. Y no quiero dexar de dezir lo que sucedio en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roxa, y trataua tan mal a sus cautiuos, que assi como los que venian al remo vieron que la galera Loba les yua entrando, y que los alcançaua, soltaron todos a vn tiempo los remos, y asieron de su Capitan, que estaua sobre el estäterol, gritado q̄ bogassen a priessa, y passandole de bāco en bāco, de popa a proa, le dieron bocados, q̄ a poco mas que passò del arbol, ya auia passado su anima al infierno. Tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataua, y el odio que ellos le tenian. Boluimos a Constantinopla, y el año siguiente, que fue el de setēta y tres, se supo en ella, como el señor don Iuan auia ganado a Tunez, y quitado aquel Reyno a los Turcos, y puesto en possession del a Muley Hamet, cortando las esperanças q̄ de boluer a reynar en el tenia Muley Hamida, el Moro mas cruel, y mas valiente que tuuo el mundo. Sintio mucho esta perdida el gran Turco, y

G g

vlando

Quarta parte de don

vlendo de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas q̄ el la desseauan: y el año siguiente de setenta y quatro, acometio a la Goleta, y al fuerte, que junto a Tunez auia dexado medio leuantado el señor don Iuan. En todos estos trances andaua yo al remo, sin esperãça de libertad alguna: alomenos no esperaua tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nueuas de mi desgracia a mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las quales plaças huuo de soldados Turcos, pagados, setenta y cinco mil: y de Moros, y Alarabes de toda la Africa, mas de quatrocientos mil, acompañado este tan grã numero de gente, con tantas municiones, y pertrechos de guerra, y cõ tãtos gastadores, q̄ con las manos, y a puñados de tierra, pudieran cubrir la Goleta, y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entõces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los quales hizierõ en su defensa todo aquello q̄ deuiã, y podiã, sino porque la experiencia mostrò, la facilidad con q̄ se podian leuãtar trincheas en aquella desierta arena, porque a dos palmos se hallaua agua, y los Turcos no la hallaron a dos varas: y assi con muchos sacos de arena leuantaron las trincheas tan altas, que sobrepujauan las murallas de la fuerça, y tirandoles a cauallo, ninguno podia parar, ni asistir a la defensa. Fue comun opinion, que no se auian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña, al desembarcadero: y los que esto dizen hablan de lexos, y con poca experiencia de casos semejantes: porque si en la Goleta, y en el fuerte

a penas

a penas auia siete mil soldados , como podia tan poco numero (aunque mas esforçados fuessen) salir a la campaña , y quedar en las fuerças , contra tanto como era el de los enemigos ? Y como es posible dexar de perderse fuerça que no es socorrida , y mas quando la cercan enemigos muchos , y porfiados , y en su mesma tierra . Pero a muchos les parecio , y assi me parecio a mi , que fue particular gracia , y merced que el cielo hizo a España , en permitir que se assolasse aquella oficina , y capa de maldades : y aquella gomia , o esponxa , y polilla de la infinidad de dineros , que alli sin prouecho se gastauan , sin seruir de otra cosa , que de conseruar la memoria de auerla ganado , la felicissima del inuictissimo Carlos Quinto , como si fuera menester para hazerla eterna (como lo es , y será) que aquellas piedras la sustentaran ? Perdióse tambien el fuerte , pero fueronle ganando los Turcos palmo a palmo , porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa , y fuertemente , que passaron de veynte y cinco mil enemigos los que mataron en veynte y dos assaltos generales que les dieron . Ninguno cautiaron sano , de treçientos que quedaron viuos , señal cierta , y clara de su esfuerço y valor , y de lo bien que se auian defendido , y guardado sus plaças . Rindióse a partido vn pequeño fuerte , o torre que estava en mitad del estãno , a cargo de don Iuan Zanoquera , cauallero Valenciano , y famoso soldado . Cautiaron a don Pedro Puertocarrero , General de la Goleta , el qual hizo quanto fue posible , por defender su fuerça : y sintio rãto el auerla perdido , que de pesar

Quarta parte de don

muero en el camino de Constantinopla, dõde le lle-
uauan cautiuo. Cautiuaron ansi mesmo al General
del fuerte, que se llamaua, Gabrio Cerbellon, cau-
llero Milanes, grande ingeniero, y valentissimo sol-
dado. Murieron en estas dos fuerças muchas per-
sonas de cuenta, de las quales fue vna, Pagan de
Oria, cauallero del habito de san Iuan, de condi-
cion generoso, como lo mostrò la suma liberali-
dad q̄ usò con su hermano el famoso Iuã de Andrea
de Oria: y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fue
auer muerto a manos de vnos Alarabes, de quien se
fiò viêdo ya perdido el fuerte, q̄ se ofrecierõ de lle-
uarle en habito de Moro a Tabarca, que es vn por-
tezuelo, o casa que en aquellas riberas tienen los
Ginoueses, que se exercitan en la pesqueria del cor-
ral: los quales Alarabes le cortaron la cabeça, y se
la truxeron al General de la armada Turquesca: el
qual cumplio con ellos nuestro refran Castellano,
*Que aunque la trayciõ aplaze, el traydor se aborre-
ce:* y assi se dize, que mãdò el General ahorcar a los
que le truxeron el presente, porque no se le auian
traydo viuo. Entre los Christianos que en el fuerte
se perdierõ, fue vno llamado dõ Pedro de Aguilar,
natural no se de q̄ lugar del Andaluzia, el qual auia
fido Alferez en el fuerte, soldado de mucha cuenta,
y de raro entendimiento: especialmente tenia par-
ticular gracia en lo que llaman Poesia. Digolo, por-
que su suerte le truxo a mi galera, y a mi banco, y
a ser esclauo de mi mesmo Patron: y antes que nos
partiessemos de aquel puerto, hizo este cauallero
dos Sonetos, a manera de epitafios, el vno a la Gole-
ta, y el otro al Fuerte. Y en verdad que los tengo de
dezir,

dezir, por que los se de memoria, y creo que antes caularán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautiuo nombrò a dō Pedro de Aguilar, dō Fernādo mirò a sus camaradas, y todos tres se sonrieron: y quando llegò a dezir de los Sonetos, dixo el vno: Antes q̄ vuestra merced passe adelante, le suplico me diga, q̄ se hizo esse dō Pedro de Aguilar que ha dicho? Lo q̄ se es, respondió el cautiuo, q̄ al cabo de dos años q̄ estuuò en Constantinopla, se huyò en traje de Arnaute, con vn Griego espia, y no se si vino en libertad: puesto q̄ creo que si, porq̄ de alli a vn año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude pregūtar el suceso de aquel viage. Poes no fue, respondió el cauallero, porq̄ esse don Pedro es mi hermano, y está aora en nuestro lugar, bueno, y rico, casado, y con tres hijos. Gracias sean dadas a Dios, dixo el cautiuo, por tantas mercedes como le hizo, porq̄ no ay en la tierra, conforme mi parecer, contēto q̄ se yguale a alcançar la libertad perdida. Y mas, replicò el cauallero, q̄ yo se los Sonetos q̄ mi hermano hizo. Digalos pues V. m. dixo el cautiuo, que los sabra dezir mejor que yo. Que me plaze, respondió el cauallero: y el de la Goleta dezia assi:

Cap. XL. Donde se prosigue la historia del cautiuo.

SONETO.

Almas dichas, que del mortal velo,
Libres y essentas, por el biē que obrastes,
Desde la baxa tierra os leuastest
A lo mas alto, y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira, y en honroso zelo,

Gg 3.

De

Quarta parte de don

*De los cuerpos la fuerza exercitastes,
Que en propia, y sangre agena colorastes.
El mar vezino, y arenoso suelo.
Primero que el valor, saltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos lleuan la victoria.
Y esta vuestra mortal, triste cayda,
Entre el muro, y el hierro, os va adquiriendo
Fama, que el mundo os da, y el cielo gloria.*

Dessa mesma manera le se yo, dixo el cautiuo.
Pues el del Fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el ca-
uallero, dize así.

SONETO.

DE entre esta tierra esteril, derribada,
Destos terrones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados,
Subieron diuas a mejor morada.
Siendo primero en vano exercitada
La fuerza de sus brazos esforçados,
Hasta que al fin de pocos, y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los passados, siglos y presentes.
Mas no mas justas de su duro seno,
Auran al claro cielo almas subido,
Ni aun el softuuo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los Sonetos, y el cautiuo se alegrò con las nueuas que de su camarada le dièron: y profiguendo su cuento, dixo. Rendidos pues la Goleta, y el Fuerte, los Turcos dieron orden en desmantelar la Goleta, porque el Fuerte quedò tal, que no huuo q̄ poner por tierra: y para hazerlo con mas breuedad, y menos trabajo, la minaron por tres partes, pero cò ninguna se pudo bolar lo q̄ parecia menos fuerte, q̄ eran las murallas viejas, y todo aquello que auia quedado en pie de la fortificacion nueua, q̄ auia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino a tierra. En resolucion, la armada boluio a Constantinopla, triunfante, y vencedora: y de alli a pocos meses murio mi amo el Vchali, al qual llamauan, Vchali Fartax, que quiere dezir en lengua Turquesca, El renegado tiñoso, porque lo era: y es costumbre entre los Turcos, ponerse nombres de alguna falta q̄ tengan, o de alguna virtud que en ellos aya. Y esto es, porq̄ no ay entre ellos sino quatro apellidos de linages, que deciendè de la casa Otomana, y los demas, como tègo dicho, toman nòbre, y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del animo: y este Tiñoso bogò el remo, siendo esclauo del grã señor, catorze años, y a mas de los, 34. de su edad renegò, de despecho de q̄ vn Turco, estàdo al remo, le dio vn bofetò, y por poderse vengar, dexò su fè: y fue tãto su valor, que sin subir por los torpes medios, y caminos que los mas priuados del gran Turco suben, vino a ser Rey de Argel, y despues a ser General de la mar, q̄ es el tercero cargo que ay en aquel señorio. Era Calabres de nacion, y moralmente fue hòbre de biè, y tratò cò mucha humanidad

Quarta parte de don

a sus cautiuos, que llegò a tener tres mil, los quales despues de su muerte le repartierò, como el lo dexò en su testamento, entre el gran señor (q̄ tambien es hijo heredero de quantos muerẽ, y entra a la parte cõ los mas hijos q̄ dexa el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe a vn renegado Veneciano, que siendo grumete de vna naue, le cautiuò el Vchali, y le quiso tanto, q̄ fue vno de los mas regalados garzones suyos, y el vino a ser el mas cruel renegado q̄ jamas se ha visto. Llamauase Azanaga, y llegò a ser muy rico, y a ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla, algo contento, por estar tã cerca de España: no por q̄ pensasse escriuir a nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel, que en Constantinopla, donde ya auia prouado mil maneras de huirme, y ninguna tuuo sazon, ni ventura: y pensaua en Argel buscar otros medios de alcançar lo que tanto deseaua, porque jamas me desamparò la esperança de tener libertad, y quando en lo que fabricaua, pensaua, y ponía por obra, no correspondía el suceso a la intencion, luego sin abandonarme fingia, y buscava otra esperança que me sustentasse, aunque fuese debil, y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en vna prision, o casa, que los Turcos llaman baño, donde encierran los cautiuos Christianos, assi los que son del Rey, como de algunos particulares: y los que llama del Almazẽ, que es como dezir, cautiuos del Concejo, que firuen a la ciudad en las obras publicas que haze, y en otros officios: y estos tales cautiuos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular,

ricular, no ay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautiuos algunos particulares del pueblo, principalmente quando son de rescate, porque alli los tienen holgados, y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautiuos de Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entonces, por hazerles que escriuan por el con mas ahinco, les hazen trabajar, y yr por leña con los demás, que es vn no pequeño trabajo. Yo pues, era vno de los de rescate, que como se supo que era Capitan, puesto que dixé mi poca posibilidad, y falta de hazienda, no aprovechô nada para que no me pusiesen en el numero de los caualleros, y gente de rescate. Pusieronme vna cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y assi passaua la vida en aquel baño, con otros muchos caualleros, y gente principal, señalados, y tenidos por de rescate. Y aunque la hambre, y desnudez pudiera fatigarnos a vezes, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaua tanto, como oyr, y ver a cada passo, las jamas vistas, ni oydas crueldades que mi amo vsaua con los Christianos. Cada día ahorcaua el suyo, empalaua a este, deforejaua aquel: y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los Turcos conocian que lo hazia no mas de por hazerlo, y por ser natural condicion suya ser omicida de todo el genero humano. Solo librò bien con el vn soldado Español, llamado, tal de Saavedra, el qual con auer hecho cosas que quedaràn en la memoria de aquellas gentes por muchos

Quarta parte de don

chos años, y todas por alcançar libertad, jamas le dio palo, ni se lo mandò dar, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas q̄ hizo, temiamos todos que auia de ser empalado, y assi lo temio el mas de vna vez: y sino fuera porque el tiempo no da lugar, yo dixera aora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros, y admiraros, harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision, cahian las ventanas de la casa de vn Moro rico, y principal, las quales, como de ordinario son las de los Moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosias muy espessas, y apretadas. Acaecio pues, que vn dia estando en vn terrado de nuestra prision, con otros tres compañeros, haziendo prueuas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los demas Christianos auian salido a trabajar, alcé a caso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia vna caña, y al remate della puesto vn lienço, atado, y la caña se estaua blandiendo, y mouiendose; casi como si hiziera señas, que llegassemos a tomarla. Miramos en ello, y vno de los que conmigo estauan, fue a ponerse debaxo de la caña, por ver si la soltauan, o lo que hazian: pero assi como llegó alçaron la caña, y la mouieron a los dos lados, como si dixeran, no, con la cabeça. Boluiose el Christiano, y tornaronla a baxar, y hazer los mesmos mouimientos que primero. Fue otro de mis compañeros, y sucediole lo mesmo que al primero. Einalmêre fue el tercero, y auinole

lo que al primero, y al segundo. Viendo yo esto, no quise dexar de prouar la suerte, y assi como lleguè a ponerme debaxo de la caña, la dexaron caer, y dio a mis pies dentro del baño: acudi luego a desatar el lienço, en el qual vi vn nudo, y dentro del venian diez zianiys, que son vnas monedas de oro baxo, que vsan los Moros, que cada vna vale diez reales de los nuestros. Si me holgue con el hallazgo, no ay para que dezirlo, pues fue tanto el contento, como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmente a mi, pues las muestras de no auer querido soltar la caña sino a mi, claro dezian que a mi se hazia la merced. Tomè mi buen dinero, quebrè la caña, boluime al terradillo, mire la ventana, y vi que por ella salia vna muy blanca mano, que la abrian y cerrauan muy aprieffa. Con esto entendimos, o imaginamos, que alguna muger que en aquella casa viuia, nos deuia de auer hecho aquel beneficio: y en señal de que lo agradeciamos, hizimos zalemas a vso de Moros, inclinando la cabeça, doblando el cuerpo, y poniendo los braços sobre el pecho. De alli a poco sacaron por la mesma ventana vna pequeña cruz, hecha de cañas, y luego la boluieron a entrar. Esta señal nos confirmó, en que alguna Christiana deuia de estar cautiuana en aquella casa, y era la que el bien nos hazia: pero la blancura de la mano, y las axorcar que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos, que deuia de ser Christiana renegada, a quien de ordinario suelen tomar por legitimas mugeres sus memos amos, y aun lo tienen
a ven-

Quarta parte de don

auentura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todo: nuestros discursos, dimos muy le-xos de la verdad del caso, y así todo nuestro entre-tenimiento desde allí adelante, era mirar, y tener por norte, a la ventana donde nos auia aparecido la es-trella de la caña: pero bien se passaron quinze dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra se-ñal alguna. Y aunque en este tiempo procuramos con toda solitud, saber quié en aquella casa viuia, y si auia en ella alguna Christiana renegada, jamas huuo quien nos dixesse otra cosa, sino que allí viuia vn Moro principal, y rico, llamado Agimorato, Alcayde que auia sido de la Pata, que es oficio en-tre ellos de mucha calidad. Mas quando mas des-cuydados estauamos, de que por allí auian de llo-uier mas zianys, vimos a deshora parecer la caña, y otro lienço en ella, con otro nudo mas crecido: y esto fue a tiempo q̄ estaua el baño como la vez pas-sada, solo, y fingente. Hezimos la acostumbra-da prueua, yendo cada vno primero que yo, de los mis-mos tres que estauamos pero a ninguno se rindio la caña sino a mi, porque en llegando yo la dexaron caer. Desatè el nudo, y hallè quarenta escudos de oro Españoles, y vn papel escrito en Arauigo, y al cabo de lo escrito hecha vna grande cruz. Be-sè la cruz, tomè los escudos, boluime al terrado, hezimos todas nuestras zalemas, tornó a parecer la mano, hize señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos, y ale-gres con lo sucedido: y como ninguno de nosotros no entendia el Arauigo, era grande el desseo que teniamos de entender lo que el papel contenia,
y mayor,

y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me determinè de fiarme de vn renegado, natural de Murcia, que se auia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligauan a guardar el secreto que le encargasse: porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de boluerse a tierra de Christianos, traer consigo algunas firmas de cautiuos principales, en que dan fè, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien a Christianos, y que lleua desseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos ay, que procuran estas fees con buena intencion: otros se firuen dellas, a caso, y de industria: que viniendo a robar a tierra de Christianos, si a dicha se pierden, o los cautiuau, sacan sus firmas, y dizen, que por aquellos papeles se verà el proposito con que venian, el qual era, de quedarse en tierra de Christianos, y que por esto venian en corso con los demas Turcos. Con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Yglesia, sin que se les haga daño. y quando ven la suya, se bueluen a Berberia a ser lo que antes eran. Otros ay que vsan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de Christianos. Pues vno de los renegados que he dicho, era este amigo, el qual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditauamos quanto era possible: y si los Moros le hallaran estos papeles, le quemaran viuo. Supe que sabia muy bien Arauigo, y no solamente hablarlo, sino escriuirlo. Pero antes que del todo me declarasse con el, le dixè, q me leyese aquel papel,

que

Quarta parte de don

que a caso me auia hallado en vn agujero de mi rancho. Abriole, y estuu vn buen espacio mirándole, y construyendole, murmurando entre los dientes. Preguntele, si lo entendia? Dixome, que muy bien, y que si queria que me lo declarasse palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiziesse. Dimosle luego lo que pedia, y el, poco a poco lo fue traduziendo: y en acabando, dixo: Todo lo que va aqui en Romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel Morisco: y ha se de advertir, que adonde dize, Lela Marien, quiere dezir, Nuestra Señora la Virgen Maria. Leymos el papel, y dezia afsi.

Quando yo era niña, tenia mi padre vna esclaua, la qual en mi lengua me mostrò la Zala Christianesca, y me dixo muchas cosas de Lela Marien. La Christiana murio, y yo se que no fue al fuego, sino con Ala, porque despues la vi dos vezes, y me dixo, que me fuesse a tierra de Christianos, a ver a Lela Marien, que me queria mucho. No se yo como vaya muchos Christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido cauallero, sino tu. Yo soy muy hermosa, y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo. Mira tu si puedes hazer como nos vamos, y serás alla mi marido, si quisieres, y sino quisieres, no se me dará nada, que Lela Marien me dará con quien me case. Yo escriui esto, mira a quien lo das a leer, no te fies de ningun Moro, porque son todos marfuzes. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras a nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará luego en vn pozo, y me cubrira de piedras. En
la

la caña pondre vn hilo, ata alli la respuesta: y sino tienes quien te escriua Arauigo, dimelo por señas, que Lela Marien hara que te entienda. Ella, y Ala te guarde, y essa cruz que yo beso muchas vezes, que assi me lo mandò la cautiuu.

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirassen, y alegrassen: y assi lo vno, y lo otro fue de manera, que el renegado entendio, que no a caso se auia hallado aquel papel, sino que realméte a alguno de nosotros se auia escrito: y assi nos rogò, que si era verdad lo que sospechaua, q̄ nos fiassemos del, y se lo dixessemos, que el auenturaria su vida por nuestra libertad: y diziédo esto, sacò del pecho vn cruzifixo de metal, y con muchas lagrimas jurò por el Dios que aquella imagen representaua, en quien el, aunq̄ pecador, y malo, bien, y fielmente crehia, de guardarnos lealtad, y secreto, en todo quanto quisiésemos descubrirle, porq̄ le parecia, y casi adeuinaua, que por medio de aquella que aquel papel auia escrito, auia el, y todos nosotros de tener libertad, y verse el en lo que tanto dessea-ua, que era reduzirse al gremio de la santa Yglesia su madre, dé quien como miembro podrido estaua diuidido, y apartado, por su ignorancia, y pecado. Con tantas lagrimas, y con muestras de tanto arrepentimiento dixo esto el renegado, que todos de vn mesmo parecer, consentimos, y venimos en declararle la verdad del caso, y assi le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostramosle la ventanilla por donde parecia la caña, y el marcò desde alli la casa, y quodò de tener especial, y gran cuydado, de informarse quien
en

Quarta parte de don

en ella venia. Acordamos así mesmo, que sería biẽ responder al villete de la Mora: y como tenemos quien lo supiese hazer, luego al momento el renegado escriuió las razones que yo le fuy notando, q̃ puntualmente fueron las que dirè, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me aconrecieron, ninguno se me ha ydo de la memoria, ni aun se me yrá en tanto que tuuiere vida. En efeto, lo que a la Mora se le respondió, fue esto.

El verdadero Ala te guarde, señora mia. y aquella bendita Marien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en coraçon, que te vaya a tierra de Christianos, porque te quiere bien. Ruegale tu, que se sirua de darte a entender, como podras poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que si hará. De mi parte, y de la de todos estos Christianos que estan conmigo, te ofrezco de hazer por ti todo lo que pudieremos, hasta morir: No dexes de escriuirme, y auisarme lo que pensares hazer, que yo te respondere siempre, q̃ el grande Ala nos ha dado vn Christiano cautiuo, que sabe hablar, y escriuir tu lengua, tan bien como lo veras por este papel. Así que sin tener miedo, nos puedes auisar de todo lo que quisieres. A lo que dizes, que si fueres a tierra de Christianos, que has de ser mi muger: yo te lo prometo, como buen Christiano: y sabe que los Christianos cumplen lo que prometen, mejor que los Moros. Ala, y Marien su Madre sean en tu guarda, señora mia.

Escrito, y cerrado este papel, aguardè dos dias a que estuuiesse el baño solo, como solia, y luego sali al passo acostumbrado, del terradillo, por ver si la caña

caña parecia, que no tardò mucho en assomar. Assi como la vi, aunque no podia ver quien la ponía, mostre el papel, como dando a entender, que pusiesen el hilo: pero ya venia puesto en la caña, al qual atè el papel, y de alli a poco tornò a parecer nuestra estrella con la blanca vanderá de paz del atadillo, dexaronla caer, y alçela yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda, de plata, y de oro, mas de cinquenta escudos, los quales cinquenta vezes mas doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperança de tener libertad. Aquella misma noche boluio nuestro Renegado, y nos dixo, que auia sabido que en aquella casa viuia el mesmo Moro q̄ a nosotros auian dicho que se llamaua Agüimorato, riquísimo por todo estremo, el qual tenia vna sola hija, heredera de toda su hazienda: y que era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berberia: y que muchos de los Virreyes que alli venian la auian pedido por muger, y que ella nunca se auia querido casar: y que también supo, que tuuo vna Christiana cautiuá, que ya se auia muerto. Todo lo qual concertaua con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado, en que orden se tendria para sacar a la Mora, y vernos todos a tierra de Christianos: y en fin se acordò por entonces, que esperassemos al auiso segundo de Zorayda, que assi se llamaua la que agora quiere llamarse Maria. Porque bien vimos, que ella y no otra alguna era la que auia de dar medio a todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dixo el Renegado, que no tuuiessemos pena, que el perderia la vida, o no se podría en libertad.

Quarta parte de don

Quatro dias estuu el baño con gente, que fue ocasion que quatro dias tardasse en parecer la caña: al cabo de los quales en la acostumbada soledad del baño parecio con el lienço tan preñado, que vn felicissimo parto prometia. Inclinosse a mi la caña, y el lienço, hallé en el otro papel, y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaua alli el Renegado, dimosle a leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que assi dezia.

Yo no se, mi señor, como dar orden que nos vamos a España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunq̃ yo se lo he preguntado: lo que se podra hazer, es, que yo os dare por esta ventana muchissimos dineros de oro, rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya vno en tierra de Christianos, y compre alla vna barca, y buelua por los demas, y a mi me hallará en el jardin de mi padre, que está a la puerta de Babazon, junto a la marina, donde tengo de estar todo este Verano con mi padre, y con mis criados: de alli de noche me podreys sacar sin miedo, y llevarme a la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque sino yo pediré a Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tu y ve, que yo se que bolueras mejor que otro, pues eres cauallero, y Christiano. Procura saber el jardin, y quando te paffees por ahi sabre que está solo el baño, y te dare mucho dinero. Ala te guarde, señor mio.

Esto dezia y contenia el segundo papel: lo qual visto por todos, cada vno se ofrecio a querer ser el rescatado, y prometio de yr, y boluer con toda puntualidad, y tambien yo me ofreci a lo mismo: a todo

lo qual se opuso el Renegado, diziendo, que en ninguna manera consentiria que ninguno saliesse de libertad hasta que fuesen todos juntos: porque la experiencia le auia mostrado, quan mal cumplian los libres las palabras que dauan en el cautiuerio: porque muchas vezes auian vsado de aquel remedio algunos principales cautiuos, rescutando a vno que fuesse a Valencia, o Mallorca con dineros para poder armar vna barca, y boluer por los que le auian rescutado, y nunca auian buuelto: porque de la libertad alcançada, y el temor de no boluer a perderla, les borraua de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos dezia, nos conto breuemente vn caso, que casi en aquella mesma sazon auia acaecido a vnos caualleros Christianos, el mas estraño que jamas sucedio en aquellas partes, donde a cada passo suceden cosas de grande espanto, y de admiracion. En efecto el vino a dezir, que lo que se podia y deuia hazer, era, que el dinero que se auia de dar para rescatar al Christiano, que se le diessse a el, para comprar alli en Argel vna barca, con achaque de hazerse mercader y tratante en Tetuan, y en aquella costa, y que siendo el señor de la barca facilmente se daria traça para sacarlos del baño, y embarcarlos a todos. Quanto mas que si la Mora, como ella dezia, daua dineros para rescatarlos a todos, que estando libres era facilissima cosa aun embarcarse en la mitad del dia: y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los Moros no consienten, que renegado alguno compre ni tenga barca, sino es baxel grande para yr en corso: porque se temen, que el que compra

Quarta parte de don

barca, principalmente si es Español, no la quiere sino para yrse a tierra de Christianos: pero que el facilitaria este inconueniente, con hazer que vn Moro Tangerino fuesse a la parte con el en la compañía de la barca, y en la ganancia de las mercancias; y con esta sombra el vendria a ser señor de la barca, con que daua por acabado todo lo demas. Y puesto que a mi y a mis camaradas nos auia parecido mejor lo de embiar por la barca a Mallorca, como la Moradezia, no osamos contradezirle, temerosos que sino haziamos lo que el dezia, nos auia de descubrir, y poner a peligro de perder las vidas, si descubriessse el trato de Zorayda, por cuya vida dieramos todas las nuestras: y assi determinamos de poner nos en las manos de Dios, y en las del Renegado. Y en aquel mesmo punto se le respondio a Zorayda, diziendole que haríamos todo quanto nos aconsejaua, porque lo auia advertido tan bien, como si Lela Marien se lo huiera dicho, y que en ella sola estaua dilatar aquel negocio, o ponello luego por obra. Ofrecimele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaecio a estar solo el baño, en diuersas vezes con la caña y el paño, nos dio dos mil escudos de oro, y vn papel donde dezia, que el primer Iuma, que es el Viernes, se yua al jardin de su padre, y que antes que se fuesse nos daria mas dinero: y que si aquello no bastasse, que se lo auisassemos, que nos daria quanto le pidiessemos, que su padre tenia tantos, que no lo echaria menos, quanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado, para comprar la barca: con ochocientos me rescate yo, dando el

do el dinero a vn mercader Valenciano, que a la sazón se hallaua en Argel, el qual me rescató del Rey, tomandome sobre su palabra, dandola, de que con el primer baxel que viniessse de Valencia pagaria mi rescate. Porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que auia muchos dias que mi rescate estaua en Argel, y que el mercader por sus grangerias lo auia callado. Finalmente, mi amo era tan cauiloso, que en ninguna manera me atreui a que luego se desembolfasse el dinero. El Iueves antes del Viernes, que la hermosa Zorayda se auia de yr al jardin, nos dio otros mil escudos, y nos auiso de su partida: rogandome, que si me rescataffe su piessse luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de yr alla, y verla. Respondile en breues palabras, que assi lo haria, y que tuuiesse cuydado de encomendarnos a Lela Marien, con todas aquellas oraciones que la cautiuua le auia enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescataffen, por facilitar la salida del baño: y porque viendome a mi rescatado, y a ellos no, pues auia dinero, no se alborotassen, y les persuadiesse el diablo que hiziesse alguna cola en perjuizio de Zorayda: que puesto q̄ el ser ellos quien eran, me podia assegurar deste temor, con todo esso no quise poner el negocio en auentura, y assi los hize rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad, pudiesse hazer la fiança: al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que auia.

Quarta parte de don

Cap. XLI. Donde cada via prosigue el cautino su
sucesso.



O Se passaron quinze dias, quando ya nuestro Renegado tenia comprada vna muy buena barca, capaz de mas de treynta personas: y para assegurar su hecho, y dalle color, quiso hazer, como hizo, vn viaje a vn lugar que se llamaua Sargel, que está treynta leguas de Argel házia la parte de Oran, en el qual ay mucha contratacion de higos passos. Dos, o tres vezes hizo este viaje en compañía del Tagarino que auia dicho. Tagarinos llaman en Berneria a los Moros de Aragon: y a los de Granada, Mudejares: y en el Reyno de Fez llaman a los Mudejares, Elches, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirue en la guerra. Digo pues, que cada vez que passaua con su barca daua fondo en vna caleta, que estaua no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaua: y alli muy de proposito se ponía el Renegado con los Morillos que bogauan el remo, o ya a hazer la çala, o a como por ensayarse de burlas, a lo que pensaua hazer de veras: y assi se yua al jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y su padre se la daua sin conocelle: y aunque el quisiera hablar a Zorayda, como el despues me dixó, y dezille que el era el que por orden mia la auia de llevar a tierra de Christianos, que estuuiesse contenta y segura, nunca le fue posible, porque las Moras no se dexan ver de ningun Moro, ni Turco, sino es que su marido, o su padre se lo manden. De

Christi

Christianos cautiuos se dexan tratar y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable: y a mi me huuiera pesado que ella huuiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaua en boca de renegados. Pero Dios que lo ordenaua de otra manera, no dio lugar al buen desseo que nuestro Renegado tenia: el qual viendo quan seguramente yua y venia a Sargel, y que daua fondo quando, y como, y adonde queria, y que el Tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaua, y que yo estaua ya rescitado, y que solo faltaua buscar algunos Christianos que bogassen el remo, me dixo, que mirasse yo quales queria traer conmigo, fuera de los rescitados, y que los tuuiesse hablados para el primer Viernes, donde tenia determinado que fuesse nuestra partida. Viendo esto, hablè a doze Españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estauan veynte baxeles en corso, y se auian lleuado toda la gente de remo: y estos no se hallaran sino fuera que su amo se quedò aquel Verano sin yr en corso a acabar vna galeota que tenia en Arstillero. A los quales no les dixè otra cosa, sino que el primer Viernes en la tarde se saliesse vno a vno disimuladamente, y se fuesse la buelta del jardin de Aguimorato, y que alli me aguardassen hasta que yo fuesse. A cada vno di este auiso de por si, con orden, que aunque alli viesse otros Christianos, no les dixessen, sino que yo les auia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me fal-

Quarta parte de don

raua hazer otra, que era la que mas me conuenia, y era la de auisar a Zorayda en el punto que estauan los negocios, para que estuuiesse apercebida, y sobre auiso, que no se sobrefaltasse, si de improviso la assaltassemos antes del tiempo que ella podia imaginar, que la barca de Christianos podia boluer. Y assi determinè de yr al jardin, y ver si podria hablarla: y con ocasion de coger algunas yeruas, vn dia antes de mi partida foy alla, y la primera persona con quien encontrè fue con su padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Berberia, y aun en Constantinopla se halla entre cautiuos, y Moros, que ni es Morisca, ni Castellana, ni de otra nacion alguna, sino vna mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de lenguaje me preguntò, que que buscava en aquel su jardin, y de quien era. Respondile, que era esclauo de Arnaute Mami (y esto porque sabia yo por muy cierto, que era vn grandissimo amigo suyo) y que buscava de todas yeruas para hazer ensalada. Preguntome por el consiguiente, si era hombre de rescate, o no, y que quanto pedia mi amo por mi. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salio de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya auia mucho que me auia visto: y como las Moras en ninguna manera hazen melindre de mostrarse a los Christianos, ni tampoco se esquiuan (como ya he dicho) no se le dio nada de venir a donde su padre conmigo estaua, antes luego quando su padre vio que venia y de espacio, la llamò, y mandò que llegasse. Demasiada cosa seria dezir yo aora la mucha

cha hermosura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostrò a mis ojos: solo dire, que mas perlas pendian de su hermosissimo cuello, orejas, y cabellos, que cabellos tenia en la cabeça. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas a su vfança trahia, trahia dos carcaxes (que assi se llamauan las manillas, o axorcas de los pies, en Morisco) de purissimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimaua en diez mil doblas; y las que trahia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad, y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las Moras, es adornarse de ricas perlas, y aljofar: y assi ay mas perlas y aljofar entre Moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenía fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel auia, y de tener assi mesmo mas de dozientos mil escudos Españoles: de todo lo qual era señora esta que aora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa, o no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podra conjeturar qual deuia de ser en las prosperidades? Porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias, y fazones, y requiere accidentes para disminuirse, o acrecentarse: y es natural cosa que las pasiones del animo la leuanten, o baxen, puesto que las mas vezes la destruyen. Digo en fin, que entonces llegó en todo estremo adereçada, y en todo estremo hermosa, o alomenos a mi me parecio serlo la mas que hasta entonces auia visto: y có esto viendo las obligaciones

Quarta parte de don

en que me auia puesto, me parecia que tenia delante de mi vna deidad del cielo, venida a la tierra para mi gusto, y para mi remedio. Assi como ella llegò, le dixo su padre en su lengua, como yo era cautiuo de su amigo Arnaut Mami, y que venia a buscar en salada. Ella tomò la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntò, si era cauallero, y que era la causa que no me rescataua. Yo le respondi: Que ya estaua rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaua, pues auia dado por mi, mil y quinientos çoltamis. A lo qual ella respondió: En verdad que si tu fueras de mi padre, que yo hiziera que no te diera el por otros dos tantos: porq̄ vosotros Christianos, siempre mentis en quanto dezis, y os hazeys pobres, por engañar a los Moros. Bien podria ser esso señora, le respondi, mas en verdad, que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la tratare con quantas personas ay en el mundo. Y quando te vas, dixo Zorayda? Mañana creo yo, dixè: porque està aqui vn baxel de Francia, que se haze mañana a la vela, y pienso yrme con el. No es mejor (replicò Zorayda) esperar a que vengan baxeles de España, y yrte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondi yo, aunque si como ay nueuas que viene ya vn baxel de España es verdad, toda via yo le aguardare, puesto que es mas cierto el partirme mañana: porque el desseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dexarà esperar otra comodidad si se tarda, por mejor que sea. Deues de ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por
ello

esso desfeas yr a verte con tu muger? No foy, respondi yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando alla. Y es hermosa la dama a quien se la diste, dixo Zorayda? Tan hermosa es, respondi yo, que para encarecella, y dezirte la verdad, te parece a ti mucho. Desto se riò muy de veras su padre, y dixo: Guala Christiano, que deue de ser muy hermosa si se parece a mi hija, que es la mas hermosa de todo este Reyno? Sino mirala bien, y veras como te digo verdad. Seruiamos de interprete a las mas destas palabras y razones, el padre de Zorayda, como mas ladino, que aunque ella hablaua la bastarda lengua, que como he dicho alli se vsa, mas declaraua su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas, y otras muchas razones, llegó vn Moro corriendo, y dixo a grandes voces, que por las bardas, o paredes del jardin, auian saltado quatro Turcos, y andauan cogiendo la fruta, aunque no estaua madura. Sobresaltose el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda. Porque es comun, y casi natural, el miedo que los Moros a los Turcos tienen, especialmente a los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros que a ellos estan sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclauos suyos. Digo pues, que dixo su padre a Zorayda: Hija, retirate a la casa, y encierrate, en tanto que yo voy a hablar a estos canes: y tu Christiano busca tus yeruas, y vete en buè hora, y lleuete Ala cò bien a tu tierra. Yo me inclinè, y el se fue a buscar los Turcos, dexandome solo con Zorayda, que començò a dar muestras de yrse donde su padre la auia mandado. Pero a penas el se encubrio con los arboles del

jardin,

Quarta parte de don

jardin, quando ella boluiesse a mi, llenos los ojos de lagrimas, me dixo: Amexi Christiano, Amexi, que quiere dezir: Vaste Christiano, vaste? Yo la respondi: Señora si, pero no en ninguna manera sinti: el primero luma me aguarda, y no te sobrefaltes quando nos veas, que sin duda alguna yremos a tierra de Christianos. Yo le dixe esto de manera, que ella me entendio muy bien a todas las razones que entrambos passamos: y echandome vn brazo al cuello, con desmayados passos començò a caminar hàzia la casa: y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he còrado, con vn brazo al cuello, su padre que ya boluia de hazer yr a los Turcos, nos vio de la suerte y manera que yuamos, y nosotros vimos que el nos auia visto. Pero Zorayda aduertida, y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegò mas a mi, y puso su cabeça sobre mi pecho, doblando vn poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaua: y yo ansi mismo di a entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegò corriendo a donde estauamos, y viendo a su hija de aquella manera le preguntò, que que tenia. Pero como ella no le respondiessse, dixo su padre: Sin duda alguna, que con el sobrefalto de la entrada de estos canes se ha desmayado; y quitandola del mio, la arrimò a su pecho: y ella dando vn suspiro, y aun no enxutos los ojos de lagrimas, boluio a dezir: Amexi Christiano, Amexi: Vete Christiano, vete. A lo que su padre respondió: No importa hija que el Christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los

y los Turcos ya son ydos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna ay que pueda darte pesadumbre: pues como ya te he dicho, los Turcos a mi ruego se boluieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dixen yo a su padre: mas pues ella dize que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre; quedate en paz, y con tu licencia boluere, si fuere menester por yeruas a este jardín, que segun dize mi amo, en ninguno las ay mejores para ensalada, que en el. Todas las que quisieres podras boluer, respondió Aguimorato, que mi hija no dize esto porque tu, ni ninguno de los Christianos la enojauan, sino que por dezir que los Turcos se fuessen, dixo que tute fuesses, o porque ya era hora que buscasles tus yeruas. Con esto me despedi al punto de entrambos, y ella arrancandosele el alma (al parecer) se fue con su padre. Y yo con achaque de buscar las yeruas, rodè muy bien, y a mi plazer todo el jardín. Mirè bien las entradas, y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer, para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y di cuenta de quanto auia passado al Renegado, y a mis compañeros: y ya no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se passò, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan desseado: y siguiendo todos el orden y parecer, que con discreta consideracion, y largo discurso muchas vezes auiamos dado, tuuimos el buen suceso que desseauamos. Porque el Viernes, que se siguió al dia que yo con Zorayda hablé en
el

Quarta parte de don

el jardin, Morrenago al anohecer dio fondo con la barca, casi frontero de donde la hermosissima Zorayda estaua. Ya los Christianos que auian de bogar el remo, estauan preuenidos, y escondidos por diuersas partes de todos aquellos alrrededores. Todos estauan suspensos y alborozados, aguardandome, desseosos ya de enuestir con el baxel, que a los ojos tenian: porque ellos no sabian el concierto del Renegado, sino que pensauan que a fuerça de braços auian de auer y ganar la libertad, quitando la vida a los Moros que dentro de la barca estauan. Sucedió pues, que assi como yo me mostrè, y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron, se vinieron llegando a nosotros. Esto era ya a tiempo que la ciudad estaua ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estauimos juntos, dudamos si seria mejor yr primero por Zorayda, o rendir primero a los Moros vagarinos, que bogauan el remo en la barca. Y estando en esta duda, llegó a nosotros nuestro Renegado, diziendonos, que en que nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus Moros estauan descuydados, y los mas de ellos durmiendo. Diximosle en lo que reparauamos, y el dixo, que lo que mas importaua, era rendir primero el baxel, que se podia hazer con grandissima facilidad, y sin peligro alguno, y que luego podiamos yr por Zorayda. Parecionos bien a todos lo que dezia, y assi sin detenernos mas, haziendo el la guia llegamos al baxel, y saltando el dentro primero metio mano a vn alfanje, y dixo en Morisco: Ninguno de vosotros se mueua de aqui,
sino

fino quiere que le quite la vida. Ya a este tiempo auian entrado dentro casi todos los Christianos. Los Moros que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera a su Arracz, quedaron espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano a las armas, que pocas, o casi ningunas tenian, se dexaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los Christianos, los quales con mucha presteza lo hizieron; amenazando a los Moros, que si alçauan por alguna via o manera la voz, que luego al punto los passarian todo a cuchillo. Hecho ya esto, quedandose en guardia dellos la mitad de los nuestros: los que quedauamos, haziendonos afsi mismo el renegado la guia, fuyamos al jardin de Agui-morato, y quiso la buena suerte, que llegando a abrir la puerta, se abrio con tanta facilidad, como si cerrada no estuuiera, y afsi con gran quietud y silencio llegamos a la casa sin ser sentidos de nadie. Estaua la bellissima Zorayda aguardandonos a vna ventana, y afsi como sintio gente, preguntò con voz baxa, si eramos Nizarani, como si dixera, o preguntara, si eramos Christianos? Yo le respondi, que si, y que baxasse. Quando ella me conocio, no se detiuo vn punto, porque sin responderme palabra, baxò en vn instante: abrio la puerta, y mostrose a todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto a encarecer. Luego q̄ yo la vi le tomè vna mano, y la comencè a besar, y el Renegado hizo lo mismo, y mis dos camaradas: y los demas que el caso no sabian, hizieron lo que vieron que nosotros haziamos, q̄ no parecia sino que le dauamos las gracias, y la reconociamos por señora de nra libertad.

Quarta parte de don

El Renegado le dixo en lengua Morisca, si estaua su padre en el jardin? Ella respondió que sí, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el Renegado, y lleuarnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dixo ella, a mi padre no se ha de tocar en ningún modo: y en esta casa no ay otra cosa que lo que yo lleuo, que es tanto, que bien aura para que todos quedey ricos, y contentos: y esperaos vn poco y lo vereys. Y diziendo esto, se boluio a entrar, diziendo, que muy presto bolueria, que nos estuuiessemos quedos, sin hazer ningún ruydo. Preguntele al Renegado, lo que con ella auia pasado: el qual me lo contó, a quien yo dixé, que en ninguna cosa se auia de hazer mas de lo que Zorayda quisiesse. La qual ya boluia cargada con vn cofrezillo lleno de elcudos de oro, tantos, que apenas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertasse en el interin, y sintiessé el ruydo que andaua en el jardin, y assomandose a la ventana, luego conocio que todos los que en el estauan eran Christianos, y dando muchas, grandes, y desafortadas voces, començò a dezir en Arauigo, Christianos, Christianos; ladrones, ladrones: por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandissima y temerosa confusion. Pero el Renegado viendo el peligro en que estuamos, y lo mucho que le importaua salir con aquella empresa, antes de ser sentido, con grandissima presteza subio donde Aguirato estaua: y juntamente con el fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar a la Zorayda, que como desmayada se

auia dexado caer en mis braços: en resolucion los que subieron se dieron tan buena maña, que en vn momento baxaron con Agimorato, trayendole atadas las manos, y puesto vn pañuzelo en la boca, que no le dexaua hablar palabra, amenazandole que el hablarla le auia de costar la vida. Quando su hija le vio, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedò espantado, ignorando quan de su voluntad se auia puesto en nuestras manos. Mas entonces siéndomas necesarios los pies, con diligencia, y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella auian quedado nos esperauan, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas passadas de la noche quando ya estauamos todos en la barca, en la qual se le quitò al padre de Zorayda la atadura de las manos, y el paño de la boca: pero tornole a dezir el renegado, que no hablasse palabra, que le quitarian la vida: el como vio alli a su hija començò a suspirar ternissimamente, y mas quando vio que yo estrechamente la tenia abraçada, y que ella sin defender, quejarse, ni esquiuarle, se estaua queda, pero con todo esto callaua, porque no pusiessen en efeto las muchas amenazas que el renegado le hazia. Viendo se pues Zorayda ya en la barca, y que queriamos darlos remos al agua, y viendo alli a su padre, y a los demas Moros que atados estauan, le dixo al renegado, que me dixesse le hiziesse merced de foltar a aquellos Moros, y de dar libertad a su padre, porque antes se arrojaria en la mar que ver delite de sus ojos, y por causa suya lleuar cautiuo a vn padre que tanto la auia querido. El renegado me lo

Quarta parte de don

dixo, y yo respondi, que era muy contento: pero el respondio, que no conuenia, a causa que si alli los dexauan apellidarian luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesse a buscarlos con algunas fragatas ligeras, y les tomassen la tierra, y la mar, de manera, que no pudiessimos escaparnos, que lo que se podria hazer, era darles libertad en llegando a la primera tierra de Christianos: en este parecer venimos todos, y Zorayda, a quien se le dio cuenta, con las causas que nos mouian a no hazer luego lo que queria: tambien se satisfizo, y luego con regozijado silencio, y alegre diligencia cada vno de nuestros valientes remeros tomò su remo, y començamos, encomendandonos a Dios de todo coraçon, a nauegar la buelta de las Islas de Mallorca, que es la tierra de Christianos mas cerca: pero a causa de soplar vn poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forçoso dexarnos yr tierra, a tierra la buelta de Oran, no sin mucha pesadübre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel: y assi mismo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Tetuan, aunque cada vno por si, y por todos jutos presumiamos de que si se encõtraua galeota de mercancia, como no fuesse de las que andan en corso, que no solo no nos perderiamos, mas que tomariamos baxel donde con mas seguridad pudiessimos acabar nuestro viaje. Yua Zorayda, en tanto que se nauegaa, puesta la cabeça entre mis manos, por no

ver a su padre, y sentia yo que yua llamando a Le-
la Marien, que nos ayudasse. Bien auriamos naue-
gado terynta millas, quando nos amanecio, como
tres tiros de arcabuz desuiados de tierra, toda la
qual vimos desierta, y sin nadie que nos descubries-
se, pero con todo esso nos fuymos a fuerça de
braços entrando vn poco en la mar, que ya esta-
ua algo mas soffegado, y auiendo entrado casi dos
leguas, diose orden que se bogasse a quartales en
tanto que comiamos algo, que yua bien proueyda
la barca, puesto que los que bogauan dixeron que
no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que
les dieffen de comer los que no bogauan, que ellos
no querian soltar los remos de las manos en ma-
nera alguna. Hizose ansi, y en esto començò a so-
plar vn viento largo que nos obligò a hazer lue-
go vela, y a dexar el remo, y endereçar a Oran por
no ser posible poder hazer otro viaje: todo se hi-
zo con mucha presteza, y assi a la vela navegamos
por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro te-
mor alguno, sino el de encontrar con baxel que
de corso fuesse. Dimos de comer a los Moros va-
garnos, y el renegado les consolò, diziendoles co-
mo no yuan cauiuos, que en la primera ocasion
les darian libertad: lo mismo se le dixo al padre de
Zorayda, el qual respondió: Qualquiera otra co-
sa pudiera yo esperar, y creer de vuestra liberali-
dad, y buen termino, o Christianos, mas el darme
libertad, no me tengais por tan simple, que lo ima-
gine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de
quitarmela para boruerla tan liberalmente, espe-
cialmente sabiendo quiẽ soy yo, y el interresse que

Quarta parte de don

se os puede seguir de darmela, el qual interese si le quereys poner nõbre desde aqui os ofrezco todo a quello que quisieredes por mi, y por essa desdichada hija mia, o sino por ella sola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diziendo esto, començò a llorar tan amargamente, que a todos nos mouio a compasion, y forçò a Zorayda, que le mirasse, la qual viendole llorar asì se enternecio, q̄ se leuantò de mis pies, y fue a abraçar a su padre, y juntando su rostro con el suyo, començaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que alli yuamos le acompañamos en el: pero quando su padre la vio adornada de fiesta, y con tantas joyas sobre si, le dixo en su lengua: *Que es esto hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediesse esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios, y caseros vestidos, y agora sin que ayas tenido tiempo de vestirte, y sin auerte dado alguna nueua alegre de solenizarle con adornarte, y pulirte te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe, y pude darte, quando nos fue la ventura mas fauorable? Respondeme a esto, que me tienen mas suspenso, y admirado, que la misma desgracia en que me hallo? Todo lo que el Moro dezia a su hija, nos lo declaraua el renegado, y ella no le respondia palabra: pero quando el vio a vn lado de la barca el cofrezillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia el bien que le auia dexado en Argel, y no traydole el jardin, quedò mas confuso, y preguntole, que como aquel cofre auia venido a nuestras manos, y que era lo que venia dentro? A lo qual el renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiesse,*

diessle, le respondió : No te canses señor en preguntar a Zorayda tu hija tantas cosas , porque con vna que yo te responda te satisfare a todas : y assi quiero , que sepas que ella es Christiana , y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas , y la libertad de nuestro cautiuerio : ella va aqui de su voluntad tan contenta , a lo que yo imagino , de verse en este estado , como el q̄ sale de las tinieblas de la luz de la muerte a la vida , y de la pena a la gloria . Es verdad lo que este dize hija , dixo el Moro ? Assi es respondió Zorayda . Que en efeto , replicò el viejo , tu eres Christiana , y la que ha puesto a su padre en poder de sus enemigos ? A lo qual respondió Zorayda : La que es Christiana yo soy : pero no la que te ha puesto en este punto , porque nunca mi deſseo se estendio a dexarte , ni a hazerte mal , sino a hazerme a mi bien . Y que bien es el que te has hecho hija ? Eſso , respondió ella , preguntaselo tu a Lela Marien , que ella te lo sabra dezir mejor que no yo . Apenas huuo oydo esto el Moro , quando con vna increíble presteza se arrojò de cabeça en la mar . donde sin ninguna duda se ahogara si el vestido largo , y embaraçoso que traya no le entretuuiera vn poco sobre el agua . Diò bozes Zorayda que le sacafsen , y assi acudimos luego todos , y asiendole de la almalafa le sacamos medio ahogado , y sin sentido , de que recibio tanta pena Zorayda , que como si fuera ya muerto hazia sobre el vn tierno , y doloroso llanto . Boluimosle boca a baxo , boluio mucha agua : tornò en si alcabo de dos horas , en las quales auriendose trocado el viento nos conuino boluer házia tierra , y hazer fuerça de remos por no

Quarta parte de don

enuestrir en ella : mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos a vna cala que se haze allado de vn pequeño promontorio, o cabo, que de los Moros es llamado el de la Caua Rumia, que en nuestra lengua quiere dezir la mala muger Christiana, y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar está enterrada la Caua, por quien se perdio España: porque Caua en su lengua, quiere dezir muger mala, y Rumia Christiana, y aun tienen por mal agüero llegar alli a dar fondo, quando la necesidad les fuerza a ello, porque nunca le dan fin ella, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala muger, sino puesto seguro de nuestro remedio, segun andaua alterada la mar. Pusimos nuestras centienelas en tierra, y no dexamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado auia proveydo, y rogamos a Dios, y a nuestra Señora de todo nuestro coraçon que nos ayudasse, y favoreciesse, para que felicemente diessemos fin a tan dichoso principio. Diose orden a suplicacion de Zorayda como echassemos en tierra a su padre, y a todos los demas Moros que alli atados venian: porque no le bastaua el animo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado a su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hazerlo afsi al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuesen oydas del cielo, que en nuestro fauor luego boluio el viento tranquilo el mar, combidandonos a que tornassemos alegres a proseguir nuestro començado viaje. Viendo es-

to desatamos a los Moros, y vno a vno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados: pero llegando a desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaua en todo su acuerdo, dixo. Porque pensays Christianos que esta mala hembra huelga de que me deys libertad? Pensays que es por piedad que de mi tiene? no por cierto, sino que lo haze por el estoruo que le darà mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos deseos, ni penseys que la ha mouido a mudar religion, entender ella que la vuestra a la nuestra se auentaja, sino el saber que en vuestra tierra se via la deshonestidad mas libremente que en la nuestra: y boluiendose a Zorayda, teniendole yo, y otro Christiano de entrambos braços asido, porque algun desatino no hiziesse, le dixo: O infame moça, y mala aconsejada muchacha, adonde vas ciega, y desatinada en poder de estos perros naturales enemigos nuestros. Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos, y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo que lleuaua termino de no acabar tan presto, di priessa a ponelle en tierra, y desde alli a bozes profugiu en sus maldiciones, y lamentos, rogando a Mahoma rogasse a Ala que nos destruyesse, confundiesse, y acabasse: y quando por auernos hecho a la vela no podimos oyr sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, messarse los cabellos, y arrastrarse por el suelo: mas vna vez esforçò la voz de tal manera que podimos entender que dezia: Buelue amada hija, buelue a tierra que todo te lo perdono, entrega a estos hombres esse dinero que ya es su-

Quarta parte de don

yo, y buelue a consolar a este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexarà la vida si tu le dexas. Todo lo qual escuchaua Zorayda, y todo lo sentia, y lloraua, y no supo dezirle, ni respondelle palabra, sino: Plega a Ala padre mio, que Lela Marien, que ha sido la causa de que yo sea Christiana, ella te consuele en tu tristeza. Ala sabe bien, que no puede hazer otra cosa de la que he hecho, y que estos Christianos no deuen nada a mi voluntad, pues aun que quisiera no venir con ellos, y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priessa que me daua mi alma a poner por obra esta q̄ a mi me parece tan buena, como tu padre amado la juzgas por mala. Esto dixo a tiempo que ni su padre la oya, ni nosotros ya le veyamos: y assi consolando yo a Zorayda atendimos todos a nuestro viaje, el qual nos le facilitaua el proprio viento, de tal manera, que bien tuuimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España: mas como pocas vezes, o nūca viene el biē puro, y senzillo sin ser acompañado, o seguido de algun mal que le turbe o sobrefalte, quiso nuestra ventura, o quiça las maldiciones que el Moro a su hija auia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean: quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi passadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baxa, frenillados los remos, porq̄ el prospero viento nos quitaua del trabajo de auerlos menester con la luz de la Luna, que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros vn baxel redondo que con todas las velas tendidas, lleuando vn poco a orça el timon delante de

de nosotros atraueflaua, y esto tan cerca que nos fue forçoso amaynar por no enueflirle, y ellos asimismo hizieron fuerça de timon para darnos lugar que passassemos: auianse puesto a bordo del baxel a preguntarnos quien eramos, y adonde nauagauamos, y de donde veniamos: pero por preguntarnos esto en lengua Francesa, dixo nuestro renegado: Ninguno responda, porque estos sin duda son colarios Franceses, que hazen a toda ropa: por este aduertimiento ninguno respondió palabra, y auiendo pasado vn poco delante, que ya el baxel quedaua sotauento de improuiso soltaron dos pieças de artilleria, y a lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con vna cortaron nuestro arbol por medio, y dieron con el, y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieça vino a dar la vela en mitad de nuestra barca, de modo que la abrio toda sin hazer otro mal alguno: pero como nosotros nos vimos yr a fondo, començamos todos a grandes bozes a pedir socorro, y a rogar a los del baxel que nos acogiesen, porque nos anegauamos: amaynaron entôces, y echando el esquite o barca a lamar, entraron en el hasta doze Franceses bien armados con sus arcabuzes, y cuerdas encendidas, y assi llegaron junto al nuestro, y viendo quan pocos eramos, y como el baxel se hundia nos recogieron, diziendo, que por auer vsado de la descortesia de no respondelles nos auia sucedido aquello. Nuestro renegado tomò el cofre de las riquezas de Zorayda, y dio con el en la mar sin que ninguno echasse de ver en lo que hazia: en resolucion todos passamos con los Fran-

Quarta parte de don

ceses, los quales despues de auerse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo quanto teniamos, y a Zorayda le quitaron hasta los carcaxes que trahia en los pies, pero no me daua a mi tanta pesadumbre la que a Zorayda dauan, como me la daua el temor que tenia de que auian de passar del quitar de las riquissimas, y preciosissimas joyas, al quitar de la joya que mas valia, y ella mas estimaua, pero los desseos de aquella gente no se estienda mas que al dinero, y desto jamas se vee harta su codicia, lo qual entonces llegò a tanto, que aun hasta los vestidos de cautiuos nos quitaran si de algun prouecho les fueran: y huuo parecer entre ellos de que a todos nos arrojasen a la mar embueltos en vna vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran Bretones, y si nos lleuauan viuos serian castigados siendo descubierto su hurto, mas el Capitan que era el que auia despojado a mi querida Zorayda, dixo que el se contentaua con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino passar el estrecho de Gibraltar de noche, o como pudiese, y yrse a la Rochela de donde auia salido, y assi tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su nauio, y todo lo necessario, para la corta nauegacion que nos quedaua, como lo hizieron otro dia, ya a vista de tierra de España, con la qual vista, todas nuestras pesadumbres, y pobre-

zas se nos olvidaron de todo punto , como si no huuieran passado por nosotros, tanto es el gusto de alcançar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser , quando nos echaron en la barca , dandonos dos barriles de agua , y algun bizcocho , y el Capitan mouido no se de que misericordia al embarcarse la hermosissisima Zorayda le dio hasta quarenta escudos de oro , y no consintio que le quitassen sus soldados estos mesmos vestidos, que ahora tiene puestos. Entramos en el baxel , dimosles las gracias por el bien que nos hazian , mostrandonos mas agradecidos que quexosos : ellos se hizieron a lo largo siguiendo la derrota del estrecho , nosotros sin mirar a otro Norte , que a la tierra que senos mostraua delante , nos dimos tanta priesa a bogar , que al poner del Sol estauamos tan cerca , que bien pudieramos a nuestro parecer , llegar antes que fuera muy noche , pero por no parecer en aquella noche la Luna , y el cielo mostrarse escuro , y por ignorar el parage en que estauamos , no nos parecio cosa segura enuestir en tierra , como a muchos de nosotros les parecia , diziendo , que diessemos en ella , aunque fuesse en vnas peñas , y lexos despoblado , porque assi assegurariamos el temor que de razon se deuia tener , que por alli anduuiessen baxeles de cofarios de Tetuan , los quales anoche cen en Berberia , y amanecen en las Costas de España , y hazē de ordinario presa , y se buelue a dormir a sus casas : pero de los cōtrarios pareceres , el que

Quarta parte de don

que se tomò fue , que nos llegassem poco a poco , y que si el folsiego del mar lo concediesse , desembarcassemos donde pudiessemos. Hizose assi , y poco antes de la media noche seria , quando llegamos al pie de vna disformissima , y alta montaña , no tan junto al mar , que no concediesse vn poco de espacio , para poder desembarcar comodamente , enuestimos en la arena , salimos todos a tierra , y besamos el suelo , y con lagrimas de muy alegrissimo contento , dimos todos gracias a Dios Señor nuestro , por el bien tan incomparable , que nos auia hecho en nuestro viaje : sacamos de la barca los bastimentos que tenia , tiramosla en tierra , y subimos vn grandissimo trecho en la montaña , porque aun alli estauamos , y aun no podiamos assegurar el pecho , ni acabauamos de creer que era tierra de Christianos la que ya nos sostenia. Amanecio mas tarde , a mi parecer , de lo que quisiéramos : acabamos de subir toda la montaña por ver si desde alli algun poblado se descubria , o algunas cabañas de pastores , pero aunque mas tendimos la vista , ni poblado ni persona , ni senda , ni camino descubrimos. Cõ todo esto detèrminamos de entrarnos la tierra a dètro : pues no podria ser menos , sino que presto descubriessemos quien nos diessé noticia della : pero lo q̃ a mi mas me fatigaua , era el ver yr a pie a Zorayda por aquellas asperezas , que puesto q̃ alguna vez la puse sobre mis ombros , mas le causaua a ella mi cansancio , que la reposaua su reposo , y assi nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomasse : y con mucha paciencia , y muestras de ale
gria

gria lleuandola yo siempre de la mano, poco menos de vn quarto de legua deuiamos de auer andado, quando llegò a nuestros oydos el sdn de vna pequeña esquila, señal clara que por alli cerca auia ganado, y mirando todos con atencion si alguno le parecia, vimos al pie de vn alcornoque vn pastor moço, que con grande reposo, y descuydo estaua labrando vn palo con vn cuchillo, dimos bozes, y el alçando la cabeça se puso ligeramente en pie, y a lo que despues supimos, los primeros que a la vista se le ofrecieron, fueron el renegado, y Zorayda, y como el los vió en habito de Moros, pensò que todos los de la Berberia estauan sobre el, y metiendose con estraña lijereza por el bosque adelante començò a dar los mayores gritos del mundo, diziendo: Moros, Moros ay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con estas bozes quedamos todos confusos, y no sabiamos que hazernos, pero considerando que las bozes del pastor auian de alborotar la tierra, y que la caualleria de la costa auia de venir luego a verlo que era, acordamos que el renegado se desnudasse las ropas del Turco, y se vistiesse vn gilequelco, o casaca de cautiuo que vno de nosotros le dio luego, aunque se quedó en camisa, y assi encomendandonos a Dios fuymos por el mismo camino, que vimos que el pastor lleuaua, esperando siempre quando auia de dar sobre nosotros la caualleria de la Costa, y no nos enganò nuestro pensamiento, porq̃ aun no aurian passados dos horas, quando auiendo ya salido de aquellas malezas, a vn llano descubrimos hasta cinquenta çaualleros, que con gran ligereza corriendo a
media

media rienda a nosotros se venian, y assi como los vimos nos estuuimos quedos aguardandolos, pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los Moros que buscauan, tanto pobre Christiano, quedaron confusos, y vno dellos nos preguntô si eramos nosotros a caso la ocasion, porque vn pastor auia apellidado al arma: Si, dixeyo, y queriendo comenzar a dezirle, mi sucesso, y de donde veniamos, y quien eramos: vno de los Christianos que con nosotros venian conocio al ginete que nos auia hecho la pregunta, y dixo sin dexarme a mi dezir mas palabra: Gracias sean dadas a Dios, señores, que a tan buena parte nos ha conduxido, porque si yo no me engaño, la tierra q̄ pisamos es la de Velez Malaga, si ya los años de mi cautiuero no me han quitado de la memoria el acordarme, que vos señor, que nos preguntays quien somos, soys Pedro de Bustamante tio mio: apenas huuo dicho esto el Christiano cautiuo, quando el ginete se arrojò del cavallo, y vino a abraçar al moço, diziendole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, ya te conozco, y yate hellorado por muerto, yo, y mi hermanita madre, y todos los tuyos, que aun viuen: y Dios ha sido seruido de darles vida, para que gozen el plazer de verte: ya sabiamos que estauas en Argel, y por las señales, y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprehendo que aueys tenido milagrosa libertad. Assi es respondió el moço, y tiempo nos quedara para contaroslo todo. Luego que los ginetes entendieron que eramos Christianos cautiuos, se apearon de sus cauallos, y cada vno nos combidaua con el fuyo para

lleuar

lleuarnos a la ciudad de Velez Malaga, que legua y media de alli estava. Algunos dellos boluieron a llevar la barca a la ciudad, diziendoles dōde la auia dexado: otros nos subierō a las ancas, y Zorayda fue en las del cavallo del tio del Christiano. Salieron a recebir todo el pueblo, que ya de alguno que se auia adelantado sabian la nueua de nra uenida. No se admirauan de ver cautiuos libres, ni Moros cautiuos, porque toda la gente de aquella Costa esta hecha a ver a los vnos, y a los otros, pero admirauanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante, y fazon estava en su punto, ansi con el cansancio del camino, como con la alegria de verse ya en tierra de Christianos, sin sobresalto de perderse, y esto le auia sacado al rostro tales colores, que sino es que la aficion entonces me engañaua, osara dezir que mas hermosa criatura no auia en el mundo, alomenos, que yo la huuiesse visto. Fuymos derechos a la Iglesia a dar gracias a Dios por la merced recebida, y assi como en ella entrò Zorayda, dixo que alli auia rostros que se parecian a los de Lela Marien: diximosle que eran imagines suyas, y como mejor se pudo le dio el renagado a entender lo que significauan, para que ella las adorasse, como si verdaderamente fueran cada vna de ellas la misma Lela Mariē, que la auia hablado: ella, que tiene buen entendimiento, y vn natural facil, y claro entendio luego quanto acerca de las imagines se le dixo. Desde alli nos lleuaron, y repartieron a todos en diferentes casas del pueblo, pero al renegado, Zorayda y a mi nos lleuò el Christiano que

025
Quarta parte de don

vinó con nosotros, y en casa de sus padres, que medianamente erã acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, como a su mismo hijo. Seys dias estuimos en Velez, alcabo de los quales el renegado hecha su informacion de quanto le conuenia, se fue a la ciudad de Granada a reducirse por medio de la Santa Inquisicion, al gremio santissimo de la Iglesia, los demas Christianos libertados se fueron cada vno donde mejor le parecio, solos quedamos Zorayda, y yo con solos los escudos que la cortesia del Frances le dio a Zorayda, de los quales comprè este animal en que ella viene: y siruiendola yo hasta agora de padre, y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es viuo, o si alguno de mis hermanos ha tenido mas prospera ventura, que la mia. Puesto que por auerme hecho el cielo, compañero de Zorayda, me parecé que ninguna otra fuerte me pudiese venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades, que la pobreza trae consigo, y el desseo que muestra tener, de verse ya Christiana, es tanto, y tal, que me admira, y me mueue a seruir la todo el tiempo de mi vida. Puesto que el gusto que tēgo, de verme suyo, y de que ella sea mia, me le turba, y deshaze, no saber si hallarè en mi tierra algun rincón donde recogella, y si auran hecho el tiempo, y la muerte, tal mudança en la hazienda, y vida de mi padre, y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas señores que dezir de mi historia. La qual si es agradable, y peregrina,

na, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mi se dezir, que quisiera auerosla contado mas breuemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

Capit. XLII. Que trata de lo que mas sucedio en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

QALLO en diziendo esto el cautiuo, a quien don Fernando dixo: Porcierto señor capitan, el modo con que aueys contado este estraño suceso, ha sido tal, que y guala a la nouedad, y estrañeza del mesmo caso. Todo es peregrino, y raro, y lleno de accidentes, que marauillan, y suspenden, a quien los oye. Y es de tal manera, el gusto q̄ hemos recebido, en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana, entretenidos en el mesmo cuento, holgaramos que de nuevo se començara. Y en diziendo esto, don Antonio, y todos los demas, se le ofrecieron, cō todo lo a ellos posible, para seruirle, con palabras, y razones tan amorosas, y tan verdaderas, q̄ el capitan se tuuo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofrecio don Fernando, que si queria boluerse cō el, que el haria que el Marques su hermano fuesse padrino del bautismo de Zorayda, y que el por su parte le acomodaria de manera, que pudiesse entrar en su tierra, con el autoridad, y comodo, que a su persona se deuia. Todo lo agradecio cortesissimamente

KK

el

Quarta parte de don

el cautiuo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaua ya la noche, y al cerrar della llegò a la venta vn coche, con algunos hombres de acauallo: pidieron posada, a quien la ventera respondió, que no auia en toda la venta vn palmo de ocupado. Pues aunque esso sea, dixo vno de los de acauallo, que auian entrado, no ha de faltar para el señor Oydor, que aqui viene. A este nombre se turbò la huespeda, y dixo: Señor lo que en ello ay, es, que no tengo camas, si es que su merced del señor Oydor la trae, que si deue de traer, entre en buen hora, que yo, y mi marido nos saldremos de nuestro aposento, por acomodar a su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero: pero a este tiempo, ya auia salido del coche vn hombre, que en el traje mostrò luego el officio, y cargo q̄ tenia. Porq̄ la ropa luenga, cõ las mangas arrocadas, q̄ vestia, mostraron ser Oydor, como su criado auia dicho. Trahia de la mano a vna donzella, al parecer de hasta diez y seys años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa, y tan gallarga, que a todos puso en admiracion su vista. Desuerte, que a no auer visto a Dorotea, y a Lucinda, y Zorayda, que en la venta estauan, creyeran que otra tal hermosura, como la desta donzella, dificilmente pudiera hallarse. Hallose don Quixote al entrar del Oydor, y de la donzella, y assi como le vio, diò: Seguramete puede vuestra merced entrar, y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho, y mal acomodado, no ay estrechez, ni incomodidad en el mundo, que no de lugar a las armas, y a las letras, y mas si las armas, y letras, traen por guia, y adalid, a la fermosura, como
la

la traen las letras de vuestra merced, en esta hermosa donzella, a quien deuen no solo abrirse, y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse, y abaxarse las montañas, para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraylo, que aqui hallarà estrellas, y soles, que acompañen el cielo, que vuestra merced trae consigo. Aqui hallarà las armas en su punto, y la hermosura en su estremo. Admirado quedò el Oydor, del razonamiento de don Quixote, a quien se pulo a mirar muy de proposito. Y no menos le admiraua su talle, que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornò a admirar de nueuo, quando vio delante de si a Lusinda, Dorotea, y a Zorayda, que a las nueuas de los nueuos huespedes, y a las que la ventera les auia dado, de la hermosura de la donzella, auian venido a verla, y a recibirla. Pero don Fernando, Cardenio, y el cura, le hizieron mas llenos, y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor Oydor entrò confuso, assi de lo que veyá, como de lo que escuchaua, y las hermosas de la venta, dieron la bien llegada a la hermosa donzella. En resolucion, bien echò de ver el Oydor, que era gente principal toda la que alli estaua. Pero el talle, visage, y la postura de don Quixote, le defatinaua: y auiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenò lo que antes estaua ordenado, que todas las mugeres se entrassen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda. Y assi fue contento el Oydor, que su hija, que era la donzella, se fuesse con aquellas señoras,

KK 2 lo que

Quarta parte de don

lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oydor trahia, se acomodaron aquella noche, mejor de lo que pensauan. El cautivo, que desde el punto que vio al Oydor, le dio saltos el coraçon, y barruntos, de que aquel era su hermano: preguntò a vno de los criados, que con el venian, que como se llamaua, y si sabia de que tierra era? El criado le respondió, que se llamaua, el Licenciado Iuan Perez de Viedma, y que auia oydo dezir, que era de vn lugar de las Montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que el auia visto, se acabò de confirmar, de que aquel era su hermano, que auia seguido las letras, por consejo de su padre. Y alborotado, y contento, llamando a parte a don Fernando, a Cardenio, y al cura, les contò lo que passaua, certificãdoles, que aquel Oydor era su hermano. Auiale dicho tambien el criado, como yua proueydo por Oydor a las Indias, en la Audiencia de Mexico. Supo tambien, como aquella donzella era su hija, de cuyo parto auia muerto su madre, y que el auia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedò en casa. Pidiòles consejo, que modo tendria para descubrirse, o para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaua, o le recebia con buenas entrañas. Dexese me amiel hazer essa experiencia, dixo el cura, quãto mas que no ay pensar, sino que vos señor Capitan fereys muy bien recebido. Porque el valor, y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en
su pun-

su punto. Con todo esto, dixo el capitán, yo querria no de improviso, sino por rodeos, darmele a conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo traçare de modo, que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estava adereçada la cena, y todos se sentaron a la mesa, eceto el cautivo, y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena, dixo el cura: Del mismo nóbre de vuestra merced, señor Oydor, tuue yo vna camarada en Constantinopla, dó. de estuue cautivo algunos años. La qual camarada, era vno de los valientes soldados, y capitanes, que auia en toda la infanteria Española. Pero tanto quanto tenia de esforçado, y valeroso, tenia de desdichado. Y como se llamaua esse capitán señor mio, preguntó el Oydor? Llamauase, respondió el cura, Ruyperrez de Viedma, y era natural de vn lugar de las Montañas de Leon. El qual me contó vn caso, que su padre con sus hermanos le auia sucedido, que a no contarmelo vn hombre tan verdadero como el, lo tuuiera por consejo, de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego. Porque me dixo, que su padre auia diuidido su hazienda, entre tres hijos que tenia, y les auia dado ciertos consejos, mejores que los de Catón. Y se yo dezir, que el que el escogio, de venir a la guerra, le auia sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor, y esfuerço, sin otro brazo, que el de su mucha virtud, subio a ser capitán de infanteria, y a verse en camino, y predicamento, de ser presto Maestro de campo. Pero fuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar, y tener buena, allí la perdio, con perder la libertad, en la felicissima jornada, donde tantos la cobraron, que fue en la batalla

Quarta parte de don

talla de Lepanto. Yo la perdi en la Goleta, y despues por diferentes suceſſos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde alli vino a Argel, donde ſe que le ſucedio vno de los mas eſtraños caſos, que en el mundo han ſucedido. De aqui fue proſiguiendo el cura, y con breuedad ſucinta, contó lo que con Zorayda, a ſu hermano auia ſucedido. A todo lo qual eſtaua tan atento el Oydor, que ninguna vez auia ſido tan oydor como entonçes. Solo llegó el cura al punto, de quando los Franceses deſpojaron a los Chriſtianos que en la barca venian, y la pobreza, y neceſſidad en que ſu camarada, y la hermosa Mora auian quedado. De los quales, no auia ſabido en que auian parado, ni ſi auian llegado a Eſpaña, o lleuados los Franceses a Francia. Todo lo que el cura dezia, eſtaua eſcuchando algo de alli deſuiado el Capitan, y notaua todos los mouimientos que ſu hermano hazia. El qual, viendo que ya el cura auia llegado al fin de ſu cuento, dando vn grande ſuſpiro, y llenandosele los ojos de agua, dixo: O ſeñor, ſi ſupieſſedes las nueuas que me aueys contado, y como me tocan tan en parte, que me es forçoſo dar muestras dello, con eſtas lagrimas, que contra toda mi diſcrecion, y recato, me ſalen por los ojos. Eſte capitan tan valeroſo que dezis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte, y de mas altos penſamientos, que yo, ni otro hermano menor mio, eſcogio el honroſo, y digno exercicio de la guerra. Que fue vno de los tres caminos, que nueſtro padre nos propuſo, ſegun os dixo vueſtra camarada, en la confeja que a vueſtro parecer le oyſtes. Yo ſegui el de las letras, en las quales, Dios, y mi diligencia, me han pueſ

to en el grado que me veys. Mi menor hermano, está en el Piru tã rico, que con lo que ha embiado a mi padre, y a mi, ha satisfecho bien la parte que el se lleuò. Y aun dado a las manos de mi padre, con que poder hartar su liberalidad natural. Y yo ansimesmo he podido con mas de cécia, y auctoridad, tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en q̄ me veo. Viue aũ mi padre muriendo, con el desseo de saber de su hijo mayor, y pide a Dios con cõtinuas oraciones, no cierrẽ la muerte sus ojos, hasta q̄ el vea cõ vida a los de su hijo. Del qual me marauiillo, siẽdo tan discreto, como en tãtos trabajos, y affliciones, o prosperos sucesos, se aya descuydado de dar noticia de si, a su padre, q̄ si el lo supiera, o alguno de nosotros, no tuuiera necesidad de aguardar al milagõ de la caña, para alcançar su rescate. Pero de lo que yo agora me temo es, de pensar si aquellos Franceses le auran dado libertad, o le auran muerto, por encubrir su hurto. Esto todo fera, que yo profuga mi viage, no con aquel contento con que le comence, sino con toda melancolia, y tristeza. O buen hermano mio, y quien supiera agora donde estauas, que yo te fuera a buscar, y a librar de tus trabajos, aunque fuera a costa de los mios. O quien llevara nueuas a nuestro viejo padre, de que tenias vida, aunque estuieras en las mazmorras mas escondidas de Berberia, que de alli te sacarã tus riquezas, las de mi hermano, y las mias. O Zorayda hermosa, y liberal, quien pudiera pagar el bien que a vn hermano hiziste, quien pudiera hallarse al renacer de tu alma, y a las bodas, que tanto gusto a todos nos dieran. Estas, y otras semejantes palabras dezia el Oydor, lleno de tanta compafsion, con las

Quarta parte de don

naeuas que de su hermano le auian dado, que todos los que le oyan, le acompañauan, en dar muestras del sentimiento, que tenian de su lastima. Viendo pues el cura, que tan bien auia salido con su intencion, y con lo que desseaua el Capitan, no quiso tenerlos a todos mas tiempo tristes, y assi se levantò de la mesa, y entrando donde estaua Zorayda, la tomò por la mano, y tras ella se vinieron, Lucinda, Dorotea, y la hija del Oydor. Estaua esperando el Capitan a verlo que el cura queria hazer, que fue, que tomándole a el, asimismo de la otra mano, con entrambos a dos, se fue donde el Oydor, y los demas caualleros estauã, y dixo: Cessen señor Oydor vuestras lagrimas, y colmese vuestro desseo, de todo el bien que acertare a deslearse, pues teneyd delãte a vuestro buẽ hermano, y a vuestra buena cuñada: este que aqui veys, es el capitan Viedma, y esta la hermosa Mora, que tanto bien le hizo. Los Franceses que os dixen, los pusieron en la estrechez que veys, para que vos mostreyd la liberalidad de vuestro buẽ pecho. Acudio el capitan a abraçar a su hermano, y el le puso anchas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado: mas quando lo acabò de conocer, le abraçò tan estrechamente, derramando tan tiernas lagrimas de contento, que los mas de los que presentes estauan, le huuieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dixerõ, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, quanto mas escriuirse. Allí en breues razones, se dieron cuenta de sus successos, allí mostraron puesta en su punto, la buena amistad de dos hermanos, allí abraçò el Oydor a Zorayda, allí la ofrecio su hacienda,

zienda, allí hizo que la abraçasse su hija, allí la Christiana hermosa, y la Mora hermosísima, renouaron las lagrimas de todos. Allí don Quixote estaua atento, sin hablar palabra, considerando estos tan estraños sucesos, atribuyendolos todos a quimeras, de la andante caualleria. Allí concertaron, que el capitán, y Zorayda, se boluiesen con su hermano a Sevilla, y auisassen a su padre, de su hallazgo, y libertad. Para que como pudiesse, viniesse a hallarse en las bodas, y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oydor posible, dexar el camino que lleuaua, a causa de tener nuevas, que de allí a vn mes, partia flota de Sevilla, a la Nueva España, y sacrale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion, todos quedaron contentos, y alegres, del buen suceso del cautiuo, y como ya la noche yua casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse, y reposar lo que de ella les quedaua. Don Quixote se ofrecio a hazer la guardia del castillo, porque de algun Gigánte, o otro mal andante follon, no fuessen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura, que en aquel castillo se encerraua. Agradecieronlo los que le conocian, y dieron al Oydor cuenta, del humor estraño de don Quixote, de que no poco gusto recibio. Solo Sancho Pança se desesperaua, con la tardança del recogimiento, y solo el se acomodò mejor que todos, echandose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros, como adelante se dira. Recogidas pues las damas en su eitançia, y los demas acomodadose, como menos mal pudieron, don Quixote se salio fuera de la venta, a hazer la centinela del castillo, como lo auia prometido. Succedio

Quarta parte de don

cedi lo pues, que faltando poco por venir el alua, llegó a los oydos de las damas, vna voz tan entonada, y tan buena, que les obligò a que todas le prestasen atento oydo. Especialmente Dorotea, que despierta estaua, a cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que así se llamaua la hija del Oydor. Nadie podia imaginar quien era, la persona que tan bié cantaua, y era vna voz sola, sin que la acompañasse instrumento alguno. Vnas vezes les parecia que cantauan en el patio, otras que en la caualleriza. Y estando en esta confusion muy atentas, llegó a la puerta del aposento Cardenio, y dixo: *Quien no duerme escuche, que oyran vna voz de vn moço de mulas, que de tal manera canta, que encanta.* Ya lo oymos señor, respondió Dorotea. Y con esto se fue Cardenio, y Dorotea, poniendo toda la atencion posible, entendio que lo que se cantaua era esto.

Cap. XLIII. Donde se cuenta la agradable historia del moço de mulas, con otros estranos acaccimientos en la venta sucedidos.

*M*arinero soy de amor,
Y en su pielago profundo,
Nauego sin esperança,
De llegar a puerto alguno.
Siguiendo voy a vna estrella,
Que desde lexos descubro,
Mas bella, y resplandeciente,

Que

Que quantas vio Palinuro.

Yo no se adonde me guia,

Ya si navego confuso,

El alma a mirarla atenta,

Cuydadosa, y con descuydo.

Recatos imperinentes,

Honestidad contra el uso,

Son nubes que me la encubren,

Quando mas verlu procuro.

O Clara, y luziente estrella,

En cuya lumbre me apuro,

Al punto que te me encubras,

Sera de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaua a este punto, le pareció a Dorotea, que no feria bien, que dexasse Clara de oyr vna tan buena voz, y assi mouiendola a vna, y a otra parte, la despertò, diziendole: Perdoname niña, que te despierto, pues lo hago, porque gustes de oyr la mejor voz, que quiza auras oydo en toda tu vida. Clara despertò toda soñolienta, y de la primera vez no entendio lo que Dorotea le dezia, y boluiendoselo a preguntar ella, se lo boluio a dezir, por lo qual estuuò atenta Clara. Pero apenas huuo oydo dos versos, que el que cantaua yua profigiendo, quando le tomó vn temblor tan extraño, como si de algun graue accidente de quartana estuiera enferma, y abraçandose estrechamente con Teodora, le dixo: Ay señora de mi alma, y de

mi

Quarta parte de don

mi vida, para que me despertastes, que el mayor bié que la fortuna me podia hazer por aora, era tenerme cerrados los ojos, y los oydos, para no ver, ni oyr, a esse desdichado musico. Que es lo que dize sniña, mira que dizen que el que canta, es un moço de mulas? No es sino señor de lugares, respondió Clara, y el que el tiene en mi alma, có tanta seguridad, que si el no quiere dexalle, no le fera quitado eternamente. Admirada quedò Dorotea, de las sentidas razones de la muchacha, pareciendole que se auentajauan en mucho, a la discrecion que sus pocos años prometian. Y assi le dixo: Hablays de modo señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos mas, y dezidme, que es lo que dezis de alma, y de lugares, y deste musico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digays nada por aora, que no quiero perder por acudir a vuestro sobrefalto, el gusto que recibo, de oyr al que canta, que me parece que con nuevos versos, y nueuo tono, torna a su canto. Sea en buen hora,

respondió Clara, y por no oylle, se tapó con las manos entrambos oydos, de lo que tambien se admirò Dorotea. La qual estando atenta a lo que se cantaua, vio que proseguian en esta manera.

(.?..)

Dulce

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y maleza,
Sigues firme la via,
Que tu mesma te finges, y adereças,
No te desmaye el verte,
A cada passo junto al de tu muerte.

No alcançan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos,
Los que no contrastando a la fortuna,
Entregan desualidos,
Al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no ay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfias,
Tal vez alcançan imposibles cosas,
Y ansi aunque con las mias,
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por esso rezelo,
De no alcançar desde la tierra el cielo.

Aqui

Quarta parte de don

Aqui dio fin la voz, y principio a nuevos follosos Clara. Todo lo qual encendia el desseo de Dorotea, que desseaua saber la causa de tan suauo canto, y de tan triste lloro. Y assi le boluio a preguntar, que era lo que le queria dezir denantes? Entonce Clara temerosa, de que Lusinda no la oyesse, abraçando estrechamente a Dorotea, puso su boca tan junto del oydo de Dorotea, que seguramente podia hablar, sin ser de otre sentida. Y assi le dixo: Este que canta señora mia, es vn hijo de vn cauallero, natural del Reyno de Aragon, señor de dos lugares, el qual viuia frontero de la casa de mi padre, en la Corte. Y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa, con liengos en el inuierno, y zelosias en el verano, yo no se lo que fue, ni lo que no, que este cauallero que andaua al estudio, me vio, ni se si en la Yglesia, o en otra parte: finalmente, el se enamoró de mi, y me lo dio a entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas, y con tantas lagrimas, que yo le huue de creer, y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hazia, era vna, de juntarse la vna mano con la otra, dandome a entender, que se casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho, de que assi fuera: como sola, y sin madre, no sabia có quien comunicallo, y assi lo dexè estar, sin dalle otro fauor, sino era quando estaua mi padre fuera de casa, y el suyo tambien, alçar vn poco el liengó, o la zelosia, y dexarme ver toda, de lo que el hazia tanta fiesta, que daua señales de boluerse loco. Llegose en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual el supo, y no de mi, pues nunca pude dezirselo. Cayò malo, a lo que yo entiendo, de pesadumbre,

bre, y así el día que nos partimos, nunca pude verle, para despedirme del, si quiera con los ojos. Pero acabo de dos días que caminamos, al entrar de una posada, en un lugar, una jornada de aquí, le vi a la puerta del mesón, puesto en hábito de moço de mulas, tan al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocielle, admireme, y alegreme: el me miró a hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde, quando atraviesa por delante de mí, en los caminos, y en las posadas do llegamos. Y como yo se quien es, y confidoro, que por amor de mí viene a pie, y con tanto trabajo, muero me de pesadumbre, y a donde él pone los pies, pongo yo los ojos. No se conque intención viene, ni como ha podido escaparse de su padre, que le quiere estraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced, quando le vea. Y mas le se dezir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeça, que he oydo dezir, que es muy gran estudiante, y Poeta. Y ay mas, que cada vez que le veo, o le oigo cantar, tiemblo toda, y me sobrefalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo esso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es señora mía, todo lo que os puedo dezir deste musico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella, echareys bien de ver, que no es moço de mulas, como dezis, sino señor de almas, y lugares, como yo os he dicho. No digays mas señora doña Clara, dixo a esta sazón Dorotea, y esto besandola mil veces;

Quarta parte de don

zes: No digays mas digo, y esperad que venga el nueuo dia, que yo espero en Dios, de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin, que tan honestos principios merecen. Ay señora, dixó doña Clara, que fin se puede esperar, si su padre es tan principal, y tan rico, que le parecera que aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa: pues casarme yo a hurto de mi padre, no lo hare por quanto ay en el mundo. No querria, sino que este moço se boluiesse, y me dexasse, quiza con no velle, y con la gran distancia del camino que lleuamos, se me aliuaria la pena que aora lleuo: aunque se dezir, que este remedio que me imagino, me ha de aprouechar bien poco: no se que diablós ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha; y el tan muchacho, que en verdad que creo, que somos de vna edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seys años, que para el dia de san Miguel que vendra, dize mi padre que los cūplo. No pudo dexar de reyrse Dorotea, oyendo quā comó niña hablaua doña Clara, a quien dixó: Reposemos señora, lo poco que creo queda dela noche, y amanecera Dios, y medraremos, o mal me andaran las manos. Sossegaronse con esto, y en toda la venta se guardaua vn grande silencio, solamente no dormian la hija de la ventera, y Maritornes su criada. Las quales como ya sabian el humor, de que peccaua don Quixote, y que estaua fuera de la venta, armado, y a cavallo, haziendo la guarda, determinaron las dos de hazelle alguna burla, o alomenos de passar vn poco el tiempo, oyendole sus disparates.

Es pues

Es pues el caso, que en toda la venta no auia ventana que saliesse al campo, sino vn agujero de vn pajaro, por donde echauan la paja por de fuera. A este agujero se pusieron las dos semidonzellas, y vieron que don Quixote estaua a cauallo, recostado sobre su lançon, dando de quando en quando tan dolientes, y profundos suspiros, que parecia que con cada vno se le arrancaua el alma. Y assi mesmo oyeron que dezia con voz blanda, regalada, y amorosa: O mi señora Dulzinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archiuo del mejor donayre, deposito de la honestidad: y vltimadamente, idea de todo lo prouechoso, honesto, y deleytable que ay en el mundo, y que fará agora la tu merced? Si tendras poruentura las mientes en tu cautiuo cauallero, q̄ a tantos peligros por solo seruirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tu nueuas della, o Luminaria de las tres caras: quiça con embidia de la fuya, la estás aora mirando, que o passandose por alguna galeria de sus suntuosos palacios, o ya puesta de pechos sobre algun valcon, esta considerando como, salua su honestidad, y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuytado coraçon padece, que gloria ha de dar a mis penas, que sosiego a mi cuytado: y finalmente, que vida a mi muerte, y q̄ premio a mis seruiçios: Y tu Sol, que ya deues de estar apriesta ensillando tus cauallos, por madrugar, y salir a ver a mi señora, assi como la veas, suplicote que de mi parte la saludes: pero guardate que al verla, y saludarla, no le des paz en el rostro, que tendre mas zelos de ti, que tu los tuuiste de aquella ligera ingrata, que tâto

Quarta parte de don

te hizo sudar, y correr por los llanos de Tesalia, o por las riberas de Peneo, q̄ no me acuerdo bien por donde corríste entonces, zeloso, y enamorado. A este punto llegaua entonces don Quixote, en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le començo a cecear, y a dezirle: Señor mio, lle guese aca la vuestra merced, si es feruido. A cuyas señas, y voz boluio don Quixote la cabeça, y vio a la luz de la Luna, que entonces estaua en toda su claridad, como le llamauan del agujero, que a el le pare cio ventana, y aun con rejas doradas, como conuie ne que las tengan tan ricos castillos, como el se ima ginaua que era aquella venta: y luego en el instan te se le representò en su loca imaginacion, que otra vez como la passada, la donzella hermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaua a solicitarle: y con este pensamiento, por no mostrarse descortes, y desagrado, boluio las riendas a Rozinante, y se llegó al agujero, y así como vio a las dos moças, dixo: Lastima os ten go, hermosa señora, de que ayades puesto vuestras amorosas mientes, en parte dõde no es posible cor responderos conforme merece vuestro gran va lor, y gentileza, de lo que no deneys dar culpa a este miserable andante cauallero, a quien tiene amor impossibilitado de poder entregar su volun tad a otra, que a aquella, que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querays con significarme mas vues tros desseos, que yo me muestre mas desagrada do: y si del amor que me teneys, hallays en mi

otra

otra cosa con que fatirfazeros, que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro, por aquella ausente enemiga dulce mia, de daros la en continente, si bien me pidieffedes vna guedeja de los cabellos de Medusa, que erã todos culebras: o ya los mesmos rayos del Sol, encerrados en vna redoma. No ha menester nada deffo mi señora (señor cauallero) dixo a este punto Maritornes. Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora, respondió don Quixote? Sola vna de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, por poder deshogar con ella el grã deffeo que a este agujero la ha traydo, tan a peligro de su honor, q̄ si su señor padre la huuiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver esto respõdio don Quixote, pero el se guardará bien deffo, si ya no quiere hazer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por auer puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Pareciõle a Maritornes, q̄ sin duda dõ Quixote daria la mano q̄ le auia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que auia de hazer, se baxò del agujero, y se fue a la caualleriza, dõde tomò el cabestro del jumento de Sancho Pança, y cõ mucha presteza se boluio a su agujero, a tiempo que don Quixote se auia puesto de pies sobre la silla de Rozinante, por alcançar a la ventana enrejada, donde se imaginaua estar la ferida donzella, y al darle la mano, dixo: Tomad, señora, essa mano, o por mejor dezir, esse verdugo de los malhechores del mūdo: tomad essa mano digo, a quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera possession de todo mi cuerpo. No os la doy para que la be-

Quarta parte de don

seys, sino para que mireys la contestura de sus nervios, la trauazon de sus musculos, la anchura, y espaciosidad de sus venas, de donde sacareys, q̄ tal deue de ser la fuerça del braço que tal mano tiene. Aora lo veremos, dixo Maritornes, y haziendo vna lazada corrediza al cabestro, se la echò a la muñeca, y baxandose del agujero, atò lo que quedaua al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote que sintio la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: Mas parece que vuestra merçed me ralla, que no que me regala la mano: no la trateys tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os haze, ni es bien que en tan poca parte vengaes el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de don Quixote, ya no las escuchaua nadie, porque assi como Maritornes le atò, ella, y la otra se fueron muertas de risa, y le dexaron asido de manera, que fue imposible soltarse. Estaua pues, como se ha dicho, de pies sobre Rozinante, metido todo el braço por el agujero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandissimo temor, y cuydado, q̄ si Rozinante se desuiaua a vn cabo, o a otro, auia de quedar colgado del braço, y assi no osaua hazer mouimiento alguno: puesto que de la paciencia, y quietud de Rozinante, bien se podia esperar q̄ estaria sin mouerse vn siglo entero. En resolucion viendose don Quixote atado, y que ya las damas se auian ydo, se dio a imaginar, que todo aquello se hazia por via de encantamento, como la vez passada, quando en aquel mesmo castillo le molio aquel Moro encantado del harriero: y maldezia entre si,

su poca discrecion, y discurso, pues auiendo salido tan mal la vez primera, de aquel castillo, se auia auenturado a entrar en el la segunda: siendo aduertimiento de caualleros andantes, que quando han prouado yna aventura, y no salido bien cõ ella, es señal que nõ està para ellos guardada, sino para otros, y assi no tienen necesidad de prouarla segunda vez. Con todo esto tiraua de su braço, por ver si podia soltarse, mas el estaua tan bien asido, que todas sus prueuas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraua con tiento, porque Rozinante no se mouiesse: y aunque el quisiera sentarse, y ponerse en la silla, no podia, sino estar en pie, o arrancarse la mano. Allí fue el desfeir de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerça de encantamento alguno: allí fue el maldezir de su fortuna: allí fue el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia, el tiempo que allí estuuiesse encantado, que sin duda alguna se auia creydo que lo estaua. Allí el acordarse de nueuo de su querida Dulzinea del Toboso: allí fue el llamar a su buen escudero Sancho Pança, que sepultado en sueño, y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaua en aquel instante, de la madre que lo auia parido: allí llamó a los sabios Lirgandeo, y Alquife, que le ayudassen: allí inuocò a su buena amiga Urganda, que le socorriessse: y finalmente, allí le tomò la mañana, tan desesperado, y confuso, que bramaua como vn toro, porque no esperaua el, que cõ el dia se remediaria su cuyta, porque la tenia por eterna, teniendose por encantado: y haziale creer esto, ver que Rozinante, poco, ni mucho se mouia:

Quata parte de don

y creía que de aquella suerte, sin comer, ni beuer, ni dormir, auía de estar el, y su cauallo, hasta que aquel mal influxo de las estrellas se passasse, o hasta que otro mas sabio encantador le desencantasse. Pero engañose mucho en su creencia, porque apenas comenzó a amanecer, quando llegaron a la venta, quatro hombres de acauallo, muy bien puestos, y adereçados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron a la puerta de la venta, que aun estaua cerrada, con grandes golpes: lo qual visto por don Quixote, desde donde aun no dexaua de hazer la centinela, con voz arrogante, y alta, dixo: Caualleros, o escuderos, o quien quiera que seays, no teneys para que llamar a las puertas deste castillo, que aya de claro està, que a tales horas, o los que estan dentro duermen, o no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el Sol estè tendido por todo el suelo: desuiaos a fuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si será justo, o no, que os abran. Que diablos de fortaleza, o castillo es este, dixo vno, para obligarnos a guardar estas ceremonias: si soys el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar ceuada a nuestras caualgaduras, y passar adelante, porque vamos de priessa. Pareceos caualleros que tengo yo talle de ventero, respondió don Quixote? No se de que teneys talle, respondió el otro, pero se que dezis disparates en llamar castillo a esta venta. Castillo es replicò don Quixote, y aun de los mejores de toda esta prouincia: y gente tiene dentro, que ha tenido cetro en la mano, y corona en la cabeça. Mejor fuera al reues, dixo el caminan-

dominante, el cetro en la cabeza, y la corona en la mano: y será, si a mano viene, que deue de estar dentro alguna compañía de representantes, de los quales es tener a menudo essas coronas, y cetros que dezis: porque en vna venta tan pequeña, y a donde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojã personas dignas de corona, y cetro. Sabeys poco del mundo, replicò don Quixote, pues ignorays los casos q̄ suelen acòtecer en la caualleria andãte. Casauanse los cõpañeros q̄ con el preguntante venian, del coloquio q̄ con don Quixote passaua, y asì tornaron a llamar cõ grande furia, y fue de modo, q̄ el ventero despertò, y aũ todos quantos en la vèta estauã, y asì se leuantò a preguntar quien llamaua. Succedio en este tiempo, q̄ vna de las caualgaduras en q̄ venian los quatro q̄ llamauan, se llegò a oler a Rozinante, q̄ melancolico, y triste, con las orejas caydas, sostenia sin mouerse, a su estirado señor, y como en fin era de carne, aũ q̄ parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar a oler a quiẽ lo llegaua a hazer caricias: y asì no se huuo mouido tãto quãto, quãdo se desuiaron los juntos pies de dõ Quixote, y resbalando de la silla, dierã con el en el suelo, a no quedar colgado del braço: cosa q̄ le causò tanto dolor, q̄ creyò, o que la muñeca le cortauan, o que el braço se le arrãcaua, por q̄ el quedò tã cerca del suelo, q̄ con los extremos de las puntas de los pies besaua la tierra, q̄ era en su perjuizio, por q̄ como sentia lo poco q̄ le faltaua para poner las plãtas en la tierra, fatigauase, y estirauase quanto podia, por alcançar al suelo: biẽ asì como los q̄ estan en el tormento de la garrucha, puestos a toca no toca, q̄ ellos mesmos son causa de

Quarta parte de don

acrecentar su dolor, con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperança que se les representa, que con poco mas que se estiren llegarán al suelo.

Cap. XLVIII. Donde se prosiguen los inauditos: sucessos de la venta.



NEFETO, fueron tantas las voces que don Quixote dio, que abriendo de presto las puertas de la venta, salio el ventero despauorido, a ver quien tales gritos daua: y los que estauan fuera hizierõ lo mesmo. Maritornes, q̄ ya auia despertado a las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar, y desató, sin que nadie lo viesse, el cabestro que a don Quixote sostenia, y el dio luego en el suelo, a vista del ventero, y de los caminantes, que llegãdose a el le preguntaron, que tenia, que tales voces daua? El sin responder palabra, se quitò el cordel de la muñeca, y leuantandose en pie, subio sobre Rozinante, embraçò su adarga, enristrò su lançon, y tomando buena parte del campo, boluio a medio galope, diciendo: Qualquiera que dixere que yo he sido con justo titulo encantado, como mi señora la Princesa Micomicona me dè licencia para ello, yo le desafío, y de desafío a singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes, de las palabras de don Quixote, pero el ventero les quitò de aquella admiracion, diziendoles, que era don Quixote, y que no auia que hazer caso del, porque estava fuera de juyzio. Preguntaronle al ventero, si a caso auia llegado

Llegado a aquella venta vn muchacho, de hasta edad de quinze años, que venia vestido como moço de mulas, de tales, y tales señas, dando las mesmas que trahia el amante de doña Clara. El ventero respondió, que auia tanta gente en la venta, que no auia echado de ver en el que preguntauan. Pero auiendo visto vno dellos el coche donde auia venido el Oydor, dixo: Aqui deue de estar sin duda, porque este es el coche que el dizen que sigue: quedese vno de nosotros a la puerta, y entren los demás a buscarle: y aun sería biẽ, que vno de nosotros rodeasse toda la venta, porque no se fuesse por las bardas de los corrales. Así se hara, respondió vno dellos, y entrandose los dos dentro, vno se quedó a la puerta, y el otro se fue a rodear la venta: todo lo qual veía el ventero, y no sabia atinar para que se hazian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscauan aquel moço, cuyas señas le auian dado. Ya a esta sazón aclaraua el dia, y así por esto, como por el ruydo que don Quixote auia hecho, estauan todos despiertos, y se leuantauan, especialmente doña Clara, y Dorotea, que la vna con sobrefalto de tener tan cerca a su amante, y la otra con el desso de verle, auian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote que vio que ninguno de los quatro caminantes hazia caso del, ni le respondian a su demanda, moria y rabiaua de despecho, y saña: y si el hallara en las ordenanças de su caualleria, que lícitamente podia el cauallero andante, tomar, y emprender otra empresa, auiendo dado su palabra, y fè, de no ponerse en ninguna, hasta acabar la que auia prometido,

Quarta parte de don

tido, el enuistiera con todos, y les hiziera responder mal de su grado. Pero por parecerle no conuenirle, ni estarle bien començar nueua empresa, hasta poner a Micomicona en su Reyno, huuo de callar, y estarse quedo, esperando a ver en que parauan las diligencias de aquellos caminantes: vno de los quales hallò al mancebo que buscava, durmiendo al lado de vn moço de mulas, bien descuydado de que nadie, ni le buscasse, ni menos de que le hallasse. El hombre le traudò del braço, y le dixo: Por cierto señor don Luys, que responde bien a quien vos soys el habito que teneys: y que dize bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os criò. Limpiose el moço los sonolientos ojos, y mirò de espacio al que le tenia asido, y luego conocio que era criado de su padre, de que recibì tal sobrefalto, que no acertò, o no pudo hablarle palabra por vn buen espacio: y el criado prosiguió, diziendo: Aqui no ay que hazer otra cosa, señor don Luys, sino prestar paciencia, y dar la buelta a casa, si ya vuestra merced no gusta, que su padre, y mi señor la de al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. Pues como supo mi padre, dixo don Luys, que yo venia este camino, y en este traje? Vn estudiáte, respondió el criado, a quié distes cuenta de vuestros pensamientos, fue el que lo descubrio, mouido a lastima, de las que vio que hazia vuestro padre, al punto que os echò menos, y assi despachò a quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aqui a vuestro seruicio, mas contentos de lo q̄ imaginar se puede, por el bué despacho

cho con que tornaremos, llevando os a los ojos que tanto os quieren. Eſſo ſerà como yo quiſiere, o como el cielo lo ordenare, reſpondio don Luys. Que aueys de querer, o q̄ ha de ordenar el cielo, fuera de conſentir en bolueros, porque no ha de ſer poſſible otra coſa? Todas eſtas razones q̄ entre lós dos paſſauan, oyò el moço de mulas, junto a quien don Luys eſtaua, y leuantandose de alli, fue a dezir lo q̄ paſſaua a don Fernando, y a Cardenio, y a los demas, q̄ ya veſtido ſe auian: a los quales dixo, como aquel hombre llamaua de don a aquel muchacho, y las razones que paſſauan, y como le queria boluer a caſa de ſu padre, y el moço no queria: y con eſto, y con lo que del ſabian de la buena voz q̄ el cielo le auia dado, vinieron todos en gran deſſeo de ſaber mas particularmente quié era, y aũ de ayudarle, ſi alguna fuerça le quiſieſſen hazer, y aſi ſe fueron hàzia la parte dō de aun eſtaua hablando, y porfiando con ſu criado. Salia en eſto Dorotea de ſu apoſento, y tras ella doña Clara, toda turbada: y llamado Dorotea a Cardenio a parte, le cōtò en breues razones la hiſtoria del muſico, y de doña Clara: a quié el tambien dixo lo q̄ paſſaua, de la venida a buſcarle los criados de ſu padre, y no ſe lo dixo tan callando, q̄ lo dexaſſe de oyr Clara, de lo q̄ quedò tan fuera de ſi, q̄ ſi Dorotea no llegara a tenerla, diera cōſigo en el ſuelo. Cardenio dixo a Dorotea, q̄ ſe boluieſſen al apoſento, q̄ el procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hizieron. Ya eſtauan todos los quatro q̄ venian a buſcar a dō Luys dentro de la vèta, y rodeados del, perſuadiendole, q̄ luego ſia detenerſe vn punto, boluieſſe a cōſolar a ſu padre. El reſpondio, q̄ en ninguna manera
lo

Quarta parte de don

lo podia hazer, hasta dar fin a vn negocio en que le yua la vida, la honra, y el alma. Apretaronle entonces los criados, diziendole, que en ningū modo boluerian sin el, y que le lleuariā, quisiessē, o no quisiessē. Esto no hareys vosotros, replicò don Luys, sino es lleuandome muerto: aunque de qualquiera manera que me lleueys, será lleuarme sin vida. Ya a esta fazon auian acudido a la porfia, todos los mas que en la venta estauan, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el Oydor, el Cura, el Barbero, y don Quixote, que ya le parecio q̄ no auia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del moço, preguntò a los que lleuarle querian, que que les mouia a querer lleuar contra su voluntad aquel muchacho? Mueuenos, respondió vno de los quatro, dar la vida a su padre, que por la ausencia deste cauallero, queda a peligro de perderla. A esto dixo don Luys: No ay para q̄ se dè cuenta aqui de mis cosas, yo soy libre, y boluere, si me diere gusto, y fino ninguno de vosotros me ha de hazer fuerça. Hara se la a vuestra merced la razon, respondió el hombre, y quādo ella no bastare con V. m. bastarà con nosotros para hazer a lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepamos que es esto, de rayz, dixo a este tiempo el Oydor. Pero el hombre q̄ lo conocio, como vezino de su casa, respōdio: No conoce V. m. señor Oydor a este cauallero, q̄ es el hijo de su vezino, el qual se ha ausentado de casa de su padre, en el habito tã indecente a su calidad, como V. m. puede ver? Mirole entōces el Oydor mas atētamēte, y conociole, y abraçãdole, dixo: Que niñerías son estas señor dō Luys,
o que

o que causas tan poderosas, que os ayan mouido a venir desta manera, y en este trage, que dize tã mal con la calidad vuestra? Al moço se le vinieron las lagrimas a los ojos, y no pudo responder palabra al Oydor. Dixo a los quatro, que se foflegassen que todo se haria bien, y tomãdo por la mano a don Luys, le apartò a vna parte, y le preguntò, que venida auia sido aquella. Y en tãto que le hazia esta, y otras preguntas, oyeron grandes voces a la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huespedes q̄ aquella noche auian alojado en ella, viendo a toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscauan, auian intentado a yrse sin pagar lo que deuiã, mas el ventero que atendia mas a su negocio que a los agenos, les asio al salir de la puerta, y pidio su paga, y les aseò su mala intencion con tales palabras, que les mouio a que le respondiessen con los puños: y assi le començaron a dar tal mano, que el pobre ventero tuuo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La ventera, y su hija, no vieron a otro mas defocado para poder socorrerle, que a don Quixote, a quien la hija de la ventera dixo: Socorra vuestra merced, señor cauallero, por la virtud que Dios le dio, a mi pobre padre, que dos malos hõbres le estan moliendo como a cibera. A lo qual respondio don Quixote muy de espacio, y con mucha flemma: Ferosa dõzella, no ha lugar por aora vuestra peticiõ, porq̄ estoy impedido de entremeterme en otra auentura en tanto que no diere cima a vna en que mi palabra me ha puesto: mas lo que yo podre hazer por seuiros, es lo que aora dirè: Corred, y dezid a vuestro padre, que se entretèga en essa batalla

lo

Quarta parte de don

lo mejor que pudiere, y que no se dexé vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licéncia a la Princesa Micomicona, para poder socorrerle en su cuyta, q̄ si ella me la da, tened por cierto q̄ yo le sacaré della. Pecadora de mi, dixo a esto Maritornes, que estaua delante: primero que V. m. alcance essa licencia que dize, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió don Quixote que como yo la tenga, poco hara al caso que el esté en el otro mundo, q̄ de alli le sacaré, a pesar del mismo mundo que lo contradiga: o por lo menos, os dare tal vengança de los que alla le huieren embiado, que quedey's mas que medianamente satisfechas. Y sin dezir mas, se fue a poner de hinojos ante Dorotea, pidiendole cō palabras cauallerescas, y andantescas, que la su grãdeza fuesse seruida de darle licencia de acorrer, y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaua puesto en vna graue mengua. La Princesa se la dio de buen talante: y el luego, abraçando su adarga y poniendo mano a su espada, acudio a la puerta de la venta, a donde aun toda via trahian los dos huespedes a mal traer al ventero, pero assi como llegó embaçò, y se estubo quedo, aunque Maritornes, y la ventera, le dezian, que en que se detenia, que socorriessé a su señor, y marido. Detengome, dixo don Quixote, porque no me es licito poner mano a la espada contra gente escuderial: pero llamadme aqui a mi escudero Sancho, que a el toca, y atañe esta defensa, y vengança. Esto passaua en la puerta de la venta, y en ella andauan las puñadas, y moxicones muy en su punto, todo en daño

del ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperauan de ver la cobardia de don Quixote, y de lo mal que lo passaua su marido, señor, y padre. Pero dexemosle aqui, que no faltará quien le socorra, o fino sufra, y calle el que se atraue a mas de a lo que sus fuerças le prometen, y boluamonos atras cincuenta passos, a ver que fue lo que don Luys respondió al Oydor, que le dexamos a parte, preguntandole la causa de su venida a pie, y de tan vil trage vestido: a lo qual el moço, asiendole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaua el coraçon, y derramando lagrimas en grande abundancia, le dixo: Señor mio, yo no se deziros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitò nuestra vezindad, que yo viesse a mi señora doña Clara, hija vuestra, y señora mia, desde aquel instante la hize dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señor, y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexè la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seguirla, donde quiera que fuesse, como la sacra al blanco, o como el marinero al Norte. Ella no sabe de mis deseos, mas de lo que ha podido entender de algunas vezes que desde lexos ha visto llorar mis ojos. Ya señor, sabeys la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo soy su vnico heredero: si os parece que estas son partes para que os auentureys a hazerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo: q̄ si mi padre, lleuado de otros disignios suyos, no gustare deste biẽ q̄ yo supe buscarme, mas fuerça tienẽ el tiempo para deshazer, y mudar las cosas, q̄
las

Quarta parte de don

las humanas voluntades. Callò en diziendo esto el enamorado mancebo, y el Oydor quedò en oyrle suspenso, confuso, y admirado, asì de auer oydo el modo y la discrecion con que don Luys le auia descubierta su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino, y no esperando negocio: y asì no respondió otra cosa, sino que se sosségasse por entonces, y entretuuiessse a sus criados, que por aquel dia no le boluiesse, porque se tuuiesse tiempo para considerar lo que mejor a todos estuuiessse. Besole las manos por fuerza don Luys, y aun se las bañò con lagrimas, cosa q̄ pudiera enternecer vn coraçon de marmol, no solo el del Oydor, que como discreto ya auia conocido quan bien le estaua a su hija aquel matrimonio: pues to que si fuera possible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de don Luys, del qual sabia, q̄ pretendia hazer de titulo a su hijo. Ya a esta sazón estauan en paz los huespedes con el ventero, pues por persuassion y buenas razones de don Quixote, mas que por amenazas, le auian pagado todo lo que el quiso, y los criados de don Luys aguardauan el fin de la platica del Oydor, y la resolucion de su amo, quando el demonio que no duerme, ordenò, que en aquel mesmo punto entrò en la venta el Barbero a quien don Quixote quitò el yelmo de Mambrino, y Sancho Pança los aparejos del asno que trocò con los del suyo: el qual Barbero, lleuando su jumento a la caualleriza vio a Sancho Pança que estaua adereçando no se que de la albarda, y asì como la vio la conocio, y se atreuio a arremeter a Sancho, diziendo: A don ladrò, que aqui os tengo, venga mi vazia, y mi

y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes. Sancho que se vio acometer tan de improuiso, y oyò los vituperios que le dezian, con la vna mano asio de la albarda, y con la otra dio vn moxicon al barbero, que le baño los dientes en sangre: pero no por esto dexò el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, antes alçò la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruydo, y pèdencia, y dezia: Aqui del Rey, y de la justicia, que sobre cobrar mi hazienda me quiere matar este ladrò saltador de caminos. Mentis, respondió Sancho, q̄ yo no soy saltador de caminos, que en buena guerra ganò mi señor don Quixote estos despojos. Ya estaua don Quixote delante con mucho contento de ver quã bien se defendia, y ofendia su escudero, y tuuole desde alli adelante por hombre de pro, y propuso en su coraçon de armarle cauallero en la primera ocasion que se le ofreciesse, por parecerle que seria en el bien empleada la ordẽ de la caualleria. Entre otras cosas que el barbero dezia en el discurso de la pendencia, vino a dezir: Señores asì esta albarda es mia, como la muerte que deuo a Dios, y asì la conozco, como si la huuiera parido, y ahì està mi asno en el establo, que no me dexara mêtir, sino prueuensela, y sino le viniere pintiparada, yo quedarè por infamè: y ay mas, q̄ el mismo dia q̄ ella se me quitò, me quitarè tambien vna vazia de acofar nueua que no se auia estrenado, que era señora de vn escudo. Aqui no se pudo cõtener don Quixote sin responder, y ponièdose entre los dos, y apartãdoles, depositãdo la albarda en el suelo, q̄ la tuuiesse de manifiesto hasta que la verdad se aclarasse, dixo:

Mm

Por-

Porq̄ veã vuestras mercedes clara, y manifestamēte el error en q̄ està este buen escudero, pues llama bazia a lo que fue, es, y serà, y elmo de Mambrino, el qual se le quitè yo en buena guerra, y me hize señor del con ligitima y licita possessiõ: en lo del albarda no me entremeto, q̄ lo q̄ en ello sabre dezir, es, q̄ mi escudero Sancho me pidio licencia para quitar los jaezes del cauallo deste vencido couarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la di, y el los tomò, y de auerse conuertido de jaez en albarda, no sabre dar otra razon, sino es la ordinaria, q̄ como estas trãsfomaciones se veẽ en los successos de la caualleria: para cõfirmaciõ de lo qual corre Sancho hijo, y saca aqui el yelmo q̄ este buen hõbre dize ser bazia. Pardiez señor, dixo Sãcho, sino tenemos otra prũua de nuestra intẽcion, que la q̄ vuestra merced dize, rã bazia es el yelmo de Mãbrino, como el jaez deste buẽ hõbre albarda. Haz lo q̄ te mãdo replicò don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guaidas por encantamento. Sãcho fue a do estaua la bazia, y la truxo, y asì como dõ Quixote la vio la tomò en las manos, y dixo: Miren vuestras mercedes con que cara podia dezir este escudero que esta es bazia, y no el yelmo q̄ yo he dicho: y juro por la orden de caualleria que professo, que este yelmo fue el millmò que yo le quitè, sin auer añadido en el, ni quitado cosa alguna. En esso no ay duda, dixo a esta sazõ Sancho, porque desde q̄ mi señor le ganò hasta agora, no ha hecho cõ el mas de vna baralla, quãdo librò a los sin ventura encadenados, y sino fuera por este vazielmo no lo passara entonces muy biẽ, porque huuo a saz de pedradas en aquel trance.

Cap. XXXV. Donde se acaba de aueriguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras auenturas sucedidas, con toda verdad.

QUE Les parece a vuestras mercedes, señores dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bazia sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo don Quixote, le hare yo conocer que miente si fuere cauallero, y si escudero, que remiente mil vezes. Nuestro barbero que a todo estaua presente como tenia tan bien conociendo el humor de don Quixote, quiso esforçar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos riesen: y dixo hablando con el otro barbero: Señor barbero, ò quien soys, sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veynte años carta de examen: y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia, sin que le falte vno: y ni mas ni menos fuy vn tiempo en mi mocedad soldado, y se tambien que es yelmo, y que es morrion, y celada de encaxe, y otras cosas tocâtes a la milicia, digo a los generos de armas de los soldados: y digo saluo mejor parecer, remitiendome siempre al mejor entendimiento, que esta pieça que està aqui delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bazia de barbero, pero està tan lexos de serlo, como està lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo don Quixote, porque le falta la mitad que es la babera.

Quarta parte de don

Asi es, dixo el cura, que ya auia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmò Cardenio, don Fernando, y sus camaradas: y aun el Oydor, sino estuuiera tan pensatiuo con el negocio de don Luis, ayudara por su parte a la burla: pero las veras de lo que pensaua le tenian tan suspenso, que poco, ò nada atèndia a aquellos donayres. Valame Dios, dixo à esta sazon el barbero burlado, que es posible, que tanta gente honrada diga que esta no es bazia, sino yelmo: cosa parece esta que puede poner en admiracion a toda vna Vniuersidad por discreta que sea: Basta, si es que esta bazia es yelmo, tã bien deue de ser esta albarda jaez de cauallo, como este señor ha dicho. A mi albarda me parece, dixo don Quixote, pero ya he dicho que en effo no me entremeto de q̄ sea albarda, ò jaez. Dixo el cura, no està en mas de dezirlo el señor don Quixote, que en estas cosas de la caualleria todos estos señores, y yo le damos la vètaja. Por Dios señores mios, dixo don Quixote, q̄ son tantas, y tan estrañas las cosas q̄ en este castillo, en dos vezes q̄ en el he alojado, me hã sucedido, q̄ no me atreua a dezir afirmatiuamēte ninguna cosa de lo q̄ acerca de lo q̄ en el se contiene preguntare, por q̄ imagino q̄ quanto en el se trata va por via de encantamento: la primera vez me fatigò mucho vn Moro encantado q̄ en el ay, y a Saeho no le fue muy bien con otros sus sequaces, y a nõche el tuue colgado deste braço casi dos horas, sin saber como, ni como no, vine acaer en aquella desgracia. Afisi q̄ ponerme yo agora en cosa de tãta cõfision a dar mi parecer, serà caer en juyzio temerario: en lo q̄ toca a lo que dizē que esta es bazia, y no yelmo, ya yo tengo

tégo respóddido: pero en lo de declarar si essa es albarda, ò jaez, no me atreuo a dar senténcia definitiva, solo lo dexo al buen parecer de vuestras mercedes, quiza por no ser armados caualleros, como yo lo soy, no tendran que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrá los entédimié-
tos libres, y podran juzgar de las cosas deste casti-
llo como ellas son, real y verdaderamente, y no co-
mo a mi me parecian. No ay duda, respondió a esto
don Fernando, sino que el señor don Quixote ha di-
cho muy bien oy, que a nosorros toca la definicion
deste caso: y porque vaya cō mas fundaméto, yo to-
marè en secreto los votos destes señores, y de lo q̄
resultare darè entera, y clara noticia. Para aquellos
q̄ la tenian del humor de dō Quixote, era todo esto
materia de grandissima risa: pero para los que la ig-
norauā les parecia el mayor disparate del mundo, es-
pecialmēte a los quatro criados de don Luis, y a don
Luis ni mas ni menos, y a otros tres passageros q̄ a
caso auian llegado a la veta, q̄ tenian parecer de ser
quadrieros, como en efeto lo eran: pero el q̄ mas se
desesperaua era el barbero, cuya vazia alli delante
de sus ojos se la auia buuelto en yelmo de Mábrino,
y cuya albarda pēsaua sin duda alguna, q̄ se le auia de
boluer en jaez rico de cauallo, y los vnos, y los otros
se reia de ver como andaua dō Fernãdo tomãdo los
votos de vnos en otros, hablandolos al oydo, para q̄
en secreto declarassen si era albarda, ò jaez aquella
joya, sobre quie tanto se auia peleado: y despues que
huuo tomado los votos de aquellos q̄ a dō Quixote
conociã, dixo en alta voz: El caso es, buie hēbre, que
ya yo estoy cãfado de tomar tantos pareceres, porq̄

Quarta parte de don

veo q̄ a ninguno preguntado lo que desseo saber, que ne me diga que es disparate el dezir q̄ està sea albarda de jumêto, sino jaez de cauallo, y aun de cauallo castizo, y assi aureys de tener paciencia, porq̄ a vuestro pessar, y al de vuestro asno, este es jaez, y no albarda, y vos aueys alegado y prouado muy mal de vuestra parte. No la tēga yo en el cielo, dixo el sobrebarbero, si todos vuestras mercedes no se engañan, y q̄ assi parezca mi anima ante Dios, como ella me parece a mi albarda, y no jaez: pero alla van leyes, &c. y no digo más: y en verdad q̄ no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causauā risa las necedades q̄ dezia el barbero, q̄ los disparates de dō Quixote, el qual a esta fazon dixo: Aqui no ay mas q̄ hazer, sino q̄ cada vno tome lo q̄ es suyo, y a quiē Dios se la dio, S. Pedro se la bēdiga. Vno de los quatro dixo: Si ya no es q̄ esto sea burla pensada, no me puedo persuadir q̄ hōbres de tā buē entēdimiēto, como son, ò parecen todos los q̄ aqui estan, se atreuan a dezir, y afirmar que està no es bazia, ni aquella albarda, mas como veo q̄ lo afirmā, y lo dizē, me doy a entēder q̄ no carece d̄ mysterio el porfiar vna cosa tan cōtraria de lo q̄ nos muestra la misma verdad, y la misma experiēcia: porq̄ voto a tal, y arrojàle redōdo, que no me den a mi a entender quātos oy viuen en el mundo al reues de q̄ esta no sea bazia de barbero, y està albarda de asno. Biē podria ser de borrica, dixo el cura. Tanto monta, dixo el criado, q̄ el caso no cōsiste en esso, sino en si es, ò no es albarda, como vuestras mercedes dizē. Oyendo esto vno de los quadrilleros q̄ auia entrado, q̄ auia oydo la pēdencia y quistiō, lleno de colera y de enfado, dixo:

Tan

Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ò dixere, deue de estar hecho vua. Mentis, como vellaco villano, respondió don Quixote, y alcanzando el lançon, que nunca le dexaua de las manos, le yua a descargar tal golpe sobre la cabeça, que à no desuiarse el quadrillero se le dexara alli tendido: el lançon se hizo pedaços en el suelo, y los demas quadrilleros que vieron tratar mal a su compañero alçaron la voz pidiendo fauor a la santa Hermandad. El ventero que era de la quadrilla entrò al punto por su varilla, y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de don Luis rodearon a don Luis, porque con el alboroto no se les fuesse. El barbero viendo la casa rebuelta tornò a asir de su albarda, y lo mismo hizo Sãcho. Don Quixote puso mano a su espada, y arremetio a los quadrilleros, dõ Luis daua voces a sus criados que le dexassen a el, y acorriessen a don Quixote, y a Cardenio y a dõ Fernãdo, q̃ todos fauorecian a don Quixote. El cura daua voces: la ventera gritaua, su hija se afligia, Martines lloraua, Dorotea estaua confusa, Lucinda suspensa, y doña Clara desmayada. El barbero aporreaua a Sancho, Sancho molia al barbero: don Luis, a quien vn criado suyo se atreuio a asirle del braço, porque no se fuesse, le dio vna puñada, que le bañò los dientes en sangre, el Oydor le defendia, don Fernando tenia debaxo de sus pies a vn quadrillero midiendole el cuerpo con ellos muy a su favor. El ventero tornò a reforçar la voz, pidiendo fauor à la santa Hermandad: de modo que toda la vëta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobrefaltos, desgracias, cuchilladas, moxicones, pallos, coces, y efusion de sangre: y en la mitad deste

Quarta parte de don

caos, maquina, y laberinto de cosas se le representó en la memoria de dō Quixote, q̄ se vaya metido de hoz, y de coz en la discordia del cāpo de Agramāte: y así dixo cō voz q̄ atronaua la veta: Tégāse todos, todos embaynē, todos se folsieguē, oygāme todos, si to los quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y el prosiguió, diziēdo: No os dixe yo señores q̄ este castillo era encantado, y q̄ alguna regió de demonios deue de habitar en el, en cōfirmacion de lo qual quiero q̄ veays por vuestros ojos como se ha passado aqui, y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad como alli se pelea por la espada, aqui por el cauallo, aculla por el aguila, acá por el yelmo, y todos peleamos y todos no nos entendemos: véga pues vuestra merced señor Oydor, y vuestra merced señor cura, y el vno sirua de Rey Agramāte, y el otro de Rey Sobriño, y pōganos en paz, por q̄ por Dios todo poderoso, que es gran vellaqueria que tanta gente principal como aqui estamos se mate por causas tan lhuianas: los quadrilleros q̄ no entēdiā el frasis de don Quixote, y se veian malparados de don Fernādo, Cardenio, y sus camaradas, no queriā folslegarse, el barbero sí, por q̄ en la pendēcia tenia deshechas las barbas, y el albarda: Sancho a la mas minima voz de su amo obedecio, como buen criado: los quatro criados de don Luis, tãbien se estuuiet ò quedos, viēdo quã poco les yua en no estarlo, solo el vterero porfiata q̄ se auian de castigar las insolencias de aquel loco q̄ a cada passo le alborotaua la veta: finalmēte el rumor se apaziguò por entonces, la albarda se quedò por jaez hasta el dia del juyzio, y la vazia por yelmo, y la veta por castillo en la imaginacion de don Quixote. Puestos

pues

pues ya en fofiego, y hechos amigos todos, a persuasión del Oydor, y del cura, boluierō los criados de dō Luis a porfiarle q̄ al momēto se vinieffe cō ellos: y en tāto q̄ el con ellos se auenia, el Oydor comunicō cō don Fernando, Cardenio, y el cura, que deuia hazer en aquel caso, contandoseles cō las razones q̄ don Luis le auia dicho, en fin fue acordado q̄ dō Fernādo dixesse a los criados de don Luis quien el era, y como era su gusto, q̄ don Luis se fuesse cō el al Andaluza, dōde de su hermano el Marques seria estimado como el valor de don Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intēciō de dō Luis q̄ no bolueria por aquella vez a los ojos de su padre si le hiziefen pedaços. Entēdida pues de los quatro la calidad de don Fernādo, y la intēciō de dō Luis, determinaron entre ellos, q̄ los tres se boluiefsen a contar lo q̄ passaua a su padre, y el otro se quedasse a seruir a dō Luis, y a no dexalle hasta q̄ ellos boluiefsen por el, ò viesse lo que su padre les ordenaua: desta manera se apaziguō aquella maquina de pēdencias, por la autotidad de Agramāte, y prudēcia del Rey Sobrino: pero viēdose el enemigo de la cōcordia, y el emulo de la paz menospreciado, y burlado, y el poco fruto q̄ auia grangeado de auerlos puesto a todos en tan cōfuso laberinto, acuerdo de prouar otra vez la mano, resucitando nueuas pēdencias y defassofiegos. Es pues el caso, q̄ los quadrilleros se foflegarō por auer entreoydo la calidad de los q̄ cō ellos se auian cōbatido, y se retirarō de la pēdencia por parecerles q̄ de qualquiera manera q̄ sucedieffe auian de llevar lo peor de la batalla: pero vno de ellos q̄ fue el q̄ fue molido, y pateado por don Fernādo, le vino a la memoria, q̄ entre algunos mandamiētos q̄ traia para pren-

Quarta parte de don

der à algunos delinquētes, traia vno cōtra don Quixote, a quiē la santa Hermandad auia mandado prēder por la libertad que dio a los galeotes, y como Sancho con mucha razon auia temido: imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de don Quixote traia venian biē, y sacãdo del seno vn pergamino topò con el que buscaua, y poniendose a leer de espacio, porque no era buē lector, a cada palabra que leia ponía los ojos en don Quixote, y yua cotexando las señas del mandamiento con el rostro de don Quixote, y hallò que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaua, y a penas se huuo certificado, quando recogiendo su pergamino, y quiza tomò el mandamiento, y con la derecha asio a don Quixote del cuello fuertemēte q̄ no le dexaua alētar, y a grãdes voces dezia: Favor a la santa Hermãdad, y para q̄ se vea q̄ lo pido de veras, leasē este mādamiento donde se cōtiene q̄ se prenda a este salteador de caminos. Tomò el mādamiēto el cura, y vio como era verdad quanto el quadrillero dezia, y como conuenia con las señas con don Quixote, el qual viēdose tratar mal de aquel villano Maládrin, puesta la colera en su punto, y cruxiēdole los huesfios de su cuerpo, como mejor pudo el asio al quadrillero con entrãbas manos de la gargãta, q̄ a no ser socorrido de sus compañeros, alli dexara la vida antes q̄ dō Quixote la presa. El vëtero q̄ por fuerça auia de fauorēcer a los de su oficio, a cudio luego a dalle fauor. La ventera q̄ vio de nueuo a su marido en pendencias, de nueuo alçò la voz, cuyo tenor le lleuaron luego, Maritornes y su hija, pidiēdo fauor al cielo y a los que alli estauan. Sãcho dixo viēdo lo q̄ passaua: Viue el Señor q̄ es verdad quanto mi amo dize
de

de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir vna hora cõ quietud en el. Don Fernãdo despar-
tío al quadrillero, y a don Quixote, y cõ gusto de en-
trãbos les desenclauijò las manos, q̃ el vno en el co-
llar del sayo del vno, y el otro en la garganta del o-
tro bien afidas tenian: pero no por esto cessãran los
quadrilleros de pedir su preso, y que les ayudassen a
darfele atado, y entregado a toda su voluntad, porq̃
assi conuenia al seruicio del Rey y de la santa Her-
mandad, de cuya parte de nueuo les pediã socorro,
y fauor para hazer aquella prision de aquel robador
y salteador de sendas, y de carreras. Reyase de oyr
dezir estas razones don Quixote, y con mucho sos-
fiego, dixo: Venid acã gente soez, y mal nacida, sal-
tear de caminos llamays al dar libertad a los enca-
denados, soltar los presos, acorrer a los miserables,
alçar los caydos, remediar los menesterosos: a gen-
te infame, digna por vuestro baxo y vil entendimie-
to, q̃ el cielo no os comunique el valor q̃ se encierra
a la caualleria andante, ni os dẽ a entẽder el pecado
è ignorancia en que estays en no reuerẽciar la som-
bra, quanto mas la afsistencia de qualquier caualle-
ro andante. Venid acã ladrones en quadrilla, que no
quadrilleros, salteadores de caminos, con licencia
de la santa Hermandad, dezidme quien fue el igno-
rante que firmò mandamiento de prision contra vn
tal cauallero como yo soy? Quien el que ignorò que
son essentos de todo judicial fuero los caualleros
andantes? Y que su ley es espada, sus fueros, sus
brios, sus prematicas, su voluntad? Quien fue el mẽ-
tecatò, bueluo a dezir, que no sabe que no ay secu-
toria de hidalgo con tantas preeminencias, ni essen-
ciones

Quarta parte de don

ciones como la que adquiere vn cauallero andante el dia que se arma cauallero, y se entrega al duro exercicio de la caualleria. Que cauallero andante pagò pecho, alcauala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? Que fastre le lleuò hechura de vestido que le hiziesse? Que Castellano le acogió en su castillo q̄ le hiziesse pagar el escote? Que Rey no le assentò a su mesa? Que dōzella no se le aficionò, y se le entregò rendida a todo su talante, y voluntad? Y finalmente, que cauallero andante ha auido, ay, ni aura en el mundo, que no tenga brios para dar el solo quatrocientos palos a quatrocientos quadrieros que se le pongan delante?

Capit. XLVI. De la notable auentura de los quadrieros, y la gran ferocidad de nuestro buen cauallero don Quixote.

EN tanto que don Quixote esto dezia, estava persuadiendo el cura a los quadrieros como don Quixote era falto de juyzio, como lo veian por sus obras, y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante: pues aunque le prendiesse, y lleuassen, luego le auian de dexar por loco: a lo que respondió el del mandamiento: Que a el no tocava juzgar de la locura de don Quixote, sino hazer lo que por su mayor le era mandado, y que vna vez preso, siquiera le soltassen trecientas. Con todo esto, dixo el cura, por esta vez no le aueys de llevar, ni aun el dexara lleuarse, a lo que yo entiendo:

en efecto tanto les supo el cura dezir, y tãtas locuras supo don Quixote hazer, que mas locos fueran que no el los quadrilleros, sino conocieran la falta de don Quixote, y afsituieron por bien de apaziguarse, y aũ de ser medianeros de hazer las pazes entre el barbero, y Sãcho Pança, que toda via afsistian con gran rancor a su pendencia: finalmente ellos como miẽbros de justicia mediaron la causa, y fueron arbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, sino del todo contentas, alomenos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas y no las cinchas, y xaquimas. Y en lo que tocaua a lo del yelmo de Mambrino, el cura afocapa, y sin que dõ Quixote lo entendiesse, le dio por la bazia ocho reales, y el barbero le hizo vna cedula del recibo, y de no llamarse a engaño por entonces, ni por siempre jamas Amen. Soffegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales, y de mas tomo, restaua que los criados de don Luis se contentassen de boluer los tres, y que el vno quedasse para acõpañarle donde don Fernando le queria llevar; y como ya la buena suerte, y mejor fortuna auia comenzado a rõperlãças, y a facilitar dificultades en saber de los amantes de la venta, y de los valiẽtes della, quiso llevarlo al cabo, y dar atodo felice suceso, porque los criados se contentaron de quanto don Luis queria, de q̃ recibio tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazõ la mirara al rostro que no conociera el regozijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los sucesos que auia visto, se entristecia, y alegraua a bulto conforme veia, y notaua los semblantes a cada vno, especialmente de su

Quarta parte de don

Español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traia colgada el alma. El ventero a quien se le pagò por alto la dadiua, y recompensa que el cura auia hecho al barbero, pidio el escote de don Quixote, con el menoscabo de sus cueros, y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rozinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagasse primero, hasta el vltimo ardite. Todo lo apaziguò el cura, y lo pago don Fernãdo, puesto que el Oydor de muy buena voluntad auia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, q̄ ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quixote auia dicho, sino la misma paz, y quietud del tiempo de Otauiano: de todo lo qual fue comun opinion, que se deuián dar las gracias a la buena intencion, y mucha eloquencia del señor cura, y a incomparable liberalidad de don Fernando. Viendose pues don Quixote libre, y desembaraçado de tantas pendencias, assi de su escudero, como fuyas, le parecio que seria bien seguir su comenzado viage, y dar fin a aquella grande auentura, para que auia sido llamado, y escogido: y assi con resoluta determinacion se fue a poner de inojos ante Dorotea, la qual no le cõsintio que hablasse palabra hasta que se leuantaſse, y el por obedecella se puso en pie, y le dixo: Es comun Prouerbio, hermosa señora, que la diligẽcia es madre de la buena ventura. y en muchas, y graues cosas ha mostrando la experiencia, que la sollicitud del negociante trae a buen fin el pleyto dudoso, pero en ningunas cosas se muestra esta verdad, que en las de la guerra, a donde la celeridad, y presteza preuiene los discursos

mas

curfos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defenfa: todo esto digo alta y preciosa señora, porque me parece, que la estada nuestra en este castillo, ya es sin prouecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echafemos de ver algun dia, porque quien sabe si por occultas espías, y diligentes aura sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy a destruyllle, y dandole lugar el tiempo se fortificasse en algun inexpugnable castillo, ò fortaleza contra quien valiesfen poco mis diligencias, y la fuerça de mi incansable braço: assi que señora mia, preuengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partamonos luego a la buena ventura, que no està mas de tener la vuestra grandeza, como dessea, de quanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Callò, y no dixo mas don Quixote, y esperò con mucho sosiego la respuesta de la hermosa Infanta, la qual cò ademán señorial, y acomodado al estilo de don Quixote, le respondió desta manera: Yo os agradezo señor cauallero el desseo que mostrays tener de fauorcerme en mi gran cuyta, biẽ assi como cauallero, a quien es anexo, y concerniẽte fauorecer los huérfanos, y menesterosos: y quiera el cielo q̄ el vuestro, y mi desseo se cūplã para q̄ veays q̄ ay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, sea luego, q̄ yo no tengo mas volũtad q̄ la vuestra, disponed vos de mi a toda v̄a guisa, y talãte, q̄ la q̄ vna vez os entregò la defenfa de su persona, y puso en v̄as manos la restauraciõ de sus señorios, no ha de querer yr cõtra lo q̄ la v̄a prudẽcia ordenare. A la mano d̄ Dios, dixo don Quixote, pues assies, q̄ vna señora

se

Quarta parte de don

se me humilla no quiero yo perder la ocasion de leuantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego porque me va poniendo espuelas el deseo, y el camino, lo que suele dezirse q̄ en la tardança está el peligro: y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante, ni acobarde, en silla Sancho a Rozinante, y apareja tu jumento, y el palafren de la Reyna, y despídamos del Castellano, y destos señores, y vamos de aqui luego al p̄nto. Sancho, que a todo estaua presente, dixo meneando la cabeça a vna parte y a otra: Ay señor señor, y como ay mas mal en el aldeguela que se fueña, con perdon seadicho de las tocas honradas. Que mal puede auer en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscauo mio villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callarè, y dexarè dezir lo que soy obligado como buen escudero, y como deue vn buè criado dezir a su señor. Di lo que quisietes, replicò don Quixote, como tus palabras no se encaminen a ponerme miedo: que si tu le tienes, hazes como quien eres: y si yo no le tengo hago como què soy. No es esto, pecador fuy yo a Dios, respondió Sãcho, sino que yo tengo por cierto y por aueriguado que esta señora que se dize ser Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque a ser lo que ella dize, no se anduiera hociendo cò alguno de los que estan en la rueda a buelta de cabeça, y a cada traspueta. Parose colorada con las razones de Sancho Dororea, porque era verdad que su esposo don Fernãdo alguna vez a hurto de otros ojos, auia cogido con los labios parte del premio que

que merecian sus desseos. Lo qual auia visto Sanchos, y pareciendole que aquella desemboltura mas era de dama cortesana, que de Reyna de tan gran Reyno. Y no pudo ni quiso, responder palabra a Sanchos, sino dexole profeguir en su platica, y el fue diziendo. Esto digo señor, porque si al cabo de auer andado caminos y carreras, y pasado malas noches, y peores dias, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos, el que se està holgando en esta venta, no ay para que darme priessa, a q̄ ensille a Rozinante, albardé el jumento, y aderece el palafré, pues sera mejor que nos estemos quedas, y cada puta hile, y comamos. O Valame Dios, y çuan grande que fue el enojo que recibio don Quixote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero. Digo que fue tanto, que con voz atropellada, y tartamuda lengua, lançando viuo fuego por los ojos, dixo: O vellaco villa no, mal mirado, descompuesto, è ignorante, infacundo, deslenguado, atreuido, murmurador, y maldiziete, tales palabras has osado dezir en mi presencia, y en la destas inclitas señoras? Y tales deshonestidades y atreuimientos, osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, mōstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, filo de vellaquerias, inuenteor de maldades, publicador de sandezes, enemigo del decoro que se deue a las Reales personas. Vete no parezcas delante de mi, so pena de mi yra: y diziendo esto, enarcotas cejas, hinchò los carrillos, mirò a todas partes, y dio con el pie derecho vna gran patada en el suelo, señalles todas de la yra que encerraua en sus entrañas. A cuyas palabras, y furibundos ademanes, quedò Sanchos

Quarta parte de don

eho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra y le tragara. Y no supo que hazerle, sino bolver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de don Quixote, dixo, para temprarle la yra. No os despecheys, señor cauallero de la triste Figura, de las fandezes que vuestro buen escudero ha dicho. Porque quiza no lasdeue de dezir sin ocasion, ni de su buen entendimiento, y cristiana conciencia, se puede sospechar, que leuante testimonio a nadie: y assi se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos señor cauallero dezis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho huuiesse visto por esta diabolica via, lo que el dizze que vio, tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo a esta sazón don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delãte a este pecador de Sancho, q̄ le hizo ver, lo que fuera imposible verse de otro modo, que por el de encantos no fuera que se yo bien de la bondad è inocencia deste desdichado, que no sabe leuãtar testimonios a nadie. Assi es, y assi serà, dixo don Fernando, por lo qual deue vuestra merced señor don Quixote, perdonalle, y reduzille al gremio de su gracia: *Sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacassen de juyzio. Don Quixote respondió, que el le perdonaua, y el cura fue por Sancho, el qual vino muy humilde, y hincãdose de rodillas, pidio la mano a su amo, y el se la dio, y despues de auersela dexado besar,

far, le hecho la bendizion, diciendo: Agora acabarás de conocer Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas vezes te he dicho, de que todas las cosas deste castillo, son hechas por via de encantamento. Afsilo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedio por via ordinaria. No lo creas, respõdio don Quixote, que si afsi fuera, yo te vengara entonces, y aun agora. Pero ni entonces, ni agora, pude, ni vi, en quien tomar vengança de tu agrauio. Desearon saber todos, que era aquello de la manta, y el ventero lo contò, punto por punto, la bolateria de Sancho Pança, de que no poco se rieron todos. Y de que no menos se corriera Sancho, si de nueuo no le assegurara su amo, que era encantamento. Puesto que jamas llegó la fandez de Sancho, a tanto que creyesse no ser verdad pura y aueriguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de auer sido manteado, por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas, ni imaginadas, como su señor lo creia, y lo afirmaua. Dos dias eran ya passados los que auia que toda aquella illustre compañia estaua en la venta: y pareciendoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden, para que sin ponerse al trabajo, de boluer Dorotea, y don Fernando, con don Quixote a su aldea, con la inuencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudieffen el cura, y el barbero, llevarsele como desfeauan, y procurar la cura de su locura, en su tierra. Y lo que ordenaron, fue, que se concertaron con vn carretero de bueyes, que a caso acertò a passar por alli, para que lo lleuasse, en esta forma. Hizieron vna como jaula, de palos enrejados,

Quarta parte de don

capaz, que pudiesse en ella caber holgadamente don Quixote: y luego don Fernando, y sus camaradas, con los criados de don Luis, y los quadrilleros, jntamente con el ventero, todos por orden, y parecer del cura, se cubrieron los rostros, y se disfrazaron, quien de vna manera, y quien de otra: de modo, que a don Quixote le pareciesse ser otra gente, de la que en aquel castillo auia visto. Hecho esto, con grandissimo silencio se entraró a donde el estaua durmiendo y descansando de las passadas refrigeras. Llegaronse a el, que libre, y seguro de tal acótecimiento dormia, y asiendole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies: de modo, que quándo el despertó con sobre salto, no pudo menearse, ni hazer otra cosa; mas que admirarse, y suspenderse de ver delante de si tan estraños visages. Y luego dio en la cuenta, de lo que fu cōtinua y desuariada imaginacion le representaua, y se creyó, que todas aquellas figuras, eran fantasmas de aquel encatado castillo, y que sin duda alguna ya estaua encatado, pues no se podia menear ni defender. Todo apunto, como auia pensado que sucederia el cura, traçador desta maquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaua en su mesmo juyzio, y en su mesma figura: el qual aunque le faltaua bien poco para tener la mesma enfermedad de su amo, no dexó de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osó descoser su boca, hasta ver en que paraua aquel assalto, y prision de su amo. El qual tampoco hablaua palabra, atendiendo a ver el paradero de su desgracia. Que fue, que trayendo alli la jaula, le encerraron dentro, y le clauaron los

los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper a dos tirones. Tomáronle luego en ombros, y al salir del aposento se oyò vna voz temerosa, todo quanto la supo formar el barbero, no el del albarda, sino el otro, que dezia: O cauallero de la triste Figura, no te de afinca miéto la prision en que vas, porque afsi conuiene, para acabar mas presto la auentura en que tu gran esfuerzo te puso. La qual se acabará, quando el furibundo Leon Manchado, cõ la blanca paloma Tobosina, yogiren en vno. Ya despues de humilladas las altas ceruizes, al blando yugo matrimonioesco. De cuyo inaudito conforcio, saldrán a la luz del Orbe, los brauos cachorros, que imitarán las rumpantes garras del valeroso padre. Y esto será antes, que el seguidor de la fugitiua ninfá, haga dos vegadas, a la visita de las luzientes imagines, con su rapido, y natural curso. Y tu, ò el mas noble, y obediéte escudero, que tuuo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narizes, no te desmaye, ni descontente, ver llevar afsi delante de tus ojos mesmos, a la flor de la caualleria andante. Que presto, si al plasmador del mundo le plaze, te verás tan alto, y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrá defraudadas las promessas, que te ha fecho tu buen señor. Y assegurote, de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra, y sigue las pisadas del valeroso, y encantado cauallero, que conuiene que vayas donde pareys entrambos: y porque no me es licito dezir otra cosa, à Dios quedad, que yo me buelua a donde yo me se. Y al acabar de la profecia, alçò la voz de punto, y disminuyola despues, con tan tierno acento,

Quarta parte de don

que aun los sabidores de la burla estuieron por creer, que era verdad lo que oian. Quedò don Quixote consolado con la escuchada profecia, porque luego coligio de todo en todo, la significacion de ella: y vio que le prometian, el verse ayuntados en fante y deuido matrimonio, con su querida Dulzinea del Toboso, de cuyo felice vientre, saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha. Y creyendo esto bien, y firmemente, alçò la voz, y dando vn gran suspiro, dixo: O tu quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruegote, que pidas de mi parte al sabio encantador, que mis cosas tiene a cargo, que no me dex e perecer en esta prision, donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres è incomparables promessas, como son las que aqui se me han hecho. Que como esto sea, tendre por gloria las penas de mi carcel, y por aliuio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso. Y en lo que toca a la consolacion de Sancho Pança mi escudero, yo confio de su bondad, y buen proceder, que no me dexará, en buena, ni en mala suerte. Porque quando no suceda por la suya, ò por mi corra ventura, el poderle yo dar la Insula, ò otra cosa equiuivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario, no podra perderse, que en mi testamento que ya està hecho, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme a sus muchos y buenos seruicios, sino a la posibilidad mia. Sancho Pança se le inclino con mucho comedimiento, y le besò entrambas las manos, porque

porque la vna no pudiera, por estar atadas entrambas: Luego tomaron la jaula en ombros, aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los buyes.

Cap. XLVII. *Del estraño modo con que fue encantado don Quixote de la Mancha, con otros famosos successos.*



VANDO don Quixote se vio de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: Muchas y muy graues historias he yo leydo, de caualleros andantes, pero jamas he leydo, ni visto, ni oydo, que a los caualleros encantados, los lleuen desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardios animales. Porque siépre los suelen llevar por los ayres, con estraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nueue, ò en algun carro de fuego, ò ya sobre algũ Hippogrifo, ò otra bestia semejante. Pero que me lleuen a mi agora sobre vn carro de buyes, viue Dios que me pone en confusion. Pero quiça la caualleria, y los encantos destos nuestros tiempos, deuen de seguir otro camino, que siguieron los antiguos. Y tambien podria ser, que como yo soy nueuo cauallero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado exercicio de la caualleria auenturera, tambien nueuamente se ayan inuentado otros generos de encantamientos, y otros modos de llevar

Quarta parte de don

a los encantados. Que te parece desto, Sancho hijo? No se yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leydo como vuestra merced, en las escripturas andantes. Pero con todo esto ofaria afirmar, y jurar, que estas visiones que por aqui andan, que no son del todo catholicas. Catholicas mi padre, respondió don Quixote, como han de ser catholicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantasticos, para venir a hazer esto, y a ponerme en este estado. Y si quieres ver esta verdad, tocalos, y palpalos, y veras como no tienen cuerpo, sino de ayre, y como no consiste mas, de en la apariencia. Par Dios señor, replicò Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aqui anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad, muy diferente de la que yo he oydo dezir, que tienen los demonios. Porque segun se dize, todos huelen a piedra azufre, y a otros malos olores, pero este huele à ambar de media legua. Dezia esto Sancho, por don Fernando, que como tan señor, deuia de oler a lo que Sancho dezia. Note maravillas desto, Sancho amigo, respondió don Quixote, porque te hago saber, que los diablos saben mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espiritus, y si huelen no pueden oler cosas buenas, sino malas, y hidiódas. Y la razon es, que como ellos donde quiera que estan, traen el infierno còfigo, y no puede ni recibir genero de aliuio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta, y contéta, no es possible q̄ ellos huelan cosa buena. Y si a ti te parece, que esse demonio que dizes, huele à ambar, ò tu te engañas, ò el quiere engañarte, con hazer q̄ no le tengas por demo-

demonio. Todos estos coloquios passaron entre amo, y criado, y temiendo don Fernando, y Cardenio, q̄ Sancho no viniessse a caer del todo en la cuenta de su inuencion, a quien andaua ya muy en los alcárces, determinaron de abreuuar con la partida, y llamando a parte al ventero, le ordenaron que ensillasse a Rozinante, y enalbardasse el jumêto de Sancho, el qual lo hizo con mucha prôsteza. Ya en esto el cura se auia concertado con los quadrilleros, q̄ le acompañassen hasta su lugar, dandoles vn tanto cada dia. Colgò Cardenio del arçon de la silla de Rozinante, del vn cabo la adarga, y del otro la bazia, y por señas mãdò a Sancho, que subiesse en su asno, y tomasse de las riendas a Rozinante, y puso a los dos lados del carro a los dos quadrilleros con sus escopetas. Pero antes que se mouiesse el carro, salio la ventera, su hija, y Maritornes, a despedirse de don Quixote, fingiêdo que llorauan de dolor de su desgracia, a quien dõ Quixote dixo: No lloreys mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas, a los que profesan lo que yo professo, y si estas calamidades no me acõtecieran, no me tuuiera yo por famoso cauallero andante. Porque a los caualleros de poco nõbre, y fama, nunca les suceden semejantes casos, porque no ay en el mundo quien se acuerde dellos. A los valerosos si, que tienen embidiosos de su virtud, y valentia, a muchos Principes, y a muchos otros caualleros, que procuran por malas vias destruyr a los buenos. Pero con todo esso, la virtud es tan poderosa, q̄ por si sola, a pesar de toda la nigromancia, que supo su primer inuenter Zoroastes, saldra vencedora de todo trance, y darà de si luz en el mûdo, como la da

Quarta parte de don

el Sol en el ciclo. Perdonadme fermosas damas, si algun desaguifado, por descuydo mio os he fecho, que de voluntad y a sabiendas, jamas le di a nadie. Y rogad a Dios me saque destas prisiones, donde algũ mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre, no se me caera de la memoria, las mercedes q̄ en este castillo me auedes fecho para gratificarlas, seruillas, y recompensallas, como ellas merecen. En tãto que las damas del castillo esto pasauan con don Quixote, el cura, y el barbero, se despidieron de don Fernando, y sus camaradas, y del capitã, y de su hermano, y todas aquellas contetas señoras, especialmente de Dorotea, y Lusinda, Todos se abraçaron, y quedaron de darse noticia de sus sucesos. Diciendo don Fernando al cura, dõde auia de escriuirle, para auisarle en lo que paraua dõ Quixote, assegurandole, que no auia cosa que mas guito le diese, que saberlo. Y que el assi mismo le auisaria de todo aquello que el viesse que podria darle gusto, assi de su casamiento, como del bautismo de Zorayda, y suceso de don Luis, y buelta de Lusinda a su casa. El cura ofrecio de hazer quanto se le mãdaua, con toda puntualidad. Tornaron a abraçarse otra vez, y otra vez tornaron a nuevos ofrecimientos. El ventero se lleo al cura, y le dio vnos papeles, diziendole que los auia hallado en vn aforro de la maleta, donde se hallò la nouela del curioso impertinente, y que pues su dueño no auia buuelto mas por alli, que se los lleuasse todos, que pues el no sabia leer, no los queria. El cura se lo agradecio, y abriendolos luego, vio que al principio de lo escrito, dezia: Nouela de Rinconete, y Cortadillo, por donde entendio ser alguna

alguna nouela : y coligio, que pues la del curioso Impertinente, auia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de vn mismo autor, y assi la guardò, con profupuesto a de leerla, quando tuuiesse comodidad. Subio a cauallo, y tambien su amigo el barbero, con sus antifazes, por que no fuesen luego conocidos de don Quixote, y pusieronse a caminar tras el carro, y la orden que lleuaua era esta. Yua primero el carro, guiandole su dueño : a los dos lados yuan los quadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sãcho Pança sobre su asno, lleuando de rienda à Rozinante. Detras de todo esto, yuan el cura, y el barbero, sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con graue y reposado continente, no eaminando mas de lo que permitia el passo tardo de los buyes. Don Quixote yua sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado a las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como sino fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y assi con aquel espacio, y silencio, caminaron hasta dos leguas, q̄ llegaron a vn valle, donde le parecio al boyero, ser lugar acomodado para repolar, y dar pasto a los bueyes. Y comunicandolo con el cura, fue de parecer el barbero, que caminasen vn poco mas, porque el sabia detras de vn recuesto q̄ cerca de alli se mostraua, auia vn valle de mas yerua, y mucho mejor q̄ aquel, donde parar queriã. Tomose el parecer del barbero, y assi tornarò a proseguir su camino. En esto boluio el cura el rostro, y vio q̄ a sus espaldas venian hasta seys, ò siete hõbres de acauallo, biẽ puestos y adereçados, de los quales fueron

Quarta parte de don

fueron presto alcançados, porque caminauan, no con la fiema, y reposo de los bueyes, sino como quie yua sobre mulas de Canonigos, y con desseo de llegar presto a festejar a la venta, que menos de vna lengua de alli se parecia. Llegaron los diligentes a los perezosos, y saludaronse cortesmente, y vno de los que venian, que en resolució era Canonigo de Toledo, y señor de los demas que le acompañauan, viendo la concertada procession del carro, quadrilleros, Sancho, Rozinante, cura, y barbero, y mas a don Quixote enjaulado, y aprisionado, no pudo dexar de preguntar, que significaua llevar aquel hombre de aquella manera. Aunque ya se auia dado a entender, viendo las insignias de los quadrilleros, que deuia de ser algun facinoroso falteador, ò otro delinquente, cuyo castigo tocasse a la santa Hermandad. Vno de los quadrilleros, a quien fue hecha la pregunta, respondió así: Señor lo que significa yr este cauallero desta manera, digalo el, porque nosotros no lo sabemos. Oyò don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vuestras mercedes señores caualleros, son versados, y perictos, en esto de la caualleria andante, porque si lo son, comunicarè con ellos mis desgracias, y fino, no ay para que me cansè en dezirlas. Y a este tiempo auian yallegado el cura, y el barbero, viendo que los caminantes estauan en platicas con don Quixote de la Mancha, para responder de modo, que no fuesse descubierto su artificio. El Canonigo, a lo que don Quixote dixo, respondió: En verdad hermano, que se se mas de libros de cauallerias, que de las sumulas de Villalpando. Así que si no està mas que

en esto, seguramente podeys comunicar conmigo lo que quisiereades. A la mano de Dios, replicò don Quixote. Pues así es, quiero señor cauallero que sepades, que yo voy encantado en esta jaula, por embidia, y fraude, de malos encantadores, que la virtud, mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos. Cauallero andante soy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama se acordò, para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que a despecho, y pesar de la misma embidia, y de quantos Magos criò Persia, Bracmanes la India, Ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirua de exemplo, y dechado, en los venideros siglos, donde los caualleros andantes, vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar a la cumbre, y alteza honrosa de las armas. Dize verdad el señor don Quixote de la Mancha, dixo a esta sazón el cura, que el va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos a quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Este es señor, el cauallero de la triste Figura, si ya le oystes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas, y grandes hechos, seran escritas en bronces duros, y en eternos marmoles, por mas que se canse la embidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyò hablar al preso, y al libre, en semejante estubo, estubo por hazerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le auia acontecido: y en la mesma admiracion cayeron todos los que con el venian. En esto Sancho Pança, que se auia acercado a oyr la platica,

para

Quarta parte de don

para adobarlo todo, dixo: Aora señores, quieran me bien, ò quieran me mal por lo que dixere, el caso de ello es, que afsi va encantado mi señor don Quixote, como mi madre: el tiene su entero juyzio, el come, y beue, y haze sus necesidades como los demas hombres, y como las hazia ayer antes que le enjaullassen. Siendo esto afsi, como quieren hazerme a mi entender que va encantado? Pues yo he oydo dezir a muchas personas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablã, y mi amo fino le van a la mano, hablarã mas que treynta procuradores. Y boluiendose a mirar al cura, prosiguió diziendo: A señor cura, señor cura, pensaua vuestra merced que no le conozco, y pensar à que yo no calo y adiuino, adonde se encaminan estos nuevos encantamentos, pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por mas que disimule sus embustes? En fin, donde reyna la embidia, no puede viuir la virtud, ni adonde ay escaseza, la liberalidad. Mal aya el diablo, que si por su reuerècia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuuiera casado cõ la Infanta Micomicona, y yo fuera Cõde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, afsi de la bondad de mi señor, el de la triste Figura, como de la grandeza de mis seruiciõs. Pero, yaveo que es verdad, lo q̄ se dize por ahi, que la rueda de la fortuna anda mas lista, q̄ vna rueda de molino, y que los que ayer estauã en pinganitos, oy estan por el suelo. De mis hijos, y de mi muger me pesa, pues quando podian y deuiã esperar, ver entrar a su padre por sus puertas, hecho Governador, ò Visorrey de alguna Insula, ò Reyno, le veran entrar hecho moço de cauallos.

uallos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es mas de por encarecer a su Paternidad, haga conciencia, del mal tratamiento que a mi señor le haze, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prisión de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos focorros y bienes, que mi señor don Quixote dexa de hazer en este tiempo que está preso. Adobame estos candiles, dixo a este punto el barbero. Tambien vos Sancho, soys de la cofradia de vuestro amo? Viue el Señor, que voy viendo, que le auays de tener compañía en la jaula, y que auays de quedar tan encantado como el, por lo que os toca de su humor, y de su caualleria. En mal punto os empreñastes de sus promessas, y en mal hora se os entrò en los cascos la Insula que tanto desleays. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dexaria empreñar del Rey que fuesse, y aunque pobre soy Christiano viejo, y no deuo nada a nadie, y si Insulas desseo, otros dessean otras cosas peores, y cada vno es hijo de sus obras, y debaxo de ser hōbre, puedo venir a ser Papa, quanto mas Governador de vna Insula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte a quien darlas. Vuestra merced mire como habla, señor barbero, q̄ no es todo hazer barbas, y algo vade Pedro à Pedro. Digolo porque todos nos conocemos, y à mi no se me ha de hechardado falso. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quedese aqui, porque es peor menearlo. No quiso responder el barbero a Sancho, porque no descubriessse con sus simplicidades, lo que el, y el cura, tanto procurauan encubrir. Y por este mesmo temor, auia el cura dicho al Canonigo, que caminasse

Quarta parte de don

vn poco delãte, que el le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diessen gusto. Hizolo assi el Canonigo, y adelantose con sus criados, y con el estuuo atento, a todo aquello que dezirle quiso, de la condicion, vida, locura, y costũbres de don Quixote. Contandole breuemente el principio, y causa de su desuario, y todo el progreso de sus sucessos, hasta auerlo puesto en aquella jaula, y el designio que lleuauan, de llevarle a su tierra, para ver si por algun medio, hallauan remedio a su locura. Admiraronse de nueuo los criados, y el Canonigo, de oyr la peregrina historia de don Quixote. Y en acabandola de oyr, dixo: Verdaderamente señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la republica, estos que llaman libros de cauallerias. Y aunque el ~~este~~ lleuado de vn ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los mas que ay impresos, jamas me he podido acomodar a leer ninguno, del principio al cabo. Porque me parece, que qual mas, qual menos, todos ellos son vna mesma cosa, y no tiene mas este, que aquel, ni estotro, que el otro. Y segun a mi me parece, este genero de escritura, y composicion, cae debaxo de aquel de las fabulas, que llaman Mulesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleytar, y no a enseñar. Al contrario de lo que hacen las fabulas Apologas, que deleytan y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento, de semejantes libros, sea el deleytar, no se yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos, y tan desafortados disparates. Que el deleyte que en el alma se cõcibe, ha de ser de la hermosura, y concordancia que

The leido

que vea, ò contempla en las cosas que la vista, ò la imaginacion le ponen delãte: y toda cosa que tiene en sí fealdad, y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues que hermosura puede auer, ò que proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en vn libro ò fabula, donde vn moço de diez y seys años da vna cuchillada a vn gigante como vna torre, y le diuide en dos mitades como si fuera de alfeñique: y q̄ quãdo nos quierẽ pintar vna batalla, despues de auer dicho, que ay dela parte de los enemigos vn millon de compitientes, como sea contra ellos el señor del libro, forçosamente mal q̄ nos pese auemos de entender, que el tal cauallero alcançò la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo? Pues que diremos de la facilidad con que vna Reyna, ò Emperatriz, heredera, se conduze en los brazos de vn andãte, y no conocido cauallero? Que ingenio, sino es del todo barbaro, è inculto, podra cõtentarse leyendo, q̄ vna gran torre llena de caualleros va por la mar adelante, como naue con profpero viento, y oy anochece en Lombardia, y mañana amanezca en tierras del Preste Iuã de las Indias, ò en otras, que ni las descubrio Tolomeo, ni las vio Marco Polo? Y si a esto se me respondiessse, que los q̄ tales libros componen, los escriuen como cosas de mentira, y q̄ asì no estan obligados a mirar en delicadezas, ni verdades. Responderles hia yo, q̄ tanto la mentira es mejor, quãto mas parece verdadera: y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso, y posible. Han se de casar las fabulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyerẽ, escriuiẽdose de suerte, q̄ facilitando los impossibles, allanando las

Quarta parte de don

grandezas, suspendiendo los animos, admiren, suspendan, alborocen, y entretengã, de modo q̄ anden a vn mismo passo la admiracion, y la alegria juntas: y todas estas cosas no podra hazer el que huyere d̄ la verisimilitud: y de la imitacion en quien consiste la perfeccion de lo que se escriue, no he visto ningun libro de cauallerias, q̄ haga vn cuerpo de fabula entero con todos sus miembros: de manera, q̄ el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, q̄ mas parece q̄ lleuan intenció a formar vna quimera, ó vn monstruo, q̄ a hazer vna figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazas increíbles, en los amores lasciuos, en las cortesias mal mirados: largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages: y finalmé teagenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la Republica Christiana, como a gente inuutil. El cura le estuuu escuchãdo con grãde atencion, y pareciole hombre de buen entendimie to, y q̄ tenia razon en quanto dezia: y assi le dixo, q̄ por ser el de su mesma opinion, y tener ogeriza a los libros de cauallerias, auia quemado todos los de don Quixote, q̄ eran muchos. Y contole el escratinio q̄ dellos auia hecho, y los q̄ auia condenado al fuego, y dexado con vida, de q̄ no poco se rio el Canonigo, y dixo, que con todo quanto mal auia dicho de tales libros, hallaua en ellos vna cosa buena, q̄ era el sugeto que ofrecian, para q̄ vn buen entendimiento pudiesse mostrarse en ellos, porq̄ dauan largo y espacioso cãpo, por donde sin empacho alguno pudiesse correr la pluma, de suubriendo naufragios, tor-
men-

mentas, rencuentros, y batallas: pintando vn Capitan valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrandose prudente, preuiniendo las astucias de sus enemigos: y eloquente orador, persuadiendo, ò dissuadiendo a sus soldados: maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer. Pintando ora vn lamentable y tragico suceso, aora vn alegre y no pensado acontecimiento: alli vna hermosissima dama, honesta, discreta, y recatada: aqui vn cauallero Christiano, valiente, y comedido: aculla vn desaforado barbaro fanfarron: acà vn Principe cortes, valeroso y bien mirado: representando bondad, y lealtad de vassallos, grandezas y mercedes de señores, ya puede mostrarse astrologo, ya cosmografo excelente, ya musico, ya inteligente en las materias de estado: y tal vez le vendra ocasion, de mostrarse nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulixes, la piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las desgracias de Ector, las trayciones de Sinon, la amistad de Eurialio, la liberalidad de Alexandro, el valor de Cesar, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton: y finalmente todas aquellas acciones que pueden hazer perfeto a vn varon illustre, aora poniendolas en vno solo, aora diuidiendolas en muchos, y siendo esto hecho con apazibilidad de estilo, y con ingeniosa inuencion, q̄ tire lo mas q̄ fuere posible a la verdad: sin duda cõpondra vna tela de varios y hermosos lazos texida, q̄ despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre. q̄ consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es

Quarta parte de don

enseñar y deleytar juntamēte, como ya tēgo dicho. Porque la escritura desata da de estos libros, da lugar a que el autor pueda mostrarse Epico, Lirico, Tragico, Comico, cō todas aquellas partes que encierran en si las dulcissimas y agradables ciencias de la Poesia, y de la Oratoria: que la Epica tambien puede escreuirse en prosa como en verso.

Cap. XLVIII. Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de cauallerias: con otras cosas dignas de su ingenio.



SSI Es como V. m. dize, señor Canonigo, dixo el cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los q̄ hasta aqui han compuesto semejantes libros, sin tener aduertencia a ningun buen discurso, ni al arte, y reglas por donde pudieran guiarse, y hazerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos principes de la Poesia Griega, y Latina. Yo alomenos, replicò el Canonigo, he tenido eierra tentacion de hazer vn libro de cauallerias, guardando en el todos los puntos que he significado: y si he de confessar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hazer la experiencia, de si correspondian a mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes, que solo atienden al gusto de oyr disparates, y de todos he hallado vna agradable aprobacion: pero con todo esto, no he profeguido adelante, assi por parecerme q̄ hago cosa agena de mi profesion, como por ver que es mas el numero de los simples, que

que de los prudētes : y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juyzio del desuaneado vulgo, a quien por la mayor parte toca leer semejantes libros: pero lo que mas me le quitò de las manos, y aun del pensamiento, de acabarle, fue vn argumento que hize conmigo mesmo, sacado de las comedias que agora se representan, diziendo: Si estas que aora se vsan, asì las imaginadas, como las de historia, todas, ò las mas son conocidos disparates, y cosas que no lleuan pies ni cabeça, y con todo eslo el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprucua por buenas, estando tan lexos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan dizen, que asì han de ser, porque asì las quiere el vulgo, y no de otra manera: y que las que lleuan traça, y figuen la fabula como el arte pide, no sirven sino para quatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les està mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos. Deste modo vendra a ser vn libro, al cabo de auerme quemado las cejas, por guardar los preceptos referidos, y vendre a ser el fastre del cantillo. Y aunque algunas vezes he procurado persuadir a los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraeran, y mas fama cobraran representando comedias, que ^{hagan} el arte, que no con las disparatadas: y están tan asidos y incorporados en su parecer, que no ay razon, ni evidencia que del los saque. Acuerdome que vn dia dixen

Quarta parte de don

a vno de estos pertinazes: Dezidme, no os acordays que ha pocos años, que se representaron en España tres Tragedias, que compuso vn famoso Poeta de estos Reynos, las quales fueron tales, que admiraron, alegraron, y suspendieron a todos quantos las oyeron, assi simples como prudentes, assi del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dineros a los representantes ellas tres solas, que treynta de las mejores que despues acá se han hecho? Sin duda, respondió el autor que digo, que deue de dezir V. m. por la Isabela, la Filis, y la Alexandra? Por estas digo, le repliqué yo: y mirad si guardauan bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar a todo el mundo? Assi que no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fue disparate la Ingratitud vengada, ni le tuuo la Numancia, ni se le hallò en la del Mercader amante, ni menos en la Ene miga fauorable, ni en otras algunas, que de algunos entendidos Poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las há representado? y otras cosas añadi a estas, cõ que a mi parecer le dexè algo confuso, pero no satisfecho, ni conuenido, para sacarle de su errado pèsamiento. En materia ha tocado V. m. señor Canonigo, dixo a esta sazón el cura, que ha despertado en mi vn antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se vsan, tal que yguala al que tengo cõ los libros de cauallerias, porque auiendo de ser la comedia, segun le parece a Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las costumbres, è imagen de la verdad,

las

las q̄aora se representan son espejos de disparates? exemplos de necedades, è imagines de lasciuia. Porq̄ que mayor disparate puede ser en el sugeto q̄ tratamos, que salir vn niño en mâtillas en la primera scena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hõbre barbado? Y q̄ mayor, q̄ pintarnos vn viejo valiente, y vn moço cobarde, vn lacayo rectorico, vn paje consejero, vn Rey ganapan, y vna Princesa fregona? Que dire pues de la obseruancia q̄ guardã en los tiẽpos en q̄ puedẽ, ò podian suceder las acciones q̄ representan, sino q̄ he visto comedia q̄ la primera jornada començò en Europa, la segunda en Asia, la tertera se acabò en Africa, y aun si fuera de quatro jornadas la quarta acabara en America, y assi se huiera hecho entodas las quatro partes del mundo. Y si es q̄ la imitaciõ es lo principal q̄ ha de tener la comedia, como es posible q̄ satisfaga a ningũ mediano entendimiento? q̄ fingiendo vna accion q̄ passa en tiẽpo del Rey Pepino, y Carlo Magno, el mismo que en ella haze la persona principal, le atribuian q̄ fue el Emperador Eraclio, q̄ entrò con la cruz en Ierusalen, y el que ganò la casa Santa, como Godofre de Bullon auiendo infinitos años de lo vno a lo otro, y fundadose la comedia sobre cosa fingida, atribuyrle verdades de historia, y mezclarle pedaços de otras sucedidas a diferẽtes personas, y tiẽpos: y esto no cõ traças verisimiles, sino cõ patentes errores de todo punto inexcusables: y es lo malo, q̄ ay ignorantes q̄ digan, q̄ esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullurias. Pues q̄ si venimos a las comedias diuinas, que dẽ milagros falsos fingen en ellas, que de cosas apocrifas, y mal entendidas, atribuyendo a vn santo

Quarta parte de don

los milagros de otro. Y aun en las humanas se atreuen a hazer milagros, sin mas respeto ni consideracion, que parecerles que alli estara bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga a la comedia: que todo esto es en perjuizio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios Españoles: porque los Estrangeros q̄ con mucha puntualidad guardã las leyes de la comedia, nos tienen por barbaros, è ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hazemos. Y no sería bastante disculpa desto dezir, que el principal intento q̄ las republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan publicas comedias, es para entretenir la comunidad cõ alguna honesta recreacion, y diuertirla a vezes de los malos humores que suele engendrar la ociosidad: y que pues este se consigue con qualquier comedia buena, ò mala, no ay para q̄ poner leyes, ni estrechar a los que las componen, y representan, a q̄ las hagan como deuiã hazerse: pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo qual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna, con las comedias buenas, que con las no tales. Porque de auer oydo la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras: admirado de los successos: discreto con las razones: aduertido con los embustes: sagaz con los exemplos: ayrado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos efectos ha de despertar la buena comedia en el animo del que la escuchare, por rustico y torpe que sea. Y
de

de toda impossibilidad, es imposible dexar de alegrar, y entretener, satisfazer, y contentar la comedia que todas estas partes tuuiere, mucho mas que aquella q̄ careciere dellas: como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen: porque algunos ay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamēte lo q̄ deuen hazer. Pero como las comedias se hã hecho mercaderia vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían, sino fuesen de aquel jaez: y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad, vease por muchas è infinitas comedias que ha compuesto vn felicissimo ingenio destes Reynos, cõ tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graues sentencias: y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estylo, que tiene lleno el mundo de su fama. Y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hazen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huyrse, y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo hã sido muchas vezes, por auer representado cosas en perjuizio de algunos Reyes, y en deshõra de algunos linages. Y todos estos inconuenientes cessarian, y aun otros muchos mas, que no digo, con que huuiesse en la Corte vna persona inteligente y discreta, que examinasse todas las comedias, antes que se representa-

Quarta parte de don

tassen: no solo aquellas que se hiziesen en la Corte, sino todas las que se quiesen representar en España, sin la qual aprouacion, sello, y firma, ninguna justicia en su lugar dexasse representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tédrian cuidado de embiar las comedias a la Corte, y con seguridad podrian representarlas: y aquellos que las componen, mirarian con mas cuydado y estudio lo que hazian, temerosos de auer de passar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicissimamente lo que en ellas se pretende, assi el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuydado de castigarlos. Y si se diese cargo a otro, ò a este mismo que examinasse los libros de cauallerias, que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueziendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la eloquencia, dando ocasion que los libros viejos se escoreciesen a la luz de los nuevos que saliesen, para honesto passatiempo: no solamente los ociosos, sino de los mas ocupados. Pues no es posible que este continuo el arco armado, ni la condición, y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna licita recreacion. A este punto de su coloquio, llegauan el Canonigo y el cura, quando adelantandose el barbero llegó a ellos, y dixo al cura: Aqui señor Licenciado es ellugar que yo dixé que era bueno, para que festeando nosotros, tuuiesen los bueyes fresco y abundoso pasto: Así me lo parece

a mi,

a mi, respondió el cura: y diziendole al Canonigo lo que pensaua hazer, el tambien quiso quedarle con ellos, combidado del sitio de vn hermoso valle que a la vista se les ofrecia: y assi por gozar del, como de la conuersacion del cura, de quié ya se yua aficionando: y por saber mas por menudo lashazañas de don Quixote, mandò à algunos de sus criados q̄ se fuesen a la venta, q̄ no lexos de alli estaua, y truxessen della lo que huuiesse de comer, para todos: porque el determinaua de se estar en aquel lugar aquella tarde. A lo qual vno de sus criados respondió: Que el azemila del repuesto, q̄ ya deuia de estar en la venta traia recado bastãte, para no obligar a no tomar de la veta mas que ceuada. Pues assi es, dixo el Canonigo, lleuense allà todas las caualgaduras, y hazed boluer la azemila. En tanto q̄ esto passaua, viendo Sancho que podia hablar a su amo, sin la continua asistencia del cura, y el barbero, que tenia por sospechosos, se llegó a la jaula donde yua su amo, y le dixo: Señor para descargo de mi conciencia le quiero dezir lo que passã cerca de su encantamiento, y es: Que aquestos dos q̄ vienen aqui encubiertos los rostros, son el cura de nuestro lugar, y el barbero, y imagino han dado esta traça de lleuarle desta manera, de pura embidia q̄ tiené como vuestra merced se les adelãta en hazer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, siguese que no va encantado, sino embaydo, y tonto. Para prueua de lo qual le quiero preguntar vna cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocarã con la mano este engaño, y vera como no va encantado, sino trastornado el juyzio. Pregunta lo que

Quarta parte de don

que quisiereš hijo Sancho, respondió don Quixote, que yo te satisfare, y respondere a toda tu voluntad. Y en lo que dizes, que aquellos que alli van, y vienen con nosotros, son el cura, y el barbero nuestros compatriotós y conocidos, bien podra ser que parezca que son ellos mesmos: pero q̄ lo sean realmente y en efeto, esso no lo creas en ninguna manera. Lo q̄ has de creer, y entender es, que si ellos se les parecen, como dizes, deue de ser que los que me han encantado auran tomado essa apariēcia y semejança, porq̄ es facil a los encantadores tomar la figura q̄ se les antoja, y auran tomado las destos nuevos amigos: para darte a ti ocasion de q̄ piēses lo q̄ piēses, y ponerte en vn laberinto de imaginaciones q̄ no aciertes a salir del, aũ que tuuiesses la foga de Teseo: y tambien lo auran hecho, para q̄ yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de dōde me viene este daño. Porq̄ si por vna parte tu me dizes, q̄ me acompaňan el barbero y el cura de n̄ro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y se de mi, q̄ fuerças humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme: que quieres que diga, ò piense, sino q̄ la manera de mi encantamēto excede a quantas yo he leydo en todas las historias q̄ tratan de caualleros andantes q̄ han ūdo encantados. Ası q̄ bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer q̄ son los q̄ dizes: porq̄ ası son ellos como yo soy Turco. Y en lo q̄ toca a querer preguntarme algo, di, q̄ yo te respondere, aunq̄ me preguntes de aqui a maňana. Valame n̄ra Señora, respondió Sancho dando vna gran voz, y es posible q̄ sea V. m. tan duro de cerebro, y tan falto de meollo, que no eche

eche de ver que es pura verdad la que le digo: y que en esta su prision y desgracia, tiene mas parte la malicia, que el encanto. Pero pues asi es, yo le quiero prouar euidentemente como no va encantado. Si no digame, asi Dios le saque desta tormenta, y asi se vea en los brazos de mi señora Dulcinea, quando menos se piense. Acaba de conjurarme, dixo don Quixote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te respondere con toda puntualidad. Esto pido replicò Sancho: y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de dezir, y la dizen todos aquellos que professan las armas, como vuestra merced las professa debaxo de titulo de caualleros andantes? Digo que no mentire en cosa alguna, respondió don Quixote. Acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas saluas, plegarias, y preuenciones, Sancho? Digo q̄ yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y asi, porque haze al caso a nuestro quèro, pregunto, hablando con acatamièto: Si a caso despues q̄ vuestra merced va enjaulado, y a su parecer encantado en esta juala, le ha venido gana y voluntad de hazer aguas, mayores, ò menores, como suele dezirse: No entiendo esto de hazer aguas Sancho, aclara te mas, si quieres que te responda derechamente. Es posible que no entiende vuestra merced de hazer aguas menores, ò mayores? Pues en la escuela destetan a los muchachos con ello. Pues sepa que quiero dezir: Si le ha venido gana de hazer lo que no se escusa? Ya, ya te entiendo Sancho: y muchas vezes: y aun agora la tēgo, sacame deste peligro, que no anda todo limpio.

Quarta parte de don

Cap. XLIX. Donde se trata del discreto coloquio
que Sancho Pança tuuo cō su señor don Quixote.

HA, dixo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo desseaua saber, como al alma, y como a la vida. Venga acá señor: podria negar lo que comunmente suele dezirse por ay, quando vna persona està de mala voluntad: No se que tiene fulano, q̄ ni come, ni beue, ni duerme, ni responde a proposito a lo que le preguntan, que no parece sino que està encantado? De donde se viene a sacar, que los que no comen, ni beuen, ni duermen, ni hazen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que beue quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde a todo aquello que le preguntan? Verdad dizes, Sancho, respondió don Quixote: pero ya te he dicho que ay muchas maneras de encantamientos, y podria ser, que con el tiempo se huuiesse mudado de vnos en otros: y que agora se vse, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hazian. De manera, que contra el vso de los tiempos no ay que arguyr, ni de que hazer conseqüencias. Yo se, y tengo para mi, que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande si yo pensasse que no estaua encantado, y me dexasse estar en esta jaula, perezoso y couarde, defraudando el socorro que podria dar a muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deuen tener a la hora de a hora precisa y estrema necesidad. Pues con todo esto

do esso, replicò Sancho, digo, que para mayor abundancia y satisfacion, seria bien que vuestra merced prouasse a salir desta carcel, que yo me obligo con todo mi poder a facilitarlo, y aun sacarle della, y prouasse de nueuo a subir sobre su buen Rozinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malécolico y triste. Y hecho esto, prouassemos otra vez la suerte de buscar mas atienturas: y sino nos sucediesse bien, tiempo nos queda para boluernos a la jaula: en la qual prometo a ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si a caso fuere vuestra merced tã desdichado, ò yo tan simple, que no acierte a salir con lo que digo. Yo soy contento de hazer lo que dizes, Sancho hermano, replicò don Quixote: y quando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecere en todo y por todo: pero tu, Sancho veras como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas platicas se entretuuieron el cauallero andante, y el mal andante escudero, hasta que llegaron, donde ya apeados los aguardauan el Cura, el Canonigo, y el barbero. Deshuncio luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexolos andar a sus anchuras por aquel verde y apazible sitio, cuya frescura combidaua a quererla gozar, no a las personas tan encantadas como don Quixote, sino a los tan aduertidos y discretos como su escudero: el qual rogò al cura, que permitiesse que su señor saliesse por vn rato de la jaula: porque sino le dexauan salir, no yria tan limpia aquella prision, como requirria la decencia de vn tal cauallero como su amo. Entendiole el cura, y dixo, que de muy buena gana

Quarta parte de don

gana haria lo que le pedia, sino temiera, que en viéndose su señor en libertad, auia de hazer de las fuyas, y yrse donde jamas gentes le viesse. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho: Y yo y todo, dixo el Canonigo: y mas fiel me da la palabra como cauallero, de no apartarse de nosotros, hasta que sea nuestra voluntad. Si doy, respondió don Quixote, que todo lo estava escuchando, quanto mas, que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hazer de su persona lo que quisiere: porque el que le encantò le puede hazer que no se mueua de vn lugar en tres siglos: y si huuiere huydo, le harà boluer en bolandas: y que pues esto era afsi, bien podian soltarle, y mas siendo tan en prouecho de todos: y del no soltarle les protestaua que no podia dexar de fatigarles el olfato, si de alli no se desuiauan. Tomole la mano el Canonigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de su buena fe y palabra, le desenjaularon, de que el se alegrò infinito, y en grande manera de uerse fuera de la jaula. Y lo primero que hizo, fue, estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estava Rozinante, y dandole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun espero en Dios, y en su bendita Madre, flor y espejo de los caualllos, que presto nos hemos de ver los dos qual desleamos: tu con tu señor acuestas, y yo encima de ti, exercitando el officio para que Dios me echò al mundo. Y diziendo esto don Quixote, se apartò con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliuiado, y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenasse. Miraualo el Canonigo, y admirauase de ver la estrañeza de su grande locura, y de que en quãto hablaua, y respon.

respondia, mostraua tener bonissimo entendimiento, solamēte venia a perder los estribos, como otras vezes se ha dicho, en tratandole de caualleria: y assi mouido de compasion, despues de auerse sentado todos en la verde yerua, para esperar el repuesto del Canonigo, le dixo: Es posible señor hidalgo, q̄ aya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de cauallerias, que le ayá buuelto el juyzio de modo, que venga a creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lexos de ser verdaderas, como lo está la mesma mentira de la verdad? Y como es posible que aya entendimiento humano, que se de a entender que ha auido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso cauallero, tanto Emperador de Trapifonda; tanto Felixmarte de Yrcania, tanto palafren, tanta donzella andante, tãtas sierpes, tantos endriagos, tantos Gigantes, tantas mauiditas aventuras, tanto genero de encantamientos, tãtas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas Princesas enamoradas, tantos escuderos Condes, tantos enanos graciosos, tanto villete, tanto requiebro, tantas mugeres valiētes: y finalmente, tantos y tan dispararados casos como los libros de cauallerias contienen? De mi se dezir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar, que son todos mentira y liujandad, me dan algun contento: pero quando caygo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared: y aun diera con el en el fuego, si cerca, ò presente le tuuiera, bien como a merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros, y fuera del trato

que pide la comun naturaleza, y como a inuentores de nuevas sectas, y de nueuo modo de vida: y como a quien da ocasion q̄ el vulgo ignorante venga a creer, y tener por verdaderas, tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atreuimiento, que se atreuen a turbar los ingenios de los discretos, y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traydo a terminos, que sea forçoso encerrarle en vna jaula, y traerle sobre vn carro de bueyes, como quien trae ò lleua algun leon, ò algun tygre, de lugar en lugar, para ganar con el, dexando que le vean. Ea señor don Quixote, duela se de si mismo, y reduzgase al gremio de la discrecion, y sepa vsar de la mucha que el cielo fue seruido de darle, empleando el felicissimo talento de su ingenio, en otra letura, que redunde en aprouechamiento de su conciencia, y en aumento de su honra. Y si toda via, lleuado de su natural inclinacion, quisiere leer libros de hazañas, y de cauallerias, lea en la sacra Eseritura el de los Iuezes, que alli hallará verdades grandiosas, y hechos tan verdaderos como valientes. Vn Viriato tuuo Lusitania, vn Cesar Roma, vn Anibal Cartago, vn Alexandro Grecia, vn Conde Fernán Gonçalez Castilla, vn Cid Valencia, vn Gonçalo Fernandez Andaluzia, vn Diego Garcia de Paredes Estremadura, vn Garçi Perez de Vargas Xerez, vn Garçi Lasso Toledo, vn don Manuebe de Leon Sevilla, cuya lecion de sus valerosos hechos, puede entretener, enseñar, deleitar, y admirar a los mas altos ingenios que los leyeren. Esta si será letura digna de buen entendimiento

dimiento de vuestra merced, señor don Quixote mio, de la qual saldra erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin couardia: y todo esto para honra de Dios, prouecho suyo, y fama de la Mancha, do segun he sabido, trae vuestra merced su principio, y origen. Atentissimamente estuuo don Quixote, escuchando las razones del Canonigo, y quando vio que ya auia puesto fin a ellas: despues de auerle estado vn buen espacio mirando, le dixo: Pareceme señor hidalgo, que la platica de vuestra merced se ha encaminado a querer darme a entender, que no ha auido caualleros andantes en el mundo. y que todos los libros de cauallerias son falsos, mentirosos, dañadores, è inutiles para la republica i y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, auindome puesto a seguir la durissima profesion de la caualleria andante, que ellos enseñan, negandome, que no ha auido en el mundo Amadis, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caualleros de que las escrituras estan llenas? Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dixo a esta sazon el Canonigo. A lo qual respondio don Quixote: Añadiotambien vuestra merced, diziendo, que me auian hecho mucho daño tales libros, pues me auian buelto el juyzio, y puestome en vna jaula, y que me seria mejor hazer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan, y enseñan. Assies, dixo el Canonigo. Pues yo, replicò don Quixote, hallo

Quarta parte de don

por mi cuenta, que el fin juyzio, y el encantado, es vuestra merced, pues se ha puesto a dezir tãtas blasfemias contra vna cosa tan recebida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el que la negasse, como vuestra merced la niega, merecia la mesma pena, que vuestra merced dize que da a los libros, quãdo los lee, y le enfadan. Porque querer dar a entender a nadie, que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros caualleros auentureros, de que estan colmadas las historias, serã querer persuadir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta: porque que ingenio puede auer en el mũdo, que pueda persuadir a otro, que no fue verdad lo de la Infanta Floripes, y Guy de Borgoña: y lo de Fierabras, con la puente de Mantible, que sucedio en el tiempo de Carlo Magno, que voto a tal, que es tanta verdad, como es aora de dia? Y si es mentira tambien lo deue de ser, que no huuo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doze Pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda hasta aora conuertido en cueruo, y le esperan en su Reyno por momentos. Y tambien se atreueran a dezir, que es mêtirofa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apocrifos los amores de don Tristan, y la Reyna Yseo, como los de Ginebra, y Lançarote, y auiendo personas que casi se acuerdan de auer visto a la dueña Quintañona, que fue la mejor escanciadora de vino que tuuo la gran Bretaña: y es esto tan afsi, que me acuerdo yo que me dezia vna mi aguela, de partes de mi padre, quando veia alguna dueña con tocas reuerendas: Aquella, niêto, se parece a la dueña

Quintañona, de donde arguyo yo, que la deuio de conocer ella, ò por lo menos, deuio de alcançar a ver algun retrato suyo. Pues quien podra negar, no ser verdadera la historia de Pierres, y la linda Magalona, pues aun hasta oy dia se veen en la armeria de los Reyes, la clauija con que boluia el cauallo de madera, sobre quien yua el valiente Pierres por los ayres, que es vn poco mayor que vn timon de carreta: y junto a la clauija, està la silla de Babieca. Y en Roncesualles està el cuerno de Roldan, tamaño como vna grande viga: de donde se infiere, que huuo doze Pares, que huuo Pierres, que huuo Cides, y otros caualleros semejantes, destos que dicen las gentes, que a sus auenturas van. Sino digan me tambiẽ, que no es verdad que fue cauallero andante el valiente Lusitano Iuan de Merlo, que fue a Borgoña, y se combatio en la ciudad de Ras, con el famoso señor de Charni, llamado Mosen Pierres, y despues en la ciudad de Basilea, con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama. Y las auenturas, y desafíos, q̄ tambien acabaron en Borgoña los valientes Españoles, Pedro Barba y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo deciendo por linea recta de varon) venciendo a los hijos del Conde de san Polo. Nieguenme assi mesmo que no fue a buscar las auenturas a Alemania don Fernando de Gueuara, donde se combatio con Micer Iorge, cauallero de la casa del Duque de Austria. Digán que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del passo: las empresas de Mosen Luis de Falses, contra don Gonçalo de Guzman, cauallero

Quarta parte de don

Castellano, con otras muchas hazañas, hechas por
caualleros Christianos, destos, y de los Reynos es-
trangeros, tan autenticas y verdaderas, que torno
a dezir, que el que las negasse, careceria de toda ra-
zon, y buen discurso. Admirado quedò el Canoni-
go, de oyr la mezcla que don Quixote hazia, de ver-
dades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de
todas aquellas cosas, tocantes, y concernientes a los
hechos de su andante caualleria, y assi le respondió:
No puedo yo negar señor don Quixote, que no sea
verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, es-
pecialmente en lo que toca a los caualleros andan-
tes Españoles: y assi mesmo quiero conceder, que
huuo doze Pares de Francia, pero no quiero creer,
que hizierò todas aquellas cosas que el Arçobispo
Turpin dellos escriue: porque la verdad dello es, q̄
fueron caualleros escogidos, por los Reyes de Fran-
cia, a quien llamaron Pares, por ser todos yguales en
valor, en calidad, y en valentia, alomenos sino lo erā,
era razon q̄ lo fueren, y era como vna religiõ de las
que aora se vsan, de Santiago, ò de Calatraua, que se
presupone q̄ los que la professan, han de ser, ò deuen
ser caualleros valerosos, valientes, y bien nacidos:
y como aora dicen cauallero de san Iuan, ò de Alcā-
tara, dezian en aquel tiempo: Cauallero de los doze
Pares, por q̄ no fueron doze yguales los que para es-
ta religion militar se escogieron. En lo de que huuo
Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio, pe-
ro de que hizieron las hazañas que dicen, creo que
la ay muy grande. En lo otro de la clauija, que V.n.
dize del Conde Pierres, y que està junto a la silla de
Babiaca, en la armeria de los Reyes, confieso mi
pecado,

pecado, que soy tan ignorante, o tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he hechado de ver la clauija, y mas siendo tan grande como V. m. ha dicho. Pues alli està sin duda alguna, replicò don Quixote, y por mas señas dizen que està metida en vna funda de vaqueta, porq̄ no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el Canonigo, pero por las ordenes que recebi, que no me acuerdo auerla visto: mas puesto que conceda que està alli, no por esso me obligo a creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turba multa de caualleros como por ay nos cuentan: ni es razon, que vn hombre como vuestra mereed, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dè a entender, que son verdaderas tantas, y tan estrañas locuras, como las que està escritas en los disparatados libros de cauallerias.

Cap. L. De las discretas altercaciones que dō Quixote y el Canonigo tuuieron, con otros sucesos.

BVENO Està esso, respondió don Quixote, los libros que estan impressos con licencia de los Reyes, y con aprouacion de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leydos, y celebrados, de los grandes y de los chicos: de los pobres, y de los ricos: de los letrados, è ignorantes: de los plebeyos, y caualleros: finalmente, de todo genero de personas, de qualquier estado y condicion que sean, auian de ser mentira, y mas llevando tanta
Pp 4. apatien-

Quarta parte de don

apariciencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas, punto por punto, y dia por dia, que el tal cauallero hizo, o caualleros hizieron. Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y creame, que le aconsejo en estolo que deue de hazer, como discreto, sino leal, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Sino digame, ay mayor contento, que ver, como si dixesemos, aqui agora se muestra delante de nosotros, vn gran lago de pez, hiruiendo a boruollones, y que andan nadando y cruzando por el muchas serpietes, culebras, y lagartos, y otros muchos generos de animales ferozes, y espantables, y que del medio del lago sale vna voz tristissima, que dize: Tu cauallero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estas mirando, si quieres alcanzar el bien que debaxo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arroja en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo hazes, no serás digno de ver las altas maravillas que en si encierran, y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que debaxo desta negrura yazen: y que apenas el cauallero no ha acabado de oyr la voz temerosa, quando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse a considerar el peligro a que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendandose a Dios, y a su señora, se arroja en mitad del bullente lago: y quando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre vnos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa. Allí le parece, que el cielo es mas transparente, y que

y que el Sol luze con claridad mas nueva. Ofrecese
le a los ojos vna apazible floresta de tan verdes, y
frondosos arboles compuesta, que alegra a la vista
su verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no
aprendido canto de los pequeños, infinitos, y pinta-
dos paxarillos, que por los intrincados ramos van
cruzando. Aqui descubre vn arroyuelo, cuyas fres-
cas aguas, que liquidos cristales parecen, corren
sobre menudas arenas, y blancas pedrezuelas, que
oro cernido, y puras perlas semejan. Aculla vee
vna artificiosa fuente de jaspe variado, y de liso
marmol compuesta. Acá vee otra a lo brutesco
ordenada, adonde las menudas conchas de las alme-
jas, con las torcidas cascas, blancas, y amarillas del
caracol, puestas con orden desordenada, mezcla-
dos entre ellas pedaços de cristal luziente, y de
contrahecha esmeraldas, hazen vna variada la-
bor, de manera, que el arte imitando a la natura-
leza, parece que alli la vence. Aculla de impro-
uiso, se le descubre vn fuerte castillo, ò vistoso al-
caçar, cuyas murallas son de mazizo oro, las alme-
nas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmen-
te, el es de tan admirable compostura, que con ser
la materia de que está formado, no menos que de
diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de
oro, y de esmeraldas, es de mas estimacion su he-
chura? Y ay mas que ver despues de auer visto es-
to, que ver salir por la puerta del castillo, vn buen
numero de donzellas, cuyos galanos y vistosos tra-
jes, si yo me pudiesse aora a dezirlos, como las his-
torias nos los cuentan, seria nunca acabar? y to-
mar luego la que parecia principal de todas, por la

Quarta parte de don

mano al atreuido cauallero, que se arrojò en el feruiente lago, y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcaçar, ó castillo, y hazerle desnudar, como su madre le pario, y bañarle con templadas aguas, y luego vntarle todo con olorosos vnguentos, y vestirle vna camisa de cendal delgadissimo, toda olorosa y perfumada: y acudir otra donzella, y echarle vn manton sobre los ombros, que por lo menos, menos, dizen que suele valer vna ciudad, y aun mas? Que es ver pues, quando nos cuentan que tras todo esto, le lleuan a otra sala, donde halla puestas las mesas, con tanto concierto, que queda suspenso, y admirado? Que el verle echar agua a manos, toda de ambar, y de olorosas flores destilada? Que el hazerle sentar sobre vna silla de marfil? Que verle seruir todas las donzellas, guardando vn marauilloso silencio? Que el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a qual deua de alargarle la mano? Qual será oyr la musica que en tanto que come suena, sin saberse quien la canta, ni adonde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alçadas, quedarle el cauallero recostado sobre la silla, y quiza mondandose los dientes, como es costumbre, entrar a deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa donzella, que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del cauallero, y començar a darle cuenta, de que castillo es aquel, y de como ella está encantada en el, con otras cosas, que suspenden al cauallero, y admiran a los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir,
que

que qualquiera parte que se lea, de qualquiera historia de cauallero andante, ha de causar gusto, y marauilla a qualquiera que la leyere. Y vuestra merced creame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y vera como le destierran la melancolia que tuuiere, y le mejoran la condicion, si a caso la tiene mala. De mi se dezir, que despues que soy cauallero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortes, atreuido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos: y aunque ha tan poco que me vi encerrado en vna jaula, como loco, pienso por el valor de mi brazo, fauoreciendome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reyno, a donde pueda mostrar el agradecimiento, y liberalidad que mi pecho encierra: que miase, señor, el pobre está inabilirado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea. Y el agradecimiento, que solo consiste en el desseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria, que la fortuna me ofreciessse presto alguna ocasion, dōde me hiziesse Emperador, por mostrar mi pecho, haziendo bien a mis amigos, especialmēte a este pobre de Sancho Páça, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle vn Condado, que le tengo muchos dias ha prometido, sino que temo, que no ha de tener abilidad para gouernar su estado. Casi estas vltimas palabras oyó Sancho a su amo, a quien dixo: Trabaje V. m. señor dō Quixote, en darme esse Condado, tan prometido de V. m. como de mi esperado, que yo le prometo, que no me falte

Quarta parte de don

a mi abilidad para gouernarle : y quando me faltare, yo he oydo dezir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan vn tanto cada año, y ellos se tienen cuydado del gouierno, y el señor se està a pierna rendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa: y assi hare yo, y no reparare en tanto mas quanto, sino que luego me desistire de todo, y me gozare mi renta, como vn Duque, y allà se lo ayan. Esto hermano Sancho, dixo el Canonigo, entienda se en quanto al gozar la renta, empero al administrar justicia, ha de entender el señor del estado, y aqui entra la abilidad, y buen juyzio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre yrán errados los medios, y los fines: y assi fuele Dios ayudar al buen desseo del simple, como desfauorecer al malo, del discreto. No se estas filosofias, respondió Sancho Pança, mas solo se, que ran presto tuuiesse yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi estado, como cada vno del suyo: y siendolo, haria lo que quisiesse: y haziendo lo que quisiesse, haria mi gusto. y haziendo mi gusto, estaria contento: y en estando vno contento, no tiene mas que dessear: y no teniendo mas que dessear, acabose, y el estado venga, y a Dios y veamonos, como dixo vn ciego a otro. No son malas filosofias estas, como tu dizes, Sancho, pero con todo esso ay mucho q̄ dezir sobre esta materia de Condados. A lo qual replicò don Quixote: Yo no se q̄ aya mas q̄ dezir, solo me
guio

guio por el exemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo a su escudero Conde de la Infu-
la Firme, y assi puedo yo sin escrupulo de conciencia, hazer Conde a Sancho Pança, que es vno de los
mejores escuderos que cauallero andante ha tenido.
Admirado quedò el Canonigo, de los concertados
disparatés que don Quixote auia dicho, del modo
con que auia pintado la auentura del cauallero del
Lago, de la impresion que en el auian hecho las pé-
sadas mentiras de los libros que auia leydo: y final-
mente le admiraua, la necedad de Sancho, que con-
tanto ahinco desseaua alcançar el Condado que su-
amo le auia prometido. Ya en esto boluian los cria-
dos del Canonigo, que a la venta auian ydo por la
azemila del repuesto, y haziendo mesa de vn alhó-
bra, y de la verde yerua del prado, a la sombra de
vnos arboles se sentaron, y comieron alli, porque
el boyero nó perdiesse la comodidad de aquel si-
tio, como queda dicho. Y estando comiendo, a des-
hora oyeron vn rezio estruêdo, y vn son de esquila,
que por entre vnas çarças, y espessas matas que
alli junto estauan, sonaua. y al mesmo instante vieron
salir de entre aquellas malezas, vna hermosa cabra,
toda la piel mächada de negro, blanco, y pardo. Tras
ella venia vn cabrero dandole voces, y diziendole
palabras a su vso, para que se detuuiesse, ò al rebaño
boluiesse. La fugitiua cabra, temerosa, y despauori-
da, se vino a la gente, como a fauorecerse della, y alli
se detuuò. Llegò el cabrero y asiendola de los cuer-
nos, como si fuera capaz de discurso, y entendimien-
to, le dixo: Ha cerrera, cerrera: manchada, mancha-
da, y como andays vos estos dias de pie coxo: que
lobos

lobos os espantan: Hija no me direys q̄ es esto, her-
 mosa? Mas que puede ser, sino que soys hembra, y
 no podeys estar fofegada, que mal aya vuestra con-
 dicion, y la de todas aquellas a quien imitays. Bol-
 ued, bolued amiga, que sino tan contenta, alomenos
 estareys mas segura en vuestro aprisco, ò con vuest-
 ras compañeras: que si vos que las aueys de guar-
 dar, y encaminar, andays tan sin guia, y tan desca-
 minada, en que podran parar ellas? Contento dió
 las palabras del cabrero a los que las oyeron, espe-
 cialmente al Cañonigo, que le dixo: Por vida vuest-
 tra hermano, q̄ os fofegueys vn poco, y no os acu-
 cieys en boluer tan presto essa cabra a su rebaño, q̄
 pues ella es hēbra, como vos dezis, lia de seguir su
 natural distinto, por mas que vos os pōgays a estor-
 uarlo. Tomad este bocado, y beued vna vez, con q̄
 templareys la colera, y en tanto dencansarà la cabra.
 Y el dezir esto, y el darle con la punta del cuchillo
 los lomos de vn conejo fiambre, todo fue vno. Te-
 molò, y agradeciolo el cabrero: beuio, y fofegose, y
 luego dixo: No querria que por auer yo hablado cō
 esta alimaña tan en seso, me tuuiesse en vuestras mer-
 cedas por hombre simple, q̄ en verdad que no care-
 cē de misterio las palabras que le dixen. Rustico soy,
 pero no tanto, q̄ no entiēda como se ha de tratar cō
 los hōbres, y con las bestias. Esto creo yo muy bien,
 dixo el cura, que ya yo se de esperiencia, q̄ los mō-
 tes crían letrados, y las cabañas de los pastores en-
 cierran filosofos. Alomenos, señor, replicò el cabre-
 ro, acogen hombres escarmentados y para q̄ creays
 esta verdad, y la toqueys con la mano, aūque parez-
 ca que sin ser rogado me combido, sino os enfadays
 dello,

dello, y quereys, señores, vn breue espacio prestar-
me oydo atento, os contare vna verdad, que acredi-
te lo que esse señor (señalando al cura) ha dicho, y
la mia: A esto respondió don Quixote: Por ver que
tiene este caso vn no se que de sombra de auentura
de caualleria, yo por mi parte os oyre, hermano de
muy buena gana, y assi lo hará todos estos señores,
por lo mucho que tienen de discretos, y de ser ami-
gos de curiosas nouedades, que suspendan, alegren,
y entretengan los sentidos, como sin duda piéso que
lo ha de hazer vuestro cuento. Començad pues,
amigo, q̄ todos escucharemos. Sacola mia, dixo Sã-
cho, que yo a aquel arroyo me voy con esta empa-
nada, donde pienso hartarme por tres dias, porque
he oydo dezir a mi señor don Quixote, que el escu-
dero de cauallero andante ha de comer, quãdo se le
ofreciere, hasta no poder mas, a causa que se les sue-
le ofrecer entrar a caso por vna selua tan intricada,
que no aciertan a salir della en feys dias, y si el hom-
bre no va harto, ò bien proueyda las alforjas, alli
se podra quedar, como muchas vezes se queda, he-
cho carne momia. Tu estàs en lo cierto, Sancho, di-
xo don Quixote, vete a donde quisieres, y come lo
que pudieres, q̄ yo ya estoy satisfecho, y solo me fal-
ta dar al alma su refaccion, como se la dare escuchã-
do el cuento deste buen hombre. Assi las daremos
todos a las nuestras, dixo el Canonigo: y luego rogo
al cabrero, que diessè principio a lo que prometido
auia. El cabrero dio dos palmadas sobre el lomo a
la cabra que por los cuernos tenia, diziendole: Re-
questate junto a mi, manchada, que tiempo nos
queda para boluer a nuestro apero. Parece que lo
entendio.

Quarta parte de don

entendio la cabra, porque en sentandose su dueño, se tendio ella junto a el, con mucho sosiego, y mirandole al rostro daua a entender, que estaua atenta a lo que el cabrero yua diziendo: el qual començo su historia desta manera.

Cap. LI. Que trata de lo que conto el cabrero, a todos los que lleuauan a don Quixote.



RES Leguas deste valle està vna aldea, que aunque pequena, es de las mas ricas que ay en todos estos contornos, en la qual auia vn labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era el por la virtud que renia, que por la riqueza que alcançaua: mas lo que le hazia mas dichoso, segun el dezia, era tener vna hija de tã estremada hermosura, rara discrecion, donayre, y virtud, que el que la conocia, y la miraua, se admiraua de ver las estremadas partes con que el cielo, y la naturaleza la auian enriquezido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seys años fue hermosissima. La fama de su belleza se començo a estèder por todas las cincunuezinas aldeas: que digo yo, por las cincunuezinas no mas, si se estendio a las apartadas ciudades, y aun se entrò por las salas de los Reyes, y por los oydos de todo genero de gente, que como a cosa rara, ò como a imagen de milagros, de todas partes a verla venian. Guardauala su padre, y guardauase ella, que no ay eadados, guardas, ni cerraduras, que mejor guarden a vna donzella, que las del recato propio.

Quarta parte de don

cia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente: pero bien se dexa entender que ha ser desastrado. En esta sazón vino a nuestro pueblo vn Vicente de la Rosa, hijo de vn pobre labrador del mismo lugar: el qual Vicente venia de las Italias, y de otras diuersas partes de ser soldado: lleuole de nuestro lugar siendo muchacho de hasta doze años, vn Capitán, que con su compañía por allí acerto a passar, y boluio el moço de allí a otros doze vestido a la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil diexes de cristal, y sutiles cadenas de azero: oy se ponía vna gala, y mañana otra: pero todas sutiles, pintadas, de poco peso, y menos tomo: la gente labradora, que de fuyo es maliciosa, y dandole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notò, y contò punto por punto sus galas, y preseas, y hallò que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias, pero el hazia tantos guifados, è inuenciones dellas, que si no se los contaran huiera quié jurara que auia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veynte plumajes. Y no parezca impertinencia, y demasia esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hazen vna buena parte en esta historia. Sentauase en vn poyo que debaxo de vn gran alamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia a todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos yua contando: no auia tierra en todo el Orbe que no huiesse visto, ni batalla donde no se huiesse hallado: auia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tuncz, y entrado
en

en mas singulares desafios, segun el dezia, que Gante, y Luna, Diego Garcia de Paredes, y otros mil que nombraua, y de todos auia salido con vitoria, sin que le huuiessen derramado vna sola gota de sangre: por otra parte mostraua señales de heridas, que aunque no se diuisauan, nos hazia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reñimientos, y faciones: finalmente con vna no vista arrogancia llamaua de vos a sus yguales, y a los mismos que le conocian, y dezia que su padre era su brazo, su linage sus obtas, y que debaxo de sei soldado, al mismo Rey no deuia nada. Añadiósele a estas arrogancias ser vn poco musico, y tocar vna guitarra a lo rasgado, de manera que dezian algunos que la hazia hablar: pero no pararon aqui sus gracias, que tambien la tenia de Poeta, y assi de cada niñeria que passaua en el pueblo, componia vn romance de legua y media de escritura. Este soldado pues que aqui he pintado, este Vicente de la Rosa, este brauo, este galan, este musico, este poeta, fue visto, y mirado muchas vezes de Leandra desde vna ventana de su casa que tenia la vista a la plaza: enamorola el oropel de sus vistosos trages: encantaronla sus romances, que de cada vno que componia daua veynte traslados: llegaron a sus oydos las hazañas que el de si mismo auia referido: y finalmente que assi el diablo lo deuia de tener ordenado, ella se vino a enamorar del, antes que en el naciesse presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no ay ninguno que con mas facilidad se cumpla, que aquel que

Quarta parte de don

tiene de su parte el desseo de la dama: con facilidad se concertaron Leandra, y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su desseo, ya ella tenia cumplido, auiendo dexado la casa de su querido, y amado padre, (que madre no la tiene) y ausentandose de la aldea con el soldado que salio con mas triunfo desta empresa, que de todas las muchas que el se aplicaua. Admirò el suceso a toda la aldea, y aun a todos los que del noticia ruieron: yo quedè suspenso. Anselmo atonito, el padre triste, sus parientes afrentados, sollicita la justicia, los quadrieros listos, tomaronse los caminos, escudriñaronse los bosques, y quanto auia, y al cabo de tres dias hallaron a la antojadiza Leandra en vna cueua de vn monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros, y preciosissimas joyas que de su casa auia sacado: boluieronla a la presencia del lastimado padre, preguntaronle su desgracia, confesò sin apremio que Vicente de la Roca la auia engañado, y debaxo de su palabra de ser su esposo la persuadió que dexasse la casa de su padre; que el la llevaria a la mas rica, y mas viciosa ciudad que auia en todo el vniuerso mundo, que era Napoles, y que ella mal aduertida, y peor engañada le auia creydo: y robando a su padre, se le entregò la misma noche que auia faltado, y que el la lleuò a vn aspero monte, y la encerrò en aquella cueua, donde la auian hallado: contò tambien como el soldado sin quitarle su honor le robò quanto tenia, y la dexò en aquella cueua, y se fue: suceso que de

nueuo,

nuevo puso en admiracion a todos. Dijo señor, hizo de creer la continencia del moço, pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haziendo cuenta de las riquezas que le lleuauan: pues le auia dexado a su hija con la joya, que si vna vez se pierde no dexa esperança de que jamas se cobre. El mesmo día que parecio Leandra, la desaparecio su padre de nuestros ojos, y la lleuo a encerrar en vn monasterio de vna villa que está aqui cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra siruieron de disculpa de su culpa, alomenos con aquellos que no les yua algun interes en que ella fuesse mala, ò buena: pero los que conoçian su discrecion, y mucho entendimiento, no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desemboltura, y a la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada, y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, alomenos sin tener cosa que mirar que contento le dixesse: los mios en tinieblas sin luz que a ninguna cosa de gusto les encaminasse con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocauase nuestra paciencia, maldeziamos las galas del soldado, y abominauamos del poco recato del padre de Leandra: finalmente Anselmo, y yo nos concertamos de dexar el aldea, y venirnos a este valle, donde el apacentando vna gran cantidad de ouejas suyas propias, y yo vn numeroso rebaño de cabras tambien mias, passa-

Quarta parte de don

mos la vida entre los arboles, dando vado a nuestras pasiones, ò cantando juntos, alabanças, ò vituperios de la hermosa Leandra, ò suspirando solos, y a solas comunicando con el cielo nuestras querellas, a imitacion nuestro. Otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venio a estos asperos montes, vsando el mismo exercicio nuestro, y son tantos que parece que este sitio se ha conuertido en la pastoral Arcadia, segun està colmo de pastores, y de apriscos, y no ay parte en el donde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra: este la maldize, y la llama antojadiza, varia, y deshonesta: aquella condena por facil, y ligera: tal la absuelue y perdona, y tal la justicia, y vitupera: vno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonoran, y todos la adoran, y de todos se estiende a tanto la locura, que ay quien se quexe de desden, sin auerla jamas habiido, y aun quien se lamenta, y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dio a nadie: porque como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su desseo: no ay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de arbol, que no estè ocupada de algun pastor que sus desuenturas a los ayres cuente: el Eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes: Leandra murmurán los arroyos, y Leandra nos tiene a todos suspensos, y encantados, esperando sin esperança, y temiendo sin saber de que rememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos, y mas juyzio tiene, es mi competidor.

tidor Anselmo , el qual teniendo tantas otras cosas de que quejarse , solo se queixa de ausencia , y al son de vn rabel que admirablemente toca con versos , donde muestra su buen entendimiento , cantando se queixa : yo sigo otro camino mas facil , y a mi parecer el mas acertado , que es dezir mal de la ligereza de las mugeres , de su inconstancia , de su doble trato , de sus promessas muertas , de su fè rompida : y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos , è intenciones que tienen : y esta fue la ocasion señores de las palabras , y razones que dixè a esta cabra , quando aqui lleguè , que por ser hembra la tengo en poco , aunque es la mejor de todo mi apero . Esta es la historia que prometì contaros , si he sido en el contarla prolixo , no serè en seruiros corto , cerca de aqui tengo mi maxada , y en ella tengo fresca leche , y muy sabrosissimo queso , con otras varias , y sazonadas frutas , no menos a la vista que al gusto agradables.

(.2.)

Qq 4 **Cap.**

Quarta parte de don

Cap. LII. De la pendencia que don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los declinantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor.

ENERAL Gusto causò el cuento del cabrero a todos los que escuchado le auian, especialmente le recibió el Canonigo, que con estraña curiosidad notò la manera con que le auia contado, tan lexos de parecer rustico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y así dixo que auia dicho muy bien el cura en dezir que los montes criauan Letrados: todos se ofrecieron a Eugenio, pero el que mas se mostrò liberal en esto, fue don Quixote, que le dixo: Por cierto hermano cabrero, que si yo me hallara possibilitado de poder començar alguna aventura, que luego, luego me pusiera en camino, porque vos la tuvierades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna deue de estar contra su voluntad) a Leandra a pesar del Abadesa, y de quantos quisieran extoruarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hizierades della a toda vuestra voluntad, y talante, guardando pero las leyes de caualleria, que mandan que a ninguna donzella se le fea fecho defaguifado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerça de vn encantador malicioso, que no pueda.

pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi fauor, y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra, sino de fauorecer a los desualidos, y menesterosos. Mirole el cabrero, y como vio a don Quixote de tan mal pelage, y catadura, admirose, y preguntò al barbero, que cerca de si tenia: Señor, quien es este hombre que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso don Quixote de la Mancha, desfazedor de agrauios, endereçador de tuertos, el amparo de las donzellas, el asombro de los gigantes, y el vencedor de las batallas. Esfo me semeja, respondió el cabrero, a lo que se lee en los libros de caualleros andantes, que hazian todo esso que de este hombre vuestra merced dize: puesto que para mi tengo, ò que vuestra merced se burla, ò que este gentil hombre deue de tener vazios los aposentos de la cabeça. Soys vn grandissimo vellaco, dixo a esta sazon don Quixote, y vos soys el vazio y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuuo la muy hieputa, puta que os pario, y diziendo, y hablando arrebatò de vn pan que junto a si tenia, y dio con el al cabrero en todo el rostro, con tanta furia que le remacho las narizes: mas el cabrero que no sabia de burlas, viendo con quantas veras le maltratauan, sin tener respeto a la alhombra, ni a los manteles, ni a todos aquellos que comiendo estauan, saltò sobre don Quixote, y asiendole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogarle.

Quarta parte de don

si Sancho Pança no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con el encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo taças, y derramando, y esparciendo quanto en ella estaua. Don Quixote que se vio libre, acudio a subirse sobre el cabrero, y el qual lleno de sangre el rostro, molido a cozes de Sancho, andaua buscando a garas algun cuchillo de la mesa para hazer alguna sanguinolenta vengança: pero estoruauanselo el Canonigo, y el cura, mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogio debaxo de si a don Quixote, sobre el qual lloouio tanto numero de moxicones, que del rostro del pobre cauallero lloouia tanta sangre, como del suyo. Rebentauan de risa el Canonigo, y el cura, saltauan los quadrilleros de gozo, çuçauan los vnos, y los otros, como hazen a los perros quando en pendencia estan trauados, solo Sancho Pança se desesperaua, porque no se podia desafir de vn criado del Canonigo, que le estoruaua que a su amo no ayudasse. En resolucion estando todos en regozijo, y fiesta, fino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de vna trompeta, tan triste, que los hizo boluer los rostros házia donde les parecia que sonaua: pero el que mas se alborotò de oyrle fue don Quixote, el qual aunque estaua debaxo del cabrero, hartò contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: Hermano demonio, que no es posible que dexes de serlo, pues has tenido valor, y fuerças para sirgetar las mias, ruegote que hagamos treguas, no mas de por vna hora, porque el doloroso son de aquella trompeta

peta que a nuestros oydos llega, me parece, que a alguna nueva aventura me llama. El cabrero que ya estava cansado de moler, y ser molido, le dexò luego, y don Quixote se puso en pie, bolviendo assi mismo el rostro adonde el son se oia, y vio a deshora que por vn recuesto baxauan muchos hombres vestidos de blanco, a modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año auian las nuues negado su rocio a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hazian procesiones, rogatiuas, y diciplinas, pidiendo a Dios abriessse la manos de su misericordia, y les llouieffe: y para este efecto la gente de vna aldea que alli junto estava venia en procesion a vna deuota hermita, que en vn recuesto de aquel valle auia. Don Quixote que vio los estraños trages de los diciplinantes, sin passarle por la memoria las muchas vezes que lo auia de auer visto, se imaginò que era cosa de aventura, y que a el solo tocava, como a cauallero andante, el acometerla: y confirmole mas esta imaginacion pensar que vna imagen que traian cubierta de luto, fuesse alguna principal señora que lleuauan por fuerça aquellos follones, y descomedidos Malandrines, y como esto le cayo en las mientes, con gran ligereza arremetio a Rozinante, q̄ pacièdo andaua, quitandole del arçon el freno, y el adarga, y en vn punto le enfrenò, y pidièdo a Sãcho su espada subio sobre Rozinante, y embraçò su adarga, y dixo en alta voz a todos los que presentes estauan: Agora valerosa compañia veredes quãto importa q̄ aya en el mundo caualleros que professen la orden
de:

Quarta parte de don

de la andante caualleria : agora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiuia, si se han de estimar los caualleros andantes: y en diziendo esto, apretò los muslos a Rozinante, porque espuelas no las tenia, y a todo galopè, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, que jamas la diessè Rozinante, se fue a encontrar con los diciplinantes : bien que fueron el cura, y el Canonigo, y barbero a desenerle, mas no les fue possible, ni menos le detuuieron las voces que Sancho le daua, diziendo : A donde va señor don Quixote, que demonios lleua en el pecho que le incitan a yr contra nuestra Fè Catolica : aduertida mal aya yo, que aquella es procession de diciplinantes, y que aquella Señora que lleuan sobre la peana es la imagen benditissima de la Virgen sin manzilla: mire señor lo que haze, que por esta vez se puede dezir que no es lo que sabe. Fatigose en vano Sancho, porque su aimo yua tan puestoen llegar a los ensauanados, y en librar a la Señora enlutada, que no oyò palabra, y aunque la oyera no boluiera si el Rey se lo mandara. Llegò pues a la procession, y parò a Rozinante que ya lleuaua desseo de quietarse vn poco, y con turbada, y ronca voz dixo : Vosotros, que quicça por no ser buenos os encubris los rostros, atended, y escuchad lo que deziros quiero. Los primeros que se detuuieron fueron los que la imagen lleuauan, y vno de los quatro clerigos que cantauan las Ledanias viendo la estraña catadura de don Quixote, la flaqueza de Rozinante, y otras circunstancias de risa que notò,
y def-

y descubrio en don Quixote, le respondió diziendo: Señor hermano, si nos quiere dezir algo, dígallo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razón que nos detengamos a oír cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En vna lo diré, replicó don Quixote, y es esta, que luego al punto dexey libre a esta hermosa señora, cuyas lagrimas, y triste semblante dan claras muestras que la lleuays contra su voluntad, y que algun notorio defaguisado le auedes fecho, y yo que nací en el mundo para desfazer semejantes agrauios, no consentire que vn solo passo adelante passe, sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron, que don Quixote deuia de ser algun hombre loco: y tomaronle a reyr muy de gana, cuya risa fue poner poluora a la colera de don Quixote, porque sin dezir mas palabra sacando la espada arremetio a las andas: vno de aquellos que las lleuauan dexando la carga a sus compañeros salio al encuentro de don Quixote enarbolando vna horquilla, ò baston con que sustentaua las andas en tanto que descansaua, y recibiendo en ella vna gran cuchillada que le tiró don Quixote, con que se la hizo dos partes, con el vltimo tercio que le quedó en la mano dió tal golpe a don Quixote encima de vn ombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerza, que el pobre don Quixote vino al suelo muy mal parado. Sancho Pança, que jadeado le yua a los alcances, viendole caydo, dió voces a su moledor,

que.

118 *Quarta parte de don*

que no le diessse otro palo, porque era vn pobre cauallo encantado, que no auia hecho mal a nadie en todos los dias de su vida: mas lo que detuvo al villano, no fueron las voces de Sancho, sino el ver que don Quixote no bullia pie, ni mano, y assi creyendo que le auia muerto, con priessa se alço la tunica a la cinta, y dio a huyr por la campaña, como vn gamo: ya en esto llegaron todos los de la compañía de don Quixote a donde el estaua, y mas los de la procession que los vieron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hizieronse todos vn remolino al rededor de la imagen, y alçados los capirotos empuñando las diciplinas, y los clerigos los ciriales, esperauan el assalto, con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen a sus acometedores: pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaua, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haziendo sobre el el mas doloroso, y risueño llanto del mundo creyendo que estaua muerto. El cura fue conocido de otro cura que en la procession venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos esquadrones: el primer cura dio al segundo en dos razones cuenta de quien era don Quixote, y assi el como toda la turba de los diciplinantes fueron a ver si estaua muerto el pobre cauallo, y oyeron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezia: O flor de la caualleria, que con solo vn garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años. O honra de tu linage, honor, y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo,
el

el qual faltando tu en el , quedará lleno de mal hechos, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias. O liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de seruicio me tenias dada la mejor insula que el mar ciñe, y rodea. O humilde con los soberuios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, aq̃ote de los malos, enemigo de los ruynes: en fin cauallero andante, que es todo lo que dezir se puede. Con las voces, y gemidos de Sancho, reuiuio don Quixote, y la primer palabra que dixo fue: El que de vos viue ausente dulcissima Dulzinea, a mayores miserias que estas está sugeto, ayúdame Sancho amigo a ponerme sobre el carto encantado, que no estoy para oprimir la silla de Roziante, porque tengo todo este ombro hecho pedaços. Esto hare yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y boluamos a mi aldea en cõpañia de estos señores que su bien dessean, y alli daremos orden de hazer otra salida que nos sea de mas prouecho, y fama. Bien dezis Sancho, respondió don Quixote, y será gran prudencia dexar passar el mal influxo de las estrellas q̃ agora corre. El Canonigo, y el cura, y barbero, le dixeron que haria muy bien, en hazer lo que dezia, y así auiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Pança, pusieron a don Quixote en el carrõ, como antes venia. La proçesion, boluio a ordenarse, y a proseguir su camino. El cabrero se despidio de todos: los quadrilleros no quisieron passar adelante, y el curales pagò lo que se les deuia: el Canonigo pidio al

cura

cura le auisasse el su cello de don Quixote, si sanaua de su locura, o si proseguia en ella: y con esto tomò licencia para seguir su viaje: en fin todos se diuidieron, y apartaron, quedando solos el cura, y barbero, don Quixote, y Pança, y el bueno de Rozinãte, q̃ a todo lo q̃ auia visto estaua con tanta paciencia, como su amo. El boyero vnziò sus bueyes, y acomodò a dō Quixote sobre vn haz de heno, y con su acostũbrada flema siguiò el camino que el cura quiso, y acabo de seys diãs llegatõ a la aldea de don Quixote, adõde entrarõ en la mitad del dia q̃ acerto a ser Domingo, y la gente estaua toda en la plaça, por mitad de la qual atraueffò el carro de don Quixote. Acudierõ todos a ver lo que en el carro venia, y quãdo conoçieron a su compatrioto, quedaron marauillados, y vn muchacho acudio corriendo a dar las nueuas a su ama, y a su sobrina, de que su tio, y su señor, venia flaco, y amarillo, y tendido sobre vn monton de heno, y sobre vn carro de bueyes. Cosa de lastima fue oyr los gritos que las dos buenas señoras alçaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron a los malditos libros de cauallerias, todo lo qual se renouò quando vieron entrar a don Quixote por sus puertas. A las nueuas desta venida de don Quixote, acudio la muger de Sancho Pança, que ya auia sabido que auia ydo con el firuiendole de escudero, y asì como vio a Sancho lo primero que le preguntò fue, que si venia bueno el asno? Sancho respõdio, q̃ venia mejor que su amo. Gracias sean dadas a Dios, replicò ella, q̃ tanto bien me ha hecho: pero contadme agora amigo q̃ bien auays sacado de vuestras escuderias? que saboyana me traeys? que

¿a mi? Que çapaticos a vuestros hijos? No traygo nada dello, dixo Sancho, muger mia, aunque traygo otras cosas de mas momento, y consideracion. Desfo recibo yo mucho gusto, respòdio la muger: mostradme essas cosas de mas consideracion, y mas momento, amigo mio, que las quiero ver, para que se me alegre este coraçon, que tan triste, y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia? En casa os las mostrarè muger, dixo Pança, y por agora estad contenta, que siendo Dios seruido de que otra vez salgamos en viage, a buscar auenturas, vos me vereys presto Conde, o Governador de vna Infula, y no de las de por ahì, sino la mejor que pueda hallar se. Quieralo assi el cielo, marido mio, que bièlo aue mos menester. Mas dezidme, que es esso de Insulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno, respondi Sancho, a su tiempo lo veras muger, y aun te admiraràs de oyrte llamar señoria de todos tus vassallos. Que es lo que dezis Sancho, de señorias, Insulas, y vassallos? respondi luana Pança, que assi se llamaua la muger de Saucho, aunque no eran parières, sino porque se vìa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te acucies luana, por saber todo esto tan aprieffa, basta que te digo verdad, y cose la boca. Solo te sabre dezir assi de passo, que no ay cosa mas gustosa en el mundo, que ser vn hombre honrado escudero de vn cauallero andàre, buscador de auenturas. Bien es verdad, que las mas que se hallan, no salen tan agusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las nouenta y nueue suelen salir auieffas, y torcidas. Selo yo de experiencia, porque de algunas he

Quarta parte de don

salido manteado, y de otras molido. Pero con todo esto es linda cosa esperar los sucesos, atrauessando montes, escudriñando seluas, pisando peñas, visitando castillos, aloxando en ventas, a toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el marauedi. Todas estas platicas passaron entre Sancho Pança, y Juana Pança su muger, en tanto que el ama, y sobrina de don Quixote, le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirualas el con ojos atrauessados, y no acabaua de entender en que parte estaua. El cura encargò a la sobrina, tuuiesse gran cuenta con regalar a su tio, y que estuuiesse alerta, de que otra vez no se les escapasse, contando lo que auia sido menester para traelle a su casa. Aqui alçaron las dos de nueuo los gritos al cielo, alli se renouaron las maldiciones de los libros de cauallerias, alli pidieron al cielo, que confundiesse en el centro del abismo a los autores de tantas mentiras, y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas, y temerosas, de que se auian de ver sin su amo, y tio, en el mesmo punto que tuuiesse alguna mejoría: y si fue, como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad, y diligencia, ha buscado los hechos que don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, alomenos por escrituras autenticas, solo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha. Que don Quixote, la tercera vez que salio de su casa, fue a Zaragoza, donde se hallò en vnas famosas justas, que en aquella Ciudad hizieron, y alli le pasaron cosas dignas de su valor, y buen entendimiento. Ni de su fin, y acamiento, pudo alcançar cosa alguna,

alguna, ni la alcançara, ni supiera, si la buena suerte no le depararà vn antiguo medico, que tenia en su poder vna caixa de plomo, que segun el dixo, se auia hallado en los cimientos derribados de vna antigua ermita, que se renouaua. En la qual caixa, se auian hallado vnos pergaminos escritos con letras Goticas, pero en versos Castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y dauan noticia de la hermosura de Dulzinea del Toboso, de la figura de Rozinante, de la fidelidad de Sancho Pança, y de la sepultura del mesmo don Quixote, con diferentes epitaafios, y elogios de su vida, y costumbres. Y los que se pudieron leer, y sacar en limpio, fueron los que aqui pone el fidedigno autor desta nueua, y jamas vista historia. El qual autor no pide a los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo, que le costo inquirir, y buscar todos los archivos Manchegos, por sacarla a luz: sino que le den el mesmo credito que suelen dar los discretos, a los libros de cauallerias, que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendra por bien pagado, y satisfecho. Y se animarà a sacaa, y buscar otras, sino tan verdaderas, alomenos de tanta inuencion, y pass tiempo. Las palabras primeras que estauan escritas en el pergamino que se hallò en la caixa de plomo, eran estas.

Los Academicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha, en vida, y muerte, del valeroso don

Quixote de la Mancha. Hoc

scripserunt.

(.?.)

R r 2

El

Quarta parte de don

El Monicongo Academico, de la Argamasilla,
a la sepultura de don Quixote.

EPITAFIO.

EL caluatrueno, que adornó a la Mancha,
De mas despojos que Iason decreta,
El juyzio que tuuo la veleta,
Aguda donde fuera mejor ancha.
El brazo, que su fuerça tanto ensancha,
Que llegó del Catay, hasta Gaeta,
La mussa mas horrenda, y mas discreta,
Que grauo versos en broncinea plancha.
El que a cola dexò los Amadisés,
Y en muy poquito a Calaores tuuo,
Estribando en su amor, y bizarría.
El que hizo callar los Belianises,
Aquel que en Rozinante errando anduuo,
Yaze debaxo desta losa fría.

Del paniaguado Academico, de la Argamasilla,
in laudem Dulzinea del Toboso.

SONETO.

Esta que veys de rostro amondongado,
Alta de pechos, y ademan brioso,
Es Dulzinea Reyna del Toboso,
De quien fue el gran Quixote aficionado.

Piso por ella el vno, y otro lado

De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el Eruolo
Llano de Aranjuez, apie, y cansado.

(Culpa de Rozinante.) O dura estrella,
Que esta Manchega dama, y este inuito
Andante cauallero, en tiernos años.

Ella dexò muriendo de ser bella,
Y el aunque queda en marmoles escrito,
No pudo huyr de amor, iras, y engaños.

Del Caprichoso, discretissimo Academico, de la
Argamasilla, en loor de Rozinante, caua-
llo de don Quixote de
la Mancha.

SONETO.

EN el soberuio tronco Diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
(Frenetico) el Manchego, su estandarte
Tremola con esfuerço peregrino.
Cuelga las armas, y el azero fino,
Con que destroça, assuela, raja, y parte,
(Nuevas proezas) pero inuenta el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.

Quarta parte de don

*Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos brauos descendientes Grecia,
Triunfo mil vezes, y su fama ensancha.
Oy a Quixote le corona el Aula.
De Belona preside, y del se precia,
Mas que Grecia, ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el oluido Mancha,
Pues hasta Rozinante en ser gallardo,
Excede a Brilladoro, y a Bayardo.*

*Del Burlador Academico Argamafillesco, a
Sancho Pança.*

SONETO.

*h
Sancho Pança es aqñeste en cuerpo chico,
Però grande en valor, milagro extraño,
Escudero el mas simple, y sin engaño,
Que tuuo el mundo, os juro, y certifico.
De ser Conde no estuuo en vn tantico,
Sino se conjuraran en su daño,
Insolencias, y agravios del tacáño
Siglo, que aun no perdonan a vn borrico.
Sobre el anduuo, con perdon se miente,
Este manso escudero, tras el manso
Cauallo Rozinante, y tras su dueño.
O vanas esperanças de la gente,
Como passays con prometer descanso,
Y al fin parays en sombra, en humo, en sueño.*

Del

Del Cachidiablo Academico, de la Argamesilla, en la sepultura de don Quixote.

EPITAFIO.

A Qui yaze el cauallero,
Bien molido, y mal andante,
A quien lleuò Rozinante
Por vno, y otro sendero.
Sancho Pança el majadero,
Yaze tambien junto a el,
Escudero el mas fiel,
Que vio el trato de escudero.

Del Tiquitoc Academico, de la Argamasilla, en la sepultura de Dulzinea del Toboso.

EPITAFIO.

R Eposa aqui Dulzinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La boluio en poluo, y ceniza,
La muerte espantable y fea.
Fue de castiza ralea,
Y tuuo a ssomos de dama,
Del gran Quixoco fue llama,
Y fue gloria de su aldea.

Quarta parte de don

Estos fueron los versos que se pudieron leer, los demas por estar carcomida la letra, se entregaron a vn Academico, para que por congeturas los declarasse. Tienese noticia que lo ha hecho, a costa de muchas vigiliass, y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacarlos a luz, con esperanza de la tercera salida de don Quixote.

(.?..)

For si altro cantera con mi glior plectio.

FINIS.



TABLA DE LOS

Capitulos que contiene esta famosa Historia del valeroso cauallero don Quixote de la Mancha.

Primera parte del ingenioso don Quixote de la Mancha.



Capitulo primero, que trata de la condicion, y exercicio del famoso, y valiente hidalgo don Quixote de la Mancha. 1

Capitulo segundo, que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote. 4

Capitulo tercero, donde se cuenta la graciosa manera que tuuo don Quixote en armarse cauallero. 7

Capitulo quarto, de lo que le sucedio a nuestro cauallero quando salio de la venta. 11

Capitulo quinto, donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero. 15

Capitulo sexto, del donoso escrutinio que el cura y el barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo. 18

Capitulo septimo, de la segunda salida de nuestro buen cauallero. 22

TABLA.

Capitulo octauo, del buen suceso que el valeroso don Quixote tubo en la espadable y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, &c. 25

Segunda parte, del ingenioso don Quixote de la Mancha.

Capitulo donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo Vizcayno y el valiente Manchego tuuieron. 31

Capitulo decimo, de lo que mas le auino a don Quixote con el Vizcayno: y del peligro en que se vio, con vna catterua de Yangueses. 34

Capitulo vndecimo, de lo que le sucedio a don Quixote con vnos cabreros. 38

Capitulo duodécimo, de lo que conto vn cabrero a los que estauan con don Quixote. 42

Capitulo treze, donde se da fin al cuento de la pastora Marcela: con otros sucesos. 46

Capitulo catorze, donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor: con otros sucesos. 52

Tercera parte del ingenioso don Quixote de la Mancha.

Capitulo quinze, donde se cuenta la desgraciada auentura que se topò don Quixote en topar con vnos desalmados Yangueses. 58

Capitulo

T A B L A.

- Capitulo deciseys, de lo que le sucedio al ingenioso hidalgo en la venta que el se imaginaua ser castillo.* 63
Capitulo decisiete, donde se prosiguen los innumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança passaron, &c. 63
Capitulo deciocho, donde se cuentan las razones q̄ passo Sancho Pança con su señor don Quixote: con otras auenturas dignas de ser contadas. 73
Capitulo decinueue, de las discretas razones que Sancho passaua con su amo: y de la auentura que le sucedio con vn cuerpo muerto, &c. 80
Capitulo veinte, de la jamas vista, ni oyda auentura que con mas poco peligro fue acabada de famoso cauallero en el mundo como la que acabó el valeroso don Quixote. 85
Capitulo veinte y vno, que trata de la alta auentura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, &c. 93
Capitulo veintidos, de la libertad que dio don Quixote a muchos desdichados galeotes. 100
Capitulo veintitres, de lo que le acontecio al famoso don Quixote en sierra morena, que fue vna de las mas raras auenturas que en esta verdadera historia se cuenta. 170 107
Capitulo ventiquatro, donde se prosigue la auentura de la sierra morena. Dize la historia, que era grandissima la atencion con que don Quixote escuchaua al astroso cauallero de la sierra, el qual prosiguiendo do

TABLA.

- do su platica dixo: *Qualquiera que seays, &c.* 114.
- Capitulo veinticinco, que trata de las estrañas cosas que en sierra morena sucedieron al valiente cauallero de la Mancha: y de la imitacion que hizo a la penitencia de Beltenebros. 120
- Capitulo veintiseys, donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo el nuestro don Quixote en sierra morena. 131
- Capitulo veintisiete, de como salieron con su intencion el cura y el barbero: con otras cosas dignas de que se cuenten. 136

Quarta parte de la historia del ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha.

- Capitulo ventiocho, que trata de la nueva y agradable auentura, que al cura y barbero sucedio en la misma sierra. 148
- Capitulo veininueve, que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea: con otras cosas de gusto y passatiempo. 158
- Capitulo treynta, que trata del gracioso aruificio, y orden que se tuuo en sacar a nuestro enamorado cauallero de la asperissima penitencia en que se auia puesto.

Capitu-

T A B L A.

Capitulo treinta y vno, de los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quixote y Sancho Pança su escudero: con otros sucessos.	171
Capitulo treinta y dos, que trata de lo que sucedio en la venta a toda la quadrilla de don Quixote.	178
Capitulo treinta y tres, donde se cuenta la novela del curioso impertinente.	182
Capitulo treinta, y quatro, donde se prosigue la novela del curioso impertinente.	195
Capitulo treinta y cinco, donde se da fin a la novela del curioso impertinente.	208
Capitulo treinta y seis, que trata de la braua y descomunal batalla que don Quixote tuuo con vnos cueros de vino tinto: con otros raros sucessos que en la venta sucedieron.	213
Capitulo treinta y siete, que prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona: con otras graciosas auenturas.	220
Capitulo treinta y ocho, que trata del discurso que hizo don Quixote de las armas y las letras.	227
Capitulo treinta y nueue, donde el cautiuo cuenta su vida, y sucessos.	230
Capitulo quarenta, donde se prosigue la historia del cautiuo.	235
Capitulo quarenta y vno, donde todavia prosigue el cautiuo su sucesso.	243
Capitulo quarenta y dos, que trata de lo que mas sucedio	dio

TABLA.

- dio en la venta: y de otras muchas cosas dignas de
 saberse, 257
 Capitulo quarenta y tres, donde se quenta la agradable
 historia del moço de mulas: con otros estraños acae-
 cimientos en la venta sucedidos. Comiença. *Marine-
 ro soy de amor.* 262
 Capitulo quarenta y quatro, donde se prosiguen los in-
 auditos sucessos de la venta. 268
 Capitulo quarenta y cinco, donde se acaba de aueriguar
 la duda del yelmo de *Alambrino*, y de la albarda: y
 otras auenturas sucedidas con toda verdad. 274
 Capitulo quarenta y seys, de la notable auentura de los
 quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen
 cauallero. 278
 Capitulo quarenta y siete, del estraño modo con que fue
 encantado don *Quixote*: con otros famosos suce-
 sos. 284
 Capitulo quarenta y ocho, donde prosigue el *Canonigo* la
 materia de los libros de cauallerias: con otras co-
 sas dignas de su ingenio. 290
 Capitulo quarenta y nucue, donde se trata del discreto
 coloquio que *Sancho Pança* tuuo con su señor don
Quixote. 295
 Capitulo cinquenta, de las discretas altercaciones que
 don *Quixote*, y el *canonigo* tuuieron: con otros su-
 cessos. 300
 Capitulo cinquenta y vno, que trata de lo que contó el
cabrero

TABLA.

*cabrero a todos los que lleuauan al valiente don Qui-
xote.* 304

*Capitulo cinquenta y dos, de la pendencia que don Qui-
xote tuuo con el cabrero: con la rara auentura de
los deceplinantes, a quien dio felice fin a costa de su
sudor.* 308

Fin de la Tabla.



TABL A.

capitulo de los señores de la casa de los señores de
capitulo de los señores de la casa de los señores de
capitulo de los señores de la casa de los señores de
capitulo de los señores de la casa de los señores de
capitulo de los señores de la casa de los señores de

Fin de la Tabla.



